

# CRUELES *Instintos*



COSMO  EDITORIAL

# CRUELES *Instintos*



# Document Outline

- [Title Page](#)
- [Prólogo.](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)

- [Capítulo 32](#)
- [Capítulo 33](#)
- [Capítulo 34](#)
- [Capítulo 35](#)
- [Capítulo 36](#)
- [Capítulo 37](#)
- [Capítulo 38](#)
- [Capítulo 39](#)
- [Capítulo 40](#)
- [Capítulo 41](#)
- [Capítulo 42](#)
- [Capítulo 43](#)
- [Dexter](#)
- [Capítulo 44](#)
- [Capítulo 45](#)
- [Capítulo 46](#)
- [Capítulo 47](#)
- [Capítulo 48](#)
- [Capítulo 49](#)
- [Capítulo 50](#)
- [Capítulo 51](#)
- [Capítulo 52](#)
- [Capítulo 53](#)
- [Capítulo 54](#)
- [Capítulo 55](#)
- [Capítulo 56](#)
- [Capítulo 57](#)
- [Capítulo 58](#)
- [Capítulo 59](#)
- [Capítulo 60](#)
- [Capítulo 61](#)
- [Capítulo 62](#)
- [Capítulo 63](#)
- [Capítulo 64](#)
- [Capítulo 65](#)
- [Capítulo Final](#)
- [Epílogo](#)

- [Capítulo extra/1](#)
- [Capítulo extra/2](#)
- [Capítulo extra/3](#)
- [Capítulo extra/4](#)
- [Capítulo extra/5](#)

# SINOPSIS

A Dixon Russo nadie le dice que no. Un mafioso en el bajo mundo y un empresario exitoso ante el ojo público, considerado un demonio destructivo y ambicioso, determinado siempre a conseguir lo que quiere y obtenerlo a cualquier costo, hasta que llega ella: una mujer de la que no conoce nada y la cual no cede a sus encantos. Obsesionado, inicia una búsqueda para hallarla y poseerla, sin saber que a quien más busca, puede estar más cerca de lo que imagina.

## **Prólogo.**

*Su nombre es conocido y respetado, así como temido en ambos mundos: el que usa como una fachada y el que domina con el poder de sus balas. Dixon Russo ha sabido mantener su doble vida; como un hombre inteligente, peligroso y letal, jamás ha aceptado un no como respuesta. Nadie lo contradice, todos le temen, a excepción de Holly Bridger, su curiosa y misteriosa secretaria que posee un sinfín de demonios que oculta bajo sus gafas y kilos de ropa. Joven, valiente y auto-suficiente, se vale por sí misma, incapaz de permitirse dominar por nadie.*

*Sin embargo, cuando revela su personalidad, hace peligrar lo que construyó; su decisión pone en riesgo las barreras que contienen a sus demonios que amenazan con consumirla.*

*Él la busca incansablemente sin saber que la tiene justo frente a sus ojos.*

*Ella huye sin saber que jamás habrá una salida.*

*Holly descubrirá que el peor riesgo no son los demonios que la rodean, sino el diablo que la protege, dispuesto a no dejarla ir jamás de su infierno.*

*Dixon Russo*

*Holly Bridger*

## **Advertencias:**

- Sexo explícito.**
- Lenguaje vulgar.**
- Asesinatos explícitos.**
- Tortura y drogas.**

## **Capítulo 1**

### ***Dixon***

Ella era hermosa, sí, podía definirla como tal, pero me había follado a mejores.

Sin embargo, esta noche no importaba si lo era o no, mi objetivo se trataba sobre abrirle las piernas encima de mi escritorio y follarla, un paso de lo más fácil. Ella, igual que todas, caían a mis pies tan solo con una mirada, no necesitaba hacer mucho para que sola se bajara las bragas y se me ofreciera.

Mientras la veía caminar hacia mí, no disimulaba su deseo, me follaba con la mirada, su fama de puritana se iba a la mierda conmigo. Contoneaba aun más sus caderas, los senos apretados bajo el vestido escotado, los pezones se dibujaban a través de la tela y por un instante quise prenderme de ellos y mamarlos hasta hacerla venir; mas no buscaba su placer, únicamente el mío, si terminaba o no, me daba igual. Mi lado egoísta se mostraba incapaz y totalmente renuente a buscar complacer a alguien más.

—Es peligroso meterse conmigo —dijo en voz mortecina; se sentó sobre el escritorio, justo entre mis piernas—. Él te matará si se entera lo que estamos a punto de hacer.

—¿Crees que me importa que tu novio se enoje por la mamada que me darás?

—Deberías preocuparte.

—Y tú deberías cerrar esa boca, a menos que la mantengas abierta para algo más interesante que hablar mierda que a nadie le interesa.

Se mordió el labio de forma sensual y atrevida, la adrenalina corría por sus venas, apreció el latir errático de su corazón gracias a esa vena que se movía frenética en su cuello. Ella estaba consciente de que el terreno que se hallaba pisando era peligroso y podría hacerla caer en cualquier instante, pero la lujuria y el placer que detona lo prohibido, podían más que su instinto de supervivencia y el amor que le pregonaba a su novio.

Todas eran iguales, todas caían ante el placer, y no solo se trataba de ellas, nosotros éramos iguales. ¿Fidelidad? Eso no existía o al menos no conocía a alguien que lo haya seguido en todo el sentido de la palabra.

Tonterías de los enamorados estúpidos.

Regresé mi atención a la pelirroja que me miraba ansiosa. Me desabotoné el pantalón y saqué ante ella mi pene bien erecto, invitándola a lamerlo y probarlo de arriba abajo; masajeeé despacio, mis dedos advirtieron las venas palpitantes que se marcaban con dureza hasta debajo de mi hinchado glande.

No tuve que decirle lo que tenía que hacer, se puso de rodillas y sin que sus dedos temblaran sostuvo mi erección. Me incliné hacia atrás sobre el respaldo, entonces sentí su calor cubrir parte de mi carne, lo metió a su boca y probó con la lengua, chupó y succionó la punta, logró que un siseo escapara de mi garganta. Repitió el proceso, llevándolo más adentro conforme avanzaba. Su mano libre hurgó bajo mi bóxer, cogió mis testículos y los acarició con sutileza, enviando cientos de sensaciones calientes a través de mi vientre bajo.

—Vamos, preciosa, sé que quieres que te folle, debes ganártelo —

susurré entre dientes.

—Eres tan grande...



—Por supuesto que lo soy —metí dos de mis dedos a su boca—, abre más, quiero llegar al fondo de tu garganta.

Con la otra mano agarré su cabello entre los dedos, tomé impulso de ella y empujé mi pelvis contra su boca. Su cara se contrajo, apenas lograba respirar, mi tamaño acaparaba todo; el labial rojo que usaba se dispersó por la comisura de su boca, la saliva resbaló por ella. Mi pecho se agitó, mis testículos subieron y descargaron el semen dentro.

—Eso es, chúpalo todo —siseé, obligándola a tragar hasta la última gota.

La aparté de mí y sonreí al verla usada y de rodillas. Una imagen digna que no olvidaría. Carajo. Ojalá la hubiera grabado.

Me incorporé de la silla justo cuando Holly abrió la puerta y dejó entrar a dos personas: tío y sobrino. Acomodé mi saco y mi sonrisa se ensanchó.

—¿Para qué nos llamaste, Russo? —Inquirió el maldito americano.

En ese momento la pelirroja se incorporó y la cara de Pete al verla, fue todo lo que necesité para sentirme satisfecho esta noche.

—¿Estefany? ¿Qué mierda significa esto? —La miró y luego me miró a mí  
— ¿¿Qué mierda significa, Russo?!

—Pete... déjame explicarlo —pidió ella, acercándose a paso lento.

—Si fuera tú, me mantendría en mi lugar, preciosa —aconsejé burlesco.

Determinado posé mi atención en Pete que aún no procesaba lo que sus ojos veían, su tío se encontraba igual de atónito.

—Este es el asunto, Pete —comencé a hablar—, tú pusiste las manos sobre mi mercancía, ahora solo te devolví el favor —sonreí — pero no te preocupes, no follé su coño, solo hice que me la mamara.

—¡Hijo de puta! —Bramó enardecido.

Su mano se dirigió a su espalda, pero antes de que sacara el arma, la mía ya le había volado los sesos. Su cuerpo cayó al suelo con una bala en la frente mientras su novia gritaba aterrada y su tío, con la cara manchada de sangre que le salpicó, observaba la escena sin poder creerlo.

—Vuelven a robarme y la próxima vez no seré tan benévolo — advertí.

—No era necesario esto, Russo, podríamos haberlo hablado.

—Yo no hablo con traidores, mucho menos con ratas americanas como lo era tu sobrino. Hazte un favor y desapareécete de mi radar, donde te encuentre otra vez te mataré y no con una bala — amenacé.

—¡Maldito! ¡Cerdo, maldito! —Exclamó la pelirroja. Rodé los ojos.

No quería matarla, pero se lo estaba ganando a pulso.

—Sácala de aquí y llévate tu basura —aconsejé.

Frunció los labios y humillado cogió el cuerpo de su sobrino, dejó un rastro de sangre al salir; la pelirroja en cambio, se quedó en el mismo lugar, las manos hechas puño, el deseo asesino serpenteando en sus ojos. Saqué un cigarrillo y lo encendí.

—¿Cómo pudiste?

—Lárgate —sugerí.

No escuchó. Se lanzó sobre mí, propinó un golpe en mi pecho que seguramente le dolió más a ella y luego de este le siguieron unos cuantos más que se debilitaron mientras lloraba con rabia y enojo.

Sin pensarlo, mi mano se estrelló en su mejilla con la fuerza suficiente para mandarla al suelo, encima de la sangre de su prometido.

—Última vez que te lo digo —la señalé—, lárgate.

—¡Pagarás por esto, Russo! ¡Lo harás! Hijo de perra, desgraciado, juro que te mataré.

Alcé los hombros y los dejé caer de golpe. En menos de un segundo me cerní sobre ella, mis dedos estrujaron su cuello y presioné.

—Cierra la puta boca —mascullé.

Ella trató de apartarme, arañó mis brazos en un intento por zafarse, pero no lo logró. Mi agarre se intensificó, sentía sus huesos crujir bajo las yemas al tiempo que la luz se extinguía de sus ojos sin que en ningún momento dejara de luchar, en vano por supuesto.

Cuando dejó de respirar, al fin la solté. Acomodé mi cabello hacia atrás y me incorporé.

—Te dije que te largaras —dije desprovisto, con su cuerpo inerte a mis pies —. ¡Bridger! —La llamé.

Mi asistente no demoró en aparecer en el umbral de la puerta, acomodó sus grandes gafas y echó un vistazo a la pelirroja y el desastre que dejó la cabeza abierta de Pete.

—Bien, señor Russo, esta será la cuarta vez en la semana que mandaré a lavar la alfombra —comentó, viéndole lo divertido a esto.

Sonreí de lado.

Holly era una de las pocas, por no decir la única mujer, a la que le sonreía de verdad sin la menor intención de buscar algo a cambio, ¿cómo hacerlo? La chica era horrible ante mis ojos.

Y bien, creo que me tomaría un momento para describirla.

Ella no contaba con más de veintidós años, su cabello era una maraña castaña que siempre iba atada en una trenza, ningún mechón fuera; ojos cafés, piel blanca, delgada, sin curvas, era una jodida tabla o al menos eso lograba vislumbrar debido al otro punto que la hacía totalmente indeseable para mí: su ropa.

Joder. Qué estilo tan más desagradable. Usaba faldas largas como una abuela, blusas de satín o lana, de botones grandes y tallas extras. Siempre

llevaba medias y unos espantosos zapatos negros de anciana, aunque para que mentir, se veían cómodos.

Los puntos buenos de Holly, es que era fiel, amable, servicial, no preguntaba, no replicaba, acataba órdenes y me ayudaba a buscar soluciones a mis problemas de forma diplomática y no usando mis puños o las balas. Era como la voz de mi consciencia, la única a la que le permitía gritarme o golpearme sin que terminara como la pelirroja; además, hacía un café delicioso y un jodido pastel de chocolate que cualquiera mataría por la receta. Era una exquisitez.

—Estoy pensando en quitarla —comenté, tomando asiento—. ¿A quién más tengo en la agenda? —Pregunté.

Entró y se postró delante de mí sin que el cuerpo le molestara, no era la primera vez que nos encontrábamos en una situación similar.

Holly miró la tableta y frunció el ceño mientras se mordía el labio inferior. Una idea cruzó mi cabeza, pero la deseché.

Holly Bridger era la última mujer en la tierra que me follaría, prefería pajearme.

—Por hoy a nadie, solo tiene que ir al club, recuerde que es la inauguración del tercer piso y la cantante pop, Elle, es la invitada estelar.

—El estelar soy yo, Bridger —dije, fumándome otro cigarrillo.

—Señor Russo, su ego está asfixiándose, además del humo —se quejó, acomodó las gafas y miró el cuerpo—. Le diré a Francis que se haga cargo, no hay más pendientes, así que, si me disculpa, me iré a casa.

—¿Algún compromiso, Bridger? —Me sonrió de lado.

—Theo me espera. —Enarqué una ceja.

—Así que alguien ya hurgó entre esas telarañas que tiene entre las piernas —me burlé.

—Creo que matar le libera el sentido del humor —gruñó—, Theo es mi gato.

Reí y sacudí la cabeza.

—Sí, era lo único que le faltaba a su faceta de solterona: un gato.

—Oh, señor Russo, usted a veces se supera en su idiotez.

—Vaya a casa, Bridger, mañana a primera hora la veo aquí.

Suspiró y me miró fijamente. Fue extraño que no haya podido sostenerle la mirada, la aparté y me fue más cómodo mirar el cadáver.

—Hasta mañana, señor.

## **Capítulo 2**

### ***Holly***

El olor del café y el del chocolate en el horno inundan mi pequeño y modesto departamento situado en un edificio construido hace ya bastante años; su fachada desgastada y el ascensor descompuesto y casi cayéndose a pedazos, podrían testificar ante eso. Sin embargo, me gustaba bastante, no había vecinos ruidosos, sólo unos cuantos matrimonios de ancianos que, al no tener mucho dinero para pagar un buen lugar, debían refugiarse entre estas paredes. No obstante, el que luciera como un sitio pobre, no era pretexto para no mantenerlo limpio y bonito, como bien había hecho con mi departamento.

Cuando llegué a este sitio, llegué con las manos vacías y el corazón hecho pedazos; comencé durmiendo en el suelo y comiendo aprovechando las rebajas de algunos supermercados; con mi primer sueldo obtenido de mi trabajo en un restaurant bar, conseguí comprarme una cama individual de segunda mano, estuve emocionada eligiendo las sábanas y las almohadas. Ese fue un buen día; los siguientes sueldos fueron para mi nevera y estufa, todo usado; también compré un comedor en una venta de garaje, era de buen material, resistente, en color caoba; la cubrí con un mantel blanco

impoluto y una jarrón con rosas rojas plásticas descansaba en el medio. Tapicé la pared desgastada de la cocina y pinté de amarillo el resto. El piso de madera estaba desgastado, pero no opacaba lo demás. Mi espacio era mi lugar favorito; mi mesa estaba situada al lado de la ventana, desde ahí veía las luces de la ciudad gracias a que estaba rodeada de casas y no de edificios. Solía tomarme una taza de café y comer un trozo de pastel antes de ir a la cama mientras observaba la inmensidad de esta ciudad que parecía que iba a comerme entera cuando me vio llegar.

Pero no fue así. Logré salir adelante y ahora estaba a un paso de graduarme gracias a la buena ayuda de mi jefe: Dixon Russo.

Suspiré, recordando a ese mafioso empresario. Hombre de hielo, déspota, grosero, mandón y un sinfín de adjetivos negativos más; sin embargo, conmigo siempre fue de otro modo, podría decir que me respetaba, incluso cuando hacía bromas sobre mis atuendos y mi virginidad. Él me sacó de ese sitio donde me explotaban y me contrató como su secretaria, a pesar de que no tuviera una mínima experiencia en el campo. Aprendí, por supuesto, y con el tiempo supe llevar su agenda y lidiar con lo que ocurría dentro de su oficina; mi boca era una tumba, mi lealtad hacia él inquebrantable, Dixon lo sabía y quizá por eso me respetaba de ese modo. Era un hombre difícil, pero bondadoso dentro de lo que cabía; siempre le estaría agradecida por todo, aunque a menudo me sacara de mis casillas.

De lo que más podía hablar y que llamaba la atención de mi jefe, era su belleza; ¡Dios! Qué belleza. Era el tipo de hombre que jamás se volvería a ver a alguien como yo. Cabello castaño oscuro como la noche, ojos inyectados de hielo y maldad, rostro tallado por los mismos Dioses, que fueron más que bondadosos con él, dándole una belleza que hacía derretir a cualquier mujer... y hombre. Y su cuerpo, mierda, ese uno noventa de músculo y virilidad; no miento, a veces fantaseaba con ser apresada por esa complexión fuerte y dura, pero solo se quedaba en eso: fantasías. Por más que me gustara, Dixon no me vería, además, no quería tener a ese hombre como algo más que mi jefe, un tipo controlador, dominante, machista y posesivo, no, Dios me libre de tal tormento.

Me incorporé al terminar el último trozo de pastel; dejé la taza y el plato en el lavabo y en silencio atravesé la cocina hasta el espejo de cuerpo completo

que servía para separación de mi habitación, cocina y sala. Cuando dije que mi departamento era pequeño, no exageraba.

Solté mi cabello y este cayó en ondas detrás de mi espalda, desprendió un olor frutal gracias al champú que usaba; mi figura en el espejo fue el de una mujer hermosa. Mis senos no eran grandes, pero tampoco pequeños, podían sostenerlos perfectamente en una mano sin que quedara espacio en ella para llenar. Mi abdomen plano, conformado por una cintura con forma de reloj de arena, caderas un poco anchas al igual que mis piernas y un trasero con proporciones correctas ante lo estético y los estereotipos de las personas.

Yo era preciosa, pero celosa con mi belleza, incapaz de mostrársela al mundo, prefería guardármela para mi soledad y para quien algún día destruyera mis barreras, esas que tuve que poner por culpa de mi pasado.

La cicatriz en mi costado derecho me recordaba porque me escondía.

Negué y sin prisas cepillé mis dientes y posteriormente me fui a la cama; coloqué algo de música en mi iPod y enseguida me quedé dormida.

Terminé de colocar el café en mi escritorio además del trozo de pastel que horneé para él; justo cuando dejaba el cubierto, la puerta se abrió y cerró de golpe. Me volví enseguida y el diablo en persona estuvo frente a mí. Debía admitir que mucho del encanto de mi jefe tenía que ver con su forma de vestir, ¿a quién no le gustaba ver a un hombre arreglado? Lucía divino en esos trajes a la medida de diseñadores caros, más costosos que la cama donde yo dormía o quizá más que el departamento donde vivía.

—Buenos días, Bridger —saludó. Cabe mencionar, que yo era la única persona a la que él le daba los saludos.

—Señor Russo, buenos días —devolví amable, acomodé mis gafas y lo miré tomar asiento mientras yo tomaba mi tableta y revisaba su agenda.

—¿Qué tenemos para hoy? —Preguntó.

Dio el primer bocado y su expresión de placer me hizo sentir incómoda; me daba una excelente idea de cómo serían sus gestos al follar.

« *Vamos, Holly, concéntrate* » .

—Una entrevista para la revista *Young* por el éxito de anoche en el club, programada a las tres en punto en el Royal. Antes de eso, no hay nada. Por la noche, citó a Linda Bronx, le envié las flores que me pidió en conjunto con su gran cita romántica.

Me observó con una sonrisita burlona y lamió de sus labios los restos del chocolate. No me inmuté, aunque por dentro ardiera de deseo por probar su boca.

« *No, Holly, es un mafioso, un mafioso asesino de sangre fría, piensa qué diría tu padre si lo llevas a casa. Absolutamente no* » .

—No buscaba ser romántico, quiero que me la chupe, no casarme con ella.  
—Suspiré.

—Los detalles están de más, señor Russo.

—Me gusta dárselos, Bridger, si lo conoce, quizá se atreva a probar —dijo, relamiéndose los labios.

—Señor, soy virgen, no una ignorante, y si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

Di media vuelta y abrí la puerta para salir, pero su voz me detuvo.

—Gracias por el desayuno, Bridger.

—De nada, señor.

Abandoné su oficina y cerré detrás de mí. Me dirigí a mi escritorio que se hallaba a un costado de su oficina, tomé asiento y encendí el ordenador para revisar los correos de las compañías que lavaban dinero para Dixon. Tenía de todo: restaurantes, lavanderías, autolavados, farmacéuticas, hoteles. En fin, todo variaba, desde lo más pequeño, a lo más alto, a la cabeza de las compañías grandes estaban empresarios corruptos que trabajaban para él y se llevaban una buena parte de dinero, pero su negocio más importante eran



los clubes nocturnos. De ahí sacaba muchas ganancias, mas yo no me hacía cargo de ellos.

—Holly, buenos días, preciosa —saludó Adam, socio de Dixon y a quien veía a menudo por aquí, él era quien se encargaba de los clubes.

—Hola, Adam, qué lindo te ves hoy —dije sincera. Me llevaba bien con él, siempre se comportó amable conmigo y me ayudó cuando entré a trabajar a este sitio.

Se pasó la mano por su cabellera castaña y se sentó en el borde de mi escritorio. Era un tipo apuesto, de complexión musculosa, pero disimulada bajo los trajes que llevaba encima; dueño de unos ojos miel que a veces me derretían. Si no trabajara para Dixon, lo invitaría a salir.

—¿De verdad? Viniendo de ti, puedo creérmelo. Nunca das cumplidos.

—No los necesitas, debes recibir muchos.

—No tan sinceros —replicó. Agarró un lapicero y comenzó a jugar con él entre sus dedos—. ¿Cuándo aceptarás mi café? Solo me das largas.

Sacudí mi cabeza despacio.

—No es correcto, el señor Russo puede molestarse.

—Es tu jefe, no tu dueño —recordó—, te aseguro que no tendrá problema, lo mantendremos fuera de aquí. —Sonreí.

—Sé que buscas, Adam, en mí no vas a encontrarlo.

—¿Piensas que quiero follarte? Qué mala reputación tengo por aquí —se quejó. Me encogí de hombros—. Piénsalo, preciosa, solo vamos por un café.

Dios. Seguiría insistiendo, lo haría hasta que cediera, no era la primera vez.

—Bien, por la noche.

Sus ojos brillaron y la sorpresa inundó sus rasgos.

—¿De verdad?

—Sí, ahora quítate de mi escritorio antes de que me arrepienta.

Rio e iba a decir algo más, pero la puerta de la oficina de Dixon se abrió de golpe. Su figura imponente abarcó mi campo de visión, miró a su socio y luego a mí; endureció el gesto.

—¿Qué mierda haces ahí? ¿Piensas que voy a esperarte toda la puta mañana? —Increpó tosco.

—Joder, Dixon, qué carácter, no entiendo cómo lo aguantas —dijo, mirándome. Negué nuevamente y acomodé mis gafas.

—Deja de hacerle perder el tiempo a mi secretaria —espetó, recalcando estas últimas palabras, no pasó desapercibida para mí la posesividad impresa en ellas.

—Nos vemos más tarde, preciosa.

Me lanzó un beso y Dixon parecía quererlo matar con la mirada.

Rodé los ojos. ¿Ahora que mosca le picó?

Lo ignoré y me centré en mi trabajo.

Por la noche comencé a guardar mis cosas. Hoy fue un día tranquilo, no hubo derramamiento de sangre ni peleas dentro de la oficina. A Dixon no le vi la cara mucho, salió a las entrevistas y desde que volvió no había salido de su oficina. Lo agradecí, poseía un carácter del demonio que, aunque siempre lograba controlar, me exasperaba.

Terminé de meter todo en mi bolso y entonces sentí los ojos de alguien sobre mí.

—¿Ansiosa por irse, Bridger? —Cuestionó su voz, haciéndome dar un respingo. Me volví y lo encontré a escasos centímetros de mí—

Parece ansiosa, ¿alguna cita en especial?

—¿Para qué lo pregunta? —Inquirí— Es obvio que sabe la respuesta.

Torció los labios en una sonrisa mezquina y se sentó en el escritorio, demasiado cerca de mi persona para mi gusto.

—Quiero escucharla de su boca —replicó. Resoplé.

—¿Por qué tanto interés? ¿Acaso quiere celebrar cuando un hombre me desvirgue? —Manifesté, cruzándome de brazos.

Sus ojos relucieron peligrosos. Tensó la mandíbula y me miró de arriba abajo. Me sentí poca cosa bajo su escrutinio.

—Dudo que haya algún valiente —se mofó. Le dediqué una sonrisa insípida y falsa.

—Podría sorprenderse, señor Russo, ahora si me disculpa, debo irme.

Le di la espalda, lo que nadie hacía si no quería recibir un disparo en la cabeza.

—Tiene prohibido salir con Adam —dijo de pronto, deteniéndome. Di la vuelta, enfrentándolo totalmente atónita. Caminaba despectivo y egocéntrico hacia mí.

—¿Disculpe? Usted no es mi dueño, ni mucho menos me ordenará con quien puedo o no puedo salir. —Acomodó el nudo de su corbata y sonrió.

—Con él no —repitió—, desobedezca y se lamentará.

—No le tengo miedo, bien lo sabe.

Rio y movió mis gafas, dejándolas correctamente en su lugar. No me moví.

—No es a usted a quien lastimaré. —Me estremecí, su aliento olía a cigarrillos y ron—. No con mis socios, ¿entendido? Me da igual si encuentra a alguien que le haga el favor, pero fuera de aquí.

Mi mandíbula tembló por la ira. Él era cruel en ocasiones, pero esta vez había rebasado mis límites. Sin embargo, era algo que esperaba.

Dixon Russo no tenía escrúpulos ni remordimientos.

—Bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

### **Capítulo 3**

#### ***Dixon***

Mi mirada se quedó prendada en ella mientras la veía abandonar mi edificio. No paraba de sonreír por haberla molestado, porque a pesar del lazo que había entre ambos, no iba a permitirle que olvidara quien era ella y quien era yo.

¿Cómo se atrevía a planear una salida con Adam? ¿En qué coño estaba pensando? Y ese imbécil, ¿quién demonios se creía para invitarla a salir?

Sí, Holly era horrible y no me provocaba nada en lo más mínimo, pero era mi horrible asistente, ¡mía! Jodidamente mía. No iba a permitir que ningún bastardo que me rodeaba la cortejara. Ella era demasiado buena como para caer en manos de ellos. Merecía más que un puto mafioso o un idiota corrupto. Le estaba haciendo un favor al negarle salir con Adam, no lo conocía, debajo de esa fachada de buen tipo, se escondía un sujeto pervertido y promiscuo que solo quería una cosa de Holly y si la lastimaba, yo metería un tiro en su culo y no, no quería quedarme sin socio. Era un idiota, pero un idiota que me servía.

Abandoné mi edificio momentos después, ya no tenía nada que hacer aquí y había pendientes de los cuales hacerme cargo, uno de ellos era la rubia despampanante que estaba esperando por mí en uno de mis hoteles.

De pronto, mi móvil timbró dentro de mi bolsillo mientras ingresaba al ascensor. Cogí la llamada, se trataba de mi hermano: Dexter.

—¿Qué? —Espeté.

—Tienes que venir a casa, ahora —dijo, había un matiz de emoción y urgencia en su voz—, tengo una noticia que darle a la familia.

—¿Es en serio, Dexter? Tengo cosas más importantes que hacer — espeté, le eché un vistazo al reloj en mi muñeca, se me haría tarde.

—Hermano, te necesito aquí. No demores.

Rodé los ojos. Me había colgado. Menudo imbécil. ¿Qué demonios planeaba? Seguramente tenía que ver con su noviecita: Darla. La conoció hacía poco y el muy estúpido cometió el error de enamorarse de ella. Llevaban un año juntos, eran felices, supongo, no es como si me interesara su vida, ni siquiera cruzaba palabras con mi cuñada, me daba lo mismo.

Al arribar al estacionamiento me dirigí directamente a mi *Aston Martin*. Dos *Escalade* me siguieron a toda prisa cuando abandoné el edificio, era mi gente cuidándome las espaldas. Si bien, en esta ciudad yo mandaba, no podía fiarme, siempre habría algún enemigo ansioso de poder y carente de cerebro, lo suficientemente idiota para buscar enfrentarme. Reí. Estos eran mis territorios, yo era el dueño, nadie se metía con un Russo, nadie me decía que no.

Al detenerme en un semáforo revisé mis mensajes, abrí el de Linda.

Sonreí. Era una foto suya frente al espejo, las piernas abiertas y su coño a la vista. Mierda. Acomodé el bulto en mi entrepierna y arrojé el móvil a un lado. Esperaba que lo que Dexter tuviera que decir fuera rápido. Ansiaba follar con Linda, era buena en la cama, más chupándola.

Pasada media hora arribé a la mansión donde mis padres vivían, Dexter vivía con ellos. Me gustaba tenerlos juntos, se volvía más fácil para mí el poder protegerlos, aunque mi padre y Dexter sabían defenderse, mi obligación como el líder de la mafia era asegurar su bienestar y el de mi madre, ella quien no dejaría de ser una reina.

Atravesé el portón y la seguridad. Detuve el auto cerca del camino a la entrada. Bajé a toda prisa, dirigiéndome al interior con el deseo de lárgame de aquí cuanto antes, a pesar del amor que le tenía a mi familia, no era fan

de demostrárselos o siquiera compartir con ellos más de una visita al mes. Las muestras de afecto me provocaban gran flojera.

Al llegar a la sala, todos estaban reunidos, solo faltaba yo. Dexter sostenía la mano de Darla, en sus esqueléticos dedos relucía el anillo de compromiso que mi hermano le dio hacia un par de meses.

Vaya ridiculez.

—Hijo, viniste —dijo mi madre, acercándose.

Besó mi mejilla, no me inmuté. Era la única mujer que me tocaba con un gesto cariñoso.

—Madre —murmuré seco. Ella sonrió, me conocía y aceptaba lo poco o nada que le daba en afecto—. ¿Y bien? ¿Cuál es la urgencia? —Indagué, ansioso.

—Tu hermano quiere darnos una buena noticia —comentó mi padre.

Quien lo viera, no pensaría que ese hombre amoroso y benévolo, fue el rey de una mafia entera. Éramos muy diferentes.

—Estoy esperando —mascullé.

Dexter sonrió y apretó más fuerte la mano de su novia mientras la miraba con amor absoluto. Rodé los ojos y aparté la vista. Qué pereza más grande me daban ambos.

—Bueno familia, esta es una noticia que mi hermosa prometida me ha dado el día de hoy —le acarició la mejilla y luego nos miró alternadamente—, Darla está embarazada —soltó al fin—, vamos a tener un hijo.

Mi madre chilló de la emoción y corrió a abrazar a su hijo y a su futura nuera, mi padre, igual de emocionado, estrechó la espalda de mi hermano, devolviéndole una gran sonrisa. Entretanto, yo permanecí inerte, completamente paralizado por la noticia, como si un balde de agua fría me hubiera caído encima.

¿Él de verdad había embarazado a su novia? Por supuesto, fue algo que debí esperar, él quería formar una familia, pero ¿acaso no era consciente del mundo en donde vivíamos? Traer un hijo solo sería ponerlo en peligro constante. No era una vida para un bebé.

—¿Y tú, hermano, no vas a felicitarnos? —Inquirió Dexter.

—¿Por qué querría felicitarte por la estupidez que acabas de cometer? —Expresé frío. Su sonrisa se borró de inmediato.

—Dixon, por favor, es una vida nueva —intervino mi madre.

—¿Y cuánto crees que dure esa vida sin estar en riesgo, madre?

Parece que olvidan el mundo donde vivimos, es una completa irresponsabilidad que traigas un hijo a él sabiendo los riesgos.

Dexter apretó las manos en puño, Darla lo sostuvo del brazo cuando dio un paso al frente. Estaba furioso, pero me daba lo mismo, solo le decía la verdad, aunque le doliera escucharla.

—¿Cómo puedes ser tan insensible y tan ruin ante mi felicidad, convirtiéndola en algo malo? Aunque claro, todo lo que Dixon Russo toca, lo convierte en mierda. —Acomodé el nudo de mi corbata, indiferente a sus palabras.

—Y me jacto de ello, hermano.

—Dixon, ese bebé será un Russo... —Comenzó a decir mi padre. Lo enfrenté.

—Motivos suficientes para que nuestros enemigos quieran matarlo —sentencié, regresé la mirada a mi hermano—, ¿eso quieres para él? Porque solo eso le darás: peligro y muerte. Francamente si fuera tú, buscaría la forma de deshacerme de ese problema.

Fue lo último que toleró. Se lanzó sobre mí y me atinó un puñetazo en la cara. Sonreí con el sabor de la sangre en mi paladar, incorporándome de

inmediato del suelo para después devolverle el golpe, por supuesto, mi hermano no se quedó tranquilo y castigó mi estomago con su puño.

—¡Eres una mierda, Dixon, bastardo egoísta! ¡¿Cómo te atreves?!

¡Es mi familia!

—¡Basta los dos! —Intervino mi madre, posicionándose entre ambos. Sangrábamos, pero eso fue lo de menos.

—¡Lárgate! No quiero verte la cara otra vez o yo mismo te mandaré al infierno donde perteneces. —Reí y escupí el suelo; la sangre acompañó mi saliva.

—No me molestaría, por algo me conocen como el diablo, hermano.

—Los observé a todos, conmocionados por la situación—. Nunca es un placer verles la cara.

Di media vuelta y los dejé atrás.

Lo que pensaran de mí no me quitaba el sueño.

Yo era un hijo de puta. Eso jamás cambiaría.

Supe que eran las ocho de la mañana porque Holly entró a mi oficina, viéndose tan ridículamente fea como siempre, aunque quizá hoy se superaba: falda café hasta los pies, blusa de botones en color vino, zapatos de abuela y cabello trenzado. Resoplé. Tal vez si se vistiera mejor, me la follaría. Sin embargo, su atuendo fue lo de menos, mi atención la acaparó el trozo de pastel y la taza de café humeantes que yacían en sus manos.

Lo colocó frente a mí, entonces me escrutó minuciosamente. Yo daba asco, eso era seguro. Tenía la camisa abierta, manchas rojizas aun salpicadas en ella, la comisura de mi labio se mantenía roto, con sangre seca; agarraba con fuerza una botella de vodka. Di un trago largo.

—Buenos días, Bridger —mascullé, arrastrando las palabras.



—¿Qué pasó? ¿A qué se debe esta vez? Supongo que algo grave.

—Sonreí. Ella me conocía.

Nunca perdía la compostura, menos ante ella, cuando ocurría, siempre a menudo era por causa de mi familia. De ahí en fuera, mis enemigos no lograban desestabilizarme así, mucho menos llegaban a ponerme una mano encima antes de que mi arma les volara los sesos.

—Peleas estúpidas con Dexter —confesé. Suspiró y se dirigió al baño al extremo de la oficina.

La escuché hurgar dentro, posteriormente regresó con un par de gasas y alcohol en la mano. Rodeó el escritorio, mojó la gasa y se inclinó hacia mí. Respiré profundo. Olía a jabón y rosas. Nunca la había tenido tan cerca.

—¿Por qué fue esta vez? Parece que le permitió golpearlo, nunca arruina su cara —comentó.

—De eso vivo —bromeé. A ella no le pareció gracioso, solo negó débilmente—. Me lo merecía —agregué—, espera un hijo y lo único que hice fue sugerirle que lo abortara.

Sus movimientos sobre mi herida se detuvieron y me miró detrás de esas gafas nefastas. Sus ojos en cambio, eran bonitos, sobre su nariz había pecas, pequeñas pecas que jamás noté. Ridículo que lo hiciera estando ebrio y no sobrio.

—Eso no fue muy amable de su parte, es demasiado, incluso para usted —decretó sin temor.

—Qué más da, no puedo estar contento, Bridger, ¿qué mierda de vida le espera a ese bebé? —Chasqueé la lengua— Tan solo mírame, soy un bastardo sin escrúpulos, un asesino, esto es a lo que aspira.

—Se preocupa —sentenció. No respondí. Su aliento era fresco al rozar mi cara—. Pero no sabe expresarlo correctamente.

—Porque solo sé herir, la única forma en la que sé actuar, es a través de la violencia, Bridger, no conozco otra.

—Lo sé, señor Russo, pero siempre hay maneras de luchar contra uno mismo, más cuando esto implica el bienestar de los que amamos —susurró.

Se apartó y sonrió un poco. Sus labios eran rellenos, perfilados, llevaba un labial rojo cereza, se veía muy leve. Tragó en seco.

¿Por qué de pronto estaba prestándole demasiado interés a mi asistente? Mierda, mierda, mierda. Esos golpes debieron afectarme o probablemente estaba muy ebrio.

—Debería darse una ducha —murmuró. Tenía razón, la necesitaba,apestaba a alcohol y sangre, aunque esto último no me molestaba.

—¿No quiere ayudarme con eso también, Bridger? —Inquirí, relamiéndome los labios. Me devolvió una sonrisa reluciente y divertida.

—Ni en sus mejores sueños, señor Russo —replicó. Reí. Si fuera otra, estaría aceptando el reto.

Nadie me decía que no..., solo Bridger.

—Parece que no cede a mis encantos —dije burlesco.

—Soy inmune a usted.

Se incorporó, pero mi mano agarró firme su muñeca. Era delgada y pude advertir la suavidad de su piel debajo de mi palma. La miré a la cara, ella ni siquiera lucía afectada por mi cercanía, sin duda, era inmune. Ojalá llamara mi atención, así se volvería interesante el hacerla caer rendida a mis pies, como todas.

—Gracias, Bridger —susurré.

Asintió, sin desarmar su sonrisa. Lo admitía, era bonita y gentil. No permitiría que nadie le borrara esa sonrisa de sus labios, cuidarla sería un pago más por todo lo que ella hacía conmigo.

Mientras yo viviera, nadie lastimaría a Holly, y quien se atreviera, lo mataría de la peor manera.

—De nada, ahora, ducha —me arrebató la botella de la mano—, tiene una agenda que cumplir.

Reí y me puse de pie. Ella era muy pequeña a mi lado, apenas rondaba el metro cincuenta y cinco. Una *cosita* fea y diminuta.

—Mi agenda de hoy es asesinar. —Sonrió de lado.

—Lo mejor que sabe hacer.

## Capítulo 4

### *Holly*

Dixon llevaba dos horas sin asomar siquiera las narices por la puerta. De ser la misma novata que llegó hacia dos años a esta oficina, estaría preocupada, pero conocía sus momentos, su familia era una fibra delicada en él y siempre solía quebrarlo, aunque no de la forma que cualquiera pudiera pensar. Simplemente él no era cariñoso, no tenía tacto para decir las cosas, jamás se quedaba callado y hería sin inmutarse en lo absoluto. Su mano no temblaba ni titubeaba a la hora de causar daño y nadie se libraba de eso, ni siquiera quienes más lo amaban.

Dixon era tóxico, despiadado, pero también había una pizca de bondad en ese corazón de fuego. Se preocupaba por su familia, pese a que, su forma de demostrarlo diera asco, lo hacía, de la misma forma en que lo hacía conmigo.

Y no mentiría, sí, lo quería, tenía un gran aprecio, mas nunca se lo diría. De cualquier manera, seguramente él ya lo sabía.

De pronto, mi vista recayó en la hermosa rubia que avanzaba hacia mí contoneando sus caderas. El vestido plateado le iba de maravilla a las curvas de su voluptuoso cuerpo. Sonreí amable cuando se postró delante de mí. Ya la conocía. Era Linda Bronx, socia de Dixon, una mujer

autosuficiente, hermosa y vanidosa, quien estaba rendida a los pies de Dixon, como la mayoría de las mujeres que lo rodeaban.

—Hola, Holly —saludó carismática. Me caía bien, siempre intentaba darme consejos para resaltar mi belleza, la cual yo prefería mantener oculta, pero eso no se lo decía.

—Hola, señorita Bronx.

—Solo dime Linda —rodó los ojos y negó despacio—, Dixon me llamó, ¿está en su oficina?

—Sí, puede pasar, ya sabe que no necesita ser anunciada.

Sonrió coqueta y se mordió el labio inferior.

—Gracias, Holly, y, por cierto —metió la mano a su diminuto bolso de diseñador y luego sacó una bolsita pequeña—, es para ti, un obsequio.

Lo tomé, un tanto sorprendida. Le devolví una sonrisa amable.

—Gracias.

—De nada, preciosa.

Me lanzó un beso y se adentró en la oficina del diablo. Suspiré. Eso serían dos horas sin verle la cara a mi jefe. Seguramente follarían sin parar. Negué. Eso no era de mi incumbencia. Me centré en abrir la bolsita, de ella saqué una cadena muy delicada, era de oro, al final colgaba una hada del mismo material que la cadena, pero las pequeñas alas tenían diminutos diamantes rosados incrustados. Era preciosa y debió costarle una fortuna, aunque para Linda esto no debió hacerle cosquillas a su fortuna.

Volví a guardarla y entonces alguien más interrumpió mi trabajo.

—Holly, Holly —saludó enérgico, sentándose encima de mi escritorio.

—Adam, buenos días. Si vienes a buscar a tu socio...

—Sé que está con Linda, lo que te da cerca de dos horas libres — dijo, se cruzó de brazos y me miró coqueto—, ¿vamos por ese café?

—¿Eres suicida acaso? —Inquirí— El señor Russo me dejó en claro lo que te hará si acepto salir contigo.

—Te preocupas por mí, ¿eh? —Murmuró con una sonrisita traviesa en sus labios— Eso ya es un avance.

—Adam, no estoy bromeando. —Rodó los ojos.

—No me hará nada, Holly, solo le gusta joderte. Anda, vamos a la cafetería de enfrente, solo un café.

Mi vista fue hacia la puerta de Dixon, si salía y no me encontraba aquí, me metería en problemas y no es como si quisiera hacerlo enfurecer. Lo mandaría a la mierda y no estaba en mis planes quedarme sin trabajo.

—No —dije tajante—, si quieres puedes ir por el café y lo bebemos aquí. El que mi jefe no esté, no me libra del trabajo —agregué, señalándole los documentos que tenía encima de mi escritorio, además de lo faltante en el ordenador.

Resopló y se incorporó.

—Bien, voy por ellos, chica difícil —masculló, guiñándome un ojo.

Lo vi marcharse y enfoqué mi atención en el ordenador, lista para continuar con mi trabajo, sin embargo, esta vez fue mi móvil el que interrumpió y casi maldigo, pero me abstuve cuando recordé que mi padre era el único que me llamaba.

—Hola, papi —saludé contenta. Sostuve el aparato con mi hombro y cabeza mientras mis manos se encargaban de enviar correos.

—Mi princesa, qué grato oír tu voz, ¿cómo has estado? No me llamaste toda esta semana.

—Lo siento, demasiado trabajo y demasiada tarea, tu niña se esfuerza para ser alguien en la vida —recordé. Rio y no pude sentirme más afortunada por tener la dicha de seguir escuchándolo reír. Lo extrañaba muchísimo.

—Dile a ese jefe tuyo que deje de cargarte tanto la mano o tendré que ir a decírselo yo mismo.

Sacudí la cabeza al tiempo que reía. Papá era capaz de hacerlo.

—Solo hago lo justo, no te preocupes —suspiré—, mejor cuéntame qué hay de nuevo en el pueblo.

—Las mismas caras, cariño, la misma monotonía. Te extraño en casa.

Mi sonrisa se borró y mi ánimo decayó un poco. Hacia dos años que no lo veía y también lo extrañaba mucho, pero me negaba a volver, aun no me encontraba lista para regresar, no podía. El fantasma de mi pasado aun me atormentaba y al volver todo me recordaría el porqué me fui. Tenía un secreto que llevaba sobre mis hombros y que ni siquiera papá sabía. Su corazón no habría podido resistir saber en lo que su hija estuvo involucrada.

—Dime que vendrás pronto —continuó ante mi silencio.

—Tú lo harás, papá, recuerda que ya casi me graduó, ¿o es que lo has olvidado?

—¿Por quién me tomas, princesa? Tengo la fecha anotada en el calendario y la he escrito también en las notas de la nevera. Estaré ahí, ambos lo estaremos.

De nuevo mi sensible corazón se apretujó ante la mención de mi madre. De verdad desearía tenerla aquí, me hacía mucha falta.

—Lo sé, papá. —Suspiró.

—Te llamaré pronto si tú no lo haces —amenazó.

Advertí la figura de Adam aproximarse a mí con las cosas en mano.

—De acuerdo, te amo demasiado.

—Y yo a ti, mi niña.

Terminé la llamada y guardé el móvil. Adam colocó mi café frente a mí, además de una rosquilla de coco, mi favorita.

—Gracias —dije emocionada y ansiosa de probar su sabor.

—De nada, preciosa, esa sonrisa tuya es mi paga —dijo.

En esta ocasión tomó asiento como se debía y le dio un sorbo a su café, sus ojos seguían fijos en mí mientras desenvolvía la rosquilla.

—Eres muy bella, Holly, ¿por qué te ocultas? —Preguntó de pronto.

No lo observé y di el primer bocado a mi rosquilla.

Mierda. Sabía tan bien, el coco y el chocolate blanco. Jodida delicia.

—¿Quién dice que me oculto? ¿No te has detenido a pensar que quizá me gusta vestir así? —Contraataqué. Sonrió de lado y bebió más de su café, lo imité.

—Qué más da —se inclinó hacia al frente—, me gustas de cualquier modo.

—No soy ese tipo de chicas, Adam, ya te lo he dicho, pierdes tu tiempo, no me acostaré contigo.

—No busco eso, aunque bien, sí, obviamente me gustaría tener sexo contigo —fue franco—, pero no es lo único que me interesa, Holly. ¿Qué puedo hacer para que me hagas caso?

—No tengo una lista de requisitos, Adam, en mis planes ahora mismo no hay cavidad para relaciones, solo quiero terminar mi carrera.

Efectuó una mueca, sin estar dispuesto a darse por vencido.

—¿Y después?

—Eres muy insistente.

Su sonrisa se ensanchó y la diversión brilló en sus orbes.

—Lo soy cuando quiero algo, Holly, y te quiero a ti —sentenció, tomándose desprevenida.

—¿Por qué? —Inquirí cauta. No era experta en relaciones, pero aprendí a no confiar con facilidad en las personas.

—Veo en ti todo lo que necesito, eres linda, gentil, inteligente y de carácter, te respeto y admiro, quiero a alguien como tú en mi vida —

me miró directamente a los ojos sin titubear—, y lo conseguiré.

—Pareces muy seguro —farfullé. Encogió los hombros.

—Ya verás, te conquistaré, Holly.

—Sobre mi cadáver —espetó con dureza una voz.

Casi me atraganto con el café y Adam se puso pálido. Hubiera reído por la seguridad de sus palabras hacia un rato, pero no podía tomar nada a broma cuando Dixon se mostraba como el diablo que era.

—¿Están muy cómodos? ¿Algo más que necesiten? —Increpó tosco, alternaba la vista de Adam a mí. No me inmuté. Él ya no me intimidaba.

—Vamos, hombre, solo estábamos tomando un café —se excusó Adam. Yo le habría aconsejado que se mantuviera callado.

—No soy ningún estúpido, sé perfectamente lo que estás haciendo y he dicho que no, ¿entendido? Eso va para ambos.

Adam se incorporó, enfrentándolo.

—No puedes esperar que te obedezca, Dixon, es mi vida personal y la suya —manifestó Adam y bien, tenía toda la razón, pero yo seguía callada, escuchándolo vociferar.



—Me importa una reverenda mierda, imbécil, aquí se hace lo que yo digo —sentenció, dando un golpe con su puño a mi escritorio.

—Holly, nena, ¿me ayudas con el vestido? —Interrumpió Linda desde la oficina. La miré agradecida por su interrupción.

—Claro, señorita —articulé. Vaya a saber de donde mierda saqué fuerzas para hablar.

Desaparecí de inmediato de la pelea de esos dos, a pesar de estar inmiscuida en ella, no quería seguir siendo parte, era ridículo.

Cerré la puerta con seguro y ayudé a Linda con el cierre de su vestido. Fue inevitable no mirar las mordidas y los chupones en su espalda, además de marcas de dedos. Vaya que Dixon se ponía intenso en el sexo.

—Gracias, cariño.

—No, gracias a usted, me ha librado de esa pelea —susurré.

—Vi tu incomodidad, a nadie le gusta estar presente cuando el diablo pierde los estribos —masculló en complicidad.

—No entiendo por qué se pone así.

—Dixon te quiere, Holly, muy sinceramente, se preocupa de que te rompan el corazón u otras cosas —comentó risueña.

—Pero si se la vive incitándome a perderla —siseé entre dientes. Al parecer para nadie era un secreto mi virginidad y realmente no me importaba.

—Sabes que quienes lo rodeamos, no somos del todo... buenos, estamos metidos en asuntos ilícitos y él no quiere un hombre así para ti. —Resoplé.

—Es un idiota.

—Eso todo mundo lo sabe —me guiñó un ojo—, debo irme, nos vemos después.

—Gracias, por esto y por el obsequio, es muy hermoso.

Se detuvo con la mano en el picaporte de la puerta. Su mirada era sincera y gentil.

—Cuando lo vi pensé en ti, Holly, eres una hada, una hada muy bella. Nunca dejes que apaguen tu luz.

Sin decir más salió de la oficina. Sus últimas palabras provocaron algo en mi interior, mas no le tomé mayor importancia y decidí salir también, no podía quedarme aquí dentro, además, no le temía a Dixon ni a su furia de los mil demonios, solo no tenía ánimos de lidiar con ella hoy. Sin embargo, antes de abrir la puerta, el mismo diablo en persona lo hizo. Cerró de un portazo y acomodó su cabellera hacia atrás, los mechones se volvían rebeldes ante sus largos dedos.

—Parece que toma a juego mis advertencias, Bridger —masculló, se interpuso entre la puerta y yo.

—Y parece que usted no dejará de tomarse atribuciones que no le corresponden —repliqué.

Esbozó media sonrisa y me acorraló muy lentamente contra la pared detrás de mí, mi espalda chocó contra ella, contuve el aliento un momento mientras él posaba su mano a un lado de mi cabeza. Olía al perfume de Linda y a su colonia favorita.

—Me corresponden y mucho. Usted trabaja para mí y no tolero que mis empleados se entiendan entre sí más allá de lo laboral —

susurró. Los dedos de su mano libre jugaban con el primer botón de mi blusa.

—Bien, tiene razón, no volverá a pasar. Usted puede ordenarme dentro de su empresa y durante las horas de trabajo, pero de la puerta para afuera soy libre de hacer lo que se me venga en gana y con quien se me pegue la gana —finalicé con dureza. Estaba enfureciéndome su actitud.

Entonces, Dixon presionó su cuerpo al mío, su mano que antes descansaba en la pared, se cerró en torno a mi cuello. Tuve su cara a centímetros de mis labios.

—En Adam no encontrará lo que busca —aseguró. Su pelvis rozaba la mía y no quería detenerme a pensar demasiado en ello.

—Usted no sabe lo que yo busco —repuse, sin moverme un centímetro. Sentía que entre más lo hiciera, él más se aferraría. Su actitud ahora mismo distaba de parecerse a la que siempre mantuvo, ¿qué estaba cambiando en él? *Carajo*.

—Yo sé lo que las vírgenes como usted desean —su voz bajo y se tornó seductora—, no solo quiere que alguien le abra las piernas, quiere que la provoquen, que la hagan mojarse con un simple toque —mi corazón se aceleró—, anhela ser follada con rudeza y violencia, gritar de placer hasta que la garganta le duela.

Pasé saliva y no respondí. Sus manos en mi piel me nublaban la razón y cada palabra mencionada era la más pura realidad. Yo quería esa intensidad, pero no la hallaría en cualquiera.

—En Adam no hallará eso, pierde su tiempo.

—¿Y en usted sí? —Increpé.

—Por supuesto —me barrió con la mirada de pies a cabeza—, pero jamás me la follaría. —Escucharlo dolió, pero no lo demostré.

Se apartó y al fin pude respirar, sintiéndome libre, pero dolida por su forma de ser y sus palabras tan viles, aunque estaba acostumbrada a él, no dejaba de joderme.

—¿Sabe? Un día llegará una mujer que lo volverá loco —dije antes de irme—, y a quien no podrá tener, entonces será mi turno para reírme de usted, señor.

Soltó una carcajada y se sentó en su imponente silla. Encendió un cigarrillo y me miró despectivo.

—A Dixon Russo nadie le dice que no —dijo altanero.

Sonreí para mis adentros.

*Yo sí.*

## **Capítulo 5**

*Dixon*

Me encontraba en el *Phoenix*, mi club, el que me dejaba mayores ingresos y el más exclusivo de la ciudad. Una propiedad de tres pisos, lo necesariamente amplia, con lo mejor dentro de ella. Todos querían estar aquí, pero no cualquiera ingresaba.

Sostenía un vaso de ron en mi mano, a mi alrededor había mujeres, música, luces y mis hombres cuidándome las espaldas como siempre. Esperaba a un socio, alguien a quien necesitaba para lavar mi dinero sucio, este seguía llegando en grandes cantidades, me veía forzado a buscar nuevas "lavanderías" y tuve como objetivo la empresa de un ciudadano adinerado, inteligente, un hombre de edad lo suficientemente consciente de lo que vendría a hacer a este lugar.

—Señor Russo, el hombre ha llegado —anunció una mujer cerca de mi oído.

Con un gesto de mi mano le indiqué que lo trajera ante mí. Me hallaba en el último piso, muy pocas personas estaban acompañándome, se les dificultaba llegar hasta acá, no me podía dar el lujo de rodearme con cualquiera.

Momentos después la misma mujer volvió con el hombre que esperaba. No me puse de pie, él no hizo ademán de saludarme, se veía molesto e incómodo, dejaba entrever que no quería estar aquí.

Lastima para él que me importaran una mierda sus necesidades. No quise reunirnos en mi oficina, aun seguía pensando en mi momento con Bridger y lo jodido que me dejó.

—Señor Russo, ¿a qué debo su... agradable invitación? —Inquirió con todo el sarcasmo del mundo. Reí y di un trago a mi bebida, acaricié el sabor en mi lengua.

—Nada más que negocios, señor Davis —mascullé.

—Usted y yo no tenemos mucho en común.

—Por supuesto que no —coincidí—, pero sí reúne los requisitos para uno de mis negocios.

Tragó saliva. Dos de mis hombres se posicionaron detrás de él; evitó mirarlos y siguió centrando su atención en mí. Se sentía acorralado y eso que aun no comenzaba con las amenazas.

—No entiendo de lo que habla —susurró. Podía escucharlo perfectamente, incluso ante la música.

Relamí mis labios y me incliné hacia al frente.

—Su empresa va a lavar mi dinero sucio, señor Davis —dije sin tapujos. Su expresión no fue de sorpresa, se esperaba algo como esto.

—Jamás metería mi patrimonio en la corrupción que usted maneja

—espetó tajante.

Sonreí y me recliné de nuevo sobre el sofá. Estiré los brazos por encima del respaldo.

—No era una pregunta —detallé—, lo hará a partir de la próxima semana, ¿cómo? Ese su problema, pero mi dinero saldrá limpio de su empresa.

—¡Usted no puede obligarme! —Se alteró.

—Sabe que sí puedo —recordé con tranquilidad mientras encendía un cigarrillo—, si se niega, habrá consecuencias que no le gustarán.

—¿Me está amenazando?

—Señor Davis, yo no amenazo, actúo. —Solté el humo y este se ciñó al ambiente.

Se puso de pie, realmente furioso, creí que en cualquier momento le daría un infarto y entonces tendría que buscar a otro idiota para el trabajo.

—Es usted un delincuente ruin y detestable —rodé los ojos—, no es dueño de esta ciudad, que le quede claro.

Reí. Claro que era dueño de esta ciudad, yo la controlaba, yo decidía y pasaba por encima de cualquiera.

—Váyase ya —sugerí—, antes de que salga de aquí con los pies por delante.

Entre empujones lo sacaron de mi club, fuera de mi vista. Me incorporé y mi móvil vibró dentro de mi bolsillo. Lo tomé y vi el número. Apreté el ceño. ¿Ahora qué mierda quería este bastardo?

—Gallardo —espeté seco. Lo escuché reír. Idiota.

—Tú jamás estás de buen humor, ¿eh? —Se burló.

Me dirigí hacia los baños.

—¿Qué quieres, idiota?

—Vamos, primo, no seas descortés.

—Habla, no soy paciente —apresuré, no tenía tiempo para esto. Mi cuerpo necesitaba descargar la tensión que llevaba encima desde ayer, Linda ayudó, pero Bridger y Adam solo empeoraron todo, sobre todo este último.

—Me casaré en unos días, quiero que asistas. He llamado a tus padres y accedieron, solo faltabas tú, bastardo. —Esbocé media

sonrisa.

—Si de bastardos hablamos, ese era tu hermano. —Chasqueó la lengua. Entré al baño y abrí el grifo, eché agua en mi nuca. Joder.

—Deja las estupideces, ¿vendrás?

—Me lo pensaré —dije riendo—. Aunque será interesante conocer a la pobre mujer que llevarás al altar, ¿ya sabe que solo la usaste?

—Eres un cabrón —masculló—. Enviaré la invitación a tu asistente, más vale que traigas tu jodido trasero a México.

—Ya veremos.

Terminé la llamada y miré mi reflejo en el espejo. No estaría mal ir a México, podría distraerme un poco y llevar a Holly conmigo.

¿Por qué mierda pensaba en ella?

Resoplé. Era tan estresante como fea, rebelde y altanera, no me temía en lo más mínimo y aunque eso podría joderme, me gustaba.

Jamás se inclinaba ante mí, siempre me retaba y nunca se quedaba callada, era capaz de ponerme en mi lugar y me divertía que lo hiciera. Las cosas serían más interesantes si la llevaba conmigo.

Suspiré, pensando en su olor a rosas, en la cercanía que tuvimos, en sus labios color cereza y su sonrojo por el enojo que le causé.

Me habría gustado ver el deseo en sus ojos, pero no, ella definitivamente no me veía como un hombre y yo no dejaba de buscarle mil defectos, aunque en realidad solo fueran físicos.

Por dentro, Holly era hermosa y en eso no había discusión.

A la mañana siguiente llegué antes que ella, puse en su escritorio una rosquilla de coco, eran sus favoritas, acompañada de un café negro. Esa era mi manera de disculparme por mi escena del día anterior, probablemente volvería a arruinarlo con ella, pero ya pensaría en ello después. Holly era la única mujer, además de mi madre, a quien yo le tenía una pizca de cariño, sí, cariño; y me importaba lo suficiente como para pedirle disculpas, a mi manera, claro está.

Entré a mi oficina como el honorable hombre de negocios que fingía ser. Me quité el saco y justo cuando tomaba asiento, la puerta se abrió. Maldije para mis adentros, pues desde que percibí ese olor en Holly, era lo primero que notaba al tenerla cerca.

Al mirarla noté que había soltado su cabello, fruncí el ceño. ¿Por qué de pronto cambiaba de peinado?

Aquella mata castaña se osciló de un lado a otro mientras se aproximaba a mí con un trozo de pastel en la mano. Bien, no estaba enfada.

—Buenos días, señor Russo, gracias por el desayuno —mencionó.

Puso el trozo de pastel encima de mi escritorio, procuraba no acercarse.

—Buenos días —saludé—, ¿qué tenemos hoy, Bridger?

Realizó el mismo gesto de siempre, echando las gafas hacia atrás antes de encender la tableta y verificar mi agenda.

—En una hora tiene reunión con los socios de las farmacéuticas, comida a las tres con el alcalde en su hotel.

Solté un bufido, ¿qué mierda quería ese anciano? Seguramente más dinero, tipos como él solo aspiraban a aumentar su fortuna al costo que fuera para irse con los bolsillos llenos al finalizar sus gobiernos.

—Y reunión a las cinco con el señor Davison.

—Cancélela —indiqué, jugaba con un lapicero entre mis dedos al tiempo que escrutaba su cuerpo, como hacía a menudo.



—De acuerdo —suspiró—, y hay una invitación de Sebastián Gallardo para su boda, es este fin de semana.

—Iremos a la boda —le hice saber. Me miró por debajo de sus pestañas.

—¿Iremos? —Inquirió confusa.

—Es mi asistente, la necesito conmigo —simplifiqué sin dar más explicaciones.

—No son negocios —replicó seria.

—No estaba preguntándole, Bridger.

—Tengo tareas que hacer —contraatacó.

—Pospóngalas.

—Me reprobarán, estoy en finales.

—¿Quién es su profesor? Puedo arreglarlo con una llamada — recordé. Talló su frente con los dedos. Sonreí para mis adentros.

Vaya que la desesperaba y como me divertía hacerlo.

—De acuerdo. ¿Vuelo comercial? —Preguntó resignada.

—¿Está jodiéndome? —Me mofé.

—Ya quisiera —repuso con tranquilidad.

¿Ella de verdad lo había dicho? No sabía si reírme en su cara o sentirme indignado y ofendido por su osadía. ¿Cómo se atrevía?

*Carajo.* Vaya que tenía valor, debía darle puntos por eso, mira que asegurar tal estupidez.

—¿Cómo debo tomar eso, Bridger?

—Como mejor le plazca, señor Russo, si me disculpa, tengo pendientes que realizar.

Dio media vuelta y se retiró dejándome con la palabra en la boca.

Qué putas agallas.

Negué y abrí las carpetas con los documentos que debía firmar, con mi mano libre tomé un trozo de pastel y lo llevé a mi boca.

Maldición. Esa mujer, podía tolerarle todo solo para seguir probando esta delicia. Tenía unas manos que hacían maravillas.

—No vayas por ahí —me reñí.

¿Desde cuándo pensaba con doble sentido las cosas que hacía Bridger?

No me dio tiempo de analizar nada, ya que mi padre irrumpió en mi oficina como si aun fuera suya. Se veía bastante molesto conmigo; una sorpresa que aun no se le haya bajado el coraje de mi pelea con Dexter, no es como si no estuviera acostumbrado a ellas.

Siempre que podíamos nos rompíamos la cara, él y yo éramos muy diferentes.

—Necesitamos hablar, Dixon —dijo serio. Efectué una mueca. Qué jodida flojera.

—¿Sobre qué, padre?

Tomó asiento delante de mí, me miraba severo, mas no causaba nada en mí, él jamás fue de impartir miedo, solo respeto. Yo, por el contrario, me encargaba de sembrar ambos.

—Sobre la forma tan cruel que reaccionaste ante la noticia de tu hermano.

—¿Qué les sorprende? Ustedes saben cómo soy —excusé, encogiéndome de hombros, totalmente desinteresado por su letanía.

—No esperábamos que llegaras a tanto, Dixon. Sugerirle a tu cuñada que aborte a su bebé, ¿cómo te atreves?

Bien, estaba de acuerdo con él en que me comporté como un bastardo, pero no lo admitiría, mucho menos me disculparía por mi forma de pensar. Al parecer era el único en la familia que estaba consciente del ambiente donde vivíamos, el único lo bastante inteligente para no casarse, mucho menos embarazar a alguien.

Suficiente tenía con pensar en el bienestar de mi familia como para eso añadirle la preocupación de un ser inocente. El mejor regalo que podría hacerle a mis hijos, era no traerlos al mundo. Si las circunstancias fueran diferentes, quizá, solo quizá, mi pensamiento sería otro.

—Ya lo dije, ¿qué quieres que haga? ¿Cambiar mi opinión?

¿Disculparme? —Resoplé burlesco— Eso no sucederá.

—No te pido que lo ames, ni que estés feliz con la noticia, eso sería pedirle demasiado a ese corazón de piedra que tienes —no me inmuté ante sus palabras, pese a que, llegaron a provocar cierta molestia en mí—, pero al menos evita esos comentarios y deséale lo mejor a ese bebé que al final de cuentas, también lleva tu sangre.

—Y tú, todos ustedes —señalé severo—, eviten joderme y hacerme parte de celebraciones absurdas que no me conmueven o interesan en lo más mínimo.

Se puso de pie, lucía decepcionado. No era la primera vez que veía esa mirada en él, a pesar de todo lo que yo hacía, jamás, jamás había estado orgulloso de mí. Nuestro apellido se hallaba en la cima; los protegía y cuidaba, llevaba los negocios de una manera impoluta y recta, mas no le interesaba. Me exigía algo que no podía darles, no podía ser como Dexter, ni siquiera buscaba intentarlo.

—Tu madre no pierde la esperanza de que haya algo de calidez en ti, es por ella que lo intento, Dixon, y no soy tan cruel para decirle que en ti no hay nada más que frialdad.

—Ella sabe quien es su hijo. Ahora déjame en paz, tengo trabajo que hacer  
—siseé furioso. Que mencionara a mi madre me jodía.

Asintió y se dirigió a la puerta. Mi móvil timbró, enseguida vi el número de uno de mis jefes de seguridad. Sin perder tiempo tomé la llamada.

—¿Qué pasa, Taylor?

—Señor, es su hermano —dijo y sentí que todo se detuvo.

—¿Dexter? ¿Qué carajos pasa con él? ¡Habla! —Exigí al tiempo que me ponía de pie. Papá se había quedado quieto justo en el umbral de la puerta.

—Sufrió un atentado, mataron a todos sus hombres. —Juro que la sangre abandonó mi rostro.

—¿A qué clase de incompetentes tengo contratados, carajo?!

¿Dónde está?! Más les vale que no le haya pasado nada.

—En el hospital, su prometida iba con él, señor, ella es quien recibió más impactos de balas.

Mi mano se apoyó en el borde del escritorio. Tuve nauseas, estaba mareado. Esto debía ser una jodida broma, solo una puta broma. No podía estar pasando, no.

—¿Ambos están en el hospital? —Se quedó callado. Apreté el móvil a tal punto que lo escuché crujir.

—Ella murió en el lugar.

Arrojé el móvil contra la pared y todo lo que estaba en el escritorio fue a dar al suelo. Mis dedos jalaron una y otra vez mi cabello mientras una culpa aplastante me sofocaba. Sentía que era mi culpa, solo mía. Mierda.

—¿Qué pasa, Dixon? ¡Dímelo! —Exigió papá. Lo miré. El cabello me cubría parte de los ojos, mi respiración era pesada y el dolor me apretaba el pecho.

—Dexter está en el hospital —susurré—, le dispararon.

—¿Y Darla? Darla iba con él. —Fruncí los labios y apreté las manos en puño.

—Muerta.

Un silencio vasto se extendió entre los dos. No dijo nada, salió deprisa de mi oficina y yo solo pude volver a tomar asiento.

Dexter estaría devastado. Esta noticia lo destruiría. Él amaba a Darla, la amaba más que a nada en el mundo.

—¿Señor Russo? ¿Qué sucede? —Cuestionó Bridger. No la observé, no podía.

—Mataron a mi cuñada e hirieron a mi hermano.

Ahogó un jadeo y con más seguridad se acercó a mí. Sin verlo venir, acunó mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarla.

—No es su culpa, deje de pensarlo.

—Al final de cuentas es lo que yo quería, ¿no? Ese bebé ya no existe.

—Por favor, deje de lastimarse así, vamos, póngase de pie, debe estar con su hermano, él lo necesita.

¿Me necesitaba? No, por supuesto que no, sin embargo, yo quería estar ahí.

—¿Iría conmigo, Bridger? —Apenas sonrió.

—Hasta el fin del mundo.

## **Capítulo 6**

*Holly*

Se mantuvo callado en todo el trayecto al hospital, pero palpaba la ira emanar por cada poro de su cuerpo, el volante fue castigado por la fuerza de sus dedos que se contraían hasta volver los nudillos blancos mientras las venas se marcaban, alzando la tinta de los tatuajes en la piel.

Yo por otro lado seguía en shock, totalmente horrorizada y triste por el final de Darla. No la conocía lo suficiente, pero los pocos roces que tuve con ella me hicieron ver a una mujer buena y cálida, capaz de lidiar con el mundo de mafia al que los Russo pertenecían.

Cuando la conocí solo pude describirla como un ángel, ahora, ella y su bebé de verdad se habían convertido en uno de ellos. Dios mío.

No podía creer que estuviera muerta; y Dixon, Dixon no dejaría de sentir esa culpa, para él es como si hubiera sido su dedo el que presionara el gatillo. Lo comprendía, lo que le dijo a su hermano le pesaba y con esto lo haría aún más.

Dixon podría ser el mismo diablo dispuesto a convertir en un infierno todo lo que haya a su alrededor, pero jamás dudaría del amor que le tenía a su familia, aunque nunca lo demostrara con palabras, los hechos lo hacían por él.

Ahora lo veía ladrar órdenes a diestra y siniestra, no se despegaba del móvil, había un tumulto de sicarios en todo el hospital y las calles aledañas a él. No podía permitirse un ataque mientras la familia se encontraba vulnerable. En otro tiempo habría sentido pánico de todo lo que el apellido Russo significaba, pero hoy mantenía en mí toda la calma y actuaba con normalidad. Ya no era una chiquilla asustadiza, yo también tuve mis propios demonios y mi propia mierda, pese a que, todo ello estuviera escondido bajo llave, seguía ahí y nunca se iría.

—Aquí tiene señora, Russo —le entregué un café, sus ojos llenos de lágrimas me observaron—, bébalo, le hará bien.

—Gracias, Holly —dijo en voz mortecina.

Sus manos temblaron cuando cogió el vaso. Me tomé el atrevimiento de sentarme a su lado, la sala de esperaba donde nos encontrábamos se hallaba desocupada por personas ajenas a la familia, Dixon se encargó de ello, importándole poco si incomodaba a quienes esperaban por sus enfermos. Él era egoísta y en estos momentos lo comprendía.

—Siempre estás al pendiente —dio un sorbo, la tristeza ceñida a sus palabras—, eres quien lo mantiene a flote. Sé cómo debe sentirse.

—Solo hago mi trabajo, señora —murmuré.

—Haces más que eso, Holly —rectificó y suspiró, estremeciéndose — mi niño está destruido al igual que su hermano. lo sé.

Ambas miramos a Dixon. A su padre no se le veía por ningún lado, al parecer estaba encargándose de recuperar el cuerpo de Darla.

—Sé lo que le dijo a su hermano, estaba arrepentido por eso, aunque no lo admitiera.

—Se preocupa, puedo entenderlo. Cuando supe que él venía al mundo, muchas veces pensé en impedirlo —no me tomó desprevenida su confesión —, temía por él, por lo vulnerable que sería y en lo que al final se convertiría.

Bajó la mirada y las lágrimas cayeron sobre la tapa plástica.

—Estaba muy asustada, jamás pude darle una vida normal. No hubo colegios, ni amigos, solo... muerte. Este mundo corrompe a cualquiera.

—Él pensaba en ese bebé con el mismo miedo que usted lo hacía

—susurré—, solo que no sabe expresarse, siempre procura no quedar vulnerable.

—Lo conoces bastante bien.

Sonreí y negué suavemente con mi cabeza.

—Llevo dos años a su lado, debo hacerlo —decreté sin quitarle la mirada de encima a Dixon, sin embargo, cuando él notó que lo miraba, aparté la vista. Había mucha intensidad en sus ojos, llevaban consigo un infierno que podía hacerme estremecer.

—¿Familiares de Dexter Russo? —Irrumpió una voz femenina.

Enseguida nos incorporamos. Dixon detuvo la llamada en la que estaba y se acercó a la médica.

—¿Cómo está mi hermano? —Exigió saber.

—Sus heridas no fueron graves, una bala en el hombro y otra solo rozó su brazo, no hubo necesidad de extraerla —respondió calmada —, se encuentra estable y consciente, él pregunta por su prometida.

Dixon tensó la mandíbula y su madre me sostuvo del brazo como si estuviera a punto de caer.

—¿Puedo pasar a verlo? —Inquirió la señora Russo.

—Sí, claro.

—No —intervino Dixon, miró a su madre—, yo iré.

Maldije. Esa no era una buena idea.

—Dixon... —susurró preocupada.

—Sé cómo hacerlo, madre —la detuvo, intentando calmarla, luego me observó—, ¿me acompaña, Bridger?

Me tomó por sorpresa su petición. ¿Para qué me querría a mí?

Asentí sin más remedio, después de todo, al menos podría evitar que estos dos hermanos se agarraran a golpes, o bien, podría detenerlos si es que resultaba inútil evitarlo.



—Holly —apretó mi brazo ella, volví mi rostro hacia el suyo, había una súplica impresa en sus orbes cristalinos—, por favor.

—No se preocupe —la calmé, dándole un suave apretón. Asintió lento y tomó asiento nuevamente.

Acto seguido, fui detrás de Dixon y la médica que nos guio por un par de pasillos hasta la habitación que ocupaba Dexter; al llegar, se despidió con un asentimiento de cabeza y se retiró, dejándonos solos.

—Puedo decírselo —musité, contemplando su rigidez.

No se movía, solo estaba de pie frente a la puerta con las manos hechas puño y los músculos tensos. Tragó saliva y negó despacio.

—Me corresponde, él querrá sacar su dolor, seré su puto saco de boxeo si eso lo hace sentir mejor.

Sentí escalofríos al escucharlo. Pocas veces dejaba entrever esta faceta de él, admitiendo en voz alta que estaba dispuesto a todo con tal de hacer sentir mejor a quienes amaba.

—De acuerdo, lo esperaré aquí. —Negó.

—Entre conmigo, necesito que esté ahí.

Moví la cabeza en gesto afirmativo y entonces él abrió la puerta, se hizo a un lado y me dejó entrar, posteriormente ingresó detrás de mí. La habitación austera era llenada por el sonido constante de la máquina a un lado de la camilla donde Dexter descansaba; al percatarse de nuestra presencia, volvió el rostro hacia nosotros, me miró y noté la interrogación en sus rasgos, estos se endurecieron al enfocar a su hermano. Era obvio que no es a quien esperaba ver.

—¿Qué haces aquí? —Cuestionó severo— No pedí ver tu maldita cara.

Dixon calló durante unos segundos, podía palpar la tensión entre ambos. Los ojos azules de Dexter estaban inyectados de resentimiento, aquel bello rostro se deformaba por la ira.

—Dexter...

—¿Dónde está Darla? —Exigió saber.

Dixon bajó la mirada un segundo, volvió a apretar las manos e hizo rechinar sus dientes, como si estuviera obligando a las palabras a salir de su boca. Tuve la intención de tocarlo, de hacerle saber que no estaba solo, pero no pude moverme de mi lugar, estaba petrificada por los nervios de lo que vendría a continuación.

—No sobrevivió —dijo al fin—, ella murió en el lugar.

Dexter se quedó impasible durante breves instantes, luego una carcajada brotó de su garganta. Reía.

—Mientes —siseó—, es otra de tus malditas bromas crueles, porque es lo que tú eres, Dixon: crueldad.

—Carajo, Dexter, jamás bromearía con algo así —se pasó los dedos por el cabello, casi tiró de él—, lo siento, joder, Darla murió.

—¡Mentiroso de mierda! —Exclamó angustiado— ¡Mientes!

—¡No lo hace! —Intervine. Él me miró, su pecho agitado, los latidos de su corazón en aumento— Su prometida falleció, señor Russo — mi voz se mantuvo firme—, lo siento —repetí.

Apartó la mirada y lo agradecí, respiré hondo. Lo vi contraer los dedos, temblaba, y de improviso se arrancó todo lo que había conectado en su cuerpo. Sin dificultad se incorporó, como si el dolor de sus heridas no fuera lo suficientemente fuerte para detenerlo en su lugar.

—Supongo que debes estar feliz, ¿no, hermano? —Increpó. Su voz sonaba quebrada, baja, pero implacable.

—Nunca hubiera querido que esto pasara, Dexter, no digas estupideces.

—¡Deseabas la muerte de mi hijo! ¡Nunca estuviste de acuerdo con que me enamorara y formara una familia! —Reclamó, emanaba furia.

Dixon no se movió mientras su hermano avanzaba hacia él.

—Y tu deseo se cumplió, hermano, la vida te ha dado la razón —rio sin gracia—, todos a quienes amamos acabarán muertos.

—Vuelve a la cama, Dexter —ordenó tajante.

—Veta a la mierda —espetó—, eres un bastardo y no sabes cómo desearía que no fueras mi hermano. ¡Ella murió por tu culpa!

¡Deseaste tanto tener la razón que provocaste la muerte de mi familia!

—Cierra la boca y vuelve a la puta cama. Nadie querría esto, Dexter.

—Tú sí —las lágrimas inundaron sus ojos—, ahora soy como tú: un bastardo sin corazón —añadió, empujándolo con las manos. Dixon no se defendió.

—¿Quieres golpearme? ¿Quieres culparme? ¡Adelante, hazlo! — Incitó, igual de furioso que él.

Dexter no lo pensó dos veces, le propinó un puñetazo en la cara, castigó la herida que apenas comenzaba a sanar. Se le fue encima, a los golpes, lo cogió de la camisa y descargó su puño de nuevo en su boca y posteriormente en las costillas. Dixon jamás mostró intención de detenerlo, pero yo sí.

—¡Basta! —Exigí, tomándolo de sus fuertes brazos para impedir que siguiera golpeándolo.

—¡Aléjate, Bridger! Si mi hermano quiere golpearme, que lo haga —masculló, escupió sangre en el suelo, mas no se veía afectado por los golpes.

—Eso no le devolverá a su familia —susurré trémula—, por favor, deténgase.

Él negó, su cabello negro alborotado se sacudió. Las venas en sus brazos se presionaron contra la piel. Estaba conteniéndose, y yo a la espera, aterrada

de que siguiera golpeando a Dixon.

—Deténgase —repetí.

Se soltó de mi débil agarre y se incorporó, miró a Dixon desde arriba.

—No quiero volver a verte en mi puta vida, Dixon. Desde hoy dejás de ser mi hermano —espetó con rencor.

—Está siendo muy injusto —musité; me ignoró.

—¡Lárguense! —Ladró enardecido.

Dixon se levantó sin problema, miró una vez más a su hermano y entonces salió de la habitación con la sangre cubriéndole parte de la cara. Reprimí un sollozo y me armé de valor para lo que tenía que decir. Esto no se podía quedar así.

—Sé que suena cruel, pero usted sabía las consecuencias, sabe en que mundo vive. No puede culparlo a él cuando ninguno de los dos ha tenido elección —dije severa—. Dixon se desvive por protegerlos y lo habría hecho del mismo modo con ese bebé.

Dexter me observó con burla, pero las lagrimas seguían bañando su cara. No había más que dolor en él y eso me rompía, porque su dolor era el de su hermano y yo lo quería.

—Él es el mismo diablo, no se preocupa por nadie, solo se ama a sí mismo.

—Se equivoca, está cometiendo un grave error y señalando como culpable a quien no lo es. Siento muchísimo lo que ha sucedido, pero no toda la mierda que cae en sus vidas es culpa de Dixon.

Sin decir más abandoné la habitación y de prisa fui detrás de Dixon.

Al arribar a la sala de espera, solo encontré a su madre, quien enseguida se dirigió hacia mí.

—¿Qué ha pasado, Holly? Dixon iba cubierto de sangre —dijo angustiada.

—Dexter lo ha culpado —simplifiqué—, tengo que ir con él, señora Russo.

Me tomó de la mano, dándome un ligero apretón.

—No lo dejes solo, Holly, eres la única a la que le permite estar cerca.

—No lo haré —sentencié.

Me soltó y prácticamente corrí por los pasillos hacia el estacionamiento, sin embargo, al llegar, lo único que vi fue el *Aston Martin* de Dixon saliendo a toda velocidad. Su nombre quedó atorado en mi garganta. No pude hacer nada, permanecí de pie en medio de aquel amplio lugar viendo como él se iba.

Apreté la mano en mi pecho.

*Dixon, por favor cuídate.*

Eran las tres de la mañana, no había dormido nada, mis ojos estaban puestos en mi móvil, atenta a cualquier llamada o mensaje que pudiera llegar. Tuve que darle mi número a Taylor para que me mantuviera informada sobre Dixon. Lo llamé hacia una hora y la respuesta a mi pregunta fue la misma: no había rastro de él.

El corazón se me encogía y la preocupación me mantenía con los ojos bien abiertos. No podía dejar de pensar en su seguridad, en lo que estaría haciendo, rezando para que no cometiera una tontería.

Era la primera vez que se desaparecía de este modo, sin protección, incomunicado. Entendía el motivo, pero no por ello dejaba de tronarme los dedos, angustiada y ansiosa, necesitada de saber que él había vuelto a su casa sano y salvo. Estaba muy afectado, al igual que todos, sin embargo, las palabras de su hermano debieron calarle hondo. No lo merecía.

Agaché la cabeza cuando Theo me acarició las piernas. Era un gato viejo y perezoso, de pelaje naranja, había estado conmigo desde que llegué a esta ciudad. Mi única compañía, el único que me amaba además de papá.

—No puedo dormir, Theo —susurré—, ¿y si le pasó algo? —Inquirí con la vista fija en la ciudad. Era tan enorme, no había forma de que yo pudiera salir a buscarlo, aunque con cada segundo que transcurría estaba más decidida a hacerlo.

Theo maulló suave y volvió a su cama a los pies de la mía. Era tan flojo. Suspiré y doblé los brazos sobre la mesa, recostando mi cabeza encima aun con la mirada perdida en las luces tintineantes.

De pronto, alguien tocó a mi puerta. Di un respingo, asustada. Nadie tocaba a estas horas, mejor dicho, nadie nunca venía a tocar a mi puerta. El miedo me paralizó y los golpes se volvieron más fuertes.

Cientos de pensamientos pasaron por mi mente, desde un ladrón, a un fantasma, esto último lo más ridículo, pero no por ello imposible.

Silenciosa agarré un cuchillo pequeño y me moví sigilosa hacia la puerta.

—¿Quién es? —Pregunté.

—Abra la maldita puerta, Bridger.

Escucharlo me regresó el alma al cuerpo, no perdí tiempo y abrí.

Frente a mí encontré a Dixon, a una versión nefasta de él. La camisa blanca que usaba estaba rota, la sangre la cubría, así como seguía manchándole la cara. Ni siquiera curó las heridas, e incluso ante el desastre que era, para mí resultó el más bello de todos.

—¿Qué hace aquí? Me tenía preocupada, a todos —corregí— ¿cómo pudo desaparecerse así?

Sonrió de lado y tocó mi nariz con la punta de su dedo.

—Sin gafas... uhm... —señaló burlesco. Estaba más que ebrio—, y veo que dejó a su abuela sin pijama.

Se burló. Y no podía culparlo; mi pijama era un camisón blanco sin mangas, de botones, tres tallas más grande que la mía y me llegaba hasta los

pies. Bien podría salir a asustar por las noches con él.

Negué y lo metí dentro de mi departamento. Cerré con llave y él apenas podía mantenerse en pie, se tambaleaba de un lado a otro.

Nunca lo había visto tan borracho.

—Qué pequeño —miró a su alrededor—, es como una casa de muñecas.

—Deje de criticarme —espeté—, venga, necesita descansar.

Lo tomé del brazo y lo llevé a mi cama, él se dejó hacer.

—Puede abusar de mí, Bridger —rio—, no lo recordaré.

Lo senté en la cama y se dejó caer encima de ella de golpe. Apenas cabía, mi cama era individual, muy pequeña para semejante hombre.

—Ni borracho deja de decir tonterías —mascullé.

Arranqué los dos botones que quedaban en su camisa y con sumo esfuerzo se la saqué de encima mientras él reía.

—Dice que no y está desnudándose.

—No dormiré cubierto de sangre en mi cama.

—Y yo estoy dispuesto a cubrir mi pene con su sangre cuando la desvirgue —comentó entre risas. Lo miré un momento, él no reía de esta forma, se veía natural, aunque no lo fuera del todo.

—Creí que jamás me follaría —repliqué, le quité el cinturón y desabotoné su pantalón.

De improviso, agarró mis manos y tiró de mi cuerpo hacia él. Joder, qué fuerte era. Caí encima de su pecho a la vez que emitía un grito por la sorpresa. Mi trenza se osciló hacia un lado y entretanto, Dixon me miraba fijamente, sus ojos estaban cristalinos, tan vacíos.

—Me encantan sus pecas, usted es tan bonita, Bridger —susurró, tocaba mi cara con la punta de sus dedos. Mi corazón comenzó a acelerarse—. Tan buena —continuó—, y es por eso que no me la follaría.

Bajó hasta mi pecho y jugó con los botones, rozándome la piel del valle de mis senos por entre los orificios.

—Soy un ángel y usted el diablo —le seguí el juego. Su mirada se tornó oscura.

—El diablo no puede ir al cielo...

—Pero un ángel sí puede caer en el infierno.

—Entonces mi fuego la consumirá.

Pasé saliva y rápidamente me aparté, aprovechando su delirio.

Me agaché y le quité los zapatos y los calcetines, luego tiré del pantalón. Él me ayudó un poco y pude sacárselo. Quedó en bóxer.

Vaya que él era hermoso. Sus brazos estaban tatuados, pero en su pecho no había ni una sola marca de tinta, sin embargo, en su vientre bajo sí, pero solo alcanzaba a ver un poco de la tinta oscura, ya que lo demás se hallaba oculto por la tela del bóxer.

—Vamos, suba a la cama bien —indiqué.

—Qué mandona es —se quejó—, siempre me riñe como si yo fuera un niño —agregó, acomodándose en la cama, sus pies salían de ella.

—Y usted obedece. —Esbozó media sonrisa.

—Tengo que hacerlo o me deja sin pastel —susurró, tenía los ojos cerrados.

Me acerqué a él y le quité el cabello de la cara. Una sonrisa triste surcó mis labios. Él necesitaba tanto, pese a tenerlo todo.

—Duerma —ordené.



Suspiró, metió el brazo bajo la almohada y seguí acariciándole el cabello.

—No entiendo por qué ha venido a mí.

—Porque usted es la única que no me ve como un monstruo.

No respondí y él se quedó dormido mientras yo curaba sus heridas y velaba su sueño, intentando protegerlo de todo.

## **Capítulo 7**

### ***Dixon***

Olía a café y a ese delicioso pastel que era mi delirio.

¿Estaba en mi oficina? La superficie blanda y un tanto incómoda debajo de mí me decía que no.

Con pereza entreabrí despacio los ojos, fui consciente del dolor en mi cara y cabeza, esto último a causa de la borrachera que me puse el día anterior, en el alcohol encontré cierto refugio para lidiar con la mierda que fue el enfrentar a mi hermano y lo filosas de sus palabras. A la mierda. Si quería desconocerme y culparme, podría hacerlo con total libertad, nunca le pedí nada y no lo necesitaba en lo absoluto en mi vida. Que se jodiera.

Suficiente me humillé por él ayer, ¿y qué recibí? Un puñado de golpes.

No iba a quedarme enfrascado en lamentaciones, lloriqueando como una nena por lo que me dijo. Sí, me afectó y dolió, pero no era de los que sentían lastima por sí mismos. Tenía cosas de las cuales encargarme, como, por ejemplo, en encontrar a los responsables de la muerte de Darla. No se quedaría así. Y no, no lo haría por Dexter, lo haría por ella, porque a pesar de no agradarme, era inocente, al igual que el bebé que llevaba en su vientre.

Quien se metía con mi familia pagaba las consecuencias. Cobraría caro esto, a todos los involucrados.

Despacio me senté en el colchón. Apreté el ceño. La cama era pequeña, recorrí el sitio lentamente, también se trataba de un espacio diminuto; todo pulcramente ordenado, nada fuera de lugar.

Me incorporé de la cama, llevaba solo un bóxer encima.

¿Quién me quitó la ropa? Maldición, no recordaba nada. ¿Cómo es que llegué hasta aquí?

—Oh, al fin ha despertado, demoró —murmuró una voz a mi espalda.

Volví el rostro y ahí estaba Holly.

Traía una bolsa de supermercado en la mano. Cerró la puerta detrás de ella y colocó las cosas en la única mesa que había. Acomodó sus gafas y me miró. Hoy no llevaba el cabello suelto, lo que me daba una vista a su clavícula expuesta gracias a la blusa de vestir que usaba con un mínimo escote. De sus piernas jamás había visto nada, siempre llevaba faldas largas.

—¿Usted me desvistió? —Enarcó una ceja.

—Fue un trabajo arduo, se mueve mucho —respondió, escondía una sonrisa cómplice mientras sacaba las cosas de la bolsa.

—¿Cómo llegué a su... departamento?

—Esperaba que usted me respondiera esa pregunta —replicó, me miró un momento—, ¿no recuerda nada?

—No.

Suspiró y esta vez sonrió libremente, como si se sintiera aliviada.

—Bien.

Caminó hacia mí sin mostrarse intimidada por mi apariencia. Vamos, joder, llegaba a herirme el ego. ¿Acaso no le provocaba nada?

¿Qué tipo de hombres le gustaban? ¿Gordos, flacuchos? ¿Feos?

Mierda, ¿por qué carajos me importaba?

—Aquí tiene, le compré cosas de aseo personal, mi baño está ahí — señaló con su cabeza la única puerta—, su ropa ya está lista, le pedí a Taylor que la trajera, puedo comprarle un cepillo, pero no esos trajes que valen más que mi departamento —agregó divertida.

Uhm... una Holly bromista.

—Sabe mis números de cuenta, Bridger. —Agarré las cosas, sintiéndome extraño al estar aquí, invadiendo su intimidad. Nunca había estado en su pequeño hogar.

—Jamás tomaría un centavo suyo sin su consentimiento, señor Russo — repuso firme—. Tome un baño, le ayudará, yo le prepararé el desayuno. — Sonreí de lado.

—Podría acostumbrarme a esto —bromeé.

—Más vale que no.

Volvió a la cocina, si es que se le podía llamar así. Escuché un maullido y bajé la vista hacia el gato naranja que descansaba en un cojín a los pies de la cama.

—¿Dormimos juntos? —Inquirí de pronto. Ella me observó por encima de su hombro.

—Usted apenas y cabía en mi cama —contestó.

—¿Entonces dónde durmió? —Miró al suelo donde se hallaba su bola de pelos de aspecto perezoso, solo de verlo me contagiaba su flojera.

—Junto a Theo, era eso o la silla —comentó. Me sentí patético. Solo vine a este sitio a incomodarla. Vaya a saber la sarta de estupideces que le dije estando ebrio.

Demonios. Esperaba no haber soltado mi lengua. Era todo un caso cuando perdía toda consciencia de mí.

—Debería comprar una cama más grande —sugerí.

—No es como si esperara compartirla con alguien —acotó, encogiéndose de hombros.

—Al parecer nadie está a su altura, Bridger —comenté.

—En eso somos iguales, señor Russo.

Negué y me dirigí al baño. Entré y cerré la puerta. Apenas había espacio para moverme dentro; dejé las cosas en el lavabo y me deshice del bóxer. Fue entonces que presté atención a la magnífica erección que tenía; *coño*. De pronto me sentí avergonzado, estuve así frente a Holly y lo peor es que ella ni siquiera se inmutó. Apreté las cejas, comenzando a dudar solo un poco sobre mi apariencia.

¿Qué demonios? ¿Cómo era posible que me hiciera dudar? Vamos, es Holly, mi horrible asistente.

Aunque, ¿de verdad lo era?

Sacudí la cabeza e ingresé al baño, el cual contaba con un cancel de cristal. Pasable.

Tomé una ducha rápida con el gel de baño que Holly me trajo. Era el mismo que yo usaba. Lo dejé junto a su champú de fresas. Sonreí.

Con que de ahí provenía el olor.

Al finalizar salí envuelto en una toalla que ella dejó para mí, olía a limpio y a ella. El olor a comida volvió a inundar mis fosas nasales y fui consciente de lo vacío que estaba mi estómago. Holly clavó su vista en mí en cuanto salí.

—Eso fue rápido —mencionó. No respondí.

En la cama estaba mi ropa, un traje *Armani* en color negro, camisa del mismo color, calcetines, mis zapatos, el reloj, los gemelos y toda esa mierda

que solía ponerme encima todos los días. Ella de verdad fue meticulosa y cuidó cada detalle. Me conocía tanto.

Importándome poco su presencia y siendo consciente de que no provocaba nada en su persona, me saqué la toalla de encima justo cuando ella me miraba. Sus ojos bajaron a mi entrepierna donde mi pene seguía firme.

—Vaya —murmuró—, anoche tenía curiosidad de verlo.

Escucharla fue un alivio.

—Supongo que es el primero que ve —me burlé, pero ella no sonrió, hubo algo en su expresión parecido al dolor que con rapidez ocultó.

—Supone bien. — *Mentirosa*—. Es lindo —agregó. Mi sonrisa se ensanchó mientras mi ego crecía.

—Por supuesto que sí, es parte de mí.

—¿Quién fue el valiente que se lo hizo? —La confusión crispó mis rasgos.

—¿Hacerme qué?

—El tatuaje, señor Russo, hablo del tatuaje.

De nuevo me sentí como un imbécil. De nuevo Holly me restregaba en la cara que no le gustaba y eso comenzaba a joderme bastante.

Maldito capricho, maldito ego. Patético.

—Por ahí —murmuré contrariado. De unos días para acá las cosas entre ambos se sentían diferentes.

—Yo solo tengo uno, me gustan, pero no sería capaz de soportar el dolor de la aguja otra vez.

*No, por supuesto que no. Eres delicada, Holly.*

Me coloqué el bóxer y enseguida el pantalón.

—¿Dónde lo tiene? —Pregunté, agarré la camisa y metí los brazos a través de las mangas largas.

—Aquí —señaló su pecho izquierdo—, cerca de mi corazón.

—¿Puedo ver? —La molesté. Rio y se acercó otra vez, la distancia entre nosotros no era mucha.

Se postró delante de mí, pequeña, pero demandante, capaz de intimidar. Sus orbes chocolate me escrutaron, había mucha calidez en ellos; desabotonó su blusa lo suficiente, debajo usaba un top negro.

Y yo como el maldito pervertido que era, incluso aunque se tratara de ella, posé los ojos en el valle de sus senos, y me llevé una sorpresa al notar que no era en lo absoluto plana.

—Es el nombre de mi madre —musitó, parpadeé un par de veces y miré el lugar que señalaba con su dedo.

El nombre estaba en cursiva, hecho con tinta rosa y oscura, dándole un aspecto delicado y femenino. Hasta ese momento recordé que su madre había muerto en un accidente hacia muchos años, cuando ella apenas era una niña.

—Es muy bonito —dije sincero. Después de todo lo que había hecho por mí anoche y hoy, al menos podía ser amable con ella.

—Gracias, el suyo también.

Sin verlo venir abotonó mi camisa, la dejé, solo por el simple hecho de tenerla cerca. Tragué en seco. Esto no me gustaba en lo absoluto, mas lo dejé pasar. Holly continuó con mi corbata cuando finalizó con la camisa, hizo el nudo perfecto y con bastante facilidad.

—Solía ayudarle a papá, él nunca fue bueno con las corbatas —susurró—, ya está. Vuelve a ser usted.

No logré decir nada y ella sirvió el desayuno. La mesa se hallaba junto a una ventana que dejaba entrar la luz y brindaba calidez a estas paredes, lo

que jamás pude sentir en mi enorme mansión.

Terminé de arreglarme en tiempo récord, mi cabello estaba húmedo y alborotado, pero ya se arreglaría. Tomé asiento, pese a ser tarde, no quise rechazar el desayuno que ella preparó.

—Justo lo que necesitaba —mascullé, acomodado frente a un gran trozo de pastel y una taza humeante de café negro.

En silencio desayunamos, ella parecía ausente y entretanto, yo no dejaba de pensar en lo que seguiría. El funeral de Darla, su entierro, atrapar a esos infelices y torturarlos hasta que pidieran la muerte.

—¿Cancelará nuestro viaje a México? —Inquirió minutos más tarde.

Casi terminábamos.

—No. No solo se trata de la boda, hay negocios que debo cerrar con Gallardo —respondí.

Asintió sin decir más. Al terminar levantó mi plato y mi taza sin permitirme hacer algo. Saqué mi móvil y lo encendí, en cuanto lo hice, cientos de mensajes se aglomeraron en mi buzón y bandeja.

Vaya que jodían. No pasó un minuto antes de que entrara una llamada, se trataba de mi padre. Respondí, la llamada no duraría mucho.

—¿Qué? —Espeté.

—¿Dónde estás? Necesitas venir, Dixon.

—Iré —siseé—, aunque él no me quiera allí.

Se quedó callado unos instantes.

—Te esperaremos.

Terminé la llamada y guardé el aparato en mi chaqueta.

—No iremos al trabajo, vamos directamente al funeral de mi cuñada — avisé. Holly me miró.

—Lo supuse.

Agarró su bolso y juntos abandonamos su departamento.

Avanzamos por un pasillo descuidado y que parecía estarse cayendo a pedazos, ni siquiera el elevador servía y las escaleras estaban sucias y desgastadas. Parecía un sitio de vagabundos.

—¿Cómo puede vivir aquí? —Pregunté en voz alta algo que solo era para mí.

—No todos somos mafiosos millonarios —contrató.

—Puedo conseguirle un departamento en un lugar mejor que este.

Torció los labios y negó.

—Me gusta mi lugar, señor Russo, estoy bien así —dijo serena e inalterada. Al salir, me convencí más de que no debería vivir aquí, no era para nada seguro. El barrio era de los más bajos.

—Es peligroso.

—No más que usted.

—Siempre tiene algo que decir, ¿no?

Sonrió y volvió a encogerse de hombros, viéndose tierna. Saqué las llaves de mi auto y como el caballero que no era, le abrí la puerta.

Era un milagro que nadie haya tocado mi bestia en un barrio tan horrible.

Holly subió, cerré y rodeé el vehículo. En cuanto estuve dentro me volví a verla.



—Gracias —susurré con cierta dificultad—, por todo lo que hace por mí, a pesar del bastardo que soy en ocasiones. —Sus ojos se enfocaron en mi persona.

—Haría cualquier cosa por usted —sentenció sincera.

Sonreí y asentí satisfecho, encendí el motor y me dirigí hacia la tortura del día de hoy.

El funeral fue algo tan... triste.

No soporté estar dentro por mucho tiempo. Dexter no lloraba, solo se mantenía al lado del féretro de Darla, no hablaba, no miraba a nadie, es como si todo a su alrededor dejara de importar, como si hubiera muerto junto con su familia.

Jamás desearía sentirme así.

Jamás.

Holly se encargó de no abandonar a mi madre, a mis padres les agradaba, la veían como alguien de la familia; los entendía, ella era capaz de ganarse el cariño de cualquiera, sus virtudes eran demasiadas que no había forma de que algún imbécil pudiera estar a su altura, ni siquiera yo.

—Todo apunta a los Caruso —murmuró Taylor—, las entradas, las armas, la forma de trabajar.

—¿Estás seguro? —Inquirí con la mirada puesta en mi familia mientras sepultaban a Darla en el cementerio.

—Sí, usted le quitó un par de socios importantes —recordó—, además de adjudicarse la muerte de uno de los sobrinos del *Don*.

—Sí ya recuerdo —murmuré pensativo. Mataría a esas escorias de una forma despiadada—. Ellos siguen aquí —aseguré— encuéntralos, no importa cuanto cueste, los quiero vivos.

—Ya me estoy haciendo cargo, señor.

—Y para la próxima, contrata gente competente, no como los imbéciles que pusiste a cuidar de mi hermano —lo miré severo—, me debes una vida y la pagarás trayéndome a esos italianos.

Contrajo el rostro y asintió deprisa, desapareció de mi vista y enseguida mi madre se acercó.

—Nos asustaste mucho ayer —dijo apenas al llegar.

—No entiendo por qué, no es la primera vez.

—Lo es en años —refutó. Suspiré.

—A veces solo quiero estar solo, madre —mascullé.

Se colocó delante de mí, su mano acunó mi mejilla, no me moví y tampoco bajé la mirada hacia ella.

—Te amo más que a nada en este mundo, Dixon, sin importar lo que hagas. Siempre me preocuparé por ti.

Agarré su mano y deposité un beso en el dorso.

—Ve con mi hermano, él te necesita.

Ella entendió que no quería profundizar en sentimentalismos.

—Siento que jamás va a recuperarse de esto, solo piensa en venganza, está envenenado por el odio y el dolor, temo de lo que sea capaz.

Metí las manos a mis bolsillos. Yo también había notado eso en él, un hombre cegado por el dolor perdía la cordura y actuar bajo los impulsos siempre dejaba consecuencias. Eso lo tenía bien en claro.

—Protégelo, hasta de él, Dixon.

—Lo haré, madre.

—Dexter ya no tiene quien cuide de él, tú aún tienes a Holly, esa niña es un ángel.

La sola mención de su nombre me provocó cierto cosquilleo en el estómago. No dejaba de darle vueltas a todo lo que habíamos pasado estos días, pero lo compartido esta mañana, nunca estuve así con nadie y lo más jodido es que se sintió bien tener a alguien que cuidaba de mí con tanto esmero y cariño, alguien a quien encontrar al despertar, alguien cariñosa, atenta y cálida... alguien como Holly.

—Lo sé.

—No la dejes ir —agregó. Sonreí mezquino.

—La tengo en mis manos, ella no irá a ningún lado sin mí.

Nuestra platica terminó ahí. Los hombres terminaron de sepultar a Darla, nos preparamos para irnos, pero Dexter no se movió de ahí.

Le indiqué a Taylor que se hiciera cargo de su seguridad y me dirigí hacia Holly para volver a la oficina. Ella hablaba con Adam y de verdad quise apretarle el cuello a ese idiota hasta rompérselo en cientos de pedacitos.

—Bridger —interrumpí su amena platica—, es hora de irnos.

—Sí, señor Russo.

—Espéreme en el auto —se quedó quieta un momento—, ¿no escuchó? Ahora —agregué brusco. El buen humor que tuve con ella hacia unas horas, ya se había disipado.

Frunció los labios y se retiró sin dedicarle una sola mirada a Adam.

Bien, más le valía.

—No tienes que ser tan grosero con ella —espetó.

—¿Trabaja para ti?

—No, pero...

—Entonces cierra la puta boca y no opines. Estoy cansándome de advertirte que te alejes de ella —siseé irascible—, me sirves, Adam, pero no me eres indispensable.

—¿Vas a matarme solo porque la invité a salir? Ella no te pertenece, solo es tu empleada.

—Sí, mía —enfaticé—, es demasiado buena para alguien como tú.

Déjala en paz.

—Estás enfermo, Dixon, pero de acuerdo —masculló despectivo—, dejaré de insistir.

—Por tu propio bien espero que lo hagas.

Di media vuelta y con prisa abordé mi auto, Holly estaba cruzada de brazos, con la vista al frente, parecía pensativa y molesta; me daba cuenta de esto último cuando comenzaba a torcer la boca.

—Sé que se preocupa por mí y se lo agradezco, señor Russo —dijo sin mirarme, y sí, sonaba enfadada.

Me acomodé en el asiento, atento a lo que tenía para decirme, disimulando una sonrisa. En definitiva yo era un estúpido con cambios de humor repentinos.

—Solo deje de tratarme como si fuera suya —finalizó.

—Sí, sí lo es —refuté.

—Soy su empleada, no de su propiedad —espetó tajante.

Reí y siendo brusco, la cogí del mentón, obligándola a que me mirara, de pronto, necesité sentir sus ojos puestos solo en mí.

—Le demostraré cuan equivocada está.

## Capítulo 8

### *Holly*

Solo lo escuchaba hablar deprisa a través de su móvil, como siempre, ladraba ordenes a quien sea que estuviera del otro lado; mi vista prendada al exterior sobre el aeropuerto mientras avanzábamos hacia la pista donde el Jet privado esperaba.

La semana pasó muy rápido, tuve muchísimo trabajo, tanto en la universidad como en la oficina, a Dixon no se le veía mucho por ella, estaba concentrado en encontrar a los responsables de la muerte de Darla. Aunque debo mencionar que noté cierta distancia impuesta por su parte, las bromas conmigo acabaron y su actitud "extraña" también. Solo me dirigía la palabra para lo necesario y lo confieso, me sentí aliviada de que volviéramos a tomar los roles que teníamos.

No era una estúpida para no notar el cambio entre nosotros, la forma en que me miraba no pasaba desapercibida para mí, como si estuviera dándose cuenta de quien era debajo de las ropas holgadas que usaba, y me aterraba que lo descubriera.

No quería a un hombre como Dixon Russo en mi vida.

Al menos no de manera sentimental o sexual. Poseía muy buen autocontrol, que ni siquiera me inmuté al verlo desnudo, pese a que, por dentro haya gritado como una loca al descubrir la magnitud de sus proporciones y ahí fue entendible por qué tenía a todas las mujeres rendidas a sus pies. Si yo fuera débil, habría estado en la misma posición que ellas, pero no. Dixon no me impresionaba, había convivido tanto con él que ya ni siquiera lograba ponerme nerviosa.

Sí, me gustaba, pero solo eso. Si llegaba a suceder algo, lo cual duda, yo no sería una más en su lista, él sería uno más en la mía.

Reí por dentro. *Uno más... claro, ni siquiera había tenido un primero.*

Suspiré. La confianza sobre mi cuerpo no se la daría a cualquiera.

El auto se detuvo, el chofer abrió la puerta de Dixon y otro hombre abrió la mía, me dedicó una sonrisa amable que devolví y seguí a mi jefe que se precipitó hacia el interior del Jet sin soltar su móvil.

Definitivamente sería un fin de semana largo, al menos me quedaba tranquila de que Theo se quedó en las buenas manos de Francis, quien, siendo obligado por Dixon, estaría a cargo de mi gato. Había sido un pretexto más mío para no viajar con Dixon el no tener quien cuidara de él, pero se las apañó, como siempre y aquí estábamos.

Al entrar al lujoso Jet con olor a piel, avancé por el pasillo hacia el asiento posterior que el de mi jefe.

—La quiero sentada frente a mí, Bridger —dijo, deteniendo mis intenciones de mantenerme alejada de él. Maldije por lo bajo y me volví.

Me senté frente a él sin rechistar, coloqué mi cinturón sin mirarlo a la cara. La llamada había terminado y ahora me daba su atención y no me gustaba. Me escrutaba minuciosamente y yo detestaba tener los ojos de cualquier persona sobre mí por mucho tiempo, me incomodaba.

—¿Reservó en el hotel? —Preguntó, mi vista en sus rodillas— No quiero quedarme cerca de Gallardo.

—Sí, señor, la mejor suite para usted.

—¿Y la suya?

—Justo un piso debajo del suyo. —Chasqueó la lengua.

—Cambie la habitación, la quiero cerca de mí —detalló. Alcé la cara.

—¿Qué caso tendría? Podría estar con usted en minutos.

—No me cuestione y haga lo que le digo —aseveró. Respiré profundo.

—Bien.

Despegamos en silencio. Él seguía mirándome y estaba desesperándose, me observaba como quien intenta descifrar algún mapa. Sin embargo, cuando estuvimos en el aire, una sobrecarga se acercó, ofreciéndole un vaso con whisky o ron, lo ignoraba; fue imposible no notar como ella casi le ponía sus enormes senos en la cara a mi jefe, mientras que él parecía divertido con que lo hiciera.

Se lanzaron una mirada y supe lo que sucedería a continuación.

Ella se retiró hacia su lugar, cerró una cortina azul y se perdió de mi vista. Dixon dio un trago a su bebida y relamió sus labios al finalizar; se quitó el cinturón y se incorporó sin decir nada, dirigiéndose hacia donde la sobrecarga se había ido.

Rodé los ojos. Cogí mi móvil y me puse a buscar cualquier cosa en *Pinterest*. Me gustaba esa página, se volvía un tanto adictiva.

Conforme mis dedos se movían en la pantalla, escuchaba los jadeos de esos dos. No eran para nada silencios y en verdad eché de menos la oficina, ahí al menos los sonidos no llegaban a mis oídos, pero esta vez se volvieron insoportables, como si ambos estuvieran buscando ser escuchados por todos los tripulantes y vaya que lo conseguían. Los gritos de la mujer iban en aumento, cerré los ojos y a través de la oscuridad pude observarlos: ella de espaldas, él por detrás, aferrado a su cintura, embistiendo con violencia y desespero.

No lo negaría, sería interesante ser poseída con tanta intensidad, pero lo malo de Dixon, es que esa intensidad no se quedaba solo en el sexo. Él te consumía, tomaba de ti lo que quería y cuantas veces lo deseara; me tragaría viva, lo haría.

Abrí los ojos de golpe cuando lo escuché reclinarsse en el asiento.

Terminaba de abotonar su pantalón, la camisa se arrugó y el cabello

se le alborotó. Volvió a ponerse el cinturón y me miró al notar mi escrutinio.

—¿Qué? ¿No fuimos silenciosos?

—Creo que eso usted lo sabe. ¿Siempre se folla a sus empleadas?

—Inquirí. Torció los labios en una sonrisa.

—Menos a usted —recordó.

Arqueeé las cejas y sacudí despacio mi cabeza, aparté la vista a la ventanilla.

—¿Qué busca, Bridger? —Cuestionó ante mi silencio. Apreté el ceño y lo encaré.

—¿De qué? —Indagué, confundida por su pregunta.

—Dijo que nadie está a su altura, ¿qué es lo que busca en un hombre? ¿Qué tiene que hacer para captar su atención?

No demoré en responder a su duda.

—Yo no busco, señor, yo encuentro —contesté con simpleza.

—Eso quiere decir que está esperando al indicado —masculló con cierta burla en su tono. Agarró el vaso y bebió el contenido de golpe.

—Hace mucho tiempo dejé de hacerlo —susurré—, simplemente no espero nada, pero mantengo la certeza de que llegará, incluso al no buscarlo, así es como funciona.

—Las cosas no caen del cielo, Bridger, debe salir a buscar lo que quiere —sentenció seguro. Encogí mis hombros y le devolví una sonrisa ladeada.

—Ese es el detalle, señor, en estos momentos de mi vida no quiero nada que no sea acabar mi carrera.

—La admiro, no soportaría tantos años sin follar algún coño. — Efectué una mueca. Él hablaba así porque sabía cuan desagradable me resultaba.

—Usted es un promiscuo, totalmente insaciable —espeté. Rio y se inclinó hacia al frente, me observó con intensidad.



—Aun no llega la mujer que me cautive tanto como para ser la única a la que quiera abrirle las piernas.

—¿Y ha pensado que quizás algún día llegará? —Provoqué.

Relamió sus labios y sentí una tensión entre nosotros que no era mala en lo absoluto. Recordé perfectamente lo que me dijo en el cementerio y aun me estremecía por la seguridad de sus palabras, por mucho que me haya esforzado en olvidarlas.

—Sí.

—¿Y qué hará con ella?

—Poseerla, jamás la dejaré ir.

—Para usted siempre será así, ¿no? Se creé dueño de cada persona que se encuentra a su alrededor. Todo lo ve como su propiedad. —Su sonrisa se ensanchó.

—Es bueno que lo tenga en cuenta, Bridger, porque no me creo el dueño... lo soy —se reclinó en el asiento—, no olvide lo que le dije.

— *Cómo si hubiera podido hacerlo.*

Asentí sin querer discutir con él, no tenía sentido.

Me recosté en el asiento y volví a cerrar los ojos.

Al dormir, soñé con él.

Nunca estuve en una suite tan preciosa, era enorme, con una cama donde cabían al menos seis personas, un colchón de lo más cómodo, nada que ver con el mío. Suelos alfombrados, mi propia sala y cocina, un baño de ensueño con tina y una vista preciosa a los jardines del hotel. Estuve maravillada revisando cada rincón.

Este sitio era más grande que mi propio departamento, aunque distaba de tener esa calidez que se respiraba en el mío.

Me senté en el borde de la cama y luego me dejé caer sobre esta.

Sonreí. Al parecer no la pasaría tan mal en Guadalajara. Podría quedarme todo el fin de semana encerrada en la habitación, porque no iría a la boda, definitivamente no se encontraba en mis planes el asistir. ¿Qué haría yo ahí? Solo serían un tumulto de mafiosos en sociedad. Prefería evitarlo.

Mi móvil timbró, me incorporé y lo cogí de la mesita de noche. Volví a sonreír al ver el nombre de papá.

—Hola, papá —saludé alegre, más entusiasta que otros días.

—Hola, princesa, te escucho feliz —detalló. Por supuesto, él me conocía.

—Lo estoy, viajé a México, papá, es un lugar tan lindo —suspiré—, deberíamos venir juntos un día. —Rio.

—Claro que sí, después que te gradúes podemos ir de vacaciones, princesa. ¿Estás por negocios? —Averiguó.

—Sí, el señor Russo tenía asuntos que atender aquí —respondí— ¿y cómo está todo por allá?

Lo escuché abrir una lata de cerveza, estaba segura que se trataba de una, él no bebía ninguna clase de soda.

—Monótono, como siempre —reí, esa siempre era su respuesta— Aunque, ¿recuerdas a Charles Harris? Estudió contigo —agregó, mi sonrisa se borró de golpe—, su padre murió, es una noticia de la que aun se habla, el oficial Harris era jefe de la policía.

*«Vamos, Holly, podrías apuñarlo también».*

*«Eres tan culpable como nosotros, Holly, no escaparás».*

*«Putra provocadora, frígida de mierda».*

*«Te amaba, Holly».*

El móvil casi cae de mi mano mientras los temblores castigaban mi cuerpo y sus gritos de agonía apuñalaban mi paz mental. La sola mención de su nombre me causaba náuseas, así como un profundo dolor. Y lo peor no eran aquellos alaridos de súplica y desespero, sino las risas de quienes contemplaban la escena y lo disfrutaban.

Mi mirada se tornó acuosa y lo que reprimía se liberó, sumiéndome de nuevo en la desesperación y la deprimente realidad que seguía ahí.

—¿Holly? Cariño, ¿sigues ahí? —Parpadeé un par de veces y las lágrimas bajaron lentamente por mis mejillas. Tragué el nudo en mi garganta.

—Sí, es solo que me tomó por sorpresa —respiré hondo—, ¿tuvo funeral?

—Por supuesto, todo el pueblo estuvo ahí. Su hijo tomará el puesto —chasqueó la lengua en desaprobación—, no estoy de acuerdo, es un chiquillo al que están poniendo a cargo de nuestra seguridad.

Un chiquillo. Quise reír. Ese pueblo estaría en las manos más corruptas y perversas. Tuve el deseo de ir por papá y traerlo conmigo, alejarlo lo más que pudiera de toda la mierda que Charles Harris significaba.

—Quizá lo hará bien, papá —dije con dificultad.

—Sí, quizás, uno y sus prejuicios siempre —rio de nuevo—, bueno, mi niña, te dejaré trabajar, comenzará un partido.

—Está bien, papá, por favor cuídate —pedí, sintiéndome nerviosa y temerosa de este nuevo cargo que ese sujeto tendría.

—Sabes que siempre lo hago. Te amo.

—Y yo a ti.

Finalicé la llamada y no pasó un segundo antes de que me pusiera a llorar.  
*Volviendo a los viejos tiempos, Holly.*

Me hice un ovillo en la cama y busqué protección con mis brazos; no quería cerrar los ojos, porque volvería a verlo, volvería a presenciar esa escena que

me esforcé por mantener oculta en mi subconsciente. Dos años y no lo superaba, el pasado no se marcharía.

¿Por qué tuvo que mencionarlo?

Escuché que alguien golpeó la puerta. No me moví. Joder, no quería levantarme, pero quien estuviera del otro lado seguía insistiendo.

Apreté los parpados y me puse de pie, deprisa limpié mi cara, aunque el rastro seguía ahí, no me molesté en ocultarlo.

Abrí la puerta y me tomó por sorpresa ver a Dixon en el umbral.

Llevaba otra ropa encima. Me miró, esquivé su mirada y observé con interés lo lustroso de sus zapatos.

—¿Sí?

—¿Está bien? —Preguntó. Evité decir una tontería.

—Sí, ¿qué necesita?

—Que me deje pasar —masculló. Suspiré con resignación y me hice a un lado. ¿Qué quería? ¿Por qué tenía que presentarse justo ahora?

Le di la espalda y caminé hacia la sala, manteniéndome de pie, con el rostro fijo en la pintura sobre la pared. Él me miraba con detenimiento.

—¿Por qué ha llorado? —Su pregunta fue seria, sin burla.

—Cosas sin importancia —respondí—, ¿puede decirme que quiere?

Metió las manos dentro de los bolsillos de su pantalón. Detestaba profundamente que no me quitara los ojos de encima, primero en el Jet y ahora aquí.

—Saldré por unas horas, si hay algún problema llámeme al móvil, de cualquier forma, mis hombres están instalados en el hotel, cuidándola. —Busqué sus ojos.

—¿Seguridad para mí? —Inquirí confusa. Era la primera vez que hacía esto.

—Estoy en otro país y saben que usted trabaja para mí, lo cual la pone en riesgo —explicó.

—Entiendo, aunque no pensaba salir de aquí.

—Me parece perfecto. —Acomodó el reloj en su muñeca mientras veía la hora.

Acto seguido, eliminó la distancia que nos separaba. No moví un músculo, su colonia inundó mis sentidos y por alguna desconocida razón, al percibirla pude sentirme a salvo. De un momento a otro su mano tocaba mi mentón con sutileza, no como lo hizo en el cementerio. Alzó mi rostro y su pulgar limpió el rastro de humedad que aun conservaba mi piel.

—Sé que es aún más cerrada que yo, nunca puedo ver a través de usted por más que me esfuerzo.

—¿Para qué querría hacerlo? —Pregunté en un susurro. Su aliento me rozaba al hablar.

—En ocasiones me intriga —confesó—. ¿De verdad está bien?

Quise llorar y decirle que no, que no estaba bien, que había demonios atormentándome y no se cansaban de torturarme, pero no pude. No a él.

—Sí, estoy bien.

—De lo que sí puedo darme cuenta, es cuando me miente, Bridger —señaló, sonreía de lado.

Guardé silencio y sus dedos seguían tocándome la piel, es como si no pudiera parar y como si yo no fuera capaz de alejarlo de mí.

—Tenga presente que yo también haría cualquier cosa por usted —dijo firme—, lo que me pida.

*«Puedes pedirle que lo asesine».*

Negué. ¿De dónde había salido eso?

Suspiró profundo, rozó la comisura de mis labios y entonces se alejó, dirigiéndose a la puerta.

—Gracias —musité, se detuvo sin volverse—, por preocuparse por mí.

—Usted no está sola, siempre me tendrá.

—Jamás me dejará ir, ¿cierto? —Me miró por encima de su hombro, sonrió.

—Jamás, Bridger.

## **Capítulo 9**

### ***Dixon***

Estaba dándole vueltas a la actitud de Holly.

En los dos años que llevaba conmigo, nunca la vi llorar, ni siquiera cuando aquel sujeto se quiso propasar con ella y yo terminé matándolo frente a sus ojos. Sí, se mostró afectada y horrorizada, mas no fue de las que entraban en pánico de forma dramática, por el contrario, me agradeció y me tomó un segundo ofrecerle ayuda.

Ella aceptó.

La vi crecer a mi lado, con sus caminados torpes, sus dedos de mantequilla y el sonrojo que sobresalía cuando se sentía nerviosa o intimidada. Estuve en cada faceta suya, desde la Holly enojada, hasta la Holly bromista, pero nunca la triste, al menos no lo estuvo frente a mí.

Jamás la había visto llorar y hacia un rato parecía destrozada, por primera vez me permitió ver a través de ella y lo que encontré no me gustó, en sus ojos solo había remordimiento y culpa. La duda me carcomía, quería saber qué le pasaba, qué había sido tan poderoso para quebrarla de esa forma. Y luego me recriminaba por estarle dando vueltas a algo que no debía

interesarme, pero aquí estaba, ahuyentándola de mi mente y al mismo tiempo atrayéndola. Jodido.

Bebí un trago largo de vodka y miré la hora en mi reloj. Gallardo estaba retrasado por media hora. Bastardo.

Bien podría largarme al hotel y sacarle la verdad a Holly, seguro me la diría si presionaba lo suficiente.

*Detente ya. Carajo.*

Volví a beber y esta vez pedí la botella. Había dos mujeres sentadas a cada uno de mis costados, me tocaban y tentaban, mas mi cabeza seguía en otro lado.

—¿Qué pasa? ¿Pensando en amores? —Se mofó su estúpida voz con acento español. Resoplé y lo miré con desdén.

—Llegas tarde, idiota impuntual. —Rio y tomó asiento delante de mí.

—El trafico —se excusó—, qué bien te ves, el tiempo te ha tratado bien.

—No puedo quejarme —acepté.

Una de las mujeres le trajo un trago mientras otra se le sentaba en las piernas, para Gallardo fue un cero a la izquierda, ni siquiera la miró. Entorné los ojos.

—¿Desde cuándo eres fiel? —Bufoneé. Serví más alcohol en mi vaso, quería emborracharme.

—Con lo que tengo en casa me basta, no necesito más —simplificó, tomándome desprevenido.

—Cuidado, que cuando ella sepa todo, estarás jodido. —Bebió y tensó la mandíbula.

—Lo sé, pero podré manejarlo —le restó importancia—. Sé que viniste por una razón más fuerte que la de mi boda.

Rasqué mi barbilla y le ordené a nuestras acompañantes que nos dejaran solos. Mis hombres se mantenían a una distancia prudente, los de Gallardo igual.

—Los Caruso mataron a mi cuñada y al hijo que esperaba —dije sereno, pero con la ira aun acumulada—, quiero la cabeza del *Don* y tú vas a ayudarme.

—Creí que irías por quienes lo llevaron a cabo.

—Todos pagarán, él no se salvará, dio la orden, lo quiero muerto —sentencié.

Se reclinó sobre el sillón y permaneció serio, mirándome, pero sin hacerlo realmente. Le estaba dando vueltas a mi petición y diría que sí, no tenía alternativa.

—Una familia menos de la cual preocuparme —murmuró con una sonrisa de suficiencia—. Te ayudaré.

—Perfecto.

Zancado el tema más importante por el cual estaba aquí, continuamos hablando sobre trivialidades, negocios, planes, parecíamos dos viejas chismosas que están poniéndose al día en los lavaderos. Siempre mantuve una buena relación con Gallardo, pese a no vernos seguido, ambos fuimos criados de la misma forma, porque, aunque mi padre había cambiado conforme a la edad, recordaba muy bien las golpizas de muerte que me daba para fortalecer mi carácter.

Esas eran cosas que no se olvidaban. Gallardo y yo crecimos entre violencia y muerte. No se podía esperar algo bueno de nosotros.

Pasadas las dos de la mañana abandoné el *antro*. Me despedí de Gallardo o creí hacerlo. Estaba muy borracho, error mío. No debía beber demasiado, sin embargo, había cosas jodiéndome la cabeza que de alguna forma necesitaba sacármelas de este modo. Un simple espejismo temporal, pero efectivo.



Apoyé la cabeza en el asiento del auto y evité cerrar los ojos.

Demonios. Todo comenzaba a darme vueltas.

—Señor Russo, ¿se encuentra bien? —Preguntó Taylor. Yo no viajaba a ningún sitio sin él, era de mis hombres más fieles.

—Estoy seguro que no me veo bien —dije burlesco. Cuando bebía me ponía de buen humor. Extraño.

—¿Necesita algo, señor Russo?

Me quedé callado y luego una sonrisa se formó en mis labios.

—Llévame con Bridger.

***Holly***

Escuchaba golpes. Me removí en la cama y traté de ignorar el ruido.

No desistió, continuó. ¿Quién carajos hacía alboroto a estas horas?

Maldije y me senté sobre la cama, cogí mi móvil y vi la hora: 04:37 a.m.

—¡Bridger!

Di un respingo y permanecí quieta. ¿Esa había sido la voz de Dixon? Esperé un momento y nuevamente los golpes.

—¡Bridger!

—Carajo.

Deprisa me incorporé de la cama, ignorando lo que llevaba puesto me dirigí a la puerta. Soñolienta la abrí y Dixon en compañía de Taylor me recibieron en el umbral, este último me miraba apenado mientras sostenía a Dixon que venía cayéndose de borracho, igual que la otra noche.

—¿Acaso no puede mantenerse sobrio? —Me quejé— ¿Cómo es que lo han dejado beber tanto? Y más importante, ¿qué hacen aquí?

—Solo déjeme entrar —intervino Dixon, sonriendo de lado.

—Él me pidió que lo trajera con usted, señorita, sabe cómo es — explicó Taylor.

—Bien, llévalo a mi cama —dije resignada, sin detenerme a pensar en cómo se escuchaba eso.

Me hice a un lado y seguí a Taylor hasta la habitación, arrojó a Dixon en la cama, él seguía murmurando cosas sin sentido.

—Me encargaré de él, Taylor —lo calmé. Siempre se preocupaba por su jefe, al igual que yo.

—Cualquier cosa llámeme —susurró, evitó mirarme y entonces caí en cuenta del porqué.

Yo usaba un camisón de mi talla, tela de satín en color blanco, un regalo de una amiga de mi madre y que no había estrenado, pero al hallarme aquí quise usarlo y sentirme como una princesa en esa cama de ensueño; a eso le añadí mi nulo uso de sostén debajo, lo cual pronunció mis pezones por encima de la tela. Maldije por enésima vez.

Me crucé de brazos y asentí, él abandonó la habitación y yo estuve en la misma posición, miraba a Dixon, preguntándome por qué estaba bebiendo de este modo cuando jamás se ponía así. Por supuesto que bebía, pero no al punto de perder la cordura. Era muy cuidadoso, sabía que siempre se hallaba en constante peligro y tenía que mantenerse alerta. Me confundía su actitud, más aun, que estuviera buscándome cuando nunca antes lo hizo.

—Bien, señor Russo —me acerqué—, nuevamente tendré que desvestirlo.

—Hágalo —incitó.

—Pero sí está despierto, ¿eh? —Me mofé, quitándole primeramente los zapatos.

—Estamos —rectificó.

Se apoyó sobre sus codos y me mostró una sonrisa traviesa, de esas que no solía dedicarme a mí. Bajó la mirada y yo como una estúpida la seguí, reparando en la erección que tenía y sobresalía por encima de la tela. Negué.

—Recuéstese —indiqué, con la palma lo empujé de vuelta a la cama, pero él no se movió, sino que, como la última vez, agarró mi mano y tiró de mi cuerpo.

Me resistí, traté de zafarme, mas su fuerza no se podía comparar con la mía, incluso al estar ebrio, así que me vi enredada en sus brazos; olía a cigarrillo, colonia y alcohol.

—Huele a fresas, me gustan las fresas —masculló. Su nariz olfateaba mi cuello, causándome escalofríos.

—Basta, tiene que dormir, es tarde.

—No quiero dormir, quiero follar —refutó.

—Para su desgracia, la sobrecarga no está aquí para que le calme la calentura —espeté, tratando de huir de su cercanía; no pude. Él me apretó con más solidez y no se cansaba de deslizar la nariz por mi cuello.

—Ni siquiera me gustó, menuda insípida —confesó.

—Eso le pasa por ser un promiscuo y meter su pene en todo lo que se mueve. —Rio y de pronto, me tumbó sobre el colchón, dejándome debajo de su cuerpo.

—Si eso fuera verdad, ya habría estado dentro de usted, Bridger —murmuró sonriente, me tocaba la cara con la punta de los dedos—, es más bonita con gafas.

Apreté el ceño. ¿Me había llamado bonita? Dixon Russo, el mayor burlón sobre mi apariencia, me acababa de llamar bonita.

—De verdad está ebrio, quítese de encima —exigí.

—¿Por qué me rechaza? —Preguntó, poniéndose serio— ¿No le gusto, Bridger? ¿Ni un poco?

—Usted se contradice demasiado, baje, está muy ebrio.

Lo empujé, no movió un músculo. Agarró mis manos y las puso a cada lado de mi cabeza, su rostro a centímetros del mío. Carajo. Lo había tenido más cerca estos días de lo que lo tuve en años.

—Quiero que me diga por qué.

No dudé.

—No es el tipo de hombre para mí —espeté incómoda. Quería quitármelo de encima, esto no podía estar pasando, él no debía traspasar esta línea.

—Y no debería importarme no serlo —susurró acercándose a mis labios—, pero no puedo evitarlo.

—¿Qué le pasa? —Increpé desesperada. Iba a besarme y eso nos llevaría a un caos inmediato.

—Me he estado haciendo esa pregunta, Bridger —ejerció más fuerza en mis muñecas, haciéndome gemir—, sin encontrar la respuesta... y al final de mis incógnitas se encuentra usted, usted es lo que me pasa.

Iba a replicar y las palabras murieron en mi boca.

Dixon me besó.

Mis ojos se abrieron más de lo normal, la furia de sus labios se encontró con la rigidez de mi boca que permaneció sellada durante breves instantes, pues él no desistió y pese a mi recelo, empleó más insistencia y me hizo caer.

Mi cuerpo se relajó de inmediato y el suyo pareció dejar de estar tenso. Me dejó en libertad, pero sus manos bajaron a mi cintura, apretó con desespero

mientras su respiración se volvía pesada y la mía le hacía compañía. No quise detenerlo, no aún. Si hacía unos momentos quería alejarlo, ahora solo lo necesitaba cerca para saciar mi curiosidad. Probar su boca fue un deleite que no olvidaría y que por supuesto me daría.

Lo acaricié con mi lengua, lo cual lo hizo enloquecer. Separó mis piernas y empujó su pelvis contra mi centro acalorado. Llevaba mucho tiempo sin sentirme así, sin tener la necesidad de que alguien estuviera dentro de mí.

Hoy lo deseaba, quería sentir a Dixon tan profundo, que no hubiera forma de que yo lo olvidara.

—Es dulce —musitó con la respiración entrecortada—, tan dulce como ninguna.

—Debe parar —advertí.

—Quiero hacerlo —mordió mi labio inferior—, pero no puedo.

Atacó mi boca otra vez. Rodeé su cuello y él metió las manos bajo mi camisón. Se sentían suaves y cálidas, exploraban cada centímetro a su paso y cuando llegó a mis senos, los amasó con delicadeza y luego puso duros mis pezones con el tacto de sus dedos.

Estaba mojándome. Estaba caliente y más que excitada. Estaba totalmente perdida.

Entonces cuando menos lo esperé, él agarró el comienzo de mi camisón y lo rompió, ¡lo rompió! Quise golpearlo por su osadía, mas eso pasó a segundo plano en la situación en la que me encontraba acorralada, cuando su mirada recayó en mi figura.

El deseo surcó sus orbes cristalinos y perdidos. Él no me reconocía del todo.

Negué interiormente y como pude me zafé de su agarre, hui de sus manos fuertes con desesperación.

—¿Bridger? —Me llamó, confundido.

—No —dije severa, dirigiéndome al baño—, no así.

Entré al baño y cerré con seguro. Temblando, miré mi reflejo en el espejo. La marca de sus dedos en mis caderas era visible, pero mañana se desvanecería. Mis labios estaban hinchados y rojos, de mi cabello ni hablar.

Agaché la cabeza y me dejé caer en el sillón con el que contaba el amplio espacio. Mi mirada fue a la puerta, no había un solo sonido detrás de ella. Él seguramente ya se había quedado dormido.

Toqué mis labios y los temblores se intensificaron.

—¿Qué estoy haciendo? —Formulé en voz alta— No puedo perder el control así. Dixon no puede significar nada para mí.

*Lo quieres.*

Solo lo quiero, puedo lidiar con eso, pero con amor o sexo, no, definitivamente no.

## **Capítulo 10**

### ***Holly***

Dejé todo debidamente ordenado sobre la mesa para cuando él despertara.

Eché un vistazo a la habitación; Dixon seguía dormido, aun con la ropa puesta, enredado en mis sabanas, ocupando mi lugar y arrebatándome mi primera noche sobre un colchón suave y enorme.

Mas no solo me robó eso, sino también el sueño y la tranquilidad, porque desde que me besó, no había podido sacarme de la cabeza el sabor de sus labios y era incapaz de negar lo mucho que me gustó y cuanto lo disfruté. Él sabía besar, y como una perversa no evité pensar en cómo sería sentir sus labios probándome de esa misma forma en otras partes de mi cuerpo.

Me golpeé mentalmente.

Años, habían sido años desde que un hombre provocó algo en mí y precisamente tuvo que ser el mayor mujeriego y promiscuo de todo el mundo.

Dixon nunca sería lo que yo necesitaba, por más ardiente que fuera, por más sensaciones que despertara en mí, no solo me interesaba la intensidad de sus besos y el calor que desprendían sus caricias en mi piel, también soñaba con un cuento de hadas; con un hombre respetuoso, fiel y enamorado de mí. Claramente en Dixon no encontraría nada de eso y no estaba dispuesta a aceptar solo la mitad, por mucho que la idea de enloquecerlo me tentara. Sería jugar con fuego, ya una vez lo hice y me quemé, no volvería a arder en las llamas.

El chico malo jamás cambiará. Ellos saben manipular para hacerte caer. Son hermosos y mentirosos, viles y peligrosos, tremendamente letales.

Y yo ya no era una ingenua manipulable a quien podían tener a sus pies con la combinación de peligro y belleza. Viví en carne propia el dolor que ellos dejan, la herida aún seguía abierta y quizá jamás cerraría.

Puse fin a mis pensamientos al escucharlo gimotear. Suspiré. Aquí venía el momento que más temí desde que me encerré en el baño, casi rezaba para que él no recordara nada de lo ocurrido tal y como sucedió la vez anterior. Con una valentía que no sentía, me dirigí a la habitación, abrí la cortina lo suficiente para poder verlo a la cara.

Dixon frunció los ojos y se cubrió el rostro con una almohada.

—Debería levantarse de una vez —espeté, mi voz sonaba molesta.

—Joder, Bridger, cierre la puta cortina —se quejó.

—No lo haré, así que levántese —persistí.

Se quitó la almohada de la cara y de golpe se sentó sobre el colchón. Echó un vistazo a la habitación, su ropa y al final, sus ojos se posaron en mí. Apretó el ceño, apenas caía en cuenta de dónde estaba y con quien.

—¿Qué hago aquí? —Preguntó, agarrándose la cabeza con una mano. Sentí mucho alivio.

—Taylor lo trajo, estaba más que ebrio —mascullé—, ¿acaso se le hará costumbre? No puedo ser su niñera todo el tiempo.

Se quedó callado, seguía mirándome, pero en realidad parecía estar en otro lugar, como si estuviera tratando de recordar; su silencio comenzó a ponerme nerviosa. En mi interior suplicaba por enésima vez que el alcohol haya sido el suficiente para borrarle los recuerdos.

—¿Pasó algo entre usted y yo? —Inquirió con el pánico bordeando su voz. Apreté los labios y negué despacio.

—¿Algo de qué? —Repliqué— Lo único que hizo fue quitarme mi cama y roncar como el demonio.

—Yo no ronco —refutó y sacudió suavemente su cabeza—. Tengo leves recuerdos y joder —tiró de su cabello con desesperación— ¿era usted?

—No sé de qué habla —me mantuve impassible—, entre usted y yo no pasó nada.

Suspiró y vi cierto alivio en sus orbes al escuchar la seguridad en mis palabras, mientras que yo experimenté cierta decepción y a la vez, una gran tranquilidad. Esto era lo mejor.

—Bien —masculló.

Se incorporó y sin decir más se metió al baño. Parecía de mal humor, aunque en realidad no me importaba, ese siempre era su estado de ánimo que llegaba a ser extraño cuando no vociferaba en contra de todo el mundo, a decir verdad, me sorprendida que en estas últimas semanas haya estado bromeando y sonriendo conmigo, más aun, que pidiera mi compañía estando ebrio. Tal vez a eso se debía, a que se hallaba intoxicado de alcohol, o quizá se trataba de la confianza que tenía en mí. Al carajo. Daba igual.

Regresé a la sala, cogí mi taza con café y me senté en el sofá.



Apenas amanecía y yo ya estaba haciendo corajes con Dixon, a este paso me saldrían arrugas y canas a muy temprana edad.

Minutos más tarde lo escuché salir del baño. Había dejado su ropa en el closet, al menos agradecía que esta habitación fuera lo suficientemente grande para no tener que verlo desnudo con su enorme... *amigo*, aclamando atención.

—Es la segunda vez que me embriago y despierto en la cama de una mujer sin haber follado —dijo.

Apareció en segundos en mi campo de visión con la toalla enredada en su cintura y otra en su mano mientras secaba su cabello. Maldije.

—Agradecido debería estar de que no pasó nada, se pierde tanto en el alcohol, que usted podría ser quien termine follado —murmuré.

Entornó los ojos y agarró una tostada de la mesa.

—Amaneció graciosa, ¿eh? —Articuló, dio una mordida y se sentó delante de mí. Estaba a nada de pedirle que se vistiera.

—¿No piensa vestirse? —Indagué.

—¿Por qué? ¿Quiere verme hacerlo como la última vez? —Rodé los ojos.

—No es nada de otro mundo —repliqué—, un cuerpo desnudo está a un simple clic en internet.

Se reclinó en el sofá, la toalla se estiró y marcó su erección. Me daba la impresión que paseaba su pene delante de mí como si estuviera ofreciéndomelo en venta.

—No es que le interesa. —Sonreí de lado.

—Tiene razón, dudo que Adam haya colocado desnudos en alguna página —dije pensativa.

Enseguida su expresión cambió por completo, me observó severo, nada contento, toda burla que hubo en él desapareció de inmediato con la sola mención de Adam.

—Si quiere puedo cortárselo y traérselo de recuerdo —siseó.

—Entonces no me serviría de nada —repuse, encogiéndome de hombros.

Me incorporé y Dixon me imitó. No di un paso cuando me acorraló; agarró mi muñeca y tiró de mí con firmeza, presionándome a él mientras me miraba amenazante y sombrío.

—Deje de bromear, tengo limites que no quiere rebasar.

—Entre usted y yo no hay limites —aseveré—, y eso ambos lo sabemos.

—No se confíe tanto, Bridger, la quiero y me importa, pero inmiscuirse con mi personal, eso no lo voy a tolerar.

No pude reaccionar como se debía, mi cabeza me lo impidió, pues esas dos palabras se volvieron un constante eco que no se detuvo hasta que fui capaz de comprenderlas.

Dixon me quería, él había dicho que me quería.

—¿Y qué me hará? —Tartamudeé— ¿Matarme?

Sonrió mezquino, mostró la crueldad de sus instintos que solían dominarlo a menudo.

—Qué equivocada está al pensar que matar es lo peor que puedo hacer.

Me soltó y se dirigió al otro extremo de la habitación, dejándome con un sabor amargo en la boca y con la necesidad de huir nuevamente.

### ***Dixon***

Mis ojos abarcaban de norte a sur la pintura frente a mí, se oscilaban de la misma forma que lo hacían mis pensamientos entre la bruma de mi

subconsciente en busca de las piezas que faltaban para terminar de armar mi memoria.

Tenía leves recuerdos de mí encima de una mujer, apenas recordaba su cara, pero olía igual a Holly. Cuando desperté, juro que pensé que había follado con ella, pero al ver mi ropa en su lugar y la cara de pocos amigos de Holly, además de su negación ante mi cuestionamiento, deseché la idea de inmediato. Y me sentí aliviado, no me hubiera perdonado haber tenido algo con ella de ese modo.

Sin embargo, mantenía la sospecha de que Holly mentía, de que me ocultaba algo, algo que pasó y se negaba a decir.

¿La habré tocado? ¿La besé? Qué mierda. Por supuesto que no lo haría, no a ella. Ni siquiera me gustaba. No era fea del todo, pero no me provocaba nada. Aunque quizá mi yo ebrio pensaba diferente.

Maldición. No podía beber otra vez de ese modo.

Me pasé las manos por la cara, agobiado y con el dolor en mis sienes palpitando con más fuerza.

—¿Mala noche? —Inquirió burlesco. No respondí, él se sentó delante de mí, impecable y usando la misma careta que yo utilizaba frente a los demás.

—¿Cuál era la urgencia? —Abordé el tema. Apoyó los codos en el reposabrazos y entrelazó las manos frente a su cara.

—Anoche me dijiste que quieres a Caruso y para tu buena suerte, descubrí un dato interesante que te puede poner en bandeja de plata la cabeza de ese italiano —comentó con malicia. Me acomodé en la silla, lo que decía de verdad me interesó.

Estaba ansioso de llenar las calles de sangre para vengar la inocente que no debió derramarse.

—Habla —incité ansioso.

—Descubrí que Caruso ayudó a la hija de Luzzatto años atrás a "asesinar" a un hombre que conoces bastante bien. —Apreté el ceño.

—¿De quién hablas?

—Sasha Kozlov.

Efectué una mueca. Sí, lo conocía y no era de mi agrado, sin embargo, no me metería con él, ese bastardo ruso parecía inmortal, tanto tiempo y nadie pudo asesinarlo, mucho menos quitarlo del puesto donde llevaba más de veinte años. ¿Cómo lo hacía? Lo ignoraba. Quizás el desgraciado tenía un pacto con la muerte.

—El ruso tiene tratos con Caruso para pasar droga por Italia —continuó. Sonreí sin gracia.

—No sabe que el hijo de puta intentó matarlo.

—No —coincidió—, y él no es de los que pasan por alto una traición.

—Nadie en este mundo lo hace —mascullé—. Creo que esta noticia adelantará las cosas —agregué pensativo. No me hacía gracia hacer tratos con el ruso, pero lo haría por Darla y su bebé.

—Bastante, y con menos balas de las que teníamos contempladas —acotó.

—No lo sé, saben que estoy detrás de ellos, se cuidarán las espaldas.

—No servirá de nada, créeme, caerán.

—Esa es una certeza, Gallardo —decreté.

Me puse de pie. Ya no tenía nada que hacer aquí, ahora debía concretar una reunión con Kozlov y al parecer Bridger viajaría conmigo. Esto lo resolvería cuanto antes, no había tiempo que perder. Le entregaría las cabezas de todos los responsables a Dexter.

—Te espero mañana en mi boda —recordó. Sonreí, dirigiéndome a la puerta.

—No me la perdería, bastardo oportunista —me burlé.

—Imbécil.

La puerta se azotó con violencia y enseguida escuché el resonar de sus tacones contra el suelo.

—No puedo creer que me hayas hecho venir, ¡tengo trabajo! —Se quejó apenas ingresó hecha una furia a mi habitación mientras Taylor la acompañaba.

—Retírate —ordené hacia él—, y mantente atento.

Asintió y salió dándonos privacidad. Linda parecía querer golpearme hasta matarme, estaba más que enojada, pero me daba lo mismo.

—¿Cómo te atreves? Esos gorilas tuyos me sacaron de mi oficina, me subieron a un avión y me trajeron hasta aquí —Increpó, dándome un golpe en el pecho que no hizo mella en mí—. No soy una cosa que puedes mover a tu antojo, Dixon.

—No, eres quien me calienta la cama cuando se me da la gana — espeté, rodeándole la cintura.

—¡Podrías haber contratado a alguna mujerzuela! Dudo que eso se te dificulte —replicó.

—Te quería a ti y no soy de los que se quedan con las ganas — siseé; agarré un puñado de su cabello y lo enredé en mi puño— Para qué te haces la ofendida, ¿eh? —Mordisqueé su mentón— Siempre quieres más cuando te follo.

—Esos no son modos —persistió, removiéndose contra mí. Era tan fácil hacerla caer.

—¿Cuándo he sido pacífico, Linda?

Mi mano libre recorrió el interior de sus muslos por debajo del vestido, al llegar a la unión de sus piernas, la toqué con suavidad.

No llevaba ropa interior. Cerró los ojos y jadeó contra mis labios.

Masajeé con las yemas y luego me deslicé más allá, deteniéndome en su entrada.

—¿Ves que tan fácil es hacerte olvidar tu enojo?

Iba a replicar, pero lo único que salió de su boca fue un gemido al sentir mis dedos dentro de ella. Se derretía en mis brazos, rozándome la camisa con sus senos apretados y rellenos a la vez que sus caderas se balanceaban sobre mi palma mojada por sus fluidos. Le gustaba que la masturbara y a mí sentir cuánto se humedecía.

—No pares —rogó.

Bajó los tirantes de su vestido, desplazó la tela apenas unos centímetros para liberar sus senos, acto seguido, me besó con urgencia y sin más respondí. Jadeó en mi boca otra vez, la cogí de la cintura y me senté con ella encima de mí en la primera superficie que hallé.

Amasé sus senos con mis manos y mordisqueé sus pezones erguidos, lamí uno y otro, haciéndola gemir más alto, a ellas siempre les encantaba; entretanto, Linda se encargaba de mis pantalones, quitó la correa del cinturón, los desabotonó, bajó el cierre y en segundos tuve su mano agarrando mi erección.

—Sí estás contento de verme —se mofó, masturbándome.

—Cierra la boca —espeté—, no quiero oírte hablar.

La tela de su vestido cedió bajo mis dedos cuando tiré de ella, rompiéndola de inmediato. Un recuerdo fugaz abordó mi mente: satín oscuro, olor a fresas, sabor dulce.

Negué, apartándolos de mi cabeza y volví a probar la piel de Linda.

Le gustaba que la mordiera y marcara, su espalda terminaba con la

marca de mi boca y mis dedos. Ella lo prefería rudo y agresivo, quizá por eso era la única con la que me acostaba más de una vez.

De mi bolsillo alcancé un preservativo y no perdí tiempo en ponérmelo ante su atenta mirada. Podía ser un promiscuo —como Holly me llamaba—, pero era un promiscuo responsable y cuidadoso.

—¿Cuándo lo haremos sin eso? —Masculló.

—Nunca.

Se apoyó en mis hombros y sin más preámbulos se dejó caer sobre mi falo erecto. Ambos gemimos. Recargué la espalda en el sofá y ella curvó la espalda, me montaba como la experta que era, sus caderas se movían de una manera deliciosa. Sostuve sus senos y mis pulgares rozaron sus pezones. Empujé duro hacia ella, gimoteó y se mordió el labio inferior. Marcó un ritmo acelerado, sus tetas rebotaban con firmeza, mis muslos contra sus nalgas, el calor engrosando mi pene y endureciendo mis testículos.

—Mierda —siseé excitado, a punto de venirme.

—Oh, Dixon —jadeó. Enterró las uñas en mi pecho y emitió un gemido largo.

Su vagina se contrajo, chupándome con intensidad. Mi mano se cerró en su nuca, mi cara escondida en su cuello. Embestí con violencia un par de veces más hasta que me corrí con satisfacción, sintiéndome aliviado luego de no haber tenido una liberación desde hace días.

—Valió la pena —susurró. La ignoré.

Rápidamente escapé, me hice a un lado, retiré el preservativo y me deshice de él. Subí mis pantalones mientras ella me miraba semidesnuda desde el sofá, aun con los vestigios del orgasmo atravesándole la cara. Estaba sonrojada y sudada.

—Puedes irte cuando quieras, Taylor traerá ropa para ti —dije.

Desabotoné mi camisa y Linda se incorporó deprisa.

—¿Ni siquiera un gracias?

—¿Cuándo te las he dado, Linda? No digas estupideces —espeté desprovisto.

—No entiendo cómo puedes tener gente leal a tu lado, eres un imbécil, admiro a Holly por soportarte, y más aún, por ser la única mujer que no cae ante ti —masculló molesta.

*Carajo.* ¿Por qué tenía que mencionar a Holly?

—Si me lo propongo, ella no dudaría en abrirme las piernas como lo haces tú —aseguré. Rio y negó.

—Ella es lo suficientemente inteligente para mantenerse alejada de bastardos como tú, mal para mí que soy débil ante eso que te cuelga entre las piernas —dijo entre dientes—, pero llegará el día en que te mandaré a la mierda.

Resoplé. ¿Por qué de pronto Holly estaba presente en cada aspecto de mi vida? ¡Hasta cuando follaba!

—Eso no sucederá y bien lo sabes —la señalé—, ya lárgate, hablas demasiado y al final terminas cayendo.

—Puede ser —aceptó irascible—, ya te tocará caer, Dixon, y yo estaré ahí, burlándome de ti mientras te arrastras por una miseria de atención.

—Ese día no llegará.

*Qué equivocado estaba.*

## **Capítulo 11**

### ***Dixon***

La boda de Gallardo fue todo lo que esperaba: un completo circo.



La cara de mártir de su esposa se volvió insuperable, la pobre no pudo sonreír en ningún momento. La entendía, después de todo fue obligada a contraer matrimonio con alguien que no quería y que era un completo bastardo, mentiroso y manipulador. Y si bien, yo podría encontrarme a la misma altura que él, no andaba por allí ilusionando mujeres, a pesar del trato que les daba, ellas siempre pedían más y volvían a buscarme, Linda era un ejemplo de ello.

Ese tipo de mujeres eran masoquistas, preferían el placer que su dignidad. Absurdo.

Y siendo franco estaba comenzando a cansarme de Linda y sus estupideces. Si seguía presionando, acabaría como la prometida de ese americano.

Volví mis pensamientos a mi presente. Me hallaba en Rusia, Bridger venía a mi lado mientras el chofer nos llevaba al hospital donde Kozlov se encontraba internado, el motivo: un atentado. Y como lo mencioné anteriormente, el hijo de puta a pesar de haber sido baleado, seguía respirando. *Joder*. Empezaba a creer que de verdad era inmortal o definitivamente, tenía mucha suerte.

Incluso ante su situación, accedió a verme, la curiosidad podía con él, además de la precaución. No cualquiera se atrevía a buscarlo, tenía una reputación bastante interesante. Vaya sádico que era.

—¿Estaremos mucho tiempo? Francis me ha dicho que Theo no se encuentra bien —comentó Bridger. Suspiré. Sí, recordaba a esa bola de pelos, ella se preocupaba demasiado por él.

—No, no será mucho —respondí tosco. No tenía ánimos de pelear o bromear con ella.

De soslayo la vi asentir. Acomodó sus gafas y se quedó mirando el exterior. Usaba un suéter de lana bastante grueso en color verde y una falda café del mismo material, larga y de botones. Resoplé.

Vaya atuendos, cuando creía que no podía salir con uno peor, llegaba y me cerraba la boca de inmediato.

Holly de verdad se esforzaba para espantar a los hombres.

Minutos más tarde el chofer se detuvo en el hospital. Taylor me seguía en una camioneta en compañía de tres hombres más. No me preocupaba demasiado por la seguridad en los territorios de Kozlov, él se caracterizaba por ser alguien leal y se podría decir que justo.

No lo jodías, él no terminaba por cortarte la garganta. Le funcionó.

Era de los pocos de la vieja escuela, bien para él, pero quienes estábamos del otro lado, actuábamos conforme nuestros intereses y eso no cambiaría.

Si yo quería algo, lo tomaba, si quería matar, mataba. Nadie me decía que no.

Bridger bajó conmigo. No me hacía gracia alguna exponerla, pero me servía para brindar cierta "tranquilidad".

Apenas entramos al edificio, noté a los hombres de seguridad rondarlo, por supuesto, necesitabas conocer bastante para darte cuenta quienes no estaban aquí esperando por un paciente.

—Sasha no puede hablar por mucho tiempo —me abordó un sujeto de aspecto serio, alto, cabello oscuro y ojos gris azulado. Supe que era su hombre de confianza, pues no lo llamaba por su apellido.

—Me bastan unos minutos —simplifiqué.

Asintió y nos guio por unas escaleras, atravesamos varios pasillos repletos de luz blanca, cegadora, antes de seguir por otro, nos

detuvimos y dos hombres se acercaron a mí.

—Es por seguridad —explicó el hombre. Rodé los ojos y permití que me revisaran. No había armas en mí.

—Ella es mi asistente —dije cuando vi sus intenciones de tocarla—, es inofensiva.

—Lo siento, señor Russo, es necesario.

Holly asintió, accediendo sin problema, apenas le rozaron el cuerpo.

Cuando terminaron nos permitieron seguir y al fin llegamos a la sala de espera donde no había nadie.

—Espere aquí —indiqué hacia Bridger—, no demoraré.

—De acuerdo —susurró sin verse intimidada.

Tomó asiento y le di una última mirada antes de atravesar una puerta blanca, para al final llegar al sitio donde Kozlov se encontraba. El molesto sonido de los aparatos me desagradó, el ambiente me resultó repulsivo. Detestaba venir a los hospitales, solo olían a muerte y enfermedad.

Ubiqué enseguida a quien buscaba, él se hallaba sobre una camilla, su mirada al encontrarse con la mía no me brindó nada más que desconfianza. Para haber sido baleado casi a muerte, el bastardo se veía bien.

—Cariño, déjanos solos —murmuró hacia una mujer en la que apenas y reparé.

Pelirroja, de baja estatura, bonita, pero al verme, se mostró a la defensiva, como si fuera una leona defendiendo a su cachorro.

Ella se incorporó y salió de la habitación en compañía del hombre, entonces me postré delante de Kozlov.

—Dixon Russo, ¿no?

—Sasha Kozlov —mencioné.

—¿Qué buscas? Tus territorios están muy lejos de los míos —comentó serio.

—Seré directo —le entregué la carpeta que llevaba en mi mano—, busco que me entregues a esa familia.

Tomó la carpeta y hojeó lo que había dentro. Apretó las cejas y me miró severo.

—Yo no entrego a mis socios —espetó.

—Eso lo tengo claro —metí las manos a mis bolsillos—, pero ¿sabes que esos socios fueron los que ayudaron a los italianos que te dejaron en esa cama por segunda ocasión?

Entornó los ojos y tensó la mandíbula, la desconfianza de él hacia mi persona, no desaparecía. Entendible.

—Mara Luzzatto, ¿la recuerdas? —Continué inexpresivo— El almacén donde planeó matarte, le pertenecía a Caruso, él le facilitó las cosas para asesinarte, lo mismo sucedió con tu atentado — expliqué con calma—, no necesitó decirte por qué.

—Entonces me correspondería a mí asesinarlos. ¿Por qué habría de darte ese derecho a ti? Ni siquiera te conozco.

Di un paso al frente, mi expresión se tornó más severa mientras la ira por lo ocurrido se manifestaba a través de mis ojos.

—Hace una semana Caruso asesinó a la esposa de mi hermano — dije entre dientes—, ella estaba embarazada.

Sus rasgos se deformaron completamente, se volvió una máscara fría y calculadora, noté el cambio apenas mencioné esto último.

Estiró el brazo y cogió el móvil que se hallaba sobre una mesita, marcó un número y lo llevó a su oído sin quitarme la mirada de encima.

—Lyonya —dijo en tono brusco—, habla con Caruso, necesito que lo cites donde siempre —esperó un momento—, sí, alguien irá por él, cuando pase, no intervengas.

Terminó la llamada y dejó el móvil de lado.

—Te enviarán la dirección en un par de días, si fallas, yo me haré cargo.

—Nunca fallo —repliqué. Asintió y me devolvió una sonrisa maliciosa.

Me dirigí a la puerta sin que hubiera más que decir entre nosotros, pero antes de salir me detuvo.

—Me debes una, Russo —recordó. Lo observé de soslayo.

—Vale la pena —susurré, pensando en que pronto Darla y su bebé, serían vengados.

### ***Holly***

Estaba ansiosa por irme, estar en este sitio no me agradaba demasiado.

La sala de espera me produjo escalofríos y malos recuerdos, si podía evitar visitarlos, lo hacía, pero con Dixon nunca había opción, siempre se volvía demandante y autoritario y yo no tenía más remedio que ceder. Quizá cuando haya acabado mi carrera buscaría otro empleo y me zafaría de él por completo.

Suspiré. A quién engañaba. Ese hombre no me dejaría ir, ya me lo había dicho, además, me sentía en deuda con él, de no haber sido por su ayuda, vaya a saber uno dónde estaría yo ahora.

—Hola —saludó alguien a mi lado. No fui consciente de su presencia hasta que habló. Apagué la pantalla de mi móvil y la miré.

Sus potentes ojos azules lucían desconfiados, pero amables.

—Hola —respondí el saludo.

—Debes venir con ese hombre que está hablando con mi esposo,

¿cierto?

—Sí —acomodé mis gafas—, es mi jefe. —Sonrió y vi cierta melancolía en sus orbes.

—Alguna vez me vestí como tú y tuve un jefe como él —comentó pensativa, sacudió la cabeza, como si estuviera alejando esos recuerdos.

—Pensé que era la única que usaba ropa de anciana siendo tan joven —murmuré. Ella negó otra vez.

—Me esforzaba para evitar el interés de los hombres en mí — confesó; ella me hablaba como si me conociera.

—Pero obtuvo el de su esposo —comenté. Su sonrisa se ensanchó.

—Él me amó desde que me vio, solo que no lo sabía, a veces ellos son muy ciegos o... estúpidos —agregó esto último en voz baja y de manera cómplice. Sonreí.

Instintivamente mi mente iba a Dixon, pero detuve mis cavilaciones antes de profundizar y joder mi paz mental. No comenzaría a hacerme ilusiones.

—Tú, ¿por qué te escondes? —Preguntó sin preámbulos. Tuve la necesidad de decírselo, de hablar sobre un tema que jamás toqué con nadie.

—Mi belleza me trajo problemas —me sinceré—, quien dijo amarme solo quería usarme y presumirme por ser la más bonita, jamás me amó en realidad.

Efectuó una mueca y lanzó un suspiro.

—Encontrarás errores como ese sujeto en tu camino, pero por más que te escondas, no evitarás que el indicado te encuentre, no podemos escapar de nuestro destino.

Me dio un apretón en la mano que sentí reconfortante. Entonces reparé en la figura de Dixon que se dirigía hacia nosotras. Ella siguió el rumbo de mi mirada y negó delicadamente, alborotando su cabello pelirrojo.

—Y parece que el tuyo ya está trazado —susurró. La miré confundida—. Mucha suerte.

—Gracias —murmuré aturdida. Dixon se detuvo frente a mí.

—Vámonos, Bridger —miró a la pelirroja—, señora Kozlov.

Me puse de pie y le dediqué una sonrisa a la mujer antes de irnos.

Dixon me observó un momento, confuso por mi expresión y aparente calma.

—¿Está bien? —Parpadeé un par de veces y sonreí un poco.

—Sí, lo estoy.

Lo único que le hacía falta a Theo era mi compañía, en cuanto me vio entrar al departamento, su decaimiento se esfumó. Era un gato chiflado y más que mimado; descansaba en mis pies mientras yo cepillaba mi cabello, tranquila y relajada de estar nuevamente en mi espacio. Sin duda, estaba tan acostumbrada a vivir aquí, que no podía verme en otro sitio, al menos no pronto.

Dejé el cepillo de lado y me puse de pie. Cenaría algo, no me alimenté bien hoy y hacia unas cuantas horas llegamos. Dixon se marchó tan solo al aterrizar sin decir adiós o gracias. No lo esperaba.

Apenas di un paso dentro de la cocina y la puerta fue golpeada. Me le quedé mirando como si quisiera desaparecerla. Tenía la seguridad de que era Dixon quien se hallaba del otro lado y de verdad esperaba equivocarme. Odié que haya podido conseguir mi dirección y lo peor es que de nada serviría mudarme, él era dueño de la ciudad y me encontraría enseguida. Tenía ojos en todos lados.

Abrí la puerta y mis esperanzas de que no se tratara de él se vinieron abajo. Ahí tenía al diablo en persona, recibéndome con una sonrisa traviesa y unas bolsas de comida en la mano que me mostró en cuanto nos miramos.

—¿Qué hace aquí?

—Buenas noches para usted también, Bridger, ¿dónde dejó los modales? —Entorné los ojos.

—¿Acaso está ebrio otra vez? —Inquirí. Rodó los ojos.

—No, puede olfatearme si quiere —sugirió—. ¿Me dejará pasar?

—¿Tengo opción?

—No —aceptó.

Me hice a un lado e ingresó, cerré la puerta. No me gustaba tenerlo aquí, tenía suficiente lidiando con él en la oficina como para venir a hacerlo fuera del horario laboral.

—No entiendo por qué está aquí, ¿no tuvo suficiente de mí en estos días?

—Increpé. Puso las bolsas en la mesa; aquí dentro, él se veía como un gigante que en cualquier momento derrumbaría las cosas a su paso.

—Me he comportado como un bastardo con usted.

—A menudo —coincidí. Me miró mal.

—Así que le traje la cena como una forma de disculpa —continuó, ignorando mi comentario—, por haberle quitado su cama dos veces.

—Muchas gracias —dije deprisa, él siempre se disculpaba dándome comida—, ahora puede irse.

—¿Por qué tanta urgencia de que me vaya? No voy a morderla, Bridger, ni hacerle nada que no quiera —susurró sugerente.

—Porque a diferencia de usted, yo sí he tenido suficiente de nosotros —espeté, cruzándome de brazos.

—Una lastima —abrió la silla y se sentó en ella—, porque no me iré.

Me contuve para no mandarlo al demonio y resignada tomé asiento frente a él, no había más remedio, él no se iría y entre más rápido termináramos la cena, mejor.

Dixon abrió la bolsa y sacó un empaque negro, lo puso frente a mí y leí el nombre de uno de sus restaurantes por encima de la cubierta; sacó el suyo y



lo dejó en su sitio, posteriormente me dio una soda y él se hizo de una cerveza.

—Cene —ordenó.

Parpadeé desconcertada. Trataba de procesar esta escena, pero por más que indagaba en los universos donde creí esto posible, no, no hallé uno solo, quizá porque jamás lo imaginé.

Abrí el empaque que me reveló una apetitosa lasaña. Mi boca se hizo agua y mi estomago exigió recibir aquel alimento maravilloso.

—Sabe cada una de mis comidas favoritas sin que yo siquiera se lo mencionara —susurré trémula. La situación comenzaba a ponerme nerviosa.

—Soy observador —explicó. Clavé mis orbes en su persona.

—¿Usted me observa? —Esbozó media sonrisa.

—Todo el tiempo, Bridger. —Carraspeé. Él tomó un bocado y su expresión fue de deleite.

—¿Lo hace con todo el mundo? —Proseguí sin poder detenerme.

Dio un trago a la cerveza y limpió sus labios. Me miró intensamente.

—Solo con quien me interesa.

Callé y bajé la mirada. Cogí el cubierto y me centré en probar la comida mientras mi respiración se tornaba pesada. No levanté la cara en ningún momento, Dixon, como era su costumbre, se mantenía atento a mis movimientos y supe que era consciente del cambio que hubo en mi respiración.

—¿Sabe? Trato de entender por qué estando aquí me siento tranquilo —mencionó ante el vasto silencio que se extendió entre los dos—. No puedo pensar en la mierda en la que vivo, ni en los demonios que castigan mi efímera paz.

—Ojalá también tuviera ese efecto en mí —dije sin pensar.

—¿Tiene demonios atormentándola? —Averiguó con un matiz de asombro en su tono de voz.

Mis ojos se empañaron de lágrimas, lo encaré.

—Más de los que se imagina.

## Capítulo 12

### *Dixon*

Su respuesta me dejó atónito, porque, ¿cómo pensaría que alguien como Holly pudiera tener alguna clase de mierda jodiéndola? Ella era todo lo que estaba bien en esta vida, exceptuando su físico, por supuesto. ¿Qué podría perturbarla? Quizás el dinero podría ser un problema, pero no la consideraba la clase de persona que se queda sentada quejándose por su situación, ella era de las que buscaban soluciones.

¿Se trataría de su padre? Lo dudaba, cada vez que hablaba con él se notaba el amor que le tenía y no daba la impresión de que algo fuera mal, aunque tal vez ella extrañaba su hogar, su antigua vida lejos de mí y el dolor de cabeza que solía ser a menudo; entonces me pregunté: ¿sería yo la causa? No enteramente mi persona, sino lo que significaba el trabajar para mí. Probablemente le preocupaba que pudieran atentar contra ella.

*Mierda.* Buscaba entre una y otra cosa y nada encajaba para ser lo adecuado, y mientras más luchaba por encontrar la respuesta, más lejos parecía de ella.

—¿Quiere hablar de eso? —Pregunté. Sus ojos brillaban por las lágrimas.  
*Maldita sea.*

¿Qué o quién tenía el poder de hacerla llorar con tan solo recordarlo? La veía rota, completamente vulnerable, sin esa fortaleza que la caracterizaba, esa entera confianza en sí misma y su porte firme y tenaz, capaz de callarme la boca con pocas palabras.

—No —susurró—. Yo... lo siento —agregó, llevándose entre sus dedos un par de lagrimas traicioneras.

—No tiene que disculparse por llorar, Bridger —la calmé—, solo contésteme una cosa.

—¿Qué? —Inquirió trémula.

—Su llanto de ahora y el del hotel, ¿es por la misma razón?

Agachó la cabeza y sujetó el cubierto con mayor fuerza.

—Sí —se sinceró.

No quise averiguar más... por ahora. Tarde o temprano me enteraría de quién o qué la hacía llorar. La curiosidad y la necesidad de conocer la verdad se volvió más fuerte, porque eso seguía lastimándola y ella era tan terca y orgullosa como para pedir mi ayuda, así que le facilitaría las cosas investigándolas por mi cuenta.

—Termine la cena —señalé—, frío no sabe bien.

Asintió y continuamos con la comida, ya no profundizaría en el tema, no quería verla llorar, me causaba impotencia y me dejaba en una situación incómoda, no sabía cómo reaccionar o que hacer, no es como si fuera a estrecharla entre mis brazos. Nunca abrazaba, a menos que se tratara de sexo, lo cual no iba a suceder jamás con nosotros.

—Debo irme —dije, poniéndome de pie, apenas acabé.

—Deje eso —me detuvo cuando tuve la intención de levantar la basura—, usted trajo la cena.

—Se lo debía —murmuré.

—Cada vez que se disculpa conmigo me da comida —puntualizó, volvía a ser ella—, a este paso terminará engordándose.

—Le vendría bien, así encajaría en esa ropa anticuada y fea que usa y es tres tallas más grandes que la de usted.

—Busco mi comodidad, no alegrarle la vista a los demás —espetó.

Reí.

Me acerqué a ella, mirándola desde arriba. Podía sostenerla con gran facilidad, su altura tan baja y su complexión delgada me permitirían maniobrar con su cuerpo como se me antojara.

—Es cómico —rocé su mejilla con mi pulgar, contuvo el aliento—, use lo que use, logra poner una sonrisa en los labios de cualquiera que la mire.

Me observó con intensidad, sondeaba en mis ojos en busca de una explicación a mis palabras y mis constantes cambios de ánimo. Le deseaba suerte con ello, ni siquiera yo podría entenderme.

—Buenas noches, Bridger —susurré—, la veo mañana.

—Buenas noches —articuló antes de que saliera de su departamento.

Cerré la puerta y permanecí un momento de pie. Había algo en mi estomago y en mi cabeza, algo desconocido, la misma sensación que me hizo venir hasta aquí y pasar parte de mi noche con ella cuando pude haber estado en cualquier otro lugar.

Negué y me dirigí al exterior pensando en que sí o sí Holly debía cambiarse de domicilio. Ella no podía seguir viviendo en este basurero.

Me monté en mi auto y ya dentro saqué mi móvil. Encendí el motor mientras la persona del otro lado me contestaba.

—Señor —atendió de prisa.

—Taylor, quiero que investigues a Bridger —dije serio.

—¿Sospecha algo?

—No —alcé la vista hacia la ventana de su departamento, la luz seguía encendida y tuve la impresión de que Holly me miraba—, quiero saber sobre su pasado en Scottsdale, indaga en todo, hasta el hospital donde nació. Necesito la información lo más pronto posible.

—Por supuesto, señor.

Colgué y eché un último vistazo a su ventana.

Cuando me fui de ahí, sin saberlo, Holly aún me observaba.

A las afueras de la ciudad había un par de bodegas, lejos de ojos curiosos y fuera del radar de la policía, ahí almacenaba droga y armas, y también era donde solía torturar y asesinar a mis enemigos o idiotas que intentaban pasarse de listos.

Hoy esperaba la llegada de dos personas; sentado sobre una silla mientras fumaba un cigarrillo mi vista se hallaba prendada en la puerta. Habían transcurrido tres días, tres días en los que se dio la oportunidad de ir por los Caruso, dando un paso más para poder llegar al *Don*, el principal culpable de lo ocurrido. Más pronto de lo que pensaba le llegaría su hora. Sin embargo, primero quería enviarle un recuerdo y hacerle sentir en carne propia lo que mi hermano sintió.

Cuando el reloj dio las dos de la mañana, una camioneta atravesó la puerta. Las llantas derraparon al frenar y de prisa Taylor bajó. Me puse de pie al tiempo que mis hombres bajaban de no muy buena manera a Emilio y Alonzo Caruso, únicos nietos del *Don*.

Los arrastraron hasta el sitio donde sus puestos se encontraban esperando. A ambos los inmovilizaron sobre un par de sillas metálicas, luego, les quitaron las capuchas que les cubrían las

cabezas; me postré delante de ellos, conteniéndome para no asesinarlos.

—Tú —siseó Emilio.

—¿Qué pensaron? —Inquirí burlesco— ¿Que podrían venir a mis territorios, atacar e irse como si nada?

—Nos debías una vida —espetó—, solo te la cobramos.

Le atiné un golpe y luego otro más, seguí castigando su cara hasta que mis nudillos se rompieron y su nariz y boca quedaron rotas.

—Debieron cobrarse conmigo, es así como se hacen las cosas —

decreté severo. Emilio rio.

—¿Contigo...? Contigo no hay lealtades, ni códigos, cualquier vida servía.

—Cualquier vida —repetí irascible.

Inevitablemente pensé en Darla, en su sonrisa mientras Dexter daba la noticia, en el brillo de sus ojos al contemplar la felicidad que su bebé traería. Dolió. No podía hacerme una idea de lo que mi hermano estaría sintiendo.

Yo, como muy pocas veces sucedía, estaba siendo empático.

—No va a quedar nada de su apellido de mierda —escupí iracundo

—, voy a darle caza a cada miembro que lleve su asquerosa sangre, aunque analizando las circunstancias, solo son ustedes y el vejete de tu abuelo — sonreí malicioso—, a él lo dejaré para el final.

—¡Te asesinará! ¿Acaso crees que alguien como tú podría acabar con un legado de años? No me hagas reír.

—Te lo demostraría, pero dudo mucho que pases de esta noche —

miré a su hermano que se mantenía callado—, creo que Alonzo no ocupa mucho su lengua, ¿no? Solo le quita espacio.

El aludido me miró de prisa, el miedo impreso en sus ojos. Le hice una señal a uno de mis hombres y enseguida se encargó de llevar a cabo mi orden no pronunciada.

Encendí otro cigarrillo y seguí cada paso a mi alrededor. Con una filosa navaja se encargaron de cortar la lengua a Alonzo, quien no paró de sollozar y removerse, suplicó en agonía mientras le arrancaban con saña y sadismo el trozo de carne que al final cayó al suelo. Sonreí. Yo no me ensuciaba las manos con semejante desperdicio.

—¡Hijo de puta! —Ladró enardecido Emilio, miraba a su hermano pasar por la tortura. La sangre le caía a chorros por el mentón, cubriéndole la camisa.

—Mira como son las cosas —expulsé el humo sin dejar de sonreír

—, tu hermano perdió la lengua por no usarla y tú la perderás por hacer todo lo contrario.

Asentí hacia el tipo que se encargaría de cumplir mi orden y de nuevo contemplé con deleite el sufrimiento de mis víctimas. Esto no le devolvería la paz a mi hermano, quizá ni siquiera haría alguna diferencia, pero para mí sería no dejar impune la muerte de dos seres inocentes.

Con la vista en su sufrimiento y la determinación controlándome, llamé a mi hermano. Esperé varios tonos y antes de que saltara al buzón, él atendió.

—¿Qué quieres? —Increpó.

—Tengo a dos de los tres responsables, si los quieres, ven al almacén.

Se quedó callado, solo escuchaba su respiración. Francamente ignoraba qué decisión tomaría, él jamás fue de asesinar o verse envuelto en el trabajo más sucio.

<

—Voy para allá.

**Holly**

Mis manos jugaban con el pase al club *Phoenix*.

La fiesta de aniversario era mañana, habría mucha gente importante y un artista cantando en vivo. Siempre lograba ser un éxito cada año y por primera vez me encontraba tentada de ir. Nunca asistí a un club, no salí a divertirme y sentía que mi ropa de anciana comenzaba a hacerme actuar como una.

Tan solo tenía veintitrés años y parecía de cuarenta.

Dixon no asistiría, se encontraba tan ausente, apenas lo vi por la oficina en esta semana, sin duda, lo que pasó con su cuñada le estaba robando todo el tiempo y seguiría así. Él no descansaría hasta ver a toda esa gente muerta. Y el que él se ausentara del club mañana, me incitaba más a asistir y divertirme, beber un poquito, bailar toda la noche y detenerme apenas saliera el sol.

La idea me emocionaba muchísimo. En mi armario había un vestido que usar y unos tacones de infarto que iban a la perfección con él.

—Buenas tardes, Holly —saludó Adam. Le sonreí amable, hacia días que no lo veía—. ¿Dixon?

—No demora en salir, está con la señorita Linda —miré el reloj en mi muñeca—, tiene que firmar unos documentos que debo enviar a las cuatro.



—Bien, lo esperaré —murmuró un tanto seco, como si estuviera enojado conmigo.

No le respondí y se sentó delante de mí, sacó su móvil y se puso a perder el tiempo en él. Lo ignoré y me centré en mi trabajo, no entendía por qué se enojaba conmigo, no era yo quien lo molestaba y le ordenaba.

De pronto, un sonido nos alertó a los dos, el mismo que rompió el silencio en el que estábamos sumidos.

La puerta de la oficina se abrió y vi a Linda caer al suelo, sus manos llenas de sangre y su vestido de diseñador totalmente arruinado; en sus ojos había lágrimas, mientras Dixon la miraba furioso desde el umbral, su camisa blanca estaba manchada de carmesí, más sobre su brazo izquierdo.

—¡Lárgate o te mataré! —Exclamó furioso.

Asustada, corrí hacia Linda, ayudándola a ponerse de pie, Adam no se encontraba asombrado en lo absoluto, ni hizo ademán de venir a ayudarla. Imbécil.

—Venga —susurré. Dixon no me miró al incorporarnos, seguía mirando a Linda y temí que en cualquier momento fuera a matarla.

—Lo pagarás algún día, ya te lo dije —siseó ella—, hijo de puta.

Él dio un paso al frente, cerró las manos en puño; solté a Linda y me interpose entre ambos.

—Vaya adentro —indiqué cauta hacia él—, ahora vuelvo con usted.

—¿Me está ordenando? —Increpó tosco.

—Sí, y usted obedecerá —me observó impasible—, por favor.

Frunció los labios, dio media vuelta y cerró de un portazo. Llevé a Linda hasta al baño, al pasar junto a Adam, él nos miró.

—Es mejor que se vaya —recomendé sin decirle más.

Entré al baño con Linda y ella se apoyó contra el lavabo, no paraba de llorar, su vestido estaba roto y arruinado. Cogí unas toallas y las humedecí un poco, enseguida me encargué de limpiarle el rostro, me lo permitió.

—Es un patán —sollozó—, pero no es culpable de mi estado,

¿sabes? Y por eso que estoy furiosa, porque yo sabía cómo era él, siempre me ha tratado como un objeto y yo sigo aquí cada vez que llama.

—¿Y por qué lo toleraba? —Se me quedó mirando por varios segundos, efectué una mueca— Sí, supongo que su pene me daría la respuesta.

Linda sonrió un poco, sorbió su nariz, nada propio de ella.

—Nunca te conformes con migajas, Holly, el físico y el atractivo no sirven de nada cuando quien los lleva es una mierda sin sentimientos.

Abrí el grifo y lavé sus manos, dedos largos de perfecta manicura.

—Usted vale demasiado —dije serena.

—Para ellos solo valgo por el tamaño de mis tetas —susurró con tristeza—, me gustaría ser como tú —la encaré—, fuerte y valiente, consciente de mi valor, pero no puedo. Cada vez que intento mostrar lo que soy, me hacen sentir que lo único que vale la pena de mí, es mi cuerpo.

—No tiene que demostrarle a nadie cuanto es lo que vale, a nadie que no sea a usted misma —musité con calma—. Me dijo que no permitiera que apagaran mi brillo —continué—, ahora yo se lo digo: no permita que nadie apague el de usted.

Sonrió y limpió ese par de lagrimas que derramó. Me deshice de mi suéter de lana, era largo y grande, se lo puse en los hombros.

—Eres un ángel —susurró—, muchas gracias, no olvidaré esto.

Se puso el suéter bien y salió del baño, la seguí y la vi irse. Adam ya no estaba y me alegré. Me dirigí a la oficina de Dixon, al entrar, olía a cigarrillo, alcohol y sangre. Él se encontraba en el sofá, bebiendo y

fumando. Todo a su alrededor se hallaba desordenado, había trozos de esculturas en el suelo. Suspiré.

—Quítese la camisa.

Volvió el rostro hacia mí de inmediato.

—Eligió el peor momento para pedirme que la folle, Bridger.

—Deje de hacerse el gracioso —espeté—, quítese la camisa para poder curarlo.

—No necesito ni una mierda, Bridger —escupió. Pedí paciencia infinita.

—No era pregunta, señor Russo —decreté.

Me adelanté al baño con el que contaba su oficina, era muy amplio, tenía la ducha incluida. Encendí la luz y agarré gasas, alcohol y entre otras cosas que pudieran servirme, no sabía que tan grande era su herida.

Su figura en el umbral me hizo verlo de soslayo. Se había quitado la camisa, tal y como pedí. Tragué en seco.

Vaya belleza de hombre, lastima de personalidad tan jodida.

Se sentó en el sofá pequeño y sin perder tiempo me postré frente a él con mis senos a la altura de su cara; no sé por qué demonios me fijé en eso. Sin el suéter, solo me quedó una blusa de botones, blanca y de manga larga, pero de tela delgada, casi traslúcida.

—No es tan profunda —susurré, echándole un vistazo a la carne abierta en su brazo.

—Esa perra, debí matarla —masculló.

—Silencio —lo reñí—, su madre es una mujer, señor Russo, no debería expresarse así de ellas.

Mojé la gasa con alcohol y la apreté contra la herida. Él se quejó por mis movimientos nada sutiles, retrocediendo, pero sin oportunidad de escapar del dolor.

—Lo hizo a propósito —acusó.

No refuté su acusación y proseguí en lo mío, sintiendo su respiración contra el valle de mis senos, e involuntariamente rememoré esa noche en el hotel, algo que no había hecho porque no lo quería en mi cabeza; resultó peligroso que evocara aquellos recuerdos en este instante, pero tuve la necesidad de pensar en la forma en la que me tocó y besó, en como se presionaba contra mí, la desesperación y la urgencia en sus movimientos y las palabras que seguían tatuadas en mi memoria.

—Su respiración cambió —señaló. Lo ignoré y terminé de vendar su brazo fuerte y tatuado.

—No me gusta la sangre, me pone nerviosa —mentí. Rio.

—La sangre, sí, por supuesto —bufoneó sarcástico—, usted miente demasiado y me oculta muchas cosas.

Se incorporó de improviso, casi empujándome con su pecho. Jadeé al instante en que me acorraló contra el lavabo. Escrutaba mi cara y luego hizo lo mismo con mi cuerpo.

—Cada vez me convenzo más, Bridger —dijo, amenazante.

—¿De qué habla? —Inquirí, titubeante, nerviosa por lo críptico de sus palabras.

—De que era usted a quien besé en el hotel —mi corazón casi se detiene—, me lo negó y yo me lo negué, pero justo ahora pude recordar una cosa que la señala.

—Basta —lo empujé, no se movió—, desvaría, déjeme salir.

Sus manos sostuvieron mi cintura, clavó los dedos con furia en mi carne. Lucía furioso.

—Su tatuaje —se acercó más—, no recuerdo su cara, pero sí ese tatuaje, usted y yo estuvimos en la cama.

—Usted y yo, no debería usarse en una oración bajo ese contexto.

—Deje de evadirme y dígame la verdad —demandó severo.

—¿Para qué? —Lo enfrenté sin miedo— ¿No dice saberla ya?

—No estoy seguro, pero ya mismo lo voy a comprobar.

Se presionó a mí, sostuvo mi cara sin darme posibilidad de escapar.

Jadeé o grité. No lo supe con seguridad, pues todo a mi alrededor se detuvo.

Dixon me besaba, siendo él mismo esta vez.

## Capítulo 13

### *Holly*

No moví un musculo mientras su boca aplastaba la mía.

Violento y demandante. Exigente y dominante.

Empujaba con vigor, intentaba hacerme responder, pero todo mi autocontrol se basó en la imagen de Linda: humillada, amenazada y echada.

Podría quitarme la ropa y mostrarle que no era solo esa *cosita* fea que trabajaba para él, pero ¿qué ganaría? ¿Un mafioso que se encargaría de regir mi vida conforme a sus exigencias sexuales? No me volvería un objeto. Lo deseaba, por supuesto que sí, no era de piedra y sentía, sus labios suaves ya habían sido probados por los míos y estos quedaron con ganas de más, y al advertir cada roce que Dixon daba sin detenerse ante mi nulo movimiento, mis ganas aumentan.

Su perfume, su sabor, su pecho caliente presionado al mío, sus manos en mi cara y sus emociones a flor de piel. Todo en él seducía, pero yo era una

experta en mantener la mente clara ante bellezas peligrosas con instintos bestiales y crueles que no dudarían en destrozarme el corazón.

*¿Y sí él es diferente? No puedes juzgar a todos por igual.*

Negué ante mi subconsciente. Dixon Russo no era de los cambiaban por amor y no estaba dispuesta a ser la novia del chico malo que hace mil intentos por salvarlo y cambiarlo.

<

De pronto, Dixon paró. Sus labios se alejaron unos centímetros, aun podían rozar los míos. Nuestras respiraciones eran frenéticas, la mía debido a los nervios y la urgencia por apartarlo completamente de mí. Esto, nosotros, no podía pasar. No podía.

—No —dijo serio y decepcionado—, no se trataba de usted.

Pasé saliva y me escabullí aprovechando su desconcierto, de verdad parecía confundido.

—No vuelva a hacer eso —advertí, aun con el sabor de su boca en mis labios.

—No se preocupe, la besé por curiosidad, no porque me guste —

efectuó una mueca—, es igual a todas —me observó como si yo fuera poca cosa—: insípida y aburrida. Aunque al menos ellas me provocan placer.

—Bien por ellas y por usted —dije con calma. Sus palabras no me afectaban—. Si ya ha acabado con su curiosidad, debo volver al trabajo.

Le di la espalda y abrí la puerta.

—Ni una palabra de esto a nadie —advirtió. Lo miré por encima de mi hombro.

—Pierda cuidado, señor Russo, ¿qué caso tendría alardear de lo que cualquiera puede tener? —Su rostro se contrajo por el enojo, sonreí— Con

permiso.

Horas más tarde seguía en medio de mi habitación haciéndome la misma pregunta.

¿Podría ser yo?

Sonreí. Sí, por supuesto que era yo.

Esta sería la primera vez que usaría un vestido así. Mis piernas blancas se veían largas gracias a los tacones altos, la redondez de mi trasero se adhería perfectamente a la tela corta. Si me agachaba mi ropa interior quedaría a la vista y la verdad, no me importaba.

Hoy no era más la *cosita* fea. Hoy solo era Holly.

Maquillé mi cara, sombras oscuras, labios rojos, cabello suelto y largo cayendo lacio detrás de mi espalda desnuda. El vestido se anudaba en el cuello y cubría mi tatuaje, pero tenía una abertura en el valle de mis senos que permitía dar un vistazo de mi escote. El sostén quedó de lado, la tela ajustada permitía que mis pechos quedaran firmes y mis pezones se dibujaran a través de ella.

La imagen que me devolvía el espejo era el de una mujer completamente diferente, la cual hizo sobresalir su belleza. Me sentía más hermosa que nunca.

Otra sonrisa se formó en mis labios, satisfecha. Coloqué perfume en mi piel y ropa, me puse un abrigo delgado, cogí mi bolso y abandoné mi departamento.

El sonido de mis tacones llenó el vacío al atravesar aquel sitio desolado por la hora que era. Al estar afuera, mi taxi esperaba, abrí la puerta y subí enseguida. El chofer me miró por el retrovisor, posando sus ojos más de la cuenta en mi persona, volví el rostro y él se puso en marcha. Mientras avanzaba por las calles atestadas de autos y luces, mis nervios se acentuaban en mi estomago; ignoraba que me esperaría al llegar al club,

tenía miedo, no conocía a nadie y de pronto parecía una idea ridícula el salir a divertirme sola, pero eso no me detuvo.

Quería mi noche de fiesta. Quería experimentar.

Minutos más tarde el chofer se estacionó como pudo, la entrada al club estaba repleta de autos y gente, la fila larguísima. Tomé un

respiro largo; le pagué y bajé deprisa. Sostuve mi bolso con firmeza, pasando de largo de la fila, ganándome miradas lascivas, incluso al llevar cubierto mi cuerpo, ellos no dejaban de verme las piernas desnudas.

Si bien arribé a la entrada, el encargado me miró de arriba abajo; antes de que abriera la boca tomé el pase del que me hice y se lo di.

Su semblante cambió de inmediato y me dejó pasar.

—Buenas noches, señorita —me abordó una joven, le di mi abrigo

—, sígame, le daré una mesa, puede pedir lo que deseé.

—Lo sé —dije. El pase que Dixon otorgaba a sus allegados, les garantizaba el mejor trato.

La seguí entre el tumulto de luces, personas y música. Estar dentro se volvió como una fantasía. Los colores danzaban en mi piel, los cuerpos en movimiento me provocaron deseos de ir a la pista y bailar entre ellos. Ni siquiera sabías si alguno tenía pareja, bailaban solos, dejándose ir por el ritmo.

Subimos al tercer piso, un área con menos gente, elegante, exclusiva y justo en el medio de todo se encontraba el sitio designado para Dixon cada vez que venía a este sitio. Hoy se hallaba vacío. Lo agradecí, así podría divertirme sin preocuparme por verle la cara.

—¿Qué le traigo para beber? —Preguntó la mujer. Mierda, no sabía mucho sobre bebidas.

—¿Qué me recomiendas? —Sonrió.



—Le traeré algo que le encantará.

Asentí y la vi marcharse, entretanto, me acerqué a la orilla, mis manos se sostuvieron del barandal de metal, debajo de él todo era cristal rodeando el área exclusiva; más allá aprecié las escaleras y a las personas bailando, no pude evitar que mi cuerpo se oscilara de

forma leve al ritmo de la música y me reprendí por no haber venido antes.

—Señorita, buenas noches.

Di la vuelta, tuve de frente a un hombre atractivo de mirada maliciosa y curiosa, el potente negro en sus orbes no paraba de escrutarme de pies a cabeza sin el menor disimulo. Lo reconocí, se trataba de Connor, socio de Dixon en las cadenas de hoteles y restaurantes. Otro empresario corrupto, pero inteligente y más que atractivo.

—Nunca te había visto en este lugar —comentó.

—No debería —dije. No correspondí a su sonrisa.

Se acercó demasiado, tanto para permitirme oler su colonia cara, su mano rozó la mía. Por ahora, no la retiré.

—Yo creo que sí, es un sitio exclusivo.

—Y por eso estoy aquí —articulé.

Me alejé hacia mi mesa, la mujer me recibió con una copa que acababa de servir; agradecí y bebí aquel liquido dulce y un tanto burbujeante. Sabía bien.

—¿Me permites acompañarte? Dudo que una mujer como tú quiera estar sola —persistió, apretándose contra mí más de lo que debería.

—Usted no sabe lo que una mujer como yo quiere, señor.

—Las mujeres van al final de los negocios, Connor —dijo su profunda y burlona voz.

Me paralicé. Connor se apartó de mí y yo fui incapaz de moverme, mucho menos ser lo suficientemente valiente para dar la vuelta y encarar a Dixon.

—¿Te conozco? —Preguntó Dixon.

Obviamente esa pregunta era para mí. Respiré profundo, sintiéndome mareada, la copa en mi mano casi caía al suelo. Es como si la vida me odiara.

—Esa misma pregunta le hice yo —acotó Connor.

—Cierra la boca y largo de aquí —espetó.

Mierda. ¿Qué debía hacer? ¿Correr? No, no saldría huyendo, ni siquiera tendría oportunidad de hacerlo, él me alcanzaría de cualquier forma o su gente lo haría. Debía enfrentarlo, pese a correr el mínimo riesgo a ser reconocida. Esperaba que ese maquillaje valiera lo que pagué por él.

Al carajo.

De manera lenta me volví. Segura y decidida lo enfrenté.

Él estaba a un metro de distancia de mí, imponente, ataviado en un traje oscuro, rodeado de hombres que lo protegían y acechado por mujeres que aclamaban un poco de su atención; sin embargo, Dixon no los veía, sus ojos estaban enfocados en mí, no en mis piernas o el escote, solo en mi cara. Parecía contrariado, sorprendido, como si estuviera viendo un fantasma.

Temí que me hubiese reconocido.

Pero cuando vi ese brillo en sus orbes, ese que lo caracterizaba, supe que no lo había hecho; su expresión se volvió la de un seductor, el cazador que acechaba a su presa. Dixon se equivocaba conmigo, y mucho.

—¿De dónde saliste? Jamás te había visto —Inquirió, acortando la distancia entre nosotros; sin permiso tomó mi mano y todo dentro de mí se sacudió.

—Siempre he estado aquí —afirmé y no era ninguna mentira.

—Imposible, te recordaría —refutó. Besó el dorso de mi mano.

—Quizás estuviste muy distraído —comenté. Aparté la mano. Su toque me produjo escalofríos.

Sonrió coqueto, esa sonrisa que solía desarmar a cualquiera.

—Tu nombre —exigió. Enarqué una ceja.

—Mi nombre no lo sabe cualquiera —provoqué. Torció los labios y entornó levemente sus ojos.

—Yo no soy cualquiera, soy Dixon Russo y este es mi club.

Sí, el hombre altanero y todopoderoso, se presentaba ante mí.

—Un gusto, Dixon, y excelente club —dije sin titubear, alzando mi copa hacia él, preguntándome cómo demonios yo podía luchar contra mis nervios y su imponente figura casi cerniéndose sobre mí.

Le di la espalda y me dirigí escaleras abajo, sentía su mirada sobre mí hasta que desaparecí entre el tumulto de gente y entonces pude borrar la sonrisa de mis labios y permitir que los temblores en mi cuerpo se distribuyeran como mejor les viniera. Al arribar al último piso, me moví hacia la oscuridad, apoyé mi cuerpo en un pilar y traté de calmarme.

Él no me reconoció.

Ese era un punto bueno. No sabía qué demonios estaba pensando al venir a su club creyendo que no lo encontraría, obviamente existían muchas posibilidades de que se apareciera por aquí. Pero tal vez se trató de mi parte deseosa queriendo ver su expresión al contemplarme sin mi ropa de anciana, o de la vengativa que me impulsaba a seducirlo y luego dejarlo con las ganas, colocándome en una cuerda floja donde mi seguridad oscilaba entre el peligro que Dixon significaba.

—¿Piensas que puedes escapar de mí en mis territorios?

Abrí los ojos, asustada. Dixon me tenía acorralada contra el pilar.

Sus brazos a cada lado de mi cabeza y su cuerpo como una cárcel que me imposibilitaba huir.

—No escapaba, tengo que irme.

—No, no te irás —sentenció tajante—. Quiero que te quedes.

Su dedo índice se deslizó por mi clavícula hasta mi escote, donde trazó un círculo detrás de otro, erizándome la piel.

—Lo que tú quieras no me importa, Dixon.

Alejí su mano de mi cuerpo y retadora, lo empujé, alejándolo de mí.

Él no se mostró ofendido, más bien cautivado. Lo miré de arriba abajo y me dirigí a la pista, mezclándome con todos esos cuerpos que emanaban calor. Luego tal y como lo imaginé, él vino detrás de mí; a veces podía ser tan predecible, toda su debilidad recaía en las mujeres.

—Te gusta jugar —susurró en mi oído.

Sus manos en mi cintura, su boca en mi cuello, nuestros cuerpos balanceándose en medio de aquel gentío, pero solo teníamos espacio para lo que sucedía entre ambos.

—Nunca había conocido a una mujer como tú.

—Puedo jurarlo —coincidí—, soy única, totalmente inalcanzable para hombres como tú.

Movía las manos por todo mi cuerpo mientras bailaba conmigo, se lo permití, rozando mi trasero con su entrepierna.

*Estás jugando con fuego, Holly. No querrás quemarte de nuevo.*

—Creo que ya te han hablado de mí.

—Tu reputación no es un secreto en esta ciudad, Dixon.

Estiré el brazo hacia atrás, acariciándole la mejilla y el cuello sin dejar de moverme contra él. Me sentía maravillada, poderosa al tenerlo en mis manos; Dixon se hallaba totalmente seducido por esa *cosita* fea de la que solía burlarse a menudo.

—Entonces sabrás que puedo llevarte al cielo —murmuró, masajeando despacio mis senos, puso mis pezones duros bajo la tela, a la vez que jugaba con el lóbulo de mi oreja entre sus carnosos labios.

—Prefiero a los hombres que me hacen arder en el infierno —

repliqué, enfrentándolo de una vez por todas.

Mis brazos se enredaron en su cuello, hundió los dedos en la piel de mis nalgas y me atrajo bruscamente hacia él. Percibí la dureza de su pene apretándose a mi vientre bajo. Me tragué el gemido que pugnó por salir de mi garganta.

—Tienes suerte de haberte encontrado con el mismo diablo —dijo.

Se inclinó hacia mi boca y sin perder tiempo me besó.

Sonreí para mis adentros. Este beso fue diferente, porque a él sí respondí. Me entregué a sus labios entre la música, el calor y las luces. Nos quedamos quietos, mezclando nuestras lenguas y su boca ávida por devorar la mía; expresó su deseo a través de cada roce que conforme los segundos pasaron se convirtió en un violento movimiento donde él buscaba dominar.

Tiré de su cabello, lo apreté a mí sin sutilezas, lo besé como hubiera deseado besarlo el día de ayer. Le permití sentirme, no solo el deseo que en mí había, sino cada sentimiento que sin saberlo convertía un beso en algo especial. Porque se trataba de sentir, de transmitir, de no hacerse olvidar jamás.

—Tu boca es dulce —susurró entre intervalos de besos. Temblé.

Eso ya me lo había dicho—. Siento como si ya te hubiera besado antes —mordisqueó mi labio inferior—, me fascinas.

—Eso puedo verlo —bajé la mirada—, y sentirlo.

Me atrapó con más brusquedad entre sus brazos, su nariz recorrió mi cuello y luego le cedió el lugar a sus labios. Gemí.

—Vámonos —indicó.

—No iré a ningún lado contigo.

—¿Escuchaste que pregunté? —Mordió mi piel expuesta y volvió a mi mejilla, estremeciéndome de nuevo con sus roces provocativos.

—Lo siento, Dixon, pero no.

Se apartó un poco, me miró severo y confundido, buscaba algo en mi expresión, quizás una sonrisa burlona que le hiciera saber que esto era un chiste mío.

—A Dixon Russo nadie le dice que no —repitió su mantra.

Le acaricié la mejilla y deposité un beso en sus labios, un beso casi efímero, pero que no olvidaría.

—Yo sí.

## Capítulo 14

### *Dixon*

Ella no podía huir de mí.

Me negaba a dejarla ir, pero mientras se escabullía entre el gentío, permanecí quieto, ningún músculo de mi cuerpo se movió. La impresión que causó en mí fue tanta que bloqueó mis sentidos y solo me dejó sentirla a ella.

Su saliva aun prevalecía en mis labios, su perfume no se perdió entre el tumulto de olores que me rodeaban; no estaba, pero sentía la calidez que

emanó su cuerpo al estar junto al mío. Jamás estuve tan atraído por una mujer y no le encontraba explicación alguna.

Lo que hubo en mi cabeza, ajeno a ella, se esfumó; quise mandar todo al demonio y quedarme a su lado.

*Mierda.*

Reaccioné y me moví a través de las personas, quitándolas de mi camino sin tener sutileza alguna; corrí hasta la entrada del club y al estar en el exterior mis ojos recorrieron la calle de derecha a izquierda y cada rostro encontrado en mi campo de visión, no logré verla por ningún lado. No había rastro de ella. Se fue y ni siquiera sabía su nombre.

—Señor Russo, ¿está todo bien? —Me abordó uno de los guardias.

Lo miré.

—¿Viste a una mujer salir? Vestido blanco, estatura media, castaña

—dije deprisa. El hombre efectuó una mueca.

—Entran muchas mujeres con esas características —comentó apenado.

—No, no como ella —refuté—. Tenía un pase al área exclusiva.

—Lo averiguaré.

Se marchó y yo di un último vistazo a mi alrededor con la esperanza de encontrarla, mas fallé y regresé a mi lugar, ahí Connor me esperaba con un par de mujeres acompañándolo. Había trabajo del cual hablar, pero mi cabeza no me dejaba pensar en otra cosa que no fuera esa castaña. Qué mujer más hermosa.

—¿Y la castaña? No me digas que la dejaste ir —comentó Connor.

Lo ignoré y tomé asiento.

Mi vista al frente, mis pensamientos con ella y la forma en que me retó. Hasta ahora solo Holly lo hacía sin reprimenda alguna de mi parte, y con esa mujer misteriosa tuve el mismo deseo de permitírselo. Podría decir que mi gusto por ella era a causa de su

negación a seguir cualquier orden que saliera de mi boca y su deslumbrante belleza que opacó todas las que yo haya contemplado antes.

Sin embargo, sentí algo distinto al mirarla, aunque no se trató de una sensación desconocida y nueva, porque esta la experimenté hace poco, en México, con esa otra mujer de la que no recordaba nada y la cual tuve la estupidez de creer que se trataba de Holly.

¿Cómo pude siquiera contemplarlo? Holly era insulsa, un ratón de biblioteca incapaz de dar un buen beso. Quizá yo era el primero que besaba y no debí hacerlo. Me dejé llevar por recuerdos mezclados, estuve confundido y posé mi boca sobre la suya.

Negué. ¿Por qué colocaba a esta diosa a la altura de la *cosita* fea?

—Señor Russo, ella atendió a la mujer por la que ha preguntado.

Alcé la vista hacia la chica que mi guardia trajo. Sostenía un abrigo oscuro en sus manos.

—¿Sabes cómo se llamaba? —Cuestioné.

—No, señor Russo, no lo dijo, solo llegó y pidió algo para beber. —

Chasquéé la lengua. No me servía para nada.

—¿Ese abrigo es de ella?

—Sí.

Estiré el brazo y lo tomé. Se retiró y como un obsesionado puse la tela bajo mi nariz; respiré profundo y sonreí en mi interior. Olía a ella.



—¿Vamos a hablar de negocios o seguirás olfateando eso toda la noche? — Interrumpió Connor.

—Si quieres que aún haya negocios, por segunda vez, cierra la puta boca — espeté.

<

—Si estás tan cautivado por la castaña, ¿por qué no averiguas quien es con tu asistente? ¿No es ella quien envía los pases a tus allegados?

*Holly.* Sí. Ella debía saber quien era esa mujer.

No descansaría hasta encontrarla y cuando lo hiciera, no la dejaría escapar.

El lunes llegué temprano a la oficina, ni siquiera dormí, mucho menos follé. Eso comenzaba a preocuparme un poco, ¿poner otros asuntos por encima del sexo? En definitiva, algo iba mal conmigo.

Primero decidía pasar una noche con Holly, sin tener suficiente con eso, la besé y ahora estaba buscando a alguien que parecía ser un puto fantasma.

Al menos no tenía que preocuparme más por el *Don*, mi querido hermano me sacó de la jugada. *Imbécil*. Fui yo quien obtuvo los medios para llegar a él y a su inmundicia descendencia. No obstante, lo dejaría pasar, Dexter quería completar por sí mismo la venganza de su familia y bien, yo ya había hecho demasiado, mas no tanto como hubiera querido. ¿Qué más daba? Se trataba de su venganza.

Era personal.

Miré mi reloj por enésima vez. Holly estaba retrasada por diez minutos, lo cual era muy extraño, ella nunca llegaba tarde.

—Lo único que me faltaba, cuando quiero tenerla aquí, no está.

Me puse de pie y eché un vistazo hacia abajo, apenas podía distinguir a las personas desde esta altura, pero la ropa de Holly era conocida, difícil pasarla por alto; cuando enfoqué mi vista en los escalones de la entrada a la

empresa, descubrí su fea ropa marrón con naranja como una mancha quieta, acompañada de otra mancha a la que no presté mucha atención.

¿Qué demonios le sucedía? Su horario de trabajo ya había comenzado y ahí estaba ella: hablando tranquilamente con quien sabe quién.

Salí de mi oficina y entré al ascensor. Los números se movían con lentitud, no dejé de verlos hasta que las puertas se abrieron y con celeridad llegué al exterior con dirección a Holly, quien seguía en el mismo lugar. Fruncí el ceño. Ella se encontraba acompañada por un chico de cabello oscuro y con pinta de universitario. Pareció decir algo gracioso que la hizo sonreír. Me molestó, mas no por las razones que cualquiera pudiera creer. Justo se le ocurría socializar cuando necesitaba de ella para encontrar a la mujer que no me dejaba pensar.

—Bridger —la llamé.

El chico me miró, apenas le presté atención. La risa de Holly cedió y se volvió a verme, la confusión plasmada en su rostro sonrojado.

—Señor Russo, buenos días.

—¿Ha visto la hora que es? —Increpé tosco.

—Te veo esta tarde, Holly, no quiero que tengas problemas —  
intervino ese individuo.

—No, no los tendré —replicó.

—Oh por supuesto que sí —espeté.

El idiota universitario le dio un beso en la mejilla y se despidió, mezclándose con la gente. Holly me observó molesta.

—¿Desde cuándo viene a recibirme a la entrada? —Masculló molesta.

—Necesito que vaya a su puesto a trabajar, para eso le pago —

aseveré—. Aunque la felicito, al fin ha seguido mis consejos.

Entornó los ojos y subió un escalón, quedando a mi altura. Sabía que las personas estaban mirando, lo que me importó una mierda.

—A diferencia de usted, yo sí tengo amigos.

—Cuidado con su lengua descarada, podría cortársela —advertí en voz baja. Sonrió.

—Con o sin ella, es una realidad que no cambiará.

Pasó por mi lado, dejándome con la palabra en la boca y como lo que solía ser para ella siempre: un imbécil.

La alcancé antes de que las puertas del ascensor se cerraran. Solo éramos ella y yo en aquel espacio reducido; Holly evitó mirarme, llevaba un café en mano, de una cafetería por la que jamás pasaba.

Curioso, pero no era de mi incumbencia.

Lo observé de soslayo, hoy soltó su cabello ondulado y se puso una diadema negra ajustada a él; desprendía ese delicado aroma a fresas y otro más que no ubiqué.

—¿Qué? ¿Está buscando cuál será su chiste sobre mi vestimenta el día de hoy?

—Créame, no es tan difícil encontrar alguno. —Me miró lista para soltar su veneno.

—Es un alivio, ¿sabe? Lo único con lo que usted puede burlarse de mí, es mi vestimenta, lo cual se puede solucionar —las puertas se abrieron—, una lástima que, para su idiotez, no haya cura.

Sonreí y ella salió, la seguí.

*Sí, Holly siempre tenía algo que decir.*

Puso su bolso sobre el escritorio y el café a un lado, encendió el ordenador y me mantuve de pie frente a ella, esperando que hiciera toda esa mierda mientras las ansias seguían consumiéndome.

—¿Qué es tan urgente? —Averiguó, tomando asiento. Noté entonces las ojeras bajo sus ojos y el tono cansado en su voz.

—¿Mala noche? —Indagué.

—De las peores que he tenido —contestó—. ¿Cuál es la urgencia?

—Necesito que me dé la lista de las personas a las que les hizo llegar el pase de mi club —expliqué—. Hay una mujer que necesito encontrar.

Me encaró, había palidecido. Sus ojos retadores se mostraron dóciles y la vi temblar de manera casi imperceptible.

—¿Se encuentra bien?

—Sí... yo... yo buscaré la lista y se la llevaré en un momento —  
balbuceó.

—No demore, es urgente —puntalicé. Sobó su cuello, como si algo le estuviera apretando la garganta.

—¿Sucedio algo malo con esa mujer a la que busca?

—Digamos que me dejó intrigado, ¿puede creer que me rechazó?

—Esbozó media sonrisa.

—Vaya, parece que aún hay esperanza en las de mi *especie* —se mofó.

—Qué graciosa —mascullé. Sus cambios de ánimo me dejaron confundido, entendí cómo debía estresarse con los míos—. Ella resultó tener una lengua igual de venenosa que la suya —agregué

—, además de una rebeldía que me excitó.

—Usted es muy superficial, solo le importa la envoltura —dijo de pronto; apreté el ceño. La seriedad en su rostro solo parecía decepción pura.

<

—Todos lo somos, Bridger, y quien le haya dicho lo contrario, le está mintiendo. Los sentimientos y el corazón no cautivarán antes que el físico, eso se lo aseguro.

Su expresión pasó de decepción a tristeza, pero de inmediato se repuso y apartó la mirada.

—En cuanto tenga la lista se la haré llegar —susurró despectiva.

Algo se me escapaba con ella, no entendía qué. Me le quedé mirando, Holly no volvió a verme.

Al dejarla, tuve la sensación de haber perdido una parte de mí.

### *Holly*

Al fin finalizó este tortuoso día.

Terminaba de guardar mis cosas, ansiosa de irme. Lo ocurrido la noche en el club y mi conversación de hoy con Dixon, me dejó incapacitada para soportar otra hora más cerca de él, quien solo se pasó haciendo llamadas, buscaba a alguien que no iba a encontrar, alguien a quien tenía en sus narices, pero era un hombre tan frívolo y superficial que jamás se daría cuenta.

Pero, ¿qué esperaba de él? ¿Que al verme esta mañana me reconociera? ¿Que algo en mí aspecto le hiciera ver que era yo a quien buscaba? Dixon no veía más allá de un cuerpo escultural, de un par de tetas y un culo perfecto, no se daba el tiempo para interpretar una mirada, esas que solían ser las ventanas del alma donde en ocasiones puedes obtener las respuestas que buscas.

Hombres como Dixon Russo no valían la pena. Eran desechables, incapaces de sentir algo más que deseo.

Pellizqué el puente de mi nariz y me obligué a dejar de pensar así.

Yo no era nadie para juzgarlo, cada quien tenía su propia mierda, tal vez algún día llegaría alguien para cambiarlo sin siquiera intentarlo.

A veces los monstruos necesitan que pongan en ellos un poco de fe.

Entré al ascensor y tal y como esta mañana, Dixon ingresó antes de que las puertas se cerraran.

—¿Encontró lo que buscaba? —Pregunté, incluso al saber la respuesta.

—No. Parece que nadie conoce a quien describo —masculló, se oía molesto.

—Quizá si deja de buscarla, aparezca de nuevo —aconsejé—. Hay cosas que no se buscan, debe dejarlas llegar a su tiempo.

—Como sabrá, no soy un hombre paciente.

Las puertas se abrieron y quise finalizar aquella extraña conversación, lo era porque hablábamos de mí.

—Entonces siga torturando su mente.

Salí del ascensor y lo dejé atrás; atravesé las puertas de cristal y justo vi a Gabriel al final de las escaleras. Se trataba de un chico que asistía a mi universidad, pero en el turno de la mañana, lo conocí cuando derramé su café al venir hacia acá. Era simpático y no me miró como un bicho raro. Se ofreció a acompañarme al trabajo y esperarme al salir para llevarme a la universidad.

—Hola, Gabriel —saludé apenas al llegar, besándolo en la mejilla.

—Hola, ¿qué tal tu día con el intimidante de tu jefe? —Encogí mis hombros.

—No es intimidante —sonrió—, bueno, quizá solo la primera vez.

—Parece que nunca te quita los ojos de encima —comentó como no queriendo.

Me volví hacia la acera y ahí estaba Dixon, ¿por qué? Lo ignoraba.

Su auto se encontraba en el estacionamiento, él no tenía nada que hacer aquí afuera.

—Así es él —le resté importancia.

Caminamos por la acera, la universidad se hallaba a diez manzanas de aquí, Gabriel se ofreció a caminar cada una de ellas conmigo.

—¿Es muy difícil trabajar para el dueño de la ciudad? —Averiguó.

—Prefiero no hablar de mi jefe —lo corté de inmediato. No me gustaba tocar el tema de Dixon.

—De acuerdo, entonces pasaré a las preguntas personales —  
bromeó. Negué despacio.

—No obtendrás muchas respuestas —murmuré.

—No sueles confiar mucho en las personas, ¿cierto?

—Me cuesta —acepté franca.

—Bueno, señorita Bridger, entonces me esforzaré el doble para ser merecedor de ella.

Reí y no contesté nada a eso. Gabriel se comportaba amable y muy simpático, sin embargo, no me dejaba guiar por las primeras impresiones, las personas solían esconder muy bien su naturaleza, esas verdaderas intenciones por las que se acercaban a ti. Quizá sonaba paranoica, pero mi pasado me orilló a serlo y esa era otra de las muchas cosas que no le perdonaría a quien me hirió.

De pronto, vi un inconfundible *Aston Martin* detenerse en la acera, justo a unos metros de nosotros. Dixon bajó de él, importándole

poco que ese sitio estuviera prohibido para estacionarse. Detuve mis pasos y Gabriel siguió el curso de mi mirada.

—¿Y ahora qué? —Preguntó.

—Eso quisiera saber —mascullé entre dientes.

—Bridger, mi madre la solicita en casa —expresó serio apenas nos abordó.

—¿Está bromeando?

—Me gustaría, pero no. Así que andando.

—Tengo que ir a clases —espeté, exasperada. Sentía que esto solo lo hacía para molestarme, ¿con qué propósito? Lo desconocía.

Quizá solo estaba aburrido.

—Ya lo solucioné. —Fruncí los labios y me contuve para no estallar.

—Bien, ¿me da un momento? —Sonrió mezquino.

—No.

—Nos veremos mañana, Holly, en el mismo lugar, ¿te parece? —

Inquirió Gabriel, notaba la tensión entre nosotros.

Dixon no le quitaba los ojos de encima, de verdad me sorprendía, él nunca se mezclaba con personas que no fueran estrictamente socios, víctimas o amantes.

—Sí y siento esto, no lo tenía contemplado.

—Tranquila, no pasa nada.



Se inclinó para besarme la mejilla, pero Dixon tiró de mi mano y me apartó de inmediato de él, tomándonos a los dos desprevenidos.

—He tenido suficiente de esa mierda —masculló, arrastrándome hasta el auto. Abrió la puerta y casi me empuja dentro.

*Cuenta hasta diez, Holly, o mejor hasta el cien.*

Él subió deprisa y encendió el motor.

Al carajo la cuenta.

—¿Qué mierda le sucede?! —Exploté.

Dixon me miró y luego rio. ¡Reía! El muy hijo de puta reía. Jodido controlador.

—¿Por qué está tan enojada? ¿De verdad quiere perder la virginidad con ese *ñoño*? —Bufoneó.

—Cuando suceda ni siquiera lo sabrá —espeté irascible—. Mi intimidad es algo que nunca le confiaría a alguien como usted.

—Siempre puedo investigar, soy un hombre de recursos. —Me volví a mirarlo, del enojo pasé a la seriedad.

—No se atreva —advertí, me observó—, no se atreva a indagar en mi vida personal o juro que no se lo voy a perdonar jamás.

—¿Tan grave es lo que esconde?

—Si me respeta, aunque sea un poco, no lo haga —susurré asustada.

—¿O qué?

—O me perderá para siempre.

## **Capítulo 15**

## ***Dixon***

Su advertencia sonó muy en serio.

La determinación anclada en sus ojos.

Si traicionaba su confianza —lo cual jamás hice con anterioridad—, la perdería. Y lo creía, ella cumplía su palabra sin importar de qué o quién se tratara. No habría forma de que yo pudiera retenerla a la fuerza; una cosa era molestarla con hacerlo o si quiera contemplar esa idea bajo la circunstancia que fuera, y otra muy diferente el llevarlo a cabo.

Nunca dañaría a Holly.

Sería la última persona en esta tierra a la que yo pudiera obligar a algo, algo malo, por supuesto, cuando se trataba de situaciones como la de su domicilio, las cosas cambiaban. Hablábamos de su bienestar y comodidad. Aunque conociéndola, no cedería. Era terca y orgullosa, parecida a mí.

Aun tenía en mi caja fuerte su expediente, no lo leí cuando Taylor me lo hizo llegar. ¿Por qué? Ojalá tuviera una respuesta. Lo guardé y con lo sucedido estos últimos días, ni siquiera pasó por mi cabeza tomar el folder y desnudar por completo a Holly Bridger, y con la advertencia de hacia unos minutos, el deseo por averiguar sus secretos se incrementó, así mismo lo hizo el temor a perder lo único que ella tenía en mí: confianza.

Ella me odiaba en ocasiones, sutilmente me llamaba idiota, no me temía y no perdía el momento para retarme e ir en contra de mí, sin

embargo, Holly era la única persona que no compartía un lazo sanguíneo conmigo, que creía en mí. No la traicionaría.

—Había olvidado lo grande que es la mansión de su madre —

comentó. Ya no se oía enojada, menos mal. Nunca decía malas palabras, la llevé límite para que estas salieran de esa boca color cereza.

—La mansión Russo —efectué una mueca y detuve el auto—, ¿qué seríamos los mafiosos sin una?

Rio y se volvió a verme un instante.

—A veces olvido lo que usted es —susurró.

—Es mejor que no lo haga —aconsejé; pellizqué su mejilla y bajé del auto.

Holly traía un bolso grande y su bolso del diario. Ambos parecían pesar.

—Deme eso —le quité ambos bolsos—, ¿qué trae aquí?

—Mis libros, la portátil y trabajo. Entre clases adelanto un poco de papeleo —explicó. Abrí la puerta de la casa para ella.

—No para un segundo, ¿eh?

—Tengo mucho tiempo libre —simplificó.

—¡Holly! —La voz emocionada de mi madre resonó fuerte— Qué gusto verte, cariño, no estaba segura de que vendrías, pero Dixon dijo que te convencería —me miró—, espero le pagues horas extras por esto.

—Oh no, no es necesario, sabe que la ayudo con gusto.

—Lo haré, madre —dije cortante—. Las dejaré, avíseme cuando haya terminado, Bridger, aquí no hay *ñoños* que la acompañen a pie

hasta su destino.

Entornó los ojos, llamándome idiota con la mirada, esa si era capaz de interpretarla, ya que estaba acostumbrado a ella.

Dejé sus cosas en la sala y me dirigí al despacho de mi padre. Él pasaba sus horas entre libros antiguos y polvo acumulado y en el jardín, cuidando de las aves que llegaban a comer. Resultaba cómico que terminara realizando pasatiempos tan... normales, cuando años atrás se rodeaba de dinero y sangre.

Mi modelo de anciano definitivamente no era él, aunque no pensaba llegar tan lejos, todos los días despertaba con la idea de que sería el último.

Entré a su despacho, la puerta estaba abierta. Mi padre se hallaba sentado frente a la ventana leyendo el periódico vespertino con una taza de té en su mano y la voz de *Phil Collins* acariciando el vacío.

—Sabía que complacerías a tu madre —dijo sin alzar la vista—, puede contratar a cualquier organizadora de eventos...

—Pero entonces las cosas no saldrían a su modo, le gusta llevarse el crédito —finalicé.

—Y controlar —agregó. Me miró a través de las hojas grisáceas—.

¿Cómo va todo?

—Como debe de ir —mascullé—, el tráfico continúa su curso, no hay problemas con la policía, el lavado de dinero sigue siendo un éxito y los Caruso se redujeron a uno. ¿Qué podría estar mal?

—No hablaba sobre los negocios, Dixon, sé que lo haces bien, hablaba de ti.

—¿Desde cuándo mi vida es un tema de interés entre nosotros? —

Increpé. Suspiró y bajó el periódico.

Alargué el brazo y me serví un trago. Era lo primero que caería en mi estómago. Holly no puso una rebanada de pastel para mí hoy, apenas pude recordarlo.

—No lo es porque tú no lo quieres así, el que me hables sobre ti no te hará débil.

—La etapa de hablar y conocerme pasó hace mucho, así que deja tus estupideces sentimentales para alguien a quien le importen, como Dexter, por ejemplo.

—Cometí errores contigo, Dixon.

—Muchos —acepté.

—Y a pesar de eso, estás aquí, liderando mi legado —expresó serio

—. Estoy orgulloso de ti.

Le devolví una sonrisa burlona. Sus palabras no hacían mella en mí, en realidad no me importaban.

—Lo estés o no, no me quita el sueño.

Terminé mi bebida y serví más. Desvié la vista al jardín, mi mente volvió a la mujer del club y con ello traje de vuelta la frustración al no poder encontrarla.

—Me alegra que tu madre haya elegido a Holly, es una buena chica

—comentó de pronto—, es la única mujer que no te ha mandado al demonio.

*Te sorprendería, papá. Alguien más se le ha unido.*

—Y te quiere —continuó.

—¿A qué carajos viene eso? Solo es mi maldita asistente.

—La chica es especial, Dixon, demasiado diría yo. —Resoplé—. Y no me refiero a su desempeño laboral.

<

—¿Especial? ¿Qué puede tener de especial esa *cosita* fea? Su único atributo es ser eficiente y cocinar bien —espeté burlón.

—Sé que Adam estuvo detrás de ella. —Reí.

—Al idiota le gusta experimentar con cualquiera, yo soy igual, pero no caería tan bajo. ¿Una asistente fea y virgen? —Negué— No mancharía mi historial de ese modo.

—Me pregunto de quién heredaste lo patán —riñó.

—Parece que es un don natural en él —irrumpió Holly.

Ambos la miramos, se hallaba de pie en el umbral de la puerta. La expresión inescrutable de su cara me hizo saber cuan furiosa estaba, aunque más que eso, podría atreverme a decir que estaba dolida.

Me sentí como un hijo de puta, mas no me retractaría frente a mi padre.

—Me voy a casa —anunció—, su madre y yo hemos terminado.

—Gracias, Holly —murmuró mi padre, a lo que ella asintió.

Dio la vuelta y desapareció por el pasillo. Acabé mi trago y dejé el vaso en la mesa. Mi padre no dejaba de mirarme.

—Ella es paciente y gentil, pero todos tenemos un límite, no querrás encontrar el suyo —advirtió.

—Bridger nunca va a dejarme.

—Yo no estaría tan seguro de eso, siempre terminas por alejar a todo aquel a quien le importas, Holly no será la excepción.

### ***Holly***

Quería golpearlo y gritarle lo hijo de puta que era.

Si bien, no me sorprendía escucharlo hablar así, me dolió que lo hiciera para referirse a mí. ¿Qué estaba mal con él? ¿Qué ganaba con esto? ¿Qué buscaba demostrar?

Por más que me esforzaba para no juzgarlo cegada por mis prejuicios, Dixon no me ponía las cosas fáciles; al hallar un motivo para creer en él, golpeaba mi cara con cien más que destrozaban todo. Debía hacerme a la idea de que Dixon era un hombre destructivo y cruel, con esbozos de buen comportamiento acorde con sus intereses o la necesidad de calma para su consciencia.

Él era lo que era y no iba a cambiar por más cenas, disculpas o momentos de empatía que tuviera conmigo.

Avancé deprisa por el pasillo con el móvil en mano. Iba a irme de aquí, pero no con él. Llamaría a un taxi o me iría caminando.

—Holly —pronunció mi nombre con asombro, el mismo que hubo en mí al casi chocar con él.

—Oh, señor Russo —susurré.

—Dexter —corrigió—, solo dime Dexter. ¿Podemos hablar?

—En este momento no puedo, debo irme antes de que su hermano me alcance —expliqué. Apretó el ceño, confundido.

—Vamos, te llevo a tu casa y aprovecho para hablar. —Mordisqueé mi labio inferior, un tanto dudosa. Sin duda, Dexter era mejor opción.

—De acuerdo.

Nos dirigimos a la puerta por la que entré sin tener rastros de Dixon por ningún lado. Ya afuera tomamos una camioneta oscura, fuimos nosotros nada más. Encendió el motor y antes de marcharnos

vislumbré la figura de Dixon en el umbral de la puerta, no había una sola expresión en su cara.

—¿Qué te hizo? —Preguntó Dexter. Nos incorporamos a la calle y agradecí estar me alejando de ese patán.

—Nada que no haya hecho antes —sonreí un poco—, es Dixon.

—Sí, no necesitas explicar —comentó—. Quería hablar contigo sobre lo ocurrido en el hospital.

Carraspeé, sintiéndome nerviosa. No tenía ánimos de tocar ese tema.

—Yo... yo no me arrepiento de lo que dije —susurré, mis dedos jugueteaban entre ellos sobre mi regazo.

—Lo sé, no tendrías por qué hacerlo, decías la verdad —murmuró

—, el único culpable de sus muertes soy yo.

—No, yo no dije eso.

—Pero es la realidad, quien esté cerca de nosotros muere, si bien le va —apretó el volante, la vista fija al frente—, condené a Darla al enamorarme de ella. Quizá no disparé la bala que le quitó la vida, pero yo la llevé a esa situación.

—Darla sabía las consecuencias, tomó la decisión de quedarse contigo, ella te amaba y es en lo único que debes pensar.

Meneó la cabeza débilmente, en total desacuerdo conmigo. Aún estaba en negación.

—Idealicé un sinfín de fantasías en mi mente, creí que podría tener un matrimonio, un hogar... una familia, pero en la mafia no hay eso.

—Sí lo hay, tienes un claro ejemplo en tus padres. No permitas que la venganza y el rencor te consuman, porque te destruirán, ambos sabemos que Darla no hubiera querido eso.

Se quedó callado. El silencio se extendió por varios minutos en los que él seguía conduciendo, acercándose a casa. Entretanto, yo lo miraba, su aspecto por fuera seguía siendo el mismo, no había atisbos de dolor o depresión, sin embargo, él estaba roto, creyendo que al castigarse a sí mismo lograría sentirse mejor.

—La extraño —confesó—, y no sé cómo seguir sin ella. Me siento perdido, le di lo mejor de mí y se lo llevó, dejándome vacío.

Con sorpresa vi una lagrima resbalar por su mejilla, él no hizo ademán de querer limpiarla.



—Así como le diste lo mejor de ti, Darla dejó lo mejor de ella —dije trémula. Me dolía mucho verlo sufrir así—. Aférrate a eso para encontrar el camino, permite que el dolor te impulse, no que te hunda.

Detuvo la camioneta en la acera, ya habíamos llegado. Me miró, sus ojos brillaban por el agua cristalina.

—Sabes dar buenos consejos —susurró—, gracias, Holly y discúlpame por haberte gritado.

—Es entendible —lo calmé—. Si necesitas hablar, puedo escucharte.

Asintió y limpió las lagrimas que derramó.

—Dixon es el único que no se da cuenta de la suerte que tiene —  
señaló sincero; agaché la mirada y meneé la cabeza—. Gracias otra vez.

—No hay de qué. Me has salvado hoy.

—Tienes mi número.

Sonreí y bajé de la camioneta. Lo vi marcharse enseguida y cuando me dispuse a entrar a mi edificio, el Aston Martin de Dixon se detuvo

frente a mí de manera abrupta. Rodé los ojos, cansada. Creí que al menos hoy me libraría de él.

Sin esperar a que bajara me dirigí a mi departamento. Lo escuché venir detrás de mí sin decir nada. Al llegar a la puerta me volví hacia él. No lo dejaría entrar, absolutamente no.

—¿Se le ofrece algo, señor Russo? —Pregunté en el mismo tono de siempre.

—Que abra la puerta y me deje entrar.

—Eso no pasará —puntualicé. Resopló—. Estoy fuera del horario laboral y usted no debería estar aquí.

—¿Pondrá las cosas así? No pensé que la ofendería tanto, lo que escuchó no es nuevo para usted, se lo digo todos los días a la cara

—masculló.

—¿Ofenderme? ¿Por qué me ofendería lo que alguien como usted piense de mí? —Repliqué, cruzándome de brazos.

—¿Alguien como yo? —Exclamó atónito.

—Lo único que tiene para ofrecer es su físico, dinero y sexo, créame, no es nada especial, puedo encontrar a miles con esas características en la ciudad —dio un paso al frente, no me moví—, aunque la palabra *especial* para usted y para mí, tiene diferente significado.

—Eso es obvio —siseó. Tomé una larga exhalación.

—Quizá no recibo cumplidos por mi apariencia, pero esos son los que menos me importan.

Le di la espalda y abrí la puerta.

—Mañana le enviarán sus cosas —dijo cortante—. Está despedida.

No me moví y lo escuché irse sin decir más. Entré al departamento y cerré, apoyé la espalda en la puerta y analicé sus palabras hasta que las comprendí. Theo maulló y se cruzó entre mis pies, llamando mi atención. Lo miré.

—Bien, Theo, parece que de nuevo seremos solo tú y yo en la ciudad.

Dejé caer las cosas al suelo y levanté a Theo, se acomodó en mis brazos y me asomé por la ventana. El Aston Martin seguía ahí, lo estuvo al menos durante cinco minutos, luego se fue a toda velocidad, llevándose la crueldad de Dixon lejos de mí.

—Siempre he sabido que las cosas suceden por algo —susurré—, no voy a buscarlo, ni le permitiré que me busque.

Lo que ignoraba, eran los próximos acontecimientos que lo llevarían otra vez a mí.

## Capítulo 16

### *Dixon*

La necesitaba, pero alejarla era lo mejor que podía hacer.

Mi padre tenía razón por mucho que me costara admitirlo. Controlar lo que salía de mi boca era imposible, mi personalidad de mierda no iba acorde con la de Holly, tarde o temprano yo haría algo que terminaría por arruinarlo todo con ella, incluso peor que lo ocurrido hacia un rato; estaba bien consciente de cómo acabarían las cosas: Holly odiándome y huyendo de mí.

La apreciaba lo suficiente para no permitir que eso pasara, así que optaría por salir de su vida antes de que fuera demasiado tarde.

Le haría un favor, sin mí a su lado corría menos peligro. No me preocupaba por como fuera a salir de esto, era una mujer inteligente, capaz y autosuficiente a la que no se le cerraba el mundo por no tener trabajo, sin contar con que no la dejaría desprotegida, la ayudaría, mas ella no lo sabría. Su orgullo estaba por encima de todo.

La dejé ir, aunque no quería hacerlo, este sería mi acto menos egoísta hacia alguien.

—Me dijo tu padre que llevas toda la noche aquí, ¿sucede algo, mi niño?

Me limité a callar. ¿Por qué mi padre no podía hacer lo mismo? Debí haberme ido a mi pent-house, ni siquiera comprendía que hacía aquí o por qué.

Mamá se sentó a mi lado; estábamos en el despacho de mi padre, tenía una buena vista hacia la ciudad, me gustaba ver las luces hasta que estas se apagaban con la salida del sol. En la mano

sostenía un vaso con whisky, ya me había terminado una botella y seguía con la segunda.

—No, no sucede nada —susurré, más para mí mismo—, pero siento que sí.

—¿Tiene que ver con trabajo o... mujeres? —Preguntó.

De un trago acabé el líquido, agarré la botella y serví hasta la mitad.

Mamá apretó mi brazo cuando intenté beber más.

—Ha sido suficiente, Dixon —dijo seria.

—¿No tienes algo más que hacer, mamá? —Increpé, zafándome brusco de su agarre— Como elegir el color de las cortinas o el de tu barniz de uñas.

—Quiero estar contigo. —Reí.

—Una lástima, porque yo no te quiero cerca —mascullé. Me incorporé con botella en mano en dirección a la puerta.

—Siempre tienes que alejarme, Dixon, desde pequeño lo has hecho

—reprochó a mis espaldas.

—¿Puedes culparme? —Inquirí sin volverse— Cuando Dexter nació tú solo viste a través de sus ojos.

—Eso no es verdad, conoces a tu hermano, era más accesible a las demostraciones de cariño. La distancia la impusiste tú.

—Y por eso él recibía abrazos y yo no —siseé.

—Nunca me dejaste darte mi amor...

—¡Porque yo tenía que pedírtelo, mamá! —Exclamé— Y él no.

—Dixon...

—Ya tuve suficiente de tu mierda, déjame en paz.

Cerré de un portazo y avancé por el pasillo hacia la salida, fue una mala idea venir aquí, y lo comprobé cuando vi al idiota de mi hermano dirigirse hacia mí. Eran nulos mis deseos de verle la cara.

—¿Qué celebras? —Averiguó en tono neutro, lo cual me sorprendió.

—No sabía que tenías la capacidad para hablar con los muertos —  
me mofé. Negó.

—El rencor no me va a llevar a ningún lado. Sé que no es culpa de nadie.

—Parece que Dios te ha iluminado —espeté burlón.

—Más bien se trató de tu asistente —corrigió. La burla se esfumó y recordé que fue él quien llevó a Holly a su departamento. Cierta sensación desagradable me embargó.

—Ex asistente —aseveré. Frunció el entrecejo—. La despedí.

—¿Qué? ¿La echaste?

—Sí, eso significa despedir —mascullé.

—¿Por qué?

—Porque puedo.

Lo dejé ahí y seguí mi camino, no estaba para darle explicaciones, no se las di a Holly, mucho menos a él.

—Eres más idiota de lo que pensé, no debiste alejarla de ti, Dixon —

recriminó. Me volví por encima de mi hombro, su mirada reprobatoria me juzgaba.

—El que no esté conmigo no significa que se librará de mí, Holly Bridger es mía.

<

Entornó los ojos, había entendido a la perfección lo que eso significaba.

—Eres un puto enfermo —gruñó.

—Gracias —dije sonriente, yéndome de ahí.

Ver a la rubia ocupando el lugar de Holly cuando llegué, me desagradó.

La usencia de mi retadora y fea secretaria me estaba jodiendo más de lo que pensé, le hacia compañía a la mujer de mi club, ambas compartían un lugar en mi cabeza y era de lo más perturbador. Ellas se esforzaban para no dejar que me concentrara en lo que debía tener toda mi atención.

Alguien golpeó mi puerta, esta se abrió segundos después, acaparó mi atención la figura perfecta de mi nueva asistente de la cual ni siquiera recordaba su nombre. Sonrió con nerviosismo y entró; detrás de ella venía el idiota de Davis.

—Señor Russo...

—Lárgate —la corté de inmediato, no tenía ánimos de oír sus estupideces. Asintió y salió deprisa, cerrando la puerta detrás de ella

—. ¿Y bien? ¿Por qué no se sienta? —Mascullé entre dientes.

Él acomodó su chaqueta y carraspeó, igual de nervioso que mi asistente. Su mirada trémula se fijó durante unos segundos en el arma que yacía sobre el escritorio.

—No será necesario, no me quedará mucho tiempo —dijo serio.

—No teníamos una reunión, ¿qué demonios hace aquí?

—Vine a decirle personalmente que no seguiré haciendo su trabajo sucio, tengo una familia en la cual pensar y no los arriesgaré por usted.

Me puse de pie en cuanto terminó de hablar, agarré el arma y la sostuve con ambas manos.

—Debo darle créditos por su valentía —murmuré—, pero en esta vida a veces debes arrodillarte para sobrevivir, es lo que las personas inteligentes hacen.

—Si algo me sucede...

—¿Qué? —Lo miré— ¿Enviaré a la policía? —Reí y negué débilmente.

—No siempre se saldrá con la suya, alguien lo hará arrodillarse.

—Eso es algo que sus ojos jamás verán.

Alcé el brazo y apunté a su cabeza, el miedo cruzó por sus ojos, movió los labios para replicar, mas no emitió sonido alguno; él eligió el peor día para venir a joderme, mi paciencia se esfumó cuando mencionó la última palabra, ya no iba a escucharlo; jalé el gatillo y le destrocé la cabeza en un segundo. Su cuerpo cayó al suelo y manchó la alfombra de sangre y sesos, tal y como la última vez.

La puerta volvió a abrirse, la rubia pegó un grito. Respiré profundo.

—¡Francis! —Lo llamé, estaba cerca, vigilando a la idiota que no paraba de mostrar asombro.

—¿Si, señor Russo?

Guardé el arma y me puse la chaqueta. Necesitaba alcohol y mujeres.

—Saca a esta basura de mi edificio —señalé a la rubia y me dirigí a la puerta—, y deshazte de ese cadáver.

<

—En seguida, señor.

No podía seguir concentrándome en el trabajo, por seguir mis malditos instintos acababa de asesinar a alguien que me servía mucho. Tendría que buscar a otra maldita rata de laboratorio para usar, no sería un gran problema en esta ciudad llena de corruptos, pero ser cuidadoso respecto a los negocios es algo que no debía olvidar.

Alcancé mi móvil cuando vibró dentro de mi chaqueta. Mis pasos cedieron al ver su nombre en la pantalla.

¿De verdad se atrevía? ¿Qué mierda hacía llamándome?

—Creí haber sido claro el día de ayer, Bridger —espeté.

—¿Señor, Russo? —Era la voz de un hombre— ¿Es usted?

—¿Quién demonios eres y por qué estás llamándome del teléfono de Bridger? —Increpé tosco. Entré al ascensor deprisa. Esto no me gustaba.

—Soy Gabriel, amigo de Holly, ella dijo que lo llamara —explicó, se escuchaba asustado—. Tiene que venir a su departamento.

—¿Dónde está Bridger? —Siseé.

—Está en problemas.

## *Holly*

Caminaba hacia mi edificio con Gabriel acompañándome.

Hoy estuve en cama hasta tarde, dormí muchísimo, con bastante tranquilidad, a decir verdad; comí a tiempo, fui de compras y me

relajé en mi baño mientras tomaba una ducha larga.

Por la tarde partí a la universidad, estuve sin cansancio en cada clase y hasta pude quedarme un poco más para hablar con uno de mis profesores. Sin embargo, pese a que, el día marchó bastante bien, no podía engañarme y



decir que no extrañaba mi trabajo, y lo peor es que no solo extrañaba eso, sino también al idiota de mi jefe.

Decidí no dedicarle uno solo de mis pensamientos hoy, pero mientras caminaba, no evité reflexionar; quería entender por qué me despidió, ambos sabíamos que no fue por nuestro cruce de palabras, nos habíamos dicho cosas peores y lo conocía muy bien para asegurar que hubo motivos detrás de su decisión.

—¿Estás bien? —Preguntó por enésima vez.

Agaché la mirada, avanzábamos a la par a través de la acera vacía en un sector no muy seguro por el que siempre caminaba sola, hasta ahora no había tenido ningún altercado con nadie, pese a que, mis recorridos eran de noche.

—Si, no te preocupes —lo calmé—, gracias por acompañarme y disculpa la escena con mi jefe.

—No te preocupes, se tienen mucha confianza, a lo que logré ver — comentó.

—Tiene que haberla —encogí mis hombros—, compartimos mucho tiempo.

—Aunque... él te miraba como si le gustaras —dijo deprisa. Lo miré anonadada y luego me eché a reír como si hubiese escuchado el chiste más gracioso del mundo.

—¿Gustarle? No, estás equivocado, él es más de rubias altas con largas piernas y proporciones perfectas —corregí. Rascó su nuca y efectuó una mueca.

—Fue la impresión que me dio, siendo franco, creí que tenían algo

—confesó en un susurro—, parecía celoso por la forma en que interrumpió por la mañana y luego la escena de la tarde.

—No, confundiste las cosas, solo somos jefe y empleada, además, mírame, ¿crees que se fijaría en mí?

—Creo que tu jefe tendría suerte si tú llegaras a fijarte en él —

murmuró sincero—, seguro debe saberlo, se ve que es un hombre inteligente.

—Tienes mucha imaginación, deberías ser escritor —dije, dedicándole una sonrisa.

—Prefiero seguir de medico —replicó.

Reímos y ninguno mencionó palabra, ya estábamos un poco más cerca de mi edificio. Francamente no quería detenerme a analizar lo que Gabriel dijo, sería ridículo. Aunque esas ocasiones que Dixon estuvo ebrio, él se comportó diferente y se sinceró conmigo más de lo que pudo haberlo hecho en años. Tuvimos una cercanía que vaya a saber uno de dónde salió o por qué se dio.

Quizá siempre estuvo ahí, pero jamás me di cuenta.

—Buenas noches —saludó una figura frente a nosotros.

Detuve mis pasos de forma abrupta, Gabriel me imitó.

Disimuladamente se colocó delante de mí, enfrentando a los tres tipos que nos cerraron el paso. Tenían aspectos desgarrados, sonrisas maliciosas y la avaricia anclada en sus miradas morbosas.

Tomé del brazo a Gabriel, esto nunca me pasó cuando caminaba sola.

—¿Puedo ayudarlos? —Inquirió Gabriel. Eché un vistazo a nuestro alrededor y me sentí perdida: estábamos solos. Los edificios se alzaban de lado a lado y la semioscuridad de la calle nos ocultaba.

—Sí, queremos todo lo que traen ahí —dijo otro.

Retrocedí en cuanto vi una navaja en la mano de uno y el miedo se incrementó al notar un arma en la mano de otro.

—Bien, toma, llévatelo.

Gabriel le dio su móvil y su billetera.

—Los bolsos también —señaló en dirección a mí.

—Solo tenemos libros dentro, eso es todo lo de valor que traemos encima.

—No te preguntó que traes dentro, imbécil —espetó el otro sujeto—.

Tú, ¿estás sorda? ¡Dame los bolsos! —Exigió, apuntándome con el cañón.

—Ey, tranquilo —se interpuso Gabriel entre nosotros—, solo son libros.

Entonces, el tipo con la navaja se abalanzó sobre Gabriel y lo golpeó en el estómago. Me paralicé por la impresión, mi mente me traicionó y los recuerdos de aquella fatídica noche llegaron como un castigo; cuando quise hacer algo el hombre forcejaba conmigo para quitarme el bolso.

—¡No, por favor! ¡Es mi trabajo! —Supliqué.

—Déjala en paz —exclamó Gabriel, recibió una patada en el estómago, se hallaba en el suelo, su cara cubierta de sangre.

—Ya deja de jugar, mátala —intervino el único de los tres que no estaba haciendo nada, solo observaba la escena mientras fumaba un cigarrillo.

—Espero que esto haya valido la pena como para haber perdido tu vida —se burló; abofeteó mi cara y empujó mi espalda a la pared,

quitándome ambos bolsos; se llevó con ellos mi trabajo, mi dinero, todo lo que tenía de valor.

Apretó el cañón del arma contra mi abdomen. Jadeé, incapaz de mover un musculo.

—Por favor —susurré.

—¡Déjala! —Ladró Gabriel.

Su figura cruzó de prisa frente a mis ojos, alejó al tipo de mí, pero el arma se disparó. El sonido alertó a los perros, quienes comenzaron a ladrar, la gente encendió las luces de sus apartamentos, lo que fue suficiente para que los delincuentes comenzaran a correr lejos de nosotros con todo lo que teníamos y que con esfuerzo habíamos ganado.

—Holly, ¿estás bien? —Preguntó Gabriel.

Revisó mi cara, la suya estaba muy golpeada, mas ninguna palabra salió de mi boca. Retenía el oxígeno, trémula. Luego, ambos bajamos la mirada y entonces vi la sangre en un costado de mi abdomen.

—Oh Dios —susurré, desvaneciéndome.

—¡Holly!

Me sostuvo entre sus brazos y rápidamente alzo la tela de mi blusa blanca.

—Diablos, es solo un rozón, debemos atenderlo, estás sangrando mucho.

—No me lleves al hospital —rogué.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¡Necesitas un médico!

<

Sollocé, asustada y con el trauma de mi secreto atormentándome.

No podía ir a un hospital, no quería estar de nuevo en ese sitio.

Metí la mano a mi suéter y puse el móvil en la suya. No iba a darles a esos desgraciados mi única salvación, había demasiada información en él.

—Llama a Dixon —pedí—, y llévame a mi departamento.

—No, Holly, llamaré a una ambulancia.

—No —me miró angustiado—, haz lo que te pido.

—Holly...

—Por favor, llámalo. Él vendrá.

## **Capítulo 17**

### ***Dixon***

Subí los escalones corriendo, desesperado por llegar a su departamento.

Taylor llegó antes que yo para asegurarse de que todo estuviera en orden y no se tratara de una trampa para mí; hubiera deseado que se fuera eso y no lo que me dijo cuando llamó.

Holly había sido herida.

Y yo no lograba entender de ningún modo el porqué no se encontraba en un puto hospital, sin embargo, no pedí explicaciones, ya las obtendría cuando me asegurara de que ella estaba fuera de peligro.

Quien sea que le haya hecho esto, pagaría con su vida.

Sin perder tiempo abrí la puerta en cuanto llegué a su piso, dentro del departamento se encontraba el *ñoño* amigo de Holly, apenas lo miré un instante, tenía la cara golpeada y la ropa sucia de tierra y sangre que seguramente no era suya. Pasé saliva. Más allá, Taylor esperaba de pie, con la espalda hacia la cama de Holly, donde un hombre de cabello canoso, que supuse se trataba del médico, se encargaba de atenderla.

—¿Cómo está? —Pregunté.

—Se trató de un rozón, perdió sangre, pero su desmayo fue por la impresión. Entró en shock —explicó Taylor.

Asentí y di media vuelta, me dirigí al *ñoño*; arrastré la silla, apartándola de la mesa, luego mis manos cayeron de forma súbita encima de ella. Él me miró asustado.

*Sí, deberías temer, pequeño bastardo.*

—¿Qué demonios pasó? —Increpé irascible.

—Veníamos hacia acá y tres tipos nos interceptaron, eran asaltantes

—habló deprisa—. Yo les di mis cosas, pero querían las de Holly también, ella se negó a dárselas y comenzó a forcejar con uno.

—¿Y no pudiste hacer nada, idiota? —Mascullé.

—Estaban armados —se excusó—, uno de ellos ordenó que la mataran.

La bilis me apretó la garganta y un ligero temblor me sacudió el cuerpo. *Matarla*. Joder. Esos hijos de puta iban a matarla.

—Logré incorporarme y se lo quité de encima —negó despacio—, el arma se disparó y la bala le rozó un costado del abdomen.

—¿Por qué no la auxiliaste? Eres médico, ¿no?

—No, voy en primer semestre, espere, ¿cómo sabe eso?

—¿Y no conoces los hospitales? —Proseguí, ignorando su pregunta.

—Ella se puso muy mal cuando quise hacerlo, empezó a llorar y solo lo quería a usted —susurró—, Holly dijo que vendría.

Al menos me reconfortaba que ella aun confiara y creyera en mí.

Holly sabía cuanto me importaba.

—Bien. Ahora lárgate —espeté—, uno de mis hombres te llevará a tu casa.

—Pero no quiero irme sin saber cómo está.

—Existen los teléfonos, si lo sabes, ¿no? —Asintió— Largo de mi vista.

Sin decir más se incorporó y abandonó la habitación. Seguí con la vista al médico que terminaba de quitarse los guantes.

—Buenas noches, señor Russo —saludó amable.

—¿Estará bien?

—Sí, la herida no se infectó, ya la he suturado. Debe mantener reposo y tomar estos medicamentos —extendió una receta que Taylor tomó—, cuide de ella.

—Lo haré —decreté.

—Hasta pronto.

Se retiró y clavé mi vista en Taylor.

—Fueron tres —dije en voz baja—, encuéntralos, tienes hasta el mediodía.

—Será antes, señor —acotó—. Le haré llegar los medicamentos.

Asentí y al fin me quedé solo con Holly. Avancé hacia ella, Theo descansaba a los pies de su cama, ni siquiera se inmutó. Jodido gato perezoso.

Me senté sobre el suelo a un lado de su cama, la cual era muy baja, justo para ella. La observé y noté una tonalidad rojiza en su pómulo.

Tensé la mandíbula y la tensión se centró en mis manos cerradas; toda esta ira acumulada la descargaría mañana contra esos hijos de puta que creyeron que meterse con Holly era buena idea.

—Lo siento, Holly —susurré.

Rocé su pómulo herido, la piel estaba caliente y pálida. Una manta la cubría hasta el pecho, debajo solo llevaba el sostén. El cabello se extendía largo y

suelto, desprendía el aroma a fresas, delicado y cautivador. Sujeté su mano entre la mía y guiado por un impulso,

<

arrastré mis labios por el dorso suave y cálido mientras cerraba los ojos y advertía su pulso bajo mis dedos.

Me tomó desprevenido lo que sentí al enterarme de que estaba herida.

Por primera vez estuve asustado.

—Va a estar bien, Bridger, esto no se quedará así.

Apoyé la cabeza en la pared sin soltarle la mano. La sostuve firme, temeroso de que pudieran arrebatarla de mí para siempre; Holly me importaba tanto, más de lo que pensé. Era la primera persona que me hacía sentir así. Volvió todo confuso en mi mente, pues los sentimientos que creí inexistentes, se manifestaron ante el miedo de perderla; bien podría decir que se trataba de un cariño y una preocupación de jefe a empleada, hermanos, amigos quizá, mas no se sentía así en lo absoluto.

No era yo mismo cuando estaba con ella.

O tal vez era una versión de mí que desconocía.

Enderecé mi espalda lo suficiente para poder alcanzarla; incliné mi cara hacia la suya y posé mis labios en la comisura de su boca, presioné durante varios segundos y al final volví a mi lugar.

Cerré los ojos y apreté su mano, decidido a no soltarla.

### ***Holly***

La costumbre de despertar temprano me hizo abrir los ojos cuando apenas había atisbos de luz asomándose por la ventana.

Lo primero que noté fue un entumecimiento en mi mano debido a la fuerza con la que alguien la sostenía y ese alguien era Dixon; se hallaba sentado en



el suelo al lado de mi cama, dormido y determinado a no soltarme. La posición debía ser incomoda, más para él, pero al parecer eso fue lo que menos le importó. Estaba aquí.

Él, un hombre importante en esta ciudad, con una reputación que lo dejaba como alguien sin escrúpulos, incapaz de sentir piedad o empatía por los demás, quien tenía a su servicio a cientos de personas y con el dinero suficiente para conseguir a cualquiera que quisiera para cuidar de mí, elegía hacerlo por él mismo.

Sonreí y brevemente olvidé lo que sucedió, pero al mencionarlo en mi mente, el miedo regresó.

Creí que moriría, otra vez ese pánico me invadió y se incrementó a causa de esta desagradable experiencia. Ese hombre iba a matarme, yo iba a morir en esa calle desolada; al perder el conocimiento tuve terror de no volver a abrir los ojos.

Me incorporé con lentitud, una mueca de dolor apareció en mi cara al hacer el más mínimo movimiento. Al tratar de soltar la mano de Dixon, él se despertó de inmediato, me miró asustado, luego ese miedo lo ocultó bajo su preocupación.

—¿Qué hace? Recuéstese —indicó, poniéndose de pie.

—Necesito ir al baño —susurré.

Asintió y me quitó la manta que cubría la semi desnudez de mi cuerpo. Me sonrojé un poco, usaba nada más el sostén, la mitad de mi abdomen se hallaba cubierto con un vendaje apretado que me facilitó el movimiento cuando mis músculos se relajaron. Dixon miraba mis senos, se apretaban uno con otro, su boca estaba levemente abierta. Carraspeé, él parpadeó un par de veces y negó, volviendo la vista a mi cara.

—Trataba de ver los daños.

—No sabía que podía ver a través de la ropa.

—Lamentablemente no puedo, agradezca por eso —murmuró.

Agarró mi brazo y me ayudó a caminar, no era necesario, mas no quise quitarle las buenas intenciones. Entró conmigo al baño, nos miramos por varios segundos; notaba algo diferente en él.

—Puedo hacerlo sola —dije.

—¿Segura? No me molestaría desnudarla —dijo, sonreía de lado.

—Sí, segura, solo ayúdeme a quitarme el vendaje, está ajustado y no puedo volverme sobre el costado —susurré.

—Bien —aceptó.

Se inclinó un poco y quitó con cuidado el vendaje, procuraba no rozarme la piel. Al terminar, removiò la gasa, me quejé, esta se había quedado adherida a los puntos de sutura. Busqué su mirada ante el vasto silencio que se instaló entre ambos; reparé en la seriedad de su cara, tenía la mandíbula apretada con bastante fuerza, las venas de su cuello dilatadas.

—Está bien —traté de calmarlo.

—No, no está bien —refutó, enfrentándome—. Pudieron matarla.

—No lo hicieron. —La angustia figuró en sus ojos.

—Lamento no haber estado ahí —musitó sincero—, un día lejos de mí y vea lo que pasa —agregó, ocultando su sentir bajo las bromas que siempre nos hacíamos.

—Ojalá la vida hubiera elegido otra forma de decirme que solo con usted estoy a salvo —seguí su juego. Sacudió su cabeza.

—Sabe que los haré pagar.

—No debería, pero no puedo hacer nada para evitarlo, quién sabe a cuántas personas les han quitado la vida —comenté en voz baja y rememuré

aquellas palabras que me sentenciaban, una simple frase que otorgaba el poder de destruir una vida, mi vida.

—Bridger...

—Iban a matarme —articulé asustada—, cuando me apuntó con el arma, supe que moriría y yo... —derramé unas lagrimas traicioneras

—, yo no quería morir sin arreglar las cosas con usted.

De un momento a otro estuve atrapada por la fortaleza de sus brazos. Me rodearon con facilidad, mi mejilla contra la amplitud de su musculoso torso repleto de aroma varonil, cálido y reconfortante; este era el primer abrazo que recibía en mucho tiempo y se sintió...

bien.

Sus manos en mi espalda desnuda, hundía los dedos en la piel y su aliento causó escalofríos al rozar mi cuello y nuca. Temblé, no de miedo, o por el llanto, sino por la sensación sobrecogedora que me embargó al verme atrapada por él. Nunca abrazaba, ni siquiera en cumpleaños, de nuevo me sorprendía, cedía, conmigo siempre lo hacía y quise entender por qué.

—No volveré a dejarla sola, no me importa si no me quiere cerca.

Se apartó y acunó mi cara con ambas manos, limpió la humedad con sus pulgares.

—Llegué a su vida para quedarme en ella.

Besó mi frente y sonrió, retrocedió, nervioso y aun molesto.

—La dejaré para que se duche, voy a pedir el desayuno.

—Gracias —musité sincera—, por venir, incluso cuando no tenía que hacerlo.

—¿Y perderme la oportunidad de convertirme en su héroe? No lo creo. —  
Reí.

—Creí que le gustaba ser el villano.

—Puedo ser ambos, quienes la tocaron darán fe de ello —aseveró.

Salió dándome privacidad; plantó muchas dudas en mi cabeza, las cuales agradecí tener, así no pensaba en esos delincuentes.

Me deshice del restante de mi ropa y entré a la ducha. El agua tibia me relajó y demoré lo necesario para despertar y tranquilizarme; limpié con cuidado la herida, era pequeña, cerca de seis centímetros, con cuatro puntadas que me molestaban. Odiaba ese tipo de heridas.

Al salir de la ducha, mis bragas y sostén ya estaban ahí. Sequé mi cuerpo y me vestí, sonrojándome otra vez, Dixon hurgó en mis cajones de ropa interior y estos no estaban repletos de algodón, tenía más encaje que otra cosa y bien, ese sería motivo de bromas, lo sabía.

Abandoné el baño con una toalla enredada en mi cuerpo. Dixon acababa de poner unas bolsas en la mesa, hasta ese momento reparé en su vestimenta: ropa arrugada, la camisa desabotonada de los primeros tres botones y las mangas dobladas a la altura de los codos, además, su cabello estaba desordenado. Y pese a eso, seguía siendo hermoso.

—¿Podría ayudarme con las gasas y el vendaje? —Inquirí apenada.

—Por supuesto. Taylor trajo las medicinas que debe tomar —

comentó, eliminando la distancia entre nosotros.

De la cómoda cogió las cosas que ocuparía, lo esperé paciente, un tanto nerviosa por esta cercanía que teníamos.

—Necesito que se quite la toalla —señaló.

—Oh sí.

La dejé caer al suelo y lo vi contener el aliento.

—Mierda —siseó.

—¿Qué? —Pregunté asustada, intenté descubrir si había algo mal en mí.

—Nada —susurró.

Limpió la herida con cuidado, despacio y suave, posteriormente puso la gasa y al final el vendaje. Lo ajustó como el anterior y con ello pude moverme con más libertad.

—No sabía que le gustaba el encaje —dijo como no queriendo—, hubiera cambiado mi regalo de navidad el año pasado.

—El brazalete estuvo bien. —Sonrió y recorrió mi figura con la mirada.

—Debería —carraspeó—, vestirse.

Se alejó y volvió a la cocina. Mordí mi labio inferior, un tanto ansiosa; no me gustaba mostrarme por completo, pero sentía que podía confiar en él.

Abrí mi closet y elegí una camisa negra que me llegaba a la mitad de los muslos, la palabra *sex* se leí en el centro con letras rojas. La tela era muy suave y había sido mi pijama favorita hace muchos años.

—Hola, bebé —acaricié a Theo con mi pie, ronroneó sin levantarse

—, qué perezoso eres.

Alguien golpeó la puerta, Dixon me miró, frunció el ceño y de prisa abrió y salió del departamento. Entretanto, me hice del cepillo y lo pasé por mi cabello, estaba muy enredado que me tomó un poco más de tiempo el dejarlo suave y liso.

En cuanto me senté en la silla, Dixon regresó.

—¿Quién era? —Indagué, traía una bolsa negra en la mano.

—Taylor —respondió.

Se quedó detrás de su silla y apretó los dedos de su mano contra el respaldo, lo hizo con bastante fuerza.

—Recuperó sus cosas —me mostró la bolsa—, y capturó a los bastardos que la hirieron.

—Vaya... eso fue rápido —comenté.

—No fue difícil dar con ellos —espetó molesto—. ¿Por qué se resistió, Bridger? No debió hacerlo.

—Había documentos de la empresa ahí, contratos que si se perdían...

—Me encargaría de recuperarlos, Bridger —interrumpió—,

¿pensaba que lo dejaría pasar? Incluso si usted no me hubiera llamado, yo tarde o temprano me habría enterado y les haría pagar.

—Sí, lo lamento, no recordé lo importante que es la empresa y la discreción para usted.

—La empresa y los papeles me importan una mierda —dijo severo

—. Son cosas materiales, ¿y qué si pierdo un puto contrato?

Conseguiría diez más, pero ¿y usted? Su vida es importante para mí.

Puso las cosas en el suelo, callé. Él tenía razón. No debí forcejar, pero la impotencia fue mucha, más la rabia contra esos desgraciados que vienen y con facilidad se llevan lo que a nosotros nos cuesta tanto tiempo conseguir. No era justo.

—No vuelva a hacer algo así de estúpido —riñó—, desde ahora tendrá un chofer —alcé la vista—, y no se atreva a replicar —

advirtió, silenciándome—, él estará a su disposición las veinticuatro horas. No permitiré que esto se repita.

—Pero usted me despidió —acoté.

—¿Ah sí? No lo recuerdo, y como no lo recuerdo, no sucedió. —

Oculté una sonrisa—. Le he dejado la receta, llene su estomago y luego tome las pastillas.

—De acuerdo —acepté. Relajó los músculos de su espalda.

—Vendré más tarde, debo encargarme de esas ratas —masculló.

No quise averiguar lo que les haría—. Si me necesita, llámeme, y Taylor le traerá la comida, no quiero que haga esfuerzos.

—Anotado —murmuré, sonriéndole.

—Y cúbrase las piernas —ordenó.

—Creí que no le gustaba mi ropa, se la ha pasado burlándose de ella desde que me conoció —dije burlesca.

—Es común que las personas cambiemos de opinión, Bridger.

—Sí, sobre todo usted —musité deprisa.

—Me conoce bien —sonrió—, ahora debo irme.

Cogió su chaqueta y yo no lo perdí de vista.

—¿Por qué hace todo esto por mí? —Averigüé cauta, antes de que se fuera. Me miró fijamente

—Porque te quiero, Holly.

Sonrió de lado y enseguida abandonó mi departamento, dejándome atónita y muy asustada.

## **Capítulo 18**

### ***Dixon***

No podía sacarme a Holly de la cabeza.

Bastó un día para que mis emociones se alteraran. No se trataba únicamente de lo que le hicieron y como me sentí al respecto, había mucho más, por ejemplo, la versión sobreprotectora, posesiva y celosa de mí que acababa de descubrir, ¿de dónde salió? Ser un hombre celoso no era lo mío, estaba seguro de mí mismo, lo suficiente para no experimentar celos de nadie, aunque era probable que siempre lo haya sido, solo que nunca tuve a nadie que me importara lo suficiente como para preocuparme si otro la miraba o se la follaba.

En cambio, Holly. *Joder*. No soportaba que Adam la mirara, ni que el *ñoño* estuviera interesado en ser su amigo, ni que decir de Taylor viéndole las piernas o de mi hermano compartiendo tiempo con ella.

Maldita sea.

Estuve negado a aceptarlo. Mis burlas hacia ella fueron una negación, una excusa para ocultar lo que en realidad sentía: Holly me gustaba.

¿En qué momento pasó? No me di cuenta. Pero no me sorprendía, pasábamos juntos la mayor parte del tiempo, nos preocupábamos el uno por el otro, ella al pendiente de mis necesidades, yo encargado de que no le faltara nada. Al sentirme perdido, bastaba mirar a mi lado para encontrarla ahí, dispuesta a no dejarme solo. Me cuidaba, protegía y quería, por encima de todo. Mi comportamiento con ella era distinto al que solía tener con los demás; al estar solos, me sentía confiado para mostrarle esa parte de mí que nadie conocía, nada más ella.

Su situación me hizo despertar, mis miedos sobre el dolor, la pérdida y el peligro, se derrumbaron y me permitieron ver lo que estaba pasando. Tuve la respuesta a mis actos y la explicación a las palabras dichas que mentían y me protegían de lo que sentía por ella.

*Mierda.*

¿Cómo iba a actuar? Yo conseguía lo que quería, nadie me decía que no; imponía mis intereses y mis decisiones por encima de cualquiera, sin embargo, no quería que fuera así con Holly. Me negaba a forzarla y destruir lo que teníamos. Debía ser cuidadoso, ir despacio, ganármela por completo,



porque ella me demostró que no era como las demás, no caería rendida a mis pies, y yo como un idiota, siempre estuve rendido a los suyos.

Cerré brevemente los ojos, su imagen fue protagonista en la oscuridad de mis pensamientos. Me tomó todo el puto autocontrol del mundo no tocarla; conocía su piel de porcelana, blanquecina e inmaculada, pero contemplarla de cerca y a profundidad, me jodió.

Su figura delgada y bien formada causó estragos en mi cordura y en mi entrepierna.

No obstante, hubo algo más en lo cual no dejaba de pensar, se trataba de la cicatriz en el costado contrario de donde recibió la bala; conocía ese tipo de cicatrices, podía asegurar que pudo haberle quitado la vida. Era grande, parecía hecha con un cuchillo, o una navaja lo bastante grande y ancha, si no se trató de eso, me inclinaba a la idea de que la apuñalaron en el mismo sitio un par de veces, lo suficiente para provocarle una herida de esa magnitud.

Me pregunté en qué tipo de situación se vio envuelta Holly para acabar apuñalada. La curiosidad me carcomía, mas no quise presionarla, ni ser indiscreto, ella confiaba lo suficiente en mí para mostrarse casi desnuda, no iba a decepcionarla haciéndole preguntas incómodas que quizás ella no quería responder, mucho menos recordar. Bien podría averiguar en esos papeles dentro de mi oficina, pero no me atrevía.

*¿Desde cuándo eres prudente y respetuoso, Dixon?*

—Señor —me volví hacia Taylor—, esperamos su orden.

—Ya voy —murmuré.

Terminé el cigarrillo y encendí otro mientras avanzaba en dirección a la bodega. Los tres asaltantes yacían dentro, esperaban su muerte.

Dar con ellos no se nos dificultó, la portátil de Holly se pudo rastrear, y aunque no la hubiera utilizado, yo me enteraba de todo, bastaban un par de preguntas para llegar adonde quería.

Ingresé al almacén, el calor llegaba a sofocar, la ventilación luchaba contra los rayos potentes del sol. Mi gente se movilizaba de aquí para allá, preparaban la mercancía que traficábamos por varios países. Y más allá, tres figuras masculinas aguardaban atados y sentados en las mismas sillas donde Dexter cortó las cabezas de los Caruso.

Me postré delante de ellos. Me miraron asustados, parecían confundidos.

—Señor Russo —habló uno, piel blanca, cabello teñido de rubio, veía las raíces negras de su color natural.

—Les gusta asaltar a jóvenes estudiantes, ¿verdad? —Inquirí.

—No estábamos en sus territorios, señor —se excusó deprisa. Los otros se mantenían callados.

Tomé asiento encima del escritorio donde solía planear, di una calada al cigarrillo y expulsé el humo.

—La ciudad es mi territorio —espeté—, se metieron con la persona equivocada.

—Le prometo que no volverá a pasar.

—Tu palabra no vale nada —siseé—. ¿Quién de ustedes disparó el arma?  
—Exigí saber, alternando mi vista entre los otros dos, el que hablaba no lo hizo, él solo daba las órdenes.

—Ninguno lo hizo —susurró uno—, no herimos a nadie.

Resoplé, fastidiado. Le lancé una mirada a Mike, el encargado de las torturas, él traía un mazo en la mano.

—Rómpeles las piernas a los tres —ordené desprovisto.

Sus suplicas retumbaron por toda la bodega, luego lo hicieron sus lloriqueos, dos de susto y uno de dolor mientras Mike dejaba caer el mazo en una de sus rodillas, destrozándoselas de inmediato, mas sin estar

satisfecho, continuó hasta que su pierna estuvo desecha y prosiguió con la otra.

No me perdí de cada detalle, no sentí ni una pizca de piedad. Ellos pudieron haberle quitado la vida a Holly. La asustaron, la tocaron y la hirieron. Esto era lo menos que se merecían.

—¡Yo lo hice! —Exclamó el único que no había hablado. Mike acababa de terminar con ellos— Por favor, no haremos esto de nuevo.

—Lo sé, me aseguraré de que así sea —sentencié.

Sostuve mi arma y disparé en la cabeza del único que no tocó a Holly, ya había tenido su castigo.

—Haremos lo que ordene —rogó el jefe de los tres.

—Basura como ustedes no me sirve, hago un favor al sacarlos de las calles —miré a Mike—, córtale la lengua —señalé—, y a él las manos —agregué, dirigiéndome al tipo que le disparó a Holly—, luego mátalos.

—¿De qué forma, señor? —Inquirió sonriente, el tipo estaba loco.

—Sorpréndeme —dije burlón.

Asintió y lo dejé que se divirtiera. Tenía asuntos que dejar listos para tener la noche libre, una noche que quería pasar con Holly. La necesitaba cerca y también estar al pendiente de ella y lo que necesitara.

Al subir a mi auto recibí una llamada de Dexter. Efectué una mueca y resignado respondí.

—¿Qué quieres? —Espeté.

—¿Cómo está Holly? Me enteré de lo que pasó, estuve llamándola, pero no atendió. —Apreté el aparato en mi mano.

—Ella está bien, deja de llamarla —mascullé molesto—, necesita descanso.

—Bien, pasaré a verla.

—Ni siquiera lo pienses —advertí—, ella me tiene a mí, no requiere de tus visitas amistosas.

—¿Son celos los que percibo en ti? —Bufoneó.

—No me jodas, Dexter, metete en tus asuntos y deja los míos en paz.

—Pensé que Holly ya no era tu asunto, la despediste —replicó.

Debía estar agradecido que no lo tenía enfrente.

—¿Qué parte de que no te metas en mis asuntos no entiendes? —

Increpé tosco.

—Solo te molestaba, al parecer no eres tan imbécil —murmuró—, aprecio a Holly, despreocúpate, que mi interés por las mujeres ya no está.

—Me da gusto que aceptes tu sexualidad.

<

—Idiota —espetó—, entendí la lección, Dixon, el amor no tiene cavidad aquí. Cada vez que decidamos estar con alguien será como ponerle una soga al cuello.

Tragué en seco. Brevemente pensé en cómo terminó Darla, y de un segundo a otro fue Holly la que ocupó su lugar.

—Al fin lo entendiste —susurré agobiado—. Hablamos después.

Corté la llamada y me mantuve quieto, con la vista al frente. La emoción que pude haber sentido tiempo atrás, se esfumó. Yo era el primero en renegar de las relaciones amorosas dentro de la mafia porque había visto lo suficiente: matrimonios, noviazgos, familias enteras y hogares destruidos por enemigos o policías.

En la mafia no había finales felices.

Holly se merecía un cuento de hadas, sin un príncipe oscuro que, en lugar de salvarla del dragón, la dejara expuesta ante él.

## *Holly*

Los maullidos constantes de Theo me despertaron.

Desconcertada, abrí los ojos; la luz estaba encendida y yo recordaba haberla apagado. Entonces reparé en la persona sentada en mi comedor. Se trataba de Dixon. Él me daba la espalda, su chaqueta descansaba en el respaldo de la silla, nuevamente tenía las mangas dobladas, en la mano sostenía un vaso con alcohol y Theo se deslizaba cauto entre sus piernas.

Revisé la hora: 04:17 a.m.

Tallé mis ojos y con cuidado me incorporé. La herida dolía menos, las pastillas me quitaban el dolor. Mis pies cubiertos por unos

calcetines de ositos con corazones, se arrastraron silenciosos por el suelo hasta llegar a Dixon. Estuve esperándolo todo el día, pero nunca apareció, mucho menos atendió mis llamadas.

Al mirarlo, supe que se hallaba perdido en su mente, el vacío en sus ojos me estrujó el alma. Él estaba aquí porque huía, pero esta vez no sabía de qué.

—¿Cómo entró? Veo que mi puerta está sana y salva —murmuré. Él no me miró, observaba la ciudad.

—Tengo una copia de su llave —explicó.

—No me sorprende —tomé asiento—, ¿está todo bien?

Sonrió de lado, pero esa sonrisa distaba de ser coqueta o divertida, era una mueca de hastío. Bebió de golpe el contenido y se sirvió más.

—¿Cómo se siente? —Cambió el tema. No se escuchaba ebrio.

—Mejor, las pastillas ayudan mucho —contesté—. ¿Qué le pasa?

¿Ocurrió algo?

Me miró un momento y deprisa bajó la vista a su vaso. Movi6 la muñeca, jugando con el liquido 6mbar.

—Nada que no supiera —comentó con cierto pesar.

—¿Quiere contarme?

—No. Vuelva a la cama, tiene que descansar —recordó ausente.

—El sueño se me ha ido, me quedaré con usted —determiné. Negó y de nuevo acabó el liquido de un solo trago, me sorprendía la manera en que podía beber eso como si se tratara de agua.

—No la necesito —espetó molesto—, vaya a dormir.

—Es mi casa, así que, si quiero quedarme aquí, lo haré.

—Bien, como quiera. No sé por qué demonios vine.

Arrastró la silla y se incorporó de golpe con botella en mano, se dirigió a la puerta, dispuesto a irse. No entendía su actitud, ¿qué pasó para que cambiara?

—Huir es de cobardes —dije severa. Detuvo sus pasos—. ¿Por qué le cuesta tanto decirme lo que le pasa? ¿Ya no confía en mí?

Cuando se fue hace un rato, usted dijo que me quería —me enfrentó

—, estuve esperándolo todo el día para hablar sobre eso y...

—No hay nada de que hablar. Sí, Bridger, la quiero —extendió ambos brazos y los dejó caer de golpe—, ¿y qué con eso? —

Prosiguió— ¿Creyó que por decirle que la quiero iba a haber algo entre nosotros? O ya sé, seguramente pensó que usted me gustaba.

Ahí estaba de nuevo, dejándose dominar por sus crueles instintos, los cuales usaba para protegerse y ahuyentar de su vida a todo aquel que le demostraba un poco de cariño o que lo hacía sentir algo más que odio, rabia o placer.

—Solo creí que por primera vez usted aceptaba que no está mal decirle a alguien lo que siente, pero sigue siendo el mismo cobarde inmaduro —me puse de pie—, y así seguirá.

—¿Cobarde? —Rio sin gracia— Si tomar decisiones que protejan a los demás de lo que yo soy me hace un cobarde, entonces sí, Bridger, sí lo soy.

—Le aterra, ¿no es así? Le da pánico que tomemos la decisión de quedarnos, ¿y sabe por qué? —Calló— Porque tiene miedo de que lo elijan, pese al peligro que representa, no es capaz de aceptar que hay quienes harían cualquier cosa por usted, sin importar los riesgos.

—Usted no sabe nada —siseó furioso.

—Quizá tiene razón —susurré decepcionada—, váyase —exigí—, y por favor no vuelva —finalicé, tomándolo desprevenido.

Le di la espalda y escuché la puerta abrirse y luego cerrarse de un portazo. Cerré los ojos, temblando de ira y frustración. Dixon era tan complicado y yo no sabía en que momento comenzó a afectarme tanto. Si hubiera sabido dónde inició todo, habría puesto un alto de inmediato, porque él no quería a una mujer como yo a su lado y yo no necesitaba a un hombre como él.

—No me iré, no soy ningún cobarde —susurró a mi espalda, asustándome—. La quiero, la quiero más de lo que cualquiera allá afuera puede hacerlo.

Percibí el calor de su cuerpo contra mi piel. Sus dedos tocaron mis brazos con suavidad.

—Crea en mis actos, no en mis palabras —buscó mis manos y las sostuvo entre las suyas—, confíe en mí, Bridger, busco lo mejor para usted, merece algo más que peligro en su vida.

Lo encaré, mi pequeña figura contra la imponente suya.

—Estuve a punto de morir dos veces —musité seria—, en ninguna usted estuvo conmigo.

—Tiene un punto —aceptó.

—Así que, ¿va a decirme con todas sus letras por qué estamos teniendo esta conversación? Me está alejando e imponiendo su decisión sin siquiera darme el motivo.

Sujetó mi nuca con la mano, la otra encajó en mi cintura. Jaló mi cuerpo, mi pecho se presionó contra su torso, bajó la cara hacia la mía, la distancia se hizo casi nula entre nuestros labios.

—Esta vez no estoy ebrio y no podrá engañarme de nuevo —

murmuró, evadiendo mi pregunta.

—Creí que eso ya había quedado aclarado. —Sonrió y rozó nuestras narices.

—Usted sabe fingir y yo sé mentir.

Probó mis labios con suavidad, no me besaba, solo me acariciaba.

—¿Piensas fingir otra vez, Bridger? —Inquirió.

—No, no lo haré, Dixon.

Sonrió complacido y empleó más fuerza en su agarre. Mis parpados se sellaron y el cosquilleo en mi estomago se intensificó.

Robándome el aliento, él me besó.

No medí las consecuencias de lo que estaba haciendo y tampoco me preocupé. La intensidad aplastante de su boca cerniéndose sobre la mía, exigió mi entrega y la obtuvo. Le rodeé el cuello y jalé su cabello, empujándolo hacia mí.



Posesivo y demandante, se abrió pasó entre mis labios, los moldeó a su modo e invadió mi boca con su lengua; me probó y gemí ante el flujo de sensaciones que despertó. Mi piel se erizó, mi pulso se descontroló y de un momento a otro estaba pidiendo más de él. Me balanceaba contra su cuerpo sin tener suficiente, quería más y más, se volvió una obsesión, una necesidad desesperante.

Su boca experta era todo lo que estaba bien, besaba de maravilla, sabía delicioso, me tuvo en sus manos solo con sus besos y la realidad sobre eso me asustó más que nunca. Estaba yendo en contra de todo lo que dije y prometí, traicionándome cuando juré que no iba a suceder; pero no le abrí paso a mis temores y seguí siendo suya, al menos por esta noche.

—Eres dulce —susurró, mordió mi labio inferior—, y me vuelves loco.

—¿Qué estamos haciendo? —Jadeé trémula.

—¿Qué importa? —Besó mi frente— ¿Puedo quedarme aquí?

Miré la cama detrás de mí y sonreí.

—Supongo que puedo dormir encima de ti, o al revés —comenté divertida.

Rodeó mi cintura y acercó su boca a mi oído.

—Agradece que estás herida, solo por eso sigues siendo virgen, Bridger —dijo despacio. Me estremecí de placer y de miedo.

—Yo... yo...

—Al fin te he dejado sin palabras —se mofó. Reí y sacudí mi cabeza

—. Ven.

Tomó mi mano, se deshizo de sus zapatos y trepó a la cama, se acomodó sobre su costado; enseguida lo imité, le di la espalda y él procuró no lastimarme. Su mano descansó en mi muslo desnudo, su entrepierna contra mi trasero. Tenía una erección y eso más que incomodarme, me ponía nerviosa.

—Duerme —ordenó, sus labios en mi cabello—, voy a cuidarte.

## Capítulo 19

### *Holly*

Mientras terminaba de hacer el café, seguía en las nubes.

El efecto que Dixon produce en mí debería estar prohibido.

Aun no asimilaba que dejé caer mis barreras y le abrí la puerta al mismísimo diablo, quien es capaz de romperme y hacerme arder con apenas mirarme.

Lo había besado, durmió conmigo, dijo que me quería y a pesar de ser este un comportamiento no propio de él, aun no me hacía

ilusiones, aunque, ¿de verdad quería hacérmelas? Siempre dije que no quería a alguien como Dixon Russo en mi vida, pero tantas cosas cambiaron entre nosotros, que hoy no estaba segura de nada, solo de que lo quería conmigo.

¿Cuál sería el costo a pagar? Me aterraba la respuesta, porque la conocía. Dixon me destruiría si le entregaba mi corazón, él nunca tomaba nada en serio; lo suyo eran caprichos, acostumbrado a nunca recibir un no, conseguía lo que quería y cuando se aburría lo desechaba, tal como sucedió con Linda.

Tragué en seco sin dejar de mirarlo. ¿Era Linda un reflejo de mi futuro? Cerré los ojos y negué despacio. Debía detener mi mente y no hacer suposiciones; eran circunstancias diferentes, tenía que darle el beneficio de la duda a Dixon, además, aun no había nada claro entre nosotros. Quizás él buscaba un *acostón* y ya.

Por Dios que no sabía qué me preocupaba más: si ser un deseo fugaz o uno permanente.

¿Qué teníamos las mujeres con desear lo peligroso? Tal vez se debía a la adrenalina, a lo oscuro y lo perverso; nos inclinábamos por miradas

lascivas, palabras sucias, caricias rebosantes de lujuria.

Y de pronto reflexioné sobre las princesas en los castillos llenos de luz y colores, con bodas de ensueño y un felices por siempre que sí perduraba toda la eternidad. Muchas veces deseé encontrar a un príncipe, crear mi propio cuento de hadas, pero en su lugar encontré a un villano con aires de grandeza, herido y perturbado, dañino en toda la extensión de la palabra y en ese momento pensé: ¿Por qué desear al príncipe cuando puedes huir con el dragón?

Yo decidí convertirme en la mujer de la bestia.

Elegí salvarlo para obtener mi sueño, sin darme cuenta de que a quien quería salvar, no quería ser salvado, y como consecuencia de mi insistencia, él me destruyó.

No quería pasar de nuevo por eso, no lo resistiría.

Había un sinfín de razones para cerrarle la puerta a Dixon, pero mientras me besaba y me sostenía, mi corazón latió desbocado y cada partícula de mi cuerpo rogó hacer de su pecho mi refugio.

Suspiré y le di la espalda. Él seguía dormido en la misma posición, no apartó sus manos de mi piel en ningún momento, estuvo acariciándome y susurrándome palabras tranquilizadoras en el oído hasta que me dormí y no supe más. Era la primera vez que dormía conmigo por voluntad propia.

Me sentí como una tonta, de verdad creí que fingía bien, pero Dixon... Dios, ¿cómo engañarlo? No era ningún estúpido.

—Buenos días, Bridger —susurró.

Antes de que pudiera volverme, sus brazos rodearon mi abdomen, su agarre fue suave, pero firme. Su pecho me apretó la espalda, su erección se clavó en mi trasero. Pasé saliva y le cogí ambas manos, a la vez que su boca viajaba a mi cuello expuesto.

—Buenos días —respondí con la voz entrecortada.

—Qué bien huele —continuó, besaba mi piel, su tacto quemaba.

—Es su café favorito —murmuré.

Desplazó su toque hacia la desnudez de mis muslos.

—No hablaba del café —corrigió.

Mi pecho se agitó, la corriente cálida de sus dedos cerca de mi entrepierna, me hizo trastabillar.

—No sabía cuánto podía llegar a desear a una persona —  
mordisqueó mi hombro—, hasta que llegaste tú.

—¿Comenzaremos con las confesiones? —Bromeé, trataba de calmar el calor que se aglomeraba en todo mi cuerpo. Era una ola poderosa y peligrosa, que podría hacerme caer.

—Tengo mucho que decirte, Bridger. —Besó mi mejilla y mantuvo las manos debajo de mis senos.

—Supongo que todo se reducirá a sexo, ¿no? —Tenté, asustada de la respuesta que recibiría.

Siendo sutil me hizo enfrentarlo, acorralándome contra la encimera, ambos brazos a mis costados, su pecho pegado al mío y su cara inclinada cerca de mi boca.

—¿Piensas que solo te quiero follar?

—¿No es lo que siempre hace? —Repliqué. Su dedo índice inició un recorrido desde mi mentón, hacia el valle de mis senos.

—Tengo una reputación, fuiste testigo de mis encuentros y sé que eso reduce tu confianza en mí —regresó a mi mentón y alzó mi cara

—, pero lo que siento cuando estoy contigo, no lo he sentido con nadie más —efectuó una mueca—, suena ridículo, ¿no? Joder. Esas estupideces no son

lo mío.

—Sigue dándole vueltas —señalé—, ¿por qué no me dice lo que realmente quiere de mí?

—Todo —habló deprisa—. Quiero todo, te quiero a ti.

Mi boca se secó y la impresión me dejó pasmada,

*«Va a destruirte, tomará tu corazón y lo romperá frente a tus ojos».*

—¿Cómo es que todo cambió? Hace unos días...

—Era un idiota —interrumpió—, bien, sigo siéndolo —aceptó—, quisiera poder explicar lo que ocurrió, es solo que, cuando me

llamaron para decirme que estabas herida, fue como si hubiera reaccionado.

—Quizá solo se siente confundido, lo he cuidado tantas veces que podría tratarse de gratitud lo que lo ha impulsado a decirme todo esto.

—No, no se trata de eso, Bridger y estoy asustado —confesó en un susurro—, porque es nuevo para mí.

Tomé un largo respiro y traté de apartarme.

—Creo que es muy temprano para hablar de esto, y no puedo hacerlo con el estomago vacío —musité nerviosa. Al intentar zafarme, él me acorraló con más fuerza.

—No puedes huir de mí —sentenció—. Respondiste a mi beso, sé que te gusto y me quieres, pero necesito saber si te sientes como yo.

—Es confuso —susurré—, el cambio fue tan repentino que parece planeado.

Juntó las cejas, mirándome severo, como si lo hubiera ofendido.

—¿Crees que estamos en el colegio y soy el *bad boy* que planea desvirgar a la nerd? Demonios, Bridger, me ofendes —masculló molesto—. Tú mejor que nadie sabe que puedo conseguir a la mujer que me plazca, virgen o no.

Al mencionarlo, por primera vez en todo este tiempo, sentí una mínima pizca de celos.

—Sí, bueno, yo también podría conseguir un chico si usted no los alejara —solté sin pensar. La ira detonó en sus ojos oscuros.

—Y seguiré haciéndolo —decretó sin vergüenza—, cada imbécil que pose sus ojos sobre ti, es hombre muerto. Tú eres mía.

<

Debería sentirme ofendida por su actitud posesiva, pero lo único que pude hacer fue sonreír mientras una voz en mi cabeza me advertía sobre los peligros que implicaba estar con un hombre como él.

—¿Y usted? —Repliqué— ¿Es mío?

Acunó mi cara con las manos y me miró fijo.

—Debes saber que tenerme no es una bendición, es una condena

—me estremecí—. ¿Estás preparada para lidiar con el diablo?

—Creo que no me ha dejado opción —susurré.

—La tienes, pero encontrar la salida no es fácil.

Probó mi boca con delicadeza, me dejó sentir la suavidad de sus labios perfectos, casi me robaba un suspiro. Dios... este hombre era la tentación encarnada.

—Quiero que cenes conmigo en mi penthouse, definiremos esto por la noche —asentí abstraída en su boca—, tendrás todo el día para pensar, Bridger —continuó y volví a mover la cabeza, sonrió—, me encanta cuando escondes las garras, aunque pronto deseo sentir las en mi espalda.

—No deja de ser un perverso —espeté. Rio y besó mi frente.

—De ahora en adelante, solo serás tú —temblé—, esta noche, Bridger.

—Esta noche.

## ***Dixon***

¿Y si me decía que no?

Apreté el vaso con fuerza. La misma pregunta seguía formulándose en mi cabeza. Y me negaba a aceptar un no como respuesta. La quería, la deseaba, necesitaba estar con ella, era incapaz de sacármela de la cabeza; el beso que nos dimos solo incrementó mi deseo y la urgencia de mantenerla a mi lado. No había espacio para nadie más, ni siquiera aquella mujer del club; seguía intrigándome, pero Holly me hizo su preso y se negaba a dejarme escapar.

Maldita sea. Estaba jodido.

Todo el día estuve aquí, pensando; rememoré cada momento con Holly desde que la salvé en aquel bar. Mi primera impresión al verla fue indescriptible, ella temblaba, asustada y vulnerable, con sus ojos brillantes, su boca sonrojada y las mejillas teñidas de carmín. «*Debo cuidarla*». Ese fue mi único pensamiento, sin importar cuantas veces derramó el café, las ocasiones que arruinó contratos, sus equivocaciones con los correos, cada falla me dio lo mismo, solo quería tenerla bajo mi cuidado.

Y luego evolucionó, mejoró, se superó y me demostró que podía ser más de lo que yo necesitaba.

En mi primer arresto, ella me sacó de ahí, para ser pequeña era capaz de intimidar; me protegió de los ojos curiosos y lo seguía haciendo. Estuvo conmigo cuando todos me dejaron solo, me apoyó a pesar de mis errores, dándome consejos antes de juzgarme. Holly se ganó mi cariño, y yo como un hijo de puta me esforcé por no verlo. Era un imbécil.

Perdí tiempo y cometí errores con ella. No la culpaba por no confiar en mí cuando de fidelidad se trataba, ni en mil años me vi siendo alguien de una

sola mujer. Si había algo que me gustaba más que el dinero y el poder, eran las mujeres. Una tras otra desfilaron por mi cama, sin embargo, solo eran reemplazables, un coño que follar, golfas de una noche y ya, nunca anhelé más de esas tontas cursilerías de enamorados.

Debí darme cuenta al follar a la sobrecarga. Aquel día mi objetivo era joder a Holly, quería que me escuchara con ella, y ¿para qué?

Jamás me lo cuestioné. Hoy comprendía el porqué, así como también el motivo por el cual alejé a Adam de ella.

—Señor, la señorita Bridger está subiendo —informó Taylor. Era mi puta sombra.

—Retírate y dile al chofer que se largue, Holly se quedará aquí.

—Sí, señor.

El silencio volvió a llenar el vacío y momentos después se rompió cuando el ascensor anunció su llegada. Di un trago y acabé el whisky. Aparté la vista de la pared y me volví, encontrándome con la pequeña figura de Holly. Sonreí. Era ella con sus faldas largas y feas, con su blusa de anciana y su actitud demandante; al contemplarla supe que no importaba lo que llevara encima, a mis ojos siempre sería hermosa, hoy lo era más que nunca.

—Hola —saludé—, ¿cómo te sientes?

—El dolor es nulo, solo me molestan un poco los puntos.

—El fin de semana te desharás de ellos y volverás a ser tú —dije.

Ninguno de los dos se movía, había un espacio entre ambos.

—Lo ansío —murmuró.

—¿Tienes hambre?

—Sí.



Me parecía ridícula la situación. *Mierda, mierda*. Estaba actuando como un jodido crío, pero ¿podían juzgarme? Por supuesto que no.

Pisaba terrenos desconocidos y temía dar un paso en falso, Holly no era cualquier chica a la que podía conquistar con mis encantos. Fue un golpe duro cuando ella me hizo ver que lo único que podía

ofrecer era mi físico, de ahora en adelante debía demostrarle que había cosas en mí que valían la pena.

—Este lugar es inmenso —susurró con la vista en la pared, toda esta, incluida la de mi habitación, era de cristal, nos regalaba un gran paisaje.

Sin más fui yo quien eliminó la distancia entre nosotros. Decidido la tomé de la cara, besándola en los labios sin profundizar.

—Te extrañé —murmuré, sin poder controlar mi intensidad—. Ven.

Agarré su delicada mano y la guie hasta la cocina, ahí los platos ya estaban dispuestos en cada sitio. Se sentó en el taburete, permanecí a su lado mientras mi chef servía la cena en total silencio.

—Estás temblando —comenté, mirándole las manos. Jugaba con sus dedos, una señal de nerviosismo.

—Fueron muchas emociones en tan pocos días —explicó cauta—, no sé si hice bien al venir —apartó la mirada—, no sé que esperar de esto.

—Yo tampoco lo sé, Bridger, pero quiero descubrirlo.

—¿Por qué? —Me miró.

—Ya te he respondido, no busques excusas, ni trampas, no las hay

—la calmé—. No estoy jugando, jamás te haría daño, soy sincero contigo, más de lo que sido con cualquier persona.

Héctor terminó de servir la cena y salió sigiloso, lo cual la hizo relajarse un poco.

—Nunca me vi de este modo, mucho menos contigo —me sinceré

—, tan solo hace un par de semanas pensaba en mi hermano como el ser más estúpido por haberse enamorado, me burlé de su

cursilería, viéndolo vomitar corazones y alegría por doquier. Me asqueaba.

Tomé su mano y ella no hizo ademán de apartarme.

—Y a la vez, lo envidiaba; yo tenía a cualquier mujer en mi cama, pero sin sentir ni la mitad de la felicidad que él detonaba al estar solo con una — callé un instante—, y luego está la parte fea, la que me sentenciaba y detenía para no buscar lo que mi hermano encontró.

—Tu puesto en la mafia —susurró.

—La familia es un punto débil, la mayoría de los hombres o mujeres que han liderado la mafia por años, lo han hecho solos. Conocen los riesgos, yo los conozco y no quería arrastrar a nadie al destino que tengo marcado por ser quien soy.

—El peligro está en todas partes —recordó.

—Lo sé, pero no me perdonaría si algo llegase a ocurrirte, Bridger.

La decisión de tomarte y que me aceptes, me tiene paralizado. —

Sonreí y negué, apretando su mano—. Pero el dejarte ir, me aterra aun más.

Se incorporó y encajó entre mis piernas. La rodeé con ambos brazos y el calor de sus palmas acarició mi pecho.

—Entonces no me dejes ir. —Sus orbes destilaban ternura, derretía el trozo de hielo que tenía por corazón.

—¿Estás segura de que quieres ser mía? —Pregunté serio, aunque de recibir un no, vaya a saber de lo que yo sería capaz por sacar ese sí de su boca.

—He lidiado contigo por más de dos años, dudo que de novio, seas peor que de jefe —bromeó. Sonreí.

—No tienes una puta idea —siseé, atrayéndola más a mi cuerpo—.

Estaré detrás de ti todo el tiempo, no dejaré que nadie se te acerque.

—Eso ya lo haces —murmuró divertida.

—Soy un puto enfermo, lo sé, no te merezco, ni siquiera debería intentar tenerte —suspiré y presioné mi frente contra la suya—, eres demasiado buena.

—También tengo mis demonios, no soy el ángel que crees —musitó en voz baja.

—Anhelo conocer a la chica mala.

—Te pateará el trasero si la enfadas, ya lo sabes.

—Uhm... podría aceptar ser castigado.

Me propinó un golpe en el pecho y se apartó un poco.

—¿Se acabó el Dixon promiscuo? —Inquirió, la miré con toda la sinceridad que había en mí.

—Está muerto y enterrado —sentencié.

—Entonces tomaré el riesgo —dijo, mirándome decidida—. Quiero estar contigo.

El alma me regresó al cuerpo; la estreché entre mis brazos y escondí mi cara en su cuello. Su olor me tranquilizaba por completo.

—Gracias al cielo dijiste que sí, no tendré que usar los grilletes —

murmuré. Alzó la cara y recibí otro golpe, esta vez en el brazo.

—Lo peor de tu broma, es que no lo es. —Rodé los ojos.

—No lo haría —mentí, me dedicó esa mirada de maniática controladora que solía hacerme ceder—, ¡bien! Sí, cruzó por mi

cabeza, pero jamás lo llevaría a cabo. Quiero hacer las cosas bien contigo.

—Excelente decisión, señor Russo —susurró acercándose a mis labios.

*¿De dónde le salió lo atrevido? Joder.*

—No me llames así —rocé su boca—, me harás olvidar que estás convaleciente y que sigues siendo virgen... por ahora.

Mordió mi labio inferior y cuando quise besarla, retrocedió, dejándome con las ganas de sus labios.

—Cenemos —dijo como si nada. Reí, conteniéndome.

Holly sería mi perdición.

## **Capítulo 20**

### ***Holly***

Olía a colonia y jabón.

Las sabanas suaves se adherían a mi piel, lo comfortable del colchón me hizo sentir que descansaba sobre una nube.

Me estiré con cuidado, el dolor ya casi desaparecía. Tallé mis ojos y me senté en la cama; las persianas estaban abajo, la habitación se mantenía iluminada por la luz del baño que se filtraba gracias a que Dixon dejó la puerta abierta. Ni siquiera fui consciente de que a hora se levantó, anoche nos quedamos hablando hasta muy entrada la madrugada, que al final el sueño me venció y estuve perdida en los brazos de Morfeo.

Minutos después salió del baño ya con los pantalones de vestir y la camisa sin abotonar, su cuerpo tonificado acaparó mi atención, lo conocía a la

perfección, pero eso no evitaba que me lo comiera con la mirada, antes no podía hacerlo tan libremente.

—Buenos días, Bridger —se adelantó hacia mí, agarró mis mejillas con una mano y plantó un beso en mis labios que me supo a gloria

—, ¿qué tal dormiste?

—Buenos días —susurré—, tu cama es la más cómoda del mundo, podría quedarme aquí siempre. —Sonrió de lado y abotonó la camisa ante mi escrutinio.

—Yo no tengo problema en compartirla contigo —se inclinó, recostándose en ella—, puedes quedarte el tiempo que quieras.

Arrastró sus labios a través de mi mejilla y continuó el recorrido por mi cuello; cerré los ojos seducida por la fricción cálida, su boca probaba una parte mínima de mí, pero podía sentir el estremecimiento por todo mi cuerpo.

—No sé cómo lograré controlarme —su aliento me causó escalofríos—, muero por hacerte mía en todos los sentidos.

—Tendrás que encontrar la manera —susurré—, sé que podrás.

Acaricié su nuca con mis uñas, siseó bajo y presionó su complexión contra mi figura, frotando su erección sin sutileza.

—No cuando me lo pones... —mordió mi cuello—, tan difícil.

Rozó mi lóbulo con sus labios, arrancándome un jadeo involuntario.

Mi sexo palpitó deseoso y humedecido por su provocación.

—Estoy tan duro por ti —susurró en mi oído—, duele no poseerte, pero me esforzaré en esperar, vales la pena.

Se apartó de golpe, acomodó el bulto en su entrepierna y evité mirarlo más de lo necesario. Peinó su cabello y resopló, frustrado.

—¿Ansioso, señor Russo? —Entornó los ojos.

—Mucho —aceptó—, sigue burlándote, Bridger.

—Jamás me burlaría de tan *dura* situación —señalé su entrepierna, reprimiendo una risa.

Se abalanzó contra mí, chillé por la impresión mientras soltaba una carcajada. Ejerció presión en mis muñecas y me miró determinado.

—No me provoques, Bridger, conozco otras formas para resolver esta *dura* situación —advirtió en voz baja e implacable, frotándose contra mí. Acarició mi mejilla con su nariz—. Juega con mi deseo y terminará por consumirte.

—Estoy segura que no será nada que pueda lamentar —musité excitada. *Dios... este hombre me hacía mojar las bragas.*

Me dio un beso fugaz y se incorporó.

—Solo porque ya voy tarde —masculló.

Acomodó la camisa dentro de su pantalón y me puse de pie para ir por su corbata; se acercó y como la última vez, fui yo quien hizo el nudo.

—Me encanta que me atiendas —confesó.

—Recibes lo que das —dije. Besé su mejilla y me sonrió con más tranquilidad.

—El desayuno ya está listo, ¿te quedarás aquí? —Averiguó, tomó el saco y se lo colocó.

—No, tengo tarea pendiente. Gabriel me ha hecho favor de enviármela —expliqué. Su semblante cambió enseguida.

—Gabriel —espetó—, parece que no fui lo suficientemente claro la otra noche.

—Es solo un amigo.

—Amigo y una mierda —refunfuñó, haciéndome sonreír.

Sujetó mis mejillas y alzó mi cara.

—Detesto que tengas contacto con otros hombres. —Cubrí sus manos con las mías.

—Lo sé, pero debes confiar en mí.

—Confío en ti, en esos idiotas no —efectuó una mueca—, si se pasa de listo, házmelo saber, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Miró la hora en el reloj de oro que llevaba en la muñeca, apretó el ceño.

—Debo irme, ya es tarde.

—Nunca llegas tan temprano, ¿qué pendiente tienes? —Indagué curiosa.

—Socios que les gusta madrugar —comentó—, te veo esta noche, el chofer te esperará.

—Está bien, ve con cuidado y por favor, procura no asesinar a nadie hoy. —  
Sonrió de lado y besó la comisura de mis labios.

—No prometo nada.

Sin decirme más se retiró, dejando una estela de loción masculina en el aire; me deshice de la camisa que me prestó para dormir y me dirigí a la ducha, sin embargo, mi móvil timbró y al ver el número de Dexter, no dudé en responder.

—Hola, Dexter —saludé; entré al baño y respiré aun más denso el aroma de Dixon.

—Hola, Holly, buenos días —saludó amable—, ¿cómo estás? Dixon me habló sobre lo que pasó.

—Ya estoy bien, gracias por preguntar. ¿Sucedó algo? —Inquirí.

—No, bueno, mi madre me pidió que te llamara para saber si podías venir a almorzar hoy con nosotros y así hablar sobre los detalles de la fiesta de aniversario —dijo apresurado, se oía agitado—, Dixon estará presente.

—¿Ah sí? Creí que trabajaría —murmuré confundida.

—Claro, de hecho, ahora mismo debe estar yendo por su socia al aeropuerto, Marie, ¿la recuerdas? —Sentí un vacío en el estómago.

Por supuesto que la recordaba, mujer de piel blanca, alta, piernas torneadas, cuerpo de infarto, rostro de muñeca y cabello rojo como el fuego. Ella fue una de las tantas amantes de Dixon, a decir

verdad, una de las que más estuvo con él, incluso más que Linda.

Marie James era la mujer que acompañaba a Dixon a los eventos sociales, hija de un empresario irlandés socio de Dixon y muy allegada a la familia Russo.

—¿Holly?

—Sigo aquí, lo siento —negué suavemente—, sí, sí puedo ir, ¿a qué hora?

—Once en punto, ¿necesitas que vaya por ti?

—No, gracias, yo llegaré.

—Perfecto, le avisaré a mi madre, tiene ganas de verte y con lo que te pasó, estuvo preocupada, pero Dixon no nos dejó acercarnos —

masculló.

Sí, ese maldito posesivo, dominante y autoritario.



—Ya veo —susurré—, ¿podrías no decirle a Dixon que iré?

—Oh... claro, no te preocupes, te veo en un rato.

Terminé la llamada y sentí la espina de los celos y la traición haciendo presencia en cada parte de mi ser; ¿por qué no me dijo que se trataba de Marie? Yo lo habría entendido sin hacerle una escena, confiaba en él y en esto que comenzábamos a tener, entonces, ¿qué pasaba? Ni siquiera me avisó que almorzaría con ella.

—Tengo que darle el beneficio de la duda —traté de convencerme, pero la realidad era que no podía quedarme tranquila y me molestaba lo que él me hacía sentir.

*Habrà una explicación. Sí, tiene que haberla.*

<

Llevaba la misma ropa de ayer, ni siquiera fui a mi departamento, aunque tuve que robar un bóxer de Dixon, dudaba que se percatara de ello; me gustaban, eran bastantes cómodos.

Mi cabello lo dejé suelto, mis ondas se movían de un lado a otro mientras caminaba hacia la entrada de la mansión Russo. Hace un rato le envié un texto a Dixon para preguntarle qué hacía, su respuesta fue: en un almuerzo. Al menos no me mentía, pero me daba verdades a medias y eso me molestaba, mas no dije nada.

Golpeé la puerta y una mujer de edad me recibió. Sin perder tiempo me llevó hasta la terraza donde la familia ya se encontraba instalada; atravesamos el salón de paredes altas y amplios espacios, deslizó a un lado las puertas de madera y estuve frente a la familia Russo. Los padres de Dixon sonrieron al verme, este último me daba la espalda, su brazo descansaba en los hombros desnudos de Marie a la vez que le acariciaba el brazo con los dedos, entretanto, ella tenía su mano en la pierna de él.

Respiré profundo y guardé la compostura. Dexter se puso de pie de inmediato.

—Holly, llegas justo a tiempo.

Al oír mi nombre, Dixon y Marie se volvieron. Él no retiró el brazo, me miró impasible, le devolví el gesto y respondí al beso que Dexter me dio en la mejilla.

—Marie, creo que ya conoces a Holly, la asistente de Dixon —me presentó, abriendo una silla para mí, junto a él.

—Sí, claro que sí, ¿cómo has estado, Holly? Te ves muy bien —dijo amable. Ella era como Linda, pero precisamente hoy no la veía como mi persona favorita.

—Lo estoy, gracias —dije cortante, sin sonar grosera—, señores Russo, gracias por la invitación.

—¿Por qué no me dijo que vendría, Bridger? Habría pasado por usted, creí que tenía tarea —intervino Dixon.

*Volvemos a las formalidades, perfecto.*

—No tengo que darle cada detalle de mis actividades, señor Russo

—contesté seria. Endureció el gesto y bebió de golpe el contenido de un vaso que me pareció ser whisky.

—Oh, Holly, ¿cómo te has sentido? Dixon me comentó sobre el asalto —cambió el tema la señora Russo.

—Todo está bien, señora, gracias por preocuparse.

—Lo hicimos, niña —acotó el padre de Dixon—, eres como de la familia.

—Me alegro que mi hermano se haya hecho cargo —agregó Dexter, dándome un apretón en la mano que no pasó desapercibido para Dixon y que a mí me tomó desprevenida.

—Dixon es un ángel cuando quiere —comentó Marie, pasándole la mano por el pecho. Él me miró, estaba enojado y yo solo quería largarme de aquí.

Fue una mala idea venir.

—Estaba hablando con Marie —prosiguió la señora Russo—, me dio unas ideas para la fiesta, pero le comenté las tuyas y a ambas nos convenció más tu toque, Holly.

—¡Sí! Tienes unas ideas estupendas, Holly —aduló Marie—, pero esta vez si vendrás a la fiesta, ¿cierto? —Inquirió— Nunca te he visto en ellas.

—No soy de fiestas —evadí—, prefiero quedarme en casa.

—De ninguna manera —refutó la madre de Dixon—, asistirás, no puedes hacerme un desplante.

—Si no quiere ir, no puedes obligarla, madre —espetó Dixon, se oía bastante enojado.

—Yo no tenía pensado asistir, pero si tú lo haces me gustaría acompañarte —dijo Dexter, me dedicó una mirada cautelosa—, ¿o tienes a alguien con quien ir?

—Anda, Holly —incitó Marie—, llegaremos juntas de la mano de los hermanos Russo —añadió, apretándose contra el pecho de Dixon, quien volvió a beber más.

—No sabía que el señor Russo sería su pareja —murmuré, tomé una fresa y la mordí para ocultar mi furia.

—Es una tradición, siempre he sido yo quien lo acompaña, ¿cierto, querido? —Lo miró. Él la ignoró y dio otro trago al whisky.

—¿Entonces? —Llamó mi atención Dexter— ¿Vamos juntos?

—Claro que sí, Dexter —acepté, no lo hacía por molestar a Dixon, de verdad quería ir y al parecer Dexter necesitaba esto.

De pronto, Dixon se puso de pie de manera brusca, casi hizo que las cosas sobre la mesa cayeran al suelo. Todos lo miraron.

—¿Podemos hablar, Bridger? —Siseó.

—Estoy desayunando —señalé lo obvio—, puede esperar.

Dio un paso, luego otro, la determinación en sus ojos no me amedrentó, pero la tensión entre nosotros comenzó a sentirse más fuerte y no quise incomodar a su familia.

—Ahora —decretó severo.

—Si me disculpan —susurré, incorporándome.

No miré a nadie de la mesa, seguí a Dixon hacia el despacho de su padre, sus zancadas eran grandes, casi tuve que trotar para poder seguirle el ritmo.

Mi sentido común me advertía que no era una buena idea estar a solas con él, pero no tuve más remedio que entrar, y al hacerlo, cerró con fuerza y puso el pestillo. Se cruzó de brazos, apoyándose en la puerta.

—¿Así que vas al baile con mi hermano? —Increpó.

—¿De verdad me está haciendo una escena de celos? —Repliqué.

Seguía enojada, sin embargo, por un instante quise reír ante lo absurdo de la situación.

—Sé que no te dije sobre Marie, pero no te mentí, lo que tenemos son negocios. Su padre y yo abriremos un hotel en...

—Esa explicación debió dármela esta mañana, no ahora —

interrumpí—, las verdades a medias no me van. ¿Por qué calló?

—Porque no quería que pensaras que sucedería algo con ella.

—Es estúpido —espeté—. Si me habla con la verdad, no tendría por qué dudar, confío en usted.

Se apartó de la puerta y avanzó hacia mí, retrocedí.

—Quédese donde está —advertí.

—Bridger, me equivoqué, lo acepto, no volverá a pasar.

—Ese es el problema —susurré—, me pide que crea en sus actos, no en sus palabras, pero lo que hace es callar y actuar como un patán. La estaba abrazando y acariciando, permitió que ella lo hiciera también... frente a mí.

Se pasó la mano por el cabello y esquivó mi mirada. Decepcionada, lo supe en ese instante: lo nuestro no iba a funcionar.

—Y lo peor de su desfachatez es venir a hacerme una escena de celos por aceptar ir al baile con su hermano cuando usted ya había invitado a Marie —continué—, ni siquiera me tomó en cuenta.

—Lo de Marie es una estúpida tradición, ella se invitó sola —se defendió—, no sabía que querías asistir, jamás lo haces.

—Solo supone y piensa por mí —dije severa.

—Iremos juntos, Marie y sus putas tradiciones se pueden ir a la mierda, me importas tú, no ella —articuló con lentitud cada palabra.

—Hubiera sido lindo que me invitara porque tenía el deseo de ir conmigo, no por celos o remordimiento.

—Joder, Bridger, las cosas no son así.

—Lo son —refuté—. Y ahora si me disculpa, debo irme, tengo trabajo que hacer.

Pasé por su lado, su mano atrapó mi brazo con firmeza, no me moví.

—Lo siento —susurró, me observaba, yo no—, por favor quédate, quiero hablar con mis padres sobre nosotros.

Me solté de su agarré y negué.

—No, señor Russo, ya no hay un nosotros —musité.

Caminé hacia la puerta, la abrí, pero su mano la cerró con dureza.

Su cuerpo contra mi espalda, su boca cerca de mi oído.

—Estás equivocada si piensas que puedes huir de mí —siseó—, tú eres mía, Bridger, no lo olvides.

—Sí, yo y cien más —escupí molesta.

—Solo eres tú y te lo demostraré.

—No tiene que hacer nada, tuvo la oportunidad y la dejó pasar. Por mí puede ir al dichoso baile con Marie, Linda o cualquiera.

—No iré con ninguna de esas idiotas, iré contigo.

—Yo ya tengo pareja y no pienso decirle que no por usted.

Su puño golpeó la pared a un lado de mi cabeza, no fue fuerte, pero si lo suficiente para ponerme nerviosa.

—Atrévete a llegar acompañada de él —masculló irascible—, solo quiero que lo hagas, Bridger.

—No me asusta y bien lo sabe —recordé—, debería volver a la mesa, las manos de Marie seguro lo extrañan.

Lo empujé, pero no cedió ni un centímetro, por el contrario, se presionó con más vehemencia.

—No tienes que sentir celos, a la única que voy a follar, es a ti —

mencionó despacio. Me removí inquieta. No era de piedra.

—Es un idiota, quítese.

—No.

Me agarró de la cintura con cuidado y me obligó a dar la vuelta, una de sus manos descansó en la curva de mi cara.

—Por favor —se inclinó hacia mi boca—, quédate.

Esquivé sus labios y lo aparté de mi cuerpo.

—Lo siento, pero no puedo.

Me apresuré a salir del despacho, él no vino detrás de mí.

Avancé deprisa, ansiosa por irme de aquí; lo último que oí fue el estruendo de algo rompiéndose en esa habitación.

## **Capítulo 21**

### ***Holly***

Dixon se fue con Marie.

No volví a verlo y decir que no me importaba que se haya ido con Marie, sería mentir. No paraba de pensar en lo que podrían estar haciendo; una parte de mí aún confiaba en él y en que no cometería una estupidez guiado por sus instintos crueles y vengativos, la otra

—la más realista y fría—, me repetía que se trataba de Dixon.

Llevaba años conociéndolo, ¿cómo pude pensar que cambiaría de un día para otro? ¿Por qué? ¿Por mí? Estúpida.

Quizá tuvo la intención de hacerlo, desbordó sinceridad al mirarme a los ojos y prometer que ya no habría más mujeres, solo yo, sin embargo, lo que él era, pudo haber sido más fuerte que su deseo y cariño por mí.

Entretanto, reflexionaba y analizaba mi decisión, tal vez fue muy radical, tal vez mis miedos tomaron su comportamiento como la perfecta excusa para terminar y así escapar de su infierno antes de ser alcanzada por sus llamas.

Lo que sentí al verlo abrazar a Marie, verla a ella tocándolo, en como no la rechazó y no la detuvo al momento en que dio la noticia de que irían juntos, no me gustaba. Dolió y provocó mis celos, una rabia y el deseo de apartarlo de ella para así gritarle que era mío, lo cual era estúpido. Yo no tenía que exigirle a Dixon que me diera mi lugar, él tuvo que habérmelo dado desde el inicio, y si lo hizo hasta

verse acorralado por mi inminente decisión, era una razón más para alejarme de él.

—Holly —habló Dexter en cuanto se puso en marcha, él me llevaría a casa —, quería hablarte sobre lo de hace un rato.

—¿Sobre la forma en que me ayudaste con tu hermano? —Inquirí.

Sonrió de lado.

—Te diste cuenta.

—No es propio de ti tomarme la mano, menos invitarme a un baile

—dije. Su sonrisa se amplió.

—Siendo franco no estoy para fiestas y bailes, mi enfoque es seguir trabajando —explicó con la vista al frente—, lamento no poder acompañarte.

—No te preocupes, no hay ningún problema, solo dime, ¿Dixon te dijo algo sobre... nosotros?

—No era necesario que lo hiciera, solo le faltaba orinarte encima —

se burló—. Lo conozco, desde hace mucho siente algo por ti, pero era demasiado estúpido para aceptarlo. Dixon jamás se preocupa por nadie que no seamos nosotros y tú, siempre te tiene presente en todo momento, no fue difícil ver el interés.

—Para mí sí.



—Porque no lo conoces como yo —replicó, mirándome de soslayo

—, puedes pasar con él todo el tiempo, Holly, pero yo llevo una vida a su lado.

Se detuvo en un semáforo y me miró a la cara.

—Dixon siempre ha estado loco por ti, él no lo sabía, pero ya se ha dado cuenta —dijo serio.

—¿Por qué lo dices en ese tono? —Inquirí asustada.

—Porque será un riesgo para ti —determinó seguro—. Ser la obsesión de un mafioso lo vuelve peligroso, pero el que esté enamorado de ti, lo vuelve letal.

—Si pretendías asustarme, lo has logrado —susurré nerviosa. El semáforo cambió y continuó.

—No quiero asustarte, Holly, solo prevenirte. Dixon siempre consigue lo que quiere, nada se le niega, si tú le has dicho que no, buscará la manera de tenerte.

—Podrás verlo como un monstruo —mascullé—, sin embargo, sé que él no me haría daño, ni tampoco me obligaría a nada.

—Me alegro que aún tengas fe y sigas viendo algo bueno en él.

Guardé silencio, sintiéndome más nerviosa que antes, preocupada por abrirle la puerta a Dixon. Antes al menos existía un freno, pues nunca hubo nada entre nosotros; jamás debí cambiar eso.

—¿Podrías dejarme en el centro de la ciudad? —Musité después de varios minutos— Tengo un vestido que comprar.

—Irás de cualquier modo —murmuró.

—El que no me haya invitado, no me hará desistir, no necesito de su compañía.

—Él iba a invitarte —confesó, lo miré atónita—, pero luego mencionó sobre tu reticencia y desagrado hacia esos eventos y optó por no ir sin ti, así que no fuiste la única a la que Marie tomó desprevenida.

—No entiendo, ¿te lo dijo?

—Se lo dijo a mi madre antes de que tú llegaras.

*Mierda.* Dexter no tendría que haberme dicho esto, debió quedarse callado, así yo hubiera seguido pensando que Dixon era un idiota.

La falta de comunicación entre nosotros sin duda, afectó.

Tiempo más tarde llegamos a mi destino, Dexter se orilló y antes de bajarme, volvió a tomar mi mano.

—Si necesitas ayuda, no dudes en pedírmelo, Holly.

—Gracias, lo tengo en cuenta.

Asintió y bajé del auto. Él se fue enseguida y esperé de pie bajo los rayos del sol durante unos segundos, trataba de procesar esta nueva información y esa advertencia que me puso los pelos de punta. Mi cariño y la confianza que tenía con Dixon, me hizo sentir segura y de algún modo, inmune a cualquier acto cruel de su parte, sin embargo, olvidaba que él era un mafioso, asesinaba a sangre fría y no se tentaba el corazón para hacerlo.

*Demonios, ¿en qué te has metido, Holly?*

—¿Holly?

Me volví al oír esa voz. Mi sonrisa no se hizo esperar.

—Linda —saludé amable.

—¡Holly! —Corrió hacia mí y me dio un abrazo como si fuéramos grandes amigas; un poco tensa y adolorida por su fuerza, se lo devolví— ¿Qué haces por aquí?

—Vine a buscar un vestido —respondí.

—¿Tiene algo que ver con la fiesta de aniversario?

—Sí, iré.

—¡Oh, al fin! —Celebró. Entrelazó nuestros brazos y comenzó a caminar sin siquiera preguntar nada— Yo estoy en lo mismo, así que busquémoslo juntas —sugirió.

—¿De verdad irá? —Indagué esperanzada.

—Claro, soy socia, lo que pasó con el imbécil de Dixon no me hará faltar a esa noche, es de mis favoritas. ¿Tienes pareja?

—No, voy a ir sola —expliqué. Chasqueó la lengua y entramos a *Versace*.

—Tonterías, irás conmigo —la miré—, quién dijo que necesitamos llegar del brazo de un hombre.

—Eso mejorará mi noche —acepté.

Le eché un vistazo a la tienda, nunca había entrado a ella y no porque no me gustaran los diseños, sino por los numerosos ceros que adornaban las etiquetas.

—¿Qué color te lucirá más? —Murmuró pasando de largo por una hilera de vestidos hermosos— Debes sacar a relucir tu belleza, al menos esa noche.

—Linda, dudo mucho que yo pueda pagar uno de esos vestidos, prefiero comprarlo en otra tienda.

—Será un regalo.

—No puedo aceptar algo tan costoso, vea cuantos ceros hay en esas etiquetas. —Rodó los ojos.

—Se te olvida con quien hablas —masculló—, esto no es nada, Holly, déjame regalártelo, tú me salvaste.

—¿Qué? No, yo solo le di un simple consejo.

—Un consejo que me hizo recapacitar y me ayudó a dejar de ser la alfombra de Dixon o cualquiera —replicó sincera—, por favor.

Me encontraba indecisa. No me sentía cómoda dejándola pagar tanto por un vestido.

—¿Sí? —Insistió, dedicándome un mohín que nunca imaginé ver en su cara.

—De acuerdo —susurré desconcertada. Sonrió complacida y la seguí por la tienda.

Las empleadas no paraban de mirarme por mi vestimenta, cuchicheaban y reparé en ello, mas no les di importancia, las comprendía, al lado de Linda me veía como una pordiosera.

—El negro es elegante —tomó un vestido precioso—, pero aburrido en ocasiones, y tú siempre has sido aburrida, necesitamos algo más... atrevido.

—Gracias —mascullé entre dientes. Linda rio al notar el sarcasmo en mi voz.

—De nada —me guiñó un ojo y esta vez se hizo de un vestido rojo

—, ay por Dios.

Lo admitía, el vestido era muy lindo; sin tirantes, largo, una sugerente abertura en la pierna, totalmente elegante, pero provocativo.

—Tienes que usarlo —sentenció.

Lo tomé entre mis dedos y acaricié con suavidad la tela. De pronto me hizo mucha ilusión vestirme bonita para un baile, pasar por todo el proceso y ser una princesa por lo menos durante unas horas y así borrar el oscuro recuerdo del último baile al que fui y cambió por completo mi vida.

—¿Qué pasa? Tu semblante cambió, ¿no te gusta? Veremos más

—me calmó.

—No —la detuve—, sí, me encanta, es solo que me emocionó usarlo.

<

—Sucedió algo en tu vida, ¿verdad? —Indagó, tomándome desprevenida—  
Tuve esa impresión —agregó.

—Sí, así fue.

—¿Un hombre?

—Varios de ellos —susurré, sin saber por qué le decía esto a ella.

—¿Quieres contarme? —Sonreí y negué despacio.

—Prefiero no hacerlo. —Asintió.

—Bueno, olvidemos eso y centrémonos en esto —señaló el vestido

—, además, ocupamos zapatillas y accesorios, haré la reservación en el salón de belleza y convertiré esa noche en una inolvidable para ti, no tendrás espacio para recordar otra.

—Gracias, Linda, pareces mi hada madrina.

—La más sexi que tendrás.

### ***Dixon***

Marie no dejaba de hablar, me provocaba jaqueca, ¿cómo hice para soportarla antes?

Sonreí. Ya lo recordaba, no hablaba porque estaba muy ocupada chupándome el pene.

Pero ahora usar esa opción para mantenerla callada, estaba descartada.

—Recuérdame dejarte a cargo de ella la próxima vez —siseé hacia Francis.

Marie parloteaba hasta por los codos, repetía lo mismo una y otra vez, no se detenía de señalar lo mucho que se inflarían nuestros bolsillos con el nuevo hotel. Había mencionado el nombre más de diez veces y estaba a punto de lanzarle el puto proyector en la cabeza.

—¿Averiguaste dónde está Holly? —Cambié el tema.

—Se encuentra con la señorita Linda, están de compras.

—¿Linda? ¿Qué hace Holly con esa golfa? —Mascullé. Parecía que Linda se esforzaba para recibir un tiro en la cabeza, aun no olvidaba que la perra me apuñaló.

—De compras —repitió.

—La pregunta no era para ti, idiota —espeté.

Arrastré la silla y me puse de pie, Marie, los dos socios que nos acompañaban, incluido Adam, me miraron mientras me adelantaba hacia la puerta.

—¿Querido? Aún no termino —comentó Marie.

—Ya escuché suficiente de tu letanía, Marie, el trato ya está cerrado.

Abandoné la oficina y me dirigí a la mía; al pasar por el escritorio de Holly, el puñal en mi pecho se retorció. Maldita sea.

Decir que me hallaba calmado, sería hacerme un mentiroso. Me costaba todo mi puto autocontrol no ir a buscarla, me esforzaba bastante para darle espacio y esperar que su enojo se bajara. Podía mantenerme alejado de ella un par de horas sin agobiarla, pero no más. No renunciaría a lo que teníamos y Holly tampoco lo haría.

Era mía y tarde o temprano tendría que aceptarlo.

Me serví un trago y tomé asiento en mi silla, tentado de tomar el móvil y llamarla. Merecía su rechazo, no lo negaba, debí actuar diferente esta mañana, debí ser sincero y directo como solía ser siempre.

Si tan solo Holly se diera cuenta de los cambios que hacía por ella.

Hoy ni siquiera hubiera estado en el almuerzo, ahora mismo seguiría en algún hotel follándome a Marie; si asistí, fue para dejarle en claro a Marie que nuestra relación era totalmente formal, ya no más sexo.

Aunque ese abrazo estuvo de más, *carajo*, yo y mis malditos impulsos.

No buscaba justificarme en lo absoluto, era solo que, Marie además de haber sido mi amante, era mi amiga de años, he ahí mi confianza, pero comprendía la postura de Holly, al ver a Dexter rozándole la mano lo único que quise fue cortársela.

—¿Todo bien, querido? —Averiguó Marie, entrando sin tocar— Te has comportado tan diferente, ¿qué cambió?

Se sentó sobre el escritorio, sus esbeltas y blancas piernas llamaron mi atención cuando las cruzó, dejándome ver más de lo que debería.

—Primero me rechazas y ahora estás tan malhumorado y cortante.

¿Hice algo malo?

—No —la corté—, deja de hacerme preguntas, me duele la cabeza.

—Podría ayudarte con eso —separó las piernas y alzó la tela de su falda, no llevaba bragas—, si tan solo me dejaras.

Pasé saliva y bebí de golpe el trago. Aparté la mirada y serví más alcohol. Estaba tan caliente y excitado, pero no era a ella a quien deseaba. Quería a Holly, solo quería follarla a ella, estuve a punto de tomarla esta mañana, ansiaba tanto perderme entre sus pliegues y escucharla gemir mi nombre mientras se venía en mi boca. *Joder*.

Me tenía duro y loco por ella.

—Dixon...

—Ya te dije que no, lárgate, tengo trabajo.

—¿Estás enamorado? —Cuestionó.

La miré como si estuviera loca. ¿Enamorado? Decir que lo estaba sería demasiado.

—Marie, somos amigos, pero mi paciencia tiene un límite y tú sabes lo que sucede cuando llego a él —recordé en tono tosco—, por tu propio bien, lárgate de mi oficina.

—Bien, lo averiguaré. Ese jueguito de zorras, no me molesta, pero

¿amor? Eso sí que no, Dixon. Me hiciste una promesa. —Hubiera reído en su cara si pudiera.

—Tenía cinco años —espeté.

—Y lo repetiste hace cinco años atrás —contratacó, decidida a no desistir con sus estupideces.

—Quería follarte, te habría dicho cualquier cosa —dije, encogiéndome de hombros. Su rostro se deformó por la ira y la indignación.

—Mi padre tenía razón al decirme que no me enredara contigo.

—Debiste escucharlo —mascullé tranquilo.

—Eres un imbécil y yo una estúpida por creerte —reprochó, incorporándose.

—En eso coincidimos —murmuré, terminé mi trago y fui por más.

Tenía serios problemas con el alcohol, pero al menos él no me hacía dramas, ni me dejaba con las ganas.

—No debí esperar por ti.



—No te las vengas a dar de santurrona, que no soy el único socio de tu padre al que le abres las piernas.

Se mostró ofendida y vociferando mil maldiciones contra mí, salió de mi oficina. Respiré más tranquilo.

*Al fin, maldita loca.*

Me sumí en mis pensamientos mientras el liquido en la botella se reducía, Francis entró, dijo algo, pero salió del mismo modo cuando le grité que me dejara tranquilo. Quería embriagarme para dejar de pensarla, o al menos hacer un poco más llevadero mi castigo.

No asimilaba la influencia que Holly tenía en mí, podía pasar de hacerme sentir el hombre más feliz, a reducirme a una simple mierda.

*Enamorado.*

La palabra volvió a repetirse. ¿Qué carajos sabía yo del amor? No había manera de que entendiera si lo que sentía por ella lo era o se acercaba.

—Señor Russo.

—¿No te dije que te largaras? —Exclamé hastiado de escucharlo.

—Pero se trata de...

—¡Me importa un carajo, Francis! —Interrumpí— ¡Largo!

No me encontraba en condiciones para lidiar con nada ahora, necesitaba arreglar las cosas con Holly y de verdad quería hacerlo; pude haberme follado a Marie, mas no lo hice por ella, porque me importaba.

Mi móvil timbró, miré el nombre de Dexter en la pantalla; la llamada terminó y reparé que llevaba más de diez llamadas perdidas suyas.

Qué puta insistencia.

En un segundo volvió a entrar otra y esta vez la tomé.

—¿Qué es tan urgente? —Increpé.

—Jodido imbécil —riñó—, deja de embriagarte, te necesito en la puta calle —enderecé el cuerpo—, ¡ya!

—¿Qué mierda pasó? —Averigüé, dirigiéndome a la puerta.

—Caruso se alió con Varone, destruyeron una de las bodegas y al parecer irán por otra. Tenemos que matarlos ya.

Terminé la llamada entre el crujir de mis nudillos aplastándose con fuerza.

Esos italianos llegaron en el mejor momento, desquitaría mi furia con ellos.

Me hice de mi arma y salí de mi oficina, Francis caminaba de un lado a otro, nervioso. Al verme, es como si el alma le hubiera regresado al cuerpo.

—Cuando sean situaciones como esta, encárgate de decírlas antes de que te mande a la mierda —dije molesto.

—Sí, señor, lo siento.

—¿Señor Russo? —Inquirió una voz femenina detrás de Francis.

Miré a la mujer alta y esbelta que esperaba de pie a unos metros de nosotros, parecía una figura siniestra en medio del pasillo desolado.

No la conocía, jamás en la vida la había visto. Llevaba un abrigo oscuro, al bajar mis ojos por su cuerpo, reparé en el arma que sostenía en su mano y mi ser entero entró en tensión.

Lo que sucedió a continuación, ocurrió en un parpadeo.

Ella disparó contra nosotros, el cuerpo de Francis recibió una bala tras otra, mientras mi arma respondía a su agresión a la misma velocidad, a pesar de tener un tumulto de alcohol en las venas, logré herirla.

—¡Maldita perra! —Siseé irascible, acercándome a ella.

—¡Dixon! —Miré a Adam, salió del ascensor, arma en mano, corrió hacia nosotros por el pasillo y disparó a la cabeza de la mujer, matándola al instante.

—¿Qué hiciste, imbécil?! —Lo tomé de la chaqueta— ¡Me servía más viva que muerta!

—¡Iba a matarte! —Replicó, bajó la mirada y seguí su curso—

Dixon...

—Mierda —susurré.

Me desvanecí, con la imagen de mi camisa cubierta de sangre.

Ella me había disparado.

## **Capítulo 22**

### ***Holly***

Nos tomó horas tener todo listo para la fiesta. Gracias a este día pude recordar cuanto odiaba ir de compras, terminaba hastiada y con dolor en mis pies. Fue un alivio cuando pude llegar y echarme en mi cama, aunque esta no se sintiera igual de cómoda que la de Dixon.

Suspiré con la mirada en el techo.

Él no me llamó, tampoco envió mensajes, y aunque no lo quisiera, mi mente traicionera creaba cientos de hipótesis, la mayoría incluía mujeres y una mínima parte se inclinaba a que él era lo suficientemente maduro para darme espacio, y por ello extendió un silencio entre ambos.

Siendo franca, ignoraba qué haría con Dixon... con ese efímero nosotros.

Tenía mucho miedo de salir lastimada. Recordaba sus gestos con Marie y me enfermaba, si continuaba a su lado y permitía que los sentimientos se incrementaran, la sensación ante otra situación similar, sería peor.

Todo sería más fácil si no albergara cariño por él, pero aquí estaba: queriéndolo intensamente.

El sonido de mi móvil interrumpió mis pensamientos y causó un cosquilleo en mi estomago al sopesar la idea de que se tratara de Dixon. Me incorporé deprisa y cogí el móvil de la mesa, vi el nombre de Dexter en la pantalla. Decepcionada, respondí.

—Hola, Dexter.

—Holly, seré breve —dijo y se oía preocupado—, hirieron a Dixon, lo han llevado al hospital, creí que querías saberlo.

Trastabillé y mi mano se asió al respaldo de la silla, la noticia me cayó como un balde de agua helada. El primer sentimiento que experimenté fue miedo, luego dolor. Si bien, estaba preparada para recibir este tipo de noticias a causa de su estilo de vida, nunca me acostumbraría, esta era la primera vez que lo herían y... estaba aterrada.

—Iré para allá, ¿sabes cómo está? —Pregunté, cogí mis llaves y mi bolso, saliendo rápido del departamento.

—No, solo sé lo que Adam me dijo. Te veo allá.

Colgué y metí el móvil dentro del bolso, bajé los escalones corriendo, me olvidé de la herida que aún seguía molestándome de tanto en tanto, ahora Dixon era lo único que me preocupaba.

Tenía que estar bien, por Dios, era Dixon Russo, no les sería fácil acabar con él.

Llegué a la acera y el aire golpeó mi cara, se me dificultaba respirar, el pánico apretujaba cada partícula de mi ser y estuvo a punto de paralizarme entera.

Detuve un taxi y le di indicaciones, apenas era consciente de lo que sucedía a mi alrededor.

¿Y si moría?

Negué. No. Él no podía morir.

Apreté la mano contra mi pecho, cayendo en cuanto de todo el cariño que había en mi corazón; a pesar de lo que él era, de las diferencias que teníamos, eso no cambiaba nada, yo lo seguiría queriendo sobre todas las cosas. Protector, posesivo, patán, celoso, ángel o demonio, conocía cada una de sus facetas y en cualquiera de ellas, lo que sentía por él prevalecía.

Minutos más tarde el taxi se detuvo a las afueras del hospital, el cual era un caos. Había muchos reporteros pululando en la entrada, aglomerados en busca de una noticia para sus revistas amarillistas.

Le pagué al taxista y me aventuré hacia el interior del edificio, pasé de largo de toda esa gente, nadie me prestó atención, sin embargo, cuando Dexter llegó y su brazo descansó en mi espalda baja, no se hicieron esperar los gritos que llevaban preguntas en ellos, además de las luces cegadoras de los flashes. Maldije en mi interior, Dexter lo hizo en voz alta.

—Llegamos justo a tiempo —señaló. No respondí, no podía hablar.

Entramos al ascensor. Dexter se comunicaba por el móvil, mas no intenté entender lo que decía, no me importaba, solo necesitaba llegar para tener

noticias de su hermano.

—Francis murió —comunicó de improviso, lo miré—, solo estaban ellos dos.

Aparté la vista y mi corazón se doblegó por el miedo y la tristeza.

Francis era un buen chico, lo lamentaba demasiado por él.

—Pude haber sido yo —musité trémula. Las puertas del ascensor se abrieron y ambos salimos.

—Son los riesgos a los que te expondrás, Holly. Jamás lo olvides.

Y no lo olvidaba, mas no me asustaba ni amedrentaba, por supuesto, era consciente del riesgo, pero este siempre estaría presente en nuestras vidas y se volvía inevitable. Claro, que al llevar una vida delictiva el riesgo se incrementaba aun más, sin embargo, todo se equilibraba en una balanza. La mafia te quitaba, pero también te daba.

Atravesamos un pasillo y me encontré con Taylor y un puñado de hombres armados dispersos por todas partes. La seguridad era mucha.

—¿Cómo está? —Preguntó Dexter tan solo al llegar. No había rastro de sus padres.

—Estable, recibió la bala en un costado, afortunadamente no dañó ningún órgano —explicó serio.

—Bien, necesito que averigües cómo mierda pasó —siseó entre dientes—, ¿cómo pudieron llegar a mi hermano?

—Estoy en eso, señor —murmuró.

—Ve a hacerte cargo, ¿la seguridad está en orden?

—Sí, señor.

—Retírate.

Enseguida obedeció, Dexter me miró cuando una llamada entró a su móvil. Maldijo por enésima ocasión.

—¿Podrías quedarte un momento a esperar noticias? Tengo que salir, hay un caos en las calles —susurró preocupado—, y sin Dixon al frente, tratarán de tomar ventaja.

—No te preocupes, ve, te llamaré ante cualquier novedad.

Besó mi mejilla y volvió por donde llegamos, no sin antes darle ordenes al encargado de la seguridad del hospital. Yo me precipité hacia el sofá en la sala de espera, angustiada y ansiosa por ver a Dixon y asegurarme de que estuviera bien.

—Disculpe, ¿usted es familiar del señor Russo? —Me abordó una enfermera, parecía asustada. Entonces raparé en que yo era la única persona en el piso que no se encontraba armada.

—Sí, yo... yo soy su novia —mentí.

—Él ya despertó, pero está empeinado en abandonar el hospital y aun no se encuentra en condiciones de hacerlo.

Tallé el puente de mi nariz. *Dixon siendo Dixon.*

—¿Puedo pasar a verlo?

—Justamente quería pedirle que lo hiciera, sígame.

<

### ***Dixon***

No sentía dolor, solo furia.

Necesitaba largarme de aquí, no estaba para perder el tiempo postrado en una cama cuando los malditos italianos se encontraban destruyendo mi ciudad. Hijos de puta miserables.

—Señor Russo, no puedo dejarlo ir —repitió la enfermera, se acercó con toda la intención de tocarme.

—No se atreva a ponerme las putas manos encima o se las cortaré

—amenacé y no bromeaba. La condición de mi temperamento no era la mejor y no me importaba quemar el jodido mundo.

—Recibió un impacto de bala, debe quedarse donde está o lo sedaré para que lo haga.

—Usted pone esa mierda en mi sistema y juro que será lo último que hará en su patética vida.

El temor atravesó sus rasgos, pero fue efímero. Era una mujer madura, de semblante duro y serio, no parecía verse intimidada ante mi comportamiento y amenazas.

—Yo me haré cargo, enfermera —dirigí la vista a la puerta—, él se quedará en esa camilla.

—Bien, más le vale que lo mantenga ahí o lo sedaré —reiteró su amenaza.

—Quiero verla intentarlo —siseé.

La enfermera me dedicó una mirada despectiva y se largó de la habitación, a estas alturas no dudaba que inyectara algo en mi vena para asesinarme, era obvio que le desagradaba y el sentimiento era mutuo.

—¿Qué haces aquí? —Espeté. No la quería cerca, no cuando tenía a mis enemigos preparados para atacarme en cualquier momento.

No respondió y se precipitó hacia mí, al tenerme cerca sujetó mis mejillas, las hebras de su cabello ondulado me hicieron cosquillas en la cara, luego ella depositó un beso en mi frente. Respiré profundo y no pude resistirme a su aroma y su calor, a lo que sentía en mi pecho al saber que, a pesar de haberlo arruinado con ella, seguía volviendo a mí, sin amenazas o presiones de mi parte.



—Estás bien —susurró aliviada.

—Se necesita más que eso, nena —murmuré; sostuve sus manos entre las mías—. Tienes que irte de aquí, Bridger, ahora es peligroso, estar conmigo lo es.

—No te dejaré, voy a quedarme y tú también —sentenció tajante.

Se apartó y la determinación detonó en su tierno mirar. Toqué el contorno de su cara y rocé mi pulgar contra su labio inferior.

—Me negaba a morir sin poder verte una vez más.

—No digas eso —cerró despacio sus ojos—, ellos no podrán contigo, tú jamás te rindes, tienes suficientes razones para no hacerlo.

—Quédate a mi lado, Bridger, dame otra razón para querer vivir.

—Estaré contigo, Dixon —susurró cohibida, evitó mirarme.

—¿Siempre? —Sonrió. Era tan hermosa.

—No te aproveches de tu condición —riñó.

—Pude morir —articulé en voz baja.

Me observó y sacudió despacio la cabeza, alborotó más su aroma, volviéndome loco por hundir mi nariz entre sus hebras.

—Basta —se apartó y tomó asiento en la incómoda silla a mi lado—,

¿cómo te sientes?

—De la mierda —respondí—, y no precisamente por la herida, necesito salir de aquí y hacerme cargo.

—Dexter y Taylor ya lo están haciendo, así que despreocúpate.

—Es mi trabajo masacrar a esas ratas italianas.

—Primero es tu salud —insistió sin dar su brazo a torcer.

—Estoy bien, un poco de morfina bastará.

—He dicho que no —espetó seria—, deja de ser tan terco y por una vez en tu vida obedece.

Respiré profundo, totalmente resignado sin sentir la mínima pizca de dolor en mi cuerpo, solo se sentía entumecido, quizá por los medicamentos que me administraron. Me moví hacia un lado sobre la camilla que me resultaba de lo más incómoda.

—Sube —indiqué, palmando el lugar extra en la camilla.

—No, vas a lastimarte, el espacio es reducido.

—Es más que el de tu cama y creo recordar que dormimos muy bien en ella —dije burlesco.

—Dixon...

—Sube o no me quedaré quieto, sabes lo estresante que puedo ser si no tengo lo que quiero —recordé. Entornó los ojos y se incorporó.

—Eres un chantajista manipulador.

Subió a la camilla, se quitó los zapatos y se acomodó sobre su costado sano, aun recordaba su herida. Movié el brazo por encima de mi abdomen vendado y descansó la palma en mi pecho. Su calidez me reconfortó, besé su frente y la atraje más a mi cuerpo; al tenerla a mi lado las cosas mejoraban y el mundo entero podría irse a la mierda sin que me afectara.

—Necesito estar al borde de la muerte para que me perdones... lo anotaré para la próxima vez que lo arruine.

Me dio un golpe en el costado, me quejé, eso me había dolido.

—Carajo, Bridger.

—Pensé que no te dolía —masculló.

—Solo bromeaba —toqué mi costado—, no pienso arruinarlo de nuevo.

—No quiero hablar de eso ahora.

—Necesito hacerlo o me volveré más loco de lo que ya me tienes.

—No me culpes de tus desórdenes mentales —replicó, haciéndome reír.

Ansioso busqué sus ojos, me fascinaba mirarlos, mirarme en ellos; Holly alzó la vista y desplazó la mano hasta mi mejilla. Nos quedamos en silencio por breves minutos; ella sondeaba a través de mis ojos en busca de algo, mientras que yo, ahondaba en los suyos, dispuesto a ser dueño de ese dulce mirar.

—¿Me dejarás intentarlo otra vez? —Inquirí.

Tenía una herida de bala en el costado, a dos familias de mafiosos italianos detrás de mí, pero en lo único que podía pensar cuando la

tenía cerca, era en poseerla en todos los sentidos. Debía arreglar el desastre que hice y ser cuidadoso para no volver a arruinarlo.

—¿Qué pasa si digo que no? —Tensé la mandíbula.

—Quisiera decirte que nada —acuné su cuello con la mano—, que te dejaré en paz, pero sería mentirte. Te tengo metida en mi cabeza y en mi corazón, no estoy bien sin ti y contemplar la idea de perderte me enfurece tanto como me lastima.

—Tu intensidad me abruma, es como si estuvieras empeñado en consumirme —musitó trémula, siendo cautelosa.

—Quiero hacerlo, Bridger, consumir cada parte de ti.

—¿Y si me rompes el corazón?

—Sí, hay algo dentro de ti que quiero romper, pero no se trata de eso.

—Parece que te esfuerzas para que te diga que no —espetó. Reí un poco.

—No voy a lastimarte, Bridger, dame una última oportunidad, por favor. Solo una.

—Si fallamos, dame tu palabra de que no lo forzaremos más.

Tragué en seco y cerré por unos instantes los ojos. Su condición me dejaría en una situación complicada, y a la vez sería el impulso suficiente para hacer las cosas bien, pues tendría presente que no habría otra oportunidad para recuperarla.

—Te lo prometo.

## **Capítulo 23**

### ***Dixon***

Terminé de ponerme la camisa sin quitarle la mirada de encima a Holly.

No dormí, no pude, cuando sabes que en cualquier momento alguien puede llegar y llenarte de balas el cuerpo, es difícil conciliar el sueño, peor para mí que no estaba dispuesto a permitir que alguien dañara a Holly. La cuidé, a pesar de que era yo quien necesitaba los cuidados. Hoy la herida dolía y molestaba, mas no lo suficiente para imposibilitarme, solo restringía un poco mis movimientos, nada que las drogas no pudieran solucionar.

Quedarme en una camilla recuperándome sin hacer nada, no era una opción.

Observé la figura de Taylor, se desplazó dentro de la habitación en total silencio. No se volvió a mirar a Holly, quien se mantenía aun con los párpados cerrados.

—¿Qué me tienes? —Pregunté en un susurro. No quería despertarla.

—Cerramos todas las salidas, no hay forma de que puedan huir. El mismo *Don* está aquí, con soldados de Varone.

—Nada me quita de la cabeza que tanto Varone como Di Marco, tuvieron que ver con la muerte de Sebastián —mascullé—, serán otros en la lista, debemos aniquilar a toda esa plaga italiana.

—La gente está preparada, los estamos cazando, su hermano se encuentra a la cabeza.

—Es lo que debió haber hecho, pero eso me pasa por imbécil, por confiar que se haría cargo —espeté; me puse la chaqueta, efectué una mueca ante el movimiento—. Averigua en los sectores privados, Caruso no se quedará en una pocilga.

—Ya tengo a alguien haciéndose cargo, señor. —Asentí.

—¿Francis? —Negó despacio; lastima— Encárgate de los detalles con su familia.

—Sí, señor.

—¿Alguien más salió herido?

—No, solo usted y Francis, la mujer sabía cuando estaría solo, sin duda, alguien de adentro la ayudó a entrar —dijo serio.

—Sí, lo sé, yo tomaré ese asunto, tengo una idea de quien me traicionó —murmuré pensativo—. Bien, la seguridad de mi familia es tu prioridad, no quiero más bajas.

—¿Y la de ella? —Inquirió, refiriéndose a Holly.

—De Bridger me encargo yo. Retírate.

Sin decir más abandonó la habitación y enseguida la enfermera ingresó. Me hizo mala cara, cruzándose de brazos.

—Debería estar en esa camilla —espetó—, el medico no le firmará el alta.

—¿Quiere que le diga lo que puede hacer con su alta? —Repliqué, acercándome a Bridger.

La enfermera mascullo algo a lo que no presté atención, por mí podía irse al demonio. No pasaría un día más en este sitio, me desagradaba.

—Bridger —la llamé, mis dedos rozaban su cara—, es hora de irnos.

Desorientada, entreabrió despacio sus ojos, los talló y se incorporó con su escrutinio sobre mi persona.

—¿Qué haces? Vuelve a recostarte, aún no estás bien —susurró adormilada.

—¿Siempre comienzas el día lanzando ordenes? —Inquirí burlesco.

Se puso de pie.

—Algo que aprendí de ti —repuso.

—Debemos irnos —le di su suéter, ella trataba de acomodar su cabello, era una maraña castaña—, no es seguro seguir aquí.

—Pero tu herida...

—Está bien —tomé su mano, un simple gesto me hizo sentir mucho

—, me cuidaré.

No lo quedó más que resignarse y juntos abandonamos la habitación. Necesitaba llegar a casa y darme una ducha en un baño decente.

Atravesamos los pasillos, mi gente cuidándome las espaldas, mi mano sujetando con firmeza la de Bridger, mi atención en todo mi entorno, era urgente que recuperara la paz en mis territorios.

Salimos por la puerta trasera, incluso ahí los malditos reporteros se encontraban a la espera, ¿es que esos imbéciles no se cansaban?

Sin perder tiempo subimos a una de las camionetas que ya nos esperaba, eludiendo el alboroto; Bridger se presionó contra mi cuerpo, mi brazo descansó sobre sus hombros, besé su sien.

—¿A dónde vamos? —Averiguó.

—A casa de mis padres, nos quedaremos ahí —respondí con la mirada en las calles, todo se veía tranquilo a simple vista, pero había sangre derramándose.

<

—¿ *Nos*? Dixon, no puedo dejar a Theo solo —murmuró, siempre preocupada por esa bola de pelos.

—Ya envié por él.

—¿Y todo esto sin preguntarme?

—Lo hago para cuidarte, me sentiré más tranquilo teniéndote bajo mi techo —la miré, su rostro no expresaba nada, pero sus ojos exigían la verdad—, y sí, también es un pretexto para tenerte cerca.

—Dixon...

—Solo mientras esto acaba, por favor, Bridger, ponerle seguridad a tu edificio no es complicado, pero no estaría en paz sabiéndote sola allí.

Apretó los ojos y sacudió la cabeza, sonreí interiormente, había ganado.

Apenas puse un pie dentro de la mansión y mi madre me abordó con cientos de preguntas que gracias a la mirada severa de Holly tuve que responder con toda la paciencia que no supe de dónde diablos saqué. Llevaba media hora sentado en el sofá escuchándola hablar de cuan angustiada estaba.

—Pediré que les preparen algo para comer —continuó—, Holly, muchas gracias por cuidar de él, a mí nadie me dice nada —se quejó. Rodé los ojos.

—No tiene nada que agradecerme —habló deprisa Holly, consciente de que estaba listo para despotricar.

Desvié la vista de ellas, mi atención se centró en las voces provenientes de la entrada, me incorporé y en segundos mi padre,

Dexter y Marie estuvieron acompañándonos. Solté una maldición por lo bajo, solo esto me faltaba, que la maldita loca estuviera rondando en mi casa como una puta plaga. ¿Qué no se había largado?

—¡Querido! —Exclamó mientras corría hacia mí con toda la intensidad de tocarme— Estaba muy preocupada por ti.

Antes de que pusiera sus zarpas en mi cuerpo, sujeté sus muñecas, deteniéndola; la decepción le deformó los rasgos.

—Puedes continuar con tus demostraciones de afecto a un metro de distancia de mí —mascullé, soltándola de golpe. Holly se puso de pie.

—¿Seguirás molesto? —Susurró agobiada, como si no supiera que más hacer.

La ignoré y entrelacé mis dedos con los de Holly, llamando la atención de las cuatro personas en la estancia.

—Bridger y yo estamos juntos, tenemos una relación, espero eso les quede claro a todos. —Miré a Marie y luego a Dexter, diciéndole sin palabras que ese mensaje también iba para él, lo quería lejos de mi chica.

—¿Qué? —Increpó Marie— Debes estar bromeando —agregó, le dedicó una mirada de repudio a Holly—, ¿con... esta?

—Mucho cuidado con lo que dices —advertí, Holly puso su mano en mi pecho y sonrió, en silencio me pedía que lo dejara pasar.

—¡Qué alegría, hijo! —Celebró mi madre, tratando de romper la tensión. Marie y yo no dejábamos de mirarnos.

—Pensé que nunca vería este día —murmuró mi padre.

—Qué valor, Holly —agregó Dexter—, te compadezco.

—Sé que es otro de tus juegos —mencionó despacio, miró a Holly

—, cuando se canse de ti hará lo mismo que hace con todas: te dejará.



—Quizá, pero a diferencia de ti, yo cuento con la dignidad suficiente para no arrastrarme por la atención de un hombre que ya ha dejado en claro que no tiene el menor interés en mí.

El rostro de Marie se puso de todos los colores, mi padre no soportó la risa y Dexter mucho menos, ella no se quedó a recibir más humillación y salió maldiciéndonos a todos. Miré a Holly que se hallaba de lo más tranquila, era tan difícil verla demostrar sus emociones.

—Cielo santo, ella se veía muy enojada —murmuró mi madre.

—Qué importa, mujer —se acercó papá y palmeó mi hombro—, eres afortunado, hijo.

—Lo sé. Y si nos disculpan, queremos descansar —dije serio.

—Claro, vayan, y Holly, bienvenida a la familia.

—Gracias, señor Russo.

Me apresuré para sacarla de ahí, ya la había compartido suficiente con ellos, ahora era mi turno. Había sopesado la idea de quedarnos en mi pent-house, pero, aunque fuera un hijo de puta, me preocupaba mi familia y estar con ellos me tranquilizaba por si las cosas llegaban a salirse de control. Aquí estaba todo lo que me importaba.

—¿Está todo bien en esa cabecita? —Pregunté.

Abrí la puerta de mi habitación y la invité a entrar primero.

—Sí, ¿por qué no habría de estarlo?

Cerré la puerta y puse el pestillo, solté su mano y me deshice del saco, arrojándolo sobre el sofá.

—Solo quería asegurarme.

—Voy a dejarte para que te duches, iré a ver si tu madre necesita ayuda con algo.

Pasó por mi lado, enganché mi brazo a su cuerpo, deteniendo cualquier intención que tuviera de dejarme.

—No vas a salir de aquí, nena —susurré—, mi madre tiene un sinfín de sirvientes, no te necesita, yo sí.

No replicó, sabía que no había nada que pudiera hacer. La llevé al baño, también cerré la puerta y encendí la luz. Ella se puso nerviosa, trataba de disimularlo. Mis dedos fueron a los botones de mi camisa y comencé a soltarlos.

—¿Acaso quieres que te vea ducharte? —Inquirió.

—Me conoces lo suficiente para saber que eso no es lo que harás.

Pasó saliva y evitó mirarme, sus mejillas estaban poniéndose rojas.

Me provocó ternura, resaltaba sus pecas y acentuaba su belleza natural.

Mi camisa cayó al suelo y le di la espalda a Holly.

—¿Me ayudas? —Señalé el vendaje en mi abdomen que era igual al que ella tuvo.

Enseguida sentí sus dedos entorpecidos por los nervios deshacer la presión de la venda. Me gustaba sentir su piel rozando la mía, causaba un sinfín de sensaciones en mí y hasta ese momento descubrí cuan vacías se volvían las caricias dadas solo por simple placer. Holly no solo me excitaba y despertaba el deseo, sino que, era capaz de calmarme, de hacerme feliz, sonreía por ella, me convertía en una persona diferente a su lado. Dejaba de ser un

patán, me comportaba y toleraba a las personas, es como si Holly hubiera puesto un collar en mi cuello.

Definitivamente estaba rendido a sus pies y haría su voluntad.

—Es la primera vez que te disparan —susurró, sus dedos rozaban la herida en mi costado; había un color rojizo y purpura rodeándola.

—Y no será la última.

—Preferiría creer que sí. Me asustaste —confesó.

—No pienses en eso.

Le saqué el suéter de encima, se quedó quieta cuando continué con los botones de su blusa blanca, debajo visualicé un top ajustado del mismo color.

—¿Qué haces? —Musitó vacilante.

—Desnudarte —simplifiqué.

Acaricié su piel al deslizar la tela por sus hombros. Tomé el dobladillo del top y no me detuvo cuando se lo quité, dejándola solo con el sostén. Con la yema de mis dedos toqué su tatuaje y bajé despacio hasta su costado, donde tenía esa cicatriz. Se estremeció y retrocedió de inmediato.

—No retrocedes cuando te desnudo, pero sí cuando te toco ahí —

puso su mano sobre la cicatriz—, ¿qué fue lo que pasó?

—No lo hagas —rogó—, no me pidas hablar de eso.

—¿Por qué?

—Porque es una parte de mi pasado que aún me lastima —

respondió en voz baja.

—Quisiera escuchar de qué se trata.

—No hoy —decretó deprisa.

Eliminé la distancia que nos separaba, rodeé su cuerpo para alcanzar el broche de su sujetador. Ella sacó la correa del cinturón y desabotonó mis pantalones. El sujetador le hizo compañía al restante de la ropa, mi lado

perverso se regodeó observando sus senos, eran perfectos, rellenos, firmes, sus pezones de un color rosáceo que me fascinó.

—¿Qué planeas? —Indagó, sacándome los pantalones de encima.

—Solo una ducha para ambos. Aún no estás en condiciones.

—Yo no soy la que tiene una herida de bala reciente.

—Eso no me habría detenido.

—No puedo decir que me sorprende —masculló detrás de una sonrisa.

Reí y la atraje a mi cuerpo, el calor del suyo se fundió con el mío, mientras nuestros pechos se presionaban con firmeza. Besé su cuello al tiempo que terminaba de desnudarla, quitándole la falda. Vi su reflejo en el espejo y todo mi ser reaccionó ante su imagen perfecta. Llevaba encaje negro, resaltaba la piel blanca; arrastré mis manos hasta su trasero, lo apreté y empujé mi pelvis contra ella.

Jadeó despacio.

—¿Podrás controlarte? —Inquirió divertida.

—Tengo que hacerlo, Bridger, tu primera vez debe ser especial —  
susurré en su oído.

—Contigo siempre lo será —acotó. Busqué sus ojos.

—Me gusta cuando te muestras —acaricié sus labios con los míos

—, cuando dejas tus temores de lado. Los quiero destruir, Bridger, hacerte entender que no te voy a lastimar.

Me devolvió una sonrisa y unió nuestras bocas. Su mano sujeta a mi nuca, las mías en su cintura. La besé como no lo había hecho en días, sin contenerme, olvidándome de mis heridas y de las suyas, decidido a seguir probando su boca cada vez que lo quisiera.

Mi mente gritaba una y otra vez que ella era mía, mientras otra parte de mí repetía que era yo quien le pertenecía.

Avancé hacia la ducha sin soltarla, a tientas abrí el grifo y el agua nos cubrió los cuerpos. Despacio la acorralé contra la pared, entonces me permití tocarla con total descaro; acuné la redondez de su seno y lo sostuve con cuidado. Sus pezones se endurecieron, gimió en mi boca y embestí con mi lengua su interior, jugando con la humedad y el sabor de la suya.

Mi pene se puso más duro, sentía la excitación azotarme con fuerza, mis manos picaban por separarle las piernas y hurgar en el calor de su centro.

—Hiciste que mojara mis bragas —susurró, agitada y sonrojada.

—Entonces deberíamos quitártelas —sugerí sobre su boca.

Tomé ambos lados de sus bragas, las rompí con facilidad, arrancándolas de su cuerpo. Los jirones de encaje descansaron en mi mano, los apreté.

—Un recuerdo, Bridger, me las quedaré.

—Dudo que te queden, además las rompiste —se quejó, tocándose las líneas rojizas en su piel—, ¿para qué las quieres?

—Para masturbarme con ellas cuando tú no estés.

Su boca se abrió y cerró un par de veces. Reí y me incliné frente a ella, obvié la punzada de dolor en mi costado.

—Perverso.

—Me conoces, nena —la miré desde abajo—, ¿vas a detenerme?

—Inquirí, sujetándole los muslos. Negó despacio.

Fue todo lo que necesité. Separé un poco sus piernas, su sexo desnudo me incitaba a probarlo. Ella estaba depilada y quise saber por qué demonios iba así, pero sería en otro momento. Incliné mi cara hacia la unión de sus

muslos, palpé su calor y luego mi lengua se abrió paso entre sus pliegues. Holly tembló y la vi cerrar los ojos.

—Mírame —ordené—, quiero que mires lo que hago contigo.

Bajó la mirada, sus labios entreabiertos. No aparté mis ojos de ella mientras mi lengua castigaba con placer el brote hinchado y duro que se volvió su clítoris. Chupé con deleite, lamí de norte a sur, palpé la humedad contra mi lengua y mi erección se estiró dolorosamente bajo la tela apretada de mi bóxer.

—Dixon... —Gimoteó.

—¿Sí, Bridger?

Hundí mi boca en su coño en busca de más. Rocé la entrada de su vagina y ahí el calor era más intenso, los fluidos de su excitación acababan en mis labios y deseé lubricar mi pene con ellos, mezclarlos con los míos una y otra vez.

—Siento... oh Dios...

—¿Qué sientes? —Mordisqueé sus pliegues, primero uno, luego otro, atrapándolos en mi boca.

—Calor —respondió en un susurro apenas audible. Su cara se distorsionaba por el placer que yo le daba—. Quema, mi cuerpo arde.

—Lo sé —apreté sus muslos y estimulé con mayor vehemencia ese manojito de excitación en ella—, te siento.

—Es... es... intenso, Dixon, no puedo.

Tensó el cuerpo, comenzaba a contraerse y humedecerse aun más.

La lujuria del momento me sedujo, no paré de probarla, una y otra y otra vez, labios, lengua y dientes; dolor y placer, sus gemidos aumentaron, mi mano tocó el bulto duro en mi entrepierna, bajé la tela del bóxer y sostuve

mi pene erecto, masturbándome sin desatender a mi preciosa chica que contoneaba sus caderas en busca de mi lengua.

Cogió mi cabello y tiró de él, ruda y exigente.

—Pídemelo —gruñí excitado, mi mano ceñida a mi pene, agitándose de arriba abajo.

—Quiero más de tu boca.

—¿Cómo se dice, nena? —La torturé, me miró mal.

—*Por favor.*

Le di lo que pidió, degusté cada espacio de su coño como una golosina, la sentía tan tensa, apretaba las piernas, tiraba de mi cabello y pronunciaba mi nombre entre gemidos bajos. Empujé su deseo al límite, me centré en estimular el lugar indicado, el mismo que la hizo perder la cabeza. Balanceó su pelvis y gritó mi nombre cuando se vino en mi boca.

—Amo el sabor de tu orgasmo —susurré, llevándome cada gota de él.

Me incorporé y aplasté su boca con la mía, embestí con mi lengua y volvió a gemir al verse dominada por mí. Entretanto, mi pene se presionaba contra su sexo aun palpitante. Con la punta abrí sus pliegues y siseé bajo al sentirla piel con piel, su calidez amenazaba con hacerme arder, y empeoró cuando su delicada mano sustituyó la mía.

Retrocedí lo suficiente para verla a los ojos.

—Déjame ayudarte —musitó, su lengua probó mi labio inferior.

—Estoy conteniéndome demasiado para no hundirme en ti.

—Qué autocontrol, señor Russo.

Sujeté su cuello y ejercí presión, ella sonrió y me retó con la mirada mientras me masturbaba.

—No me llames así otra vez o mandaré a la mierda mi autocontrol y si eso sucede, no seré el único que perderá algo.

Se mordió el labio y apretó mi pene, jadeé.

—Carajos, Bridger.

Apoyé mi frente en la suya, mi mirada en su mano que sostenía mi falo más que erecto. Sus delicados movimientos estaban matándome.

—Córrete sobre mí —incitó. Una ola de calor azotó mi cuerpo y este engrosó mi pene.

—Eres mi puta perdición, joder.

Cubrí su mano con la mía, aumenté los movimientos, me deslicé entre sus pliegues, me tensé entero y volví a retroceder cuando el orgasmo me golpeó sin sutilezas; arrasó con todo de mí, el placer se extendió deprisa mientras mi semen manchaba su abdomen y escurría a través de él, yéndose con el agua.

Deshice mi agarre en su cuello. Agitado, deposité un beso en la sonrisa que formaban sus labios.

—Te quiero tanto, Bridger —musité con la respiración entrecortada.

—Puedo jurar que sí —me regaló una caricia—, también te quiero.

## **Capítulo 24**

### ***Holly***

Terminé de colocarme una camiseta de Dixon. Recordó traer a mi gato, pero no mi ropa.

Tuve que usar otro bóxer, no me desagradaba, como lo mencioné anteriormente, eran bastantes cómodos, aunque admito que él los lucía mejor que yo. La tela se ajustaba a su figura y resaltaba el gran bulto en su



entrepierna. Sonreí. Ya no me avergonzaban mis pensamientos perversos y estaba dejándolos fluir más. No me contendría.

—Me encanta que uses mi ropa —rodeó mi abdomen, besó mi cuello y lo recorrió con su nariz—, y me encanta que huelas a mí —

mordió mi piel y reí—, solo mía, Bridger.

—¿Es posesividad lo que atisbo en tu voz? Uhm... estoy segura que si pudieras marcarme, lo harías —dije, enfrentándolo. Sonrió de lado

—. Lastima.

—Nada que un tiro en la cabeza no pueda solucionar.

Negué por sus ocurrencias que no tenían nada de divertido porque eran la más pura realidad. Bajé la mirada a su abdomen, este ya tenía un vendaje en él.

—Veo que ahora ya no estás convaleciente, ¿eh? —Inquirí, toqué el vendaje y arrastré los dedos hasta su pecho.

—Pretextos que uso para meterte mano —se mofó. Le propiné un golpe que ni siquiera lo inmutó.

—Como si los necesitaras —repliqué. Apretó mi trasero y me atrajo más a su cuerpo semidesnudo.

—Contigo sí, porque si hago las cosas a mi manera, terminarás huyendo de mí.

—¿Y me dejarías huir? —Sus dedos se desplazaron por mi muslo en dirección a mi entrepierna.

—Iría por ti —rozó mi sexo y siguió hasta mi abdomen—, no puedes escapar, Bridger, no de mí.

—Nunca te resignas.

—No me resigno a perder lo que quiero y para tu desgracia, te quiero a ti, conmigo, siempre.

Depositó un beso en mis labios y se apartó, dejándome callada y con sus palabras repitiéndose en mi cabeza, no como un eco, sino como una sentencia.

Me senté en la cama, lo observé vestirse con suma tranquilidad mientras yo rememoraba nuestro encuentro en el baño. Sonreí por dentro y a la vez, temblé de nerviosismo. En cuanto nos encontramos solos, dudé poder ceder ante él por completo, los temores del pasado seguían rondando en mi mente que cuando se arrodilló ante mí, estuve a punto de retroceder, sin embargo, me miró y preguntó antes de tocarme; fue un incentivo para permitirle el acceso a mi cuerpo y por Dios que no me arrepentía.

Me esforcé por imaginar que Dixon era el primer hombre al que yo tocaba, estuve decidida a no darles más poder sobre mí a esos fantasmas que a la distancia continuaban atormentándome.

—¿Qué pasa? —Interrumpió mis cavilaciones. Ya estaba ataviado con un traje azul marino, volví a ser él, como si no le hubieran disparado hacia apenas unas horas.

—Nada —susurré.

Se sentó a mi lado, efectuó una mueca y luego me indicó que le diera la espalda, lo cual no dudé en hacer. Posteriormente comenzó a cepillar mi cabello.

—Me gusta tu cabello —murmuró, pasaba el peine con cuidado—, es muy largo y sedoso, puedo imaginar cómo será tomarte de él mientras te follo desde atrás.

Reí y lo miré por encima de mi hombro.

—¿No puedes darme cumplidos sin que estos impliquen lo sexual?

—Repliqué. Besó mi mejilla.

—Claro, pero me encanta hacerte sonreír.

Y tenía razón, él sabía que voz usar para hacerme saber cuando bromeaba y cuando lo decía en serio, aunque su comentario no estaba ni cerca de ser una broma.

—Ya está —posó los labios en mi piel otra vez—, tengo una fascinación con tu cuello.

—Me he dado cuenta —volví el cuerpo para mirarlo—, ¿saldrás?

—No, tengo que ver como va todo, pero estaré en casa —acomodó los mechones de mi cabello—, te traerán algo para comer, pide lo que necesitas.

—Necesito mis cosas, tengo tareas pendientes.

—Mandaré por ellas. —Asentí.

—Cuando esté bien quiero volver al trabajo, Dixon —mencioné cauta. Efectuó una mueca.

—Preferiría que no, con lo de Francis, no dejo de pensar que...

—Pude haber sido yo —terminé de decir por él.

—Sí —aceptó—, te necesito a mi lado, pero no a costa de tu seguridad.

—Dixon, llevo más de dos años trabajando para ti. Por favor no me alejes, me gusta lo que hago.

—Te gusta darme ordenes —repuso, esbocé media sonrisa—, y se supone que el jefe soy yo.

—Es que eres un poco bestia —susurré. Entornó los ojos y agarró mi mentón con fuerza.

—Lo peor es que no puedo replicar —me robó un beso y se incorporó—, espero no demorar.

—Te estaré esperando —murmuré. Soltó un suspiro y sus labios se desplegaron en una sonrisa traviesa.

—¿Desnuda? —Tentó.

—¿Por qué no?

Se inclinó hacia mi cara, mordió mi labio inferior y lo acarició con su lengua. Mi cuerpo resintió esa simple caricia.

—Soy un hijo de puta afortunado —siseó bajo—, eres mía.

Callé y le dediqué una sonrisa, viéndolo salir de la habitación.

Me tiré sobre el colchón con los brazos extendidos sin borrar la sonrisa; no asimilaba que esto estuviera pasando, pero era verdad, aunque tanta felicidad me hacía temer, la oscuridad siempre estaría sobre nosotros, esperando el momento de caer. Lo malo es que no sabía si el golpe llegaría por parte del mundo lleno de muerte al que él pertenecía, o por los demonios que yo contenía.

¿Qué sucedería cuando Dixon supiera lo que hice?

—Destruir —musité trémula—, no solo a ellos, también a mí.

<

### ***Dixon***

Entré al despacho de mi padre, Dexter y él se encontraban ahí.

Ambos me miraron confundidos.

—¿No deberías estar descansando? No estás bien —señaló papá.

—¿Descansar mientras esas ratas destruyen mi ciudad? —

Mascullé.

—Olvídalo, papá, es como hablar con la pared —intervino Dexter.

—¿Qué ha pasado? —Pregunté, ignorándolo.

—Dimos con su ubicación, cerca de aquí —explicó mi hermano—, estamos esperando que Taylor confirme la presencia de los italianos en la propiedad.

—Perfecto.

—Prepararé a nuestros hombres —anunció, se puso de pie decidido a salir.

—No —lo detuve—, no harás nada.

—¿Escuché bien? —Increpó, totalmente confundido.

—Tuviste tu oportunidad y decidiste perdonarle la vida a ese anciano decrepito —recordé.

—Pues cambié de opinión —replicó molesto, enfrentándome. No me inmuté.

—Lastima, conmigo no hay segundas oportunidades —espeté—.

Tengo planes para todos ellos, pero mi prioridad es Caruso, cuando

corte su cabeza, la expondré como un recordatorio en medio de sus territorios.

—Él es mío —siseó, dando un paso al frente. No retrocedí al tenerlo cerca.

—Era —aseveré—. Ahora la policía se hará cargo de él.

Ambos me observaron incrédulos, parecía que trataban de entender lo que dije, sus expresiones demandaban una explicación.

—¿La policía? ¿Piensas mandarlo a la cárcel? —Inquirió papá, atónito.

—No le vendría mal un poco de tortura en una ratonera —sonreí malicioso—, los presos suelen ser bastante hospitalarios con los nuevos.

—Podríamos hacerlo nosotros —refunfuñó Dexter. Rodé los ojos.

—Me conviene darle algunas estrellas a la policía, idiota. —Me serví un trago ante la mirada de reproche de mi padre. Drogas y whisky no era una buena combinación, lastima que no me importara.

—Le darás oportunidad de que escape, tendrá abogados y derechos.

—Y un suicidio bastante peculiar —susurré.

Bebí el whisky sin que mi sonrisa desapareciera. Me gustaban mis planes, divertirme con mis víctimas antes de asesinarlas, procesos que llevaban tiempo, pero todo este se convertía en una tortura.

Golpear, debilitar, fracturar y al final, romper.

—Nunca entenderé tu maldita inclinación hacia los juegos.

—Y es por eso que no estás a la cabeza de esto —lo miré severo—, eres demasiado... blando.

<

Su rostro se crispó por el odio y el rencor, al parecer solía esconder muy bien sus emociones de todos nosotros.

—¿Sabes qué fue lo peor de haber perdido a Darla? —Mencionó en voz baja y dura— Que su muerte me convirtió en alguien como tú.

—Felicidades, al fin tendrás las bolas que te faltaron todo este tiempo.

—Dexter, por favor —interfirió mi padre, posicionándose entre ambos. Mi hermano lucía furioso, yo indiferente.

—Lo que más me pesa, Dixon, es que se trata de Holly.

Esta vez no pude disimular mi descontento, apreté el vaso a punto de romperlo. Detestaba la sola mención de su nombre en lo asqueroso de sus labios.

—No la nombres, ni la metas en esto.

—Disfruta tu luna de miel... mientras dure.

Dicho esto, se retiró del despacho. Inteligente, lo hizo antes de que pudiera lanzarle el vaso en su estúpida cabeza carente de cerebro.

Puto idiota.

—Son hermanos, Dixon...

—Desgraciadamente —espeté, terminándome el trago de golpe—.

Encárgate de que tu niño dorado no arruine mis planes, porque si lo hace, terminaré lo que Caruso no pudo.

La observaba reír, ¿era posible verla más hermosa? Sí, claro que sí.

Cada faceta suya resaltaba su belleza, esa que cualquiera podía apreciar. Lo hizo Adam, Gabriel, Dexter... yo. Ni siquiera esa ropa fea y holgada era capaz de hacerla pasar inadvertida, y francamente me provocaba dolor de cabeza imaginarla sin esas prendas sobre su cuerpo; ¿qué puedo decir que no sepan? Soy posesivo y celoso, muy celoso, que no toleraría verla con la piel expuesta ante hombres que no dejarían de comérsela con la mirada. Sin embargo, prohibirle algo no era correcto, por más que me pesara, solo me quedaba contar con la suerte suficiente para que Holly no decidiera cambiar su forma de vestir.

—Hola, nena —me acerqué, besándole la mejilla. Holly me sonrió y tomó mi mano que descansó en su hombro.

—Hola —se volvió hacia mí—, hablaba con tu madre sobre la fiesta.

—Me dio muchas ideas —mencionó mamá—, seguiré con los preparativos, ya solo faltan dos semanas.

Ambos asentimos, ella besó mi mejilla y luego nos dejó solos. Tomé asiento a su lado.

—Iremos juntos —dije. Holly se mordió el labio.

—Iré con Linda, pero te veré allá —agregó deprisa.

—¿Me estás cambiando por esa golfa? —Increpé.

—No la llares así —riñó—, es buena conmigo.

—Me apuñaló.

—Por algo debió ser —contratacó, disimulando una sonrisa.

—Pues no —repliqué severo—, no vas a dejarme para irte con ella, carajo, ¿entiendes lo imbécil que me escucho diciendo eso?

—Ella no tiene con quien ir y yo tampoco lo tenía, no pienso dejarla plantada, además, me regaló un vestido hermoso y ya tenemos todo

planeado para ese día.

—Me estás cambiando por una golfa y un vestido, ¡perfecto!

Se puso de pie y enseguida la tuve sentada en mi regazo; asió los brazos a mi cuello y sus labios jugaron con el lóbulo de mi oreja.

—Es mi amiga, así que respétala y cambia tu forma de tratar a las mujeres —susurró, erizándome la piel con su aliento—. ¿Puedes hacer por mí?

—Quizá —siseé, perdido en las sensaciones que ese simple roce me causaba.

—El día de la fiesta iré con Linda, me pondré bonita para ti —

prosiguió, su lengua salió a jugar conmigo—, y tú te encargarás de hacer una noche especial para tu chica que va a entregarte su virginidad.

Mis dedos se hundieron en su muslo, mis pantalones se sintieron más apretados por la dura erección que Holly hizo crecer.



—¿No era yo el manipulador? —Jadeé. Tiró del lóbulo con sus labios y siseé bajo, mi pene más erecto, mi deseo por ella a punto de mandar a la mierda todo.

—Aprendí tus juegos —se burló.

—Tus juegos arruinarán los planes que tienes de llegar virgen a esa fiesta.  
—Rio y bajó a mi cuello.

Me importó poco estar en el comedor, deslicé mi mano por debajo de su falda y separé sus muslos, llegué justo a ese cálido lugar de su cuerpo que me ponía como una puta bestia. Froté mis dedos a través de su hendidura por encima de la tela. Holly escondió su cara en mi cuello, su piel de pronto se sentía más caliente, su aliento se tornó pesado mientras seguía tocándola y ella besándome.

—Creo que me gustará esperar —moví la tela a un lado y toqué sus pliegues mojados—, así podré jugar contigo, haré que me desees tanto, nena.

Gimió y se removió despacio, apretaba las piernas y buscaba más fricción de mis dedos.

—Llevo años deseándote, Dixon, no me será difícil esperar un poco más.

Sonreí y retiré la mano, ella me miró. Tenía las mejillas rojas y los ojos oscurecidos.

—Bien.

—¿Crees que eres el único que puede darme placer? —Inquirió divertida.

Se levantó y enseguida fui detrás de ella, le rodeé el cuerpo, deteniendo sus pasos. No luchó, pese a no tener ya los puntos en su piel, aun se hallaba lastimada; mi herida era peor, pero mi calentura se volvía más fuerte, que podía obviar el dolor.

—Muéstrame —incité—, muéstrame cómo gimes, quiero saber si tus dedos lo hacen mejor que mi boca.

Se estremeció en mis brazos. No perdí oportunidad de tocarla por encima de la ropa, amasando sus senos con cuidado, frotándome contra su trasero, ansioso de ella, necesitado de todo lo que representaba. La quería tanto, la deseaba tanto, que no tenía idea de cómo podía soportarlo.

—El medio no importa cuando el resultado es el mismo —susurró tranquila e inalterada.

—Nunca puedes quedarte callada —recriminé—, debería ocuparme de esa boca descarada —añadí, toqué sus labios con los dedos.

Mordisqueó mi pulgar.

—¿Qué sugieres? —Tentó.

—¿Por qué no vamos a la habitación y lo averiguas? —Repuse, excitado. Tenía una erección que ya no soportaba, necesitaba bajarla cuanto antes.

Iba a responder cuando su móvil nos interrumpió, lo llevaba en la bolsa de su suéter. Cuando lo tomó, no logré ver quien la llamaba.

—Hola, papi —saludó, se apartó y se volvió a verme.

—¿Papi? —Inquirí.

—Oh, no, no lo sabía —continuó al teléfono, ignorándome—, ¿qué?

¿De verdad?

Su expresión cambió, palideció y miró el reloj en su muñeca, me acerqué a ella, pero volvió a alejarse. ¿Qué demonios le pasaba?

—Sí, yo estaré ahí, lo prometo —sonrió un poco—, sí, sí, yo también te amo.

Terminó la llamada y me miró preocupada.

—¿Qué carajos está pasando? —Mascullé. Apretó el aparato en sus manos.

—Debo irme a casa —dijo de pronto.

—Sabes que eso no sucederá —sentenció tajante.

—Dixon...

—No, aún hay peligro —interrumpí. El mismo peligro que esta noche terminaría, pero eso ella no tenía que saberlo.

—No, no lo entiendes, debo irme —insistió, nerviosa.

—Dame una razón —exigí—, aunque ni siquiera con una te dejaré ir.

—No estoy pidiéndote permiso —recalcó—, mi padre viene en camino, llegará en un par de horas y como sabrás, no puedo decirle que vivo contigo temporalmente.

Sentí alivio y a la vez curiosidad. Era la primera vez que ella mencionaba a la única familia que le quedaba.

—¿Por qué no?

—Él no sabe que tengo una relación con mi jefe, que además de eso, es un mafioso —respondió como si fuera lo obvio.

—Bueno, ya que ha viajado hasta acá, será tiempo de que se entere

—determiné firme. Jugeteó con sus dedos, ansiosa.

—Mi papá es alguien... especial, Dixon, no lo conoces —musitó angustiada —, no puede saber que eres un mafioso.

—Dime algo, ¿de verdad es eso lo que te tiene así? —Indagué.

Esquivó mi mirada, diciéndome sin palabras que no, no se trataba de mi trabajo.

—No quiero que sepa que tengo una pareja —confesó—, es... es estúpido y ridículo el motivo, solo no me siento cómoda presentándole un... novio.

Vine a esta ciudad a salir adelante, lo convencí de dejarme huir de ese pueblo con la promesa de que me enfocaría en ser alguien de quien él estuviera orgulloso.

Su explicación más que hacerme entenderla, me dejaba más intrigado por descubrir su pasado.

—No sé como reaccionará si sabe de ti, probablemente piense que le mentí y... todo lo que se dijo de mí en ese pueblo cobrará veracidad y... —Calló.

—Bridger, ¿quieres explicarme? Trato de entenderte, pero tus explicaciones a medias no me lo permiten.

Se pasó las manos por la cara, la angustia se hizo más nítida cuando volvió a mirarme. No la había visto tan asustada.

—Hace años mataron a mi novio —sus ojos se empañaron de lágrimas—, y yo fui cómplice de su asesinato.

## **Capítulo 25**

### ***Holly***

No podía decirle la verdad.

Mi subconsciente negaba una y otra vez y yo no pude estar más de acuerdo con él. Aun no me hallaba lista para contar esa historia, en distintas ocasiones trataba de convencerme de que no ocurrió, negándome a ver esas escenas como parte de mi pasado. Hoy no necesitaba a esos fantasmas jodiendo mi paz mental que de por sí, ya se encontraba en riesgo por la llegada de mi padre.

Sin embargo, tarde o temprano tendría que decírselo a Dixon, lo conocía para saber que no se quedaría tranquilo hasta que le diera cada detalle de esa noche desastrosa. Pero no sucedería hoy.

Esquivé su mirada y meforcé para contener las lágrimas. Odiaba con todas mis fuerzas llorar, más por estos motivos. Ya había llorado lo suficiente sobre mi cama, pasé años de mi vida llorando hasta quedarme

dormida con la imagen de su cara exánime... sus ojos vacuos puestos en mí llenos de súplica, la sangre en su cuerpo, las risas de mis cómplices, el dolor punzante en mi pecho por lo que hice y la agonía de la puñalada que casi me quita la vida.

Luego estaba mi prueba entre la oscuridad, mis piernas arrastrándose por lo espeso de ese siniestro bosque, el miedo adherido a cada partícula de mi ser mientras luchaba para mantenerme con vida.

El hospital... las preguntas, ese olor, los sonidos.

Contuve un sollozo.

—Bridger...

—No me hagas decírtelo, te lo suplico —sollocé trémula, envuelta en esa miseria otra vez. Nunca lo superaría, sin importar cuantas veces tomara terapia. La culpa jamás se iría.

—Quiero entender, ayudarte, mira como estás.

La solidez de sus brazos estrujó mi figura. Su perfume, el calor de su pecho fuerte, el sonido de su corazón pausado... él.

—No ahora, es...

—Tranquila —dio un beso tras otro en el inicio de mi cabello—, por más que necesite saber, no voy a presionarte... me duele, Bridger —

confesó en voz baja—, me duele verte así de rota y no poder hacer nada.

—Solo necesitas abrazarme —musité.

Dejaba caer mis barreras, le mostraba quien era, lo que había en mi corazón y temía volver a salir lastimada, pero al mismo tiempo, ansiaba demostrarle cuanto lo quería.

—Bridger, quiero que me respondas algo —susurró.

—Dixon...

—Por favor —pidió y era raro en él usar esa palabra—, quien fue el causante de esto, ¿pagó? Porque estoy seguro que no eres culpable como tratas de hacerlo ver.

La oscuridad se ciñó a mis ojos. La verdad nuevamente descansaba en la punta de mi lengua, pero si la decía, él sería capaz de ir por ese desgraciado y todos sus cómplices y entonces sabría la verdad, se decepcionaría de mí y de la mujer que conoció durante estos años. ¿Qué caso tendría derramar más sangre? Eso no borraría el pasado, no eliminaría nada, ni me absolvería de mis culpas.

—Se suicidó en la cárcel —mentí vilmente.

—Bien, una escoria menos de la cual encargarme.

Acunó mi cara en busca de mis ojos, secó las lagrimas y besó mis mejillas. Yo solo podía mirarlo con cariño, asombrada de los cambios que él mostraba ante mí. Se merecía la verdad y me prepararía para decírsela pronto, en cuanto papá se fuera, mi secreto ya no sería solo mío. Si quería que esto funcionara, la sinceridad y la confianza debían ser prioridad.

—El chofer te llevará por tu padre y mañana iré a verte temprano para hablar con él.

Era riesgoso hacerlo, me asustaba la reacción de papá, pero tampoco podía ocultarle mi relación con Dixon, mucho menos mentirle.

—De acuerdo —le regalé una caricia—, gracias por ser comprensivo.

—Sabes que soy una bestia, cariño, pero cuando estoy contigo es como si esa parte de mí no existiera.

—Mi mafioso tiene corazón —susurré.

—No, nena, sigo sin tenerlo porque está junto al tuyo —puso la mano en mi pecho—, es ahí donde pertenece.

Su respuesta me dejó sin palabras, me regocijó el alma y a la vez me hizo temer. ¿Qué tan peligroso sería ser dueña de su corazón?

Parecía que junto a Dixon no solo conocía lo que era sentirse querida, sino también aterrada.

—Te quiero, Dixon Russo. —Suspiró.

—No más que yo, Holly.

<

Caminaba de un lado a otro en el aeropuerto, las personas pasaban una tras otra, mi mirada ansiosa buscaba a mi padre. No podía creer que estuviera aquí, haciendo a un lado mis estúpidos miedos, me daba bastante gusto volver a verlo, llevaba años sin abrazarlo y me hacía falta.

De pronto, lo vi entre tumulto de gente, su cabello grisáceo fue inconfundible para mí. No esperé y me adelanté hacia él, apenas me vio, soltó la maleta y me estrujó entre sus brazos mientras yo reprimía un quejido. La herida ya estaba sanando bien, pero aun molestaba y con este abrazo, lo hizo más.

—¡Mi princesa! —Exclamó.

—Papi —susurré, estrujándolo con fuerza. Dios, lo eché tanto de menos.

Me soltó después de unos segundos y me miró de pies a cabeza, al final, me dio una caricia en la mejilla.

—Mi niña, te has puesto más hermosa.

—Y tú más guapo —dije emocionada.

—Holly —musitó anhelante—, como te extrañé, mi amor.

No quería volver a llorar, su tono de voz y esa mirada melancólica me pusieron las cosas difíciles. Volví a abrazarlo y besé su mejilla.

—Yo también, vamos a casa, ya es tarde y debes estar cansado.

Recogió su maleta y juntos abandonamos el aeropuerto. Al arribar al auto, el chofer se hizo cargo de la maleta, no sin antes abrirnos la puerta, mi padre me lanzó una mirada interrogante.

—¿Un chofer? —Inquirió.

—Mi jefe se ofreció a prestarme a su chofer, es muy tarde para andar en taxi... y sola —excusé. Papá asintió y subió a mi lado.

Entrelazó nuestras manos y mi cabeza se apoyó en su hombro.

—¿Sigue siendo un idiota gruñón? —Averiguó. Sonreí. Mi papá tenía buena memoria.

—Sí, pero no conmigo.

—Uhm... más le vale.

Guardé silencio y en el trayecto a casa pensaba una y mil maneras de decirle a mi padre que tenía una relación con mi jefe. No se lo tomaría bien y odiaría discutir con él cuando lo único que quería era pasar un tiempo de calidad a su lado.

—La ciudad está bien —comentó.

El chofer iba por un camino distinto, Dixon me dijo que me hospedaría temporalmente en otro departamento, y ya podía deducir que eso de *temporal*, era una mentira para que no replicara. Acepté su ofrecimiento porque en mi departamento solo contaba con una cama y porque la comodidad de mi padre me importaba.

—Es segura —musité—, me gusta.

—Me alegro que sea así, princesa.

Tiempo más tarde el chofer ingresó al estacionamiento de un edificio situado en el área del centro de la ciudad, un lugar que ni en sueños yo



podría pagar.

—Elegante —murmuró papá.

Bajamos del auto y me despedí del chofer. Llevaba la llave en mis manos, estas no paraban de temblar y los movimientos se incrementaron cuando ingresamos al ascensor.

—Hija, está muy callada, pareces preocupada, ¿no te da gusto tenerme aquí? —Preguntó. Solo íbamos nosotros dentro del ascensor.

—Sí, claro que sí me da gusto, papá, es solo —aclaré mi garganta y aparté la vista hacia al frente—, hay algo de lo que quiero hablar contigo.

—¿De qué se trata? —Su modo serio entró a la jugada. Esto no sería bueno.

Callé y esperé que las puertas se abrieran. Era la primera vez que venía a este sitio, no conocía nada, mas me esforcé por fingir que llevaba aquí años y caminé por el pasillo alfombrado en dirección al departamento.

—Tengo novio —solté sin más.

Nos detuvimos frente a la puerta y metí la llave a la cerradura, esta cedió de inmediato y el aullido de Theo resonó en el interior. Una sonrisa sincera apareció en mis labios. Me alegraba que Dixon lo haya traído.

—Bueno, no me sorprende —murmuró con calma.

Entramos al departamento, cerré la puerta y seguí sin sentir alivio.

—Qué bonito sitio —señaló, ambos echábamos un vistazo—, parece costoso.

—No, no lo es —mentí—, bueno, sí, pero la dueña es mi amiga y me hace un descuento.

Dejó la maleta en la entrada. El sitio era amplio, ventanales que iban del piso al techo, muebles caros, adornos que yo no usaría, una cocina moderna, tres habitaciones, suelos de madera y alfombra.

—¿Quieres beber algo? ¿Tienes hambre? —Indagué deprisa, sin saber siquiera si había comida en la nevera.

—No, hija.

Tomó asiento en uno de los mullidos sofás y sin que me lo dijera, me senté junto a él. Cruzó los dedos y apoyó los brazos en los muslos.

Su inquisidora mirada recayó sobre mí.

—Cuéntame de tu novio, ¿cuándo lo conoceré? ¿Y por qué no me habías dicho nada? —Tallé las palmas en mis muslos, una y otra vez. Los nervios no los podía ocultar.

*Bien, Holly, aquí vamos.*

—Mañana vendrá a desayunar, discúlpame por no decirte nada, quería llevar más tiempo con él —expliqué cauta—, tenemos años conociéndonos, pero un poco más de una semana de noviazgo.

—Bueno, entiendo ese punto, las relaciones de ahora son así. Si no es nada formal, no tiene que venir a conocerme —cuchicheó. Sonreí por dentro. Estaba celoso.

—Sí lo es, papá, entre nosotros siempre hubo atracción, solo que no sabíamos cómo dar el siguiente paso.

—¿A qué te refieres con siguiente paso, Holly? —Demandó saber.

Tragué en seco.

—No es lo que piensas, por Dios, papá.

—Entonces —carraspeó—, ¿sigues siendo virgen?

Mi rostro ardió y agaché la mirada. *No lo dijo, maldición... ¡sí, lo dijo!*

*Carajo.*

—Papá... por favor —musité apenada.

—Solo responde sí o no. —Pasé las manos por mi cara.

—Sí, papá —contesté. El alivio crispó sus rasgos.

<

—Me agrada, sigues siendo una chica sensata, ya sabes lo que pienso al respecto.

—Sí, no te preocupes, él me respeta.

—Más le vale, tengo un arma, ¿si lo recuerdas? Podrías mencionárselo. —  
Negué despacio. Dixon tenía cientos de ellas o quizá miles.

—Basta —lo calmé—, ya no soy esa niña, papá.

—Lo sé, Holly, pero me cuesta, tengo miedo de que te lastimen de nuevo.

—Él me cuida —y no mentía—, lo hace bastante bien.

—¿Y cómo se llama?

*Sí, tenía que preguntar. Santo cielo, aquí viene la parte más difícil.*

—Dixon —dije, irguió la espalda y su rostro se descompuso—, Dixon Russo, mi jefe.

<

### ***Dixon***

Tenía la carpeta en mis manos, podía abrirla y saber la verdad.

Mis dedos abrían y cerraban el papel. Estaba a un simple movimiento de quitarme esta maldita duda de la cabeza; conocía a Holly bastante, demasiado diría yo, como para darme cuenta de que me mentía, el bastardo que puso su vida en riesgo seguía vivo y yo quería asesinarlo con mis

propias manos por haberla tocado, mas no podía cumplir mi propósito sin traicionar su confianza.

Ella no me lo perdonaría. Me lo dejó en claro y lo que menos necesitaba a estas alturas, era joderlo con mi chica.

Y no podía leerlo y fingir que no pasaba nada, si descubría algo turbio y delicado, sería incapaz de mantenerme callado, mis impulsos incitarían a mis instintos a destrozar todo y al final, cuando el caos dentro de mí estuviera en calma, vería la destrucción que hice y Holly se me iría de las manos.

—Paciencia, Dixon —susurré.

Regresé la carpeta de nuevo a la caja fuerte de mi oficina. Estaba aquí, viendo los daños y esperando a Adam.

—Para este momento ya debieron capturar al imbécil de Caruso —

comentó Dexter. Era un puto grano en el culo.

—¿Recuérdame por qué estás aquí? —Increpé. Nadie le dijo que viniera conmigo.

—Porque puedo —simplificó divertido. Rodé los ojos.

—No tienes que andar pegado a mí como una puta lapa, imbécil —

masculé hastiado de verle la cara tan seguido.

—No, pero aprovecharé cualquier oportunidad para joderte, idiota.

Lo ignoré, si le respondía, seguiríamos peleando y esto no acabaría y más valía un loco, que dos.

—¿Qué tenías en esa carpeta? —Preguntó, pasaba los dedos por mi escritorio, no había fotos, solo papeles.

—Nada que te importe —respondí.

Terminé de meter las balas en el cargador y dejé el arma preparada sobre el escritorio, justo al lado de un cuchillo, regalo de mi padre.

Era grande y filoso, con un mango oscuro y resistente. No lo usaba mucho, pero quizás esta noche sería uno de los protagonistas.

Miré la hora en mi móvil: 2:30 a.m.

Bridger llamó hace poco, su padre llegó a casa, no la escuché muy emocionada, me intrigaba la reacción de su padre sobre nuestra relación. Sabía que ella lo amaba, era lo único que le quedaba, pero más le valía aceptarme, no quería jugar sucio.

Ni él ni nadie me separarían de Holly, mi Holly. Sonreí. Siempre sonaba bien llamarla mía.

Alcé la vista cuando la puerta se abrió. Taylor empujó a Adam dentro, no se veía contento, por supuesto que no.

—¿Era necesario, Dixon? ¿No podías esperar a mañana? —Increpó desdeñoso, se mantenía pegado a la puerta, como si le sirviera de algo. De aquí no saldría con vida.

—El trabajo no espera, Adam, como tampoco hago esperar a mis instintos —chasqué la lengua—, sabes cuan crueles son y cuanto peso tienen en mí.

Me puse de pie, Dexter me imitó. Ambos nos apoyamos sobre el borde del escritorio, de una patada acerqué la silla hacia Adam; Taylor lo agarró de los hombros y lo sentó en la silla de no muy buena manera.

—¿Qué demonios, Dixon? ¿Me puedes explicar? —Siseó, fingiendo.

—Mi hermano ya quería volarte la cabeza por haber puesto los ojos en Holly —mencionó Dexter—, y se contuvo, pero las traiciones,

Adam, esas no se pueden pasar por alto.

—No sé de qué hablas —murmuró, sin ser capaz de sostenerme la mirada.

—¿Quieres que te refresque la memoria mi hermano o prefieres aceptar lo que hiciste? —Inquirió Dexter.

Adam me observó con rabia, las manos de Taylor sobre sus hombros, lo mantuvieron en su lugar al intentar incorporarse.

—La mafia necesitaba otro líder, ¡no un alcohólico que se la pasa revolcándose con putas! —Exclamó iracundo.

—¿Envidia? —Inquirí burlesco.

—¿De ti? ¿Qué podría envidiarte? No eres más que un puto engreído, solo piensas con lo que tienes entre las piernas.

—Bueno, hermano, no puedo diferir con él —se mofó Dexter.

Agarré el cuchillo y comencé a jugar con él en mis manos mientras me acercaba a Adam.

—¿Así que eso piensas de mí? —Murmuré. Una seña y Taylor le echó la cabeza hacia atrás.

—No voy a suplicarte por mi vida.

—No esperaba que lo hicieras —acoté—, y no es a mí a quien deberías suplicarle —le tendí el cuchillo a mi hermano—, todo tuyo.

—¿En serio? El consentido que jamás se ensucia las manos —se mofó. Volví a mi lugar sobre el escritorio—. Necesitaste que tu zorra muriera para encontrar valor, decepcionante.

—Hablas mucho, Adam, y nunca tienes nada bueno que decir.

—Solo verdades —retó—, ¿qué? ¿Serás capaz de abrirme el estómago?

—Pensaba cortar tu garganta, pero ya que lo mencionas...

—Sujétale las manos —ordené hacia Taylor.

Le puso los brazos detrás de la espalda, lastimándolo en el proceso.

Adam forcejó, intentó patear, incorporarse, pero nada de lo que hizo evitó que Dexter hundiera el cuchillo en su estomago en un golpe seco y letal que lo dejó sin aire. Sonreí y encendí un cigarrillo, absorto en la escena, disfrutando de ella.

—¿Ya te cansaste de hablar, Adam? —Expulsé el humo— Pensé que estabas con ánimos de hacerlo.

—Vete a la mierda —susurró.

—No te escucho, podrías gritar —sugerí divertido.

Dexter empujó la mano hacia al frente, luego la retiró un poco y volvió a presionar, estaba cortándole el estomago lentamente; el filo rebanaba la carne como si fuera mantequilla, cedía de inmediato y entretanto, Adam se retorció y gritaba en agonía. La sangre se precipitaba con prisa, manchó su ropa y el suelo, parte de los intestinos que no pudieron mantenerse dentro se vinieron abajo y el sonido de estos cayendo, se convirtió en un eco escalofriante, el cual hizo de la escena un espectáculo macabro y perfecto para mentes dañadas como la mía.

Al final, Dexter llegó a la garganta, Adam aun buscaba respirar y el ruido que hizo para conseguirlo, sonaba igual al que hacemos cuando sorbemos el último líquido con una pajilla.

El cuchillo quedó atravesado desde el mentón, hasta la punta de su cabeza. Ojos vacuos, boca abierta con un grito ahogado en ella, sangre densa desplazándose débilmente a través del cuerpo inerte.

Al fin murió. Maldita rata traicionera.

—Sentí satisfacción cuando corté las cabezas de los Caruso... y creí que solo por esa ocasión experimentaría tal sensación.

Miraba el cuerpo con bastante interés. Debí hacer esto en la puta bodega, pero qué más daba.

—Hoy que vuelvo a matar, la sensación de placer sigue siendo la misma... o quizá más.

—Asesinar se convierte en una adicción, Dexter.

—Por eso juegas con tus víctimas —dijo serio.

—Me aburro, infundirles miedo resulta divertido —respondí sincero.

No ocultaría mis instintos de nadie.

—Estás enfermo, Dixon —acusó. Sonreí de lado.

—Estamos, *hermanito* —rectifiqué.

—Yo no quería ser esto —susurró con pesar.

—Lastima, porque cuando entras, ya no hay vuelta atrás.

Me tendió el cuchillo, negué.

—Quédatelo, te servirá. Y si me disculpas, quiero descansar, esta puta herida se ha vuelto un jodido dolor de bolas.

Tomé mi saco y abandoné la oficina junto con Taylor. Más tarde mandaría limpiar todo ese desastre.

Antes de cerrar la puerta, el sonido del cuchillo hundiéndose en la carne fue lo último que escuché.

## **Capítulo 26**

### ***Holly***

Papá no había salido de su habitación desde anoche.

Al decirle sobre Dixon esperé sus gritos, reproches y regaños, pero nada de eso ocurrió, él se levantó del sofá y se encerró en su habitación; no fui lo



suficientemente valiente para ir y tocar su puerta, ni siquiera dormí, buscaba una manera para lidiar con su reacción, me dejó a la deriva.

¿Estaba molesto? ¿Quería procesar la noticia? ¿Aceptaría? ¿Se iría?

Toda la noche estuve dándole vueltas, haciéndome añicos la cabeza cuando bien podía ir y tratar de hablar con él. Ojalá mi cobardía me lo hubiera permitido.

El silencio se vio interrumpido por los golpes en la puerta, solté el plato sobre la mesa y la comida casi cae en ella; nerviosa me dirigí a abrirla. Inhalé hondo y abrí, sonreí de inmediato al ver a Dixon en el umbral. Su belleza exquisita fue un orgasmo visual con el que me deleité.

Mi hombre llevaba el cabello bien acomodado, venía ataviado en un traje oscuro ceñido a cada musculo de su perfecto cuerpo, loción varonil que me hizo suspirar y una sonrisa preciosa que me transmitió calma, al menos durante algunos segundos.

—Hola, Bridger, buenos días —susurró.

Salí y cerré la puerta detrás de mí, rodeé su cuello y él mi cintura, se inclinó para alcanzar mi boca y me besó con dulzura; el sabor a menta de sus labios envolvió la calidez de los míos que los recibieron con cariño, sin embargo, la delicadeza de aquel beso no duró lo suficiente, mas no me quejé. Él me apretó la espalda contra

la pared, su pecho se agitó al presionarse al mío. Arrastró los labios por mi mejilla y descendió a mi cuello, robándome el aliento por breves momentos, mientras mi piel se erizaba y el deseo por sentirlo más... íntimamente, crecía.

—Yo también te extrañé —bromeé.

—La presencia de tu padre me ha venido bien —mordió mi clavícula

—, no hubiera podido resistir dos semanas... no contigo en mi cama cada noche.

Prosiguió deleitándose con mi cuello, sus manos amasaron mis senos por encima de la tela. Jadeé y me esforcé por apartarlo, subía la temperatura de mi cuerpo y eso no me dejaba pensar con claridad, me robaba la cordura, y como consecuencia, era capaz de permitirle que me tocara con mi padre a metros de nosotros en medio de un pasillo por el que cualquier persona podía aparecer.

—Dixon... para —pedí excitada.

—Eso quiero —se inclinó un poco—, pero mis manos no se quedan quietas.

—Ah... eso, ¿complejo de pulpo? —Cerré los ojos al primer contacto de sus dedos por el interior de mis muslos, estaba tocándome bajo la falda. ¿Qué demonios dije? ¿Pulpo? Dios.

—Quizá por eso me sientes en todas partes.

Mordisqueó mi mentón y luego mis labios, apartó la tela de mis bragas a un lado y tocó entre mis pliegues.

—Dixon... Dixon —intentaba coordinar mi lengua con mis pensamientos, pero él me lo ponía difícil—, alguien puede vernos.

—Aquí no —sus ojos en mi cara, sus dedos estimulaban mi clítoris, su mano libre acunaba mi mejilla—, este piso está vacío, no quería a nadie cerca de ti.

—Tienes severos problemas —susurré.

—No más que los tuyos, nena —me hizo mirarlo—, me tienes obsesionado, con un enfermizo deseo de poseerte en todos los sentidos —empujó un dedo dentro y contuve el aliento—, te consumiré.

Quise decirle que lo hiciera, pero mi calentura no podría más que mi buen juicio.

—Debes detenerte ya.

—¿Quieres que lo haga? —Su lengua lamió mi piel hasta mi oído—

Lo dudo, sigues moviéndote sobre mi mano.

—No es el lugar.

—Me importa una mierda el sitio, si quiero tocarte, lo haré —sonrió y tiró de mi lóbulo—, me encanta como te deshaces en mis brazos, ahora sé cómo dejarte callada.

Tragué en seco, mi cuerpo ardía, parecía estar en llamas, quería mi orgasmo, necesitaba correrme, pero la situación me impedía disfrutarlo del todo. No lo haría aquí.

—Por favor —musité—, detente.

—Necesito tenerte otra vez, Bridger.

—Me tienes. —Su aliento en mi oído provocó escalofríos en mi ser.

—Lo húmedo de tu coño en mi boca mientras te corres —susurró—,

¿así entiendes mejor a lo que me refiero?

—No conoces la sutileza —me quejé, acalorada por sus palabras tan... sucias.

—¿Qué te puedo decir que no sepas ya? No te hagas la inocente conmigo.

Retiró su mano al fin, no sentí alivio, solo más ansias de seguir percibiendo sus caricias. Sin ningún pudor limpió la humedad de mis fluidos con los labios, mi cara ardió.

—Deliciosa —plantó un beso en mi boca—, ¿por qué tan callada?

—Te odio —jadeé, recobrando la compostura.

—Puedo notarlo.

Acomodó mi falda, mi blusa y el bulto sobresaliente en su entrepierna.

—¿Vamos a hablar con tu padre? —Inquirió de lo más normal, como si no acabara de tocarme con esos dedos mágicos que casi me hacen sentir en el cielo.

—Sobre eso, anoche le hablé de nosotros...

—¿Y cómo lo tomó? —Averiguó. Sus dedos peinaban las ondas de mi cabello alborotado, el suyo seguía igual.

—No lo sé —mordí mi labio inferior—, se encerró en la habitación y no ha salido desde anoche.

—Bueno, tendrá que hacerlo, cariño, lo siento, pero no me alejaré de ti.

—No quiero que lo hagas —acoté.

Tomé su mano y volvimos al departamento, el deseo por él comenzaba a disiparse, la molestia entre mis piernas no podía decir lo mismo.

—¿Cocinaste? —Preguntó, el olor a comida era palpable.

—Sí, hice el desayuno almuerzo —sonreí un poco—, para los tres.

—Y yo que pensaba llevarlos a mi restaurante.

—Debiste avisarme —murmuré.

—Error mío.

Negué y lo dejé en la sala mientras iba a la habitación de mi padre.

Armándome de valor golpeé dos veces. Esperé por unos segundos que parecieron eternos, entonces la puerta se abrió. Papá llevaba el cabello húmedo, ya estaba vestido, no había nada que me hiciera saber cómo se encontraba, era un rostro exánime. Su expresión de anoche no se fue.

—Papá, Dixon está aquí —avisé temerosa.

—Dile que se vaya —espetó—, no hablaré con él, Holly. No estoy de acuerdo con esta absurda relación y nada de lo que diga ese hombre me hará cambiar de opinión.

—Ni siquiera le has dado la oportunidad, papá, por favor.

—No —se mantuvo firme—, no se la daré, ¿a eso viniste a la ciudad? —Increpó con dureza— ¿A ser la amante de tu jefe?

—No soy su amante —repliqué entre dientes.

Me dolía su actitud, podía entenderla por todo lo que le hice pasar años atrás, pero yo había cambiado, ya no era una niña inmadura que jugó a ser la salvación del chico malo.

—He visto todo —me mostró su móvil, pasó pagina tras pagina de esas revistas amarillistas que no hablaban muy bien de la vida privada de Dixon —, una mujer diferente cada día, ¿qué número serás tú, Holly?

—Sé su pasado, no hay nada de él que no conozca, si le he dado la oportunidad, es porque se la merece, confía en mí.

—¡No puedo! —Alzó la voz, llamando la atención de Dixon— No cuando recuerdo lo que sucedió la última vez que lo hice, ¡casi te

pierdo! Aunque al final lo hice, te fuiste de mi lado, tuviste que dejar tu hogar, Holly... eso nunca me lo voy a perdonar.

La humedad acariciaba mis mejillas. Cada palabra suya era una puñalada en mis recuerdos, en mis errores, en la culpa, dolía profundamente. Si yo no había olvidado, ¿cómo pude creer que él lo hizo? Ninguno se recuperaría de las consecuencias de mis acciones.

—Bridger. —Dixon sujetó mi mano, me miraba, yo no podía, mi vista estaba en el suelo—. Déjame hablar con tu padre a solas —agregó.

Alcé el rostro, alarmada. Eso no sucedería, nada bueno dejaría.

—No tengo nada que hablar con usted —siseó papá. Dixon dirigió sus ojos hacia él.

—Sí tiene, va a escucharme, le guste o no —decretó severo—.

Créame, no vine aquí para pedir su permiso, si vine fue por su hija, es ella la que necesita su aprobación, no yo.

—Y ya se lo dije a ella, mi respuesta es no —espetó. Se hallaba furioso, pero lograba disimularlo, fue de él de quien aprendí a esconder mis emociones—. No apoyaré que mi hija sea otra más de sus conquistas.

—Papá...

—Es lo que te cuesta ver, Holly —me observó—, es lo único que él ve en ti, jamás te tomará en serio, creí que habías aprendido la lección.

—¿Tan poco es el valor que le tiene a su hija? —Replicó Dixon—

¿Tan poco para creer que los hombres se acercarán a ella solo para llevársela a la cama?

—Es lo que hacen hombres como usted. ¿O me equivoco?

—Lo hace —refutó—, sí, fui un mujeriego, pero jamás necesité mentir para llevarme a alguien a la cama. Yo vi en su hija algo más que un cuerpo.

Apreté su mano y él me devolvió el gesto.

—Ella es... asombrosa, la mujer más inteligente que he tenido el placer de encontrar —habló con calma, mirándome por un instante

—. Es noble, digna, jamás se deja pisotear, admiro eso de ella, admiro el coraje que tuvo para soportar mi carácter de mierda e incluso así, seguir tratándome con compasión y cariño.

Se llevó una de mis lagrimas entre sus dedos.

—Bridger creyó en mí cuando nadie lo hacía, me mostró un lado de mí que no conocía, es buena, pura, tan fuerte y honesta —continuó sincero—, y podría seguir enumerando sus virtudes, esas que no tienen nada que ver con su belleza exterior, pero que son las que más me importan.

Volvió la vista a mi padre, fui incapaz de imitarlo.

—Quiero a su hija, la quiero de verdad y no la lastimaría, Holly es demasiado inteligente, señor, ¿acaso creé que podría engañarla? —

Besó mi dorso— Lo siento si usted no creé en mí y en mis intenciones, a la única que debo convencer es a ella.

Papá permaneció callado durante algunos segundos, lo vi apretar las manos en puño y retroceder un paso.

—Bien, creo que mi opinión estaba de más —mencionó en tono seco y filoso—, mi hija es mayor y puede hacer lo que quiera —alcé la cara, la decepción relucía en sus ojos—, cuando él te rompa el corazón, no estaré de nuevo para sanarte.

Cerró la puerta y enseguida Dixon me estrechó en sus brazos.

Quería llorar mucho, pero solo me quedé quieta, veía todo esto

como un sueño e imaginaba que, en la realidad, mi padre aceptaría mi relación sin seguir excusándose en mis errores pasados.

—Dale tiempo, es difícil para él —susurró Dixon mientras me llevaba a la sala—, puedo entenderlo.

—Jamás dejaré de echarme en cara mi pasado —musité, refugiándome en sus brazos cuando se sentó conmigo en el sofá.

—Comprendo, nena, vivo con ello todos los días —murmuró, daba caricias en mi brazo desnudo—. ¿Tan duro fue tu pasado, Bridger?

Me cuesta creerlo.

—Una pesadilla —cerré los ojos brevemente—, una que ojalá pudiera borrar. Mis errores...

—Te ayudaron a ser la mujer de la cual estoy orgulloso —

interrumpió—, allá tu padre si es tan ciego para no verlo; eres valiosa, cariño, tú lo sabes, no permitas que nadie te haga sentir lo contrario, ni siquiera yo.

—Te quiero tanto, Dixon —contemplé sus ojos—, me has sorprendido, no creí que pudieras ser así.

—El amor hace milagros —dijo sonriente, pero enseguida su sonrisa se borró y apartó la mirada, nervioso, yo también me sentía así.

Él había dicho amor.

—¿Quieres que vayamos a desayunar a otro lado? —Ofreció, cambiando de inmediato el tema.

—No quiero dejarlo solo. —Suspiró, parecía que buscaba paciencia.

—Sé que es tu padre y toda esa mierda —masculló, enseñándome que podía tomar ambas versiones de su carácter a la vez—, pero no permitiré que siga haciéndote sentir mal.

Iba a responder, pero la puerta de la habitación fue abierta, me incorporé junto a Dixon. Papá llevaba la maleta en su mano, mi corazón se hizo pedazos cuando me miró con frialdad.

—En vista de que no hago falta aquí, volveré a casa —dijo serio.

—Papá, no hagas esto, estás...

—¿Exagerando? —Interrumpió— Eso dijiste cuando me suplicaste para ser novia de ese muchacho del que, según tú, estabas enamorada —de nuevo removía el puñal—, ¿y cómo acabó todo, Holly?

—Tenía dieciséis —recordé, dolida—, las cosas cambiaron.



—¿Lo hicieron? Porque sigues empeñada en salvar al malo, pensando ingenuamente que será bueno —susurró con tristeza—, volverás a romperte para hacerlo sanar y yo no podría pasar por el mismo infierno dos veces.

—Es su padre, ¿no se supone que debería estar para ella siempre que lo necesitara? Pero prefiere chantajearla y huir cobardemente.

—Usted no tiene hijos —contrató—, no sabe lo que es pasar horas buscando a su hija... horas que se convierten en días... días en los que ya no se busca a una hija, sino un cadáver —siseó, rebosante de dolor.

—Basta —pedí.

—No tiene la menor idea de lo que es mirar al médico cara a cara y le diga que su niña fue violentada por un puñado de criminales —

palpé la ira de Dixon y yo solo quería que papá se callara—, no puedo detenerla de seguir con esta locura, pero no seré cómplice de ella.

—No te vayas, por favor, papá, confía en mí —supliqué otra vez.

—Lo siento, Holly.

No me miró de nuevo y solo se fue, atravesó la puerta sin mirar atrás. No podía creer que esto estuviera pasando, que se haya ido sin más, dejándome, lo hizo y no solo de manera literal, sino que, sus palabras eran como una condena... como si estuviera renunciando a ser mi padre.

—Se ha ido —musité trémula, atónita.

—Ven aquí.

Y como siempre, encontré el refugio que necesitaba en los brazos de Dixon. Me apreté a su pecho y sollocé bajo, derramé lágrimas de dolor y pérdida, de culpabilidad y frustración. Sentía que de nuevo era aquella niña ingenua, papá me colocó en la misma posición en la que estuve, me hizo dudar por una fracción de segundo sobre mi decisión. Negué interiormente. No iba a flaquear por mi pasado, Dixon no era él, Dixon no me haría daño, Dixon me quería y no me usaría, ni yo lo permitiría, no de nuevo.

Aprendí a no hacer nada en nombre del amor cuando esto me hería.

Yo estaba primero, yo y solo yo.

—Vamos a que comer algo, ¿sí? Estoy hambriento.

—Ni siquiera tengo apetito —susurré decaída.

—Ya se le pasará, Bridger, nadie puede estar alejado de ti, él te ama demasiado, pero está aterrado —señaló seguro.

—¿Lo crees?

—Yo lo estaría con todo lo que pasaste —cogió mi mentón y ahondó en mi mirada—, tarde o temprano vas a decirme cómo ocurrió, me darás detalles y nombres.

—No serviría de nada que te los dé —murmuré. Mi cabeza era un caos.

—Sí, sí servirá, porque iré a ese pueblo y los buscaré uno a uno —  
sentenció tajante—, decirte lo que les haré está de más, ¿verdad?

—Dixon... deja mi pasado en paz.

—No. Me mentiste —afirmó—, te conozco demasiado, sé que esos bastardos están vivos y probablemente sin pagar lo que te hicieron.

—No fui una víctima.

—Permíteme diferir —espetó brusco—. Te dije una vez que yo haría cualquier cosa por ti, Bridger, matar es una de ellas.

—No quiero más sangre en mis manos.

—Eso jamás, nena —depositó un beso fugaz en mis labios—, vámonos, te llevaré a comer y luego volverás conmigo, ya no tienes nada que hacer aquí.

Asentí y antes de que diera un paso, tomé su mano.

—Gracias, lo que le dijiste a papá sobre mí...

—No lo hice para ganarme su aprobación, es lo que pienso.

—Lo sé —acepté—, eres mejor persona de lo que creí, siempre te vi como alguien bondadoso, oculto detrás de un carácter de mierda —

sonrió un poco—, pero eres mucho más, eres el hombre que quiero a mi lado.

—A tus pies, de rodillas... encima o detrás de ti —esbocé media sonrisa—, como mejor te plazca, cariño, sabes que soy todo tuyo.

—Qué condena —dije sin pensar.

—Te mostraré el placer que hay en el infierno —me abrazó fuerte otra vez —, y el amor que guardo en mi corazón para ti.

—De nuevo esa palabra. —Ejerció más presión en mi cuerpo.

—Lo contemplo, ¿por qué no? —Sonreí, sintiéndome mejor.

Yo no era su salvación, él era la mía.

## **Capítulo 27**

### **Holly**

Amaba la cocina de mi suegra.

Suegra. Sonreí. Qué raro se oía llamarla así en mi mente, pero debía acostumbrarme. La última semana todos en esta mansión se comportaron de lo mejor conmigo, incluido Dixon, quien puedo decir, fue el mejor. Luego de lo ocurrido con papá, se ocupó de no dejarme tiempo para deprimirme, sus modos me gustaban bastante: besos apasionados, caricias ardientes, orgasmos alucinantes.

Dixon hacía maravillas con sus dedos.

Fuera de lo sexual, me trajo trabajo a casa, aun no me quería en la oficina, al parecer las cosas seguían tensas allá afuera y bien, podía esperar, lo único que me preocupaba era verlo salir sin tener la certeza de si iba a volver o me llamarían para avisarme que algo le ocurrió. Intentaba no pensar mucho en esas posibilidades y en convencerme de que él estaba a salvo siempre.

Sobre papá, estuve llamándolo todos los días, le llené el buzón de mensajes, traté de contactarlo a como diera lugar, hasta llamé a sus amigos, quienes me dieron razón de él, haciéndome saber que se hallaba bien.

Papá estaba bien, solo no quería hablar conmigo y tal vez ni verme.

Tenía pensado darle un poco más de tiempo y luego ir a buscarlo.

Para nada me emocionaba volver a ese sitio, pero por él lo haría, debía arreglar las cosas sí o sí.

—Es raro ver a una mujer de la familia en la cocina —arrastró las palabras Dexter.

Me volví hacia él, traía el saco en la mano, la camisa arrugada con manchas de sangre en ella, a metros de distancia se veía que estaba ebrio, sin embargo, al acercarse más, noté lo vidrioso de sus ojos. Lamentablemente años atrás me encontré relacionada con personas que se drogaban y lograba percatarme cuando alguien se hallaba bajo los influjos de esas porquerías nocivas y Dexter lo estaba.

¿Desde cuándo se drogaba? Jamás lo vi así antes. Había tanto dolor y rencor en sus ojos, comprendí cuan afectado seguía. Podía reír, aparentar, mostrarse inmutable ante los demás, pero el dolor lo consumía y seguiría haciéndolo si alguien no lo ayudaba a ver que él mismo era su salvación... o tal vez ni siquiera quería salvarse.

Contemplar esa idea dolió, le tenía aprecio, era un hombre increíble que no escapó de lo corrupto de este ambiente por más que se esforzó.

—A Dixon le gusta el pastel —informé cauta, se postró a mi lado, sus dedos ejercieron presión en el borde, traía los nudillos rotos.

Tiró el saco sin darle importancia.

—Ese bastardo —comentó burlón—, qué suerte tiene, es un hijo de puta y, ¿qué hace la vida? —Me miró, señalándome con ambas manos— Lo premia contigo.

—No diría que soy un premio, le he dado dolores de cabeza. —

Sonrió mezquino.

—Jamás maté a nadie, fui buen hijo, hermano, novio... —Talló su nariz con la palma y descubrí el polvo blanco en ella—, y me quitaron a mi mujer y a mi hijo no nacido —rio sin gracia—, en la vida debes ser un cabrón como Dixon para ser feliz.

—Nadie asegura que yo no tenga el mismo destino, Dexter, son consecuencias que nosotras aceptamos.

Sus manos sujetaron con fuerza mis brazos, la desesperación anclada a sus orbes. Me sentí tan triste al verlo así, no se merecía

esto.

—Debí llevármela, ¿por qué no lo hice?! —Exclamó, haciéndome daño, pero fui incapaz de luchar, la droga te nubla la razón.

—De nada sirve que te reproches por un pasado que no podrás cambiar, Dexter, ella ya descansa en paz.

—¡Yo no estoy en paz! —Empujó mi cuerpo hacia atrás sin soltarme

— Tú dijiste que el dolor puede impulsarte, ¡y conmigo no lo hace!

Solo me hunde —tembló y negó débilmente—, creí que al matarlos a todos estaría en paz... y no lo estoy, el dolor sigue aquí.

—Y jamás se irá —susurré, traté de apartarme, pero ejerció más presión—, aprendemos a vivir con él.

—Duele, Holly...

—Y dolerá por siempre —fui franca. La muerte de mamá aun me dolía y el tiempo no cambiaba eso.

La ira detonó en sus ojos cristalinos, metió la mano dentro de su bolsillo y me mostró aquel polvo blanco que era el culpable de su estado tan... descontrolado.

—Odiaba esta mierda, ¿sabes? Ahora es lo único que me hizo sentir... bien.

—Es solo un espejismo —aseguré, traté de arrebatarla, sus dedos me sostuvieron con violencia, gemí de dolor—. Dexter, me haces daño.

Se me quedó mirando por varios segundos, perdido por completo, es como si no me reconociera.

—¿Qué me impide matarte? —Inquirió. Tragué en seco.

—Amas a tu hermano —recordé.

—¡Dexter, suéltala! —Esa era la voz de su padre.

Ingresó decidido a la cocina, intentó apartar a Dexter de mí, pero él se resistió e infligió más fuerza en mi brazo.

—¡¿O qué?! —Replicó.

—¿Estás drogado? —Inquirió en tono bajo e intimidante.

Dexter sacó un arma de su espalda y sin titubear apuntó a su padre.

Jadeé, impresionada por su osadía, la conducta que tenía no era propia de él, en todo el tiempo que llevaba conociéndolo siempre se mostró respetuoso y hasta cariñoso con sus padres. Habría esperado esto de Dixon, no de él.

—Dispara —lo incitó su padre—, ¡si muestras un arma, la usas! —

Alzó la voz.

El hombre tranquilo y amable que conocí, se transformó por completo en alguien autoritario y severo, no hubo ni un atisbo de miedo en sus orbes al enfrentar a su hijo.

—¿Quién dijo que eres tú con quien la usaré? —Inquirió burlesco, fuera de sí.

Dexter me miró y yo solo pude ver el cañón del arma apuntando a mi cabeza. No sentí miedo, a pesar de que él estaba fuera de control, por algún motivo confiaba en que matarme no era lo que quería.

Quizá pecas de ingenua, Holly.

—Dexter, baja eso —pedí—, sé cuan dolido estás.

—No entiendes el dolor, ¡no has perdido a nadie!

Su padre dio un paso al frente, pero un señalamiento de mi mano le pidió que esperara.

—Perdí a mi madre, Dexter —susurré—, en un asalto, la apuñalaron y dejaron su cuerpo en un callejón como si se tratara de basura —

bajó un poco el arma—, como si no fuera madre de una pequeña de siete años.

Tomé el cañón del arma con mi mano y despacio la bajé, él accedió y cuando la tuve lejos de cualquier parte de mi cuerpo al que pudiera lastimar, su padre se la arrebató.

—¿Qué mierda crees que haces? —Increpó Dixon. Maldije por lo bajo.

Entró a la cocina y deprisa me coloqué frente a Dexter, su padre se posicionó a mi lado, ayudándome a mantenerlos alejados.

—¿Le apuntas a mi mujer con un arma?! ¿Qué está mal contigo, idiota?!  
—Aseveró furioso.

—Dixon —mis manos apretaron su pecho—, Dixon, mírame.

Una mueca de odio y rabia surcaba sus rasgos, me observó un instante.

—Está bien, él necesita ayuda —susurré muy bajo—, no lo empeores.

Dexter fue empujado por su padre fuera de la cocina, no le dio tiempo de decir nada, se había quedado serio, ni siquiera nos miró o respondió a las provocaciones de Dixon.

—¿Cómo quieres que me quede tranquilo? —Escupió iracundo—

¿Necesita ayuda? ¡Qué la busque! No tiene que apuntarte con un arma, bastardo hijo de...

—Dixon —lo detuve—, tu hermano se droga.

La confusión se dejó ver en sus ojos. Me dedicó una mirada burlona, como si estuviera seguro que yo bromeaba con eso.

—¿Qué? No, él no sería tan estúpido.

—Por eso estaba así —expliqué—, lo de Darla lo ha hundido, no lo dice, pero esto lo demuestra, Dixon.

—¿Qué carajos pasa por su cabeza? —Deslizó los dedos por su cabello y negó, enfadado y preocupado— Maldita sea, Dexter.

—Va a destruirse, está lleno de odio.

—Lo sé, me haré cargo —volvió su rostro a mí—, ¿estás bien?

Sobó mis brazos con las manos, luego me besó en los labios de manera fugaz.

—Estoy bien, solo preocupada por él.

—Te acaba de amenazar de muerte y te preocupas por su bienestar.



—Es importante para ti, también lo es para mí, además, él siempre ha sido bueno conmigo, necesita ayuda.

Restregó las manos por su cara y asintió.

—Mañana hablaré con él, espero hacerlo antes de que mi puño acabe en su garganta.

—Nada de violencia.

Me tomó entre sus brazos, deslizó el uno de ellos bajo mis rodillas y me cargó.

—Violencia contigo solo en la cama —murmuró, dirigiéndose a nuestra habitación.

—Bien, ya se te ha pasado el enojo, ya bromeas —musité, apreté mi mejilla a su pecho.

—No se me ha pasado ni mierda, pero ni siquiera enojado te trataría mal —señaló serio—, ¿y quién dijo que bromeo?

Sonreí. Sí, aun recordaba las marcas que dejaba en el cuerpo de Linda, sinceramente no sentía celos, él estaba conmigo, era mío, con toda y esa violencia incluida.

Entramos a la habitación y me llevó a la cama, subió sobre mí encajando entre mis piernas, las manos en el contorno de mi cara.

—Hola —susurró, llenó de besos mis mejillas.

—Hola.

—Tuve un día de mierda, lo único que lo hace soportable, es saber que llegaré a casa y tú estarás aquí —recorrió mi cuello con la nariz

—, te necesito.

—Y yo a ti, pero sabes que pronto volveré a mi departamento —

recordé. Su risa causó escalofríos en mí.

—¿De verdad crees que te dejaré ir? —Fruncí el ceño ante su mirada burlona— Carajo, Bridger, de verdad lo crees.

—Porque es así —dije sin sonar muy segura.

—Oh, no, nena —frotó su entrepierna con la mía—, no irás a ningún lado.

—¿Acaso quieres que me mude contigo? ¡Estás loco!

—Un poco —aceptó. Lamió sus labios en un gesto que acaparó mi atención por breves segundos.

—Absolutamente no —aseveré.

—Mi pent-house es grande y yo vivo solo —desabotonó mi blusa—, hay mucho espacio para ti y para Theo, piensa en él, ¿no quieres que tenga su propia habitación? Se la daría.

—Eso es manipulación.

—Hablo en serio, Bridger —desplazó la tela a los lados, dejándome en sostén—, quiero dártelo todo, no quiero que nada te falte, antes no me lo permitías porque no éramos nada, eso ya cambió.

—No, no ha cambiado, Dixon, no me siento cómoda, apenas comenzamos con esto.

—¿Tan poca fe nos tienes? —Susurró.

—No trates de cambiar las cosas —advertí.

Rodó los ojos, deslizó la mano entre mis piernas abiertas y agarró la tela de mis bragas entre sus dedos.

—¿No puedes decir solo sí?

Arrancó la tela, ganándose un golpe de mi parte en su pecho. Eso me había dolido, la tela hizo arder mi piel y no de buena manera.

—¡No tienes que arrancarme las bragas!

—Te dije que no las usaras cuando estuvieras conmigo.

—¡Podrías quitármelas como la gente normal! —Rio y las metió en el bolsillo de su pantalón.

—Como si yo lo fuera.

Se recostó a mi lado, me tomó de la cintura y me acomodó sobre su regazo, mi sexo desnudo se apretaba contra la dureza de su pene; tocó mis senos por encima del sostén, me miraba con adoración.

—Falta una semana —tocó las heridas de mis costados, una cicatrizada y la otra ya sanada—, no sabes lo que tengo planeado para ti.

—Uhm... ¿sexo rudo y duro?

—También —sonrió y bajó las copas de mi sostén, enseguida acarició mis pezones—, pero hay otras cosas antes de llegar a eso.

—¿Poniendo en orden tus prioridades? —Bromeé, balanceándome encima de su erección, estimulaba mi clítoris y me importaba poco que fuera sobre la tela de su pantalón.

—Te has vuelto una, la más importante.

Me incliné y rompí los botones de su camisa, Dixon rio y me atrajo a su pecho.

—Y te quejas de lo que hago con tus bragas, hipócrita —masculló bromista, mordiéndome el mentón.

—Te lo mereces —repliqué.

Le besé el cuello, mi lengua saboreaba su piel caliente, él agarró mis nalgas y las apretó, moviendo mis caderas a su gusto sobre su pene. Seguía estimulándome y comenzaba a excitarme bastante.

—Joder, Bridger, tus besos me la ponen dura —confesó.

—No serías tú si no tienes al menos una erección al día —comenté divertida.

Me incorporé y le saqué el cinturón, desabotoné su pantalón y luego bajé el cierre. Él me miraba ansioso y curioso. No había llegado a tanto, pero de a poco empezaba a tener más confianza con su cuerpo y a tocarlo sin sentirme tan avergonzada.

—Bridger...

—¿Qué?

—¿Qué haces?

—Lo que he hecho muchas veces contigo: desvestirte.

Desplacé los pantalones hacia abajo, él terminó de sacarlos de su cuerpo, luego, volví a sentarme en su erección; evitaba mirarlo, mi cabello ayudaba, escondía mi cara de su escrutinio, me sentía apenada, pero muy caliente. Él tenía ese efecto.

Metí los dedos entre el dobladillo de su bóxer y temblorosa, agarré con firmeza su erección.

—Estás pidiendo a gritos que te folle.

—¿Estás seguro de que eso hago?

—Estamos, nena. —Empujó su entrepierna contra mi centro.

Reí por sus tonterías. Nerviosa y sin saber qué demonios estaba haciendo, acomodé su miembro entre mis pliegues húmedos. Cerré los ojos y gemí

por el contacto duro y blando; lo masturbé y a la vez, estimulaba mi clítoris con su pene.

—¿Qué demonios haces? —Siseó, apretaba muy fuerte mi piel.

—No lo sé.

Pellizcó mis pezones sin causarme dolor, los tomaba entre ambos dedos y presionaba despacio, debido a esto, latigazos de placer atenazaban mi centro; entretanto, seguí moviéndome, arriba y abajo, cada vez más rápido, hacia lo necesario para sentir placer y lo obtenía con el roce de su pene.

—El calor de tu coño me está volviendo loco —gruñó excitado—, estás empapada.

—Dixon —jadeé aun con los ojos cerrados. Más tarde cuando la calentura pasara, la vergüenza vendría a reemplazarla.

—Mierda, Bridger.

Se incorporó deprisa, me tumbó en la cama, sacó mi ropa de encima, dejándome solo con el sujetador. Entonces se abalanzó

sobre mi boca, devoró mis labios sin darme tregua, a la vez que su pene seguía deslizándose entre mis pliegues, pero ahora lo podía sentir mejor, más intenso, caliente y duro, toda su longitud me acariciaba y estaba desesperándome por tenerlo todo dentro de mí.

—¿Sientes cómo me tienes? —Jadeó a través de mis labios— Solo tú me pones así.

—Y tú —acaricié su nuca y empujó con más ímpetu—, haces que me moje.

Palpó con los dedos mi sexo y los deslizó hasta mi vagina, penetró con uno y tensé el cuerpo.

—Imagino cuan apretada estás y me pongo más duro —dijo en voz baja—, cuando yo esté aquí —metió otro dedo en mi vagina—, rara será la ocasión que mantendrás las piernas cerradas.

—Qué advertencia más... placentera —gimoteé.

—Es una certeza, cariño.

Bombeó en mi interior, mi pecho se agitó, mas no por mucho, ya que retiró la mano y me mostró.

—Solo yo provocaré esto en ti.

Señaló mis fluidos en sus dedos, un líquido cristalino y pegajoso con el que cubrió su pene, segundos después.

—Nadie te tocará así, nadie que no sea yo estará dentro de tu estrecho coño, eres mía.

—Sucio y posesivo —musité excitada, esta vez no podía replicar, la calentura tomó toda mi cordura y buen juicio.

Sí, Holly, este hombre ha encontrado tu punto débil.

—Y peligroso —me masturbó nuevamente con su erección—, mataré a quien te toque, ¿entiendes? —Asentí sin entender lo que decía, solo quería que siguiera— No me dejarás jamás, no permitiré que lo hagas, me perteneces.

—Dixon, sigue —supliqué.

—Eres mía, dilo —exigió, tensé el cuerpo.

—Dixon...

—Di que eres mía.

—Sí, sí soy tuya —masculé perdida en las sensaciones placenteras que me golpeaban sin piedad.

—Después de mí no habrá otro, Bridger —sentenció tajante—, estás prohibida para cualquiera y me encargaré de que lo sepan.

Se puso de rodillas, su pene descansaba firme y largo en su mano, se masturbó mientras me miraba, al tiempo que su pulgar castigaba con placer mi clítoris.

—Eres un pecado, un maldito pecado que me ha hecho perder la razón.

No podía hablar, lo miraba masturbarse, sus dedos se apretaban fuerte a su falo erecto. Me sorprendía cuan grande se veía en su mano; la punta de su glande hinchado brillaba por la humedad, mi sexo se encontraba peor, sentía mojadas las sabanas debajo de mí, mis muslos también lo estaban.

Y cuando el orgasmo me golpeó, mi vagina se contrajo, más humedad resbaló por mi hendidura, si antes estuve perdida, luego de tal intensidad, ni siquiera supe mi nombre. Sin embargo, fui consciente cuando Dixon se corrió sobre mi abdomen, su semen escurrió a través de mi ombligo y terminó en el comienzo de mi monte de venus.

Mi vista ya no estaba en su pene, sino en las muecas de placer que deformaron su rostro, se veía tan... sexi, tan agresivo y atractivo.

Sí, Holly, estás enferma. ¿Ya has notado de todo lo que te perdías?

Oh, sí, ya lo veía y sentía.

—Vas a matarme —masculló—, me tientas demasiado y mi autocontrol no es tanto como crees.

—Lo siento —susurré—, me excitas mucho. —Sonrió de lado.

—Y me encanta, nena. Pasé mucho tiempo creyendo que no me deseabas ni un poco.

—Sé disimular. —Negó.

—Bruja.

—Lo tomaré como un cumplido —comenté sonriente. Los orgasmos que me daba siempre ponían sonrisas en mis labios.

Se inclinó y besó mi boca. Suspiró.

—Tomemos una ducha —sugirió—, y, Bridger, no era broma lo que dije.

—Podrías ser más específico, dijiste muchas cosas hace un momento, de las cuales solo entendí... ninguna.

Entornó los ojos y cerró los dedos en torno a mi cuello. Debía estar enferma para desear que me tomara justo así.

—Solo debes recordar esto —susurró cerca de mi boca—: tú eres mía.

—No podría olvidarlo, lo repites a diario —bromeé. Él no sonreía.

<

—Pronto te darás cuenta de la realidad de esas palabras, cariño —

mostró una sonrisa perversa—, lo que es mío, no será de nadie más.

—Sí, algún defecto debía tener —musité, dándole una caricia—, no se preocupe, el único infierno en el que quiero arder, es el suyo, señor Russo.

—Te gusta tentar al diablo —siseó—. A veces creo que no escuchas nada de lo que digo.

—Lo hago, pero no discutiré sobre cosas que no estará en ti poder controlar. No soy de tu propiedad, jamás busques encarcelarme, porque me perderás.

—Eso no sucederá.

Sonreí de lado y callé.

Sabía hasta dónde lo dejaría llegar, por más amor o cariño que le tuviera, nunca me haría olvidar que, por encima de todo, siempre estaría yo.

## Capítulo 28

*Dixon*



Quería golpear su cara contra la madera fina del escritorio.

A ver si con esos golpes se le sacudían las ideas y volvían a funcionar las escasas neuronas que le quedaban.

Anoche estuve a punto de romperle todos los huesos, había cosas que me hacían enfurecer de verdad y una de las cuales encabezaba la lista, se trataba de cualquier ofensa, agresión o acto negativo en contra de Holly, mi Holly.

Al saber que Dexter le apuntaba con un arma, mi sangre hirvió, solo pensaba en desquitarme, ponerlo en su lugar y enseñarle que podría meterse conmigo, pero con ella no.

Resultaba un tanto irónico que la tuviera en esta casa repleta de seguridad para mantenerla a salvo y viniera a correr peligro por los berrinches depresivos de mi hermano. Jodido.

Di una calada profunda a mi *cáncer* y expulsé el humo. Dexter no me miraba, su vista yacía en las fotografías que adornaban el escritorio de nuestro padre, quien no se encontraba más contento que yo. Aunque ambos teníamos que hacer esa furia a un lado, por más que quisiera destrozarle la cara, no debía; Dexter estaba metido en serios problemas, las drogas destruían cuando quien las consumía era una mente débil y vulnerable, lo que mi hermano representaba en estos momentos.

Si lo dejábamos seguir se volvería un jodido adicto con impulsos aún más estúpidos y entonces acabaría por ir a hacerle compañía a su prometida.

—Déjame hablar con Holly —pidió por enésima vez.

—Hace cinco minutos mi respuesta fue no y sigue siendo la misma, no te quiero cerca de mi mujer, puto inestable.

—Dixon... —Riñó papá.

—¿Qué? ¿Quieres que le hable con cariño y paciencia? Este idiota no entenderá con eso —escupí desprovisto—. Holly usó esa fórmula

y mira cómo le paga: amenazándola con un arma.

—¡Y me arrepiento de ello!

—¡Eso no borra lo que hiciste! ¡Pudiste matarla! —Exclamé iracundo

— Y entonces yo te habría matado.

—Le pediré perdón a ella, no a ti.

—No harás ni una mierda, pedazo de porquería —espeté, señalándolo—, dejarás a mi mujer en paz y le darás uso a ese diminuto cerebro que tienes para salir del agujero donde estás.

—No entiendes ni un carajo, desgraciado insensible. ¡Tú lo tienes todo! ¡Jamás padeciste nada, por eso eres un maldito bastardo engreído con aires de superioridad!

Me puse de pie, los puños encima de la madera, mi rostro deformado por la ira. Mi lengua no se detendría hasta que terminara de escupir todo su veneno.

—¿Jamás? —Inquirí con sorna— Mientras madre te abrazaba y mimaba, padre me propinaba unas golpizas de muerte. Tuviste fiestas de cumpleaños, yo fui desvirgado y follado por un montón de prostitutas en un burdel..., tus juegos de pelota y coches, para mí era aprender a usar armas.

Su cara se quedó inescrutable. Mi padre apartó la vista, incapaz de discutir con mi letanía.

—¿Recuerdas tu campeonato de natación donde madre te llenó de abrazos y palabras rebosantes de orgullo? —Efectué una mueca—

Yo estaba con padre, dándole el tiro de gracia a un sujeto por primera vez, mientras otros más eran mutilados vivos.

Miró a nuestro padre, quizá buscaba que desmintiera lo que acababa de oír.

—Te encerraron en un mundo de fantasía, siempre te protegieron, Dexter... y a mí me arrojaron a la mafia sin siquiera preguntarme si es lo que quería.

—No lo sabía —susurró sin mirarme.

—No, por supuesto que no, porque a diferencia de ti, yo no ando llorando por los rincones, victimizándome y echándole la culpa a otros de la mierda que hay en mi vida.

Acomodé mi saco e hice lo mismo con mi cabello, estaba harto de hablar con él y con todos a excepción de Holly.

—Tu vida fue perfecta, Dexter, la mía no, y sí, soy un bastardo —

acepté orgulloso—. Soy un hijo de puta sin escrúpulos, de crueles instintos que no tiene compasión, pero ¿sabes qué? Me merezco a esa mujer a la que ayer amenazaste de muerte.

Apreté las manos en puño, él me sostuvo la mirada, el arrepentimiento relucía en sus orbes claros.

—Merezco tener algo bueno luego de toda la mierda que nuestros padres me hicieron pasar. Y no voy a permitir que ni tú, ni nadie allá afuera me la quite. Holly es mi mujer y la mantendré conmigo... a salvo de cualquiera.

—El único peligro para ella, eres tú —siseó, apartando la cara de nuevo.

—Sí, pero ella es mía —contrataqué—. Lamento profundamente lo de Darla —repetí, tensó la mandíbula—, pero ya no está y tú sí. Así que tienes dos opciones, *hermanito*: sigues adelante o te meto una bala en la frente. ¿Buscas la muerte? No lo hagas más, yo te llevaré a ella.

Sin decir más abandoné el despacho de papá en dirección a mi habitación, sin embargo, al salir al pasillo, mi madre se hallaba de

pie en él, justo al lado de la puerta que se había quedado medio abierta. Me observó, sus ojos brillaban por las lágrimas acumuladas.

—Dixon...

—Cállate —interrumpí—, lo que digas no cambia nada.

—Fui débil ante tu padre.

—¿Esa es tu excusa? Si todas serán así de patéticas, mejor ahórratelas —dije severo—. Si yo llegara a tener un hijo, lo protegería, no lo entregaría a un puñado de mafiosos para que experimentaran con él como tú lo hiciste conmigo.

Derramó lagrimas que no provocaron nada en mí. ¿Qué ganaba ella con mostrar arrepentimiento? Mejor se hubiera armado de valor frente a las decisiones de mi padre para defender a quien según amaba. *Tonterías*. Para ambos solo fui un puto experimento.

La dejé ahí y con prisa llegué con Holly. Ella estaba acomodada sobre su costado, ocupaba un mínimo espacio en la enorme cama, parecía que su subconsciente la hacía sentir que aún se encontraba en su antiguo departamento.

Me saqué la ropa de encima, dejé mis cosas sobre la mesita de noche y en silencio subí a la cama, recostándome a su lado. No la vi en todo el día, la oficina sin ella era un caos, además que las entregas de droga y armas requerían mi supervisión. Lo de Caruso quedó cerrado, Dexter lo asesinó ayer, pero tomaba un poco de tiempo devolver la tranquilidad de mi caos a la ciudad.

—Hola —susurró adormilada al sentirme detrás de ella. Su piel cálida me sirvió de refugio.

Abracé su cuerpo, le besé el cuello y la atraje con fuerza a mi pecho. Hundi mi nariz en las hebras suaves de su cabello e inhalé hondo.

*Esta es la droga que necesito: el olor de tu cuerpo, Bridger.*

—Duerme, nena, es tarde.

—¿Hablaste con Dexter? —Inquirió en voz baja, estaba más dormida que despierta.

—Sí, no te preocupes, ya descansa.

Se volvió hacia mí y escondió su cara en mi pecho, su figura esbelta y pequeña encajaba perfectamente en mis brazos que no dudaron en sostenerla con seguridad y cariño. Besé su frente y descansé mi mentón sobre su cabeza, mi vista en la oscuridad, mis pensamientos en el pasado, pero mi corazón aferrado a lo perfecto de mi presente.

—Te extrañé.

—Yo también —susurré.

—Dixon...

—Uhm...

—Te quiero. —Sonreí y mi agarre se incrementó.

—Te quiero más, nena —cerré los ojos—, haré todo para tenerte a mi lado para siempre.

—Para siempre es mucho tiempo.

—No el suficiente cuando se trata de ti.

Suspiró y calló, quedándose dormida otra vez. No pasó mucho para seguirla, y odié dejar de sentirla junto a mí, porque me sumí en la oscuridad de mis pesadillas y mis peores temores que se presentaron más nítidos que nunca, mostrándome algo que no quería ver.

<

<

Temblé, mis dedos buscaron agarrarla con posesividad y desespero, pero su cuerpo se deslizaba entre ellos y el río de sangre que la cubría entera... alejándola de mí.

***Holly***

Hoy era el día.

Viajaba con Dixon hacia el salón de belleza, Linda ya me estaba esperando. No podía decir que me encontraba nerviosa, más bien emocionada, quería dar saltitos de felicidad y apresurar el tiempo para llegar a la fiesta. Ansiaba ver la expresión de Dixon al verme con el vestido, imaginaba lo que haríamos en ese hermoso salón repleto de luces y música. ¡Sería mágico! Sería mi noche, el baile de princesa que nunca llegué a tener.

—Emocionada de perder la virginidad, ¿eh? —Inquirió burlesco.

—Algo, no es lo que esperaba, creí que la perdería al llegar al matrimonio o con algún chico de mi universidad —provoqué, solo para molestarlo.

Sus dedos ejercieron presión en mi mentón, alzó mi cara hacia la suya.

—Lo habría buscado para borrarlo de la faz de la tierra.

—¿Y qué hubieras hecho con el matrimonio?

—¿Quieres que me arrodille? Puedo hacerlo justo ahora —  
murmuró. Pasó la lengua por mi labio inferior, tentándome.

—Perverso.

—Tu perverso, lidia con ello, cariño.

Me dio un beso rápido y el chofer se detuvo a un lado de la acera, abrió la puerta de Dixon, él bajó y luego lo hice yo. Estábamos a plena luz del día.

—Hay seguridad pendiente de ti, llámame si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré.

—Te veré en la entrada —rodeó mi cintura y me atrajo a él—, mucho cuidado con cuanta piel expuesta piensas dejar.

—Uhm... mi vestido rojo, escotado y con una gran abertura en mi muslo, se encuentra amenazado y en peligro de ser quemado.

—¿Estás jodiéndome, Bridger?

—Lo haré esta noche, señor Russo.

—No estoy jugando, ¡un puto vestido rojo! Harás que mate a medio mundo —masculló cerca de mi boca.

—Ya lo verás, debo irme, tengo que estar bonita para ti.

—Estupideces —chasqueó la lengua—, tú ya eres hermosa.

Sonreí con ternura y me puse de puntillas para darle un beso, un beso fugaz que él no permitió que lo fuera, ya que sostuvo mi nuca y

metió su lengua en mi boca sin el menor pudor. Le importó poco que estuviéramos en medio de la gente en un sitio conocido. Me dio un beso prohibido que casi me hace humedecer... casi.

—Dixon —reproché.

—Que les quede claro que eres mía —siseó.

—Posesivo.

Me guiñó un ojo y me soltó, subió al auto y esperó hasta que estuve dentro de aquel enorme salón, entonces se marchó y enseguida tuve los brazos de Linda alrededor de mi cuello.

—¡Llegaste!

—Eres muy expresiva —comenté titubeante. No me gustaba el contacto físico e improvisado de las personas, a menos que se tratara de Dixon.

—Contigo me nace y lo hago con la confianza de que no saldrás huyendo.

—Jamás.

—Pues bien, ¿lista para una deliciosa tortura? —Inquirió divertida.

—Más que lista, pero antes tengo que hablar contigo —murmuré.

Soltó un suspiro y me llevó de la mano hasta unas sillas muy cómodas, de piel y acolchonadas, mi figura se acopló perfectamente a ella.

—Es sobre Dixon —afirmó.

—Lo sabes —susurré.

—Es difícil que Marie se quede callada cuando de Dixon se trata, y aunque sea una humillación para ella, no pudo contenerse.

Resoplé, agaché la mirada y estuve curiosa por saber qué demonios habría hecho o dicho Marie. Seguramente lo comentó entre sus amistades.

—Quiero a Dixon —dije, volví a mirarla—, siempre lo he querido, pero hasta ahora pude ver que mi cariño podía tomar todas las formas.

—Y es grandioso, Holly —tomó mi mano—, eres la única que él respeta y quiere, yo siempre lo supe, ¿sabes? Que él sentía algo por ti más allá de un simple cariño.

—Nunca lo vi.

—A veces preferimos huir de la verdad porque esta nos asusta. No estabas ciega y él tampoco, solo tenían miedo. —Suspiró—. Siendo franca, creí que nunca tendría las bolas para decírtelo y aceptarlo.

—Jamás lo hubiera imaginado.

—Ni yo contigo, pensé que lo odiabas —rio—, me hubiera gustado que lo hicieras sufrir un poco, ese desgraciado se lo merecía.

—No podría, Dixon ha sido bueno conmigo... por supuesto, tiene un sinfín de defectos, pero yo también —susurré.



Se quedó callada y dos mujeres llegaron con nosotras y comenzaron a atender nuestros pies. Era la primera vez que hacía esto.

—Sé que podrás lidiar con él y todo lo que representa. Dixon necesitaba una mujer como tú: fuerte, con los pies sobre la tierra, sin una pizca de superficialidad —sonrió de lado—, su belleza no es un arma contigo.

—No, no lo es —acepté.

Aunque sus besos y las cosas que hacía con sus dedos podían decir lo contrario. Me cegaba cuando me consumía a través del

deseo. Lo malo es que Dixon ya lo había descubierto y eso me metería en problemas si no controlaba mis hormonas alborotadas.

—De verdad deseo que seas feliz con él, no te merece, sin embargo, le hará bien tenerte. Dixon no es tan idiota, me salvó de muchas.

—Solo que no tiene modales...

—¡Eso! Es un completo patán —negó sin borrar su sonrisa—, pero tiene un buen corazón.

—Lo sé, siempre lo he sabido.

Su mirada se tornó seria y toda sonrisa se esfumó de inmediato.

—No permitas que te consuma, arder en sus llamas produce un éxtasis alucinante, pero el fuego nunca acaba, no con alguien como Dixon. Seguirá haciéndote arder hasta acabar contigo —me dio otro apretón en la mano—, no lo permitas —repitió.

—Lo tendré en cuenta, soy consciente de que entré a su infierno —mi vista se perdió en la nada—, sabré lidiar con sus llamas.

## Capítulo 29

*Dixon*

El hotel estaba atestado de gente. Mi sonrisa era algo que ellos no recibían al voltear a verme, esa era tarea de mi padre.

Sostenía un vaso con whisky en la mano, mi vista fija en la entrada, pendiente de cada persona que llegaba mientras la ansiedad me carcomía al no encontrar en ninguna de ellas a Holly. Aun estaba a tiempo, pero la necesidad de verla me consumía, habíamos pasado todo el día separados y no solo eso, sino que mi curiosidad por descubrir que ropa usaba, también podía conmigo.

Bebí más, solo para calmarme; había una habitación en el último piso que sería para nosotros y nada deseaba más que llevarla hacia ella justo al verla llegar. Necesitaba consumirla por completo, poseer cada centímetro de su inmaculada piel, mi instinto primitivo exigía ser el primero y el último en tenerla, pensarla en brazos de otro me calentaba la sangre y no en el buen sentido.

Sus besos eran míos, ella era mía, su corazón me pertenecería.

La obsesión que despertó en mí fue más poderosa que la de aquella mujer a la que no busqué más, sin embargo, de vez en cuando la pensaba, no por desearla, sino por curiosidad. Holly fue capaz de dominarme, controlaba mi mente sin esfuerzo, era ella quien ocupaba cada uno de mis pensamientos y la única mujer que mi cuerpo pedía.

Sonreí interiormente, rememorando nuestros encuentros. *Joder*. No debía pensar en eso estando en público, mas resultaba inevitable.

No olvidaba su calor, cada curva de su figura acoplándose a la mía mientras gemía: suave, excitada, tímida. El rubor en sus mejillas me ponía mucho, así como la inocencia anclada en sus orbes avellana.

Sexualidad e inocencia. La debilidad de un pervertido como yo.

Acabé el trago cuando vi a Linda bajar de una limusina, ella enfundada en un vestido blanco, largo y con un escote que resaltaba esos senos donde me habría corrido luego de hacer que me la chupara.

Ignoré eso y todo mi ser entró en tensión al ver a Holly.

Su muslo blanquecino quedó al descubierto ante la abertura del vestido rojo que usaba en cuanto puso un pie abajo. Mi lado posesivo despertó, mis piernas se movieron en dirección a ella, sin embargo, me detuve de golpe al observarla de cuerpo completo.

—No me jodas.

Linda pasó a mi lado, su mano dio un golpe a mi mentón, cerrando mi boca que quedó abierta.

—Voy a disfrutar mucho verte arrastrándote por ella —susurró cerca de mi oído—, no la mereces y esperaré a que lo arruines, Holly merece más, es una reina y tú un idiota.

—Recuérdame cuándo fue que pedí tu opinión —siseé sin apartar la vista de mi mujer.

—Cuidado, no eres el único que la está mirando.

Aparté su mano con rudeza y caminé hacia Holly; no podía creer lo que miraba, si bien, estaba consciente de lo hermosa que ella era, mi imaginación no le hacía justicia.

Su cabello largo, ondulándose detrás de su espalda, el vestido adherido a su piel marcaba cada curva que yo conocía, pero hoy se pronunciaban más: cintura pequeña, caderas anchas, piernas de infarto, rostro de ángel. Mis ojos se desplazaron desde sus pies hasta su cara y me sentí como un estúpido al ver su sonrisa divertida y risueña.

Era ella.

*Puto imbécil.*

El porte imponente con el que se movía, me hizo quedar como un simple pelele no merecedor de ella. Destacaba entre todas, su belleza deslumbrante y especial, mas no solo se trataba de la ropa y el maquillaje, sino de la seguridad en cada paso efectuado. Todo fue

una combinación única e inigualable. No había mujer más bella que Holly.

—Así que siempre estuviste cerca de mí —dije al tenerla frente a frente.

—Te lo dije, pero no me escuchaste.

—Te divertiste, ¿no? —Se mordió el labio, mi entrepierna reaccionó ante el gesto. *Concéntrate, idiota, no es un trozo de carne.*

—Mucho.

Estiré el brazo y rodeé su cintura, mi mano presionó su espalda, la atraje a mí, olvidándome de todos los que nos miraban mientras cuchicheaban. Caí en cuenta de que los ojos de la gente no estaban en mí, solo en Holly.

*No puedes arrancárselos, Dixon, al menos no hoy.*

—Ese vestido, Bridger.

—Es más largo que el blanco —susurró burlesca.

—Y por ello más tentador, todos estarán ansiosos de averiguar lo que esconde lo largo de esta tela.

Envolvió mi nuca con los brazos, acomodó el cuello de mi camisa y finalizó con sus palmas en mi pecho.

—Pero solo tú lo sabrás —musitó cerca de mi boca.

—Es una seguridad, nena.

Arrastré los labios a su oído, su olor me intoxicó y quise tener su aroma por todo mi cuerpo, sentirla en mí, ser suyo.

—Eres mía y quien intenta tocar lo que me pertenece, se muere.

—Debería detener tu posesividad, pero por hoy lo dejaré pasar. —

Besó mi mejilla—. Tienes que estar seguro de ti y de mí, no tienes que cuidarme, sé hacerlo sola, te respeto y espero el mismo trato.

—¿Qué clase de mafioso no es celoso y posesivo con su mujer?

Negó y sonrió, agachando la mirada en un gesto tierno típico de ella.

La tomé de la mano y besé el dorso, luego le ofrecí mi brazo, Holly lo aceptó y pude sentirme el hombre más afortunado por ser su acompañante.

—Es hermoso —susurró apenas al entrar. Las luces caían como cascadas sobre nosotros y se extendían por todo el salón repleto de color marfil.

—Digno de ti, Bridger. —Avanzamos entre la gente curiosa que no disimulaba al hablar de nosotros—. ¿Por qué no me dijiste que eras tú?

—No me habrías creído.

—Claro que sí —refuté—, me viste la cara, me dejaste como un idiota.

—Eso lo hago siempre —bromeó.

Reí. Tenía razón, no discutí y seguimos hasta la mesa donde mis padres esperaban. No sería yo quien diera el discurso, sería padre, francamente mis ánimos de hacerlo siempre eran nulos, las palabras bonitas y los agradecimientos, no eran lo mío.

—¿Holly? ¡Oh, Dios! Niña, qué bella estás —comentó mamá, acercándose. Apreté el ceño y Holly me guiñó un ojo, burlándose de mí. Mi madre la reconoció.

Resoplé. ¿Cómo carajos iba a darme cuenta de que ella y la mujer del club eran la misma mujer?

—Gracias, señora, usted también luce bellísima.

<

—Siéntate, Holly —sugirió papá—, bienvenida, estás hermosa.

Evité rodar los ojos ante los comentarios de mi padre y abrí la silla para Holly. Se sentó y yo lo hice a su lado a la vez que mi padre se dirigía a un estrado improvisado para comenzar con sus tonterías.

—Eres una diosa —susurré, inclinándome a su oído—, te ves preciosa, pero prefiero tu ropa holgada —acaricié su mejilla con mi nariz—, aunque no sirva de mucho, cualquiera nota lo deslumbrante que eres.

—Te quiero —dijo sin más, dándome una caricia en la mejilla—, estás tan guapo como siempre.

—Tus cumplidos son los únicos que me importan —mordisqueé su lóbulo—, y los únicos que quiero.

Entrelazó nuestros dedos y callamos mientras mi padre empezaba con su letanía, sinceramente no presté atención a nada de lo que decía, toda ella se la llevaba Holly. Sus labios cubiertos de carmesí me tentaban.

—¿Y si nos vamos?

—¿Ansioso, señor Russo? —Inquirió.

—Te necesito.

—Y yo a ti —me miró y probó mi boca con dulzura—, pero quiero bailar contigo.

Suspiré y descansé el brazo sobre sus delgados hombros, mis dedos jugaron con su piel.

—Soy tu esclavo, Bridger. Puedo esperar.

<

***Holly***

Quién diría que escucharía a Dixon Russo hablar de esa manera.

Él estaba rendido a mis pies, pero yo no quería que se arrastrara por mí, quería tenerlo como mi igual, estar a la par, ni más ni menos.

Éramos una pareja, sin competencias ni exigencias.

Con la vista en mi suegro y mi mano entre la de Dixon, me esforcé en no prestar atención a lo demás; a pesar de mostrarme segura, por dentro moría de nervios. Tenía las miradas sobre mí y me hacían sentir desnuda, incomoda, había olvidado esa sensación y aunque Dixon me sostenía, no evitaba temer al recordar días amargos que nunca abandonaban mi mente. Mas luchaba por disfrutar y centrarme en mi hombre irresistiblemente atractivo. Lucía divino, como el diablo que era, tentando a las mujeres para pecar.

Siendo franca, no sentía celos de quienes lo miraban con deseo, él solo tenía ojos para mí, me daba mi lugar ante todos y eso significaba mucho.

Los aplausos llamaron mi atención, fui descortés al no escuchar lo que el señor Russo decía, pero su hijo y las caricias que daba en mi piel no me dejaban concentrarme del todo.

—Entonces, *ángel*, ¿bailarías con el diablo?

Extendió la mano para mí, la acepté.

—Solo si promete no soltarme.

Se incorporó y lo imité. La música sonaba y parte de las personas se aglomeraban en la pista, otras más comían los bocadillos situados en el otro extremo del salón, Linda era una de ellas, me sonrió a la distancia cuando mis ojos la ubicaron por efímeros segundos.

—Jamás te soltaré, eso ya lo sabes, Bridger.

Me arrastró a la pista de baile, las luces eran tenues, las que caían sobre nosotros se volvieron una tormenta de brillo, un toque mágico que me hizo sonreír y sentirme en un cuento, solo que no iba de la mano del príncipe, sino del dragón.

Dixon envolvió mi cintura, mis palmas en su pecho, su rostro cerca del mío.

—Me gusta esa canción —susurró, mirándome a los ojos.

—¿Por qué será? —Inquirí.

Sus labios contra mi oído, cerré los ojos y lo escuché pronunciar la letra de la canción.

*No quiero terminar como ellos*

*Si puedo hacer que me ames*

*Cariño, puedes ser a la que estoy extrañando Te quiero en mi vida, estoy cambiando*

*Sé que puedes notar la diferencia*

*Mi mujer*

*Yo seré tu hombre*

*Y cariño, te daré mi vida en tus manos*

*Sé que quieres sentirte viva, ¿no?*

*Noche tras noche...*

*Noche tras noche...*

*Sé que quieres sentirte viva, ¿no?*

*Noche tras noche...*

*Noche tras noche...*

*Tú lideras el camino*

*Chica es nuestro tiempo*



*Bajo las luces*

*Podríamos llevarlo demasiado lejos*

*Pero si puedo hacer que me ames.*

—Quiero oírte susurrarme canciones al oído siempre —musité, envuelta en una fantasía mientras bailábamos.

—Creí que para siempre era mucho tiempo —comentó divertido, erizándose la piel.

—No cuando se trata de ti —repetí su línea.

Me besó y no pude negarme. Me entregué a sus labios, a la fuerza de sus manos cerniéndose a mi cuerpo; lo tomé con seguridad y pasión, dominé en cada roce, mi pecho se curvó al suyo, su perfume viajó a través de mis fosas nasales, el calor de su piel quemó la mía y la humedad de nuestra saliva se mezcló entre el juego que iniciaron nuestras lenguas.

Gemí y su respiración se tornó pesada.

—Bridger...

—Dixon —jadeé.

—Hijo —interrumpió su padre, rompiendo nuestro momento, Dixon lo miró severo, apreté su brazo—, ¿vienes un momento? Es urgente.

—Ahora no...

—Ve —lo calmé—, iré por un trago.

—No voy a dejarte sola —masculló, sin ser capaz de soltarme, los demás seguían bailando alrededor de nosotros.

—Me la robaré un momento —irrumpió Linda, siendo oportuna, Dixon le lanzó una mirada envenenada, pero sin más asintió.

—No demoro, lo siento —susurró.

—Ya habrá más bailes —aseguré.

Resopló y se fue con su padre, perdiéndose entre la gente. Linda me tomó del brazo y nos dirigimos por un trago.

—Tu labial está corrido y el rostro de Dixon parece el de un payaso y no solo hablo por el rojo en su cara —murmuró por encima de la música. Reí.

Limpié mi boca con una servilleta que me tendió. Pidió dos copas y ofreció una, la acepté.

—Salud, por ti, reina. Eres perfecta, mujer.

—Deja de adularme.

—Es inevitable, quiero ser como tú.

Negué y bebimos mientras observábamos a las personas bailar. A Dixon no se le vía por ningún lado, me preguntaba si la urgencia tenía que ver con sus negocios o con Dexter, esperaba no se tratara de nada grave.

—Nos volvemos a ver —saludó una voz conocida para mí.

Me volví y ahí estaba el socio de Dixon. Lanzó una mirada provocativa a Linda y una lasciva en mi dirección.

—Qué suerte de contemplar a dos bellezas —continuó.

—Si no quieres que tu socio te despelleje vivo, da la vuelta, Connor

—sugirió Linda.

—No me metería con su puta, no te preocupes, no eres tú quien me interesa hoy.

—¿Tanto te duele que no haya sido la tuya? —Increpó Linda antes de que yo abriera la boca— Lo siento por herir tus *pequeños sentimientos*, Connor

—agregó, mirándole la entrepierna. Reprimí una sonrisa.

Connor la ignoró sin inmutarse y posó sus ojos en mí, estiró su brazo, sus dedos a punto de rozarme la cara.

—Tócala y te cortaré la puta mano —aseveró una voz detrás de él.

Connor palideció y se volvió hacia Dixon.

—Lárgate y no te atrevas a posar tus ojos en mi mujer o te los arrancaré.

—No sabía...

—¡Lárgate! —Exclamó.

A Connor no le quedó más remedio que retirarse, Dixon me sostuvo con posesividad, apretándome a su cuerpo. Estaba tenso.

—Me harté de esta mierda y de los imbéciles que te comen con la mirada —siseó.

—¿Celoso, Dixon? —Se mofó Linda— Qué peculiar.

—Cierra la boca... —Calló cuando lo miré severa. Apretó los labios

—, Linda.

Ella rio y terminó su trago, pidió otro y lo alzó hacia mí.

—Eres mi ídolo —pronunció despacio, alejándose de nosotros.

—Te divierte, ¿no es así? —Jadeé por la fuerza con la que me apretó.

—No, me da gusto que controles esa lengua —murmuré.

—Creo recordar que te gusta mucho cuando se descontrola entre tus piernas. —Reí. Él no tenía remedio—. Vámonos.

—No llevamos ni dos horas aquí.

Me miró de arriba abajo. Recorrió mi muslo desnudo con los dedos y no se detuvo donde la abertura terminaba, sino que siguió subiendo sin inmutarse ante los ojos curiosos.

—Te he compartido suficiente, pero si quieres quedarte —se presionó a mi cuerpo y rozó mi sexo con sus yemas—, no tengo problema.

—Dixon, nos están mirando —musité nerviosa. Sostuve su mano y quise detenerlo, está de más el decir que no funcionó—. Y dudo que quieras que tus socios vean como haces gemir a tu novia.

—Darles una imagen de ti con ese vestido fue suficiente.

Se apartó, entrelazó nuestras manos y sin decir más tiró de mí lejos de todas las personas, casi corrimos entre ellas; no pude evitar reír, él se volvió a verme, sonreía como pocas veces lo veía hacerlo, saberlo feliz acrecentó mi alegría.

Nos escabullimos por las escaleras y luego entramos al ascensor privado; cuando las puertas se cerraron, mi espalda chocó contra la pared y tuve a Dixon metido entre mis muslos separados levemente, me acorraló y bajó la mirada a mi escote.

—Voy a arrancarte ese vestido. —Rozó mi tatuaje con la punta de los dedos.

—No lo romperás —advertí—, este vestido es especial.

—Oh no, hoy no romperé tu ropa, solo eso que tienes entre las piernas.

Se inclinó un poco, desplazó las manos por debajo de la tela de mi vestido y cogió el dobladillo de mis bragas, las bajó con lentitud hasta que me las sacó de encima. Se incorporó y las miró antes de apretarlas en su puño y llevarlas a su nariz.

—Me encanta el encaje en tu cuerpo, pero te prefiero sin él —

susurró—, estas las mantendré a salvo de mi rudeza —sonrió—, son especiales —agregó, guiñándome un ojo. Negué y las puertas se abrieron.

Dixon me sacó del ascensor, apenas y lograba coordinar mis movimientos, conforme el momento llegaba, mis nervios se manifestaban.

Antes de entrar a la suite, él se detuvo y me miró fijamente.

—¿Sabes? No soy romántico, Bridger, en mi puta vida he hecho algún tipo de cursilería —pasó saliva—, mereces más, pero esto es lo único que por ahora puedo darte.

—Me gustas como eres —lo calmé—, no tienes que hacer nada por mí, solo respetarme, quererme y confiar en mí.

—Eso ya lo tienes, nena.

Se mostró más tranquilo y abrió la puerta. Curiosa, lo primero que advertí fue el olor de las flores, de primer instante creí que eran rosas blancas, pero cuando la luz dio contra los pétalos que cubrían cada espacio del suelo, reparé en que el color era coral.

—Rosas...

—Rosas *Juliet* —susurró en mi oído—, lo mejor para mi chica.

—Son costosas —murmuré, no quería dar un paso sobre ellas.

Toda la habitación estaba llena de ellas, en pétalos y en adornos situados estratégicamente. Además de eso, colocó velas de distintos tamaños, creó una especie de brillo bastante bello, mientras unas llamas ardían por lo alto, otras lo hacían por lo bajo.

—¿Y dices que no eres romántico? —Inquirí.

—Poner un montón de pétalos de una de las rosas más costosas del mundo no me hace romántico —me abrazó desde atrás—, ¿te gusta?

—Mucho, me haces sentir especial —cerré los ojos un instante—, sé que lo soy, pero verme así a través de los ojos de alguien más es...

—Único —terminó de decir por mí—, así me siento contigo.

Me dio un beso en la mejilla y en silencio me guio hasta la cama. En ella no había pétalos, solo sabanas blancas; me senté en el borde, Dixon se arrodilló delante de mí. Cogió mi pie y comenzó a quitarme la zapatilla.

—Permíteme adorar cada parte de tu cuerpo —continuó con mi otro pie—, déjame demostrarte cuánto significas para mí.

Un suspiro rebosante de cariño brotó de mis labios.

—¿Me harás el amor?

—Toda la noche.

## **Capítulo 30**

### ***Holly***

El calor de sus dedos rozó mi espalda mientras bajaba el cierre del vestido.

Dispersó besos por el contorno de mi hombro desnudo y tiró de la tela, esta cayó al suelo; mi piel se erizó con su aliento, me sentía pequeña entre sus brazos y no porque su altura era más que la mía, sino que, emanaba sexualidad, deseo, lujuria... experiencia. Yo sabía lo que Dixon era capaz de hacer en la cama, tenía una idea, por supuesto, pero sentirlo plenamente llegó a amedrentarme demasiado.

En la intimidad Dixon me dominaba y yo no me quejaba.

—Estás muy callada —susurró.

No paraba de llenar mi espalda y hombros de besos, iba y venía, estremeciéndome entera.

—Me gusta controlar esa boca —mordió mi lóbulo y tiró de él, tocó el contorno de mis labios con el pulgar—, y más me gustará enseñarle algunas cosas.

Introdujo su pulgar a través de mi boca, lo probé despacio y él frotó su erección en mi trasero, dio una idea de lo que me esperaba dentro de poco.

Lo retiró y me regresó a la cama, tomé asiento en el borde, echó mi cabello hacia atrás y antes de arrodillarse delante de mí, depositó un beso en mi nariz. Sonrió y se arrodilló, separó mis piernas y me miró desde abajo.

—Inclínate un poco hacia atrás —ordenó con la voz cargada de deseo.

Extendí los brazos y me apoyé en las palmas, arqueé la espalda y ofrecí mi sexo.

—Eso es —deslizó sus dedos entre la abertura de mis pliegues—, buena chica —temblé cuando embistió mi vagina—, te quiero obediente y sumisa —metió y sacó dos de sus dedos—, ¿podrías hacerlo?

—¿Por qué? —Articulé, cegada por el placer que me daba.

—Porque necesito que confíes en mí y en que no te lastimaré.

Necesito que me digas sí.

—¿Qué vas a hacerme? —Eché la cabeza hacia atrás, la boca entreabierta, mi respiración frenética.

—No es solo lo que te haré, es lo que voy a darte. —Su pulgar estimuló mi clitoris.

Busqué sus ojos, pero las palabras murieron en mi garganta cuando su boca aplastó mi sexo; castigué su espalda con mis talones, apreté las piernas y mis dedos sujetaron las hebras oscuras de su cabello. Dixon sostenía mi cintura y evitaba que moviera las caderas, me mantenía quieta y me desesperaba, pues ansiaba moverme en sincronía con su boca que recorría mi centro con vehemencia y a la vez, con gran lentitud.

—Quédate quieta.

—No puedo.

—Obedece.

Hundió los dedos en mi piel y bañó con la calidez de su aliento la humedad de mis pliegues. Con la lengua maniobró sobre lo endurecido de mi clítoris, utilizaba solo un poco de ella e incrementaba mi excitación.

Dixon se las arreglaba para tener todo de mí, no hubo espacio para ningún pensamiento, excepto para ese suave, pero fuerte deslizamiento de su lengua escabulléndose entre mi carne, despertaba mil sensaciones.

Me quedé sin aliento conforme los segundos avanzaron y todo se intensificaba, él lamió mis pliegues hinchados sin olvidar estimular mi clítoris de forma tortuosa; sentir tanto me tenía mareada, mi cuerpo se retorció lo más que el agarre de sus dedos me permitía, estallaría de tanto placer.

Gemí alto ante el continuo trabajo de Dixon por hacerme perder la cordura. Mordisqueaba, chupaba, devoraba, su lengua embestía como si no pudiera obtener suficiente de mí. Aprendió a conocer mis puntos más sensibles, no había un centímetro de mi centro que él no hubiese probado.

Entonces dejó los dedos suspendidos en la entrada de mi vagina, tentó y penetró con ambos, pero esta vez se sintió diferente, él los

estiró y dolió un poco, tensé el cuerpo.

—No te tenses, busco hacer de esto lo menos doloroso para ti.

—¿Dolerá tenerte dentro?

—Sí —estiró más, jadeé—, pero dolerá más cuando no lo esté.

Movió los dedos al mismo tiempo que empleaba suaves golpeteos en ese manojito de excitación, llevándome a un lugar dulce y único; el orgasmo se precipitaba a través de mi vientre bajo, descargándose en el sitio donde sus dedos seguían preparándome. Las sensaciones irreconocibles castigaron todo mi ser, crecieron y convergieron con la fuerza de un terremoto. El oxígeno me faltó, estaba ahogándome por el calor que sofocaba, dejó mis pulmones ardiendo, a mi cuerpo jadeando por más de sus caricias.



—Vamos, nena, quiero sentirte —incitó.

Estiró su mano libre hacia la curva de mi seno, retorció con suavidad mi pezón, el toque envió un latigazo electrizante a mi entrepierna, se acumuló y me hizo gritar.

—Suéltalo, cariño, córrete en mi boca —lamió de arriba abajo—, hazlo.

Liberó mi cintura y balanceé mi pelvis contra su boca, lo sostuve de la nuca y empujé sin vergüenza; encontré en segundos el punto perfecto para correrme. Sonreí mientras jadeaba, contrayéndome en el calor de sus labios y lengua mojada por mis fluidos. Fue devastador y perfecto, los espasmos tuvieron todo de mí al igual que Dixon, quien siguió ocupándose de mi sexo.

—Es hermoso cuando te corres. —Besó el interior de mi muslo y se incorporó lento.

Al estar casi sobre mí, su palma entera cubrió mi sexo. Dixon me miró bajo el velo de lujuria que oscurecía sus ojos.

—Esto es mío —palpó con los dedos—, tu coño es para mi disfrute, solo mío.

Nunca creí que podría llegar a excitarme con palabras sucias, pero mi centro se contrajo al oírlo hablar así, acompañado de ese tono de voz ronco y sensual, pudo seducirme.

—No volverás a tocarte —lamió sus labios—, tus orgasmos me pertenecen.

—No...

—Y en eso no hay discusión. Cedo ante ti en todo —jugó con la entrada de mi vagina, dando caricias en círculos—, tú cederás en esto.

—Bien —pronuncié entre balbuceos—, en la cama tú ordenas y yo obedezco.

Sonrió de lado y mordió mi labio inferior.

—Justo así, nena. En mi cama, bajo mis sabanas, conmigo entre tus piernas... serás obediente —rozó mi clítoris, quise cerrar los muslos

—, mantenlas separadas.

—Estoy sensible.

—Créeme que lo sé.

Se incorporó a la vez que sacaba el saco de su cuerpo, los dedos oscilaron en los botones de la camisa, soltándolos uno a uno.

—Recuéstate —indicó—, y no cierres las piernas —repitió.

Retrocedí encima del colchón, acomodándome sobre las almohadas. La pena no la conocía, no con Dixon, así que no fue problema mantener los muslos separados. No pensaba mucho en mí, ni en sus ojos que me comían sin pudor, ya que los míos

escrutaban la amplitud de su torso desnudo, la tinta oscura en los brazos, la cicatriz de la bala y las otras que apenas se notaban.

Al quitarse el pantalón, el calor se aglomeró en mis mejillas y al caer el bóxer al suelo, mi boca se secó. Si bien, ya lo conocía por completo, hoy lo tendría dentro y no era muy fan del dolor y estaba segura que ese tamaño en mí, iba a causarme mucho de él.

Subió a la cama conmigo, se posicionó sobre mí, su pene rozando duro, empujaba sutil.

Tomó mis muñecas y acomodó mis brazos a los costados.

—¿Confías en mí? —Inquirió, acercándose a mi boca.

—Sí.

Un beso suave, una sonrisa sincera y rebosante de cariño.

Vi un paquete plateado ser rasgado por sus dientes, lo detuve; me miró confundido.

—No quiero que uses eso —dije jadeante.

—Cariño, te quiero y pienso usar cualquier método para amarrarte a mí, pero un bebé no encabeza la lista. —Sonreí.

—Tomaré la pastilla.

—Bridger —susurró—, ¿estás segura?

—Sí.

Le quité el preservativo y lo arrojé lejos. La oscuridad se cernió con mayor fuerza a sus orbes, sostuvo su erección en la mano, masturbándose despacio; unió nuestras frentes y jadeó, tocando mi cara con su aliento.

Presionó la punta de su pene en mi vagina, resbaló gracias a los vestigios del orgasmo; avanzó un par de centímetros más, el espacio se sintió ajustado y lleno.

—Mierda —siseó—, eres estrecha y... cálida.

—¿Está mal? —Gimoteé.

—Se siente... es como estar en el puto cielo. —Mordí mi labio, él siempre sería así.

Hundí las uñas en su espalda, las desplacé hasta la curva de su cadera. Gruñó.

—Joder, no... —continuó avanzando y el dolor se manifestó—, no hagas eso.

Cerré los ojos un instante, saboreé la molestia en mi vagina, su pene no se detenía y lastimaba, no experimenté excitación durante ese lapso, mas no lo detuve.

—Separa más las piernas, déjame entrar por completo en ti.

Las enredé sólidamente a su cintura, él las alzó y encajó con mayor profundidad. Arqueeé la espalda y escondí la cara en su cuello. Mordí su piel, reprimí un grito y lo sentí embestir duro.

Estaba dentro, rompió esa delgada línea y me hizo su mujer.

—No quiero lastimarte —retiró la pelvis, liberó la presión por unos segundos y embistió otra vez—, estoy tratando de controlar mis instintos.

—¿Los crueles? —Gemí adolorida.

—Los primitivos.

Lo miré, todo en él estaba tenso. De verdad buscaba controlarse.

—No solo se trata de la estreches de tu coño —arremetió con más fuerza, jadeé, asimilaba la sensación—, y de lo hermosa que eres —

salió lento—, sino de la certeza de que yo soy el primero... y seré el último.

Penetró sin control, arrancándome un grito.

En este momento esa posesividad me provocaba un cosquilleo en todo el cuerpo, nada me gustaba más que ser suya, que él haya sido el primero, no me arrepentía.

—Joder, eres mía nada más —amasó mis senos y lamió los pezones—, no te dejaré nunca, tu coño solo voy a follarlo yo, nena.

Disfruté de la habilidad de su lengua y los embistes pausados, pero duros y profundos. El dolor seguí ahí, ardía ante los movimientos, sin embargo, las caricias ayudaban. La sensibilidad de mis pezones era mi punto de mayor excitación y no pasó mucho para que comenzara a mojarme de nuevo, mientras oscilaba las caderas en sincronía con las arremetidas que propinaba a mi cuerpo.

—Dixon —gemí, apretándolo a mí—, oh Dios.

—Lo sé, nena, ¿te gusta? —Se movía de una manera alucinante—

Porque yo lo disfruto bastante, ver como te sonrojas, sentir como te contraes.

—Sí, me gusta, tú me gustas —susurré. Quería decir más, pero no me hallaba en condiciones de hacerlo.

—¿Te gusta como te follo, Bridger?

—Creí que me... me harías el amor —balbuceé. No podía quejarme, esto que me hacía me gustaba bastante.

—Lo intenté —se apoyó en las rodillas, mirándome desde arriba—, pero no soy esa clase de hombre.

Apenas sonreí, abandonó mi interior, tiró de mis piernas y acomodó mi trasero sobre sus muslos; bajó la cabeza en dirección a nuestros sexos desnudos y una mirada de satisfacción surcó sus ojos mientras retomaba el lugar en mi vagina. Efectué una mueca y él abrazó mis senos, los atendió cariñosamente.

—Eres arte, cariño —seguía observándome—, mi arte.

Liberó uno de mis senos, atendió mi clítoris con el pulgar, presionaba estimulándolo, hacia arder todo, me consumía sin darme tregua.

—Estoy sintiéndote de nuevo, te ves preciosa... jadeante, excitada, abierta para mí.

Su longitud abarcaba gran parte de mi interior, llegaba a un punto donde acrecentaba el cosquilleo en mi vientre bajo y en conjunto con el estímulo de los dedos, acababa conmigo sin darle paso al dolor.

—Tu coño me recibe tan bien —balanceó la pelvis muy lento—, no sabes lo precioso que luce lleno de mí. Quiero quedarme aquí —

cerró los ojos brevemente—, mi paraíso, mi infierno, todo lo que causas al sujetarme así.

—Eres tan... sucio.

—No imaginas cuanto, nena.

Se detuvo un instante y tiró de mi cuerpo hacia arriba, me sentó en su regazo, su pene se deslizó con más libertad, lo sentí más grande, estaba llena, tal y como él lo dijo.

—Mi chica —besó mi mejilla—, te quiero.

—Sucio y romántico. —Le abracé el cuello y él me sostuvo de la espalda, ayudándome a moverme sobre su erección.

—Y tuyo.

Unió nuestras bocas, mi sabor aun prevalecía en su saliva y cuando se abrió paso con la lengua entre mis labios, lo percibí más.

—Muévete, lento —su mano guiaba mi cadera—, así.

—Te siento... más, te siento en todas partes.

—Vas a correrte otra vez —aseguró.

Le ofrecí mis senos, mi cabello osciló detrás de mi espalda, Dixon no paraba de arremeter contra mí, ni yo de buscar mi placer; chupó lo endurecido de mis pezones, los presionó entre sus dientes y perdí el control. Había un sinfín de excitación recorriéndome, el orgasmo se gestó deprisa, llegó más fuerte que el anterior y me hizo arañar la piel de Dixon, lo cual lo descontroló.

—Carajo —siseó, estaba quieto—, eso es, cariño, córrete, es delicioso cuando lo haces conmigo dentro.

—Dixon...

—Únicamente yo —sentenció.

Lamió la unión de mis pechos y llegó a mi oído.

—¿Lo disfrutas? Voy a hacerte sentir eso toda la noche.

—¿Qué...? —Articulé contrariada. Me encontraba perdida, sostenida por el orgasmo que prevalecía aun en mí.

—Me escuchaste —acomodó mi cuerpo sobre mi costado encima de la cama, él se puso detrás de mí—, voy a follarte toda la noche, Bridger, una y otra vez.

—No... no soy una máquina —espeté.

Sujetó mi pierna y su pene entró sin problema a mi vagina. Gemí suave. Ya no dolía, al menos no ahora.

—Lo sé, eres un ángel —comenzó a penetrarme más rápido—, y voy a corromperte. ¿Querías mi infierno? Haré arder tu cuerpo con sus llamas.

Apoyé la cabeza en su hombro, tenía el brazo cubriéndome los senos, su pelvis chocaba contra mi trasero. Embestidas duras, frenéticas, necesitadas.

Imaginé mi primera vez con besos suaves, caricias llenas de amor y cuidados, sin embargo, esto era mucho mejor, tenía a un perverso con un mínimo por ciento de romanticismo que lo hacía perfecto.

—Mía, Bridger, mía —susurró en mi oído.

—Tuya.

—No tienes una idea lo que es sentirte piel con piel, ni de lo mucho que disfrutaré llenar tu vagina con mi semen.

—Oh mierda —siseé, acalorada por sus palabras.

—Uhm... qué sucia —se mofó.

Cambió de posición, nuevamente se cernió sobre mí. Apresó mis muñecas por encima de mi cabeza, su mano libre se cerró en mi cuello, su pene adueñándose de mi vagina otra vez.

—No te gusta el romanticismo, ni hacer el amor —golpeó nuestros cuerpos, el sonido llenó la habitación—, te gusta duro, me querías a mí y la crueldad que represento.

¿Podía decirle que se equivocaba? No, no podía, porque él tenía razón. Jamás me atrajo lo bueno, siempre tuve inclinación por lo malo, lo obsceno, lo peligroso y oscuro.

Imposible cambiar lo que deseas, Dixon no erraba, no lo hizo hoy ni aquel día cuando me dijo lo mismo, pero con otras palabras.

—Y a ti te gusta corromper —su mano apretaba mi cuello, mas no tan fuerte, pero si lo suficiente para hacerme sentir excitación—, te gustan las chicas como yo.

Se inclinó hacia la abertura de mis labios.

—Me gustas tú, solo tú. Me propuse tenerte —contrajo cada musculo—, nadie te arrebatará de mis manos.

—No quiero irme.

—No te dejaré hacerlo.

—Me perseguirás.

—Y siempre te encontraré, cariño —susurró tajante—. No puedo vivir sin ti y... no quiero.

Nos besamos y segundos después advertí el momento en que su semen acabó dentro; él empujó, como si buscara unirse completamente a mí, aun más de lo que ya lo hacía. Sentí su miembro palpar mientras seguía derramando su esencia con bastante fuerza.

—Tu vagina es la primera en la que me corro.

—Bueno, al menos en algo soy la primera —comenté divertida.

Nunca le reprocharía nada.



—¿Me reprochas?

El agarre se deshizo y me miró, había calma en cada facción de su faz.

—Jamás —acoté, acaricié su nuca—, mi primera vez ha sido única.

—Fue conmigo, no podías esperar menos.

Se recostó a mi lado, deslizó el brazo por debajo de mi cabeza y me atrajo a él; descansé encima de su pecho y sus labios besaron mi frente con cariño.

—Tienes diez minutos —comunicó.

—¿Para qué? —Alcé la cara hacia él.

—Para recuperarte —miraba el techo—, no hemos acabado.

—Oh, yo sí —dije, sentándome de golpe—, me has desvirgado...

—Estoy consciente de eso, la sangre de tu virginidad perdida aún cubre mi pene.

Negué despacio y omití su comentario.

—Y me dolerá.

—Sabes que no.

—Olvidalo. Me daré una ducha.

Su pecho vibró por la risa que brotó de su boca. Me levanté de la cama en dirección al baño, sin embargo, me vi sobre el colchón de nueva cuenta antes de que pudiera dar un paso.

—¡Dixon!

Encajó en mis piernas y comenzó a besarme el cuello.

—Obediente y sumisa, ¿recuerdas?

—Dixon...

—Shh —masturbaba mi clitoris—, en el sexo mando yo.

—¡Es mi cuerpo! —Rio y me observó risueño.

—Nuestro, nena.

Una sonrisa traicionera asomó en mis labios, la misma sonrisa que él besó.

—Por favor, di que sí —suplicó, mi cuerpo comenzó a responderle.

*¡Traidor!*

—Dixon...

—Sí, solo sí.

Respiró cerca de mi oído, un estremecimiento me sacudió.

—Pero será en la ducha, tengo tu semen entre las piernas.

—Qué duro me has puesto al decir eso.

Se levantó y me cargó sin problema, llevándome al baño.

—Ducha, cama... y cada superficie —murmuró pensativo.

—¿No tendrás suficiente nunca, ¿verdad?

—Te lo advertí, ¿no? —Suspiré.

—Te quiero, aunque me domines en el sexo. —Esbozó una sonrisa y depositó un beso en mi mejilla.

—Te quiero más, Holly, siempre lo haré —dijo sincero—, te lo prometo.

## **Capítulo 31**

### ***Dixon***

*Mía.* La palabra no dejaba en repetirse en mi cabeza al contemplar a mi mujer.

Holly era mía.

No me cansaba de repetirlo, me hallaba en la necesidad de remarcarlo en cada oportunidad, convencerme de que ella de verdad me pertenecía.

Aparté la sabana de su cuerpo, la tenía frente a frente, acomodaba sobre el costado; llevaba dos horas dormida, le di tregua luego de no parar en toda la noche. La hice más mía hasta que mi pequeña no pudo más, porque yo aun no estaba saciado de ella, ni del placer que encontraba al embestirla. *Joder*. Su coño me volvía loco, el venirme dentro me descontrolaba aun más, sentirla piel con piel se volvió una adicción, una más a la larga lista que tenía.

Con la punta de los dedos recorrí el contorno de su cintura, toqué la cicatriz que ella con tanto recelo trataba de ocultar de mí y continué hacia su muslo; Holly tenía el cuerpo lleno de pequeñas marcas, marcas que yo puse ahí; de mis dientes, mis labios, dedos y entre sus piernas se hallaba el dolor de haberme tenido solo a mí.

Mi vista bajó a su sexo, mi pene ya estaba más que duro cuando acomodé a Holly sobre su espalda. Se removió, mas no despertó.

Malicioso, separé un poco sus piernas, me situé entre ellas, cubrí mi cuerpo y el suyo con las sabanas, luego, la sostuve de las caderas sin ejercer presión, al final, mi boca se deleitó con el sabor cálido de su centro.

Pasé la nariz por la abertura de sus pliegues antes de separarlos más con la lengua. Estaba suave y blanda; la besé siendo delicado, probándola con asiduidad, tomaba todo mi tiempo, no tenía prisas, no cuando se trataba de comerme su coño.

La oí gimotear, se removió un poco más. Estiré los brazos hacia arriba y cogí sus senos, con los dedos puse duros sus pezones, Holly gimió más fuerte; me gustaba despertarla así.

Cerré los ojos, absorto en mi tarea. Descendí con la boca hacia la entrada de su vagina, palpé la humedad en la punta de mi lengua, mi erección se volvió dolorosa, más firme, aclamaba el calor de sus paredes mojadas. Embestí lo

más que pude, tomé cada fluido de su excitación, saboreándolo en el paladar, gimiendo mientras lamía y chupaba. Ella se mojaba tanto, era sensible, receptiva, cariñosa.

*Mierda.* Era perfecta.

Bajé una de mis manos a mi entrepierna, froté mi pene, masturbándome.

—Dixon —gimoteó—, ¿qué... qué haces?

—¿Necesitas que lo diga? —Susurré. Se estremeció y la piel se le erizó a causa de mi aliento.

—Vas a matarme.

Reí y chupé sus pliegues, presioné su clitoris y empujó la pelvis contra mi boca, abarqué lo pequeño de su sexo con ella y hundí la lengua una y otra vez.

—¡Oh, Dixon!

Agité la mano en torno a mi erección, excitado y duro, muy duro.

Momentos después me detuve, como un desesperado me cerní sobre ella, aparté las sabanas, le abrí las piernas y encajé en mi lugar favorito.

—Buenos días, Bridger —susurré, relamiéndome los labios mientras la embestía duro.

—¡Dixon! —Jadeó.

—Me gusta cuando gritas mi nombre —la sostuve de las caderas y moví lentamente mi pene dentro de ella, disfrutaba de lo que era follarla—, eres tan sexi.

—No puedo creer que sigas... ¡Ah!—Tensó el cuerpo y arqueó la espalda.

—¿Qué? ¿Follándote? —Recorrí su cuello con la nariz, luego la mordí al tiempo que salía y volví a encajar con rudeza.

—¡Dios!

Agarraba las sabanas entre los dedos, su cabeza echada hacia atrás, labios entreabiertos, jadeante, excitada, mía. Mis instintos se vanagloriaban orgullosos y posesivos, solo yo la había tenido, solo yo podía ver esas muecas de placer, solo yo podía hacerla gemir.

—Mi nombre, nena.

—Ni siquiera recuerdo el mío.

Sonreí de manera inevitable; en un movimiento cambié la posición, quedé abajo y ella arriba. Apoyó las palmas en mi pecho, el cabello caía sobre nosotros, lo aparté para verle la cara.

—Te ves tan bonita excitada y sonrojada —ajusté la mano en su cadera y la incité a moverse, no sabía cómo hacerlo, pero le enseñaría—, apetecible... una tentación para un perverso como yo.

—Déjame bajar —la mantuve en su sitio—, Dixon... no sé...

—Quédate ahí —deposité un beso en sus labios—, siento mucho cuando estás arriba, tu coño caliente me presiona y es... delicioso.

Avergonzada y tímida, irguió el cuerpo, el cabello le acarició la espalda, la contemplé desde abajo; mis palmas rozaban esas piedrecillas que adornaban sus senos rellenos. Holly alzó las caderas unos centímetros y bajó con la misma lentitud. Mi pene se extendió dentro de su vagina, la sentí apretarme y continuar con el suave vaivén de su pelvis. Adelante y atrás, arriba y abajo, para ser la primera vez lo hacía bien.

—Eres tan tierna —recorrí la silueta de su perfecto cuerpo y amasé con fuerza su trasero—, preciosa, inocente.

—Perverso —jadeó—. Me excitas mucho —confesó, tenía los ojos cerrados.

—Mírame, cariño —incité.

Bajó la mirada, se mordió el labio, el placer rebosaba en sus orbes.

—Eres todo mío —susurró.

—Amo ser tuyo —siseé, sin pensar mucho en lo que había dicho.

Se dejó caer sobre mi pecho, la abracé y ella buscó mis labios.

Respondí a su beso, hurgué en su interior con la lengua y tuve el mejor recibimiento. Desplacé las manos a sus nalgas y apreté, moviéndola sobre mi pene erecto.

Jadeé contra lo húmedo de su boca, mis movimientos se intensificaron, Holly me aplastaba con su sexo, iba en busca de su orgasmo, gemía cada vez más cuando rozaba su clítoris con mi cuerpo y mi pene llegaba a su punto más dulce.

Tiró de mi cabello, gruñí, penetré más deprisa, desesperado por alcanzar mi orgasmo y a la vez, quería dilatarlo para seguir abrazando la sensación que ella me provocaba.

Entonces advertí la palpitación dura de sus paredes, succionó mi tamaño y me detuve un instante para sentir su orgasmo en mí. No existía una forma para explicar lo que experimentaba.

—Eso es, cariño —balanceé despacio sus caderas—, se siente bien, ¿no?

—Dios, Dixon.

—Dios no, el diablo.

La recosté en la cama otra vez, separé sus piernas, me apoyé en mis rodillas y la penetré una, dos, tres veces más y cuando el orgasmo se gestó en mi vientre bajo, salí de ella y presioné la punta de mi glande entre sus pliegues, derramando mi semen justo sobre su clítoris.

El líquido se esparció por toda su hendidura, la imagen de su coño cubierto de mi semen fue un afrodisíaco. Mi lado bestial amaba marcarla de este modo.

—Está caliente —musitó aún jadeante.

—Pierdo todo el control contigo, Bridger —desplacé mi pene por lo hinchado de sus pliegues, llevando mi semen dentro de su vagina—, me haces querer tomarte de las maneras más sucias, perversas...

lascivas.

—Mientras sea en la cama —susurró.

Embestí un par de centímetros, llenándola de mí por completo.

*Mierda, mierda, mierda.* Seguía caliente y excitado, quería follarla nuevamente.

—No —dijo. La miré.

—¿No?

—Tienes esa mirada.

—¿Cuál? —Inquirí burlesco.

—La que me advierte que estás duro otra vez y dispuesto a follarme hasta dejarme en silla de ruedas.

Reí y negué débilmente.

—Te veo muy bien.

—Me duele todo, ¡todo! —Señaló su centro.

—¿Y por qué te duele, nena? —Averigüé, aplastándola con mi figura en busca de sus labios rojos.

—Porque estuviste dentro de mí.

—Eso es... para que no lo olvides.



—No podría —suspiró y abrazó mi cuello—, debemos irnos, Dixon.

Lancé un suspiro y apoyé nuestras frentes. Por más que me gustara la idea de seguir aquí, no podía. Había algunos pendientes, el que más me preocupaba era Dexter, seguía drogándose y comenzaba a estar fuera de sí. No quería recurrir a otros métodos, pero él me dejaba sin opciones y no pensaba perder a mi hermano.

—Pediré algo para comer —avisé.

—Necesito ropa.

—Taylor la trajo hace un rato, también la pastilla, así que después de comer, la tomas, no quiero sorpresas.

Bajé de su cuerpo, sentí su mirada sobre mí. Se sentó en la cama y me miró con mayor intensidad.

—No quieres tener hijos, ¿verdad? —Inquirió. No la observé, mi vista estaba en el móvil que acababa de tomar mientras revisaba los mensajes y las llamadas que ignoré.

—No —fui franco—, no me veo como padre, mucho menos deseo criar a un bebé entre tanta miseria.

Guardó silencio y se incorporó de la cama en dirección al baño. La dejé ducharse sola y marqué el número de mi padre. Esperé dos tonos antes de que atendiera.

—¿Dónde está? —Pregunté apenas respondió.

—Aquí, Spencer lo trajo, estaba muy drogado. —Maldije. La noche anterior casi llega a la fiesta y arruina todo, por suerte Taylor logró controlarlo.

—¿Qué piensas hacer? Porque mis ideas no van a gustarte, pero si las tuyas no funcionan, entonces yo me haré cargo.

—Tendré que enviarlo al presidio —murmuró con pesar. Alboroté mi cabello, poniéndome de pie.

—Si no hay más remedio.

—Te mantengo al tanto.

Terminé la llamada y me dirigí a la ducha, Holly terminaba de lavarse el cabello, su silueta se apreciaba a través del cristal, pese al vapor, podía admirarla. Dejé el móvil de lado y entré con ella, abrazándola desde atrás.

—¿Te ayudo? —Acaricié sus senos repletos de espuma.

—¿Nunca te quedas quieto?

—No.

Le di la vuelta, enredé su pierna en mi cintura y fácilmente tuve acceso a su vagina. La embestí sin perder tiempo, presionándola contra la pared y mi cuerpo mientras el agua nos cubría.

—No podemos seguir así —gimoteó, con mi pene embistiéndola: violento y profundo.

—Sí, sí podemos.

La besé para callarla y seguir follándola. Jamás me cansaría de esto.

<

### ***Holly***

No podía dar un paso sin sentir las piernas como gelatina.

El abdomen me dolía horrores, mi sexo entero también, no solo por el exterior, mi vagina se sentía igual. Tenía los senos sensibles, marcas en mis caderas, muslos y senos. Las mordidas de Dixon adornaban mi espalda, líneas rojizas hechas por sus uñas al hundirse con saña en mi piel al estar cegado por la excitación. Su espalda se encontraba peor que la mía, no

puedo negarlo, estuve igual de intensa las primeras veces, después me quedé sin fuerzas y él parecía tener más con cada orgasmo.

Perdí la cuenta de las veces que me hizo suya. Follamos en el baño, contra la pared, sobre el lavabo, en el sofá, la mesa, y de nuevo en la cama.

¡Dios mío! Dixon era insaciable. Justo ahora me vestía con rapidez antes de que me reclamara otra vez. Sentía que ya no podría complacerlo, pero me tocaba de una forma... enloquecedora, en sitios que hacían emerger la excitación de una manera que yo no pude haber imaginado.

Su experiencia me dejó adolorida, pero satisfecha y con una sonrisa flamante en la cara.

—¿Estás lista? —Lo miré desde el baño, terminaba de ponerse el saco.

Llevé la pastilla a mi boca y la tragué con un poco de agua.

—Sí.

Di un paso y el dolor se incrementaba. Carajo.

—¿Duele? —Inquirió burlesco. Sostuvo mi cintura y besó mi frente.

—Idiota —mascullé.

—Shh —rozó el contorno de mi cara con los labios—, no me hagas abrirte las piernas otra vez.

—Estás loco, Dixon, ¡me duele!

—Te dije que dolería más cuando no me tuvieras dentro —susurró en mi oído. Maldito. Tenía razón.

—Te odio.

—Me quieres.

—No.

—Y mucho.

Tomó mi mano y besó el dorso, sus ojos me observaban divertidos.

—Fue la mejor noche de mi vida —confesó—, gracias.

Suspiré profundo. Para qué negarlo, también había sido la mejor para mí.

—Puedo decir gracias —murmuré. Sonrió de lado y nos dirigimos a la puerta. Las flores seguían en su lugar, las miré con tristeza—.

Quisiera llevarlas a mi departamento.

—¿Para qué? No es como si fueras a volver a él.

—Dixon, no puedo vivir contigo, ya no hay peligro con los italianos.

—Bridger, no voy a dejarte ir, pensé que ya lo tenías claro.

Solté su mano y lo enfrenté con calma, sin ánimos de discutir. Él me miraba serio, con el gesto endurecido.

—Necesito mi espacio, mis cosas, algo mío —dije serena e inalterada—, no puedes...

—¿No puedo? —Interrumpió, me acorralaba contra la puerta—

Claro que sí —sus brazos formaron una cárcel—, estarás a mi lado, te guste o no.

—Dixon, entiende, por más que me guste la idea de vivir contigo, es muy pronto.

—Llevamos más de dos años conociéndonos, sabes todo de mí, no me vengas con esa mierda, Bridger.

Tomé un respiro largo, contaba en mi mente, trataba de mantener la calma.

—Lo sé, ¿de acuerdo? Me hace ilusión estar bajo el mismo techo —

susurré aun tranquila—, pero no quiero irme a vivir contigo, no estoy lista para eso, ¿eres capaz de entenderlo y no presionarme?

Se apartó y tensó la mandíbula. Estaba enojado y mucho, pero no me importaba, no podía ser una mentirosa, me negaba a no ser sincera con lo que sentía. Estar viviendo con él no era lo que yo quería, no ahora, quizá después si eso se daba por parte de los dos, no solo por su obsesión de quererme mantener bajo su control a todo momento.

—No quieres vivir conmigo —efectuó una mueca—, bien, lo hubieras dicho con todas sus letras.

—Dixon, deja de actuar como un crío. No estoy cómoda con la decisión que intentas tomar por los dos, estás pensando solo en ti y en lo que quieres, en tus deseos y la necesidad de tenerme en tus manos.

Se quedó callado, la furia seguía reluciendo en sus ojos, pero su rostro se mostró desprovisto, una máscara exánime que utilizaba para ocultar su descontento. Y lo sentía, lo sentía mucho por él,

pero no me obligaría a hacer nada que no quisiera por mucho cariño que yo le tuviera; podría sonar como una maldita, mas no cedería, irnos a vivir juntos no dejaría nada bueno. Él aun no me conocía del todo y a pesar de que yo lo conocía en todas sus facetas, de jefe a novio, había una gran diferencia.

—Bien —dijo al fin—, no te obligaré, ni lo mencionaré de nuevo.

Pasó por mi lado y abrió la puerta, salió dejándome atrás. Lo seguí sin tener más remedio. Se dirigió al ascensor, esperamos y entramos juntos, llevó el móvil a su oído, la vista al frente.

—Taylor, lleva las cosas de Bridger a su departamento —esperó un instante—, sí, también. Y hazte cargo del jet, volaré con ellos en unas horas.

Finalizó la llamada y guardó el móvil. La tensión creció entre nosotros y me lamentaba que estuviera tomándolo así, que no fuera capaz de respetar mi decisión, pero pedirle a Dixon un poco de comprensión, era mucho.

Las puertas se abrieron luego de varios segundos, salimos y él enseguida me enfrentó.

—El chofer te llevará a tu departamento, tengo que hacerme cargo de Dexter y su problema —explicó serio—, te llamaré después.

—Dixon...

—Vete a casa —presionó los labios a mi frente—, hablaremos luego.

—¿Estás seguro? —Inquirí. Suspiró contra mi piel. Irradiaba tensión.

—Vete ya.

Se apartó, me dedicó una última mirada, la misma que me hizo sentir pésimo, y por un segundo quise poner su felicidad por encima de la mía, quise satisfacerlo, aunque no era lo que yo quería.

Negué despacio y lo vi irse por la puerta principal.

El encantó duró poco, la vida me recordaba que el camino para llegar a la felicidad estaría repleto de problemas y dolor.

¿Seríamos capaces de soportarlo? ¿Podría tolerar su control sobre mí?  
¿Quién de los dos cedería?

—No quiero huir, Dixon —susurré viendo el lugar por donde se había ido—, por favor no me hagas cambiar de opinión.

Retomé el camino al estacionamiento, enseguida ubiqué el auto, el chofer esperaba abajo, ni siquiera lo miré a la cara, iba ensimismada en la pantalla de mi móvil mientras buscaba un vuelo hacia Scottsdale; debía ir a arreglar las cosas con papá y unos días fuera me vendrían bien, y a Dixon también. Me monté en el asiento trasero, la puerta se cerró y enseguida el chofer encendió el motor.

— *Buon pomeriggio* —saludó una voz a mi lado.

Alcé el rostro deprisa, sus hábiles dedos me arrebataron el móvil aprovechando mi desconcierto. Me paralicé.

—Holly Bridger, ¿no es así? —Pasé saliva. Jamás había visto a este hombre.

—¿Quién es usted? —Observé al chofer, no se inmutó.

—Joe Coppola —se presentó malicioso—, usted y yo tendremos una larga conversación.

## Capítulo 32

Nota: Dexter y Dixon se llevan por un año

### *Holly*

Sus ojos de un color verde oscuro, no paraban de evaluarme.

Relamía el contorno de sus labios gruesos que se elevaban hacia un lado en una sonrisa maliciosa. No veía en él intenciones de lastimarme, pero podía equivocarme, y temía, claro que lo hacía,

estaba sola, nadie vendría a ayudarme. Mi única opción podría ser saltar del vehículo en marcha, eso si era lo suficientemente rápida para quitar el seguro antes de que Joe me detuviera y decidiera matarme con sus propias manos.

*Basta, Holly, estás divagando. ¡Concéntrate!*

—¿De qué podíamos hablar usted y yo? —Inquirí.

*Tratas con un asesino como Dixon, puedes tratar con otro más.*

*Vamos, no le demuestres miedo, ellos disfrutan empleándolo.*

—No pareces un ciervo asustadizo —se acercó, no moví un musculo—, es verdad lo que se dice, ¿eh?

—¿Por qué no solo va al punto?

—Llegaremos a él, paulatinamente. No tengo prisas, *amore*.

Estiró la mano, quiso tocarme la mejilla, pero de un manotazo lo aparté. Su sonrisa se amplió.

—Eres una *fierecilla* —se mofó—, tu valentía no te sirve conmigo.

Enroscó la mano en mi nuca y me atrajo a su cara, efectué una mueca, huía de la cercanía de su boca.

—Dixon acabó con una familia poderosa y piensa que las cosas se quedarán así.

—Mataron a su cuñada, estaba embarazada.

—Lamentable, pero eso no quita el hecho de que provocó un caos, hizo un mierdero que tendrá que limpiar —continuó.

—Eso dígaselo a él, yo no soy su puta mensajera.

Lo empujé con las manos, él no cedió, ejerció presión, hundía los dedos en mi nuca y dolía, con mucho esfuerzo reprimí el dolor que me causaba.

—No, no eres su puta, eres más, ¿no? —Posó la mano en mi rodilla y avanzó entre mis muslos por encima de la tela— ¿Qué tienes entre las piernas que has hecho caer al Diablo?

—¿Acaso creé que mi vagina es lo mejor que tengo para ofrecerle a un hombre como él? —Increpé. Un brillo atravesó sus ojos.

—Adam tenía razón —la mención de su nombre me produjo escalofríos—, ¿qué haría el Diablo sin el calor de su infierno?

¿Congelarse?



—Averígüelo —lo reté—, después de todo, a veces el hielo quema más que el fuego.

Rio y al fin se apartó. Retrocedí lo más que pude, pegué mi espalda a la puerta, mis dedos se desplazaban silenciosamente hacia la manija.

—Dile a tu Diablo que tiene una semana para recibirme, sino lo hace, mi próxima visita no será amistosa.

El auto se detuvo en un semáforo, él abrió la puerta, pero antes de bajar, me miró burlón.

—Y si necesitas un jet para viajar a Scottsdale, el mío está a tu servicio.

No respondí, ¿en qué momento revisó mi móvil? Desgraciado, hijo de perra.

Cerró la puerta y antes de que el auto avanzara intenté abrir mi puerta, mas no cedía, y cuando quise hacerlo con la otra, el chofer arrancó.

—La llevaré a su destino —comentó.

—Imagino que tú ya sabes el tuyo —siseé. Maldito traidor.

Ninguno dijo nada, no me quedó más remedio que seguir en el auto hasta que después de varios minutos llegamos a mi edificio; bajé por la otra puerta y corrí con prisa hacia el interior. No tenía mi móvil, ni tampoco otra forma de llamar a Dixon para avisarle de esto, debía prevenirlo.

Entré a mi departamento, parecía que habían transcurrido años desde la última vez. Apoyé la espalda en la puerta y respiré profundo, una, dos, tres veces. Temblaba de miedo y de rabia.

De pronto, alguien golpeó la puerta, di un respingo, acallando un grito. Me volví y abrí enseguida, encontrándome con Taylor. Sentí mucho alivio al verlo, traía mis cosas y a Theo en una transportadora para gatos.

—Buenas tardes, señorita, el señor Russo me pidió que le trajera esto.

—¿Has hablado con él? Taylor, necesito localizarlo, hay algo urgente que debe saber. —Mi boca se secaba.

Él ingresó y dejó todo sobre el suelo, notaba mi nerviosismo. No estaba así por lo que ese sujeto pudo hacerme, sino por Dixon, siempre me preocuparía por su bienestar y el saber que había nuevos enemigos que tenían la forma de acercarse a nosotros sin ser detectados, no me dejaba nada bien.

—Tranquilícese, él aun no aterriza, apenas acaba de abordar el jet.

Mordisqueé mi labio inferior, caminé de un lado a otro, ansiosa.

—Joe Coppola, ¿lo conoces? —Su semblante cambió enseguida, tornándose serio.

—Sí, ¿cómo...?

—Acabo de hablar con él, cuando subí al auto estaba esperándome, el chofer lo dejó acercarse —apreté los parpados por un segundo—,

<

quiere que Dixon lo reciba.

—¿Le hizo daño?

—No... aún —susurré esto solo para mí.

Sacó su móvil y me miró preocupado.

—Le pondré seguridad y se lo comunicaré al señor Russo enseguida, por favor, no salga y llámeme si...

—Ese bastardo se llevó mi móvil —interrumpí. Jodido ladrón,

¿acaso pensaba que era rica para estar comprándome teléfonos móviles a cada momento?

—Le traeré otro —llevó el móvil a su oído, dirigiéndose a la puerta

—, quédese aquí —repitió antes de salir. Resoplé. Como si tuviera ánimos de salir a la calle sabiendo que esa gente estaba al pendiente de nuestros movimientos.

Saqué a Theo y puse pestillo a la puerta, como si eso pudiera servir de algo, además, dejé un cuchillo sobre la mesa mientras me sentaba en el comedor con la vista a la calle, pendiente de cualquier cosa.

—Esta es la vida que me espera, Theo —musité ausente y trémula

—, un romance en la mafia no es lo que todos creen.

Él maulló y se acomodó mejor en mi regazo, palpar su calor fundiéndose a mi piel, me trajo cierto alivio.

—Pero no cederé, quiero a ese hombre, aun con esos defectos que en ocasiones me hacen querer huir.

*Siempre lo querré.*

### ***Dixon***

El presidio donde Dexter pasaría un buen tiempo, se encontraba en un sitio de difícil acceso, se trataba de una cárcel para mafiosos, un tipo de correccional que se creó para castigar. Estuve aquí cuando cumplí trece, no porque hubiera algo en mí que corregir y castigar, fue solo un método que mi padre usó para endurecer mi carácter y hacerme "mejor".

Aquí recibí palizas de muerte, también las propiné. No había reglas, ni consentidos, mucho menos privilegiados, todos éramos animales dentro de una ratonera en la que jugaban contigo si no eras lo suficientemente fuerte para ser tú quien jugara con los demás.

Viví un infierno, pero valió la pena. Aprendí muchas cosas, la más importante: valerme por mí mismo. Incluso en las peores circunstancias, estuviera o no acompañado, era un criminal peligroso.

—¿Qué es esto? —Inquirió Dexter, apenas se hallaba consciente.

Mal para él que al estar despierto por completo, supiera el lugar donde vino a caer por sus estupideces.

—Una feria para mafiosos —respondí, con el cigarrillo oscilándose en mis dedos—, vas a divertirte mucho.

Solo estábamos él y yo en un intento de habitación. Había una cama, paredes grises y desnudas, pisos de piedra, una ventana con barrotes que no te otorgaba el mejor de los paisajes, afuera solo había desierto.

—¿Qué?

—Te aconsejo que toda esa mierda que tienes en la cabeza la descargues contra todo aquel que se te atreviese —di una calada y expulsé el humo—, míralo como un saco de boxeo gigante, solo para ti.

—¿De qué carajos estás hablando, idiota? —Se sentó sobre la cama, su aspecto daba pena. Yo solía ingerir drogas, pero solo por diversión, sabía lo que esa porquería causaba si le permitías volverse una adicción.

—Ya lo averiguarás, *hermanito*. Bienvenido a tu nuevo hogar.

Se incorporó de golpe, trastabilló, el sedante aun seguía en sus venas.

—No me dejarás aquí, ¿no me encerrarás! —Reí.

—Ya lo hicimos —acoté—, y no me mires así, no fue mi idea, la mía era más primitiva —continué burlón—, como quitarte lo imbécil a golpes, aunque eso me hubiera tomado bastante tiempo.

Se abalanzó contra mí, su rostro estaba demacrado, las ojeras muy visibles, lo rojizo en el contorno de sus ojos no desaparecía, mas eso no era lo peor en él; lo peor era el vacío profundo e inmenso que cualquiera podía advertir al mirarlo frente a frente. La ausencia de Darla lo destruyó y por un segundo imaginé, sin quererlo, cómo sería mi rostro si en algún momento llegara a perder a Holly.

La idea me helaba la sangre y doblegaba mi corazón, lastimándome.

—No voy a quedarme, no soy un puto crio.

Me empujó contra la puerta, tomándome de la chaqueta. No me inmuté, él estaba débil y podía quitármelo de encima en segundos.

—Pero sí un *pendejo* —remarqué—, no paras de consumir mierda que te matará tarde o temprano, y yo te lo advertí, Dexter.

Lo sostuve de la cara, haciéndolo retroceder.

—No voy a perderte, jodido imbécil —siseé—, eres mi sangre y yo protejo a mi familia.

—No lo hubieras hecho con mi hijo, ni con ella, no los querías en mi vida.  
—Me tragué mi orgullo.

—Tú los amabas, Dexter, yo hubiera hecho cualquier cosa por mantenerlos a salvo, como lo hice contigo durante todo este tiempo

—bajó la mirada—, mírame —ordené—, soy tu hermano mayor, carajo, siempre cuidaré de ti.

—Y me dejarás aquí...

—Es por tu bien —afirmé—, te aseguré que cuando salgas, te sentirás mejor.

Lo solté y enseguida mi padre ingresó a la habitación, venía acompañado de un tipo alto, vestido de negro, cabeza rapada y tatuada, miraba a Dexter como un león mira a su presa. Suspiré.

Esperaba no equivocarme, esperaba que él estuviera a la altura y pudiera ser el cazador y no la presa.

—Otro niño bonito —murmuró el sujeto.

—Ya saben que hacer —indicó mi padre—, volveremos en un mes.

Dexter tomó asiento en la cama, el odio prevalecía en sus ojos, no nos miraba, tenía la vista en la pared.

—Adelante, señor Russo, su pequeño será otro, tal y como sucedió con su otro cachorro —agregó el director del lugar, apareciendo detrás del tatuado, lo miré con odio.

Puto bastardo. No olvidaba sus castigos, y me compadecía de Dexter, esto sería un infierno.

—No te perdonaré si me dejas aquí —siseó Dexter en cuanto nos disponíamos a salir. No mencionó nombres, pero miraba en mi dirección.

—Lo sé, hasta ahora no he perdonado a padre por haberme encerrado, así como se lo agradezco, se lo reprocho —dije severo

—, tu ventaja es que eres un hombre... yo solo era un niño.

Abandoné la habitación sin decir más. Atravesé los pasillos desolados, ignoraba si padre venía detrás de mí, lo único que quería era largarme de aquí de una vez por todas. Extrañaba a Holly y la manera en que nos despedimos o, mejor dicho, en la que yo me despedí, seguía jodiéndome.

No pude controlarlo, estaba muy enojado con ella por no ceder a mis peticiones, aunque bien, no fue una petición, fue una orden, lo cual debería dejar de hacer. Ella era mi novia, mi mujer, no mi empleada. Me costaría aceptar la independencia de Holly, así como el hecho de que no me necesitaba, era una mujer autosuficiente y eso me pesaba y a la vez, me hacía sentir orgulloso.

Había momentos donde quería verla sumisa y obediente, diciéndome que sí sin replicar, sin voz ni voto, pero mientras imaginaba esa versión de ella, más me desagradaba. Holly me gustaba libre, empoderada, fuerte y capaz. Tendría que lidiar con eso, a pesar de que me doliera no tenerla a mi lado todo el tiempo.

—Jamás vas a perdonarme —mencionó padre en cuanto subimos al auto que esperaba por ambos.

—Jamás —coincidí—, me quitaste mucho.

—Pero también te di bastante. —Una sonrisa cruel surcó mis labios.

—Siempre darás una excusa para todas tus decisiones, aunque no las tengas, las inventas.

—¿No estás orgulloso de lo que eres hoy?

—Estaría orgulloso si hubiera podido ser lo que yo quería, no lo que tú elegiste.

—No había opción —replicó.

—Sí la había, pero tu amor por Dexter fue más grande, decidiste salvar a uno y echar a los tiburones al otro —bajé la ventanilla y encendí otro cigarrillo—, ¿y de qué sirvió? Tu pequeño al final terminó en el lugar del que tanto lo protegiste.

No dijo más, ya no había forma de que pudiera defenderse. Vi el humo moverse en la nada, entonces mi móvil vibró contra mi pecho.

Palpé el aparato y lo cogí. Sonreí por dentro al ver su nombre en la pantalla.

—Bridger —saludé, nervioso.

—Oh, no, mi querido amigo —tensé el cuerpo—, la señorita Bridger dejó su teléfono en mi auto —se aclaró la garganta, conocía ese acento a la perfección—, una joven muy bella e inteligente.

—Te juro que, si le hiciste algo, no habrá sitio donde puedas esconderte de mí.

—Por favor, *Diavolo* —hice rechinar mis dientes—, no lastimé a tu puta, solo le di un mensaje que me aseguro, llegue.

—Tanto es tu miedo para buscarme que lo haces a través de ella, puto cobarde, nos veremos las caras.

—Cuento con ello.

Terminó la llamada, mi cuerpo temblaba de ira, busqué el número de Taylor, pero antes de llamarlo, su nombre apareció en la pantalla.

—¿Dónde está!? —Exigí saber. Bajé del auto deprisa, dirigiéndome al jet.

—Ella está bien, su edificio está vigilado.

—¿Y qué mierda me importa?! Esa rata italiana se acercó a ella —

siseé irascible—. Quédate con mi mujer, si algo le pasa, me respondes con tu vida.

<

Finalicé la llamada y casi arrojaba el maldito teléfono.

—¡Putos inútiles! —Exclamé, dando un golpe a la mesita frente a mí

— ¡Voy a matarlos por incompetentes!

—¿Qué ha pasado? —Averiguó padre. Yo bufaba de rabia.

—No es lo que pasó, es lo que pasará.

Entré a su departamento sin problema, Taylor se hallaba en la puerta, no le dirigí una mirada, también con él me hallaba furioso.

Era su maldito trabajo impedir que cosas como estas sucedieran; él me era fiel, pero si seguía fallando, lo echaría.

Me saqué el saco de encima mientras lo dejaba sobre una silla.

Encontré a Holly con la cara encima de sus brazos, estos apoyados en la mesa. Estaba dormida; reparé en el cuchillo que descansaba a su lado. Negué, aún con la ira crepitando por mi médula.



Con cuidado la tomé en mis brazos, ella se removió adormilada y entreabrió los ojos al momento en que la recosté en su diminuta cama. La calma me invadió al contemplarla a salvo, ella parecía encontrarse igual al mirarme. Tocó mi mejilla y deposité un beso en sus labios.

—Hola —susurró.

—Hola, nena.

Como pude me acomodé a su lado. La maldita cama era incomoda.

—¿Ya no estás enojado? —Preguntó en voz baja.

—No estaba enojado, solo... —negué—, siento haberte enviado sola.

—Fue mejor, quizás ese tipo te hubiera... hecho daño —musitó con la angustia marcada en su tono.

—No te preocupes por mí —besé su frente—, parece que no puedo quedarme lejos de ti, nadie te cuidará como yo.

Se acurrucó contra mi pecho, deshice la trenza que se hizo y el olor de su cabello me obligó a inhalar profundo.

—Tendré que mudarme al departamento de al lado —comenté, pasaba los dedos entre sus hebras suaves.

—No estás hablando en serio —dijo, mirándome asombrada.

—Claro que lo hago. Ya que no quieres vivir conmigo, tendré que venir a vivir cerca de ti, así podré cuidarte mejor —susurré absorto en su cabello, me gustaba mucho—. No quería tenerte bajo mi techo para "controlarte", te quería conmigo para protegerte, para no sentirme solo, sabes que nunca me ha molestado estarlo, pero tú me haces falta todo el tiempo.

—¿Y por qué no me dices los motivos en lugar de ordenarme? —

Indagó despacio.

—Porque soy un idiota. Todo esto es nuevo para mí, Bridger, puedo ser un experto en el sexo, pero en las relaciones soy un fracaso —

confesé sin temor—. Lamento imponerte cosas, intento no hacerlo, intento controlar mi carácter y asimilar que tú siempre puedes decirme que no.

—Cuando eres sincero puedo entender mejor, Dixon —murmuró cariñosa—. Las cosas se hablan, ¿de acuerdo? No tomas las decisiones solo, somos una pareja.

—Sí, ya lo voy entendiendo —rodé los ojos y me cerní sobre su figura—, ¿puedes ir conmigo o tendré que venir contigo? Lo que pasó hoy me jode y me preocupa, Bridger, en la fiesta exhibí mi relación contigo y te he dejado expuesta.

—Supongo que puedo ser comprensiva y sensata —susurró, separó las piernas, permitiéndome encajar entre ellas—, pero si voy contigo, tengo condiciones, Dixon.

—Las que quieras —mi mano no perdía tiempo y ascendía por su muslo—, soy tu esclavo, ordena y yo obedezco.

—De acuerdo —aceptó.

Metí los dedos en el dobladillo de sus bragas, me lanzó una advertencia con la mirada.

—No...

—Sí —refuté.

—Dixon, no vayas a... ¡Dixon!

Arranqué las bragas de su cuerpo, los trozos de tela quedaron entre mis dedos. Era encaje negro. Las llevé a mi nariz y suspiré contra la tela. Era un puto perverso al que le gustaba oler las bragas de su mujer.

—Me vas a dejar sin ropa interior.

—Mi propósito. Si ya me conoces, quítatelas antes de que llegue y entonces no tendré que romper nada.

—Eres una bestia —se quejó—, hazte a un lado, aún tenemos que hablar sobre el italiano...

—De ese perro me encargo yo. Y no menciones más el tema, me voy a enojar otra vez y si fui rudo hace unas horas, seré peor.

—Pero...

—Shh... —no quería saber los detalles, porque entonces la dejaría aquí y me iría a buscarlo para arrancarle los ojos y luego las extremidades, una a una. Nunca debió mirarla, tampoco tocarla.

—Dixon, mi cama no soportará nuestra actividad.

—Es probable.

La callé, besándola con todo el deseo que tenía acumulado. Hundí la lengua en su boca y gemimos al unísono. Entretanto, mis dedos palpaban la desnudez de su sexo; froté entre sus pliegues y deslicé un dedo en su vagina.

—Tan caliente —murmuré entre intervalos de besos—, tan húmeda.

—Por ti —remarcó.

—Sabes cuánto me excita que me digas que eres mía.

Le mordí los labios, lubiqué su entrada con sus fluidos y ansié ponerlos en toda mi longitud.

Retiré los dedos, bajé el cierre de mi pantalón y saqué mi pene.

Estaba más que erecto, humedecido por el liquido preseminal, dolorosamente endurecido; luego me hice del preservativo que llevaba en mi bolsillo, rasgué el empaque y sin dejar de besarla me lo coloqué.

La comodidad no era algo que estuviera sintiendo ahora, pero mi calentura no reparaba en eso, solo en el coño caliente que me esperaba abierto, mojado y ansioso por recibirme dentro.

Al terminar de cubrir mi tamaño, lo apreté contra ella.

—¿Me extrañaste? —Susurré sobre sus labios entreabiertos.

—Sí.

Me deslicé dentro de su cuerpo. Fue un alivio sentir lo estrecho de sus paredes. Casi gimo como un puto cavernícola primitivo.

—¿Sientes lo duro que estoy?

—Mucho... es... grande —jadeó.

—Y todo tuyo, nena.

Erguí el cuerpo solo un poco, lo suficiente para romper los botones de su blusa, debajo solo llevaba un sujetador oscuro. Rudo, tiré de las copas hacia abajo y mi boca se prendió de sus senos. Los aplasté con las manos, presionándolos entre sí y pasando mi lengua por uno y por otro mientras seguía arremetiendo contra ella.

—Son tan preciosos —lamí su pezón y arqueó la espalda—, eso te excita, ¿no?

Probé el otro y mordí, arrancándole un grito.

—Puedo sentir lo caliente que te pones cuando te chupó las tetas, te mojas más que cuando te como el coño.

—Deja de hablar así... ¡Dios! Eres... un...

—¿Vulgar? Sí —mis estocadas se volvieron pausadas, pero fuertes, golpeaba su pelvis y ella se quejaba en cada una de ellas— Pierdo el tacto cuando te follo —mi boca castigó la piel de su cuello, succionándola—, me convierto en un animal.

—Y me gusta... aunque me sonroje.

—Siempre te trataré como una dama —acariciaba sus muslos—, pero en la cama no habrá respeto.

Salí de su interior y arranqué el restante de su ropa, en segundos la tuve desnuda y jadeante, el cabello alborotado, las mejillas rojas, el coño brillante por la humedad que lo adornaba. Agarré con firmeza

mi erección, masturbándome mientras la miraba abierta, su cuerpo era un pecado, un paraíso, un infierno, un cielo.

Tímida, arrastró la mano a su sexo. Chasquéé la lengua y se la aparté de golpe.

—¿No te quedó claro? —Increpé.

La levanté y la coloqué de rodillas, dándome la espalda. Apoyó las palmas en la pared, mi mano le rodeó el cuello, apreté y con la otra le cubrí la entrepierna.

—¿De quién es tu coño?

—Tuyo —susurró.

—Solo mío.

Separé sus piernas, la incliné unos centímetros hacia al frente; la embestí desde atrás. Agachó la cabeza, pero mi mano en su cuello la obligó a ponerla contra mi pecho. Alcancé sus labios y lamí su mejilla hasta el lóbulo de su oreja. Se estremeció y castigué con mis caricias lo hinchado de su clítoris.

—Estás destrozándome.

—Y apenas empiezo, nena —mi pene buscaba su calor con desespero, se movía dentro de ella—, tu cuerpo es mi templo, estaré de rodillas y dentro de él constantemente.

—Qué romántico —bufoneó.

—No sabes cuánto.

Reduje mis embestidas, mi mano se deslizó por la curva de sus senos, rodeé sus pezones y también las cicatrices; avancé hacia su centro y humedecí mis dedos con lo que ella derramaba por mi causa.

—Abre la boca —incité. Obedeció y metí los dedos en ella—. ¿Te pruebas? Eres exquisita.

Lamió con su lengua, excitándome por los suaves movimientos que hacía. Los retiré e incliné su cara hacia mí, besándola. La saboreé con esmero y necesidad, su sabor, su saliva; joder, me mataba de placer.

—Me perteneces. —Esbozó una sonrisa.

—No lo habías dicho.

—No es motivo para que lo olvides —la penetré despacio, la abrazaba, posesivo, celoso de todo—, no quiero a ningún hombre cerca de ti.

—Ni dentro —provocó.

Cogí un puñado de su cabello y tiré fuerte.

—Jamás, voy a matarlos, Bridger —siseé excitado y enojado—.

¿Sabes por qué Adam murió?

La masturbé, su cuerpo se volvió lánguido en mis brazos, me permitía hacer con ella lo que quisiera.

—Porque puso sus ojos sobre ti —mordí su lóbulo—, y nadie te mira, nadie te toca, solo yo. Eres mi mujer, eso te hace intocable y prohibida.

—Eres tan posesivo, tan intenso en todo.

—Te quiero —jadeó bajo, temblando mientras el orgasmo la atravesaba, odié usar el maldito condón—, te quiero demasiado, Bridger.

—Yo también te quiero.

Su cuerpo se sacudía con leves espasmos, su vagina palpitaba, bañaba mi pene con sus fluidos o al menos al puto látex que lo cubría. Maldición. Quería sentirla otra vez piel con piel.

La recosté en la cama y me situé entre sus piernas, apoyé los codos a cada lado de su cabeza y volví a besarla. Empujé mi pelvis dentro, una, dos, tres veces, perdí la cuenta. El placer me consumió como solía ocurrir siempre que iba a venirme. La sentí solo a ella, la toqué, sostuve y mantuve presionada a mí, haciéndola mía y corriéndome con fuerza.

Pronuncié su nombre entre suspiros cargados de deseo y lujuria, ensimismado en las sensaciones.

—Somos perfectos juntos —susurré jadeante.

—Asusta tanta perfección.

Le dediqué una sonrisa y admiré cada facción de su bonita cara.

—No tengas miedo, no de mí, no conmigo. Me conoces y sabes que haré todo lo que esté en mis manos para protegerte.

—Confío en ti, solo... prométeme que te cuidarás siempre. —Le di un beso en la nariz.

—Por supuesto que lo haré, ¿permitir que me maten y que otro llegue a quedarse contigo? Eso no sucederá.

—Estás motivado.

—Contigo sí —suspiré, sensible ante ella—, haces que todo esté bien dentro de mí. No me dejes, Holly, por favor no me abandones.

—Ten fe en mí —tomó mi cara entre sus manos—, no voy a dejarte.

## Capítulo 33

### *Dixon*

Eché un vistazo a mi reloj. Tenía dos horas para llegar a casa con Holly.

A la hora acordada, la camioneta de Coppola arribó al sitio de encuentro en compañía de dos más. Mi gente optó sus posiciones, dispersos entre la oscuridad; el haberse acercado a mi chica le saldría caro, si permitía que cualquiera le pusiera las manos encima, todos se sentirían con el poder para hacerlo, era algo que no iba a permitir.

El italiano bajó solo, pero sus hombres se mantenían abajo, alertas.

Reí por dentro.

— *Diavolo* —no borraba la sonrisa—, pensé que demorarías más.

Avanzó confiado hacia mí, permanecí quieto, examinaba su cara, veía su sonrisa, porque sería la última que esbozaría. Al postrarse a centímetros de mi persona, su semblante pasó de risueño a precavido. *Demasiado tarde, bastardo.*

Enseguida mi gente hizo su aparición, sometieron a todos antes de que tuvieran tiempo de disparar, todos excepto a Coppola, quien nervioso, echaba una mirada a la emboscada que seguramente contempló como una posibilidad antes de reunirnos.

—Si así te sientes más seguro —murmuró.

—¿Crees que me produces la menor de las preocupaciones, Joe?

¿Tú? ¿Un *Soldato*? —Reí sin gracia— No estás a mi nivel.

—Mi rango ya no es ese gracias a ti —siseó sin rastro de diversión.

—Un título sobre ti no cambia lo que eres, no puedes venir aquí, a mis territorios, amenazar a mi mujer y creer que saldrás ileso porque te acaban



de ascender —di un paso al frente, encarándolo—, ni siquiera sé quién mierda eres y tampoco me interesa.

—Debería, porque yo soy quien tiene el poder en los territorios que tú quieres. —Me hice del arma que llevaba conmigo y apunté directamente a su cabeza.

—Tenías —susurré—, tu error fue ponerle las manos encima.

Mi dedo apretó el gatillo y la bala atravesó su cabeza, matándolo al instante. Cayó al suelo con los sesos desparramándose bajo su cuerpo. El sonido de mi arma siendo disparada fue lo único que se oyó durante varios segundos. Miré a la gente de Coppola.

—Lleven el mensaje —los señalé—, si se meten con mis negocios, los destruiré, pero si tocan a mi mujer, voy a matarlos.

Guardé el arma y me monté a mi *Aston*, tantos autos, pero este era mi favorito.

Me largué de ahí, dejaría que Taylor se hiciera cargo de desaparecer el cuerpo de Joe, seguro nadie lo extrañaría, perro italiano, de verdad pensó que iba a dialogar con él luego de lo que hizo. Iluso.

Conduje por varios minutos hasta llegar a la carretera principal, sonriente y de buen humor, matar a mis enemigos, hacer dinero y follar a mi mujer, eran mis principales fuentes de alegría; bajé las ventanillas y encendí un cigarrillo. Tenía un cretino menos del cual encargarme, pero sin duda para mañana habría diez más, lo que no me quitaba el sueño, beneficios de ser dueño de una ciudad entera.

Llegué al *pent-house* antes de la hora, al atravesar el umbral de la puerta, el olor de la comida inundó mis fosas nasales mientras una suave melodía se escuchaba como un murmullo que conforme avancé, se volvió más entendible.

Me quité el saco y doblé las mangas de mi camisa con la vista fija en Holly que, ensimismada en la estufa, no se percató de mi presencia. Cocinaba algo

que olía bastante bien, usaba una de mis camisetas y también unos de mis pants, la ropa le quedaba holgada, pero ya estaba acostumbrado a verla así y me encantaba.

Le rodeé el abdomen con los brazos y deposité un beso en su cuello desnudo con olor a especias.

—Llenas de vida este lugar —susurré. Se volvió a verme de soslayo, dándome un beso en los labios.

—Hola, señor Russo, bienvenido a casa —murmuró divertida. La presioné a mi cuerpo y le cubrí los senos con las manos. No llevaba sujetador.

—Qué afortunado soy de que hayas accedido a venir conmigo —  
apagó el fuego y dio la vuelta—, preciosa.

—¿Aunque te haya vuelto mi esclavo?

—Es un privilegio serlo. —Sonrió cohibida y envolvió mi cuello con los brazos.

—Preparé tu platillo favorito —dijo.

—Uhm... ¿tan pronto y ya estás mojada? —Inquirí.

—¡Dixon! —Me riñó— Hablo de la comida.

Sin dificultad la senté sobre la encimera, encajé entre sus piernas y ella me atrajo a su cuerpo con los talones.

—Mi comida favorita la tienes aquí. —Toqué su sexo por encima de la ropa.

—Perverso —probó mis labios sin profundizar—, la cena se va a enfriar.

—¿Puedo comer el postre primero?

—No.

Me dio otro beso y bajó deprisa, escabulléndose de mi agarre. La dejé estar por ahora y le ayudé a poner los platos, lo cual pocas veces había hecho; Holly sirvió la cena mientras yo llenaba su copa con vino, miró el líquido bajo su ceño fruncido.

—Prefiero comer con soda —murmuró, tomó la copa—, pero puedo acostumbrarme a esto.

—Más vale que sí.

Tomé asiento frente a ella, corté un trozo de carne y ella me imitó.

—Dixon —la miré, consciente de que iba a decir algo que no me gustaría, lo deducía por su tono de voz—, viajaré a Scottsdale el fin de semana.

Mastiqué despacio, el sabor de la carne era exquisito y casi, casi me hace gemir de placer.

—Papá sigue sin responder mis llamadas y necesito arreglar las cosas con él.

—No me gusta la idea de dejarte ir sola, pero tengo mucho trabajo aquí, sin Dexter en su lugar, todo recae sobre mí, sin contar que tampoco te tengo a ti en la oficina.

—¿El cómo está? —Indagó preocupada.

—No lo sé, lo veré dentro de unas semanas —respondí desprovisto, no quería profundizar—. Enviaré a Taylor contigo, no estarás sin protección —retomé el tema.

—Solo será un fin de semana —explicó con calma—, no quiero que te preocupes, el lugar es seguro.

—¿Lo es, Bridger? —Inquirí. Bebió el líquido de golpe y limpió su boca, evitaba mirarme— ¿Cuándo me dirás lo que pasó?

—Iba a hacerlo —se quedó seria—, todo se complicó y no he tenido oportunidad y valor para hablarlo.

—Me estás orillando a investigar por mi lado. —Clavó sus ojos en mí, gritándome que no de una forma desesperada, el color abandonó su rostro.

—Te lo advertí una vez —tembló—, no te lo perdonaría.

—¿Por qué? Dime, dame un puto motivo por el cual sigues callando.

Estás agotando mi maldita paciencia, solo di por qué.

—¡Porque me duele! —Exclamó.

Al tocar ese tema, siempre perdía la compostura, se volvía inestable y asustadiza, comenzaba a preocuparme más.

—Y lo entiendo, aunque no esté enterado de los detalles, pero ¿no confías en mí? ¿Qué piensas, Bridger? ¿Que saberlo cambiará la perspectiva que tengo de ti? ¿Sigues creyendo eso?

—Me avergüenza —confesó trémula—, lo que hice, lo que me hicieron...

Su voz se rompió. Me incorporé y traté de tocarla, pero se alejó de inmediato, repudiando mi toque, sin embargo, no desistí y la sujeté entre mis brazos mientras forcejaba por apartarse de mí.

—Suéltame.

—Cállate —espeté—, y deja de luchar —apreté mi agarre—, te mantendré entre mis brazos si así lo deseo.

Tensó la mandíbula y apartó la cara, miraba en cualquier dirección, menos hacia mí.

—No quiero que investigues —musitó en voz mortecina—, porque lo que encontrarás no será la verdad, ellos no contaron la historia como sucedió... esa verdad solo yo la sé y jamás se la he dicho a nadie.

—¿Lo que dijo tu padre? —Sonrió despectiva.

—No es ni la mitad —susurró.

—Carajo, Bridger —cogí su cara y la hice enfrentarme—, de verdad me preocupas. ¿Puedes decirlo? Si no eres capaz de hablarlo frente a frente, entonces escríbelo o grábalo, qué mierda sé yo —sus rasgos se relajaron—, pero no me mantengas así, mi paciencia no es infinita.

Su respiración se ralentizó. Me sorprendía demasiado como esto tenía tanto poder sobre ella, ella quien siempre era calma y paciencia, que difícilmente demostraba emociones porque era experta en controlarlas. Los secretos sobre su pasado se le salían de las manos y la hacían explotar en segundos con tan solo mencionarlos.

—Perdón —susurró.

—No me pidas perdón, nena —acaricié sus mejillas—, ellos tendrán que pedírtelo a ti, no me importa si eres culpable o no, pagarán por el simple hecho de quitarte tu tranquilidad.

—Dixon, no...

—Te tocaron —proseguí—, maté a esos ladrones, mandé a Adam y a Joe a hacerles compañía por ti —rocé sus labios—, haré lo mismo con ellos, cariño, los mataré por ti, ¿entiendes? Estoy dispuesto a incendiar el mundo con tal de protegerte.

—Si sabes lo que hice...

—Shh —la detuve—, no importa lo que hiciste —repetí—, me importa lo que te hicieron.

—Yo... —mojó sus labios—, yo te lo diré, en cuanto me vaya, sabrás la verdad.

—Me parece bien —di un par de besos en su frente—, prepararé el Jet para ti, ¿de acuerdo? Déjame hacerme cargo.

<

—Te quiero —se apretó contra mí, estrujándome fuerte—, no me equivoqué contigo.

Llené de besos su frente, manteniéndome callado. Esperaba que siguiera pensando igual, aun había cosas en mí que podrían arruinarlo, y si ella decidía alejarse de mí, no lo permitiría.

Siendo franco, no quería llegar a esos extremos, pero por mantenerla a mi lado era capaz de todo, hasta de pasar por encima de sus deseos.

### *Holly*

Hoy volaba a ver a papá y mientras admiraba a Dixon, pensaba en lo mucho que lo echaría de menos.

Acomodé su cabello hacia atrás, seguía dormido, se veía tierno, nada de gestos tensos, ni preocupaciones, solo una inmensa calma.

Parecía otro, más vulnerable y tranquilo.

Retrocedí a hacía unas noches, luego de cenar me hizo suya sobre la encimera, después en la ducha, al final terminamos por tercera vez en la cama. Los días y las noches siguientes fueron iguales, la anterior, caí rendida y cuando desperté en la madrugada, él no estaba conmigo, ni en el *Pent-house*. Lo llamé y me informó que estaba en las calles, haciendo su trabajo y dejándome con la preocupación.

Traté de esperarlo despierta, pero el sueño me venció casi al amanecer y fue entonces que reparé en su presencia a mi lado. Su ropa estaba tirada en el suelo, él se hallaba desnudo, la sabana enredada en su entrepierna y su brazo aferrado a mi cintura, incluso dormido era posesivo.

Un tanto tímida y apenada, retiré su brazo y me escabullí por debajo de las sabanas. Si él podía despertarme con sexo, yo también podía, aunque no era una experta en hacerle sexo oral, apenas y lograba moverme estando encima y a pesar de no decirlo en voz alta, me molestaba no ser tan buena en este ámbito. Tantas mujeres con las que estuvo, seguro hicieron cosas que lo volvieron loco y luego estaba yo: virgen e ingenua.

Había en mí la necesidad de aprender, no por él, sino por mí, me gustaba ser buena en todo y esto no sería la excepción. A veces podía llegar a ser

posesiva e intensa, no tanto como Dixon, pero sí algo notoria; solo quería que me recordara a mí como la mejor en su cama, pese a que, me demostraba cuanto le gustaba estar conmigo, todo mi ser exigía más.

Mis caricias a través de su piel no lo despertaron, continué, nerviosa y sí, excitada. Atrevida, agarré su pene en la mano, mis dedos no se cerraban en torno a él.

*Mierda. Con razón dolió cuando me desvirgó.*

Negué, ahuyentando esos pensamientos pecaminosos y agité la mano arriba y abajo, sin apretarlo demasiado, dudosa sobre meterlo o no a mi boca.

¿Y si no le gustaba? ¿Y si lo incomodaba?

—¿Por qué no simplemente lo haces? —Incitó su voz ronca.

Alcé la cara, asustada.

—Pensé que estabas dormido —susurré, los movimientos de mi mano no se detenían.

—Cariño, soy un puto caliente, sentí los primeros roces de tus dedos en mi pene y ni loco pienso perderme esto.

—Ya no me hace tanta gracia cuando estás mirándome —musité.

Rio.

—Me masturbas, te follo y, ¿te da pena chupármela?

—¡Dixon! —Mi cara ardía.

Arrastró mi cuerpo sobre el suyo, ambos desnudos, su piel caliente fundiéndose a la mía.

—Es sexo, Bridger, no tienes que sentir vergüenza.

—¿Y si no te gusta? —Soltó una carcajada, como si estuviera contándole un chiste.

—A veces eres tan... inocente, nena —tocó mis labios—, esta boca inexperta me provoca por el simple hecho de saber que es tuya.

Me besó despacio, sin prisas, se sentó en la cama y acomodó mi cuerpo en su regazo. Tomó mi mano y la puso sobre su erección.

—Tócame así —lo masturbé lento—, ¿te das cuenta cómo me pones?

—Sí.

—Ahora, hazlo con tu boca. Serán tres días lejos de ti, necesito esto

—incitó, la voz le cambiaba y solo me excitaba—, ¿quieres o no?

Tampoco voy a obligarte.

—Sí quiero.

—Entonces tómame, soy tuyo.

Acaricié mis pezones suavemente y avivó la excitación que ya sentía. Me deslicé hacia abajo, situada entre sus piernas, su pene se alzaba frente a mí, levemente humedecido de la punta. Me negué a mirar a Dixon, cerré los ojos para darme valor con la oscuridad de mis parpados y entonces incliné la boca hacia la punta de su glándula.

Calidez, dureza y a la vez, suavidad. El sabor no se podía comparar, no estaba mal; escondí los dientes detrás de mis labios y avancé metiéndolo a mi boca parte por parte.

Dixon agarró mi cabello y lo puso sobre mi hombro, dio caricias en mi espalda, arañándola sin causarme daño.

—Labios rosas en torno a mi pene —siseó despacio—, ¿sabes cuántas veces lo imaginé?



Hundió los dedos en mi piel al momento en que chupé al llegar a la punta de nuevo, descubrí que, al rozar mi lengua por cierta parte, se excitaba más.

—No creí que tuvieras pensamientos pecaminosos hacia mí —

susurré, bañando su pene con mi aliento. Lo sostuve firme y continué con mi tarea un poco más confiada.

—Fueron muchas las ocasiones —empujó las caderas contra mi boca, llegó más profundo, casi provocándome arcadas—, ganas de arrancarte las bragas y follarte sobre mi escritorio. Qué bien te has de ver gimiendo semidesnuda y con mi pene dentro de tu coño, todo durante horas de trabajo.

—Sucio —lamí todo su tamaño—, pero también fantaseé con eso.

—Joder —tiró de mi cabello y empujó mi cabeza hacia abajo—, me encanta tu *boquita* inexperta, pero tu coño apretado seguirá en primer lugar, o quién sabe... —desplazó una de sus manos por mis nalgas, apretó una—, quizás haya otro sitio que me gustará más.

Lo miré, mis labios hinchados, cubiertos de saliva y su pene húmedo envuelto en mi mano.

—Ni siquiera lo contemples —musité. Relamió sus labios y en un solo movimiento me tumbó sobre la cama.

—¿Qué cosa, Bridger?

Recorrió el contorno de mi boca con la lengua al tiempo que su dureza se presionaba a mi vagina y con una mano inmovilizaba mis brazos sosteniéndome de las muñecas.

—¿Qué no puedo contemplar?

—Ya lo sabes —dije, agitada y deseosa.

Él se movió contra mí, solo me tentaba y empeoró cuando chupó una de mis tetas, moviendo la lengua alrededor de mi pezón. ¡Era mi perdición!

—¿Por qué aseguras que no profanaré cada rincón de tu cuerpo, cariño? Es mío.

Mordisqueó mi pezón, apreté la pelvis a su erección, aclamando por ella, pero Dixon retrocedió, dejándome sentir solo la punta.

—Puedo tocarlo o no hacerlo —pasó al otro seno e hizo lo mismo, agarraba su pene y lo desplazaba entre mis pliegues, frotaba mi clítoris y me volvía loca—, puedo follar tu boca, tu coño... o tu culo.

—No. Moriré virgen.

Rio y comenzó a chupar la piel de mis senos, plasmó marcas rojizas sobre ellos, como si estuviera labrando un camino.

—¿Virgen? No lo creo.

Liberó mis muñecas, su mano en mi cuello, su pene entrando en mi cuerpo de una sola estocada. El grito fue acallado por la rudeza de su boca aplastando la mía. Jadeé por oxígeno, sometida y excitada por la violencia que usaba en la cama.

Lo sentí tan dentro, me llenaba como siempre, se movía con habilidad, no solo metía y sacaba, llevaba un ritmo y un movimiento al hacerlo, primero invadía mi punto de mayor excitación y luego se hundía hasta el fondo de mi vagina.

—¿Vas a decirme que no? —Inquirió jadeante, empleó presión en mi cuello y mordió mi labio inferior— ¿Uhm... lo harás, nena?

—Sí —logré articular.

—Puedo ser muy persuasivo —su agarre se hizo más fuerte, las embestidas dolían y a la vez, me encantaba sentir las—, puedo ponerte tan mojada —redujo los movimientos—, tan deseosa, Bridger, no me retes a jugar, porque vas a salir perdiendo.

—No estés tan seguro —gemí, le arañé la espalda y eso lo descontroló.

Deshizo su agarre, deslizó el brazo debajo de mi cabeza y me presionó contra el hueco de su cuello. Sus dedos castigaron la piel de mi hombro al clavarse en él mientras se impulsaba para arremeter sin consideración. Gemía en mi oído, eran sonidos excitantes, el aliento caliente, su tamaño abriéndose paso por mis paredes que buscaban sostenerlo dentro. Estaba a punto de llegar.

—Dixon, voy a correrme.

—Lo sé, siempre lo sé.

Marqué su espalda sin medirme, mis piernas le apretaron las caderas, lo sostuvieron en mi interior, entretanto, las mías se balancearon hacia arriba. Tensé cada extremidad, mi vagina palpitó, percibí su tamaño aun más al correrme. Todo se volvió nada, el cosquilleo me sostuvo por un tiempo prolongado; su nombre brotó de mi garganta, una sonrisa adornó mi cara, el corazón latía desenfrenado y cuando el cosquilleo pasó, quise más.

—Ven —se retiró y tomó mi mano—, te quiero de rodillas, justo aquí

—señaló el suelo.

—¿Qué? —Murmuré aún perdida. Demoraba en encontrar la estabilidad luego de los orgasmos que me daba.

Tiró de mi cuerpo y quedé de rodillas delante de él, con su pene apuntando a mi boca. Echó mi cabello hacia atrás, se apoyó de mi nuca y con la mano libre se masturbó en mi cara.

No podía creer que estuviera en esta posición, que acabara así, y lo peor de todo, que me gustara. ¡Dios! ¿En qué clase de monstruo perverso me convirtió Dixon en tan pocos días?

—Quiero correrme en tus tetas, cariño —dijo entre dientes, estaba tenso—, y en cada parte de ti.

Flexioné mis rodillas, descansé las manos en los muslos y alcé la cara hacia él. Me miraba con lujuria, tan perverso y ardiente; descansó el pulgar en mi

labio inferior y lo frotó a través de él.

—Maldición, eres... —se mordió el labio y gruñó, agitando más deprisa la mano—, perversa, me miras así y... joder.

Su semen se derramó sobre mis senos, el liquido caliente escurrió, la escena fue erótica, más que caliente. Verlo así me ponía mal, me hacia desearlo de una manera enferma, de quedarme aquí y ser suya hora tras hora.

—Si me miras así otra vez, no te voy a dejar salir de aquí. —Me ayudó a levantarme.

—No te miré de ningún modo —repliqué, miraba su semen en mi piel—, es pegajoso.

—Vamos a que te laves —murmuró.

Entramos al baño juntos, me gustaba mucho lo amplio que era y todo con lo que contaba. Jacuzzi, ducha, un mueble cómodo, espejos por todas partes, suelos de mármol. Era elegante y costoso.

No lo culpaba, yo también hubiera querido tener un baño así, es donde mayor relajación encontraba.

—El Jet sale en tres horas —abrió el grifo y recibí el agua en mi cuerpo—, Taylor va contigo, más de mis hombres los encontrarán allá.

—Dixon, es un sitio pequeño, no es necesario todo esto.

—Lo es, porque no quiero a ningún cabrón de esos cerca de ti.

Le di la espalda y vertió el champú en mi cabello, tallándolo y a la vez dándome un masaje muy satisfactorio.

—Tienen ordenes —prosiguió—, así que procura no hablar con hombres con los que no compartas un lazo sanguíneo.

— *Dios*, qué celoso eres —negué despacio—, ni siquiera saldré de casa, créeme, no extraño para nada ese lugar.

—¿Y por qué no le planteas a tu padre la idea de venir a vivir aquí?

—Sugirió— Ya es pensionado, puedo ayudarlo a vender su casa, conseguirle un sitio agradable en mi ciudad.

—¿Harías eso? —Lo enfrenté. Talló mis hombros con la espuma y limpió el semen de mi cuerpo.

—Lo que me pidas —dijo con la vista fija en mis senos—. Sé que lo extrañas, tenerlo cerca te hará bien, aunque odie compartirte con él o cualquiera.

—Se lo diré, gracias —susurré. Clavó los ojos en mi cara.

—No me agradezcas, eso lo haces cuando me dejas follarte a mi manera.

—¿Este "favor" tiene que ver con tu deseo de follar mi lugar virgen?

—Sonrió de lado.

—En lo absoluto, para eso ya tengo planes.

—Te cansarás de intentar. —Se carcajeó nuevamente. Tanta seguridad me asustaba, ¿qué planeaba hacerme para que lograra ceder?

—¿Cansarme de ti? Oh nena, para tu desgracia, eso no sucederá.

Te he jodido, en todos los sentidos.

—No tienes remedio.

—Ni tú escapatoria.

Me cargó y aplastó mi espalda a la pared de cristal.

—Siempre supe que sería fácil manipular tu cuerpo —comentó risueño—, me gusta que seas pequeña, una *cosita* pequeña.

—Y fea —agregué. Rio.

—Sí, claro, fea y una mierda. Ojalá lo fueras, así esos hijos de puta dejarían de mirarte.

—Pero tú no hubieras puesto tus ojos en mí.

—No los puse sobre tu físico, solo te vi a ti —sonreí con ternura—, la única que me quería de verdad, la única con fe en mí, la única que no me juzgaba ni veía como un monstruo.

—Porque no lo eres —susurré.

—Lo soy, pero siempre ves lo bueno en las personas y no sé por qué mierda aún hay algo bueno en mí.

—Hay mucho... Dixon, estoy perdida por ti, siento que caigo en todo lo que eres y no puedo ni quiero detenerme.

—No lo hagas —me miró fijo—, yo no lo hice, y aquí estoy... siendo completamente tuyo. Pero eso ya lo sabías, ¿no?

Suspiró y apretó los parpados, cuando volvió a mirarme, la intensidad en sus orbes me erizó la piel.

—Me enamoré de ti —dijo—. Te amo, Holly.

## **Capítulo 34**

### ***Dixon***

La penetraba con violencia mientras le chupaba las tetas.

Su menuda figura se alzaba al ritmo frenético de las estocadas que daba contra ella. Sus uñas se marcaban en mis hombros, había roto los botones de mi camisa para poder arañarme la piel, le gustaba marcarme tanto como a mí me excitaba que lo hiciera.

—¿Por qué no gimes, Bridger? —Mordí su pezón, tiré de él y lo rodeé con la lengua. Siseó.

—Tenemos compañía... justo ahí —susurró, mordiéndose el labio.

—Que se vayan a la mierda, no te reprimas por ellos —aconsejé.

Amasé su culo con ambas manos, contoneando sus caderas sobre mi pene. Gruñí extasiado por lo apretado de su coño y la humedad que desbordaba en cada estocada.

—Oh Dios —arañó con furia—, no puedo creer que estoy dejando que me folles en el asiento de tu Jet.

—Otra superficie más a la lista, cariño. Voy a follarte en muchas partes.

Sacudió su cuerpo, la piel se le erizó, sus pezones se pusieron más duros y me prendí de ellos como un poseso; su piel sabía a gloria, di un lengüetazo tras otro, la tocaba por todas partes, palpé el sudor en la línea de su columna, estaba caliente y más que sonrojada.

—Qué rico te mueves —lamí su labio inferior—, vamos a ejercitar tu coño muy bien —empujé hacia arriba, gimió—, para que sepas cuando debes apretarme.

—¿Cómo puedes follar y hablar al mismo tiempo?

Su mirada se fijó hacia arriba, probé el sudor de su garganta y bajé hasta sus tetas otra vez. Mis marcas estaban ahí, adornándole el escote, así no podría mostrarlo. Llámenme posesivo, me importaba una mierda, ella me pertenecía... solo mía, mía nada más.

—Me pongo romántico cuando estoy caliente —sonrió y meneó la cabeza—, me gusta susurrarte cosas sucias al oído y hacer que te mojes más.

La sostuve de la espalda con una mano, su peso no era ningún problema. Mi mano libre se deslizó entre nuestros cuerpos y sin dudar hurgué en el paraíso que escondía en la unión de sus piernas.

—Te pones humedad al oírme, ¿no? —Jadeó y mencionó mi nombre en voz mortecina— Te sonrojas y tus pliegues se hinchan y se abren —la toqué por

toda la hendidura—, tu clítoris se endurece, aclama por la atención de mi boca... o de mis dedos.

—Mierda —tensó cada musculo mientras la estimulaba—, no te detengas.

—¿Por qué lo haría? —Solté mi aliento a través de sus rosáceas piedrecillas — Tocarte me excita, masturbarme mientras te miro abierta... el coño brillante por tus fluidos y mi saliva, ver tu vagina escurrir, palpitar... pidiéndome, solo a mí.

—Solo a ti.

Y no lo reprimió al correrse. Gimió alto y claro, balanceó las caderas y masajeó mi pene al hacerlo, sentí su orgasmo en toda mi longitud y en la palma de mi mano. Delicioso, duradero, mojado y caliente.

—Me matas, Dixon Russo —musitó jadeante, escondió su cara en mi cuello.

—Lo siento si duele —susurré.

No respondió, me permití tomarla a mi manera. Maniobré en el reducido espacio, le hice darme la espalda, apoyó las manos en el respaldo, inclinando las caderas hacia mi pelvis y el pecho hacia el asiento, descansé el pie encima de este, el otro fijo en el suelo, los dedos aferrados con rudeza a su exquisita cadera. Mi pene enfundado en el molesto látex no demoró en buscar nuevamente el calor de su centro.

Embestí violento y rápido. Se quejó, mas no me detuvo; el choque de nuestros cuerpos resonó en el Jet, un sonido que se volvió música excitante para mis oídos. Sus jadeos, los míos. La forma en que mi longitud se perdía en ese canal estrecho, me recibía y sostenía. Estaba llegando a mi limite, mi voz sonó agresiva al

pronunciar su nombre, yo jamás era silencioso y poco me preocupaba si había alguien escuchándome.



Me encargaba de descargar mi deseo, de satisfacerme. Y pasados los segundos lo hice, derramando mi semen dentro del látex. Mi pene se estiró, una, dos, tres veces, sacudida tras sacudida, terminando de sacar todo de mí.

Una mueca de satisfacción adornó mi cara. *Joder*. Esto era el puto cielo. Moría y revivía al poseerla.

—Me has dejado muerta —susurró. Se desvaneció en el asiento, sin fuerzas.

—Te veo y te siento muy caliente como para ser un cadáver.

—Idiota.

Reí, me quité el preservativo y lo tiré a la basura. Subí mis pantalones, pero capté la mirada de la sobrecarga que me follé hace tiempo, miraba mi falo erecto. No lo oculté, no es como si no me lo hubiera chupado, qué caso tendría esconderme como un puto crio.

—Es la tercera camisa que has roto, agresiva —mascullé, ayudándole con su ropa.

—Me rompes las bragas cada que quieres, me rompiste el himen y amenazas con romper mi culo, puedo romper tu maldita camisa si quiero.

La miré sorprendido por unos segundos y luego una carcajada salió como un borboteó de mi garganta. Me doblé de la risa, sin poder creer que haya dicho esa línea.

—¿Y yo soy el vulgar? —Inquirí atacado de la risa.

—No conoces las sutilezas. ¿Acaso miento?

Acomodé su cabello y las gafas, seguía sonrojada y caliente.

—No, no mientes, nena —sostuve su mentón—, quiero y voy a estar dentro de tu culo —entornó los ojos dispuesta a replicar—, vas a complacerme y te haré disfrutarlo tanto —tragó saliva—, cuando vuelvas, te mostraré un par de juguetes que usaré en ti.

—¿Usarás juguetes en mí?

—Bueno, más bien voy a meterlos en ti —mordí su labio inferior—, ya lo ansío.

—¡Estás demente! —Siseó— Eres perverso, un sátiro...

—Y un enfermo sexual, caliente, hambriento de tu coño...

perdidamente enamorado de ti.

Se quedó sin palabras. Abrió y cerró la boca, frunció los labios al final y negó despacio.

—No puedes poner frases de amor con frases de calenturas —riñó.

—Soy Dixon Russo, yo puedo hacer lo que quiera.

Depositó un beso en sus labios, un beso lleno de cariño y amor, un beso que recordaría mientras ella viajaba, alejándose kilómetros de distancia de mí. *Mierda*. No quería dejarla ir, todo mi ser me gritaba que, si se iba, yo lo hiciera con ella, pero no podía descuidar los negocios ahora. Un error podría costarme la vida de mi familia o la mía.

—Llámame en cuanto aterrices —pedí—, por favor cuídate, Bridger.

—Estaré bien, volveré el lunes.

—Demasiado tiempo sin ti, sin tu calor —susurré, uní nuestras frentes.

—Tendrás a Theo.

—No me va la zoofilia, Bridger.

—¡Dixon! —Me golpeó, como solía hacerlo a menudo— Cuida a mi bebé.

Agarré su mano y la puse sobre mi entrepierna.

—Tu bebé y yo estaremos bien, prometo masturbarme pensando en ti.

—Hablo de Theo, no de la *Dixonconda* que tienes entre las piernas.

Inevitablemente reí, odiando estar tan risueño y feliz, sentía que en cualquier momento alguien llegaría a cobrarme cada gota de felicidad que bañaba mi cuerpo.

—Ya vete, cuídate mucho —acaricié mi mejilla—, ¿harías eso por mí?

—Lo que mi reina pida —besé su frente y la miré—, te amo.

Agachó la mirada y esbozó media sonrisa.

—Te llamaré —susurró—, te quiero mucho.

Asentí, sin presionarla y sin querer verme como un idiota por haberle confesado que estaba enamorado de ella y que ella solo haya omitido hablar sobre el tema. ¡Lo ignoró! ¿Cómo debería sentirme al respecto? Era obvio que no me amaba, eso me desesperaba y frustraba, me hacía temer. ¿Y si Holly jamás se enamoraba de mí? ¿Y si era yo el único que se arriesgó a entregar el corazón?

¿Y si Holly me rompía?

Justo ahora me lastimaba el no ser correspondido. ¿Qué podía hacer para ganarme su amor? ¿Recibir un disparo de nuevo?

Abandoné el Jet, pidiéndome paciencia. Ella iba a amarme, tendría que hacerlo.

<

—Avísame cuando lleguen —ordené hacia Taylor, de pie en las escaleras, encendí un cigarrillo—, no te le despegues un segundo.

—Como ordene, señor Russo.

—Si algo le pasa, cortaré tus bolas, ¿entiendes eso?

—Por supuesto.

Se retiró y enseguida la sobrecarga se incorporó al equipo, al pasar por mi lado, la sujeté del brazo con bastante rudeza. No la miré.

—La próxima vez que pongas los ojos donde no debes, te los arrancaré.

Expulsé el humo en su cara, ella se quedó seria.

—Pensé que nosotros podríamos...

—Shh —la callé—, no hay un nosotros, límitate a hacer tu puto trabajo, que para eso te pago.

—Sabe que para lo que puedo darle, no necesita pagarme.

—¿Estás sorda o solo eres estúpida? ¡Fuera de mi vista!

Huyó de mí sin rechistar y terminé de bajar, dirigiéndome a mi *Aston*. Me quedé un momento ahí, con la sensación de desasosiego apretándome el pecho. Me convencí de que se trataba de mi obsesión y la necesidad de mantenerla conmigo, y no por el presagio de algo malo avecinándose sobre mí.

—Te veré pronto, cariño —susurré—, te amo.

## ***Holly***

Volver me produjo náuseas.

El auto avanzaba por las calles que tantas veces recorrí. Las casas seguían iguales, si acaso cambiaron de color o una leve remodelación. Estar aquí no me hacía feliz, por el contrario, me agobiaba y asfixiaba, como si las ataduras del pasado se envolvieran en torno a mi cuerpo, sofocaban mi pecho, aceleraban mi pulso, el miedo se acrecentaba. En cuanto puse un pie en este sitio, anhelé dar la vuelta y volver con Dixon, a su *pent-house*, en su cama, entre la protección de sus brazos.

Me sentía... sola y desprotegida. Y yo jamás necesité que nadie cuidara de mí, pero hoy ansiaba la seguridad que Dixon me brindaba.

—Es ahí —dije hacia Taylor. Solo veníamos nosotros en el auto, sin embargo, había dos camionetas siguiéndonos a una distancia prudente.

A pesar de tenerlo a él y a la gente de Dixon cuidándome las espaldas, no lograba sentirme segura. Quizá debería volver ya.

Taylor detuvo el auto a un lado de la acera. La casa de mi padre se mantenía exactamente igual. Las baldosas formaban un camino a la puerta, el césped crecía a través de ellas, papá lo mantenía podado.

El jardín no era grande, apenas y había espacio para dos autos, sin embargo, jamás necesité más.

—Puedes irte, estaré bien aquí —susurré con la vista en la fachada.

El color beige se impregnaba a las paredes.

—Tengo ordenes de quedarme, señorita.

—Vas a aburrirte. —Sonrió, mirándome por el espejo retrovisor.

—Es mi trabajo.

—Entiendo. Si necesitas algo... puedes pedirlo, de verdad.

—Gracias.

Bajó y abrió mi puerta. Mi equipaje constaba en una mochila que colgué en mi hombro mientras atravesaba el portón de madera y caminaba hacia la puerta color chocolate. Al detenerme, toqué el timbre. Oí la voz de papá avisando que ya venía, luego sus pasos fuertes contra la madera. Los nervios estallaron y me paralicé al mirarlo cara a cara.

—Holly —susurró, entre sorprendido y contento. Bien, esto era un alivio.

—Hola, papá —musité cauta.

—¿Qué haces aquí?

Echó un vistazo detrás de mí. El auto de Taylor seguía ahí, pero era imposible ver hacia dentro debido a lo oscuro de los vidrios.

—No respondías mis llamadas, papá, yo... no podía quedarme tranquila, sé que quizá no quieres verme...

Su abrazo calló todo lo que me preparaba para decir. Rodeó mi cuerpo y yo el suyo. Me sentí pequeña y amada, de nuevo una niña en los brazos de quien siempre vio como su héroe.

—Claro que quiero verte, princesa, pero tu padre es un anciano gruñón y terco, avergonzado con su actitud como para poder llamarte —me abrazó más fuerte—, mi temor de que salgas herida nuevamente me frena.

—Estaré bien —susurré, tranquilizándolo—, ya he madurado.

Atrapó mis mejillas y besó mi frente.

—Yo sé que sí, ya no necesitas a tu padre —la tristeza se reflejó en sus ojos—, ya no eres mi niña, eres una mujer, y estoy orgulloso de ti.

—¿De verdad? —Asintió.

—¿Ese hombre viene contigo?

—Se llama Dixon.

—Sé como se llama —farfulló. Sonreí.

—No, él no viene, pero no me envió sola. Me cuida mucho —

expliqué. Soltó un largo suspiro.

Entramos a la casa y cerró la puerta. El olor seguía siendo el mismo que recordaba y por primera vez dejé de sentirme temerosa. Este era mi hogar, donde crecí, donde tenía los mejores recuerdos, aunque los malos hubieran manchado eso, prevalecían en mi memoria y me aferraba a ellos.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —Averiguó. Tomamos asiento en la sala y puse mi mochila en el suelo— Por tu equipaje, deduzco que no será mucho.

—Solo el fin de semana —murmuré—, tengo que volver.

—Me conformo, hija —guardó silencio un segundo—, ¿vas en serio con él?

—Sí, papá. Dixon se esforzó mucho para ganarse una oportunidad.

—Si se la diste, supongo que se la merece —rascó su barbilla—, aunque no me agrade.

—No te agradará nadie, papá —aseguré, acomodándome contra su pecho, él rodeó mis hombros con el brazo.

—Espero que no te lastime, Holly, porque entonces, va a conocerme, no me importa quien sea ni cuanto poder tenga, nadie se mete con mi princesa.

—Creí que no ibas a estar para mí. —Cogió mi mano y delineó el contorno de mis dedos.

—Siempre estaré para ti, eres todo lo que tengo.

La angustia que me había acompañado se esfumó, solo me faltaba arreglar las cosas con él para sentirme plena y disfrutar al cien por ciento de mi relación con Dixon. Aunque esas palabras dichas en la ducha seguían molestándome, a pesar de que él no profundizó en el tema, noté la decepción en sus ojos cuando no recibió una respuesta.

Hui como una cobarde, ignoré ese te amo y no me había detenido mucho a pensar en él. tenía miedo de que estuviera enamorado de mí, pese a que, era algo que se contemplaba en las relaciones, no esperé que Dixon lo sintiera tan... pronto.

Yo lo quería muchísimo, pero amar significaba más. Palabras grandes, con un peso enorme. No estaba lista para decirlas, no podía asegurar que salieran de mis labios en un tiempo cercano. Mi corazón estaba cerrado, apenas me permitía abrirme a una relación, me costaría un mundo abrirme al amor.

La última vez que dije te amo, todo terminó en desgracia. Y lo peor, es que ni siquiera lo sentía, solo usé esas palabras para manipular y lastimar, y por culpa de mis juegos, alguien inocente resultó muerto.

Eso no me lo perdonaría. Había tantos miedos encerrados dentro de mí, tantos demonios de los que nunca hablé y afectaban, aunque no lo demostrara.

—¿Te quedaste dormida?

—No, solo pensaba —contesté ausente—. Quiero que trates a Dixon, papá, que le des la oportunidad, él puede ser un tanto...

peculiar con la gente.

—No me interesa como es con los demás —interrumpió—, me interesa como es contigo. ¿Te trata bien? ¿Te quiere?

—Por supuesto —lo miré desde abajo—, es respetuoso con mi persona y mis decisiones, él me ama, papá.

—¿Y tú? —Sabía que lo preguntaría— ¿Lo amas?

Agaché la cabeza, sintiéndome triste por no poder corresponder a sus sentimientos. Dixon se merecía ser amado, pero yo no podía darle amor, al menos no ahora. Yo no era una chica enamoradiza que, a la semana de comenzar una relación, el amor le nacía; tomaba mis precauciones, avanzaba despacio. Debido a las circunstancias que me orillaron a tomar ciertas decisiones, parecía que no lo hacía, pero mantenía los pies sobre la tierra, mi cabeza fría y el corazón sellado.

—No, no lo amo —fui sincera—, lo quiero inmensamente, soy feliz cuando estoy a su lado, pero el amor aún no lo he sentido.

—Entiendes cuan importante es decirle a alguien que lo amas.

—Sí, y sé que en algún momento yo se lo diré, porque tiene todo para que lo ame —sonreí un poco—, y cuando lo sienta, se lo haré saber, sin presiones. Quiero que salga de mí de forma...



—Natural —terminó de decir—. Tu madre se enamoró de mí desde que nos conocimos, era alegre, vivaz, sin miedo, y yo un taciturno que demoró meses en confesarle su amor.

—¿Y ella no se sintió herida al no ser correspondida?

—Ella sabía que lo era —sonreía, perdido en los recuerdos—, fue paciente conmigo. No todos somos capaces de demostrar lo que sentimos con la misma fuerza e intensidad, pero no por ello nuestro amor es menos.

Entrelazó nuestros dedos y estiró los labios completamente. La felicidad detonaba en su rostro.

—El amor no solo está en las palabras, lo encuentras en los actos, en los detalles —apretó mis dedos—, ella lo veía en las flores que le daba todos los días, en las cartas de un párrafo que le escribía —

sonrió de lado—, es cuestión de ser observador.

Esto último me dejó con una sensación extraña y con una reflexión en la que no deseé profundizar.

—Voy a preparar algo para comer, ve a dejar tus cosas y vuelve para que me ayudes.

—Como en los viejos tiempos.

Nos incorporamos, él se dirigió a la cocina y yo escaleras arriba con mochila en mano. La madera rechinó al sentir mi peso; las fotografías en la pared permanecían guardando recuerdos.

Mi móvil timbró, metí la mano a mi bolsillo y vi el nombre de Dixon.

Mi corazón se aceleró y la melancolía me pegó fuerte. Lo extrañaba.

—Hola —saludé. Entré a mi habitación y traté de mantenerme en una pieza al tener tantos recuerdos en mi mente.

—Hola, nena —se oía aliviado—, te extraño.

—Yo también —confesé, sentándome en la cama—, ¿y si vienes?

—No me tientes, quise seguirte apenas te vi partir. ¿Esta todo bien allá?

—Sí. Ya he hablado con papá, las cosas están... perfectas.

—Me alegro, sé cuan importante es para ti. ¿Vas a plantearle la idea de venir? —Mordí mi labio. Me encantaría que papá aceptara, pero había tanto aquí de él y mamá, que dudaba que quisiera ir.

—Sí, más tarde lo haré —suspíré bajo—, ¿dónde estás?

—En la oficina, solo —recalcó—, parezco un idiota.

—No pareces —me mofé, dejando a medio terminar la frase.

—Agradece que estás lejos —masculló—. Joder, Bridger, te quiero de vuelta.

—Tres días, Dixon —recordé—, sé que podrás.

—Te prometo que después de esto, no volverás a dejarme. Odio estar sin ti —resopló y lo escuché mover cosas—, tengo que dejarte, te llamaré más tarde.

—¿Pasa algo?

—Trabajo, cariño —se escuchó cansado—, avísame cualquier novedad.

—Lo haré, sé cuidadoso.

—Siempre, nena —se detuvo un instante—, te amo.

Apreté los ojos, mis labios se sellaron y no me permitieron decir nada, mi respuesta fue el silencio.

—Hablamos más tarde, Bridger.

Terminó la llamada. Hubo un tumulto de sensaciones apretujándome el pecho y ninguna de ellas era buena.

Las abandoné en un lugar recóndito de mi mente, mientras suplicaba en voz baja que los sentimientos no correspondidos, no causaran consecuencias que pudiera lamentar.

## **Capítulo 35**

### **Dixon**

Se suponía que debía prestar atención a lo que mi padre decía.

Mis pensamientos estaban lejos de aquí, en Scottsdale, para ser exactos; francamente la letanía aburrida y sin sentido del viejo, me tenían sin cuidado. Era más de lo que ya sabía. Con la ausencia de Dexter no solo yo debía hacer el trabajo más sucio, sino también el suyo, que de por sí era aburrido.

Vigilar las toneladas resultaba desesperante, mantenerme al pendiente de que los gramos fueran exactos y se empacara todo, me quitaba mucho tiempo, pero por ahora no confiaba en nadie para encargarle ese trabajo y la última vez que lo hice, el cliente no recibió la cantidad completa y es por eso que Dexter tuvo que entrar al negocio. El consentido hijo de papi y mami no se ensuciaba, solo vigilaba. Joder. Necesitaba encontrar a alguien de fiar.

—Anel es buena, ¿por qué no la llamas? —Sugirió.

—Porque me la follé. —Di un trago, relamí mis labios. El vodka fue mi desayuno de hoy.

—Eres un caso, ¿a cuántas mujeres te has follado? —Lo miré de soslayo.

—Mejor pregúntame con cuántas no lo he hecho.

Se me quedó mirando, yo como siempre, no lo enfrentaba del todo.

Me provocaba gran flojera.

—¿Y de pronto llega esta niña y cambias? —Encogí mis hombros—

Permíteme dudar.

—Conozco la lealtad.

—En este mundo las infidelidades siempre existirán.

—No depende del mundo, fuera o dentro de la mafia, eso no justifica la clase de porquería que son algunos hombres... como tú —siseé.

—Tu madre lo sabía, ellas lo saben y lo aceptan.

—Bueno, entonces ambos se merecen, son el uno para el otro —me puse de pie y coloqué el vaso con más fuerza de la necesaria sobre el escritorio—, yo me encargaré de buscar un candidato, recuerda que estás retirado, deja de meterte en mis negocios.

No respondió. Estaba seguro que a veces se recriminaba por la crianza empleada en mí, no por todo el daño causado, sino que me convirtió en alguien cruel, desinteresado por completo en su opinión, en sus sentimientos o los cambios que, según él, había tenido con el tiempo.

Lo mismo sucedía con mi madre; sí, podría dar la vida por ambos, porque después de todo, me encontraba aquí por ellos, sin embargo, lo hacía por obligación, por la familia y lo que significaba ella en la mafia.

¿Los quería? Quizá, muy en el fondo, solo una mínima parte de mí les tenía cariño. El único que lo tenía era Dexter y mi amor, por supuesto se lo llevaba Holly.

Ingresé a mi oficina y antes de tomar asiento recibí un mensaje de Holly. Mi mal humor se esfumó de inmediato, al abrirlo, tragué en seco y mil maldiciones se atoraron en mi garganta.

Cómo mierda se atrevía a mandarme esto. Había una sola palabra escrita: llámame. Pero lo que me puso mal no fue la palabra, sino la foto. ¡Estaba envuelta en encaje! Maldita sea.

Era un conjunto negro con vino, la fina tela se ajustaba a sus caderas, pese a ser delgada, sobresalía un poco su carne, la hacía ver más sexi. Su cuerpo se encontraba de lado, el cabello le adornaba la espalda en una cascada castaña y ondulada, ya lo tenía muy largo. Y sus tetas, ¡mierda! Apretadas bajo las copas, casi

podía ver el inicio de sus pezones. Mi pene se puso duro. Mi mano sin quererlo sobó la erección por encima del pantalón. Esta mujer iba a matarme de un puto dolor de bolas.

Me aclaré la garganta y marqué su número. No esperé mucho, ni siquiera un tono cuando escuchaba su bonita risa a través de la línea. Carajo. Debería preocuparme por prestarle más atención a la sensación enérgica repleta de felicidad que me estrujó al oírla feliz, que a la excitación de su imagen a medio vestir.

—Hola, bebé —saludó. ¿Bebé? Cerré los ojos un instante mientras sonreía.

«Dixon Russo, el mismo Diablo, líder de un imperio de mafia, tratado como bebé por una mujer... y lo peor, es que me gusta».

Estoy jodido.

—Acabo de salir de una reunión que me tenía hartó y no sé si decir que mejoraste o empeoraste mi humor. —Soltó una risita.

—¿Por qué empeoraría?

—Porque me estás torturando. Te ves tan follable y te encuentras a kilómetros de mí.

—Recordé que tenía este conjunto y decidí mostrártelo, así podrás admirarlo sin romperlo —masculló.

—Vengativa, ¿eh? —Rio— Dime que aún lo traes puesto.

—Uhm... sí, aún sigue en mí.

—¿Dónde estás? —Pregunté.

Puse el altavoz, me quité el cinturón y proseguí con el botón de mis pantalones.

—En mi cama, papá fue por el desayuno.

—Bridger portándose mal... —Abrí el pantalón y bajé el bóxer lo necesario, saqué mi miembro erecto, ceñí los dedos en torno a él.

—Deberías darme unas nalgadas. —Agité los dedos muy despacio, la fotografía seguía en la pantalla y su voz aviva la escena que se formaba en mi cabeza.

—¿Qué te ha hecho mas atrevida? ¿Uhm?

—Mi necesidad de usted, señor Russo.

—Como me la pones dura cuando me hablas así.

—Lo sé —su tono de voz bajó—, ¿estás sentado en tu imponente trono?

—Sí, el mismo donde te voy a follar, cariño.

—¿Cómo lo harías? —Sonreí de lado, recliné la espalda, mi pene alzándose endurecido y mi mano moviéndose con frenetismo. Ya no podía parar.

—Te abriría de piernas sobre mi escritorio, solo para descubrir que no llevas ropa interior —jadeó despacio, supe que estaba tocándose y lo odié tanto como lo disfruté, ya le cobraría esta—, no te tocaría, admiraría la humedad de tu coño mientras me masturbo con esa imagen.

—¿Qué más? Dime más —pidió excitada.

—Cuando tuviera suficiente, pasaría la lengua por tus pliegues,

¿recuerdas cómo se siente mi calor contra el tuyo?

—Sí —susurró anhelante.

—¿Estás tocándote? —Inquirí, pese a ya saber la respuesta.

—Lo hago, pero no tan bien como tú.

—¿Sabes lo que te haré por esto?

—No, pero estoy ansiosa por averiguarlo —me retó. Jodida malcriada.

—Te dije que tus orgasmos son míos, tanto como tú —siseé; mi pene más firme y erecto, estaba levemente humedecido por esta llamada.

—Y lo son, bebé —de nuevo ese ridículo apodo—, todos llevan tu nombre... Dixon.

Tensé el cuerpo ante esta última palabra, la pronunció de una manera letal para todo mi autocontrol. Con ella descubrí que mi tiempo para correrme, se redujo.

—Extraño la rudeza de tus dedos al masturbarme, la fiereza de tu boca al morder mis labios y mis senos... tus brazos sosteniéndome posesivos —esta vez fui yo el que jadeó, pensándola—, tu semen entre mis piernas.

—Joder, Bridger —ajusté los dedos y aceleré los movimientos—, vas a tener que lidiar conmigo cuando vuelvas... no me cansaré de joderte, por todas partes, nena.

—Oh, Dixon... ya quiero verlo y sentirlo —susurró perversa.

—Lo vas a sentir, muy adentro.

Gimió cada vez más alto, fui incapaz de pronunciar otra palabra, solo gruñía y gemía como un animal, con la vista fija en su foto, atento a los sonidos que ella hacía a través del móvil, masturbándome con todo lo que estaba dándome para sentirla más cerca.

—Ah... Dixon —gimió mi nombre al venirse y eso fue mi perdición—, cuanto te deseo aquí.

—Mierda, Bridger —tragué en seco—, te amo —agregué, corriéndome.

Mi semen se derramó sobre mi mano y parte de mi vientre bajo; mis venas palpitaron, advertí cierta presión mientras mi pene seguía sacudiéndose, sacaba todo. Entretanto, el orgasmo seguía manifestándose en mí, acariciaba solido e intenso, me llenó de calor y satisfacción.

—Mierda.

—Dices mucho esa palabra —señaló juguetona.

—Me he venido, carajo, en mi puta mano. —Rio.

—Puedes limpiarte en el baño, no quiero que llenes de bendiciones a la gente cada que la saludes.

—Qué graciosa, si no los saludo, menos les daré la mano —volvió a reír y la escuchaba más relajada que ayer—, ¿todo bien allá? Te oigo más contenta.

—Es porque soñé contigo —explicó—, y porque anoche escribí algo que necesitas leer —la escuché atento—, el hacerlo de cierta forma me quitó un peso de encima.

—¿Se trata de tu pasado?

—Sí —respondió deprisa y el ambiente entre nosotros cambió de inmediato—. Dixon, sé que esperabas oír un te amo de mí, pero no estoy lista para decirlo, aún no. Mis sentimientos son fuertes, soy inmensamente feliz contigo, me has devuelto mucho de lo que me quitaron; sé que llegará el momento de decirte esas palabras, y será especial, sin presiones.

Oírla fue un alivio. Estaba desesperándome de su indiferencia ante algo tan importante, porque lo era, al menos para mí, quien ni siquiera contempló amar a alguien como la amaba a ella.

—No quiero herirte...

—No lo haces —mentí—, eres sincera y lo agradezco, quisiera oírte decir que me amas, pero sabré esperar y esforzarme —resoplé—, aunque me cueste.



—¿De verdad?

—Voy en serio contigo, Bridger, aprenderé a respetar tus tiempos y tus decisiones, menos las que impliquen estar separado de ti —

enfaticé, dejándoselo en claro.

—Sé que no me dejarás.

—Nunca, cariño.

Se quedó callada, yo también. Sentía que quería decirme algo más, pero no se armaba de valor.

—Dixon, cuando leas lo que hay en tu correo, prométeme que no harás nada.

—No puedo prometerte eso.

—Por favor —suplicó—, no vale la pena, ya no.

—Si te hieren, los mato, así hayan pasado veinte años, no me pidas que me quede tranquilo, en esto no te complaceré.

—¿Podrías intentarlo?

—No —determiné—. Te llamaré más tarde, tengo un correo que leer. —  
Suspiró, resignada.

—Te quiero mucho, Dixon.

—Lo sé, cariño.

—No lo olvides.

<

Terminó la llamada y me dirigí al baño a limpiar el desastre que ella causó. Cuando volví y encendí mi portátil, encontré su correo. Lo abrí y vi cuan

largo era.

Sumido en la soledad, encontré su dolor a través de las letras.

## **Holly**

Terminé de vestirme y bajé a buscar a papá, se me hizo extraño que aun no llegara.

Me asomé por la ventana y vi el auto de Taylor y a las camionetas de los hombres que cuidaban de mí. El auto de papá no estaba.

Miré la hora en mi móvil, ya había demorado.

Sonreí al ver la foto de Dixon en la pantalla, se la tomé cuando estaba dormido, como una acosadora, pero no paraba de decir lo lindo que se veía cuando descansaba. Seguramente ahora mismo leía lo que escribí y me aterraba su reacción. Nada me aseguraba que no vendría a buscar a los culpables.

Antes de enviarle el correo creí que era una mala decisión, sin embargo, mi silencio no me llevaría a nada bueno, él necesitaba conocer mi pasado para entender mi presente y el por qué de mis actitudes en algunos aspectos; como mi ropa, mi fortaleza ante hombres como él o mi negación a decirle te amo tan pronto.

La puerta se abrió, vi a papá entrar sonriente con las bolsas en mano, di un paso hacia él, me detuve en seco al darme cuenta de que no venía solo. Alguien le ayudaba con más bolsas mientras ahondaba dentro de mi casa en busca de algo que encontró al mirarme.

Un brillo perverso relució en esos orbes que jamás pude olvidar. El miedo me hizo su presa.

—Hola, princesa, demoré porque había largas filas —explicó papá, lo oía, mi atención seguía en ese sujeto—, aproveché para comprar las cosas para la cena y mira —señaló al tipo que dejaba las bolsas en la encimera—, me

encontré con el oficial. Cuando supo que estabas aquí, quiso venir a saludarte.

Retrocedí, anonadada. Qué estúpida fui al pensar que, por no salir de casa, evitaría encontrarme con mi pasado, este me alcanzaría, la vida hallaría la forma de cerrar todo ciclo, aunque este significara arrebatarme la vida.

Charles Harris era una bazofia, mi verdugo. Me hizo una promesa que a toda costa cumpliría y yo le puse las cosas fáciles al venir a este sitio.

Creí que estaría segura, que la gente de Dixon podría protegerme, pero personas como Charles son ángeles ante los demás; conmueven, seducen, encantan, luego apuñalan y fingen no haber visto nada, culpando a otros. Era hipócrita, destructivo, un adicto al que no debí proteger solo por amenazas y miedo.

Justo ahora quería correr y decirle a Taylor que lo asesinara porque él era el culpable de todo mi dolor, mas la presencia de mi padre detuvo toda intención; si él descubría lo que hice, me odiaría.

—Han pasado años, Holly, muchos años —susurró.

—Charles —musité. Su nombre en mis labios me produjo escalofríos y un miedo terrible.

«Puta provocadora».

«Frígida de mierda».

—Iré por las bolsas faltantes —informó papá.

En cuanto salió y cerró la puerta, corrí escaleras arriba, pero Charles me siguió y acorraló en el pasillo que daba a mi habitación.

Su antebrazo en mi cuello, su rodilla entre mis piernas. El olor a cigarrillo de clavo y su loción, me derrumbaron. Olía a él, a mi propio infierno.

—Te escapaste por muchos años, Fairy —me cortó la respiración, se me llenaron los ojos de lágrimas—, te dejé volar y te advertí que cuando nos

volviéramos a ver, te destrozaría.

Y no lo olvidaba, cuando partí a Phoenix, supe que debía irme más lejos, porque advertía su presencia en cada esquina, no dormía por el terror a despertar y encontrarlo cerca de mí. Él me separó de mi padre, destruyó todos mis sueños y se presentaba otra vez para continuar diezmándome entera.

—Por favor déjame —supliqué, aunque con él jamás sirvió.

—¿Por qué? ¿Por qué siempre suplicas? Tu llanto solo me incita a herirte más, lo recuerdas, ¿no? Puta frígida de mierda.

—Basta, basta.

—Grita si es lo que quieres, no me molestaría meterle un tiro a tu padre y luego matarte a ti, pero es más divertido jugar con la presa.

Apretó su rodilla a mi entrepierna, causándome dolor, la frotaba con rudeza.

—Seguro ya han desvirgado tu coño —esa palabra en sus labios sonaba obscena—, ¿o aún no se me adelantan? Dejamos algo pendiente.

Apreté los ojos, consumida por los recuerdos, su toque profano en mi cuerpo, su risa al usarme poco a poco, preparándome para el final que planeó.

—Mírame —abofeteó mi cara—, siempre te creíste superior, zorra.

—Si me tocas, lo pagarás. No estoy sola. —Me atreví a amenazarlo, sabiendo que no me convenía.

—¿Ah sí? ¿A qué clase de mojigato atrajiste esta vez? Deberías decirle que venga, seguro nos divertiremos mucho asesinándolo como al último, porque no lo has olvidado, Fairy —acarició mi cara

—, tú lo mataste.

—Basta —sollocé—, vete ya, basta.

—No te gusta recordar lo que hicimos, pero te parecía divertido,

¿uhm?

—Yo no quería... yo no sabía.

—Eres tan culpable como yo, Fairy. Lastima que decidieras darme la espalda —liberó mi cuerpo, sus dedos se enredaron en mi cabellera, tiró rudo—, tu humillación jamás la olvidé.

—¿Holly? —Me llamó papá. Charles sonrió.

—Vendré por ti —susurró en mi oído—, eres mía —chupó la piel de mi cuello y el asco me abordó—, te usaré como lo tenía planeado y luego, te mataré. Es una promesa que te hice y no la he olvidado.

Me arrojó contra el suelo, mi costado se golpeó en la madera. Él me miró desde arriba y luego bajó sin prisas. Lo escuché hablar con papá y como pude me incorporé, escondiéndome en mi habitación mientras lloraba.

Mi espalda se apretó a la puerta, lentamente caí al suelo, cubriéndome la boca para acallar mis sollozos.

Como en el pasado.

Me convertí en una mujer fuerte, sin embargo, Charles derrumbaba con su presencia lo que construí, lo hacía porque él significaba todos mis miedos personificados y hasta que no lo venciera, dejaría de sentirme como una basura incapaz de defenderse de él.

Saqué mi móvil y busqué el número de Dixon. Mi dedo osciló en el botón de llamada, las lagrimas humedecían mi ropa.

Negué y arrojé el móvil lejos. Quería enfrentar a Charles yo sola, pero estaba consciente que había batallas que no podía ganar y esta era una de ellas. Necesitaba a Dixon conmigo, necesitaba su apoyo incondicional, aunque tenía la sensación de estar usándolo y por ello no quería entrometerlo. Dios mío. Mi cabeza era un caos, no podía pensar con coherencia, no podía ser yo misma.

—Si decides asesinarlo, no me interpondré —susurré, la mirada en mi móvil—. Por favor ven, Dixon, te necesito.

## Capítulo 36

*7 años atrás.*

*Holly*

*Sus besos descendían por mi cuello, tocaba mis piernas por debajo de la falda del colegio. Me gustaba sentir sus labios, el toque de su*

*piel, sabía lo que quería, no se lo daría, no podía aún.*

*—Tenemos que ir a clase —susurré, traté de apartarlo. Su complexión siendo el doble que la mía, formó una cárcel sin darme oportunidad de huir.*

*Eché un vistazo a nuestro alrededor, nos hallábamos escondidos bajo las gradas del gimnasio, a esta hora no había nadie cerca.*

*—¿Cuándo vendrás a mi cabaña, Fairy? —Inquirió, rozaba mi mejilla con la punta de sus dedos. Sonreí coqueta. Disfrutaba cuando me llamaba así.*

*—Paciencia, Charles —deposité un beso en sus labios—, tiene que ser especial, además, papá no me deja salir.*

*—No tiene que saber —empujó su pelvis contra mi abdomen y lo sentí—, puedo ir por ti.*

*—Lo pensaré.*

*Me escabullí entre sus brazos, cogí mi mochila y salí corriendo del gimnasio, acalorada y sonrojada. Tenía al chico más guapo del colegio comiendo de la palma de mi mano, me hacía sentir orgullosa exhibirme con él y presumirles a todas que era mi chico.*

*Charles me encantaba, era muy guapo, pero rebelde, siempre metido en problemas. Fumaba y bebía, al verlo solo gritaba peligro por todas partes y*

*yo sin saber por qué, me sentí atraída por él. Mi vida se basaba en ser la niña buena, la inteligente y con buenas notas, Charles me brindaba esa adrenalina de peligro, la emoción de romper las reglas y la excitante sensación de ser la chica del chico rudo y atractivo del colegio.*

*Y aunque en ocasiones su actitud era la de un patán, yo me esforzaría por hacerlo cambiar, los chicos malos siempre cambiaban por la chica buena, encontraban en el amor un tipo de salvación que los incitaba a ser mejores y yo quería eso para Charles.*

*Le ayudaba con sus tareas, lo presionaba para que asistiera a clases, lo acompañaba cuando ingería drogas, mientras trataba de controlar que no consumiera más. Poco a poco fue dejándolas de lado, eso era un avance y la prueba de que él me escuchaba y obedecía.*

*De pronto, choqué con alguien. Los libros se dispersaron en el suelo, el chico se agachó, no sin antes lanzarme una mirada desde abajo. Llevaba unas gafas grandes y horrendas, ropa holgada y fea, el cabello aplastado con un montón de fijador. Su cara tenía espinillas y su nariz era un poco grande, sin embargo, tenía unos ojos bonitos, muy azules y cálidos, los cuales me miraban avergonzados.*

*—¿Por qué no te fijas por dónde vas, cuatro ojos? —Increpó Charles, su brazo sobre mis hombros a la vez que pateaba uno de los libros del chico.*

*—Lo siento —susurró apenado.*

*Me miró una vez más, no dije nada y seguí mi camino con Charles.*

*—No debiste ser tan grosero, fue mi culpa que cayeran sus libros —reprendí.*

*—¿Te gusta acaso?*

*—¿Qué? No, pero no tienes que ser tan cruel con los demás, el pobre necesitaba ayuda —murmuré, mirándolo por encima de mi hombro, él nos observaba.*

*Charles se detuvo, llevaba un palillo en los labios, este se movió de lado cuando los estiró en una sonrisa.*

*—¿Y por qué no se la das? —Inquirió— Tienes razón, no debí ser tan cruel —no podía creer lo que escuchaba—, ve, hazte su amiga, quizá después quiera unirse a nosotros.*

*<*

*—¿Lo dices en serio? —Acomodó un mechón de mi cabello.*

*—Quiero ser bueno por ti —susurró—, mi chica.*

*—Entonces vamos los dos, Charles —tomé su mano—, anda.*

*—No, seguro sale huyendo, comienza tú y luego lo traes con nuestro grupo.*

*Asentí sonriente. Me puse de puntillas y le di un beso en los labios.*

*—Eres la chica más hermosa —dijo orgulloso—, y eres mía. Me fascina llevarte de la mano y presumirte ante todos, presumir lo que Charles Harris puede tener.*

*—Te amo, Charles —dije absorta en su belleza.*

*—¿Cuánto me amas, Fairy?*

*—Mucho —me atrajo a su cuerpo—, mucho.*

*—También te amo.*

*Di un apretón a mi trasero, sin importarle las miradas de los alumnos que sí, lo observaban con envidia. Me sentí deseada e inalcanzable, y me complacía. Siempre trataba de resaltar mi belleza. Soltaba mi cabello, llevaba la falda más corta, pintaba mis labios y mejillas, y ajustaba mi blusa de botones aun más.*

*Charles tenía razón, yo era hermosa.*



*Le mentí a papá.*

*Le dije que estaría haciendo mis deberes con una de mis compañeras, pero me hallaba en casa de uno de los amigos de Charles, él estaba sentado debajo de mí, me tenía sobre su regazo, su mano entre mis muslos, oculta bajo la tela de mi vestido.*

*—Llevas siendo amiga del nerd mucho tiempo, ¿no? —Se mofó James, uno de los mejores amigos de Charles.*

*—Siempre andan juntos, ¿ya lo enamoraste también, Fairy? —*

*Bromeó Brett.*

*Guardé silencio, con la vista en la cerveza que sostenía en la mano.*

*Charles dio un apretón en mi muslo, sus dedos iban más arriba cada vez.*

*—Respóndeles —incitó—, ¿hay algo entre ustedes?*

*—No —contesté—, solo somos amigos.*

*—Pero él no quiere ser tu amigo —intervino Brett—, quiere ser algo más.*

*—¿Por qué no le cumples la fantasía, Fairy? Seguro serás la única chica que tendrá cerca además de su madre —se burló James, siendo igual de cruel que siempre—. Míralo como un acto de piedad.*

*—Están locos —di un trago a la cerveza y vi a las novias de Brett y James llegar con más botellas—, genial —mascullé con sarcasmo.*

*Me incorporé del regazo de Charles cuando él se estiró, me imitó y tomó mi mano, llevándome a la planta de arriba; no me negué. No era la primera vez que estábamos solos en una habitación, no me molestaba, Charles jamás me obligó a nada y respetaba mis límites.*

*Entramos a la habitación de James, sus padres nunca estaban en casa. Charles se recostó en la cama y me hizo sentare encima de él.*

*—Dile a Matt que lo amas —soltó sin más, acariciaba mis muslos desnudos.*

*—¿Por qué haría eso? No lo amo, te amo a ti —recordé. Irguió la espalda y comenzó a besar mi cuello.*

*—Siento lastima por él, es tan horrible, tan poco atractivo, seguro jamás ha besado a una chica, mucho menos a una tan linda como tú.*

*Bajó la tela del vestido y tomó uno de mis senos con la mano, besaba la redondez por encima de la copa de mi sujetador.*

*—Pero no es correcto.*

*—¿No me amas?*

*—Acabo de decírtelo —espeté. Sus caricias me excitaban.*

*—Entonces lo harás —aseveró—, lo besarás y le dirás que lo amas.*

*—No, Charles, no puedo mentirle y jugar así con sus sentimientos.*

*Rodeó mi cuerpo y me enfrentó. Mantuvo la boca cerca de la mía sin besarme.*

*—Falta poco para que el colegio acabe, será un regalo, créeme, te lo agradecerá y le dará confianza el que alguien como tú —rozó mi nariz—, se haya fijado en él.*

*—¿Lo crees?*

*—Por supuesto.*

*—¿Y tus celos? —Inquirí.*

*—No sentiría celos de ese nerd —rio—, dile que lo amas, bésalo y ve con él al baile.*

<

—¿Qué? No, eso no, el baile es nuestra noche especial.

—Y lo será, Fairy —me calmó—, iremos a la cabaña y serás mía, ahí también tendré un regalo para Matt, que lo ayudará a olvidarte.

—¿Es en serio todo lo que me dices? —Susurré anonadada.

—Sí —besó mi mejilla—, ¿lo harás, Fairy?

—Charles...

—Di que lo harás, di que vas a obedecerme y te recompensaré.

Seré bueno, lo prometo.

—¿Lo prometes?

Me miró a los ojos y sonrió sincero.

—Lo prometo —repitió.

De nuevo le mentí a papá. Se me hizo una costumbre desde que comencé mi relación con Charles.

Hoy caminaba de la mano de Matt hacia la entrada del baile, todos nos miraban, sorprendidos ante mi cambio de acompañante, mas no les prestaba atención. Matt se veía feliz, se puso ropa de su talla, se quitó las gafas y dejó su cabello libre de cualquier fijador. Hasta podía decir que lucía atractivo y supe que Charles estaba en lo correcto semanas atrás.

—Es un sueño hecho realidad, Holly —murmuró. Recorrimos la pista repleta de luces y música. Busqué a Charles sin verlo por ningún lado.

—Me alegro que estés feliz —dije sincera. Si bien, no lo amaba, pero sí lo quería, era un chico muy dulce y atento, sensible y cariñoso.

—¿Bailamos?

—Claro.

*Nos incorporamos con las demás parejas. Mis brazos alrededor de su cuello, mi cara cerca de la suya. No me gustaba besarlo, pero acepté sus labios cuando los unió a los míos. Eran sosos, sin experiencia, no eran como los labios de Charles.*

*—Te amo, Holly —susurró, estaba sonrojado.*

*—Te amo —mentí, mirándolo a los ojos.*

*Se puso más feliz y continuamos nuestro baile, de este le siguieron otras melodías. Nos detuvimos solo para beber algo y descansar unos segundos, luego, volvimos a la pista.*

*Mientras la noche avanzaba, Charles apareció en compañía de James y Brett. Se veía guapísimo vestido de negro. Cuando nuestros ojos se encontraron, sonrió, me observó con deseo y me hizo una seña con la cabeza para que saliera del gimnasio.*

*—Vamos a tomar un poco de aire —murmuré.*

*Matt asintió. Tiré de él hacia el exterior, en el pasillo me encontré con mis compañeros, seguían cuchicheando, pero disminuyó su intensidad.*

*Atravesamos los pasillos y al salir, el auto de Charles se encontraba ahí, él y sus amigos se hallaban apoyados contra las puertas, reían y fumaban.*

*—¿Qué pasa, Holly? —Preguntó Matt.*

*—Charles te tiene una sorpresa —respondí.*

*—Él me odia —susurró.*

*—Claro que no, todos somos amigos —lo tranquilicé.*

*Se mostró un poco renuente cuando nos detuvimos frente a los chicos. Charles no ocultaba su sonrisa, sus amigos se mostraban serios.*

*—Es hora de irse —anunció Charles.*

*James abrió la puerta, invitó a Matt a subir, pero este se negó. Lo miré.*

*—Vamos, será divertido, continuaremos la fiesta allá —incité, ansiosa del regalo que Charles le daría.*

*—No quiero ir, Holly.*

*—Por favor.*

*—Vamos, Matt, no nos hagas un desplante, tenemos preparada una noche especial —intercedió Charles.*

*Sin más remedio, subió al auto, yo me monté del lado del copiloto, los demás en el asiento de atrás. Charles echó un vistazo a su alrededor antes de subir. El estacionamiento estaba solo, todos seguían dentro, disfrutando de la noche.*

*—¿Le dijiste a tu padre que no irías a casa hoy? —Pregunto Charles, ofreciéndome una cerveza que acepté y bebí.*

*—Sí —susurré emocionada.*

*Hoy perdería mi virginidad.*

*<*

*Nos habíamos alejado de Scottsdale, ignoraba cuanto tiempo estuvimos en carretera. Me dormí y cuando desperté, nos hallábamos en una cabaña en medio del bosque. No tenía una noción del sitio y resultó extraño que el sueño me venciera. Ni siquiera estaba cansada.*

*—Llegamos, Fairy —anunció Charles.*

*—¿Dónde estamos?*

*Miré al asiento trasero, los chicos se habían ido.*

*—En nuestro lugar —me atrajo a su boca y depositó un beso en mis labios —, es hora de jugar.*

*Se echó las llaves al bolsillo y bajó del auto, lo seguí, abrazándome a mí misma. El sitio lucía tenebroso, no podía ver nada a mi alrededor. Pegué un grito cuando Charles posó su mano en mi espalda baja, incitándome a seguir hacia el interior de la cabaña.*

*—No me gusta, Charles, me da miedo.*

*—No tienes que temer, estás conmigo.*

*—¿Y los demás?*

*—Adentro.*

*Abrió la puerta, reparé en que las ventanas se hallaban selladas con tablas y papel oscuro, el sitio se veía limpio, como si lo frecuentaran, había cierto olor desagradable en el ambiente, olía como a óxido.*

*—¡Basta! —Alcé la cara al oír el grito de Matt, venía de la planta alta.*

*—¿Matt? —Lo llamé.*

*—¡Holly! ¡Diles que paren!*

*Enfrenté a Charles, no se inmutó. Lo dejé ahí y corrí a la planta alta, asustada y a la vez, deseando que esto se tratara de una broma.*

*Sin embargo, al dar con la habitación de donde provenían los gritos, todo mi ser entró en pánico. La conmoción me atenazó, inmovilizándome de pies a cabeza.*

*—Matt —susurré, mas no me escuchó.*

*Tenía las rodillas en el suelo, el cuerpo doblado encima de la cama, los brazos extendidos hacia arriba, atados a una cuerda ceñida a la cabecera que le impedía moverse. Mas eso no era lo que me conmocionó, sino que, Brett, se hallaba detrás de él, violándolo.*

*No entendía nada. Mi mente estaba en blanco, ni siquiera fui capaz de dar un paso.*

*Los brazos de Charles me sostuvieron desde atrás, apretó, apoyó el mentón en mi hombro y emitió un largo suspiro, como si estuviera complacido y feliz.*

*—¿Qué es esto? —Mi voz rebosaba dolor y miedo.*

*—La sorpresa de la que te hablaba —respondió.*

*La bilis estrujó mi garganta, caí en cuenta de lo que estaba sucediendo. Lo aparté de mí y corrí hacia Matt.*

*—¡Basta! ¡Dejen de hacerle daño! —Exigí desesperada por liberarlo, pero James se interpuso y me propinó una bofetada que me lanzó al suelo debido a la fuerza, no conforme con ello, pateó mi abdomen, sacándome el aire.*

*Lloré y boqueé por oxígeno. Alguien más me sostuvo del cabello y me levantó del suelo con agresividad.*

*—Te dije que ella no sería como las demás —masculló James. Era él quien halaba de mi cabello, alzó mi cara en dirección a Charles, que seguía en el umbral sin inmutarse a las suplicas de Matt y los gemidos de placer de Brett.*

*—Aun no le hemos preguntado —murmuró Charles.*

*Se adelantó hacia nosotros. No me moví al contacto de sus dedos con mi cara, sostuvo mi mentón y me hizo mirarlo.*

*—¿Qué quieres de nosotros? ¿Por qué nos haces esto? —Susurré devastada.*

*—De él no quiero nada, lo quiero de ti —ejerció fuerza en mis mejillas—, esta es una prueba que debes pasar, Fairy, si lo haces, todo será mejor que antes.*

*—¿De qué estás hablando? —Sollocé. Estaba con un trio de psicópatas, iban a matarme.*

*—Verás, tu belleza fue lo que te ha traído hasta aquí, por eso te elegimos —susurró en tono tétrico—, las chicas de James y Brett, también pasaron por esto.*

*—Tienes que asesinar al nerd, es como un ritual de iniciación, Fairy*

*—agregó James en mi oído—. Luego, Charles va a desvirgarte —rio*

*—, al final viene la parte más divertida —sentí escalofríos—, los tres te follaremos al mismo tiempo.*

*—Y es todo, Fairy —prosiguió Charles. Los gritos de Matt habían parado, pero no podía volverme para saber por qué—. Si lo logras, estaremos juntos para siempre —rozó mi boca y solo sentí asco—, demuéstreme que eres la indicada para mí.*

*—Estás enfermo —musité trémula—, ustedes... ¡son unos asesinos!*

*—Exclamé— Jamás me amaste... tú...*

*—Esto va más allá del amor, Fairy, es nuestra manera de ver el mundo, creamos nuestras reglas y los elegidos tienen que seguirlas.*

*Negué. Sonaba a un tipo de película de terror con psicópatas, pero desgraciadamente, esto era real, no una broma, lo estaba viviendo ahora mismo y me hallaba muerta de miedo.*

*—¡Eres un loco! ¡Ustedes son unos dementes! ¡¿Cómo pueden disponer de la vida de las personas inocentes?!*

*—No lo hará, Charles —dijo Brett. Acababa de subirse los pantalones como si nada hubiera pasado.*

*—Vamos, Fairy, no me decepciones —siseó—, de verdad quiero que seas tú.*

*—Mátame —lo reté sin pensar claramente—, mátame porque no pienso ensuciar mis manos jamás —un sollozo brotó de mis labios*

*—, te amaba, Charles y tú... tú me has usado todo este tiempo.*



*—También te amo —su agarre se deshizo un poco—, y por ello estoy tratando de hacer las cosas más fáciles para ti.*

*—Deja ir a Matt, él no debe pagar por esto, si quieres usarme, hazlo, pero déjalo ir.*

*—Eso no sucederá. Cuando entras a este sitio, no sales, a menos que sea muerto o siendo uno de nosotros.*

*Los miré alternadamente, incapaz de asimilar tanta crueldad.*

*—¿Cuántas veces han hecho esto? —Inquirí, estupefacta.*

*—Fueron dos para Brett, cinco para Charles y una para mí —*

*murmuró James—, teníamos esperanza en ti, eres sumisa, bella,*

*inteligente, obediente, pero al parecer solo terminarás siendo la sexta.*

*—No es nada de otro mundo lo que te pido, la muerte es algo con lo que Matt lidiará tarde o temprano, solo estarás adelantando el proceso —dijo Charles.*

*—No podría estar con alguien como tú, no amaría a un monstruo, eres vil, no hay nada en ti que se pueda salvar. ¡Me das asco! ¡Te odio! —Chillé, entre el pánico y la ira, lo golpeé, arañándole la cara.*

*—Qué humillación —se mofó James, riendo a carcajadas.*

*Charles me miró enardecido, estaba furioso, la sangre resbalaba de las heridas que causé. El miedo se incrementó, pero la resignación me ayudó a sobrellevarlo.*

*Iba a morir aquí. Nadie vendría a ayudarme. Nadie encontraría mi cadáver. Probablemente los animales del bosque me comerían hasta dejar solo huesos de lo que fui.*

*Papá, perdóname. Yo no quería dejarte.*

*Ni siquiera me podría despedir de él.*

*—Ya has tomado tu decisión. El resultado será el mismo, pero tú, Fairy —apretó mi cara—, morirás aquí, no hoy, ni mañana, dilataré mi juego contigo un par de días.*

*—¿De verdad? Suena tentador usarla —murmuró Brett.*

*—Lo haremos, la iremos preparando para al final, hacerla sufrir.*

*Me golpeó en la cara tan fuerte, que todo se volvió oscuro y no supe más de mí.*

*<*

*El cuerpo me dolía demasiado, estaba en la sala, mis manos atadas detrás de la espalda con una cuerda, lastimaba lo ajustada que la dejaron. A mi alrededor escuchaba pasos; evité moverme, asustada de poner sobre aviso a mis agresores.*

*Quise tener esperanza de poder salir de aquí, afuera la luz del día ya me recibía. Mi papá debía estar buscándome. Yo era tan solo una niña y por malas decisiones moriría aquí, joven y sin haber vivido como quería. Qué ilusa fui al creer en Charles, qué maldición tan grande se convirtió para mí la belleza de la que siempre estuve orgullosa. Los depredadores me vieron, los llamé, ahora pagaba las consecuencias.*

*Quería ser invisible.*

*—Oh, aquí está mi linda Fairy, ya has despertado, demoraste mucho*

*—se burló Charles—, te golpeé muy fuerte.*

*Me agarró del cabello, colocándome de rodillas frente a él. Sentía la cara hinchada y dolor en mis costillas por la patada que James me dio.*

*—¿Dónde está Matt? —Articulé, esperanzad de que lo dejaran vivir*

*— Por favor déjalo vivir, Charles, no dirá nada.*

*Él rio, burlándose de mis suplicas. Y lo odié con todas mis fuerzas.*

*—¿No entendiste nada de lo que dije ayer? —Intensificó su agarre*

*— Nadie sale vivo de aquí.*

*Detrás de Charles aparecieron Brett y James. Se quedaron de pie, Charles me liberó, mi cuerpo osciló, pero de inmediato James me sostuvo del cabello.*

*<*

*—Ahora abrirás bien tu boca —susurró James.*

*El pánico regresó mientras veía a Charles desabotonarse los pantalones. Se me empañaron los ojos de lágrimas.*

*—Por favor no —rogué.*

*No quiero ser abusada, por favor.*

*—Entre más suplicas, más me incitas —comentó burlesco. No había una pizca de piedad en él—. Bienvenida a tu primer día de tortura.*

*Apreté los parpados, lloré desconsolada al advertir su tamaño en mi boca. Las burlas de sus amigos se mezclaron con los gemidos de placer que él daba. Sentía que el mundo se me venía encima cuando acabó en mi boca y vomité en el suelo, asqueada y humillada, pero sin que la tortura acabara, pues después de Charles, Brett y James hicieron lo mismo.*

*Al final, arrojaron mi cuerpo al suelo, sobre el vomito y su semen.*

*Estaban rompiéndome.*

*Ignoraba el día que era, mi cuerpo estaba sucio, desnudo. El bonito vestido que elegí con mucha ilusión, fue roto por Charles, lo destrozó, al igual que mi ropa interior.*

*Ellos continuaron con la tortura de usar mi boca. La comisura me dolía, tenía cortadas en ella, mis senos estaban llenos de chupones y mordidas dadas con brutalidad, mi sexo dolía por los toques bruscos de todos, me tocaban para satisfacerse y lo repudiaba. Brett solía golpeararme cada vez que acababa, así que mi cara se*

*encontraba irreconocible, hinchada. Tenía golpes en todo el cuerpo, apenas lograba tomar oxígeno sin que ardiera todo por dentro.*

*Ellos no se habían atrevido a profanar mi cuerpo al quitarme la inocencia que aún mantenía, pero lo harían, solo que, tal y como Charles lo mencionó, dilataba mi sufrimiento, me preparaba para darme la estocada final. Disfrutaba de extender la tortura, se divertían viéndome vomitar su semen, mientras se masturbaban como unos enfermos, deleitándose con mi agonía.*

*No paraban de llamarme puta y frígida. Los odiaba con toda mi alma.*

*De Matt no sabía nada, no lo escuché más y me sentía tan culpable, porque yo lo traje aquí, yo accedí a usarlo y ahora íbamos a morir los dos. Todo era mi culpa, jamás debí ceder.*

*Quería verlo, pedirle perdón por hacerle esto. Sin duda, yo merecía cada castigo por haber lastimado a Matt, pero él no, era inocente y es lo que más me hería.*

*—Ya necesitabas esa ducha, comenzabas a asquearme —masculló Charles.*

*Me levantó del suelo y liberó mis muñecas de las ataduras. Mis brazos no se movían, mi cuerpo se mantenía lánguido, débil, ellos solo me daban agua, nada de alimento, pero no me detenía a pensar mucho en el ardor de mi estómago por la falta de comida, tenía problemas más serios que la nula ingesta de alimento.*

*Acomodó mi cabello hacia atrás, estaba húmedo. A lo que ducha se refería, no fue lo que cualquiera esperaría. James me echó encima agua helada e hizo tallar mi cuerpo con una esponja nada suave, dejó más heridas ante la rudeza de la textura contra lo delicado de la piel.*

—¿Cuántos días? —Musité. Mi voz ya no sonaba como la mía.

—Cuatro, hoy es el último, tu tortura va a finalizar —rozó mis hombros—, una lástima, Fairy.

*Me sacó de la casa, el frío me golpeó dolorosamente. La noche me recibió y pareció que transcurrieron años desde la última vez que admiré la luna.*

*Charles me hizo caminar desnuda y descalza hacia el interior del bosque. La oscuridad me impedía ver por donde iba, pero había partes donde la luz de la luna me ayudaba a ver y no caer. Me encontraba muy débil.*

—Incluso con el rostro magullado, sigues siendo hermosa —siseó enfurecido, como si odiara ese hecho.

*Luego de caminar varios minutos, nos detuvimos en un sitio libre de árboles, dos sofás viejos se situaban de lado a lado, James estaba sentado en uno y Brett en otro, mientras que Matt se hallaba arrodillado en el medio, libre de ataduras. Su cara peor de golpeada que la mía, heridas abiertas en su cuerpo. Verlo me hizo llorar de nuevo.*

—Matt —susurré.

*Mis piernas se movieron hacia él. Al verme, no vi rencor en sus orbes y yo quería que me odiara, no que me mirara preocupado.*

*Caí de rodillas delante de él, lo sostuve de la cara y lloré con mayor intensidad.*

—Perdóname, Matt, yo no sabía.

—Tienes que sobrevivir, Holly —susurró muy bajo—, por mí, vive por mí, no te culpo de nada.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo te traje aquí, te mentí.

—¿De verdad me mentiste? —Inquirió. Sus ojos estaban muy morados.

*—No —sollocé—, no mentí, te amé de alguna manera —sonreí—, no como hubieras querido...*

*—Pero sí como necesitaba —concluyó—, cumpliste mi sueño. Te amo, Holly.*

*—Matt...*

*—No los dejes ganar.*

*Charles se acercó y me apartó unos metros de Matt. Me mostró la navaja que llevaba en la mano, temblé.*

*—Mátalo —ordenó.*

*—Vete a la mierda —siseé. Ya no tenía nada que perder. Ellos nos matarían a los dos.*

*—Mátalo, porque si lo hago yo, lo haré sufrir antes de que muera.*

*—¡Por favor, Holly! —Exclamó Matt— No dejes que ellos ganen. Ya no quiero sufrir más.*

*Mi boca era un gimoteo, no podía ver bien por el llanto.*

*—Hazlo —repitió Charles.*

*—Púdrete, pedazo de porquería.*

*Agarró mi nuca y entonces hundió el filo de la navaja en mi costado, quitándome el aliento por varios segundos.*

*—Sé donde cortar para matarte lento y dolorosamente —movió el filo hacia arriba, cortó mi piel, lo hundió más y cortó hacia abajo, abrió una gran herida—, no morirás pronto.*

*Retiró el filo y puso la navaja en mi mano.*

*—Mátalo.*

*Empujó mi cuerpo, estuve de rodillas otra vez, la sangre se desplazaba lento por la herida, dolía demasiado, temblaba entera.*

*Me negaba a ver mi abdomen, si lo hacía, entraría en shock.*

*—Hazlo rápido —pidió Matt. Sostuvo mis manos con las suyas, nos impulsamos hasta quedar de pie.*

*—No quiero —mi garganta se cerraba—, Matt.*

*—Corre —susurró—, corre y no te detengas.*

*—No, Matt.*

*—Te amaba, Holly, eso no lo olvides.*

*Sin más, empujó mis manos hacia su abdomen, clavando así la navaja.*

*—Corre.*

*Le di la navaja y cuando Charles acercó para corroborar que hubiera hecho lo que ordenó, Matt lo apuñaló en el hombro. Sus cómplices se incorporaron deprisa. Matt los trató de herir con las pocas fuerzas que le quedaban, mientras que yo me escabullía, aprovechando la conmoción del momento. Miré una última vez a Matt, Charles le cortó la garganta y presa del dolor y del miedo, corrí con todas mis fuerzas.*

*La herida me debilitaba, mis piernas no se detenían. No olvidaba a Matt y lo que hizo para tratar de salvarle, incluso cuando lo condené.*

*Atravesé el bosque, oía sus voces llamándome. Mis pies se cortaron por las rocas del camino, mas ese dolor no me detuvo, eran más mis ganas de vivir, mis ganas de no fallarle a Matt.*

*—¡Fairy! ¡Frígida de mierda!*

*—¡Te hallaremos, maldita zorra provocadora!*

*<*

*Oírlos me aterrorizó, podía sentirlos cerca, yo no sabía por dónde iba, solo había árboles y más árboles, la iluminación se volvió nula.*

*El aliento me faltaba, las fuerzas se me acababan, no quería desfallecer, era consciente que, si me detenía, ellos me alcanzarían y todo terminaría, les dejaría ganar.*

*Entonces lo que menos esperé ocurrió, a la distancia, vi las luces de una fogata. La esperanza se incrementó y apresuré el paso. Al llegar, descubrí a dos chicas, reían alrededor de la fogata mientras comían.*

*—¡Ayúdenme por favor! —Grité, caí de rodillas y enseguida ambas me ayudaron.*

*—¡Carl! —Exclamó una— ¡Tenemos que llamar a la policía!*

*—Dios mío, niña, ¿qué te pasó?*

*—Ellos... me hirieron, ellos vienen —sollocé—, por favor ayúdenme.*

*Sentí el calor de una manta sobre mis hombros.*

*—Tranquila, te llevaremos a un hospital. Descansa, estás a salvo.*

*No, no lo estaba, y a pesar de saberlo, me permití cerrar los ojos, dejándome ir.*

*La policía no paró de hacerme preguntas, mi boca seguía sellada, mi mente perdida en el bosque donde Matt murió. Quería decirles todo lo que sabía y no podía. Estaba tan rota.*

*—¡Holly!*

*El rostro demacrado de mi padre me rompió el corazón. Cuando me abrazó, el llanto se desbordó silencioso. Creí que no volvería a verlo, mis dedos estrujaban su ropa, se aferraban a él sin deseos de soltarlo. Aun no asimilaba que escapé, aun no asimilaba lo que pasé y perdí.*



*—Estás viva, estás viva —lloró, abrazaba fuerte y desesperado—, gracias a Dios. Estaba muriéndome, Holly.*

*Besó mi cara, limpió mis lágrimas, estas continuaban volviendo.*

*—¿Qué te hicieron, mi niña?*

*Mi corazón dolió. Todo fue una pesadilla.*

*—Quiero ir a casa, papi, llévame a casa.*

*—Sí, princesa, lo que tú quieras.*

*—No me dejes sola, tengo miedo.*

*—Shh... papá está contigo. Iré por tu ropa, te sacaré de aquí.*

*Me soltó y de nuevo me sentí desprotegida. Lo vi salir de la habitación y no pasó un segundo antes de que otra persona ingresara. Contuve el aliento, las pulsaciones de mi corazón se aceleraron, no podía respirar bien.*

*—Escapaste —dijo Charles—, pero algún día te volveré a atrapar —*

*amenazó—, ten mucho cuidado con lo que vas a decir, mi padre es la ley en la ciudad y puede ayudarme a desaparecerte a ti y a tu padre, así como me ayudó a limpiar la evidencia en la cabaña.*

*Dio un paso, se acercaba más a mí y me paralizaba entera.*

*—Mantén esa boca cerrada, ya la tuviste abierta mucho tiempo —se mofó—. La navaja tiene tus huellas, no lo olvides, eres tan culpable como nosotros, si hablas, tú irás a la cárcel y tu padre acabará muerto en algún accidente.*

*<*

*—Basta, ya detente.*

*—Lo que hiciste no se me olvidará, yo te amaba, tenía todo planeado para nosotros y lo arruinaste —siseó irascible—, jamás lo olvidaré —recalcó—. Y no, Fairy, no te asustes, no te mataré hoy, ni tampoco lo haré pronto, te dejaré vivir con el miedo de no saber cuando llegaré a culminar lo que dejamos pendiente.*

*—Me iré, no diré nada, pero déjame en paz.*

*—Sí, Fairy, vuela lejos, sin embargo, no olvides que tienes una deuda conmigo que te cobraré.*

*—Te odio. Te odio tanto. —Esbozó una perversa sonrisa mientras salía de la habitación.*

*—Te mataré, Holly, te lo prometo.*

### **Dixon**

Al terminar de leer la última frase, la portátil se estrelló en la pared.

Todo lo que estuvo sobre el escritorio acabó destrozado, mis puños castigaron la madera y un grito rebosante de ira, dolor e impotencia, resonó en las paredes solitarias de mi oficina.

Había agua en mis ojos, esta cayó encima de mis nudillos rotos.

Lloraba por Holly, por esa niña inocente que fue ultrajada de la manera más vil por un trío de enfermos asquerosos a los que castraría yo mismo. Les haría tragar esa miseria que tenían entre las piernas y disfrutaría cada segundo.

Cuatro días. Cuatro días la torturaron. Cuatro días yo les devolvería el dolor que emplearon en ella.

No solo la rompieron por fuera, la destruyeron por dentro. La hirieron tanto y yo no estuve ahí para protegerla de esos cerdos.

*—¡Maldita sea!*

Di una patada al escritorio y este se movió hacia al frente, luego lo tiré, hice lo mismo con la silla, arrojé lo que estuvo a mi alcance, descargaba todo lo que estaba matándome por dentro al leer tal cuento de terror. Es lo que esas letras eran: un cuento siniestro y retorcido. El peor que yo había leído.

Jamás cruzó por mi cabeza que su pasado se tratara de algo tan doloroso. Imaginé muchos escenarios, ninguno se acercaba. Al fin comprendía por qué ella no quería hablarlo. Comprendí su negación al decirme te amo, su tendencia al usar ropa fea y grande.

A Holly le hicieron creer que la belleza era un pecado. La obligaron a esconderse, redujeron toda luz que ella desprendía hasta al punto de apagarla.

Pude entender también la postura de su padre, él no sabía los detalles y seguramente si los supiera, se sentiría como yo.

Hoy solo quería abrazar a mi niña, cuidarla tanto.

—Demonios.

Me dolía a un nivel que no podía explicar. Al imaginarla de tan solo dieciséis años, asustada, herida, amenazada y sintiéndose sola.

*Joder.* Lo que hubiera dado por haberla encontrado y protegido de esos bastardos.

Cogí mi saco y abandoné mi oficina. Me importaba una mierda todo.

Iría por ella, iría a ese lugar y le daría caza a cada uno de los responsables.

Charles Harris creía que cumpliría su promesa, pero lo que no sabía, es que Holly tenía al Diablo de su lado y este la protegería y destrozaría a quien osara lastimarla.

Llevé el móvil a mi oído luego de marcar el número de Taylor.

—Señor.

—Charles Harris —siseé con asco—, busca a ese cabrón, tiene cuentas pendientes conmigo.

—¿El oficial?

—Sí —mascullé—, ¿lo has visto cerca de Holly? —Inquirí preocupado, ingresé al ascensor. Charles se salió con la suya al hacer callar a Holly y me alegraba tanto, así yo mismo me haría cargo.

Mi mujer no estaba sola, me tenía con y para ella.

Ensuciaría mis manos, haría arder a los involucrados... solo por ella.

—Estuvo aquí hace unas horas con el señor Bridger —informó—, se fue y volvió, pero hace menos de media hora que se fue.

—¿Viste algo sospechoso?

—No, señor. Al parecer es amigo del señor Bridger.

—Espera un momento.

Puse su llamada en espera y marqué el numero de Holly. Caminaba deprisa hacia mi *Aston*. Escuché un tono, dos, tres, cuatro, luego el buzón.

El miedo se hizo presente y volví a llamarla. No obtuve respuesta.

Maldije. Regresé a la llamada con Taylor.

—¡Ve y búscala, no responde a mis llamadas!

Nunca me había sentido tan impotente. La sensación de que ella estaba en peligro no se iba.

Escuché a Taylor moverse. Entré a mi auto y encendí el motor, poniéndome en marcha rumbo al aeropuerto.

—¡Mierda! ¡Señorita, Bridger!

—¿Qué demonios pasó?! —Exigí saber, entrando en pánico.

—Hay sangre, mucha sangre. —Lo oí gritar antes de que la llamada se cortara.

Solté el móvil mientras mi corazón se hacía pedazos.

## **Capítulo 37**

### ***Holly***

Solo picaba la comida, había perdido el apetito.

La visita de Charles me dejó mal, trajo los recuerdos y el dolor. Años de terapia, años me tomó formar esta versión de mí, de aprender del pasado y esforzarme por evitar ser la misma en el futuro.

Muy dentro de mí sabía que, para poder quitarme este peso de encima, debía señalar a los culpables, hacer justicia y pagar por la parte que me correspondía. Quien perdió la vida nunca estaría en paz hasta que todos los que estuvimos involucrados pagáramos.

Y dolía aceptar que gran parte fue culpa de mi inocencia, la ingenuidad de una niña de dieciséis años, del amor que creí sentir, mi esfuerzo por tener una historia con el chico malo que se hizo bueno.

—Hija, no has comido nada, te quedaste muy callada desde en la mañana —señaló preocupado—. Estar aquí te lastima, ¿verdad?

—Sí —dije con franqueza—, mucho, papá.

Puso su mano sobre la mía, dándome un apretón suave y reconfortante.

—Quisiera mudarme contigo, no volver a este sitio nunca.

—Aquí tienes los recuerdos con mamá, en esta casa crecí —musité seria.

—Los recuerdos los llevo en mi corazón, Holly, ella no está, tú sí, lo menos que quiero es verte sufrir cada vez que me visites.

Me sorprendió oírlo hablar así, saber que estaba dispuesto a dejar esta casa para hacerme sentir bien.

—¿Y si te buscamos una casa en la ciudad y vendemos esta? —

Sugerí, sin saber cómo se lo tomaría.

—Llevaría tiempo, pero podemos comenzar ya —accedió sin problema.

—¿De verdad? ¿De verdad harías eso, papá? —Inquirí emocionada de no volver a pisar esta ciudad nunca más.

—Sí —sonrió—, mira cómo te pusiste, así quiero verte siempre.

Sin más lo estreché en mis brazos, besé su mejilla y mi humor mejoró. Esperaba que esta se tratara de la última vez que tuviera que venir aquí. Sería maravilloso ver a papá todos los días, mantenerlo conmigo, saber que cuando lo necesitara, no tendría que llamar, solo ir a buscarlo para sentirme segura en sus brazos.

—Te amo, papi —susurré.

—Yo más, princesa.

Tocaron a la puerta y papá se puso de pie.

—¿Esperas a alguien? —Pregunté.

—A Charles, me pidió ayuda con unos números, su contador no está, será cosa breve —explicó; disimulé el temblor que atenazó dentro de mí—. ¿La gente de ese hombre nunca baja de los autos?

Hace un rato les ofrecí un café, me incomoda que estén ahí como estatuas —comentó, dirigiéndose a la puerta y yo escaleras arriba.

—Se llama Dixon, papá.

—Ya sé como se llama —repitió.

—Y ese es el trabajo de ellos, déjalos tranquilos —grité.

No respondió y escuché la voz de Charles antes de encerrarme en mi habitación. Maldita sea. Le diría a mi padre lo que ese cretino me hizo, no lo quería cerca de él, aunque al irnos, ¿qué caso tendría?

Ya no lo volvería a ver.

Me recosté en la cama y revisé mi móvil. No había llamadas ni mensajes de Dixon. No contaba con el valor para buscarlo, seguro seguía leyendo o terminaba de hacerlo. Me ponía nerviosa su reacción, ¿me odiaría? ¿Pensaría que soy una basura por lo que le hice a... él?

Dios. Ni siquiera era capaz de pronunciar su nombre. Lo ensuciaba, no merecía mencionarlo. Todos aquí tuvieron razón al señalarme como la única culpable de su muerte, lo era y nadie me haría cambiar de opinión.

—Qué hermosa luces, Fairy —abrí los ojos de golpe y antes de poder sentarme, Charles apretaba mi cuello mientras su rodilla encajaba en mi abdomen, cortándome la respiración—, no pude esperar más.

—¡Suéltame! —Exigí, forcejando con dificultad. No podía respirar.

—Quieta, zorra —espetó—, no vine a matarte, solo a dejarte un recordatorio de tu pasado.

Me propinó un golpe en la cara, cerca de la sien, sentí que había roto mi pómulo.

—¡Papá! —Lo llamé desesperada. Charles rio.

—¿Quieres a tu papi? Te llevaré con él, puta.

Agarró mi cabello y así me levantó de la cama, arrastrándome por el suelo. En el pasillo, me empujó contra la pared, su mano de nuevo en mi cuello, casi alzaba mi cuerpo. Era fuerte y grande, no podía luchar.

—¿Qué le hiciste? —Sollocé.

—Aún respira, si es lo que te preocupa.

—Irás a la cárcel, maldito infeliz. ¡Pagarás todo lo que hiciste!

—Entonces ambos lo haremos, Fairy, solo que, a diferencia de ti, yo cuento con dinero, soy la ley en este sitio, tengo tantas influencias que puedo matarte y nadie saldría a defenderte —aseguró burlesco

—. Todos aquí te odian por haber asesinado a Matt.

Me mostró una navaja que yo conocía muy bien. La pasó de lado a lado frente a mi cara.

—¿La recuerdas? Yo sé que sí.

Rompió los botones de mi blusa y aproveché para golpearlo en la cara. Corrí hacia las escaleras, tiró de mi blusa y me la sacó de encima. No me detuve, pisé el primer escalón y antes de dar otro paso, sostuvo mi pelo y azotó mi cuerpo sobre el suelo con mucha rudeza.

Gemí de dolor, mi columna lo resintió demasiado. Quise gritar, pero ejerció presión con su rodilla en mi cuello, sentía que iba a rompérmelo.

La impotencia me consumía. Taylor estaba aquí, solo tenía que salir y pedirle ayuda, pero Charles no me lo permitiría y Taylor jamás sospecharía, no cuando se tomaron un café junto a papá.

—Qué bella cicatriz, pero le hace falta un retoque, ¿no crees, *Fairy*?

—Inquirió, aplastándome la tráquea con más fuerza.

No podía ni hablar, menos respirar. Mis manos se esforzaban por quitármelo de encima, era inútil, su peso era demasiado.

—Veamos...

Entonces advertí la puñalada en el mismo lugar.

Mi cuerpo se tensó, el corte fue el mismo, arriba y abajo, profundo y letal.



—Perfecto. Veremos si papá despierta antes de que su princesa se desangre.

Liberó mi garganta y la voz no me salía. Acercó su cara a la mía y rozó mis labios con los suyos antes de pintarlos con la sangre que manchaba sus dedos, mi sangre.

—Te extrañé —confesó siniestro—, no quiero matarte todavía, solo tengo unos deseos inmensos de herirte.

—Pagarás por esto —susurré.

—¿Lo crees? —Rio como un desquiciado— Sigue soñando, *Fairy*.

Se incorporó, me cogió de los brazos y aplastó mi espalda contra la pared, me besó con ansias y desespero, metiendo la sangre a mi boca, su saliva me asqueó, mordió mis labios con saña y violencia, luego me soltó.

—Sigues siendo bella —susurró.

Sonrió malicioso y sin piedad me arrojó por las escaleras.

El dolor se dispersó por cada centímetro de mi ser; mientras caía mis huesos crujían al golpearse contra la madera, mi cabeza parecía que iba a explotar, mis pulmones ardían por la falta de oxígeno, la impresión ante el dolor de cada golpe me dejó en shock, temblando en el suelo de mi casa cuando al fin la tortura se detuvo.

Caí boca arriba, escupí sangre, la herida en mi abdomen escocía y sentí la muerte más cerca que nunca.

*Voy a morir. Esta vez voy a morir. Él va a matarme.*

Oí sus pasos aproximarse a mí, cerca de la puerta de entrada vi el cuerpo de mi padre, no se veía herido, pero estaba inconsciente.

Sollocé.

—Te agradezco tanto que hayas sido lo suficientemente estúpida para callar todos estos años —se acuclilló a mi lado—, así puedo continuar con mi

juego.

Reí, incluso ante la agonía que me atravesaba entera. Comenzaba a entumecer las heridas, a dejarlas solo en mi mente.

—¿Qué te parece tan gracioso? —Enredó su puño en mi cabello y alzó mi cabeza— ¿Eh?

—Él va a... a matarte —sonreí, pensando en Dixon—, desearás no haberme tocado.

—¿Quién? ¿Tu padre? —Inquirió con sorna. Reí más fuerte, quizá lo hacía por la conmoción que causó toda esta situación.

—El Diablo —susurré—, ya lo conocerás.

—Tú lo harás primero —tiró con saña—, porque también irás al infierno.

—Iluso —siseé—, deberías temer... te arrancará la piel, Charles, solo por eso me voy tranquila.

Su expresión se tornó seria.

—Comienza a correr, Charles —tosí y la sangre inundó mi boca—, ahora tú eres la presa.

—Dirías cualquier cosa, puta frígida —me soltó y se incorporó, dándome una patada en el vientre que acabó por romper mis costillas—, volveré por ti cuando hayas sanado, si es que lo haces.

Se dirigió a la puerta y salió, no sin antes limpiarse y acomodar su ropa. Yo no podía moverme, me dolía hasta el cabello, imposible arrastrarme o ponerme de pie. Y quería, juro que quería luchar para no dejarlo ganar, pero mis fuerzas no estaban, así que me quedé en

el suelo, inerte; la sangre fluía por la herida y cubría todo a su paso, mi pecho se movía menos con el pasar de los minutos.

Advertí la vibración en mi bolsillo y lloré con fuerza. Se trataba de Dixon, podía jurarlo.

—Por favor —supliqué.

Me tomó toda mi energía restante sacar el móvil, este resbaló y acabó a mi lado, estrellado y cubierto de sangre. Mis dedos se arrastraron hacia él cuando la pantalla se iluminó y su nombre aparecía.

—Dios, por favor —sollocé devastada.

Mis yemas rozaron la pantalla, incapaz de responder. La llamada terminó y mi corazón se hizo añicos.

No podré decirle que lo amo.

*Dixon, perdóname por no ser fuerte.*

Me dolía hacerlo pasar por esto, él temía tanto y sufriría y no quería verlo herido, no quería que alguien más sufriera por mi causa.

—¡Mierda! ¡Señorita, Bridger!

Vi el rostro de Taylor entre lo húmedo de mis ojos, no intentó tocarme, solo me miraba.

—Hay sangre, mucha sangre —dijo antes de arrojar el móvil a un lado.

—Dixon —lo llamé.

—Tranquila, voy a... —Las palabras se cortaron en sus labios.

—Dixon —mencioné agitándome.

<

—Él ya viene hacia acá, tranquilícese, me haré cargo de todo.

—Gracias —susurré antes de ser arrastrada a esa oscuridad que Charles trajo a mi vida.

### ***Dixon***

Si hablaba, me rompería.

Taylor me esperaba en el hospital. Holly estaba herida, muy herida, y yo... yo quería quemar el mundo.

Ese hijo de puta se acercó a ella otra vez, en las putas narices de quienes la protegían. ¿Cómo mierda pudo pasar? ¿¡Cómo?!

Alboroté mi cabello, tiraba de él, no paraba de hacer sonar mis dedos, el vuelo fue un infierno, el tipo de infierno que no me satisfacía, y ahora el camino al hospital se hacía cada vez más largo. Por una parte, quería llegar y cerciorarme de que Holly estuviera... viva, pero otra parte de mí se encontraba sumida en el pánico, no soportaría verla herida.

*Joder.* No ella.

La sensación de dolor se incrementaba. Odié sentirme así, odié permitir que el amor me hiciera su prisionero y depender del bienestar de Holly para ser feliz, sin embargo, no me arrepentía, la amaba profundamente y así como aceptaba la alegría que me daba, aceptaría el dolor que trajera a mi vida. Sin importar las circunstancias, seguiría amándola.

El auto se detuvo en un hospital mediocre y horrendo. El interior no era mejor, un sitio deplorable y descuidado, de paredes desgastadas y pisos que tuvieron mejores años.

*¿Holly de verdad estaba en este lugar?*

Maldije y caminé directamente a la sala de espera guiándome por los pequeños letreros; visualicé a Taylor y al padre de Holly. No medí mis impulsos y antes de poder reaccionar y detenerme, mi puño se estrellaba en la mandíbula de Taylor.

—¡Te ordené que la cuidaras! —Aseveré— ¡Una cosa! ¡Una puta cosa que debías hacer!

No replicó, la culpa no podía con él.

—Lo siento —susurró.

—¿Lo sientes? ¡¿Lo sientes?! —Increpé fuera de control— ¡Eso se lo dirás a Holly, imbécil, le pedirás perdón por tu ineptitud! ¡Ese cabrón hirió a mi mujer y ahora ella está luchando por su vida ahí dentro! —Apreté las manos, deseoso de golpearlo otra vez—

Lárgate de aquí y busca a ese hijo de perra, de eso depende tu vida.

Sin decir más se marchó. Las enfermeras y la gente, incluido el padre de Holly, me miraban cautelosos, incapaces de pedirme calma.

—Él no tiene la culpa —dijo él, había sangre en su ropa y deseé que se tratara de *su* sangre—, la culpa es mía por haber sido tan ciego.

—Holly no debió callar —susurré—, pero estaba asustada, así que no la juzgo, era solo una niña, usted debió...

Callé. No podía desquitar mi ira con él.

—Lo sé, sé que debí estar al pendiente de ella, creí que, dándole libertades, confiaría en mí, ahora está... —se le empañaron los ojos de lagrimas y negó—, ¿por qué le ha hecho esto a ella? Mi niña es incapaz de hacerle daño a alguien.

—Porque es un puto enfermo —siseé—, pero no se quedará así.

—La policía siempre lo ha protegido.

—La policía puede chupármela si quiero —espeté, sin medir mi vocabulario, yo era así y no cambiaría—. Quiero ver a Holly.

—Me han negado el acceso —informó, pasando de largo de mi expresión—. Ella sufrió severos daños, costillas rotas, una herida de arma blanca en

el mismo lugar que la última vez —la bilis me apretó la garganta—, está muy mal.

No podía con esto, no podía. Me superaba por completo. Ese cabrón volvió a ponerle las manos encima. Bastardo de mierda, lo aplastaría, a él y a sus cómplices, me divertiría con ellos, yo mismo los torturaría, esas bazofias tendrían que sentirse halagados de que mis manos les arranquen la piel.

—Quiero verla —repetí—. Dígame dónde es.

—No lo dejarán entrar, podrá tener mucho poder, pero aquí...

—Aquí o donde sea —interrumpí—, ni usted ni nadie va a impedir que yo entre a verla.

Suspiró, se veía cansado, siendo franco no me preocupaba nadie más que Holly. Así que decidido lo seguí hasta el área de cuidados intensivos, por supuesto, una enfermera se interpuso en mi camino.

—Lo siento, no pueden entrar, solo personal autorizado.

—¿Escuchó que le pregunté? —Increpé tenso y a punto de perder el control de nuevo— Quiero ver a mi mujer.

—Señor...

—¡Ahora! —Alcé la voz.

—Si continua con esa actitud, tendrá que abandonar el hospital. —

Sonreí, desesperándome.

—Dele unos minutos —intervino el padre de Holly—, solo unos minutos, por favor.

Ella lo miró y luego a mí, dubitativa, asintió despacio y en silencio me dirigió hasta el área donde Holly se encontraba. El sitio era frío y horrible, aun más que todo lo que vi allá afuera. Me repugnaba que mi chica

estuviese aquí, necesitaba lo mejor, un sitio donde pudieran cuidar bien de ella.

—Solo unos minutos —repitió. La ignoré y atravesé la puerta, olvidándome de todo y centrándome en la persona que yacía sobre una camilla.

El corazón se me rompió en cientos de pedazos que se hundieron en mi alma, haciéndome sangrar por dentro.

Mis piernas se negaban a moverse, la veía ahí: pálida, herida, inerte. Y toda la furia se esfumaba y mi ser canalizaba el dolor, enfocándose en él.

—Tú no, cariño —susurré.

Como pude me acerqué a ella. Tembloroso, extendí el brazo, las yemas de mis dedos apenas rozaron su mejilla lastimada. Había golpes en su cara, en los brazos y cuello, como si hubieran buscado asfixiarla.

—Perdóname, nena —tomé su mano—, llegué tarde, pero ya estoy aquí.

Acaricié su cabello y besé su frente. Estaba fría.

—Voy a darle caza, a él y a todos, no volverán a ponerte en peligro.

La estreché con solidez, apretando su mano, manteniéndola junto a mí. La veía tan indefensa y vulnerable, como si se tratara de aquella niña de dieciséis. La diferencia, es que ahora yo sabía en quien recaía la culpa y le cobraría con intereses.

Reparé en que los latidos de su corazón de un momento a otro, fueron en aumento, su pecho se agitaba poco a poco. La miré y había humedad en la comisura de sus ojos, esta resbaló lento.

—Aquí estoy, Holly, no tengas miedo, no voy a soltarte.

Apretó los párpados y con lentitud los alzó; fue una satisfacción enorme verme reflejado en lo cristalino de sus orbes.

—Hola, cariño —besé su boca—, descansa, tienes que recuperarte para irnos a casa.

—Dixon...

—Shh... —la sostuve de las mejillas—, no te esfuerces.

—Por favor.

—¿Qué sucede? —Averigüé, preocupado por la desesperación impresa en sus rasgos.

—Mátalo —pidió llorando—, mátalo por favor.

No me sorprendió que ella me lo pidiera, cualquier mujer que haya sido torturada y herida por personas como Charles, si tuvieran la oportunidad, seguramente pedirían lo mismo que Holly.

—Charles Harris ya está muerto —dije.

Asintió y sus ojos volvieron a cerrarse lentamente mientras la tranquilidad le cubría la cara. Es lo que ella necesitaba escuchar.

—Te amo, voy a cuidarte, te lo dije y lo cumpliré.

—Señor, tiene que salir —comentó una voz detrás de mí. Me volví.

—¿Ella puede moverse? Requiero sacarla de aquí —aseveré.

—Sus heridas son delicadas, no es recomendable que la mueva.

—Entonces encárguese de que se le atienda bien y se le dé lo mejor, si no hay lo que mi mujer necesita, consígalo, el dinero no es problema, no quiero que ella esté en deplorables condiciones.

—De acuerdo, por favor salga, no es prudente que siga aquí.

Depositó otro beso en los labios de Holly y abandoné la habitación.



En cuanto estuve en el pasillo, llamé a dos de los cinco hombres que entraron conmigo.

—Quédense en esa puerta, vigilen quien entra y quien sale y lo que se hace con mi mujer, ¿entendido?

—Sí, señor Russo.

—No me fallen o les cortaré la puta cabeza.

Asintieron y de inmediato tomaron sus posiciones. Todos estábamos armados y me importaba una reverenda mierda si estaba prohibido.

—¿Cómo la vio? —Me abordó el padre de Holly.

—Estará bien —murmuré—, ¿usted necesita algo? —Pregunté, después de todo era mi suegro y ver a Holly me calmó un poco, solo un poco, lo que me ayudó a detenerme a pensar en otras personas.

—Sí —dijo, sorprendiéndome—, que le dé a mi hija lo que yo no pude: justicia.

Sonreí con malicia, mirándolo severo.

—No, yo no haré justicia, esta es mi venganza y Charles Harris mi próxima presa.

## **Capítulo 38**

### ***Holly***

El dolor me despertó.

Al intentar moverme, un quejido se quedó atorado en mi boca, mis labios se sentían resecos, presionados con firmeza uno con otro.

Alcé los parpados con lentitud, acostumbé a mis ojos a la luz de la lámpara que yacía sobre mi cabeza, molestaba.

Advertí el toque suave de unas manos cálidas que conocía bastante bien. Mi papá descansaba a mi lado, usaba la ropa que le vi la última vez. ¿Cuántos días habían pasado? Quería creer que pocos y solo por eso seguía vestido igual. Era él la única persona en la habitación, una muy lujosa habitación.

Recordaba estar en otra, en una similar a la que estuve años atrás, ese hospital me recibió moribunda y esta vez no difería mucho con la anterior.

—Papá —mencioné cauta, aun soñolienta y mareada por los medicamentos. Odiaba la sensación, era la misma.

—Oh, mi niña —se incorporó de inmediato y llenó de besos mi frente—, qué alegría oírte.

—¿Cuánto tiempo? ¿Estás bien? —Pregunté angustiada, rememorando la imagen que tuve de él y el miedo que experimenté al sopesar la idea de haberlo perdido.

—Estoy mejor ahora —sonrió—, han pasados dos días, te mantuvieron sedada para mitigar el dolor.

—Me duele mucho —fui sincera. A él podía decírselo, a Dixon no.

Recordaba haberlo visto, era él, estaba aquí.

—Lo sé —su rostro se contrajo—, perdóname, Holly...

—No, papá —lo detuve—, debí decirte.

—Metí a ese desgraciado a mi casa, respetaba a su padre, a su familia —se notó frustrado, enojado—, nos vieron la cara a todos y siguieron en el poder sin ningún tipo de remordimientos.

—No es la primera vez que lo hacen —pasé saliva, tenía la garganta lastimada.

—Hicieron que todos te señalaran, tuviste que irte por su culpa y ahora no sé, Holly, no sé si todo lo que he creído en estos años es la verdad.

Mis labios se humedecieron por las lágrimas, palpé el sabor en mi lengua y más de ellas siguieron llegando.

—Lo siento —mi pecho se agitó, me provocaba dolor, pero no podía parar —, tenía miedo, tenía que mentir, perdóname por favor.

—No te alteres, ya estás a salvo, para.

Su mano en mi pecho intentaba tranquilizarme, el corazón latía frenético y se me dificultaba respirar, cada vez que luchaba por tomar oxígeno, el cuerpo me dolía.

—No, no —mi voz opacada por el llanto—, él no se detendrá.

—Bridger.

Al escucharlo, quise correr hacia sus brazos, pero dadas las circunstancias, él vino a los míos.

No le importó la presencia de mi padre, Dixon me sostuvo protectoramente, transmitiéndome calma. Aferré mis dedos a sus brazos y hundí la cara en la calidez de su pecho. Sentía sus labios descansar en el inicio de mi cabello, mientras su mano acariciaba cualquier parte de mi cuerpo a la que tuviera alcance.

—Tranquila, cariño, ya pasó, ya estoy aquí.

—Perdóname —susurré, también con él quería disculparme—, intenté defenderme, intenté luchar... no quería hacerte sufrir, perdóname, Dixon.

—Carajo, Holly —me apretó más fuerte—, ¿cómo puedes pensar en mí cuando estuviste a punto de morir?

—Tú...

—Sí, cariño, estoy aterrado —confesó—, pero no me arrepiento de amarte.

Sostuvo mi cara y me miró con todo ese amor que profesaba a través de sus palabras.

—No tienes la culpa de nada, de nada —enfaticó, refiriéndose al pasado—, lo que pasó fue una desgracia y lo lamento, nena, lamento no haber estado ahí para cuidarte...

—Ahora lo estás, vas a cuidarme.

—Con mi vida —sentenció—. No debieron meterse contigo, me conoces.

—Sé que vas a destruirlos.

Besó mi mejilla y rozó el lóbulo de mi oreja con los labios.

—Cortaré sus cabezas y las pondré a tus pies —susurró amenazante y peligroso—, los mataré, cariño, pero antes los haré sufrir.

Y yo quise decirle que no, que no era necesario torturarlos, mi lado coherente lo pensaba así, pero mi lado vengativo se negaba rotundamente a darles piedad. Gritaba con todas sus fuerzas que los castigara, que él hiciera lo que ni yo ni Matt pudimos.

—Hazlos sufrir —dije sin titubear.

—Por ti y por Matt —la mención de su nombre me hizo llorar—, ese chico al que honraste día a día desde que murió.

—Yo... yo lo... maté.

—No, no fuiste tú, y eso debes aceptarlo, Holly.

—Es muy difícil.

—Lo sé, pero me tienes a mí —besó mis manos—, para hacerte ver la realidad, lo que ese cabrón dijo es pura mierda, no merecía nada de ti, es un puto cobarde que te torturó con una culpa que no era tuya.

Se sentó a mi lado sobre la camilla. Mi llanto cesaba de a poco.

—Odio verte llorar, odio verte tan herida.

Estiró el brazo y tocó mi pómulo con cuidado. Su semblante se tornó serio y calculador.

—¿Qué pasó aquí? —Averiguó.

—Dixon...

—Respóndeme.

—Me golpeó con su puño. —Tensó la mandíbula y llevó los dedos a mi cuello.

—Aquí.

—Su rodilla... me asfixiaba.

Las venas de su cuello se marcaron, estaba tenso.

—Dixon, basta.

—¿Y aquí? —Continuó, rozaba mis costillas y luego mis brazos.

—Me arrojó por las escaleras.

Detuvo su toque y negó despacio con la cabeza, cerró las manos con fuerza, los nudillos casi se volvían blancos, lo conocía para saber que hacía su mayor esfuerzo para controlarse.

—Él de verdad se ha buscado lo que le espera —siseó entre dientes.

—¿Qué vas a hacerle?

—Qué no le haré —sonrió de lado—, mi imaginación es extensa, Bridger... y mi ira inmensa.

Busqué su mano, sosteniéndola entre la mía.

—Él te tocó, se atrevió a herirte... dos veces —me observó—, pagará y muy caro.

—Gracias —susurré.

—No, cariño, no me des las gracias.

Se acercó y unió nuestros labios, su beso se volvió un roce suave y pausado, muy cuidadoso.

—Te amo, Holly —sonreí—, ¿necesitas algo?

—Solo a ti —contesté. Teniéndolo cerca todo mejoraba.

—Me alegra oír eso, porque no pienso separarme de ti.

—Ni siquiera has dormido, ¿verdad?

—Quién necesita dormir —masculló—, tu padre y yo hemos estado aquí, ninguno de los dos quiso moverse.

<

—Creí que él lo había matado —comenté temerosa.

—Solo recibió un golpe, estará bien —se apartó—, descansa, cariño, me quedaré a tu lado.

Asentí y sin soltar su mano, me quedé dormida.

### ***Dixon***

Estaba dormida y tranquila. Su rostro precioso totalmente en calma.

No quería dejarla un segundo, luchaba contra mi necesidad de tener a Harris en mi poder y la necesidad de velar por Holly y estar para ella cuando despertara.

En cuanto el médico informó que podía moverla, no dudé en traerla a una clínica privada, no era la mejor, pero al menos estaba más cómoda, en mejores condiciones que ese hospital mediocre. Mi chica se hallaba fuera

de peligro, sus heridas demorarían en sanar, lo importante es que lo harían y yo estaría ahí para cuidarla.

No volvería a la ciudad por ahora, me quedaría aquí. Quería visitar esa cabaña donde Holly estuvo, tenía planes con ella y si no existía, la construiría otra vez y la historia se repetiría, solo que en esta ocasión los papeles se invertirían y las torturas serían peores, de esas torturas que las personas creen solo existen en películas o pesadillas.

Quería hacer tantas cosas con esos tres, tantos escenarios, tantos castigos que deseaba emplear en cada uno. Mi mente volaba, bastaba con ver las heridas de Holly, el miedo en sus orbes, el dolor en su voz, su llanto, para extender las ideas.

La rompieron sin piedad, y para su desgracia, yo tampoco la conocía y peor aún, era más sanguinario que ellos tres juntos.

—Taylor lo busca —irrumpió mi suegro.

Besé la frente de Holly y me incorporé. Agradecí que se haya ido hace un rato, dejándome a solas con ella.

—Estaré cerca.

—Tampoco quiero dejarla sola —murmuró serio, tomó asiento a su lado y fue su mano la que suplantó a la mía—. Usted va a matarlos,

¿no es así? —Inquirió, deteniéndome antes de salir.

—Será peor, les haré suplicar para que los mate.

Dicho esto, abandoné la habitación y de inmediato me dirigí con Taylor. El golpe en su cara seguía fresco y me alegraba haberlo dejado ahí como un recordatorio.

—¿Qué me tienes? —Averigüé apenas al llegar.

—Él no sospecha nada —me entregó un folder—, al parecer siempre ha salido limpio de sus delitos.

Tomé asiento y comencé a leer la información de Charles Harris. Un tipo problemático que, si estaba donde estaba era por merito de su familia y su dinero, no por ser alguien que lo mereciera. Estuvo implicado en drogas y lo detuvieron por conducir ebrio y golpear a dos de sus ex novias, obviamente nada de esto aparecía en su historial gracias a su padre.

Brett y James no se encontraban viviendo aquí, se fueron apenas se graduaron, no mantenían comunicación con Charles, al parecer acabaron mal; al leer que James vivía en mi ciudad, me sorprendí bastante.

—Este hijo de puta vive en mi ciudad —siseé.

—Y no solo eso, señor, uno de los ladrones que asaltaron a la señorita Bridger, era su primo.

<

—No fue al azar —dije. *Ese hijo de puta.*

—Al parecer no, sería mucha coincidencia —acotó.

—No, las coincidencias no existen —le entregué el folder—, quédate aquí, tengo una visita que hacer.

Pasaban de las diez de la noche, Harris seguía en la jefatura, la mayoría de los policías se habían ido y solo estaban él y su secretaria.

Bajé del auto y sin prisas entré al pequeño edificio; todo aquí me resultaba deplorable, insulso, digno de las basuras como Harris.

Definitivamente tendría que alejar a Holly de aquí, en mi ciudad estaría a salvo, sin embargo, yo comenzaría un juego que me gustaría bastante: Cazar a la presa.

—Buenas noches, ¿puedo ayudarlo? —Me abordó una mujer joven y de buen ver.

—Charles Harris —dije con desprecio.



—¿Quién lo busca?

—El Diablo —simplifiqué.

Su expresión fue de confusión. Se levantó de su silla y se dirigió por un pasillo por el cual la seguí, me importaba poco si estaba prohibido. Noté que carecían de buenas instalaciones y seguridad, mejor para mí.

Antes de que la mujer tocara la puerta, sujeté su mano, ella me miró asustada.

—No se preocupe, somos amigos, creo que será mejor sorprenderlo.

—Pero...

—Largo.

Ignoré que vio en mi cara que la hizo asentir y dejarme seguir sin replicar. Abrí la puerta y encontré a Harris con la vista en el ordenador. Su oficina era igual de mediocre que él. Un sitio asqueroso para una mierda asquerosa.

Puse el pestillo y mis dedos oscilaban de un lado a otro, ansiosos de tomar el arma que yacía en mi espalda y llenarle de balas el cuerpo.

*No, Harris, una bala no.*

—¿Quién demonios eres? —Increpó al notar mi presencia. Fumaba cigarrillos de clavo— ¿Quién te dejó entrar?

—Quería conocerte —murmuré. Las manos dentro de los bolsillos de mi pantalón.

*¿De dónde saqué tanta paciencia? Admiraba la postura que tomé.*

—¿Disculpa?

—*Fairy* me habló de ti —se puso de pie al oír ese nombre—, supongo que ella también te habló de mí.

—No sé de qué mierda hablas, es mejor que te largues, ¿no te has dado cuenta donde estás, idiota? ¡Soy un oficial!

—Eres una mierda —corregí—. Cometiste un error, un error muy grande al ponerle tus asquerosas manos encima a Holly.

Pasó saliva y alzó el mentón, altanero.

—¿Sigue sin superarme? Hace años terminé con esa frígida hipócrita y asesina. —Sonreí.

*Contrólate, Dixon, paciencia.*

—Tienes una lengua muy larga. Mientes y mientes —me acerqué a él, solo el escritorio nos separaba, su cara me daba asco—, y yo odio a los mentirosos, tanto como a los violadores.

—Lo que odies no es asunto mío...

—Debería serlo —interrumpí—, porque yo destruyo lo que odio y me repugna, y tú, pedazo de mierda, ocupas el primer lugar en mi lista.

Desenfundó el arma, una *glock* negra que apuntó contra mi cara.

—No sabes con quien te metes —siseó amenazante, pero el miedo era visible en sus ojos.

—Sé quien eres, sé lo que hiciste y sé cómo terminarás.

—Tú debes ser el novio de esa zorra, ¿no? ¿Quieres saber cómo acabó su último novio?

—Matt, sí, sé cómo acabó —tensó la mandíbula—, le cortaste la garganta y luego tu *papi* te ayudó a ocultar la evidencia, ¿no?

—Ella lo apuñaló, nadie va a creerles.

—¿Crees que busco mandarte a la cárcel? —Reí— Qué iluso eres.

Le arrebaté el arma y sin titubear le disparé en el muslo, cerca de la entrepierna. Chilló por el dolor, no lo esperaba y yo tampoco, pero escucharlo y pensar en lo que le hizo a Holly, no ayudaba a detener mis impulsos.

Rodeé el escritorio y le saqué el cuchillo que llevaba en una funda en la cadera, era grande y filoso, lo golpeé en la mandíbula mientras se sostenía la pierna herida y azoté su maldita cara contra el

escritorio. Luego, sostuve su muñeca y la puse encima de la madera desgastada.

—¿Sabes? Me gusta que mis presas sepan que voy por ellas —lo miré con toda la furia que llevaba encima—, vuelve todo más divertido, las veo correr con el miedo de saber que voy detrás de ellas, eso le da sentido y emoción, pero supongo que tú sabes mucho de eso, ¿verdad? ¡Porque se lo hiciste a mi mujer, malnacido hijo de puta!

No me medí y corté su dedo meñique, tuve que pasar el cuchillo dos veces antes de poder arrancárselo mientras él gritaba y lloraba sin poder defenderse. El dolor lo doblegaba.

—¡Yo no le hice nada!

—¡La apuñalaste! —Corté el siguiente dedo— ¡La tocaste! ¡Tú y tus putos amigos asquerosos de mierda, abusaron de ella!

La sangre cubrió todo, salía a presión de las heridas causadas. Eso me incitó a seguir, nunca me había sentido tan... complacido.

—¡Miente!

—Era una niña —siseé, cortándole el dedo de en medio—, una niña ingenua y noble, que tú y ellos destruyeron.

Tiré el dedo en algún sitio, lo solté y esta vez lo cogí del cabello, colocándome a su altura con la punta del cuchillo bajo su mentón.

—Mírame bien, cabrón —espeté—, vendré por ti, voy a destruirte poco a poco. Tocaste a mi mujer y eso lo vas a pagar, ¿sientes ese dolor? Va a empeorar. Al final, querrás que te mate y, ¿sabes qué?

No lo haré.

Bajé la mirada a su pierna, sonreí y mirándolo a los ojos hundí el filo en el sitio donde estaba la bala. Él gritó más fuerte.

—Te divertiste hiriéndola, usándola, oh, Charles —reí, él me miraba con miedo—, serás mi puta.

—¿Quién demonios eres, bastardo?

—Dixon Russo, el Diablo en persona —susurré, retorcí el cuchillo y volvió a gritar—, ya he preparado tu lugar en mi infierno, y no te imaginas cómo lo voy a disfrutar, una lástima que tú no podrás decir lo mismo.

Me incorporé dejé el arma sobre el escritorio, llevaba las manos y la camisa manchadas de sangre, la puerta no paraba de ser golpeada, poco o nada me importaba. Cuando la abrí, la secretaria corrió hacia su jefe.

Me volví hacia ellos, Harris temblaba de miedo y de ira. Su expresión me dio gran satisfacción. Así es como ella se sintió.

—Nos veremos pronto, y corre la voz, sé que lo harás, diles que el Diablo también irá por ellos.

Abandoné el edificio justo cuando unas patrullas llegaban, sin prisas me monté en mi auto y volví al hospital.

Esta solo era una advertencia y me alegraba ponerlos sobre aviso, debían estar conscientes de lo que les esperaba, nadie escapaba de mí y ellos no serían la excepción. James no podría salir de mi ciudad y Brett dejaría sin padre a dos niños, lastimosamente yo no era alguien que se detenía a pensar en los demás cuando buscaba venganza. Y así como a mí la vida me había cobrado lo que hice, con Brett no sería diferente.

Media hora después llegué a la clínica, me cambié la camisa dentro del auto y lavé mis manos en el baño. Taylor seguía en la misma posición, al cuidado de mi mujer, tenía el sitio rodeado por mi gente, pendiente de todo y listos para sacarnos de aquí si así se requería.

No tomaba las cosas a la ligera y no actuaba solo por actuar. Harris

no diría nada, no vendría por mí de manera legal y de la ilegal, aun le faltaban las bolas para poder siquiera causarme un rasguño.

—¿Novedades? —Inquirí al llegar.

—Ella despertó, quería comer, le mandé a pedir algo.

—Más te vale que haya sido comida decente.

—Sí, señor —suspiró cansado—, su padre llamó preguntando por usted, se ha quedado a cargo.

—Bien, no les des detalles.

Asintió y volví a la habitación. Holly estaba despierta, sonreía mientras su padre la alimentaba. Ella seguía siendo tan frágil, de algún modo por dentro prevalecía esa niña que fue y tuvo que enterrar.

—¿Qué tal la cena, cariño? —Pregunté. Me miró. Él le limpió los labios y le dio a beber jugo.

—Muy rica —respondió—, mi estomago lo agradece.

—Llevaré esto a la basura —anunció antes de irse.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor —susurró—, ¿dónde estabas?

—¿Te digo la verdad? —Le rocé la mejilla, sostuvo mi mano y respiró hondo.

—Hueles a sangre y tienes esa expresión —señaló bajo su ceño fruncido.

—¿Cuál expresión? —Me hice el desentendido.

—La que pones cada vez que asesinas. —Estiré los labios en una sonrisa.

—Me conoces tanto, Bridger.

—¿Lo mastate? —Se atrevió a preguntar— No, no lo hiciste —  
agregó deprisa.

—Le corté un par de dedos y le dejé un recordatorio en su pierna.

—¿Gritó?

—Mucho, se hizo encima. —Sonrió, pero rápidamente lo disimuló.

—No debería sentirme bien y feliz por esto —dijo, entrando en conflicto con sus principios y su deseo de venganza.

—No hay culpa al alegrarse, cariño, puedes decirme lo feliz que eres al saber que sufre como sufriste tú.

—Quiero que pague, Dixon, pero no por mí.

—Lo hago por ambos, Bridger —besé su mano—, ¿te cuento los detalles?

—Sacudió su cabeza con lentitud y esbozó media sonrisa.

—Sí.

## **Capítulo 39**

### ***Dixon***

Desaté el nudo de la bata, Holly detuvo mis movimientos enseguida.

—Déjame hacerlo sola —pidió.

—¿Por qué no quieres que te vea? En la clínica hiciste lo mismo —  
reproché. La miraba a través del espejo.

—Estoy muy lastimada, Dixon, prefiero que no me veas.

—Mi furia seguirá siendo la misma.

Suspiró resignada y aceptó sin más. Le saqué la bata de encima y esta cayó al suelo, proseguí con el sostén, las bragas y al final el vendaje que mantenía la herida de su costado apretada para facilitarle un poco más los movimientos.

Cuando contemplé su reflejo sin una prenda de por medio, mi mente me gritó lo mentiroso que era, porque mi furia no siguió igual, sino que se incrementó de una forma que llegó a sorprenderme.

Había hematomas por cada espacio de su piel, en sus costillas eran más notables. La herida que ese bastardo le hizo era grande y las puntadas dejarían una cicatriz peor que la anterior. Solo de pensar en ese filo abriéndose paso por su carne, lastimándola y causándole daño, dolía y quemaba por dentro. Le costó tanto superar su dolor y nuevamente lo habían traído, no solo lastimó por fuera, lo hizo también por dentro, y esas heridas serían más difíciles de cerrar.

—Por esto no quería que me vieras.

—Es que debí castrarlo —siseé. Aunque eso probablemente le habría causado la muerte y no quería matarlo... aún.

Se volvió hacia mí, con cuidado extendió los brazos y tomó mi cara entre sus manos temblorosas. Perdió peso, a pesar de comer bien, las costillas se pronunciaban bajo su piel morada y rojiza.

—No lo pienses más, por favor. Necesito que seamos solo nosotros.

—Me cuesta una puta onza de autocontrol.

—Lo sé, pero hazlo por mí, ¿por favor? Quiero ducharme y luego dormir entre tus brazos. Pasé días en esa camilla y hoy necesito de ti.

Se me dificultaba como el demonio ceder, mantenerme cuerdo y no caer en la crueldad de mis instintos y la necesidad de sangre que poseían mis impulsos.

Deposité un beso en su frente y con cuidado la metí dentro de la tina. Afortunadamente no tuvo lesiones en la cabeza, solo golpes que le darían dolores de cabeza, sus piernas no se fracturaron, eso también era un milagro.

La senté con cuidado, sabía que le dolía la herida, pero no quiso meterse a la ducha. Tallé su cabello, masajeándole el cráneo.

—Extrañaba una buena ducha —susurró—, y tus manos en mi cuerpo.

—Solo las mías, nadie pondrá un dedo sobre ti otra vez.

—Confío en ti.

Y no la defraudaría de nuevo. Su seguridad era lo más importante, esto no podía repetirse.

—¿Cuándo nos iremos? —Preguntó cauta. Mis manos limpiaban el resto de su cuerpo.

—Mañana, tu padre se irá con nosotros.

—¿Qué? —Me miró asombrada— ¿Lo convenciste?

—No fue necesario rogarle, él sabe que ni tú ni él pueden seguir aquí. Harris a estas alturas ya debe saber todo sobre mí y como el idiota predecible que es, buscará joderme.

—No deberías confiarte tanto, Dixon.

—No lo hago, nena, sé que ningún enemigo es pequeño —manché de espuma su mejilla—, tu hombre tiene todo calculado.



—Mi hombre —musitó con una bonita sonrisa bailando en sus labios

—, suena muy bien.

Quise devolverle la sonrisa, mis labios se negaron a hacerlo y continué en silencio con mi trabajo; al terminar la enjuagué y con toda la asiduidad del mundo sequé cada espacio de su delicado cuerpo.

Tomé las bragas y se las puse, limpié la herida y la cubrí sin detenerme a pensar mucho en lo grande que era y en cuanto debió

dolerle.

—El sujetador no —dijo en cuanto me vio tomarlo—, estoy más cómoda sin él.

Asentí y le coloqué una blusa y un short de algodón, su cabello fue lo último que atendí, cepillándolo con paciencia y secándolo para que no escurriera.

—Tu cabello crece muy rápido —susurré.

—No quiero cortarlo.

—Ni yo quiero que lo hagas, me gusta mucho.

—¿Sin connotación sexual esta vez?

Negué en silencio. No estaba para pensar en follarla cuando tenía el cuerpo todo magullado. Solo quería cuidarla y que sanara, disminuir como pudiera el dolor. Odiaba lo que tuvo que pasar, odiaba a Harris como nunca había odiado a alguien, lo odiaba por todo.

Él la tuvo, él recibió un te amo de ella y desperdició la oportunidad que Holly le dio, mientras que yo, rogaba en silencio por escucharla decir que me amaba.

—Estás ausente —señaló lo obvio.

No respondí y la llevé a la cama. Era de noche, hacia poco la dieron de alta de la clínica, estuvo una semana y dos días ahí por petición mía, el que estuviera completamente bien era lo primordial.

—Me encuentro furioso, Bridger, demasiado.

Moví el edredón y la ayudé a recostarse, no me quitaba los ojos de encima.

—Lamento ponerte en esta situación, Dixon, tienes un mundo de problemas con Dexter y tus negocios.

<

—Lo que odio, Bridger, es verte herida, la impotencia de no poder volver al pasado y evitarte tanto, ¡me jode! —Alcé la voz, perdiendo la compostura — ¡Tantos años y ese cabrón siguió como si nada mientras que tú tuviste que huir! ¡¿Entiendes lo jodido de esto?!

¡Ellos abusaron de ti y fuiste tú quien tuvo que bajar la cabeza!

Mi boca no paraba, sentía la cara caliente por la ira que se movía con celeridad a través de mis venas.

—Te hizo cosas... enfermas, y tú —mi cuerpo temblaba—, tú lo amaste, hacías todo por él, lo amaste como no me amas a mí y fue tan imbécil para no valorarlo.

—No puedes comparar, Dixon —su voz se quebró—, yo... no, no...

—Descansa —corté sin más—, tengo que salir, no demoraré.

—¿A dónde vas? Por Dios...

Me acerqué y presioné los labios a su frente, apartándome antes de que sus manos me tocaran.

—Dixon —susurró a mi espalda, no me detuve—, Dixon.

La cabaña estaba abandonada, pero en pie.

Mientras contemplaba entre la oscuridad del bosque el sitio de las pesadillas de Holly, podía verla entrar a la propiedad, oír los gritos de Matt, los de ella suplicando piedad. Estar aquí era un acto masoquista, pero necesario. Evaluaba el sitio que convertiría en la tumba de tres infelices que decidieron jugar con la vida de personas inocentes.

Podría sonar hipócrita de mi parte, yo mataba, sin embargo, siempre se trataban de negocios, lacras, enemigos, estorbos que decidían jugar a sabiendas de que la muerte era el costo al perder.

¿Holly qué agravio cometió? ¿Matt? Lo único en lo que pecaron ambos, fue en ingenuidad, mas no los culpaba, los adolescentes en su mayoría son así y por desgracia, existían personas como Harris que se aprovechaban de la bondad de la gente por el simple placer de verlos sufrir.

Avancé hacia el interior, todo carecía de luz, me guiaba por la natural, pero al entrar, tuve que encender la linterna de mi móvil. La puerta no se hallaba bloqueada, dentro, encontré basura, muebles viejos, olores nefastos y un espeluznante silencio. Todo era tal como y como Holly lo describió y mi mente se remontaba a esos días de tortura. Es como si estuviera viviéndolos con ella. El puñal en mi pecho se retorció con dureza y profundidad a la vez que continuaba recorriendo la cabaña.

No obstante, también ideaba, preparaba el escenario para mis víctimas. Los enterraría vivos bajo estos cimientos, luego destruiría todo hasta hacerlo polvo y sería como si nunca hubiera existido.

Jamás sabrían de ellos, jamás saldrían con vida. Pagarían.

Oí un crujido leve, no me detuve y seguí, advertí la presencia de alguien más, lo dejé pasar y me incliné por una botella rota que yacía en el suelo. Sentí la ráfaga de aire rozarme el cuerpo y la sutil cercanía de mi invitado.

Antes de poder hacer algo, mi mano sostuvo la fragilidad de su cuello y la otra apretaba el cristal roto cerca de su cara. Fruncí el ceño al reparar en el rostro femenino que estudiaba mis facciones con miedo.

—¿Quién mierda eres? —Increpé.

—Frida —respondió aterrorizada.

—¿Qué haces siguiéndome? —Presioné el cristal y corté leve—

¡Responde!

—¡Soy hermana de Matt! —Exclamó— Quería saber por qué estabas aquí —no deshice mi agarre—, supe lo de Holly y lo que le hiciste a Charles... yo... yo nunca creí lo que ella dijo sobre la muerte de mi hermano y jamás pude contactarla.

—No te creo.

—¡No miento! —Chilló.

—¿Quién se arriesgaría a venir a estas horas, sola, tras un extraño, a un sitio donde sin mucho esfuerzo podría desaparecerte?

—Suenas estúpido...

—Muy estúpido.

—Pero no sabes lo que yo haría por mi hermano, aunque ya no esté

—se mantuvo firme—, Holly desapareció, fue como si la tierra se la hubiera tragado y yo sigo aquí, sin respuestas. Saberla en la ciudad me dio la oportunidad y la tomé.

—Es mejor que dejes de indagar.

—Solo quiero la verdad.

—Saberla no cambiará nada —repliqué.

—Tú lo sabes —afirmó—, dímela por favor.

—No, y si sabes lo que te conviene, deja de seguirme, la próxima vez no dudaré en matarte. —Di la vuelta en dirección a la salida, no me quedaría a escuchar sus estupideces.

—Lo único que busco son respuestas —gritó desesperada—, ni Holly, ni Slyn... ni tú me las dan, todos callaron y no entienden lo que significa vivir con esta angustia.

<

Detuve mis pasos y la enfrenté de nuevo.

—¿Quién? —Inquirí. No recordaba haber leído ese nombre en la confesión de Holly.

—Slyn es mi prima, ella estuvo secuestrada con Holly y Matt. Ellas fueron las únicas en salir vivas. ¿No te lo dijo?

No respondí y la dejé ahí con un sinfín de dudas formándose en mi cabeza.

¿Slyn? ¿Quién coño era Slyn? ¿Qué detalles omitió Holly y por qué? ¿De verdad no me contó toda la historia de nuevo?

Sacudí la cabeza, molesto y cansado de esta mierda de verdades a medias. Investigaría por mi lado, leería ese puto informe en mi oficina y saldría de dudas.

No más saltos de fe.

## ***Holly***

Desperté y no encontré a Dixon a mi lado.

Lo llamé, pero en su lugar, apareció Taylor, me informó que Dixon aun no llegaba y era imposible no preocuparme, llevaba muchas horas fuera. No quería pensar que algo le sucedió, al intentar llamarlo no respondió y conforme el día avanzó, mi preocupación fue en aumento.

—¿Por qué no me ha llamado? —Pregunté hacia Taylor.

Yo comía en el comedor y él estaba de pie, cuidándome. Papá vino solo un par de minutos y volvió a irse, la mudanza lo tenía ocupado y no quería molestarlo, ansiaba irnos cuanto antes.

—Tiene asuntos que atender, señorita, no se preocupe, está bien.

—A ti si te responde.

No comentó nada al respecto y prefirió callar. Continué alimentándome, las heridas en el cuerpo dolían al moverme, mas ya no tanto, los antibióticos y calmantes ayudaban mucho, los dolores de cabeza eran continuos, tolerables, las punzadas en mi abdomen por las costillas y la puñalada, también lograba tolerarlas.

Odiaba estar así.

Escuché la puerta abrirse y segundos después Dixon hizo acto de presencia, traía el saco en la mano, la camisa fuera del pantalón, arrugada y sucia, el cabello revuelto y una cara de desvelo peor que la mía. Cuando se acercó, el olor a alcohol me golpeó las fosas nasales.

—¿Quieres comer algo? —Averigüé. Negó.

—Me daré una ducha y dormiré un poco, volamos por la noche —

contestó desprovisto.

—¿Está todo bien?

Asintió y volvió a besarme en la frente. Seguía ebrio y no quise abordarlo con preguntas. Confiaba en él y respetaba su espacio, si necesitaba un tiempo a solas, no era nadie para presionarlo.

Suficiente pasamos estas ultimas semanas y darnos un respiro no venía mal.

Se perdió dentro de la habitación y yo no me levanté hasta terminar toda la comida.

—Gracias, Taylor —dije, agradeciéndole por los cuidados que tuvo todo el día conmigo. Él solo me sonrió.

Al entrar a la habitación, Dixon yacía desnudo sobre la cama, el cuerpo boca abajo, la toalla a un lado. Se había quedado dormido;

extendí la toalla en el baño y apagué la luz, volví con Dixon y noté una llamada entrante que me resultó de lo más peculiar, todo por el nombre en la pantalla.

Cogí su móvil, lo cual jamás hacía y la llamada terminó, sin embargo, había dos mensajes de Frida y sin desbloquear pude leer lo que decía.

*Gracias por ayudarme, también fue un gusto haberte ayudado a disipar tus dudas. Eres un*

*buen hombre, espero verte otra vez para continuar con los tragos que quedaron pendientes.*

El estomago se me revolvió al comprobar que se trataba de la persona que sospechaba, la fotografía era de ella, su nombre, todo, y este mensaje estaba de más, lo envió con una intención y logró su cometido.

La ira me estrujó, me sentí celosa y muy enojada, como jamás lo estuve, al tiempo que cientos de preguntas abordaban mi mente, pero la más importante era: ¿Por qué Dixon conocía a Frida?

Aunque no debía sorprenderme, ella siempre se las ingeniaba para joderme y esta vez no fue la excepción. Y dolía, dolía que Dixon haya estado con alguien tan repugnante, dolía que todo el tiempo que debió estar conmigo, lo haya compartido con ella, peor aún, para buscar apoyo... una ayuda que yo pude haberle dado.

Él siempre me encaraba para disipar sus dudas, ¿por qué fue diferente hoy? ¿Qué tenía Frida que podía hacer caer a los hombres?

Dejé el móvil en su lugar, agarré mi almohada y la manta y me dirigí a la sala.

—¿Necesita algo? —Inquirió Taylor al verme arrastrar las cosas hacia el sillón.

<

—No —respondí, manteniendo las lagrimas a raya—, gracias.

Monté mi cama improvisada y me recosté para descansar y no pensar en el sentimiento de traición que atenazaba mi pecho.

*Solo confianza, Dixon, solo eso pedí.*

Su mano rozaba mi mejilla, llevaba haciéndolo por un par de minutos, me despertó, mas no quise mirarlo al instante.

—Bridger, debes despertar.

En contra de lo que quería, abrí los ojos y sin disimular le aparté la mano de mi cara. Él no dijo nada ante mi gesto y sin su ayuda tomé asiento en el sillón.

—¿Por qué dormiste aquí? —Preguntó.

—¿A qué hora nos iremos? —Ignoré su pregunta, ni siquiera lo miraba, quería tocar el tema, buscaba una forma de hacerlo sin oírme como una novia celosa y tóxica que revisa las conversaciones en el móvil de su novio.

—¿Debo rogarte para que me expliques lo que te pasa? —Increpó.

*Dios.* Era una mujer paciente, pero los celos me estaban matando por culpa de esa mujer.

—No lo sé, quizá simplemente podrías ignorarme y largarte a beber de nuevo con Frida, supongo que esa idea te vendría mejor.

—¿Revisaste mi móvil?

—¿De verdad, Dixon?

Me puse de pie, dirigiéndome a la habitación con él detrás de mí.

—Bridger...

—¡¿Qué?! —Alcé la voz, arrepintiéndome de inmediato cuando el dolor me doblegó.



—Ten cuidado, carajo. —Intentó tocarme, alcé mi brazo, señalándolo con mi mano.

—No te me acerques.

—Como si fuera a escucharte.

Cogió mi brazo y mi cintura mientras no me cansaba de maldecirlo, a él y a mi situación.

—Nunca me habías hecho una escena de celos —murmuró. Me solté de su agarre.

—Y el que la haga debería preocuparte —espeté.

—Bridger, no pasó nada con Frida, ¿de acuerdo? ¿Me dejarías explicar las cosas como siempre lo haces?

—¡No! —Repuse, sorprendiéndolo— Esta vez no, con ella no aplica la Holly sensata, paciente y madura, ¡con ella no!

—¿Por qué? ¿Por qué sabe cosas de ti que decidiste ocultarme?

¿Eh? —La indignación estaba ahogándome— No mencionaste a Slyn, ni me dijiste toda la verdad, Frida...

Calló de improviso cuando mi mano azotó su mejilla con una bofetada. El silencio fue estremecedor para ambos, la ira no me dejaba pensar y ahora mismo comprendía a Dixon cada vez que sus impulsos lo controlaban.

—Frida odiaba a su hermano por su condición de nerd, le avergonzaba ser la chica linda con el hermano feo, lo humillaba, se revolcaba con Charles, fue testigo de lo que él nos hizo y lo disfrutó

—su cara era un poema—, Slyn fue su conejillo de indias, quien corroboró cada cuartada y a quien silenciaron como a mí.

—Ella dijo otra cosa.

—¿Estás poniendo por encima de mí a alguien que acabas de conocer? —  
Inquirí en un susurro, anonadada.

—Cuando lo dices así suena mal —replicó—, me ocultaste cosas...

—Por más que odie a Frida, Matt la amaba, era su hermana, no quería que la asesinaras.

—Debiste decírmelo.

—Te pedí que confiaras en mí, te pedí que me tuvieras fe, te pedí que no investigaras sobre mi pasado por boca de otros —mi corazón dolía demasiado—, y lo hiciste, Dixon.

—Las cosas se dieron y...

—Cállate —interrumpí—, y no vuelvas a mencionar el tema.

Le di la espalda y fui hacia el baño, sus dedos rozaron la piel de mi brazo, me solté de forma brusca.

—No me toques —advertí—, no vuelvas a tocarme.

—¿Qué demonios significa eso?

—Nada —respondí, soportando el dolor que consumía mi interior—, date prisa por favor, quiero irme a casa.

—Holly...

<

Cerré la puerta y puse el pestillo. Controlé el llanto solo por el dolor de las heridas. Estaba tan enojada, Charles, Frida, todos ellos sacaban lo peor de mí, hacían añicos la Holly que construí y me volvían la misma niña inmadura de antes, y lo mas cruel era que yo lo sabía y no podía hacer nada para evitarlo.

Me quemaba por dentro que Dixon le haya creído a ella, me dolía pensarlos juntos, me lastimaba la certeza de que ella lo tuvo y lo envolvió en sus mentiras, me hería que su fe en mí fuera tan frágil, que cualquiera pudiera romperla en segundos.

Cometí un error al no contarle todo, pero pudo haberme preguntado y no irse con esa maldita arpía a beber a quién sabe dónde.

Y lo más doloroso de todo fue saber que, me hallaba tan afectada con esto porque lo amaba.

Me enamoré de Dixon Russo.

Y ahora, no sabía qué demonios hacer con el amor que le tenía y que tarde me di cuenta, fue un error sentir.

## **Capítulo 40**

### ***Holly***

Dixon me obedeció y eso más que complacerme, me molestó.

En ocasiones solía ser complicada, como ahora que, le pedí no tocar más el tema y él sin más lo respetaba, el enojo se incrementaba y solo quería que siguiera explicándome o tratando de solucionar las cosas, no quedarse callado e ignorarlo como si no pasara nada.

¡Dios! ¿Quién me entendía?

Si se hubiese tratado de otra mujer, incluso una de sus conquistas, ni siquiera estaría molesta por saber que estuvo bebiendo con alguna de ellas... pero Frida.

Pensar su nombre me causaba agruras. Recordaba como se revolcaba con Charles en mi cara, ambos se burlaron de mí todo el tiempo, sin embargo, lo que más me dolió fue la manera tan vil en la que decidió jugar con la vida de su hermano, su sangre.

Se merecía morir, pero el amor que le tuve a Matt me impidió mencionar su nombre. Él la perdonó como lo hizo conmigo; quizá si se lo hubiese explicado a Dixon, él hubiera entendido.

Negué. No lo habría hecho. De alguna u otra forma tomaría venganza.

Me golpeé mentalmente. Le pedí que los asesinara y no debí, no debí dejarme guiar por mis impulsos y el dolor que sentía, no podía

disponer de la vida de las personas y decidir quien sí y quien no por más daño que me hayan hecho. Jamás tuve que haber metido a Dixon en esto.

—¿Estás bien? —Preguntó papá. Íbamos rumbo al departamento, aterrizamos hacia un par de minutos.

—Estoy cansada —respondí ausente. Viajábamos con el chofer.

Taylor iba con Dixon en otro auto frente al nuestro.

—Ese hombre y tú no se dirigieron la palabra, no creas que no lo noté —tomé un ligero respiro—, sé que están mal, pero no insistiré en pedirte explicaciones, solo debes saber que, si necesitas hablarlo, estoy aquí.

Tomó mi mano y lo miré con una sonrisa que no me llegó a los ojos.

La situación con Dixon me ponía mal.

—Gracias, papá.

Sonrió y volvimos al silencio relajante durante varios minutos hasta que llegamos al edificio. Papá me ayudó a bajar, podía caminar, el problema era al respirar, agacharme o doblar de cualquier forma mi cuerpo. Los medicamentos me causaban mucho sueño y bastante cansancio que, a pesar de querer seguir mi conversación con Dixon, no estaba en condiciones de hacerlo.

—Si necesitas algo llama a Taylor —me abordó Dixon.

Papá se alejó y dejó que fuera Dixon quien me sostuviera mientras me dirigí al ascensor y los muchachos bajaban parte del equipaje.

—Dejé todo tirado aquí cuando fui por ti y debo ponerme al corriente

—avisó y tuve la impresión de que me lo echaba en cara.

—No te preocupes, no será necesario —susurré—, en cuanto al departamento, lo ocuparemos solo un tiempo, mientras puedo conseguir algo.

—No hay prisa, Bridger, quédense el tiempo que necesiten.

—Gracias —dije sin mirarlo. Él apenas me tocaba.

—Bien, tengo que irme. Descansa.

Asentí y ni siquiera hubo un beso, una sonrisa, nada. Hice mi corazón duro y soporté la indiferencia con la que me trataba.

—Y lo siento —se detuvo antes de seguir—, siento no haber mencionado esos detalles.

—Verdades a medias...

—No —interrumpí—, te dije toda la verdad, ella solo fue un espectador.

—Y tan culpable como ellos.

—Dixon...

Retomó su andar y me dejó con la palabra en la boca y con la seguridad de que haría algo al respecto, confirmando lo que pensé.

Le di la espalda y seguí mi camino hacia el ascensor. Papá lo tomó conmigo, me sujetó de la cintura y lo agradecí, no por mi estado, sino que me sentía caer en el precipicio al cual me orillaban a estar día a día desde que todo esto comenzó.

—¿Tienes hambre? —Indagó al abrirse las puertas.

Sacudí la cabeza en gesto negativo, incapaz de responderle, si hablaba, lloraría, y ya no quería llorar más. Yo no era así, dejé de lamentarme hace mucho, y odiaba tanto la debilidad que el amor significaba para ambos. Me hacía muy feliz, pero también mucho daño cuando nos encontrábamos distanciados.

Ingresamos al departamento y en silencio papá me llevó a mi habitación. Me recosté y salió para dejarme descansar, no sin antes

besarme en la frente.

En la soledad, cogí mi móvil y busqué el número de Dixon. No soportaba estar de este modo, no quería estar distanciada de él, ambos habíamos tenido culpa, aunque mi subconsciente me repetía que no podía dar mi brazo a torcer cuando fue él quien la buscó a ella, haciendo caso omiso de mis advertencias.

Ignorando esos pensamientos lo llamé, esperé un tono, dos, tres y cuando creí que no respondería, atendió sin más.

—¿Qué sucede, Bridger? Te pedí que llamaras a Tylor.

Mordí mi labio inferior, las palabras estaban en la punta de mi lengua.

—Dixon...

Callé de improviso cuando oí la voz de Marie a la distancia, ella lo llamaba. La sensación de celos hizo su aparición.

—¿Estás con Marie? —Esperó un momento y escuché perfectamente como ella subía al auto por todo el alboroto que hizo.

—Hubo problemas con el hotel, su padre la envió, son negocios, Bridger. ¿Qué pasa? ¿Para qué me llamas?

—Nada, atiende tus negocios, no es importante... hablamos después.

—De acuerdo.

Terminó la llamada y me sentí peor que antes. Esto no podía estar pasando, es como si él estuviese esforzándose por arruinarlo.

—Eres una reina, Holly —dije con la mirada al techo—, pueden dejar grietas en ti, pero no destruirte.

<

### ***Dixon***

No ver a Holly me ponía mal.

Necesitaba estar con ella, parecía que llevaba años sin besar sus labios. *Joder*. Me volvería loco.

No obstante, me frenaba la puta vergüenza que sentía, la decidía de no saber cómo pedirle disculpas sin arruinarlo aun más. A ella le dolió lo que hice y me jodía bastante haber sido tan estúpido, hacerles caso a mis instintos jamás dejaba nada bueno, no cuando se trataba de ella.

Y luego estaba esa perra: Frida.

*Hija de puta*. Quería apretarle el cuello hasta rompérselo. ¿Cómo pudo verme la cara? *Mosca muerta*. Ansiaba hacerla pagar, me dejó frustrado, como un maldito payaso, se salió con la suya y eso me enervaba; estuve demasiado ebrio esa noche, demasiado perdido en mi coraje, debí preguntarme cómo fue que Frida me halló, las casualidades no existen. *Mierda*. Encontraría el modo para cobrarle su osadía, aunque la muerte no fuera un medio por esta ocasión, había muchas maneras de hacer sufrir a mis víctimas.

—Tienes que viajar a Berlín —informó Marie.

¿Seguía aquí? Maldito dolor de bolas.

—Lo haré en su momento, ahora tengo cosas más importantes, sé que tu padre podrá hacerse cargo.

—Será de mucha ayuda que los socios y los próximos clientes, te conozcan, pon tus prioridades en orden. —Rompí el lapicero con

mis manos y la miré.

—No me vas a decir lo que debo hacer, lárgate de aquí, lo que teníamos que hablar ya lo hablamos.

—Dixon...

—¡Que te largues! —Golpeé el escritorio— ¡Hazlo antes de que desquite mi coraje contigo!

—¿Ves lo que pasa por tus malas decisiones? ¿Qué te ha traído de bueno esa mojigata? —Continuó, tentando su suerte— Estás metido en problemas, dejaste todo por ir detrás de ella y ni siquiera vale la pena.

Me puse de pie y mi mano se enroscó en su nuca. Gritó por la sorpresa, inclinó su cara hacia la mía, lastimándola en el proceso.

—Si no te largas ya mismo, voy a cortarte la lengua y luego haré que te la tragues, maldita víbora.

—Conmigo...

—Contigo solo follaba, deja de humillarte y vete.

La solté y se alejó con desprecio, salió dando un portazo y enseguida Taylor ingresó. Acomodé mi saco y de paso mi cabello.

—Lo tenemos —informó—, intentaba salir de la ciudad. —Sonreí de lado.

—Vamos por él.

Abandonamos el edificio donde estuve todo el día, nos dirigimos hacia mis bodegas, a una de las nuevas, un poco más escondida y con mayor seguridad; tenía muchas de ellas y la droga y las armas se movían constantemente, nunca las dejaba en un solo sitio, mucho menos por días



seguidos. Así evitaba la tentación para cualquier idiota que quisiera morirse.

Al llegar, mis hombres ya se encontraban ahí, preparaban mercancía. Cada uno de ellos en lo suyo.

Seguí a Taylor en dirección a las pequeñas celdas con las que contaba esta propiedad. Todas carecían de puertas, no las necesitaban. Dentro de una encontré a uno de los responsables del sufrimiento de Holly. Estaba de pie, brazos extendidos hacia arriba, unidos por una cadena que colgaba del techo y estiraba su figura mientras las puntas de los dedos de los pies apenas rozaban el suelo. No llevaba más ropa que no fuera un simple bóxer. Al mirarme, la confusión surcó sus rasgos.

—James, ¿no? —Inquirí— El mismo que quiso silenciar a Holly antes de que decidiera hablar. Tu primo hizo un pésimo trabajo.

—No sé de qué hablas.

Me acerqué, verlo causaba mucha repugnancia en mí. Recordar lo que obligó a hacer a Holly me incitaba a despellejarlo vivo.

—Esta es mi ciudad, lo sabías —suspiré—, serás el primero en sentir... no te preocupes, que pronto te traeré compañía.

—Por favor, yo no hice nada, ¡fue Charles!

Lo golpeé en el estómago y luego en la cara.

—Creí que encontraría a alguien más... valiente, si tuviste las bolas para abusar de una niña, deberías tenerlas para afrontar tu culpa, pedazo de mierda.

—¡Lo siento! ¡Era un niño!

—No, imbécil —recibió otro golpe en la cara que casi le parte la nariz en dos y a mí me reventó los nudillos a causa de la fuerza que empleé—, sabías muy bien lo que hacías.

Lo cogí del cabello y le alcé la cara para que me mirara a los ojos.

<

—Charles ya tiene un recordatorio mío —estiré el brazo y Taylor puso un cuchillo en mi mano—, ¿dónde dejaré el tuyo?

—Haré lo que sea... por favor, te lo suplico.

—Puto cobarde —siseé—, ¡ella también suplicó! —Grité en su cara

— ¡Te pidió parar! ¡No lo hiciste!

Presioné el filo en su mejilla, cortándola lento y profundamente.

—Esto —la carne se abría y la sangre se derramaba—, solo es... un comienzo.

Terminé y se removió con violencia, desesperado y adolorido, con aquel líquido derramándose deprisa por su cuerpo.

—Paciencia, James, apenas pisas el camino que te llevará al infierno.

### *Holly*

Dos semanas después, la mejoría en mí era notable. Las heridas sanaban, las del exterior, claro está, porque las que llevaba por dentro no lo harían pronto.

En todos estos días no vi a Dixon. Viajó a ver a Dexter, la oficina lo consumía, los negocios lo empeoraban todo y le quitaban el tiempo, aunque ambos sabíamos que solo se trataba de un pretexto, él siempre se las arreglaba para estar conmigo, aunque se trataran de pocos minutos. Esta vez no se esforzó para hacerlo y la distancia entre ambos crecía con rapidez, francamente no sabía por cuánto más podríamos resistir así.

Dos veces intenté arreglar las cosas y él no cedió, se tomó al pie de la letra mi petición, por supuesto, cuando le convenía.

Mi mente me traicionaba y me hacía dudar, me hacía cuestionarme sobre si él de verdad me amaba.

Ahuyenté esos pensamientos, porque eran resultado de nuestra pelea.

Dixon me amaba, lo demostró, pero eso no quería decir que la relación sería perfecta, claro que no. El amor no lo era todo y quien aseguraba lo contrario, estaría mintiendo. Una relación estaba conformada por muchas cosas y para mi desgracia, la de nosotros aun no se hallaba sólida.

Tocaron la puerta y me aventuré a abrir. Papá salió a comprar el almuerzo, estaba enamorado de la comida que encontraba por aquí y no paraba de comprarla. Por lo regular siempre cocinaba y ahora se tomaba un descanso, me hacia feliz verlo más contento y sentirme como antes junto a él, pero sin esa mancha peligrosa que Charles significaba para nosotros.

Él vendría por mí tarde o temprano. Debía prepararme.

Abrí la puerta y me encontré con un sujeto que no conocía, mas me resultaba vagamente familiar.

—Hola, buenos días —saludo amable—, ¿se encuentra el señor Bridger?

—Buenos días —respondí más confiada—, él no se encuentra,

¿quién le busca?

—Dante —se presentó—, ¿tú eres Holly?

Se inclinó un poco, el cabello oscuro osciló sobre sus cejas levemente pobladas, estas surcaban unos ojos grises impresionantes que me observaban con reconocimiento.

—Sí, sí eres —sonrió—, no te acuerdas de mí.

—No —dije franca ante su afirmación.

—Soy hijo de Mariano, antiguo jefe de tu padre.

—Oh, sí —le devolví la sonrisa—, qué cambiado estás, pero pasa —

agregué con más confianza—, ¿tú estás vendiendo la casa de mi papá?

—Así es, me hago cargo personalmente. Sabes que tu padre fue un amigo para el mío y cuando me buscó no dudé en ayudarlo, justo le traía estos documentos para que los revise y si está de acuerdo, la venta se hará lo antes posible.

Tomé los documentos y los dejé sobre la mesa.

—Él no demora en llegar, si quieres esperarlo, ¿te ofrezco un café?

¿Una rebanada de pastel?

—¿De chocolate?

—¡Sí! —Coincidí.

—Recuerdo que tu madre lo hacía, me encantaba, lo juro.

—Lo sé —susurré, dirigiéndome a la cocina con él detrás de mí—, has cambiado mucho. No te reconocí.

—Lo noté, tú sigues igual de bonita —omití ese comentario—, me contó tu padre que tuviste un accidente.

—Sí.

Corté la rebanada y la puse sobre la encimera, tomó asiento y yo lo hice frente a él. Era bastante apuesto, nada que ver con el chico flacucho de años atrás. Embarneció. Parecía que hacía ejercicio, el traje que llevaba se ajustaba a sus músculos.

—Te ves mucho mejor —señaló sincero—, me alegro que no haya pasado nada que lamentar.

Suspiré y asentí despacio, él también conocía lo ocurrido en mi pasado, pero sin los detalles que solo pocos sabíamos.

—Esto está muy bueno, tienes el toque, Holly —celebró entusiasta, cambiando el tema.

—Gracias.

—Valió la pena conducir hasta acá.

—¿Vives aquí? —Pregunté curiosa.

—No, en Phoenix. Mudamos la inmobiliaria hacia allá y me ha ido bastante bien.

—Qué gusto, tu padre y tú se esforzaron mucho.

Asintió y continuamos charlando de trivialidades. Era un hombre muy sencillo, carismático, prudente y muy respetuoso; le di un trozo de pastel para llevar luego de que terminó el segundo que le serví.

Lo agradeció un millón de veces y lo acompañé a la puerta.

—Estaré aquí una semana, dile a tu padre que me llame, quisiera quedarme más tiempo, pero tengo compromisos, aunque, ¿puedo invitarte un café?

—Claro —accedí amable.

—De acuerdo, muchas gracias por el pastel, alegraste mi día.

—No es nada —besó mi mejilla—, hasta luego.

Le sonreí, sin embargo, mi sonrisa se borró de golpe cuando advertí la figura masculina que nos observaba a una distancia prudente.

Dante lo pasó por alto, creyendo quizá que se trataba de otro inquilino del edificio.

Entré al departamento y antes de cerrar, Dixon entró detrás de mí.

—¿Quién demonios era ese idiota? ¿Y por qué carajos te besaba?

*Vamos, Holly, no te puedes alterar.*

—Buenos días para ti también, Dixon —murmuré, yendo en dirección a la cocina.

—Te hice una pregunta.

—¿Con qué derecho? —Repliqué, enfrentándolo. Llevaba el cuchillo cubierto de chocolate en la mano, él lo miró.

Apretó la mandíbula y dejó caer las manos sobre la encimera.

Respiraba pesado y muy profundo.

—De acuerdo —cerró los ojos brevemente—, comenzaré obviando lo que vi hace unos momentos.

—¿A mí despidiéndose de un amigo? —Dejé caer el cuchillo frente a él, sin soltarlo— ¿Qué hay de malo en eso?

—¿Puedes dejar ese cuchillo en paz? Pienso que en cualquier instante vas a apuñalarme.

—Más bien podría cortarte —siseé. Entornó los ojos.

—¿Podemos hablar?

—¿Quieres hablar? —Reí sin gracia— Luego de dos semanas, tú quieres hablar.

—Estuve ocupado...

—No —levanté la hoja filosa frente a su cara—, me mientas. Y deberías irte, Dixon, tengo cosas que hacer.

—Estoy tratando de arreglar las cosas, Bridger.

—Y yo te estoy pidiendo que te vayas —aseveré—, tengo trabajos que hacer, tú no tuviste tiempo en estas semanas, yo tampoco lo tengo ahora.

—Deja esa actitud...

—¿Infantil? —Interrumpí— Te pedí disculpas, te llamé y esperé, ¿tú que hiciste, Dixon? —Calló— Ahí lo tienes. Por favor vete.

—No me voy a ir —repuso.

—Bien, entonces quédate hablando solo.

Arrojé el cuchillo y me dirigí a mi habitación, siendo predecible, él irrumpió sin importarle lo que acababa de pedirle. Cerró la puerta y le puso el pestillo mientras se sacaba el saco de encima y doblaba las mangas de su camisa. Evité tener malos pensamientos.

—Lo arruiné, ¿de acuerdo? Y soy un imbécil, Bridger, un puto imbécil que no sabía cómo demonios pedirte perdón.

Tomé asiento en la cama, él caminaba despacio delante de mí.

—Me moría de ganas de venir a verte, de decirte que no eres tú quien debía pedirme disculpas —se puso de cuclillas y apoyó ambas manos en mis rodillas desnudas; sus nudillos estaban heridos—, no debí dejarme guiar por mis impulsos, ni cruzar palabras con esa perra...

—Dixon...

—Iba a decirle peor —masculló—, perdón, Holly. ¿Quieres que me arrastre? Lo haré, cariño.

—Solo te pedí que confiaras en mí.

—Confío en ti.

—No mientas.

—No lo hago.

—Deja de contradecirme.

—Deja de acusarme.

Contraje los dedos, ansiosa de golpearle su bonita cara.

—Tengo a James —dijo de pronto. Sentí escalofríos—, él fue el causante del disparo que recibiste —mi corazón latía deprisa—, he estado haciéndome cargo, es también uno de los motivos por los que no quise venir a verte.

—¿Lo... lo tienes? —Susurré atónita.

—Sabes lo que eso significa.

—Está sufriendo.

—Y mucho, Bridger. —Tocó mi mejilla—. No voy a dejarte, ni pienso dejarte desprotegida, incluso cuando discutamos y me odies o yo te odie, lo cual es poco probable, no permitiría que nada te sucediera.

Se sentó a mi lado, mis manos entre las suyas. Temblaba por la mención de James y la forma en la que Dixon me hablaba.

—Te amo —dijo mirándome a los ojos—, no miento, sé que lo pensaste.

—Muchas veces.

—Los celos hacen estragos —afirmó—, pero jamás posaría mis ojos en otra mujer, eres la primera que amo y a la única que amaré. No quiero a nadie más, solo a ti, y sí, soy un idiota, sin embargo, sé lo que tengo y no voy a perderlo, no voy a perderte.

Acortó la distancia que nos separaba, deteniéndose a centímetros de mis labios.

—¿Tengo que arrastrarme por tu perdón? Dime si quieres que me ponga de rodillas y lo hago —susurró, sus labios me tentaban—, lo que sea, Holly.



—Solo pido confianza, solo quiero que creas en mí.

—Lo hago y te doy mi palabra que esta fue la primera y la última vez que realizo algo a tus espaldas.

—¿La última?

—La última.

—De acuerdo —accedí sin querer más drama.

—Ahora que las cosas han quedado claras y que por un milagro del cielo me has perdonado, quiero que me digas quién era ese sujeto al que le invitaste de mi pastel.

Su tono filoso rebosante de celos, casi me hace sonreír.

—Un amigo —simplifiqué.

—Tú no necesitas amigos, me tienes a mí.

—Tendrás que acostumbrarte.

—Ni en un puto millón de años, cariño. Al único hombre que tolero cerca de ti, es a tu padre.

—Basta con tu toxicidad, eres tú quien se la vive rodeado de mujeres...

—Pero solo eres tú a la que amo y la única que me pienso follar. No necesito nada más, ni tú tampoco, la próxima vez, tu *amiguito* no saldrá vivo de aquí.

—Dixon...

Me calló aplastando mi boca con la suya. Con violencia y necesidad me besó desesperado, su lengua arremetió dominante y caliente, jugando con la mía, el roce de sus dientes en mi labio inferior despertó mi deseo por él. Ansiosa correspondí, reparé en cuanto lo eché de menos, en lo mucho que

ansiaba sus besos, percibir su aroma, el contacto de sus manos en mi cuerpo.

—Tus labios —mordisqueó el inferior—, tu sabor, Bridger —suspiró —, te extrañé.

—Eres un idiota. —Sonrió.

—Perdóname, cariño, algún defecto debía tener.

Llevó mi mano a su pecho, emanaba calor, su corazón latía pausado.

—Me produces mucha paz, contigo me siento a salvo, Bridger.

—¿A salvo? ¿A qué podría temerle el diablo?

—A perderte —respondió sincero—. Tenme paciencia, no será la primera vez que lo arruine, solo no te rindas conmigo.

De nuevo me decía esas palabras y yo estaba tratando de esforzarme para no rendirme.

—No quiero rendirme —le regalé una caricia—, aprenderemos, lo haremos juntos. Por favor siempre háblame, Dixon, no vuelvas a irte.

—No lo haré —besó mi dorso—, ¿me invitas a desayunar? —

Inquirió, mirándome con ternura, como el niño pequeño que a veces era cuando se trataba de su pastel.

—Ven, guardé la rebanada más grande para ti.

Sus ojos se iluminaron y mi corazón se regocijó de alegría. Sin embargo, había algo roto dentro de mí que quizá terminaría por herirlo... tarde o temprano.

## **Capítulo 41**

## Dixon

Tenerla sentada sobre mis piernas no era bueno.

Me esforzaba por mantener mis pensamientos lejos de cualquier deseo sexual, aunque se me dificultaba con ella removiéndose de tanto en tanto, para nada de forma sugerente o atrevida, pero mi mente enferma y perversa no paraba un segundo y ante cualquier mínimo gesto despertaba mis ganas de follarla duro.

Nunca había estado tanto sin sexo. Maldita sea. Necesitaba meterme entre sus piernas y hacerla gemir. Pero me conocía, no era suave y ella seguía sin estar en condiciones de llevarme el ritmo.

Abrí la boca y recibí otro pedazo de pastel que sabía a gloria. Hacia tanto que Holly no lo preparaba y había olvidado lo mucho que lo amaba.

Pese a estar disfrutando de mi pastel, seguía celoso por ese bicho de metro ochenta que besó a mi chica. No solo ponía sus asquerosos labios en su piel, sino que osaba probar de mi pastel, jodido cretino confianzudo. Justo cuando Holly se volvía mi chica, las amistades le renacían, en todos estos años jamás habló con otros, ¿por qué no podía mantenerse así?

Odiaba que la miraran, odiaba que le sonrieran, odiaba que ella les sonriera.

—¿Por qué estás mirando con odio el cubierto? —Indagó.

—Estoy imaginando que es el bicho ese que probó mi pastel.

—¿Podrías dejar de ponerle apodos a todo el mundo? Su nombre es Dante.

—Me importa una mierda como se llame, para mí es un bicho confianzudo.

Sonrió y limpió mis labios con la servilleta. Pellizcó mi mejilla.

—Eres como un niño, Dixon.

Se puso de pie, la atrapé de nuevo y la dejé en el mismo lugar.

Llevaba un short corto y una blusa ancha en color blanco que mostraba el sujetador lila.

—Cuéntame del bicho —murmuré. Suspiró.

—Es un amigo de la infancia, hijo del jefe de mi papá.

—¿Es el dueño de la inmobiliaria?

—Sí.

Permanecí en silencio. Tendría que investigar otra vez a los allegados de Holly. Sí, lo haría por celos y para cerciorarme de que no hubiera nadie por ahí que pudiera causarle daño. Me obsesionaba con protegerla, no solo había personas queriendo hierla por ser mi mujer, sino también por el pendejo de novio que se consiguió. Aun no entendía cómo se fijó en esa escoria, aunque bueno, yo no era mejor que él, nos separaba una delgada línea.

Estábamos del mismo bando, pero en diferentes perspectivas.

—Por favor déjalo en paz, es un buen hombre.

—Mientras se mantenga alejado de ti, nada malo le sucederá. —Me miró severa.

—Rozas lo psicópata, ¿sabías? Eres un novio toxico.

—Tú sabías en que te metías conmigo.

—Y tú me conoces para estar consciente de que no toleraré tus deseos de asesinato contra mis amigos.

—¿Deseos? No, cariño, yo lo llamaría certezas. Sucederá si se pasan de idiotas.

Me golpeó en el pecho y le robé un beso. Se apartó y sostuve sus mejillas con los dedos, besándola a la fuerza.

—Te amo.

—Salvaje —masculló, trataba de liberarse.

—Cena conmigo —susurré.

—¿Es una cita?

—Sí. Déjame consentirte por todos estos días que no te vi.

—¿Cómo debería vestir? —Inquirió.

Mordí su labio inferior y fui directo a su cuello.

—Como tú quieras —se estremeció—, sé libre de usar lo que se te dé la gana.

Volví a su mejilla y besé la comisura de su boca, la miré a los ojos.

—No te escondas más, yo voy a cuidarte —dije sincero, luchando contra mis celos—, o si quieres seguir ocultándote, tampoco tengo problema, pero la decisión no es de ellos, ni mía, es tuya, Bridger.

—Mi belleza me metió en problemas...

—No fue tu culpa, cariño —di un beso en su frente—, ¿entonces?

¿Tenemos una cita? —Cambié el tema, no quería que siguiera pensando en su pasado, a pesar de ser esto inevitable.

—Sí —aceptó, entusiasta.

—Ahora... —me puse de pie sin soltarla—, ¿cuánto más demorará tu padre?

—¿Por qué? —Inquirió, retrocedió, mas no la dejé escapar de mí.

—Curiosidad.

—No lo sé, dijo que no demoraba y lleva dos horas fuera.

La tomé de la mano y la llevé a su habitación. Quería controlarme, pero por amor al infierno que no podía. Necesitaba al menos tocarla y besarla. Me estaba muriendo por sentirla sin esas estorbosas prendas de por medio. Las detestaba.

Puse el pestillo al entrar y me saqué el saco de encima. Holly me observó confundida.

—¿Qué haces?

—Nada —respondí sonriente. Siempre preguntaba lo mismo cuando ya sabía la respuesta.

Mis dedos oscilaron en el dobladillo de su short, llevaba unas bragas de algodón del mismo color que el sujetador.

—Dixon...

—Quiero supervisar que todo vaya bien con tu cuerpo.

—¿Ahora lo llamas supervisar?

—Uhm...

Le quité la blusa sin que pusiera mucha objeción por ello y reparé en que sus heridas ya casi estaban sanadas. Le habían quitado los puntos y cicatrizaba correctamente, los hematomas adquirieron un color amarillento, se desvanecían y no faltaba mucho para que desaparecieran por completo. Bajé el short y cuando quise bajar sus bragas, me detuvo.

—No estoy preparada para eso —señaló.

—No me prives de esto —proseguí, le aparté las manos y bajé sus bragas —, eres mía.

Sus mejillas se pusieron rojas, supe que era porque no se encontraba depilada, y amé que no lo estuviera. Quizás a la mayoría de los hombres les gustaban las chicas depiladas, probablemente yo entré en ese porcentaje,

pero con Holly, con ella, joder, quería verla así: natural. Me fascinó más de lo que pensé.

—Quiero probarte —la miré desde abajo—, voy a hacerlo.

Abrió la boca para replicar, pero calló de improviso cuando mi cara se perdió entre sus muslos apretados. Probé su sexo sin problema, mi lengua abrió sus pliegues y me sentí en la puta gloria mientras mi entrepierna resentía la actividad que llevaba a cabo.

Me convencí de que podía soportarlo, podía simplemente lamerle el coño y estar satisfecho con ello.

—Oh, Dixon... Dios, no puedes... —Gimió bajo—, no puedes hacerme esto.

—Di que no te gusta —la reté.

—Mi padre puede llegar —siseó. Chupé uno de sus pliegues hinchados y rocé su clitoris con la punta de mi lengua.

—Mantente callada —susurré—, si puedes.

La cogí de la cintura y la empujé sobre la cama, siendo cuidadoso, me cerní encima de su figura, alcé las copas del sujetador y sin dudar amasé sus senos antes de aplastar sus pezones con mi boca.

Gimió más alto, su pelvis rozándome la erección, su mano acariciándome por encima del pantalón.

—Estás muy duro.

—Y caliente.

Mordisqueé

y

chupé

alternadamente

sus

endurecidas

protuberancias, deleitaba a mi lengua con la textura y el sabor de su piel enrojecida a causa de mis caricias violentas.

—Tócate —incitó mientras desabotonaba mi pantalón—, quiero que lo hagas mirándome y tocándome.

—Cada vez más perversa.

—Es lo que hacen los días de abstinencia —se excusó.

Reí y me puse de rodillas, separó las piernas para mí y mi ropa se sintió más ajustada. Agarró mi mano y la puso encima de su coño mojado y resbaladizo, la miraba absorto en su lujuria, en la perversidad sexi y tentadora que la rodeaba. Situó mis dedos entre sus pliegues y trazó los movimientos que deseaba, la tocaba con la yema, frotaba su clítoris y entretanto, mi mano libre bajó el bóxer y liberó mi erección.

—¿Cómo puedes excitarme tanto, cariño?

Sonrió y descansó las manos en la redondez de sus senos, acariciaba suave, la vista en mí en todo momento.

—¿Te gusto, Dixon? —Preguntó con voz sensual. Tragué en seco, ceñí los dedos a mi falo erecto y los agité con lentitud, sintiendo el calor que emanaba su centro.

—Me vuelves loco, mira como me tienes —bajó la vista a mi pene, mi glande hinchado, todo el deseo acumulado, quería follarla tan duro—, todo esto es tuyo, Bridger.

Jadeó y echó la cabeza hacia atrás un instante, no paraba de acariciarse los senos, no paraba de mojarse, mi mano estaba empapada y no soporté no sentirla plenamente. La cogí de los muslos y la atraje más a mí.



—Solo... necesito sentirte un instante —siseé muy bajo.

—Hazlo, me gusta jugar con tu deseo.

Me costaba demasiado, estaba muy caliente y perdido en la lujuria, me cegaba por completo. Con la punta de mi pene toqué entre sus labios vaginales, arriba y abajo, el simple roce causó escalofríos en mi cuerpo, el deseo se intensificó, crepitó por mi medula y engrosó mi tamaño, mis testículos ansiaban descargar todo dentro. Joder.

Amaba venirme dentro, amaba ver mis fluidos escurriendo por sus muslos blancos, ella sonrojada, mojada, marcada por mí.

Mierda, mierda, mierda.

Empujé un poco, solo un poco dentro de su estrecha cavidad. La sentí más apretada que nunca.

—Dixon —musitó suave—, ha pasado tanto.

—Joder, créeme que lo sé y lo siento. Tienes el coño más estrecho.

Suspiró bajito, sabía cuanto le excitaba mi vocabulario sucio.

Reuní toda mi fuerza de autocontrol y mecí las caderas despacio, arremetí contra su vagina con mucho cuidado, evitaba sacudir su cuerpo con mis estocadas.

—No debería estar haciendo esto, maldita sea —me reproché—, estás mal.

—Puedo hablar y pedirte parar —separó un poco más las piernas—, sigue. Yo también te necesito.

—Somos unos... jodidos calientes.

Sonrió y tensó el cuerpo al tenerme completo en su interior. Cerré los ojos unos segundos, me hallaba en el paraíso, sí, en el puto paraíso.

Retiré mis caderas y lento entré otra vez.

—Me gusta masturbarme con tu imagen, pero amo la forma en que tu coño aprieta al sentirme.

—Continua, por favor sigue.

Obedecí sin dudarlo. Mis embestidas se moderaban, lentas, profundas, una y otra vez. Abrí sus pliegues con los dedos y la estimulé, excitándome en el proceso.

—Me gusta como resbalan mis dedos aquí —gimió alto—, me gusta como tus pezones se endurecen y tu piel se eriza.

A pesar de tomarla con lentitud, sentía el orgasmo gestarse en mi vientre bajo, mis testículos apretados hacia arriba, mi pene mojándose gracias a ella, cubierto por su excitación. Cada momento que pasaba a su lado en la intimidad, se volvía más erótico que el anterior.

Nunca creí poder estar solo con una mujer y sentirme tan completo.

Holly saciaba mis ganas de todo y lo mejor es que seguía provocándome más, no tenía suficiente, quería consumirla, atraparla con fuerza, tener todo, todo de ella.

—Eres mía, mía nada más —jadeé ronco y excitado.

—Tuya, Dixon, tuya nada más.

Arqueó leve la espalda, entreabrió los labios y un murmullo que llevaba mi nombre fue emitido muy bajo. La sentí contraerse, palpité a través de mis dedos y en torno a mi pene. El éxtasis de su orgasmo fue mío también. Largo, duradero, placentero. Suyo y mío.

—Oh Dios...

—Mierda, nena.

Aceleré mis movimientos solo un poco, hundía los dedos en la piel lechosa de sus muslos, veía las marcas en ellos cuando apretaba y subía más la temperatura de mi cuerpo.

Sin embargo, me detuve y abandoné su calor, me conocía y no quería lastimarla, así que mis dedos cubrieron su coño y comencé a masturbarme con la imagen que ella me regalaba.

—Eres tan sexi —dijo, respiraba de forma entrecortada.

No pude responderle, estaba a punto de venirme, metí los dedos en su vagina y empujé un par de veces.

—Como te amo —gemí. Bastaron un par de movimientos más de mi mano para venirme.

Apreté la punta de mi pene a su clitoris, lo caliente que estaba terminó por darme el mejor orgasmo. Mi semen se derramó justo en sus pliegues y como era mi costumbre y siendo un maldito perverso llevé más de mis fluidos a su vagina, la penetré un par de centímetros, eyaculando un poco en su interior. Como me excitaba hacerlo.

—¡Holly!

Me volví hacia la puerta. Reí y Holly me imitó.

—Justo a tiempo —dije.

Me subí los pantalones y fui por una toalla húmeda al baño, regresé en segundos y limpié con asiduidad su sexo.

—Me gusta cuando no vas depilada —comenté.

—¿De verdad? —Inquirió— A la mayoría de los hombres no les gusta.

—Qué raros —rio más fuerte, yo no reía—, ¿por qué ríes?

—¿Cómo dices eso?

Recogí sus bragas y el short, le ayudé a ponérselo.

—Quizá les da "asco" o piensan que por higiene debemos estar depiladas.

—¿Un hombre que le dé "asco" un coño? ¿Y así no quieres que piense que son raros? Es natural, no tiene nada de antigénico. Tuve mi boca aquí —la toqué antes de ponerle la ropa—, y es la gloria con o sin depilar.

Se incorporó con mi ayuda y besó mis labios.

—Estuve tan equivocada contigo —susurró seria, pero con la felicidad enmarcada en sus orbes avellanas—, soy afortunada por tenerte.

—Ese soy yo, cariño —besé su frente—, te amo.

Sonrió y nos dirigimos al baño. En silencio lavé mis manos, ella mojaba su nuca y cara. A pesar de no recibir un te amo, no podía callar, ni detenerme de decírselo, sin embargo, el puñal se retorció en mi pecho cada vez que recibía solo silencio por parte de ella.

Dolía y mucho, aunque no lo aparentara.

—¿A qué hora vendrás? —Preguntó. Suspiré, mandando a un rincón de mi subconsciente la frustración que esas palabras no dichas me provocaban.

—Ocho en punto.

Rodeé su cintura y volví a besarle la frente, me gustaba darle besos ahí.

—Y dile a tu padre que no te espere, no pasarás la noche aquí.

—¿Qué planeas, Dixon Russo? —Inquirió juguetona.

—Hacerte feliz, Holly Bridger.

<

## **Holly**

Me puse un vestido rojo, era mi color favorito.

Por más que quisiera tener sexo, no podía, hacia un as horas sentí ligeras molestias luego que el orgasmo pasó, así que la hermosa lencería que

llevaba debajo no se usaría y eso me pesaba. Si Dixon no fuera tan... salvaje en la cama, probablemente podríamos intentarlo, sin embargo, no sería lo mismo, me gustaba cuando no se reprimía y arrancaba mi ropa.

Maldije a Charles por enésima vez.

—Qué bonita te ves —dijo papá desde el umbral. Terminé de ponerme los aretes y me volví a verlo.

—¿Lo crees? —Inquirí. Vino hacia mí ya con su pijama puesto.

Acomodó las ondas de mi cabello y los mechones que quedaron sueltos, los ojos se le empañaron de melancolía y tristeza.

—Me hiciste recordar esa noche —su voz fue baja—, te arreglabas con la misma emoción para ir a tu baile.

—Papá...

—La diferencia —prosiguió—, es que hoy te ves enamorada de verdad.

—¿Enamorada?

—Lo estás, pero no se lo has dicho, ¿verdad? —Negué despacio—

Y ese hombre es demasiado tonto como para verlo.

—Dixon, papá...

—Sé como se llama —masculló—, ¿por qué no lo has dicho?

—Tengo miedo —susurré—, lo siento, pero las palabras no logran salir de mis labios. Lo que Charles rompió dentro de mí, temo que pueda dañar a Dixon.

—Ese hombre te ama y me lo demostró, me ha callado la boca —  
sonrió de lado—, esperará por ti.

—¿Y si se cansa?

—¿Tan poca fe le tienes?

—A veces es impredecible.

—No trates de forzar las cosas, no pienses demasiado, Holly, disfruta el momento.

Me regaló un beso en la frente y se apartó.

—Ve con cuidado y diviértete.

Asentí y me dejó sola de nuevo. Dixon me llamó, avisándome que ya venía en camino, no tenía la menor idea de a donde iríamos, el lugar era lo de menos, necesitaba tiempo a solas con él, no habíamos disfrutado mucho de nuestra relación.

Di un respingo ante el timbre de mi teléfono avisándome de un nuevo mensaje. Al abrirlo, me quedé helada; el número lo desconocía, pero eso fue lo de menos, había un video descargándose y cuando finalizó, pude apreciar de que se trataba.

Bloqué la pantalla y apreté el móvil entre mis dedos, nerviosa y asustada.

—No puede ser verdad —pronuncié despacio.

Volví a abrir el chat, no decía nada, solo estaba el video que, armándome de valor, comencé a ver. No obstante, bastaron diez

segundos para detenerlo y sentir que el alma me caía por los suelos mientras el terror se desbocaba deprisa dentro de mí.

Marqué el número sin importarme quien pudiera estar del otro lado y después de tres tonos escuché la voz del responsable de esto.

—Sabía que llamarías —murmuró burlesco.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡¿Por qué?! —Increpó furioso— Yo no seré como los imbéciles de Charles y James, estúpida zorra —siseó—, dile a tu novio mafioso que, si me llega a pasar algo o a mi familia, tu video estará por todo internet, lo subiré a cada maldita plataforma... te arruinaré.

—¡No puedes! —Articulé trémula— Irás a la cárcel, ¡era una menor de edad! —Amenacé inútilmente. A Brett no le importaba nada de lo que yo dijera.

—No es mi cara la que aparece ahí, y tú te ves bastante complaciente chupándole el pene a mis amigos —rio como el bastardo que era—, ¿te imaginas, Holly? ¿Este material en manos de pervertidos o al alcance de tu papi?

Caí sobre la cama, el mundo se me vino abajo. Imaginar a mi padre viendo esto... era obsceno, cruel, hiriente.

—Por favor, Brett —musité—, por favor no lo hagas.

—Quería escucharte suplicar —se mofó—, rogar como lo hiciste años atrás, pidiéndome parar mientras violaba a tu amiguito, puta frígida.

—Cállate —sollocé, dándole el gusto—, ¡cállate!

Corté la llamada y tiré el móvil sin soportarlo más. Estallé en llanto, el recuerdo de Matt atormentó mi mente con fuerza, la impotencia me dominó.

No pude hacer nada por él. Cuanto dolor tuvo que pasar, qué final más triste, qué culpa tan grande llevaba sobre mis hombros y cuan masoquista era por querer que esta siguiera lastimándome.

—¿Qué tienes?

Alcé el rostro y nerviosa limpié mi cara, siendo esto inútil para esconder de su escrutinio mi llanto. Dixon vio mi móvil en el suelo y lo recogió, enseguida intenté arrebatárselo, pero me apartó sin problema.

—Dixon, por favor...

—Silencio —espetó, alejándose de mí.

Moría de vergüenza. Cubrí mi cara con ambas manos y evité mirarlo otra vez mientras escuchaba la reproducción del video y las náuseas precipitándose por mi garganta. Nunca podría superar esto si mi pasado seguía siendo una constante en mi vida, debía enterrarlo para siempre.

—¿Quién te mandó esto? —Su voz cargada de ira.

Apartó las manos de mi cara, al verlo, no había una palabra para describir lo que surcaba la oscuridad de sus ojos.

—¡Contéstame! —Exigió. Mordí mi labio inferior, él suspiró, la mandíbula tensa, las venas pronunciándose bajo su piel— Por favor, dime quién lo envió.

—Brett, no quiere que lo toques... amenazó con filtrar esto en internet.

—¡Es que no puede ser más hijo de puta! —Exclamó, incorporándose.

Cerró las manos en puño, presionó uno contra su boca mientras respiraba hondo y pesado. No decía palabra alguna, yo solo lo veía, angustiada, sintiéndome caer.

—Lo resolveré —susurró.

Volvió conmigo. Dejó el móvil en un costado, se sentí a mi lado y me estrechó en sus brazos.

—No llores, él no hará nada.

—Esto es un caos —musité.

Me sostuvo más fuerte y acunó mi cara entre sus manos cálidas.

—Terminará, yo lo destruiré.

## **Capítulo 42**



## Holly

Dixon me llevó a uno de sus hoteles.

La cita continuó sin importar su estado de ánimo y el mío. A pesar de estar preocupada y pensativa, quería seguir con nuestra noche, el pasado permanecería presente estuviera bien o mal, era inevitable e imborrable. No me detendría como en años pasados, mi vida se truncó gracias a ellos, no les daría el gusto.

—Pensé que iríamos a cenar —comenté apenas salimos del ascensor.

—Cenaremos —simplificó.

Me llevaba de la mano, atravesamos un pasillo amplio adornado con pinturas costosas, una de ellas la reconocí, yo pagué por ella, por supuesto, con su dinero. Tan solo de pensar en el costo, volvía a hiperventilar, mas valía la pena, una pieza hermosa.

Abrió la puerta del pent-house y lo primero que vi fueron las luces colgando del techo, bruñidos destellos amarillentos encargados de iluminar cada rincón vacío; no había muebles a la vista, mientras caminaba hacia el centro de la estancia, tuve la sensación de hallarme bajo las estrellas. Mi sonrisa se ensanchó a la vez que mis ojos escudriñaban los destellos.

—Quiero que tengas muchos bailes —dijo, lo miré y traía una bolsita negra en la mano—, quiero darte lo que te arrebataron.

—No tienes que darme nada —susurré. Evitaba ponerme sentimental, pero Dixon me lo complicaba.

—Da la vuelta —pidió—, y recoge tu cabello.

Obedecí sin más. Sostuve los bucles entre los dedos y enseguida advertí el sutil roce de la cadena cerniéndose a mi cuello. Observé el dije.

—¿Una corona? —Musité. Era dorada, delicada y con diamantes diminutos en rojo adheridos a ella.

—Eres una reina, eso ya lo sabes y no es necesario que te lo recuerde —viré el cuerpo y lo enfrenté—, pero esta —rozó el dije con los dedos—, es especial.

—Lo es.

—Te hará recordar que tú eres la reina de mi vida —puso mi palma sobre su pecho—, la reina reinante de mi corazón.

Agaché la mirada, toqué el dije, conmovida por sus palabras, por el amor que profesaba a través de sus ojos, el mismo que le devolvía mientras mi lengua empujaba contra mis dientes para decirle lo que él tanto quería escuchar.

Lo amaba, amaba a Dixon con la misma intensidad con la que él me amaba a mí.

—Dixon, yo... —Silenció mis labios con un beso fugaz.

—Baila conmigo.

—No hay música —señalé lo obvio.

Sonrió y vaya a saber qué botón presionó, pues enseguida hizo sonar la canción que bailamos hace un tiempo. Estiré los labios en una sonrisa.

—Nuestra canción —susurró.

Ajustó las manos a mi cintura, mis brazos alrededor de su cuello. Mi momento mágico junto a él, la voz de aquel hombre llenaba el silencio interminable, el ritmo se ceñía al ambiente y transformaba un simple lugar vacío en el mejor de los escenarios románticos.

No solo se trataba de la música, de lo que podía haber o no, sino de lo que ambos desprendíamos al estar juntos. Jamás lo noté, jamás

<

pude ver la manera en que nos complementábamos: Él un mar violento y yo la lluvia que lo alimentaba, la fuerza de mi tempestad agitaba sus olas y lo volvía indestructible. Ambos lo éramos.

—Te amo, Bridger —musitó en mi oído—, quiero que seas feliz.

—Solo quédate conmigo.

Recosté la cabeza sobre su pecho y cerré los ojos, sintiéndome a salvo y en un sueño. Quién iba a decir que acabaría en los brazos del Diablo, perdidamente enamorada de él.

No me veía con otra persona, no aspiraba a probar otros labios, ni a ser tocada por otras manos, quería mi vida junto a él, aunque pareciera precipitado y tonto, era una soñadora enamorada del romance oscuro, de esa oscuridad cruel, pero tierna solo conmigo.

Lo que sentía por Dixon, no lo sentiría por nadie más, esa era una certeza.

Descansaba entre sus brazos frente a la chimenea, en mi paladar prevalecía el sabor de las fresas con el chocolate mientras Dixon llevaba otra a mi boca. Tenía la espalda contra su pecho, se desabotonó la camisa, así que palpaba el calor que emanaba, su perfume se quedaba impregnado en mi piel y eso me fascinaba.

Estábamos en calma, lejos de todo lo malo, como si pudiéramos ser normales. Ambos sin demonios, ni pasados trágicos.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí? —Pregunté.

—No lo sé —deslizó el tirante del vestido hacia abajo y posó los labios en mi hombro desnudo—, ¿para siempre? —Reí e incliné la cabeza hacia un lado, permitiéndole que siguiera besando mi piel.

—Ojalá pudiéramos —suspiré, estremeciéndome—, ser solo nosotros, sin problemas.

—Entonces terminarías por aburrirte.

—De ti no —susurré—, tú haces el caos, tú eres el Diablo, el infierno irá contigo a cualquier lugar.

—Tú lo harás, cariño —sentenció—. Déjame saber que llevas debajo del vestido.

Seguía besándome la clavícula, las manos encima de mis senos, acariciaba despacio, solo tentaba.

—Tócame y averígualo —lo reté. No podía decirle que se limitara, siempre lo necesitaría tocándome.

Deslizó el cierre del vestido hacia abajo, no llevaba sostén, así que con facilidad amasó mis senos y se entretuvo con ellos. Puso duros mis pezones, erizó toda mi piel y sin mucho esfuerzo humedeció mi entrepierna.

—¿Cuándo podré tener suficiente de ti?

—Espero que nunca —musité, cautivada por su toque.

Se movió dejándome debajo de su cuerpo, sacó el vestido del mío y sonrió complacido al ver lo que llevaba debajo. Rozó el ligero y metió los dedos entre el encaje de las bragas.

—Estas no las romperé, te follaré así.

—¿Follarme? Señor Russo, parece que ha olvidado que aún estoy convaleciente.

<

Separó mis muslos, bajó el cierre de su pantalón y frotó los dedos a través de mi cavidad, cerciorándose de mi estado, el cual era húmedo.

—No lo olvido, es lo que mantuvo tu ropa en su lugar por tanto tiempo —murmuró.

Apoyó su frente a la mía y sentí la presión de su miembro abriéndose paso por mi vagina.

—Es imposible, Bridger —siseó entre dientes.

No moví un músculo, mis uñas fueron las únicas en reaccionar, hundiéndose en la piel de sus brazos, cuando lo tuve todo dentro de mí, el placer me embargó, la calma llegó y el cosquilleo en mi vientre bajo agradeció ir en aumento para así poder culminar.

—Inevitable, como nosotros —jadeé. Enredé los brazos a su cuello y lo besé.

El ritmo pausado de sus caderas me hacia sentirlo más grande y más profundo, su roce provocaba cientos de escalofríos; gemí sin parar a través de sus labios, mi carne ardiente fundida a la suya una y otra vez.

Me tomó y no me resistí, entre la oscuridad caí en el éxtasis que él provocó, mi nombre fue pronunciado sin control, todo mi ser estalló en pedazos; con su cuerpo siendo uno con el mío arribé a la cúspide del orgasmo y luego, la noche continuó y el placer se extendió.

Nos perdimos en las caricias del otro. Sin dolor, sin recuerdos, sin pasado o presente, solo dos amantes olvidándose del mundo a su alrededor.

## **Dixon**

Lo vi llegar en compañía de una mujer que nunca antes había visto: Pequeña, morena, ruda.

Acabé el cigarrillo y me incorporé en cuanto ambos estuvieron delante de mí. Dexter, quien me acompañaba, permaneció sentado con gesto aburrido.

—¿Quién es? —Pregunté enseguida hacia Sebastián, pero mis ojos puestos en la figura femenina, ella me miraba con desconfianza y recibía lo mismo de mi parte.

—Maia Robledo. —Se presentó, le di la mano, ella la aceptó, dándome un fuerte apretón, no tenía para nada las manos delicadas.

—Dixon Russo. —Sonrió de lado.

—Había oído del Diablo, pero no había tenido el gusto de conocerlo.

—Robledo y su esposo están ayudándome con la mercancía en México —comentó Sebastián. Se veía mal, yo también lo estaría luego de haberlo perdido todo y no hablaba sobre el poder.

—Me dijo Gallardo que buscas a alguien que se encuentra en mis territorios, bajo la nómina de mi esposo —fue al punto. Directa.

—Una coincidencia —murmuré.

Y de verdad lo fue. Indagando para dar con Brett, lo cual me tomó menos de lo esperado, descubrí que huyó a Tamaulipas, México, un estado bastante dominado por el narcotráfico; el sitio donde Brett se escondió estaba bajo el mando de Medina, un narco con el que nunca me crucé, mucho menos tuve tratos. Sin embargo, Sebastián sí que los tenía.

—Escuché de tu esposo, creí que tendría tratos con él, no te esperaba a ti.

—Mi esposo no se puede dar el lujo de exponerse —explicó—, te entregaremos al sujeto.

—¿Qué quieren a cambio?

—Alguien de tu confianza que ocupe su lugar. —Apreté el ceño.

—¿Qué? Suena como una tontería. Pueden pedir cualquier otra cosa.

—¿Drogas? Gallardo nos las proporciona, armas no nos hacen falta, queremos un hombre o mujer, no importa, mientras sea de fiar. Ese es el trato.

Rasqué mi barbilla, pensando deprisa. No tenía a nadie, absolutamente nadie de confianza que pudiera ir y hacerse cargo.

—Yo iré —se ofreció Dexter. Lo miré mal.

—Te necesito aquí —mascullé lo obvio.

No solo lo necesitaba, sino que hacia poco salió del presidio y su actitud no había sido la más confiable. Parecía una versión mía, pero muda. Apenas dirigía la palabra, el vacío en sus ojos se intensificó, Dexter no era nada y no quería enviarlo lejos, fuera de mi supervisión.

—Podrás hacerte cargo, Dixon, eres capaz —dijo desprovisto, miró a Maia y le dio la mano—, Dexter Russo.

—Bien, Dexter, solo falta la aprobación de tu hermano —señaló ella con gesto tosco.

—No la necesito —espetó, dirigiéndose a la salida. Maldije por lo bajo. Puto terco.

—¿Es de fiar? —Cuestionó Maia.

—Lo es, pero es mi hermano —siseé molesto—, mataron a su prometida, no está bien. —Esbozó media sonrisa.

—Tiene motivación, estará bien, si es de fiar y eficiente, nosotros lo cuidaremos.

No me preocupaba eso, él era bastante capaz para todo, pero se perdería más, aunque tal vez alejándose del recuerdo de Darla podría sobrellevar su perdida con mayor facilidad. Carajo. Qué difícil era esto. ¿En qué demonios pensaba mi madre cuando decidió darme un hermano? Habría sido feliz siendo hijo único.

—Si no hay más remedio, que haga lo que se le dé la puta gana, no soy su niñera —escupí.

—Tendrás a tu hombre mañana, ya viene en camino y su familia viene con él. —Esto último me tomó por sorpresa.

—¿Su familia? —Repetí como un estúpido.

—Él sabía en lo que se metía, yo cumplo con entregarte lo que quieres, tú decides lo que harás, ese ya no es mi problema.

Sin decir más se marchó, dejándome a solas con Gallardo.

—Ella es una perra —murmuró—, una perra muy letal.

—Puedo verlo —coincidí ausente. No me vendría mal tenerla de aliada, la mujer tenía los pantalones bien puestos.

—¿Matarás a su familia?

—No mato niños —contesté—, pero su esposa es punto y aparte.

—Debió ser grave lo que hizo —comentó.

Por supuesto que había sido grave, más que eso, fue monstruoso y pagaría con sangre. No solo por lo que le hizo a Holly, sino por su osadía de amenazarla y advertirme, ¡a mí! Jodido payaso de

pacotilla, lo haría arrastrarse y le quitaría la dignidad muy lentamente.

—Merece más que el infierno —dije severo.

—Eres bueno en eso, Russo, no se te complica ser un dolor de culo para cualquiera. —Lo miré mal.

—Lárgate de una vez antes de que sea yo quien te mande a la tumba sin posibilidades de resucitar. —Soltó una carcajada, pero al igual que Dexter, no había una pizca de felicidad en sus ojos.

—La muerte nos alcanzará, Russo —me miró fijo—, tarde o temprano.

Asintió y dio la vuelta, perdiéndose de mi vista. Encendí un cigarrillo, vaya a saber cuantos llevaba ya.

Salí de la bodega y encontré a Dexter hablando por el móvil, se veía tranquilo mientras lo hacía, como si la persona del otro lado le agradara bastante, tanto para hacerlo sonreír. No quise pensar en que esa persona se trataba de mi mujer.

—Hablabas con Holly —dijo en cuanto llegué a su lado. Hijo de perra.



—No tienes que llamar a mi mujer.

—Quería despedirme de ella.

—Encantado le hubiera dado la noticia —farfullé. Sonrió de lado.

—De lo que menos deberías preocuparte, es de que otro hombre la mire —su expresión cambió por completo—, ella jamás va a estar a salvo, lo sabes, ¿no? Puede acabar como Darla o tú como Sebastián.

—Lo disfrutas, ¿no?

—Soy realista, como lo fuiste tú, solo que los papeles han cambiado, estás del otro lado, Dixon, espero que ella no sufra, es alguien a quien aprecio.

—¿Estás seguro de lo que harás? —Cambié el tema, ignorando sus palabras, no tenía ánimos de seguir hablando de las consecuencias que mi mundo traía para Holly.

—Sí. Cambiar de aires me vendrá bien, toma el consejo de padre y llama a Anel, es muy buena y de confianza. Y sí, sé que te la follaste

—agregó deprisa—, pero eres fiel, ¿no? Esa mujer de un metro setenta y cuerpo de infarto, no podrá seducirte.

—Imbécil —relamí mis labios y di una última calada—, no se trata de eso, solo... no quiero hacer sentir incómoda a Holly.

—Si a eso vamos, tendrá que evitar tener tratos con todas las mujeres de esta ciudad —se mofó—, además, ella es madura, ¿no se hizo amiga de Linda? —Rodé los ojos.

Había mantenido a esa golfa lejos de Holly, me las arreglé para que no se vieran y siguieran con esa estúpida amistad. No me agradaba, joder, se volvía incómodo. Siendo franco, admiraba la madurez de Holly, ni en un millón de años yo podría ser amigo de alguno de sus pretendientes o ex novios. Lo que haría sería meterles un tiro.

—La llamaré, no tengo otra opción, perder droga y quedar mal con los clientes son errores que no me puedo dar el lujo de cometer ahora.

Asintió y se apartó del vehículo. Miró al cielo y luego volvió la vista hacia mí.

—Nos veremos pronto, y gracias por todo lo que hiciste por mí. —

Chasqueé la lengua.

—Ya lárgate.

Rio y se montó en su auto. Lo vi partir y en silencio le pedí que se cuidara. No sabía cuándo volvería a verlo.

Sin prisas subí a mi Aston y me dirigí a casa, Holly me esperaba, se la robé a su padre la última semana y el hombre no pareció tener problema con eso, menos cuando le demostré que era digno de su hija, no del todo, pero al menos en lo más importante.

Aun me preguntaba qué diría cuando supiera que yo era un mafioso.

Sonreí. Seguro no le importaría, y si se daba el caso contrario, mal para él, porque nadie me separaría de mi chica.

Una hora más tarde llegué al pent-house y el silencio me recibió al entrar. Me quité el saco y lo dejé en el sofá. El lugar lucía siniestro cuando ella no estaba aquí.

—Bridger —la llamé. No obtuve respuesta y fui rumbo a nuestra habitación mientras me deshacía de la corbata.

La encontré hecha un ovillo sobre la cama, sus pies cubiertos por unas calcetas mías, también llevaba una de mis camisas. ¿Por qué no usaba una playera? Negué y sin hacer ruido me recosté a su lado. Le quité las gafas y el libro que leía, no era para nada interesante, sin duda estuvo estudiando mucho.

Le di una caricia en la mejilla, su piel me gustaba, también sus pecas.

¿Cómo alguien podría querer hacerle daño a ella?

Besé su frente y la estrujé entre mis brazos, quería mantenerla en una caja resistente para que nadie la lastimara.

—Uhm... Llegaste, bebé —murmuró adormilada.

—Cariño, ¿a qué mafioso le dicen bebé? —Me quejé. Se removió contra mi pecho y apretó mi cintura con su brazo y la pierna encima de la mía, atrayéndome a ella.

—A ti —respondió—, eres mi bebé. —Una sonrisa sincera se formó en mis labios.

—Puedo ser lo que sea que tú quieras.

—Y te adoro por eso —susurró, dejándome con ganas de oír un te amo—. Dexter me llamó, dijo que se iría.

—Estoy agradecido con eso, será un dolor de culo menos del cual preocuparme. —Alzó la cara y entornó los ojos.

—Mentiroso —acusó—, sé que lo extrañarás.

Obvié su comentario y me cerní sobre su figura.

—Mejor dime cómo te sientes hoy —froté mi pelvis contra su coño

—, ya quiero darte duro.

—¡Dixon! —Rio y se removió debajo de mí.

Rompí los botones de la camisa y probé uno de sus pezones al tener sus senos desnudos al alcance.

—Respóndeme.

—¡Aún no! —Gimió.

—Bien, me conformo con comerte el coño.

—Dios mío —atrapó mi cara con las manos y puso los pulgares en mis labios, silenciándome—, esa boca sucia que tienes.

—Mi boca sucia te hace humedecerte, no solo por lo que digo —

balanceé las caderas, calentándome con la fricción que hacía—,

¿verdad?

—Atrevido —masculló.

Iba a besarla justo cuando mi móvil timbró. Miré el estúpido aparato con odio.

—Responde.

—Quiero follarte.

—Primero responde, sabes que si te llaman a ese móvil es importante.

Resoplé y de mala gana estiré el brazo y cogí el ruidoso aparato. Se trataba de Taylor.

—Más vale que sea urgente —espeté enojado. Tenía una puta erección que necesitaba bajar ya.

—Lo es, señor Russo —su voz era firme y neutra—, Charles Harris entró a la ciudad y no lo hizo solo.

La mención de su nombre me provocaba ira y despertaba mis deseos asesinos.

—¿Quién viene con él?

—El General Carter.

Mierda.

## Capítulo 43

### *Dixon*

El General Carter y yo no teníamos una buena historia.

Cuando lo conocí era un simple e insignificante coronel controlado por otros, ellos siempre acababan siendo nuestros títeres, por más que se esforzaran nunca podrían terminar con la mafia. Si mataban a uno de nosotros, otro ocuparía su lugar en menor tiempo de lo que a ellos les tomó derribarlo. Así fueran policías, coroneles o generales, todos estaban por debajo de mí.

Sin embargo, lo que le hice a Carter, puso su necesidad de matarme, como algo personal. El motivo siempre serían las mujeres.

Y no lo culpaba, me acosté con su mujer en una de las fiestas de sociedad en las que estuve invitado, por supuesto, como el hombre de negocios que era.

Para desgracia de su mujer, él nos descubrió justo cuando terminaba de follarla y bien, no lo tomó de la mejor manera.

La asesinó. Claro, haciendo pasar su muerte como un accidente y jurando vengarse de mí algún día y al parecer ese día había llegado.

Ni siquiera lo recordaba, eso sucedió hacia muchos años atrás, mi vigilancia estuvo sobre él, pero jamás imaginé que Harris fuera lo suficientemente imbécil para aliarse con ese pelele. Aunque me complacía tenerlos juntos, así los acabaría a ambos, no obstante, complicaría bastante las cosas que de por sí ya se encontraban tensas por aquí.

—Estás muy callado desde que recibiste esa llamada —señaló Holly.

—No te preocupes —besé su frente y la tomé de la mano—, nada que no tenga solución.

Asintió y caminamos por el pasillo hacia mi oficina. Holly insistió en volver, alegando estar cansada del encierro, a pesar de no quererla

cerca por lo acontecido con Francis, de cierta forma me sentía más tranquilo teniéndola aquí, además, me ayudaba demasiado con todo este desastre. Había descuidado mis negocios y no podía seguir así.

—Te echaba de menos —murmuró, soltó mi mano y miró con amor su lugar de trabajo.

—Parece que ha pasado mucho tiempo —la abracé por detrás—, este sitio no es lo mismo sin ti.

—Lo sé.

Acaricié mi mano y besó mi mejilla. Volvía a ser mi Holly con ropa fea y zapatos de abuela. Cómo la extrañé.

—Alguien vendrá, es una mujer —avisé, escrutó mi cara—, trabajará conmigo.

—De acuerdo, bebé —susurró. Evité rodar los ojos.

—No puedes llamarme así frente a mi gente —advertí.

Se mordió el labio y se encogió de hombros, retándome. Joder. Ella lo haría y yo respondería con mi estúpida cara de enamorado.

Sí, Holly me tenía agarrado de las bolas.

—Bien, señor Russo, ahora déjeme ordenar el desastre que han dejado aquí.

—Como te amo —dije, robándole un beso en los labios.

Me devolvió una sonrisa y la dejé ahí, yendo en dirección a mi oficina. Con Holly aquí y Harris y Carter en la calle, juntos, la seguridad en mi empresa aumentó, pese a que, el General no tenía nada contra mí, no me fiaba en lo absoluto y francamente esperaba una visita de su parte.

Ya contaba con alguien que se estaba haciendo cargo de indagar en lo que esos dos traían entre manos, lo cual no les serviría de nada, los mataría pronto, solo que a uno más lento que al otro.

Tomé asiento en mi lugar, encendí el ordenador y antes de que pudiera revisar las carpetas que tenía sobre el escritorio, la puerta se abrió. Alcé la vista y vi a Holly en compañía de Anel. Pasé saliva.

—¿Necesita algo más, señor Russo? —Preguntó Holly en tono neutro, no se veía molesta ni celosa.

—No, gracias, Bridger.

Ella asintió, sonrió y cerró la puerta, dejándome a solas con Anel. Su metro setenta aumentó a uno ochenta gracias a los tacones que usaba, ataviada en un pantalón de cuero negro y un top blanco que se apretaba contra sus senos rellenos, lucía impresionante.

—Hola, Dixon —saludó amable. Traía en la boca una goma de mascar. Se sentó delante de mí, cruzándose de piernas—. ¿Para qué soy buena?

—Necesito a alguien que esté a cargo de los envíos de mi mercancía —recliné la espalda sobre el respaldo—, tú eres mi mejor opción, así que dime, ¿estás libre?

Reventó una burbuja con la goma y se miró las uñas.

—Sabes que mi precio es alto.

—Sabes que puedo pagarlo —recordé.

—Bueno, en ese caso, no tengo inconvenientes, me tomé unas largas vacaciones y volver me vendrá bien.

Se incorporó y caminó hacia mí, siempre midiendo su distancia.

Reclinó la espalda baja contra el escritorio y me miró desde arriba.

—Perfecto. Taylor te llevará a las bodegas, no es necesario explicarte lo que harás.

—En lo absoluto, pero ¿por qué no me llevas tú?

Sin verlo venir bajó el cierre de su top, sus senos quedaron a la vista, aparté la mirada y me levanté de la silla.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te gustan las mujeres? —Se mofó, cerrándome el paso mientras apretaba sus senos contra mi pecho.

—Tengo novia —informé. La tomé de los hombros y la aparté de mí.

—¿Estás jodiéndome? —Inquirió estupefacta.

—No —respondí—, así que vístete y límitate a hacer tu trabajo.

—No puedo creerlo, ¿de verdad? ¿Dixon Russo tiene novia?

¿Cuándo pasó?

Se abrochó el top, sin embargo, dejó el cierre a la mitad. Hui de ella como si me repudiara, quien diría que estaría huyéndole a una mujer atractiva, pero ni cien de ellas valían lo que Holly para mí.

—No hace mucho —me aclaré la garganta, ella se sentó en el escritorio y robó uno de mis cigarrillos—, estoy enamorado.

—Lo noto —rio y dio una calada—, siempre me arrancabas la ropa antes de poder hablar —recordó burlesca—, lastima, venía con toda la intención de recordarte lo mucho que estas te gustaban —finalizó, agarrándose las tetas.

—Si, tiempo pasado.

—¿Y quién es la desafortunada alma que atrapó al Diablo? —

Preguntó.

—Eso no te interesa, no quiero tratos personales contigo, solo trabajo.

—Me ha quedado claro —se aproximó de nueva cuenta hacia mí—, veamos por cuánto tiempo te dura ese amor, Diablo —rio y me rozó la mejilla—, nos vemos después.



Se alejó y salió sin hacer ruido. Permanecí un momento quieto, sintiéndome incómodo con la cercanía de Anel, fue una de las mujeres con la que más tiempo compartí y no podía negar lo bien que la pasamos.

—¿Todo bien?

Me volví al oírla. Traía una taza de café en sus manos y una sonrisa amable en sus labios.

—Sí, cariño —contesté, colocó la taza en mi escritorio y me enfrentó.

—¿Seguro? Pareces preocupado. Dixon, sabes que puedes contarme lo que te pasa.

La tomé de las manos y la atraje a mi cuerpo. Bastaba sentirla cerca, bastaba mirar esos ojos preciosos llenos de cariño para recordar que Holly era la única mujer que para mí valía la pena.

—No sucede nada, ¿encontraste mucho trabajo?

—Demasiado, me alegra, estaba cansada de solo estudiar, necesitaba la presión de mi Diablo —murmuró.

—Eres un poco masoquista, ¿eh?

—Suerte para ti el que lo sea —se puso de puntillas y besó mi mejilla—, avísame si necesitas algo.

Le sonreí y nuevamente estuve solo y en silencio, mas no por mucho, ya que Taylor me llamó, no dudé en responder.

—¿Llevaste a Anel? —Pregunté.

—Ella ya va rumbo a las bodegas, lo llamo porque el General se encuentra aquí, Harris viene con él. Fue imposible detenerlos, sabe por qué.

Apreté el móvil con fuerza. Esos bastardos. Seguramente usó a su estúpido ejército de imbéciles para venir a joderme justo aquí, a sabiendas de que no

puedo dejarme expuesto. Todos tenían la certeza de que yo era un mafioso, pero nadie contaba con las pruebas para acusarme de ello.

—Bien, quiero que los vigiles en cuanto se larguen, sabes como debes hacerlo. Brett llegará mañana, así que prepara la celda para él y su compañía.

—Me haré cargo, señor.

Finalicé la llamada y acomodé el arma en mi espalda. Necesitaba que Holly se fuera a otro piso, no la quería cerca de ese cabrón. Salí de la oficina y justo cuando me acercaba a ella, el ascensor se escuchó y vi a ese par de muertos vivientes aparecer.

Holly se incorporó y trastabilló, Harris sonrió en su dirección y la perversión en sus ojos me hizo querer arrancárselos, y me daría el gusto.

Deprisa me interpose entre ellos y mi mujer, la miré.

—Ve a mi oficina, ¡ya! —Exclamé. Odiaba vislumbrar el temor en sus facciones, estaba aterrada, pálida, temblaba.

Me miró un segundo y sin perder más tiempo se perdió dentro de mi oficina. Entonces fue momento de enfrentar a los muertos.

—Bonito lugar, Russo —masculló Harris.

—Bonito tu caminar, Harris —me mofé—, ¿te hirieron?

Entornó los ojos y no respondió. Parecía que querían sacarme de mis casillas para que los matara de una vez.

—Años sin vernos las caras, Russo —dijo el General.

—Ve al punto, Carter —espeté—, no eres alguien con quien quiero perder mi tiempo.

Alzó el mentón, altanero. Venía vestido con su uniforme chafa que no era mejor que el anterior.

—Estás en la cima de mi lista, Russo, tú y tu fachada de hombre intachable —avisó con dureza—, voy a hacerte caer, a ti y a todos los tuyos.

Rasqué mi barbilla y apoyé la espalda contra el escritorio, me crucé de brazos y los observé con una sonrisa.

—¿Quieres que te diga por dónde me pasará tu amenaza? —Inquirí burlesco.

—Puedes seguir bufoneando, pero la sonrisa no te durará para siempre.

—Tienes una gran debilidad, ¿no? —Intervino Harris— Por la que harías lo que sea, como secuestrar personas, familias —agregó—,

¿ella sabe que asesinas niños?

—¿Y la policía sabe que tú violas niñas? —Contrajo el rostro.

—No tienes pruebas, así que cuida tus acusaciones.

—A diferencia de ti —lo encaré—, sí las tengo, pero me tomo mi tiempo, Harris, yo no aviso, yo destruyo.

—Estás amenazando a un oficial.

—Y a un General —miré a Carter—, vinieron aquí a jugar, les daré el gusto a los dos.

—Tu soberbia no tiene límites, será la misma que te hará caer —

advirtió Carter.

—Tú no te llevarás esa medalla, Carter —aseguré—, aun estás a tiempo de dar la vuelta y evitar ser un daño colateral en una guerra que no es tuya.

—Lo es, lo fue desde que te metiste con mi esposa —siseó enardecido.

—Qué rencoroso —comenté burlesco. La ira detonó en sus ojos, quería matarme y se quedaría con las ganas de hacerlo—. Quien diría que una

follada conmigo le costaría la vida a tu esposa y te convertiría en un asesino.

—¡Cuida tus palabras!

—¡Te di la oportunidad de que te hicieras a un lado! —Aseveré—

¿Crees que tú y este trozo de mierda mal pisada pueden hacer algo contra mí?

Di un paso al frente, mi cara cerca de la suya, el odio que había en sus ojos reflejaba la ira de los míos. Nada me enfurecía más que tenerlos aquí, y todo se trataba de Holly, ver a Harris le afectaría.

—Yo siempre voy un paso adelante —apretó la mandíbula—, tus secretos... ¿lo son de verdad?

—Maldito...

—Cuidado, General, recuerde que tiene un puesto y una imagen que cuidar.

Le di una palmada sobre la placa que hacía sobresalir su nombre.

—No queremos que regrese a ser un simple coronel o peor, un teniente de cuarta, aunque ser expulsado de lo que tanto ama, sería aún más catastrófico.

—Nos veremos las caras, Russo, tú y esa...

—Dilo —reté a Harris—, atrévete a decirlo.

Calló y al no poder decir más, ambos abandonaron mi empresa. En cuanto estuve solo, mis puños se estrellaron en la madera, haciendo temblar todo lo que se hallaba encima del escritorio. Tenía ganas de apretarles el cuello hasta asfixiarlos o rompérselos. La furia se movía como lava hirviendo en mis venas.

Ignoraba cuánto podría soportar para no ir a cazarlos. Cerré los ojos y traté de controlar mi respiración y tranquilizar mis pensamientos, manteniendo a

raya mis instintos y los impulsos que siempre me acompañaban cuando perdía el control.

Negué y enseguida entré a mi oficina. Holly se encontraba sentada en el sofá, las manos cruzadas, temblando; alzó la cara y se quedó en su lugar mientras me sentaba a su lado.

—¿Cómo...? —Susurró atónita— ¿Por qué estaba aquí?

—Se alió con el General, tenemos cuentas pendientes y Harris no lo desaprovechó.

—Estás metiéndote en problemas y todo por mí...

La atraje a mi cuerpo y sin dificultad la senté en mi regazo como si fuera una niña pequeña. Su cabeza contra mi pecho y mis brazos en torno a su cuerpo trémulo.

—Son problemas que tarde o temprano llegarían, problemas que no me quitan el sueño y me daré a la tarea de solucionar —la tranquilicé—. No temas, Holly.

—Lo veo y paraliza mi cuerpo —confesó—, le temo —agregó en un susurro—, y no puedo evitarlo.

—Lo sé —siseé entre dientes—, te devolveré la paz que anhelas, cariño. Uno a uno irán cayendo, lo prometo.

—No quiero que te hagan daño.

Suspiré y la estrujé más fuerte.

—La única que puede hacerme daño eres tú —dije serio, recordando esa herida que causaba en mi interior al no ser correspondido por ella.

—Jamás lo haría y sé... sé que te hiero al no decirte que te amo —

se detuvo un segundo y alzó el rostro en dirección al mío—, pero yo...

—No me des excusas —la detuve—, solo... déjalo así, ¿de acuerdo?

—Dixon, déjame hablar.

—No quiero que hables —sujeté su barbilla—, mejor bésame.

—Dixon...

Callé sus palabras con mi boca, besándola con urgencia y necesidad, negándome a escuchar su excusa, negándome a saber por qué no lo decía; temía oírla decir que nunca me amaría, que no sentiría amor por mí, peor aún, que jamás podría ser igual al amor que sintió por Harris.

No lo soportaría. No soportaría su rechazo.

—Voy a follarte aquí.

—Dixon —se quejó—, hay cosas más importantes... Charles acaba de irse y...

—Y me importa un carajo, no quiero que lo pienses, ni que lo nombres —la sostuve firme de la cara con ambas manos, muerto de celos y rabia—, no quiero a otro hombre ocupando tu mente de la forma que sea, yo quiero ser el único, tú eres mía, Bridger.

—Eres el único hombre para mí, Dixon, créeme —dijo con cierta desesperación.

—E incluso así, no puedes decir que me amas.

El dolor fue parte de su expresión. Intenté besarla de nuevo, pero apartó la cara, sin embargo, la agarré con más firmeza y la obligué a mirarme.

—Voy a tomarte.

—No puedes —replicó.

—Te demostraré que sí, puedo y lo haré porque me perteneces —asegué antes de besarla otra vez.

**Dexter.**

*Dexter*

El municipio al que llegamos me pareció de lo más tranquilo.

El verde se apreciaba en cualquier dirección a la que miraras. La gente se veía andar por las calles con suma tranquilidad, había un sinfín de cosas que llamaron mi atención, cosas mundanas y simples: vendedores, negocios, lugares. Es como si estuviera en otro tiempo, como si yo fuera otro, aunque al final de cuentas terminé perdiéndome y aun no lograba encontrarme.

Sin Darla esto no tenía sentido.

Sin embargo, se me impulsó a seguir. Dixon no me permitiría hundirme y lo agradecía, pese a que, no nos lleváramos bien, ambos nos queríamos a nuestra manera. Poco a poco acepté que él no fue culpable de nada, que yo no lo fui, mas eso no evitaba que el dolor siguiera dentro de mi pecho.

La soñaba, la escuchaba llamarme, veía a nuestro bebé y luego nada.

Esas pesadillas fueron constantes mientras me encontré en el presidio. Ese sitio que era como el mismo infierno, aun no asimilaba que mi padre haya enviado a Dixon allí siendo tan joven. La cantidad de hombres que había era impresionante, más lo podrido que algunos se hallaban, sin el menor escrúpulo, dispuestos a quebrarte los huesos y romperte la voluntad si no te defendías.

Mi hermano tuvo razón. Logré enfocar mi ira en otras actividades, como defenderme y sobrevivir en ese sitio.

Viví cosas obscenas, escenas crudas que se quedaron grabadas en mi memoria y envenenaron lo poco bueno que quedaba en mí. Hoy solo quería matar, tener poder, matar, hacer dinero, y matar otra vez.

No había más motivación, no había más incentivos que esos, además de seguir manteniendo a Darla viva en mi memoria, cerca de mí.

Si moría, no la vería otra vez, ella no estaría esperándome en el infierno y me negaba a soltarla, no podía decirle adiós para siempre.

La amaba y la amaría cada puto día que siguiera en la tierra.

La camioneta en la que viajaba se detuvo dentro de una hacienda grande y extensa a la que no le veía fin, con una gran cantidad de hombres armados paseándose por cada rincón al que mis ojos miraran.

—Te voy a presentar a mi esposo —anunció Maia, ambos bajamos de la camioneta—, luego iremos a las bodegas donde tenemos la mercancía.

Asentí sin mencionar palabra. La acompañé hacia el interior de la hacienda, la cual era bella, lujosa a su manera, pero con un toque de calidez hogareño que por mucho tiempo encontré en la mansión de mis padres, no obstante, al pensar en mi niñez feliz, no dejaba de sentirme culpable por la niñez tan atroz que ambos le dieron a Dixon.

Mi hermano también se merecía un hogar, él no se merecía haber sido corrompido. Lo juzgué mucho tiempo sin entender de donde provenían los crueles instintos que lo caracterizaban y que me hacían detestarlo. Ojalá me hubiera dicho lo que sucedía, ojalá hubiera podido hacer algo para ayudarlo.

—¡Mamá!

Una voz alegre resonó por toda la amplia estancia. Mis ojos enfocaron a la figura femenina que bajaba deprisa los escalones, su cabello negro se oscilaba de un lado a otro mientras se aproximaba a ¿Maia? ¿De verdad era su madre? Ni siquiera lo parecían, habría pensado que eran hermanas.

—Vaya que me extrañaste —saludó Maia, besándole la mejilla.

Entonces la joven posó sus ojos chispeantes y llenos de vida en mí.

Sonrió amable y con cierta coquetería. Había mucha luz en su mirada, irradiaba felicidad por doquier, como si tuviera una chispa, una que no se encuentra en cualquier persona.

—Oh, ¿y este pedazo de macho? ¿De dónde lo sacaste? —



Preguntó sin controlar su gusto por mí.

—¡Alexa! Por favor, no comiences, mide tus palabras y respeta, niña

—la reprendió. Sonreí por dentro.

—Ay pues, ¿acaso no lo ves? Mira esos ojos —se acercó sin pena y escrutó mi cara—, tan azules, me recuerdan a los de una amiga,

¿eres ruso?

—Ruso italiano —respondí.

—Pero qué voz, tan potente, tan ronca —se mordió el labio inferior

—, ¿tienes novia?

—¡Alexa! —La riñó nuevamente su madre— Disculpa, Dexter, mi hija es... incontrolable.

—Lo que quiso decir, es que no puedo evitar mirar a los hombres atractivos, la promiscuidad la heredé de papá, o eso dice mamá.

—Ya basta, sabes cómo es tu padre, así que para y ve a hacer lo que se te encargó.

—Bien, pues, en esta casa no me dejan ser —elevó los hombros y los dejó caer—, hasta luego, Dexter, y bienvenido.

Plantó un beso en mi mejilla y se echó a correr como cual niña que acababa de hacer una travesura mientras su madre le gritaba molesta y avergonzada. Entretanto, yo seguía pasmado, desconcertado por su atrevimiento, mas no molesto, me parecía cómica su actitud desinhibida e infantil, siendo ella misma sin importarle nada. Vaya niña.

—Discúlpame.

—No hay problema, Maia.

Asintió y retomamos el camino hacia la oficina de su esposo. Maia entró sin tocar, dentro me encontré con un hombre bastante mal encarado y otro más vestido de policía.

—Aquí traigo tu encargo —anunció Maia—, Russo nos envió a su hermano.

—Adelante —se acercó y me ofreció la mano—, Alejandro Medina.

—Dexter Russo —dije, devolviéndole el saludo.

—Me complace que seas tú quien haya venido, ¿sabes sobre los cargamentos?

—Absolutamente todo —contesté serio.

—Perfecto. Mi esposa te dará un recorrido, no hay nadie mejor que ella para ese trabajo.

La miró un momento con dulzura, un simple instante bastó para hacerme ver lo mucho que la amaba. Y fugazmente me cuestioné sobre si, de haber sido Darla parte de mi mundo por completo, las cosas hubieran sido diferentes.

—Y, por cierto, trabajamos con la policía —señaló al hombre que se había mantenido al margen—, él es el jefe de ella. Ya se te explicará cómo trabajamos.

—Enzo —se presentó.

—Un gusto.

—Bien. Sé que eres de confiar, de otro modo mi esposa no te hubiera traído, pero ambos sabemos que en este negocio la desconfianza siempre prevalecerá.

—Estoy consciente de ello.

—Puedes quedarte en mi hacienda si deseas, eso nos facilitará el trabajo, la mercancía llega a cualquier hora del día, así que te necesito disponible.

—No tengo problema, no es como si tuviera algo más que hacer —

masculé. Me vendría bien mantenerme ocupado el mayor tiempo posible, no quería pensar más en lo perdido.

—Perfecto. Entonces, bienvenido.

Sin más que decir abandoné la oficina en compañía de Enzo, Maia me pidió que la esperara en la sala, así que me dirigí hacia allá.

—¿De dónde eres? —Averiguó Enzo. Me miraba con cierto recelo, me dio igual.

—Eso está de más —murmuré despectivo.

No insistió y al llegar a la sala, Alexa ingresó con un paquete de cocaína en las manos, al vernos, posó sus ojos en mí y luego en Enzo, quien sigiloso se acercó a ella y le susurró algo que no me interesó oír. Aparté la mirada cuando la besó en los labios sin la menor preocupación. Vagamente me inquirí sobre si su padre estaba enterado que andaba de novia de un hombre mayor que ella.

Negué. Ese no era mi asunto.

—Confiaré en que no dirás nada —musitó appena Enzo se fue.

—Tu vida no es mi problema, niña —espeté sin mirarla.

—Para que lo sepas, ya soy legal —informó sonando ofendida, no me quitaba la mirada de encima.

—Bien por ti, tu edad y lo que hagas, no es algo que me importe.

—Qué grosero —se quejó—, sonrío, te saldrán arrugas.

Esta vez sí la miré. Su cara bonita no dejaba de asombrarme, como tampoco la sonrisa que no quitaba de sus labios.

—¿Disculpa?

—Disculpado —dijo, robándome otro beso.

Luego salió huyendo de nuevo, me quedé en mi sitio, escuchando su risa en mis oídos; tuve la sensación de que aquí todo cambiaría para mí y no de buena manera.

## Capítulo 44

### *Holly*

La exigencia de su boca me incitaba a ceder.

La fuerza de sus dedos apretaba mi nuca y obligaban a mantenerme quieta mientras devoraba mis labios como si no pudiera tener suficiente de ellos. Me dejaba sin aliento, sin salida para detenerlo, empujaba con violencia, dominaba, demandaba, y aunque mi cuerpo reaccionara a cada roce, no podía seguir.

—Detente —mascullé con dificultad.

Incrementó el agarre, su boca en mi cuello, succionó fuerte y mordisqueó sin control.

—¡Basta!

Lo empujé con ambas manos, zafándome de su agarre con bastante esfuerzo. Sentí un tirón en mi vientre y un ligero dolor atravesarme las costillas. Maldije por lo bajo y me incorporé de inmediato, retrocedí, agitada y molesta con su actitud. Es como si necesitara marcarme para estar seguro de que era suya. Y detesté como me hizo sentir, tan similar a un objeto o una propiedad.

No creía en mis palabras, no le bastaba lo que le daba y me pregunté si al decirle que lo amaba, continuaría con la misma necesidad o al fin lograría

menguar sus celos y la inseguridad que obviamente tenía.

—Si te digo que no, es no —espeté ante su mirada oscurecida y peligrosa—, y debes respetarlo.

—Eres mía —siseó.

—Lo soy —coincidió—, porque yo así lo quiero, no porque tú lo hayas impuesto, ¿entiendes?

Sin dudar me acorraló contra la pared, su brazo a un costado de mi cabeza, el otro envolvió mi cintura.

—No comprendes, Bridger —su aliento me rozó la cara—, no soporto saber que él sigue aquí —dio un golpecito en mi sien—, de la manera que sea, te tiene, y no puedo controlar lo que siento ante eso.

—Lo entiendo, Dixon, pero lo que sientes a causa de una situación que no puedo cambiar ni manipular, no te da derecho de tratarme como un objeto dispuesto a tus necesidades.

Apretó nuestras frentes, su respiración pesada, sus dedos se hundían con más solidez en mi piel, lo sentía arder, me quemaba.

—Joder, Bridger.

Se alejó de golpe, me dedicó una mirada que no decía nada, solo simple frialdad que caló en lo más hondo de mi cuerpo. Frunció los labios y dio un asentimiento antes de abandonar la oficina, cerrando la puerta de golpe.

Solté aire retenido y permanecí en silencio durante varios minutos.

No quería retroceder nuevamente en mi relación con Dixon, debía armarme de paciencia y comprender que esta era su primera relación, aunque esto no fuera una excusa para algunas de sus actitudes.

Agradecí

que

el

timbre

de

mi

móvil

me

distrajera

momentáneamente, vi el número de papá y no dudé en responder mientras salía de la oficina en dirección a mi escritorio. La soledad del piso ya no me resultaba tranquilizadora, no desde que Francis murió en él.

—Hola, papá —saludé alegre, pese a que, no lo estuviera.

<

—Hola, princesa, ¿estás ocupada?

Me dejé caer en mi silla, la vista en el ordenador y el montón de papeles que debía acomodar.

—No, ¿sucede algo?

—¿Vendrás a comer? La casa ya se vendió y quiero celebrar.

—¡¿De verdad?! Qué buena noticia, papá —esta vez mi entusiasmo fue real —, te veré a la hora de la comida, ¿quieres que lleve algo?

—No, mi niña, ¿traerás a ese hombre contigo? —Solté un suspiro largo y profundo. Dadas las circunstancias, dudaba que Dixon quisiera acompañarme.

—Su nombre es Dixon —murmuré con una ligera sonrisa—, y no, iré sola, él tiene mucho trabajo.

—Entonces te veo más tarde, te amo.

—Y yo te amo a ti —susurré. Finalicé la llamada y otra vez mi mente comenzó a pensar.

¿Por qué me costaba tanto decirle a Dixon esas dos palabras?

¿Qué era realmente lo que me detenía?

Miré nuestra fotografía en el fondo de pantalla de mi móvil, la tomé esa noche mágica que me regaló. La melancolía me invadió y mis deseos por mantenerlo en mi vida se intensificaron.

—Nos tengo fe, tenla tú también.

### ***Dixon***

No apartaba la vista de las dos figuras delante de mí.

Brett llegó hacía unos momentos con su esposa y una pequeña de no mas de dos años, demasiado inocente y ajena a la mierda que era su padre y en los problemas que podría meterla, porque no todos los mafiosos se tentaban el corazón; de pequeño, hubo gente que quiso asesinarme sin importar mi edad o mi inocencia. Sin embargo, yo no me metería con su familia, no me interesaba herirlos físicamente, pero sabía lastimar de otras formas, aunque al final, el único herido sería Brett.

—Mantén a la niña lejos de esto —ordené hacia Taylor.

Bebí otro trago y entré a la habitación de cinco estrellas donde Brett y su esposa esperaban, ambos atados sobre un par de sillas, arrastré una y tomé asiento frente a ellos. Una señal y el hombre encargado de traerlos les sacó las capuchas de la cabeza.

La mujer deprisa enfocó sus ojos en mí, la desesperación impresa en ellos, mientras que Brett no demostraba miedo, solo preocupación.

—¿Mi hija? ¿Qué le hicieron a mi hija? ¿Quién es usted? —Abordó con preguntas a la vez que gritaba y se removía en su lugar.

—Cállala —espeté. Sus gritos me provocaban jaqueca. No es como si mi humor fuera el mejor para estarla soportando.

Enseguida un trozo de tela le apretó la boca y solo escuché sus gimoteos. Enfoqué mi vista en mi Brett, no me quitaba la suya de encima.

—No te conozco —dijo serio—. ¿Qué es lo que quieres?

—Que me devuelvas dos vidas —contesté. Frunció el entrecejo—.

¿Recuerdas a Matt? —Inquirí.

En segundos su semblante cambió, la palidez le adornó la faz.

—No sé de que hablas.

Di otro trago a la botella y la dejé en el suelo, me incorporé y bastó con estirar la mano para que Mike pusiera unas pinzas en la mía.

Me acerqué a Brett.

—¿Por qué insisten en negar sus culpas? —Increpé.

Cogí su mano izquierda y la apreté contra el reposabrazos, las cuerdas le impedían retirarla, mas no paraba de moverla.

—¡No tengo nada que ver con ese chico! —Persistió en su mentira.

—¿Ah no? —Lo encaré, llenándome de asco al contemplar su asquerosa cara de cerca— ¿Tu esposa sabe lo que le hiciste?

Él la miró y negó, ella lloraba y le gritaba con la mirada una explicación. Sonreí de lado y aprensé su dedo índice con las pinzas antes de cortarlo de un tajo.



Gritó por el dolor y la sangre salió a presión, manchando todo a su paso. Lo observé sin una pizca de compasión, seguiría cortándolos uno a uno; sus asquerosas manos estuvieron sobre ella, al final también se las quitaría.

—¿No se lo dijiste, Brett? —Limpié mi mano con la camisa del imbécil y me dirigí a su esposa— ¿No sabías que estás casada con un violador?

—¡Cállate! ¡Rose, mírame!

—Sí, míralo —la cogí de la cara y la obligué a hacerlo, mi boca rozó su oído—, ese intento de hombre que ves ahí, violó a una joven de dieciséis años, y no solo eso, también a un chico, supongo que estás enterada que también gusta de hombres.

—¡Hijo de perra! ¡Estás inventando todo!

—¿Por qué no le dices la verdad, Brett? ¿O quieres que el siguiente dedo que corte sea el de ella? —Tenté.

Solté su cara y agarré su mano, tembló y gimoteó asustada. Si él no lo decía, se lo cortaría, no era nada que no se pudiera solucionar después. Tenía la sangre fría para hacerlo y no me detendría.

—¡Detente! —Exigió al ver el roce del filo contra su dedo.

Ella me miró suplicante, con el rostro húmedo, tampoco sentí nada.

—¡Sí! Él tiene razón, Rose —bajó la voz, dolido y avergonzado—, todo lo que dice es verdad. —Me miró suplicante—. Déjalas ir, ellas no son culpables de nada.

Me aparté de golpe de su esposa y en un instante mi puño se estrellaba contra su mandíbula.

—Holly y Matt tampoco lo eran y, ¿acaso eso te detuvo, bastardo?

—Lo cogí del cabello y alcé su cara en dirección a la mía— ¡¿Te detuvo?!—

—¡Lo siento! Lo siento —musitó trémulo—, era un chiquillo, yo...

Lo silencié dándole otro golpe, luego otro más. Quería cortarle la lengua de una vez por todas, maldita rata.

—Las mismas putas excusas —mascullé—, es lo único que saben dar tú y esos pendejos.

Escupí al suelo y sin prisas le hice saber que cortaría otro de sus dedos, mis ojos lo enfrentaban sin titubear y los suyos evitaban hacer lo mismo.

—¿Creíste que, chantajeando a mi mujer con un video, tendrías una garantía?

—Ya entiendo —corté el pulgar y soportó el dolor, contrayendo el rostro—, Holly usando el poder que tiene entre las piernas, lo mismo

hizo con Charles —rio y cada vez bajaba más la voz—, lo seducía para que hiciera lo que ella quería, tal y como lo está haciendo contigo.

Estaba a punto de meterle un tiro entre ceja y ceja, mas haciendo acopio de todo mi autocontrol, me detuve.

—Holly puede pedirme lo que quiera sin tener que abrirme las piernas. —Observé a Mike—. Desátala.

Obedeció sin dudar, liberando a la esposa de Brett, no demoró en levantarse, se sacó la mordaza y antes de verlo venir, abofeteó a Brett dos veces, arañándole la mejilla.

—¡Creí en ti! ¿Cómo pudiste? —Sollozó.

—Rose...

—¡Cállate! Espero no verte nunca más en la vida.

—Llévala con su hija —dije serio, indiferente ante la escena, pero regocijándome al ver el dolor en los rasgos de Brett—. Y trae a los muchachos.

Mike la sacó de la habitación y al fin estuvimos solos. Me crucé de brazos, mirándolo desde arriba.

—Aun no asimilo que hayas tenido la osadía de retarme y amenazar a mi mujer —comenté incrédulo—, qué estupidez.

—Ya mátame, o sigue cortando, el video estará en la red sin importar cuánto tortures mi cuerpo.

—¿Tan seguro estás? —Sonreí— Yo no doy pasos en falso, Brett, soy el Diablo y nada ni nadie se me escapa —di una palmada en su hombro—, el video ya no existe.

—Mientes.

<

—Francamente me da igual lo que pienses —dejé las pinzas a un lado—, pronto te llevaré con James y Harris, seguro los extrañas,

¿no? Iremos a la cabaña, recordarán viejos tiempos, pero esta vez la presa... serán ustedes.

—Harris va a destruirte, con él no podrás tan fácil, cretino.

—Bien, espero que me dé pelea, porque lo único que ustedes me dieron, fue lastima.

Mike volvió con cuatro hombres, no eran de mi gente y no sabía de dónde mierda los consiguió, no era algo que me interesara, solo los necesitaba para torturar a Brett.

—Espero que te guste estar del otro lado, Brett —mi sonrisa se amplió—, ellos te harán sentir lo que Matt y Holly experimentaron —

el pánico se desbordó en sus ojos, miré a los hombres—, no lo maten, quiero que el medico lo atienda cuando sea necesario y después, vuelvan a violarlo —ordené con calma antes de salir de ahí.

Llegué al pent-house por la madrugada, casi al amanecer. Holly no me llamó en todo el día, no sabía si eso me jodía o me complacía.

¿Le importaba o solo me daba mi espacio? Con ella nunca estaba seguro de nada. *Joder*. ¿Dónde mierda nos dejaba eso? Mis putas inseguridades lo arruinarían un día de estos, mis celos lo harían si no los controlaba, pero ¿cómo lograrlo? Resultaba un arduo trabajo, imposible ante mis ojos.

—¿Bebé?

Y ahí estaba su dulce voz. Arrojé las llaves contra la mesita de la entrada y vi a mi chica adelantarse hacia mí. Como era su

costumbre, llevaba una de mis camisas, el cabello revuelto y suelto, ya le llegaba cerca del ombligo. Al verme, una sonrisa cálida adornó sus labios, no había reproches en sus ojos, solo...

—¿Estás bien? —Interrumpió.

Sacudí la cabeza, el alcohol se me subió, aunque bien, no se me subió, estaba ebrio porque bebí demasiado. Ni siquiera recordaba cómo llegué.

—Te trato como la mierda y sigues sonriéndome, Bridger, ser tan bueno a veces es perjudicial, nena.

Sonrió y me permitió apoyarme en ella mientras nos dirigíamos a nuestra habitación.

—Eres un poco bestia, pero un error no me hará huir, Dixon, en las relaciones siempre hay problemas.

Entramos a la habitación y me dejé caer sobre la cama. Holly me quitó los zapatos y decidida fue por mi pantalón.

—Deja eso, aun estás mal, joder.

Me ignoró e hizo lo que se le dio su gana, así que solo le ayudé a sacarme el pantalón, prosiguió con mi camisa y fue suficiente para mí. La atrapé entre

mis brazos y la estreché en ellos, su cuello rozó mis labios que no dudaron en repartir besos suaves y delicados.

—Me gusta la sensación de tu pecho contra mi pecho.

Suspiré y me enfoqué en ese sutil sonido que venía de ella.

—¿Por qué?

—Porque siento los latidos de tu corazón... yendo al compás de los míos. — Me miró enternecida—. Son dos corazones que laten por un mismo amor — posé la mano en su pecho con cuidado mientras

sonreía—, ¿lo sientes? Ese *pam pam pam...* es mi sonido favorito en el mundo.

—¿Y diciéndome eso quieres que te trate mal? —Besó mi frente—

Eres muy romántico.

—Soy un pendejo enamorado. —Eché la cabeza hacia atrás y ella soltó una carcajada.

—Pero mío.

—Eres la única que me soporta.

Se incorporó y la tomé de la mano antes de que se pusiera de pie por completo.

—¿Por qué no puedes amarme, Holly? —Pregunté con un nudo en la garganta— ¿Por qué a él sí y a mí no?

Se soltó de mi agarre y se acomodó a mi lado, me recosté sobre mi costado y me le quedé mirando, ella sufría, por algún motivo estaba sufriendo.

—El que no lo diga, no significa que no lo sienta, Dixon —habló al fin.

Su mano acunó mi mejilla y la calidez de su caricia fue un alivio para la frialdad de mi alma que aclamaba sentirla.

—Pero no me forzaré a decirlo por complacerte y aliviar tu necesidad, lo haré cuando sea el momento...

—Entonces tú...

—Mi corazón es tuyo, bebé —susurró—, lo has dicho hace un momento, él late por ti.

Cerré brevemente los ojos, huí de su mirada y lo que me transmitía.

Por dentro estaba temblando.

—Estoy asustado —confesé.

—Sería raro que no lo estuvieras, pero créeme en mí, Dixon, por favor

—suplicó con cierta desesperación—, confía.

La miré y mi boca no se detenía para seguir dejándome expuesto.

—Puedes destruirme.

—Jamás lo haré.

—¿Lo prometo? —La exigencia en mi tono no pasó desapercibida para ella.

—Lo prometo.

Besé su dorso y luego volvía a abrazarla, difícilmente me cerní sobre su cuerpo, todo a mi alrededor daba vueltas, solo podía enfocarla a ella y su hermosa cara.

—No quiero estar con nadie más en lo que me resta de vida —

susurré.

—¿Estás seguro? —Sonrió dulcemente.

—Tan seguro como para pedirte que seas mi esposa.

La sonrisa se borró de sus labios, titubeó, yo no.

—Dixon, estás ebrio.

—Y enamorado —agregué—, cástate conmigo, Holly, cástate conmigo.

## Capítulo 45

### *Holly*

Dixon aún no despertaba.

Aguardaba con nerviosismo el que lo hiciera. Anoche no se mantuvo consciente, dicha su proposición, se quedó profundamente dormido; yo no pude conciliar el sueño en lo que quedaba de la noche,

¿cómo podría luego de tal petición? Él quería que fuera su esposa, pese a que, lo dijo estando ebrio, si la idea brotó de sus labios, es porque llevaba algún tiempo contemplándola.

¿Me veía como su esposa? No lo sabía. Aunque, ¿la diferencia sería mucha? Lo dudaba. Vivíamos juntos, trabajábamos juntos, compartíamos la mayor parte del tiempo juntos. Ser su esposa tendría como diferencia un documento, solo eso.

Apagué el fuego y coloqué los platos en la encimera. Escuché los pasos de Dixon bajar las escaleras y deprisa serví el desayuno, esta vez quise hacerlo yo, por lo regular, cuando ambos bajábamos, este ya se encontraba servido.

—Buenos días, Bridger —saludó serio.

Me volví hacia él y puse un vaso con jugo y un par de pastillas a su lado. Olía a esa loción que tanto me fascinaba, su cabello húmedo y el traje impecable ciñéndose a su figura. Tomé asiento delante de él y comencé a desayunar en silencio.

—¿Cómo te sientes hoy? —Averiguó.

—Mejor, puedo moverme libremente, evito hacer esfuerzos. —

Mastiqué despacio, él no dejaba de mirarme, como si quisiera pedirme algo y yo rezaba para que no se tratara de una respuesta a la pregunta que formuló anoche.

—Sobre lo de ayer —carraspeó—, quería pedirte una disculpa.

—Ya lo hablamos anoche, Dixon. —Apretó las cejas.

—¿Lo hicimos? Ni siquiera recuerdo cómo carajos llegué —

comentó. Sentí alivio al oírlo y a la vez, cierta decepción.

¿Qué estaba mal conmigo? ¿Desde cuándo era tan... indecisa?

—Bueno —bebí café y pasé el liquido con dificultad, evitaba mirar a Dixon a los ojos—, no importa.

Agaché la mirada y continué desayunando al igual que él, ninguno dijo más. Al finalizar, subí a cepillar mis dientes mientras Dixon atendía una llamada. Eché un vistazo a mi reflejo sin ver mucha diferencia a la Holly de hace unos meses y a esta, al menos no físicamente, pues seguía siendo yo misma, pero en el interior, me sentía distinta... y no sabía cómo explicar esa sensación.

Tomé un respiro y no le presté mucha atención a esa otra sensación que me apretujaba la garganta y causaba un malestar en mi estómago.

—¿Estás lista? —Lo miré.

Se notaba más frío de lo normal y yo no me encontraba con ánimos para luchar contra esos obstáculos que interponía entre nosotros,

había mucho en que pensar.

—Sí.



Cogí mi bolso y antes de abandonar la habitación, Dixon cerró la puerta y presionó su cuerpo al mío desde atrás. Su aliento calentó mi cuello expuesto y su mano libre se cernió a mi cintura.

—Te amo —susurró—, pero hay momentos donde tengo que ser esta versión que bien conoces.

—Lo entiendo a la perfección, no te reprocho nada.

—A veces quisiera que lo hicieras, y no que pasaras de largo de mi indiferencia, a veces quisiera sentir que también te importo, Bridger.

—Dixon, no...

—Aprendí a demostrarte lo que siento, lo hice porque te amo —

interrumpió, como era su costumbre—, ¿es tan difícil para ti darme lo mismo?

Callé de improviso, cuestionándome sobre si estaba haciendo algo mal en nuestra relación, cayendo en cuenta de que, seguía tratándolo como siempre, a excepción de esas palabras bonitas con las que solía dirigirme a él y por supuesto, el sexo. Quizá me faltaba diferenciar sobre jefe y novio, separarlos por completo.

—No, no lo es —lo enfrenté, tomándolo del rostro—, me importas y te quiero, perdón si no lo has sentido así.

—¿Todo se soluciona hablando? —Inquirió burlesco.

Acaricié las mejillas con mis pulgares, dedicándole una sonrisa tierna.

—Hay excepciones —besé su boca—, estaremos bien, ¿de acuerdo?

<

—Contigo a mi lado, lo demás no importa.

***Dixon***

Escuchaba hablar a mi hermano, pero mis ojos la enfocaban a ella.

Mordisqueaba el lápiz de tanto en tanto, acomodaba uno que otro mechón de su cabello que se salía de lugar, suspiraba y continuaba concentrada en su trabajo, ajena a mi intenso escrutinio. Las cosas entre nosotros quedaron bien, toda esta semana no hubo más peleas, ni reclamos, solo tranquilidad, aunque la había visto poco, los últimos días estuve en las bodegas junto a Anel, cerciorándome de que el trabajo se hiciera bien. La mercancía viajaba a España y de ahí se repartía, tenía a los clientes presionando, cada vez exigían más. Por supuesto, se trataba de más ganancia, más movimiento, pero más trabajo, lo cual me sirvió para no pensar mucho en la propuesta que le hice a Bridger esa noche que bebí de más.

Recordaba que le pedí que fuera mi esposa.

¿Por qué? Bien, podría dar un sinfín de respuestas para esa pregunta, pero la principal era una: la amaba.

En mis veintisiete años jamás me enamoré de nadie, Holly sería la primera y la última. Ella me llenaba en todos los sentidos y dudaba poder encontrar a otra igual. Sin embargo, fue apresurado pedirle matrimonio, sin contar con el modo y el sitio en el que realicé la pregunta: ebrio y en mi habitación. ¡Carajo! ¡No! Algo como eso merecía un escenario especial, un momento indicado, ser una elección de ambos, sin presiones de mi parte.

Holly no me había dicho que me amaba, jodido pensar que podría pedirle matrimonio cuando ni siquiera estaba seguro de lo que

sentía por mí, pese a que, ella lo haya explicado, la jodida espina continuaba clavándose en mi pecho y no se detenía. Por eso opté por fingir que no recordaba nada, le daba alivio a mi chica y ahorra una posible discusión en la que no quería caer. Tenía demasiado trabajo encima.

—Es más divertido de lo que pensé —finalizó Dexter. Parpadeé un par de veces, tallé el puente de mi nariz y cogí la taza a mi costado, di un sorbo al café y casi suspiro.

—Es un pueblo, ¿qué coño puedes hallarle de divertido? ¿O es que estás fascinado con el ganado? —Mascullé. Rio, lo cual no hacia desde hace mucho.

—La hija de Medina es una distracción, la chica habla hasta por los codos, digamos que evita que me aburra. —Al oírlo, las alarmas dentro de mi cabeza se encendieron.

—Cuidado, Dexter —siseé serio—, si algo ama Medina más que a su negocio, es a su mujer y a su hija, el tipo le ha matado a varios pretendientes, ella tiene dieciocho años, es una niña...

—Te has hecho una película, Dixon, no me jodas —volvió a reír—, soy consciente de todo.

—Podría decir que me alegra que estés haciendo amigos, pero no con esa cría, Dexter, vas a meterte en problemas.

—Es como mi hermana, deja de preocuparte. Ahora debo irme, dale saludos a Holly.

Colgó sin más y casi arrojé el móvil contra la pared. ¿Qué carajos le sucedía? ¿Quién se creía para colgarme? Menudo imbécil. No metería las putas manos por él cuando Medina decidiera cortarle las bolas por enredarse con su niña. *Idiota.*

—¿Todo bien, bebé? —Cuestionó. La miré, el enojo se desvanecía de a poco.

—Sí, nena. —Resoplé y desacomodé mi cabello.

—No quiero darte más preocupaciones, pero las ganancias de Phoenix, han disminuido —comentó cauta. Recliné el cuerpo sobre la silla.

—Lo sé, he dejado de frecuentarlo, ahí tienes el motivo. —Sonrió de lado.

—¿Así que asumes que todos asistían porque el Diablo estaría presente?

—Absolutamente. —Estiré el brazo y le ofrecí mi mano—. Ven aquí.

No dudó en venir, aceptó mi mano y se sentó en mi regazo, sus brazos alrededor de mi cuello. Ella ya se encontraba bien y yo más que ansioso por follarla duro.

—¿Te parece si mañana lo visitamos juntos?

Mis dedos jugaban en el interior de sus muslos apretados, no me negaba el acceso, pero solo tentaba.

—¿Es seguro salir? Hay mucha gente.

—Mi reina siempre estará a salvo —le rocé el cuello con la nariz—,

¿quieres ir conmigo?

—Iría contigo hasta el infierno.

Sus dedos viajaron a los botones de la blusa color perla que usaba, con su mirada sobre mí comenzó a soltarlos uno a uno.

—Traje algo para usted —susurró sugestiva—, espero y le guste.

—¿Piensa seducirme, Bridger? —Articulé con la voz ronca, veía el inicio del encaje a través de la abertura de su blusa y mi pene no demoró en reaccionar, así como cada parte de mi cuerpo.

—Pienso follarlo, señor Russo.

Abrió la blusa y descubrió lo que llevaba debajo. Yo veía rojo, encaje rojo apretado a las curvas blanquecinas, la redondez de sus senos sobresalía ajustándose gracias al sujetador.

—¿Cuántas veces imaginó este momento, señor Russo?

Quise tocarla, negó, me propinó un manotazo y se incorporó, tomó asiento en el borde del escritorio, mis manos en sus muslos, las apartó por segunda ocasión y me empujó contra la silla, ordenándome que me quedara ahí con una sola mirada, y yo como el idiota enamorado que era, obedecí. Luché con mis ganas de arrancarle la ropa y penetrarla.

—Le hice una pregunta. —Su pie descalzo en mi entrepierna, jadeé ante el roce en mi erección.

—Te aseguro que fue más de una vez.

Atrapó su labio inferior con los dientes y bajó el cierre de su falda, la deslizó fuera sin prisa alguna, la mirada en mí en todo momento, mis ojos ansiosos recorrían su figura. El ligero acaparó mi atención, se fundía contra la palidez de su piel que ansiaba marcar con mis dedos, apretarla, sostenerla, morderla, joder, quería verme en ella, quería una imagen de su coño rosado por mis embestidas mientras mi semen resbalaba entre sus muslos.

—¿En qué piensa, señor Russo?

—No llevas bragas. —Mi voz sonó baja y ronca, naturalmente.

—A menudo las rompe, ¿qué caso tendría usarlas?

—Estuviste en una habitación con cinco hombres... sin bragas. —La miré, ansioso y enojado.

Nadie podía verla, pero detestaba imaginarlo, era un idiota al enojarme por lo que mi estúpida imaginación creaba.

—¿En serio? —Se burló.

Se inclinó hacia mí y me cogió de la corbata, tiró y me acercó a su boca.

—Tócame entre las piernas —lamió mi labio inferior y juro que iba a venirme como un puto colégialo—, siente como me haces humedecer.

Perdí el control de mí mismo.

Enredé la mano en su nuca, aplasté su boca con la mía, le mordí los labios, la escuché gimotear, poco me importó.

—Si me provocas, me sacias.

Tiré todo lo que estaba encima del escritorio, le abrí los muslos y pasé los dedos de norte a sur a través de su sexo mojado.

—Si me jodes, te follo —gruñí.

—Domíname, Russo —farfulló risueña—, ahora.

—Sin sutilezas, Bridger.

Me quité el cinturón, desabotoné el pantalón y bajé el cierre. Cogí su mano y la puse encima de mi miembro duro.

—Sácalo —ordené. Sus ojos brillaron lujuriosos.

La suavidad de sus dedos se abrió paso entre la tela y enseguida enroscaron mi pene. Masturbó leve y jugó con el liquido que adornaba la punta de mi hinchado glande.

—Qué duro estás.

—Y ansioso, no me he masturbado... nena, esperaba por este coño

—palmé su centro—, con llenarte de mí.

Me abalancé a su boca, separé aún más sus muslos y arremetí contra su vagina estrecha. Chilló y se tensó, mi cuerpo rígido, mi deseo al límite, temía correrme apenas estuviera completamente dentro de ella.

—Qué apretada estás —jadeé.

—Eres muy grande.

Sonreí ante eso. Empujé la pelvis con más ansias y terminé de embestirla. El calor que me daba al estar así, no podía describirlo.

La agarré del culo, presioné su carne, Holly me rodeó la cadera con las piernas y el cuello con los brazos.

—¿Lista?

—Solo hazlo, no pares, Dixon.

—Eso nunca.

No me medí al momento de retirarme y volver a empalarla; gritó y clavó las uñas en mi espalda, incluso al llevar la camisa, podía sentir como me hería y eso me ponía más duro. Era un puto masoquista.

Deprisa le saqué el sostén, cautivado por el vaivén de sus tetas que se movían en sincronía a mis arremetidas, las amasé, pellizqué sus pezones y encantado me gustó sentir su dureza.

—¿Me extrañaste? —Cuestioné.

—Mucho —gimió.

Abandoné su interior, la bajé del escritorio sin problema. Amaba que fuera tan pequeña, podía manipularla a mi antojo, y así lo hice.

Apoyé la mitad de su cuerpo contra el escritorio, abrí el cajón de un costado y saqué un par de esposas que sin dudar coloqué en sus muñecas mientras dejaba sus brazos detrás de su espalda.

—¿Me pusiste unas esposas?

—No solo pondré mis manos en tu cuerpo y mi pene dentro de ti, te dije que me gustan los juguetes... voy a usarlos en ti, nena.

Alzó el cuerpo un poco, pero con la mano presioné su cara a la madera.

—Quédate quieta —sostuve mi tamaño y pasé la punta por su culo, empujé un poco y ella se tensó más—, exploraremos después...

pero lo haré.

—Dixon...

Le propiné un azote y le di duro desde atrás. Verla esposada, encima de mi escritorio, desnuda y con mi pene abriéndose paso dentro de ella, fue... alucinante.

Me esforcé por durar el mayor tiempo posible, duro y profundo, mis palmas se marcaban en sus nalgas cada vez que la azotaba, la tenía completamente dominada y ya que ella me dominaba fuera del sexo, al menos aquí podía hacer lo que se me daba la gana.

—¿Te gusta, Bridger? —Paré un momento, reduje los movimientos solo para ver como mi pene se perdía en el interior.

—Sí.

Incliné mi cuerpo sobre su figura y la besé en la mejilla.

—Estás deliciosa —me moví lento, su cara se deformó por el placer

—, y tus gestos, oh, nena, me endurecen.

—Te siento... muy... —abrió la boca y ninguno sonido fue emitido—,

¡Dios!

—Recuerda quien soy, nena.

Mi pelvis se movía en dirección a sus puntos de más placer, no era solo meterlo y sacarlo, había maneras de darle placer y no dudaba en encontrarlas para hacerla venir.



—Voy a venirme.

—Lo sé, cariño, te siento.

Volví a salir de su interior cuando la sentí más cerca del orgasmo, gruñó molesta, la levanté del escritorio, tomé asiento en mi silla y la acomodé encima de mí, las piernas a cada lado de las mías.

—Qué preciosa te ves —susurré.

—Quítame las esposas.

—No estás para ordenar, preciosa. —Le solté el cabello, me gustaba verlo caer detrás de su espalda cuando estaba sobre mí.

La penetré, ajusté las manos en su cadera y eché el cuerpo hacia atrás.

—Muévete, nena, muévete sobre mí.

Curvó la espalda hacia al frente, me quedé quieto, sintiéndola, la admiré como la Diosa que era, se balanceaba con sensualidad, era más de lo que merecía en esta vida.

Sus senos rellenos aclamaban mi boca, probé los pezones duros y me deleité ante el sabor de su piel. Ella se humedeció más, mi pelvis estaba empapada de sus fluidos, estos provocaban un sonido cada vez que se dejaba caer en mi pene. Succioné por encima de sus senos, marqué la piel, bajé hacia el escote e hice lo mismo, dejé un camino rojizo de marcas, mordí cerca de su pezón y ella lloriqueó, mas no me detuvo.

—Sigue mordiéndome, me gusta —incitó.

—¿Masoquista?

—Somos.

Reí y proseguí con mi tarea, dándole lo que quería. Mordí más fuerte, se contrajo y se movió con más rapidez. Arañé su espalda, le mordí el mentón y el cuello.

—¡Dixon! —Alzó la voz, excitada.

Se vino de una forma deliciosa y yo casi gritó por el placer que me causó su orgasmo. Gemí su nombre cerca de su oído, mi semen se derramó con fuerza en su interior, cada partícula de mi ser se sacudió con violencia, la sentí solo a ella como una parte de mí para siempre. Fue un orgasmo único, como todos los que tenía con la mujer que amaba.

Apoyó la cabeza contra mi pecho, nuestras respiraciones erráticas, recobrábamos el aliento.

—Eso fue...

—Único —finalicé.

—¿Será debido al tiempo que no follábamos?

—Quizá.

Besé su frente, la tomé del mentón y la miré a los ojos.

—Te amo demasiado. —Un último beso en su frente, ella sonrió.

—Lo sé.

Mi móvil interrumpió el momento. Maldije por lo bajo. Siempre debían llamarme cuando estaba con ella, al menos quien sea que estuviera del otro lado esperó a que termináramos, sin embargo, cuando saqué el jodido aparato, descubrí varias llamadas perdidas de madre y Taylor. Maldita sea.

—Dame un momento, cariño.

Rápidamente le quité las esposas, se incorporó y se dirigió al baño con su ropa en la mano. No pude hacer más que subirme los pantalones con sus fluidos y los míos sobre mi pelvis y pene. Ya me ducharía en un momento.

—¿Qué demonios pasó? —Atendí en cuanto Taylor volvió a llamarme.

—Señor Russo, hubo problemas —informó, se escuchaba agitado, últimamente llamaba para dar malas noticias—, la policía entró al domicilio de sus padres y se llevaron detenido a su padre.

—¿Qué mierda estás diciéndome? ¡Debe ser una puta broma! —

Exclamé, levantándome de golpe.

—Ojalá lo fuera, estoy con su madre, la llevo a la estación...

—¡Devuélvela a la casa de seguridad! ¡Ella no irá a ningún puto lugar!

—Señor...

—¡Me importa un carajo si debes someterla! —Bramé enardecido, conocía la terquedad de madre, pero no podía arriesgarme a que le hicieran algo o exponerla a una humillación más— ¡Hazte cargo!

Terminé la llamada y casi rompo el móvil. Mi sangre hervía. Esos bastardos. No podían conmigo y se iban con mi familia. Ahora debía sacar el trasero de padre de la puta cárcel, vaya a saber qué mierda encontraron en la mansión, ahí no había nada, no existían pruebas contra nosotros, ¿a qué demonios jugaba el General?

—¿Qué ocurre? —Miré a Holly.

—Mi padre está en la cárcel, necesito llevarte al pent-house...

—No —se adelantó hacia mí—, iré contigo.

—Harris estará ahí y no pienso exponerte a él.

<

—No voy a temerle toda la vida, Dixon —susurró decidida—, iré contigo —tomó mi mano y dio un apretón—, nunca te dejaré solo, esto es por mí, no huiré como una cobarde.

La atraje hacia mí, apreté su cuerpo contra el mío y respiré profundo su aroma, ayudaba a tranquilizarme, pero seguía furioso.

—Vamos a destruirlo, nena.

—Es una certeza, Diablo.

## Capítulo 46

### *Dixon*

Podía presentarme en este sitio sin ningún problema.

Yo era Dixon Russo, el Diablo, dueño y señor de esta ciudad.

A mi lado, Holly se movía con seguridad, su mano aferrada a la mía, la mirada en alto, tranquila, decidida, obviando a la avalancha de periodistas que nos recibieron en la entrada y a las personas a nuestro alrededor que no paraban de cuchichear mientras nos miraban avanzar. Quería cortarles la lengua y arrancarles los ojos, mas mi prioridad era otra y estaba justo adentro.

Taylor me acompañaba, la seguridad se dispersó en toda la manzana. Si intentaban algo, no saldrían vivos, si yo moría, los arrastraría conmigo. Yo no me iría solo de este mundo y siempre lo había tenido claro.

—Señor Russo —me abordó el abogado apenas nos vio llegar—, su padre enfrenta los cargos de...

—No me importan los cargos que enfrenta. Sácalo de la puta cárcel, o lo dejan libre o se atienen a las consecuencias —siseé entre dientes.

—Las cosas no son tan fáciles.

—Te pago para que sean así. ¿O te queda grande el trabajo? —Lo enfrenté sin más. Pasó saliva y negó débilmente.

—Haré todo lo posible.

—No te ordené que hicieras todo lo posible, me haces hasta lo imposible, pero lo sacas de aquí hoy mismo.

Holly me dio un ligero apretón en la mano, pedía en silencio que mantuviera la calma, mas no lo controlaba, mis impulsos salían a flote, mi estabilidad se fue de paseo; tenía ganas de quemar todo, de tomar mi arma y perforar los cuerpos de Charles y del General con mis balas. Necesitaría solo dos.

—Sí, señor.

Sin más se perdió entre los pasillos. De frente observé venir al General, se pavoneaba con su uniforme mediocre, le daría el gusto de que muriera con él puesto.

—Vaya escándalo, Russo —se mofó sin un mínimo atisbo de sonrisa, pero sus ojos decían lo feliz que se hallaba por esta nimiedad.

—He salido de peores, General —espeté con desprecio su título.

—¿De verdad piensas que saldrás? —Inquirió con sorna.

—La mierda de los perros es más fácil de limpiar —mascullé.

Enderezó la espalda, la mandíbula tensa. Sus ojos se desviaron hacia Holly y un brillo perverso relució en ellos.

—Quien diría que tus debilidades son tan... insignificantes —

comentó, rozándole la mejilla en un gesto que casi me hace cortar la mano, si no es porque Holly me detuvo.

—Ta insignificantes que han puesto a un General al mando de un simple oficial, ¿verdad? —Intervino ella.

—Cuide sus palabras.

—Y usted las suyas —dijo seria—, Dixon no está solo.

—No, por supuesto que no, tiene una mafia a su disposición que lo hace sentir intocable.

—Me tiene a mí —replicó—, y es mejor que tenga pruebas si hará tales acusaciones, no quiere una demanda por difamación y otra por acoso.

Tiró de mí y nos dirigimos hacia unas sillas en un costado de un pasillo angosto y deplorable. Entrelazó nuestros dedos y me miró serena e inalterada.

—Eres grandiosa —estiró los labios hacia atrás—, ya le hubiera prendido fuego a esto si no estuvieras aquí.

—Ya lo has hecho, los has tocado con tus llamas, por eso su desesperación —murmuró.

—Preferiría hacerlo del modo literal. —Ensanchó su sonrisa.

—Eso lo puedo asegurar. Paciencia, Diablo, el infierno nos alcanza a todos.

Permanecemos en silencio, armándome de paciencia, la cual solo tenía gracias a ella. Los minutos pasaban y no había noticias, afuera el caos de los periodistas seguía, esto me jodería con mis empresas, es lo que esos bastardos buscaban. Manchar y manchar mi nombre para poder vencerme. Sin embargo, por mucho que me gustara la paz que me daba el estar "limpio" no dudaría en mancharme con tal de aplastar a mis enemigos. Nadie se burlaba de mí, la humillación que le hizo pasar a mis padres se la cobraría muy cara.

—Señor Russo —nos abordó nuevamente el abogado—, han dejado libre a su padre, pero la multa fue escandalosa. Sembraron evidencia.

—No me sorprende, hijos de perra. —Nos incorporamos, Holly no soltaba mi mano.

—Podemos esperar que intenten hacer lo mismo con sus propiedades, estarán atacando por ese lado, les está funcionando.

—Respiré hondo.

—No quería hacerme cargo tan rápido, las sospechas recaerán sobre mí, pero no pienso permitir que sigan jodiéndome con esto —

masculé a nadie en particular.

Ninguno dijo más nada, tiré de la mano de Holly y esperamos un par de minutos a que padre fuera liberado. En cuanto me vio, solo pude ver el reproche en sus orbes, siempre era así con él, por más que me esforzaba, jamás podía hacer algo bien ante sus ojos.

—Nunca en todos los años que yo estuve a la cabeza, sucedió algo como esto, dime, ¿cómo permitiste que un patético General de quinta irrumpiera en nuestra casa? ¡¿Cómo?! —Exclamó enojado, sin guardar la compostura — Y esta humillación hacia mí, ¡un Russo en la cárcel!

—Fue un jodido error, no lo esperaba —siseé, controlando mis instintos. No podía explotar en este lugar, no era propio, pero al parecer a mi padre eso poco o nada le importaba.

—¡Vives cometiendo un error tras otro! ¡Eres un incompetente al que no debí dejar a cargo de mis negocios! —Espetó.

—Cuida tu maldito tono de voz —advertí.

Entonces sin esperármelo, él abofeteó mi cara.

El sonido fue seco, doloroso y humillante.

No era la primera vez que me golpeaba, pero si la primera delante de la gente, delante de Holly.

—Estás acostumbrado a tratar a todos como se te dé la gana, pero a mí no, Dixon, soy tu padre, me debes respeto.

—¡El respeto se gana! —Alzó la voz Holly, interponiéndose entre nosotros.

—No te entrometas, Holly —advirtió mi padre.

—Me entrometo porque no voy a permitir que vuelva a ponerle una mano encima.

—Es mi hijo.

—Y él es mi novio. El que tengan un parentesco no le da derecho de golpearlo, ¿me oyó? La próxima vez que intente tocarlo, me va a conocer.

Yo no podía hablar, seguía asimilando lo que sucedió. El calor de su mano prevalecía en mi mejilla. No dolió el golpe, no me dolió en lo absoluto, por supuesto, lo que causó en mi interior era punto y aparte.

—Nunca dejarás de ser una decepción para nuestra familia —dijo antes de irse.

Agaché la mirada, solté la mano de Holly, las mías acabaron hechas puño. Tenía ganas de romper todo, de destrozarle el rostro a mi padre hasta que se hayan roto mis nudillos.

—Bebé —susurró cauta—, por favor no lo escuches.

La calidez de sus manos acunó mis mejillas. La miré y sus ojos rebosantes de preocupación fueron demasiado para mí. Me aparté de su caricia y sin palabras la escolté fuera de la jefatura hacia el auto. La hice subir primero, Taylor de chofer.

—Llévala a casa, los veré allá, tengo cosas que hacer.

—¿Qué? No, Dixon. —Holly quiso bajar del auto, pero se lo impedí.

—Haz lo que te ordeno.

<

—Dixon...

Cerré la puerta y la vi partir, mientras yo luchaba contra las ganas inmensas que tenía por perderme.



## *Holly*

Era de madrugada y Dixon no llegaba.

Taylor me informó que se encontraba bien, pero por orden de él, no podía decirme donde se encontraba. Quería tranquilizarme, mas resultaba inútil. Dixon era muy sensible, mi pobre bebé era fácil de herir cuando las palabras venían de alguien a quien él amaba.

Odiaba con todas mis fuerzas que su padre fuera un desgraciado que no paraba de humillarlo. Jamás me pasó por la cabeza que el señor Russo tuviera tales comportamientos para con su hijo, ahora comprendía un poco más por qué Dixon se mantenía alejado de ellos y también por qué no solía dedicarles una pizca de cariño. No lo merecían, no merecían el amor que mi Diablo sentía por ellos, no cuando lo trataban así.

Me paseaba por enésima vez por la sala cuando oí la puerta abrirse.

De inmediato me dirigí hacia ella. Dixon entró: la camisa arrugada y fuera del pantalón, el saco en la mano y una botella de whisky en la otra. Su cabello rebelde le acariciaba las cejas, su expresión seguía siendo la misma que vi antes de que me enviara con Taylor.

—Bebé —susurré.

Enfocó sus ojos en mí. No estaba del todo ebrio, pude darme cuenta de eso. Si tenía el aspecto decaído y descuidado, era por lo sucedido hacia unas horas.

—Deberías estar dormida, cariño, no esperes por mí.

—Esperaré por ti toda la vida, bebé —aseguré.

Se dirigió a la sala, arrojó el saco y se sentó delante de la chimenea.

El fuego danzaba en la oscuridad y desprendía sombras siniestras que acariciaban las hermosas facciones de mi hombre.

—Ven aquí —pidió.

Me acurruqué a su lado, pasó su brazo por mis hombros y le dio un trago a la botella, bebiéndose el líquido como si fuera agua sin derramar una sola gota. Efectué una mueca.

—Dame eso, Dixon —exigí—, basta de beber.

—Shh...

Puso su dedo índice en mis labios y luego se inclinó hacia mi boca, dándome un beso suave que me supo a gloria luego de no haberlo visto en lo que restaba del día.

—Te amo, nena —susurró—, aunque tú no sientas lo mismo por mí.

—Ya hablamos de eso, Dixon.

Mordisqueó mi labio inferior y se acomodó nuevamente en el sofá, dejándose caer sobre el respaldo, mas no por mucho, se incorporó de inmediato, tambaleándose de manera leve, le dio otro trago a la botella, esta vez un poco del líquido resbaló por la comisura de su boca. Limpió de malas y sorbió su nariz.

—No lo entiendo, Holly —empezó a decir—, sí, sé que soy un cabrón, pero ¿tan poco valgo?

Me puse de pie, intenté acercarme, pero él deprisa retrocedió. Se veía dolido y enojado, muy enojado.

—Valgo tan poco para que mi padre me ame —tensó la mandíbula

—, para que mi madre me haya defendido, ¡para que tú me ames!

Rio con sorna mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—Ese pendejo de Harris, ¡tú lo amaste! —Recriminó— ¡Fue una mierda y lo amaste! ¿Es mejor que yo, Holly?

—Las cosas no van por ahí, Dixon, estás bebiendo mucho y la razón se te nubla.

—¡Se nubla una mierda, Bridger! —Bramó enardecido— ¿Por qué?

Dímelo, ¿por qué nadie puede amarme?

—Dame eso —pedí, tratando de quitarle la botella. Lo que hizo fue darle un último trago antes de estrellar la botella en la pared. Pegué un pequeño grito, asustada.

—¡Contéstame! —Exigió— ¡Te amo! Maldita sea, te amo tanto y tú no eres capaz de sentir lo mismo por mí, no puedes...

—Te amo —interrumpí, él calló de improvisto—, te amo, te amo, Dixon Russo.

Su cara era un poema y yo sentía una gran liberación dentro de mí.

—Estoy enamorada de ti, llevo amándote desde que te conocí. Amo tu mal genio, tu mal sentido del humor, amo tus dramas y lo caprichoso que eres —le toqué la mejilla—, amo tu corazón noble y tu amor por mí. Te amo a ti, ¿es lo que querías oír? Yo te amo, Dixon Russo.

—Tú me amas... —susurró incrédulo.

—Yo te amo.

Golpeó mi boca con la suya. El sabor del alcohol prevaleció en sus labios, arremetió con su lengua en mi interior, me dominó de inmediato y solo me dejé hacer. Respondí a cada roce dado,

balanceándome contra su figura, sintiéndome a salvo entre sus brazos. Le rodeé el cuello, me apreté a él con necesidad, su corazón latía desbocado, el mío estaba igual.

—Dímelo de nuevo —pidió—, dime que me amas, Holly.

—Te amo, Dixon.

Su mirada cristalina me tomó desprevenida. Mi bebé se notaba indefenso, tan vulnerable.

—Otra vez —susurró.

Me tumbó sobre el sofá, reí. Lo tuve metido entre mis piernas, su cuerpo fundido al mío, presionándose más, como si necesitara ser uno solo conmigo.

—Te amo.

—Otra vez.

—Te amo, bebé.

—Soy tuyo, Holly, sigue diciéndome que me amas, sigue amándome una vez más.

—Toda la vida.

—Lo que dure esta, y en la otra también.

## **Capítulo 47**

### ***Holly***

Dormido se veía precioso. El cabello le oscilaba encima de las cejas, su semblante se hallaba pacífico, más de lo que alguna vez estuvo. Desde que le dije que lo amo la noche anterior, él no había parado de sonreír. No sabía el efecto que un te amo podía tener en él y más que nunca me sentía satisfecha con la decisión que tomé de decírselo. Fue tal y como lo imaginé: sincero y espontáneo. No hubo presión, solo la imperiosa necesidad de sacar esas palabras de mi garganta.

Y esta mañana al abrir los ojos estuve doblemente feliz, por su felicidad y la mía. Lo amaba tanto que me asfixiaba guardarme esas palabras, estrujaban mi pecho, ansiosas de liberarse, ser pronunciadas y escuchadas por la persona correcta, a la que yo amaba con intensidad, a quien no paraba de pensar día y noche.

Él... quien complementó mi felicidad como ninguna otra persona lo hizo: Dixon Russo.

Depositó un beso en su mejilla, le recorrió el pecho con la punta de mis dedos, hundí la cara en su cuello y respiré hondo su aroma fragante. Me saciaba su olor, su calidez, me regocijaba oír los latidos de su corazón, sentirlos bajo la palma de mi mano una y otra vez.

—Lo amo, señor Russo —dije en su oído.

—Uhm... —Sonreí.

Mi mano fue más allá de su vientre bajo, se deslizó por dentro de su bóxer y encontré a su duro amigo más despierto que él.

—Lo amo, señor Russo —repetí. Esbozó media sonrisa.

—Quién dice que el Diablo no puede estar en el paraíso —susurró

—, si cada vez que me dices te amo me encuentro ahí.

Abrió los ojos y enseguida lo tuve encima de mí, separó mis piernas y empujó las caderas contra mi centro. Recorrió mi cuello con la nariz, causó escalofríos en todo mi cuerpo mientras suspiraba en cada roce debido al disfrute que experimentaba cuando me tocaba así.

—Me amas —dijo entre intervalos de besos—, me amas.

—Te amo.

La felicidad que detonó en su mirar hinchó nuevamente mi corazón de alegría.

—Ya vengo —avisó.

Deprisa se incorporó, dejándome sola en la habitación. Salió casi corriendo, a lo lejos lo oí lanzar una maldición contra Theo y después lo tuve otra vez conmigo.

—¿Por qué le gritas a mi gato? —Cuestioné.

—Esa bola de pelos perezosa me arañó —señaló su pierna—, ¿qué está mal con él?

—Mi bebé solo está celoso —simplifiqué.

—Tu único bebé solo debo ser yo.

Trepó a la cama y reparé en el frasco que llevaba en la mano.

—¿Nutella? —Inquirí.

—Me dispongo a tomar mi desayuno —explicó.

Dejó el frasco de lado, abrió el cajón de un costado y sacó unas esposas metálicas. No preguntó, agarró mis manos y puso las

esposas en una de mis muñecas, estiró mis brazos y los ajustó por encima de mi cabeza, posteriormente sujetó las esposas a la cabecera y mis muñecas quedaron apresadas.

—Dixon...

—¿Sí?

—¿Qué planeas?

—Comerte.

Alzó la tela de la camisa que yo usaba como pijama y dio un par de besos húmedos en mi abdomen. Sus labios se posaron sobre mi cicatriz, los mantuvo ahí por tiempo prolongado, luego siguió subiendo hasta mis senos.

—Me gustan tus tetas —comentó, las amasaba con sus manos, puso duros mis pezones.

Agarró el frasco de chocolate y lo abrió, tomó un poco y lo embarró en mis pezones. Tuve escalofríos y la sensación del chocolate fue rara, mas nada de eso importó cuando Dixon asomó la lengua entre sus labios y probó mi piel

cubierta. Sonreí y jadeé, eché la cabeza hacia atrás y empujé la pelvis contra la suya.

—Qué rico sabes —murmuró.

Chupó con ansias y embarró más chocolate, lo lamía con esmero y lentitud, mordisqueaba mi piel y succionaba en cada oportunidad.

De vez en cuando su boca quedaba embarrada y al besarme, manchaba la mía con el chocolate y su saliva, embestía con la lengua en mi interior y continuaba deleitándose con mis senos.

—Nunca me gustó tanto el chocolate como hoy.

Tomó un poco más con dos de sus dedos y los introdujo en mi boca.

Los chupé y lamí, su cara de placer fue única, percibí lo endurecido de su miembro presionándose contra mi pelvis.

—Sabes chupar —se mofó.

—Sé hacer muchas cosas, señor Russo. —Sus ojos brillaron peligrosos.

—Como ponérmela dura solo con decirme señor.

Atacó mi boca con vehemencia. Me robó el aliento, la habilidad de sus dedos no demoró en arrancarme las bragas, el ardor quedó de lado, solo podía sentirlo a él. Estiró el brazo y tomó una almohada, la colocó debajo de mi espalda baja, alzando así un poco mi pelvis; se puso de rodillas, en su mano descansaba la longitud de su pene erecto brillando por el liquido pre seminal que él mismo se encargó de dispersar por su glándula.

Apretó la punta y con ella abrió mis pliegues, estimuló mi clítoris y jugó con mi deseo.

—Solo fóllame ya —pedí.

—Pídelo bien, nena.

Introdujo un par de centímetros en mi vagina y abandonó. Gruñí molesta.

—Bebé...

—Dilo, cariño.

—Señor Russo...

Comenzó a embestir despacio, muy despacio.

—¿Sí? —Presionó.

—Fólleme.

Embistió de golpe. Grité y me acostumbré a la sensación de su pene invadiendo mi cavidad. Se sentía más apretado y la posición hacia

que su longitud estimulara mi clítoris al tenerlo adentro.

—Qué caliente estás.

Mis muslos descansaron encima de los suyos, los dedos ceñidos a mi cintura, embestía lento y profundo, yo no podía con la excitación que me atravesaba, el tener las manos inmovilizadas ayudaba a que el momento fuera más placentero, estaba dominada por él y me gustaba bastante cuando se trataba de estas situaciones.

—Más, Dixon —supliqué. De pronto hacia mucho calor, me ardía el cuerpo.

Se inclinó encima de mí, los dedos cubiertos de chocolate, mismo que fue a parar a mis pezones endurecidos.

—¡Oh, Dixon!

—Lo sé, Bridger, sé como te sientes, sé cuanto lo quieres.

Presionó mis senos uno contra otro y lamió al mismo tiempo mis pezones, dándome un latigazo de placer más fuerte y estremecedor.



Chupaba con mucha satisfacción, que me la transmitía.

—Estás mojándote, nena. Me tienes empapado. ¿Te gusta?

—Sí.

—Eres mía, cariño.

—Solo tuya, bebé.

Hice las manos puño, alcé un poco más la pelvis y penetró con más dureza.

—Apriétame adentro —siseó con la punta de mi pezón en los labios.

Le rodeé la cadera y obedecí, lo sostuve dentro de mí con solidez, me moví a la par con sus embestidas.

<

—Eso es, ¿lo sientes, cariño? Estás humedeciéndote.

—Dixon —jadeé—, voy a llegar.

—Estoy sintiéndote.

Presionó nuestras bocas nuevamente. Probé el chocolate en cada roce dado, su lengua, la mía, ellas se entrelazaban mientras el calor nos sofocaba y el placer se adueñaba de cada parte de nosotros. El orgasmo nos golpeó con fuerza y dilatación, se mantuvo danzando dentro de la piel. El fuego en mi vientre bajo se calmó, dispersándose por todo mi cuerpo como un cosquilleo satisfactorio que me hizo estar en las nubes.

—Oh Diablo —gemí satisfecha—, te amo.

—No como yo te amo a ti, Holly Bridger.

***Dixon***

Quería irme a casa, quería encerrarme en la habitación y follar a mi mujer por todas partes. Pero en su lugar, estaba escuchando las estupideces que salían de la boca del hombre que me dio la vida, o parte de ella. Me encontraba a nada de pedirle que se callara y se largara de aquí. Siendo franco, mis ánimos de mantener una conversación con él, eran nulos.

—Matar a un General no es cualquier cosa —comunicó mi padre—, es un título...

—Un título con el que puedo limpiarme el culo —interrumpí.

Yo aun seguía molesto por toda la mierda que me gritó hacia una semana, Dixon Russo nunca olvidaba. Le cobraría caro esa humillación.

—No estás haciendo las cosas bien, todo esto tiene que ver con Holly, y no puedes...

—¿No puedo? —Increpé tosco— Puedo y lo haré, ¡los mataré!

Todos, incluido tú, van a aprender que conmigo no se juega, si no protejo a mi mujer, ¿qué clase de hombre soy?

—Primero son los negocios, si los asesinas, tendremos a toda esa horda de perros sobre nosotros.

—¿Nosotros? Ya no hay un nosotros, padre, este es mi negocio.

—Yo te puse donde estás y yo te quito cuando se me dé la gana —amenazó.

—¿Ah sí? —Me incliné sobre el escritorio— Adelante, te reto a hacerlo.

Tomó una bocanada de aire, las venas de su cuello se contraían y marcaban bajo su piel. Si pudiera, él volvería a golpearme, pero eso era algo que no permitiría otra vez. Ya no.

—Entraron a mi casa, Dixon. ¡Estuve en esa cárcel asquerosa!

—Bueno, todos tenemos que pagar las consecuencias de estar en este negocio, no sé de qué te quejas —le resté importancia. No le demostraría lo preocupado que me tuvo, tanto él como mi madre.

—¡Por tonterías de faldas!

—Baja tu tono —advertí—, y ahora lárgate, llévate a mi madre de vacaciones, desaparezcan de mi ciudad y si pueden, también de mi vida.

—Nunca dejaras de ser un egoísta.

—Soy tu reflejo... pero mil veces peor.

La puerta se abrió y Holly entró en compañía de su padre. Su presencia me brindaba calma y luz, pero no siempre era capaz de controlar mis crueles instintos.

—Lárgate —miré a mi padre—, lárgate de mi oficina.

—Dixon... —susurró Holly.

Mi padre se incorporó, acomodó el saco y me observó con desprecio, como nunca antes lo había hecho. Tenía la impresión de que su molestia iba más allá de lo ocurrido con su detención. Algo se me estaba escapando, mas no podía hacerme una idea de lo que se trataba.

—No es necesario que te diga lo que pienso —barrió mi cuerpo de arriba abajo—, sabes que no dejarás de ser una decepción de hombre.

—En eso se equivoca, señor —intervino mi suegro—, no conozco lo suficiente a su hijo, pero sí lo necesario para asegurar que es un gran hombre con un corazón mejor que el de muchos que yo conozco.

—¿Y usted quién demonios es?

—Alguien que le tiene aprecio y respeto a su hijo.

—Prepárese para que lo decepcione —se mofó—, siempre lo termina haciendo.

Dicho esto, salió dando un portazo. Relajé un poco mi cuerpo cuando Holly rodeó mi cintura con el brazo, el mío descansó encima de sus hombros mientras depositaba un beso en su frente. Hoy venía más bonita, su cabello trenzado me gustaba mucho y fue una excelente distracción.

—Qué hombre —murmuró mi suegro.

—Lamento la escena —carraspeé.

¿Desde cuándo me disculpaba? No cabía duda que Holly me hacía demostrar esos modales que conocía, pero nunca usaba.

—No te preocupes.

—¿Qué los trae por aquí? —Miré a mi suegro y luego a mi preciosa novia  
— Te dije que pasaría por ti para ir al club.

—Papá quería decirte algo —murmuró cómplice.

—A lo que sé, nunca has ido a un partido de fútbol —empezó a decir—, yo soy fanático, asistiré este fin de semana a un partido, quería invitarte a ir conmigo. Claro, si tu agenda te lo permite.

Guardé silencio a la vez que procesaba su ofrecimiento. Si bien, de pequeño disfruté el fútbol, pocos fueron los partidos que logré jugar antes de que padre decidiera meterme de lleno en la mafia, el rencor por haber pasado de largo de esa etapa en mi vida, me hizo detestar todo lo que tuviera que ver con el fútbol. ¿Para qué permanecer con un gusto que no llegaría a nada más? Sonaba ridículo y pocas veces me detuve a analizar lo que me afectaba, por la misma razón.

—¿Qué dices, cariño? —Me trajo de vuelta Holly— ¿Quieres ir?

—Claro —aclaré mi garganta—, sería un placer.

—Perfecto, entonces tenemos una cita.

Apenas sonreí. Holly se apartó de mí para poder despedirse de su papá. Él la miraba con amor, mucho amor, ella le respondía de la misma forma. No

pude sentir envidia, solo una infinita satisfacción parecida a la paz, saber que mi chica era amada profundamente, era el mejor regalo.

—Hasta el sábado, hombre —se despidió de mí.

—Se llama Dixon —alcancé a oír que Holly le dijo. Sonreí.

—Ya sé cómo se llama.

En un instante nos quedamos solos. Su pequeña figura no demoró en cernirse a la mía, me abrazó de la cintura y alzó la cara hacia mí.

—¿Cómo estás, bebé?

—Enamorado de ti, nena —respondí. Sus mejillas se tiñeron de rojo.

—¿Vamos a casa? Quiero que veas el vestido que compré para esta noche.  
—Arrugué el ceño.

—¿Vestido largo? —Mordió su labio inferior.

—Es sorpresa.

—Sorpresa sería que te llegara más abajo de la rodilla. —Suspiró.

—Linda me ayudó a elegirlo.

—La golfa...

—Dixon —advirtió—, es mi amiga, respeta.

—¿Cómo puedes ser amiga de alguien a quien me follé? Yo no podría.

—Eso todos lo sabemos —se burló—, celoso.

—Posesivo y asesino.

Sonrió y se estrechó más contra mí.

—¿Fue tu idea lo del partido? —Averigüé. Tomé asiento con ella en mis piernas. Era tan fácil acomodarla a mi modo de la manera que fuera.

<

—No, fue idea de papá, se siente en deuda contigo por salvarme. —

Negué despacio.

—No tiene que sentirse así, Bridger, te amo, haría cualquier cosa por ti sin esperar ser recompensado.

Deslizó los dedos por las hebras de mi cabello, lo acomodó hacia atrás muy despacio, evitó mirarme a los ojos. En su cuello colgaba la cadena que le regalé y otra más de un hada que creo recordar, la golfa de Linda le obsequió. Cuando menos lo esperara, la tiraría a la basura.

—Ahora te llevarán a casa, tengo algo que hacer.

—¿De qué se trata? —Indagó curiosa.

—Trabajo, cariño —sobaba su pierna—, llegaré temprano, esta noche es de nosotros.

—Esperaré por ti —susurró enamorada.

Ahora podía ver su amor claramente, su amor siempre estuvo ahí.

Ingresé a la habitación donde se hallaban las dos personas con las que me dispondría a jugar en unos días más.

Tenía planes de pedirle a Holly que fuera mi esposa, pero estos no se llevarían a cabo hasta que asesinara a quienes la dañaron, entretanto, me daría el tiempo para planear correctamente la petición. Dexter no ayudó mucho, tendría que ingeniármelas solo de una u otra manera. Ya planeaba algo, nada cursi...

¿A quién quería engañar? Por supuesto que sería cursi. Ignoraba de dónde me salía tanta cursilería cuando podía descuartizar a las personas con mis

propias manos.

—Hemos curado sus heridas, señor —comunicó uno de los encargados de las dos bazofias que tenía frente a mí.

—Los van a sacar de aquí, ya no es seguro.

—¿A dónde los llevaremos?

Me acerqué a los dos sujetos. Retiré las capuchas de sus cabezas, no las necesitaban, pero no iban a tener comodidades, les quitaría cualquier mínimo segundo de tranquilidad o comodidad. Ambos se encontraban muy golpeados, bastante torturados. Brett fue violado en incontables ocasiones, lo curaron y luego la agonía continuó, al ver el estado de James, suponía que le hicieron lo mismo. Los dos estaban desnudos.

—A la cabaña, ya todo está listo, tendrán una sorpresa increíble ahí

—susurré mirándolos alternadamente.

—Cretino —masculló con dificultad—, nada de lo que hagas le devolverá la paz a tu zorra. —Soltó una carcajada baja—. La frígida suplicaba, ¿sabes? Cada vez que gritaba le metía el pene en la boca —otra risa—, lo metía muy profundo en su garganta y reía al verla indefensa y con mi semen escurriendo de sus labios.

La bilis me apretó la garganta. Mis dedos picaban por coger el cuchillo y cortarle la lengua para después hacer lo mismo con su garganta. Dolía oírlo, dolía porque fue cierto, cada palabra que salía de su boca era la más pura verdad y no lo soportaba. Ni Holly, ni ninguna otra persona debería pasar por algo así y si estaba haciéndole lo mismo a estos cabrones, solo se trataba de venganza, justicia, lo que sea. Daba lo mismo si terminaba pareciéndome a ellos. No volverían a lastimar a nadie más.

—No te mataré —dije serio—, lo que digas no me afecta, ni tampoco le afecta a ella. Puedes seguir ladrando... vociferando, nada cambiará el destino que tengo planeado para ti y tus cómplices.

La ira destelló en sus orbes. Quedé a centímetros de su cara y a continuación, lo abofeteé. Sonreí ante la humillación que le causaba.

—¿Qué? ¿Quieres golpearme? Puedo soltarte y dejarte intentarlo.

—Te rompería la cara, bastardo —siseó. Esta vez quien se carcajeó fui yo.

—Ya veremos, Brett —miré al sujeto que los vigilaba—, ya no los toquen, quiero que se recuperen —volví el rostro a Brett—, quieres pelear conmigo, te daré ese gusto antes de mandarte al otro mundo.

Abandoné la habitación y caminé hacia afuera de la bodega mientras encendía un cigarrillo. Llegaría a tiempo a casa para ir al club con Holly. Moría de ansias por verla, por saber que ropa eligió y cuan hermosa se vería. Joder. Tendría que arrancar muchos ojos, mi mujer era un ángel, el más hermoso.

—Ya está todo listo para esta noche, señor Russo —me abordó Taylor.

—¿Llevaron a mi mujer al spa?

—Sí, pero tuvo compañía al salir. —Lo observé curioso.

—¿Compañía? ¿La golfa de Linda estuvo con ella? —Carraspeó y se acomodó el nudo de la corbata, esquivaba mi cara.

—No se trataba de la señorita Linda —informó—, se trataba de un hombre.

Los celos no menguaron, se deslizaron suavemente por mis venas a la espera de hacerme explotar.

—Nombre —exigí.

—Dante. La señorita Bridger dijo que no era un peligro para ella.

Cerré los ojos y pellizqué el puente de mi nariz.

—¿Siguen juntos?



—Sí, están en el pent-house.

En mi casa. Ese bastardo estaba en mi casa con mi mujer.

*Contrólate, Dixon. Holly nunca te sería infiel, ella te ama, te ama, idiota. No lo arruines, confía en ella.*

—De acuerdo —traté de no explotar—, vamos a casa.

## Capítulo 48

### *Holly*

—La casa de tu novio es única —comentó Dante.

Terminé de colocarme los aretes, mi amigo admiraba el *pent-house* con mucha emoción. La vista que tenía por las noches era espectacular.

—Al fin te han dado lo que mereces —nos miramos—, lastima que se me adelantó. —Negué suavemente con la cabeza.

—Ya llegará la mujer para ti —aseguré.

Se aproximó a mí, barrió mi cuerpo con sus ojos, el gusto no pasó desapercibido, pero el respeto de él hacia mi persona, se volvió primordial. Por eso se encontraba aquí, confiaba en que Dixon se comportaría y comprendería que también podemos tener amigos sin que se estos tengan segundas intenciones.

—Te ves hermosa —sonrió—, con todo respeto.

—¿No es muy corto? —Miré mis piernas.

—Algo —rascó su nuca—, pero le gustará.

Observé mi reflejo en el cristal. Linda me hizo usar un vestido negro, le gustaban los colores oscuros en mí, eso fue lo que dijo. La tela era puro encaje, ajustado, con transparencia en los costados de mis muslos y senos, muy corto y de manga larga. Dejé en mi cuello el collar que Dixon me

obsequió, el de Linda se quedó guardado y oculto del curioso y vengativo de mi novio. Podía jurar que sería capaz de tirarlo a la basura. Detestaba a Linda.

—Espero.

Escuchamos que alguien venía, supe que no se trataba de Dixon por el resonar de los tacones contra el mármol. Ambos miramos en dirección a entrada, la figura de Linda atravesó la puerta, lucía tan bonita como siempre. Se quitó el tinte que teñía su cabello y lo

llevaba al natural, lo cortó hasta los hombros, hacia un fantástico contraste con su delgado rostro de facciones finas.

—¡Holly! Tenía que venir a ver el resultado —echó un vistazo a todas las direcciones—, ¿ese demonio está aquí? —Miró a Dante y se quedó callada un par de segundos, parpadeó desconcertada y deprisa esquivó la cara— No, no está, jamás te hubiera dejado sola con este... hombre tan apuesto.

—Dante —se presentó mi amigo, dándole la mano—, un gusto...

—Linda —sus mejillas estaban rojas—, solo Linda.

Los miré alternadamente, para ellos yo había desaparecido. Sonreí emocionada por lo que veía, es como si hubieran tenido una chispa inmediata. No existió nadie más mientras se sonreían y seguían apretándose las manos.

—Ahí está lo que esperabas —susurré. Dante volvió el rostro hacia mí y sus ojos se iluminaron.

Los dejé solos en cuanto vi a Dixon ingresar a la casa con prisa, enseguida noté cuan desesperado estaba. Seguro le habían dicho que Dante se hallaba aquí. Cuando me miró, se detuvo en seco, ver la aceptación en su mirada aceleró mi corazón y me hizo temblar como una colegiala que va a una cita por primera vez.

—Oh, nena —se acercó lento—, eres una puta reina.

—¿Debería tomarlo como cumplido? —Negó.

—Una reina, solo una reina, mi reina —rodeó mi cintura—, déjame arrodillarme ante ti, cariño.

—Estás demorando, *Diablo*.

Rozó la cara interna de mis muslos con los dedos, los desplazó hasta arriba, justo sobre mi sexo. Causó escalofríos en mi cuerpo, la

tela de mis bragas era muy delgada, podía percibir perfectamente su toque como si no hubiera nada de por medio.

—Lo puedo hacer delante de tus invitados, no me importa tener público —rozó mis labios y reparó en la pareja detrás de nosotros—, a todo esto, ¿qué coño hacen aquí?

Me aclaré la garganta y alejé mi cuerpo del suyo unos centímetros.

Me costaba pensar cuando lo tenía cerca.

—Dante me hacia compañía, Linda vino a dar el visto bueno.

—Ese lo debo dar yo, ¿a quién le importa la opinión de esa... mujer?

—Masculló.

—No seas gruñón.

Entrelacé mi brazo con el suyo y tiré de él hacia mis amigos, mas se detuvo.

—Iré a ducharme —besó mi frente—, ya vuelvo.

Asentí sin forzarlo a convivir, si él no quería, no lo obligaría. Lo vi irse y nuevamente me reuní con Dante y Linda, parecían llevarse bien, como si se conocieran de hace mucho tiempo. Era increíble la forma en la que algunas personas encajaban con apenas conocerse.

—Será mejor que me vaya —comentó Dante—, no quiero incomodar.

—No lo haces, ustedes pueden venir a visitarme cuando gusten.

—Lo sé, te visitaré solo para ver la cara de amargado del neandertal

—se mofó Linda.

—Él solo no está acostumbrado a socializar...

<

—Todas las mujeres de la ciudad pueden refutar —puntualizó, tratando de molestarme, pero no lo lograba, lo que decía lo tomaba a broma, lo único que ganaba era hacerme reír.

—Me dio gusto verte, Holly —interrumpió Dante—, cuídate, debo irme.

—Te acompaño —Linda lo cogió del brazo con mucha confianza—, así me sigues contando sobre ti.

Sonreí satisfecha y los acompañé a la puerta despidiéndome de los dos. Tuve la impresión de que entre ellos nacería algo especial, esperaba no equivocarme.

—Al fin se largaron —masculló una voz detrás de mí.

Me volví a verlo, terminaba de colocarse el saco, debajo usaba una camisa negra, llevaba el cabello húmedo y alborotado, olía maravilloso. Inevitablemente inhalé hondo para tomar un poco más de su aroma.

—Qué guapo estás —susurré. Deposité un beso en su mejilla.

—A tu altura, cariño. ¿Lista? —Tomó mi mano.

—Vámonos.

## ***Dixon***

El saber de mi presencia en el club aumentó la asistencia.

Nuevamente el sitio se hallaba lleno, afuera la fila era larga, no era por alardear, pero la gente disfrutaba estar cerca de mí, disfrutaban

del poder, de siquiera recibir una mirada mía. Sin embargo, hoy no tenía ojos para nadie más que no fuera mi novia.

La llevaba de la cintura, apretada a mi cuerpo. Nadie osaba dirigirle una sola mirada, sabían que les arrancaría los ojos en ese instante.

—Los quiero atentos, hay mucha gente —murmuré hacia Taylor.

—Todo está en orden y controlado, señor Russo.

Di un asentimiento de cabeza y dirigí a Holly hacia la parte alta, justo en el privado donde la vi por primera vez siendo esa versión que muy pocos conocían. Se apoyó sobre el barandal de cristal, bajó la vista a todas las personas que se divertían. La abracé por detrás, mis manos se movieron por su abdomen, presionando mi pelvis contra su culo.

—No puedes follarme en tu club.

—¿Crees que alguien diría algo? —Besé su cuello— ¿No te gustaría? ¿Música, luces y público? —Rio.

—Degenerado exhibicionista. Dejarás que todos me vean gemir —

tomó mi mano y la puso entre sus muslos—, que conozcan mi piel, lo que escondo debajo de esta tela.

—No me provoques —advertí.

La tomé de la mano y la llevé hasta los sillones. Enseguida tuve alcohol sobre la mesa y dos copas que una mujer se encargó de llenar. Le ofrecí una a Holly y brindó conmigo, por nosotros.

—Te amo —susurró.

—Dilo otra vez.

—Te amo.

Bebí el liquido de golpe y luego la besé. Me supo a gloria el sabor de su saliva con el champán. Arremetí con la lengua dentro de su boca, la probé y sucumbí a los encantos que causaba en mí con tan solo un beso. Me tenía dominado y no había forma de que no disfrutara de ello.

—Quiero una vida contigo, Bridger —murmuré sobre sus labios.

—Quiero hacerte feliz —dijo de vuelta.

—Lo haces con tan solo respirar.

Le robé otro beso antes de levantarme y llevarla conmigo a la pista, lejos de las personas, un sitio exclusivamente para nosotros. Puse sus brazos alrededor de mi cuello, mis manos en su cintura cerca de su culo, poco después descansaron encima de él. No la solté mientras la canción sonaba y nuestros cuerpos se sincronizaban uno con otro.

—Hay un lugar aquí —lamí la piel de su cuello—, donde quiero jugar contigo.

—Uhm... ¿qué está tramando hoy, señor Russo?

—Desvirgarte por completo. —Rio fuerte.

—¡Dixon! —Estaba roja— He dicho que no.

—Ni siquiera has probado.

—Duele.

—No conmigo.

—Mentiroso —acusó. Reí al igual que ella.

—Jamás.

—Estamos aquí para divertirnos.

—Es precisamente lo que busco, divertirme contigo.

—¡Pero no con mi cuerpo!

—¿Cuál es la diferencia? —Inquirí risueño.

La apreté más a mí, metí la mano entre sus muslos y le arranqué las bragas de un tirón. La tela descansó bajo mi nariz, respiré hondo su olor adictivo y las guardé en el bolsillo del pantalón.

—¡Eran nuevas! —Se quejó.

—Me importa un coño —encogí los hombros—, ¿Cuántas veces debo decirte que no uses bragas cuando estés conmigo?

Acerqué nuestros rostros, mi boca a centímetros de la suya. Llevaba los labios rojos y solo podía pensar en como se verían envolviendo mi pene mientras la tenía de rodillas delante de mí.

—En cualquier lugar, a cualquier hora, quiero que solo me baste con separar tus muslos, mover mis dedos un par de centímetros —jadeó bajo—, mojar mi palma con tus fluidos, bajar mi pantalón y envolver esto —le puse la mano encima de mi erección—, con lo caliente de tu vagina humedecida.

—¿No puedes ser romántico?

—No quiero enamorarte, quiero excitarte, cariño.

Retiré los dedos de su entrepierna, estos brillaban por la excitación que se hacia notar. Lamí con deleite y cerré los ojos, imaginaba que era lo dulce de su coño. Joder. Esta mujer me tenía mal. Podía quedarme a solas con ella y follarla sin parar sin perder las ganas y el deseo. Me provocaba como ninguna otra.

—Perverso.

—Y tuyo.

Recibí un beso en los labios, desplazó la lengua por el inferior, sujetó mi nuca con la mano y hundió la lengua en mi boca. Dominó la mía durante unos segundos antes de que yo tomara el control.

Arriba y abajo, un roce y otro más. Su saliva y la mía, el calor sofocándonos el cuerpo, la dureza de mi pene presionando su vientre bajo, el deseo de tomarla ahora volviéndose cada vez más fuerte.

—Tengo sed —murmuró agitada, los labios levemente manchados.

Vaya a saber qué labial usó, que este ni siquiera se removió.

Volvimos a nuestro lugar, la senté encima de mis piernas mientras bebíamos y la botella continuaba bajando. La hacía reír, la besaba de tanto en tanto, la veía feliz conmigo y era así como quería verla siempre. Sus ojos no paraban de achicarse e iluminarse y al verla así me pregunté quién carajos tendría el corazón para causarle daño.

—Me estás mirando raro —señaló, arrastraba las palabras, el alcohol comenzaba a causarle efecto.

—¿Raro? —Inquirí. No había un solo mechón suelto. Llevaba el cabello completamente recogido. Su carita estaba al descubierto.

—Serio, ¿qué pasa por esa cabecita? —Averiguó.

—Solo tú, nena.

Se acomodó sobre mi pecho, restregó la mejilla con suavidad. La calidez de su boca acaparaba la piel expuesta de mi cuello.

Causaba escalofríos y despertaba a mi querido amigo que solo estaba a la espera de poder hundirse en ella.

—Llévame a casa, hazme el amor, bebé.

—¿Eso quieres? Hemos estado aquí muy poco, ¿uhm? —Sonrió y cerró los ojos.



—Hazlo antes de que me duerma.

Reí y la acomodé en el sillón. Me quité el saco y se lo puse encima.

—¿A dónde vas?

—Al baño, vuelvo y nos vamos. —Besé su frente y le eché un vistazo a Taylor—. Cuídenla —ordené antes de retirarme. El alcohol que bebí no había causado ningún efecto en mí, nada que no fuera relajación.

Atravesé el pasillo que llevaba al baño, nadie venía por aquí, así que me sorprendió encontrarme con una figura femenina en el trayecto. Al acercarme, reparé de quien se trataba. Su presencia aquí no me gustó.

—Has demorado mucho —comentó, fumaba—, llevo horas esperándote.

Había olvidado por completo avisarle a mi gente que ella tampoco debía estar cerca de Holly.

—Dame una razón por la que no debería darte un tiro en la cabeza.

—Ustedes nos subestiman, ¿sabes? —Soltó el humo en mi cara—

Charles subestimó a Holly, y mira... ahora está como un perro escondiéndose de ti.

—¿Qué quieres, Frida?

—A ti. Dame diez minutos contigo —rodeó mi cuello, sus pechos contra mi pecho—, luego te diré el punto débil de Charles, te aseguro que quieres verlo sufrir.

—No te necesito —siseé—, para lo único que podría ocupar tu cuerpo, sería para guardar mis balas.

Llevé la mano a mi espalda y agarré mi arma dispuesto a volarle la cabeza a esta perra, sin embargo, no pude. Sostuve el arma un par

de segundos antes de que esta cayera al suelo y todo a mi alrededor diera vueltas. Caí de rodillas y vislumbré el rostro sonriente de Frida delante de mí.

—No siempre se usan las balas —besaba mi cuello—, debiste revisar que estuviera sellada tu botella —sus manos se desplazaban por mi cuerpo, más concretamente en mi entrepierna—, no todos los que están a tu alrededor te son leales.

—Te mataré —aseguré enardecido.

—Quizá lo hagas, pero entretanto, nos divertiremos mucho.

Su boca sobre la mía fue lo último que sentí. Perdí el conocimiento y toda consciencia de lo que había a mi alrededor, sin embargo, dentro, muy dentro de mí, el miedo se incrementaba cuando caí en cuenta que ella estaba sola.

*Holly.*

Ella fue mi último pensamiento. Siempre sería así.

## **Capítulo 49**

*Holly*

Me encontraba ebria, pero no lo suficiente para no darme cuenta que Dixon no había regresado. Como pude enderecé la espalda y ubiqué a Taylor entre la penumbra y las luces. Me incorporé del sillón y enseguida lo tuve cerca, cauto, pero atento a no dejarme caer. Las náuseas se precipitaban por mi garganta, las ignoré y fijé mis ojos en Taylor.

—Dixon —mencioné preocupada.

—Fue al baño —dijo. Negué.

—Ve a buscarlo, ya demoró, Taylor, él jamás demora tanto —dirigí la vista al pasillo—, búscalos por favor.

Echó un vistazo a su alrededor y bastó un movimiento de su mano para que hombres estuvieran rodeándome, al tiempo que él y otros más se encaminaban rumbo al sitio por donde Dixon desapareció.

Como si fuera arte de magia, el alcohol comenzó a salir de mi sistema, no sabía si se trataba de los nervios, el miedo o simplemente un milagro.

Transcurrieron algunos minutos antes de que ellos volvieran, cuando vi a Taylor precipitarse hacia mí sin Dixon, supe que algo iba mal. Lo divisé en su rostro, en la urgencia que detonaba en sus ojos, la palidez que contrajo cada facción, un reflejo de mi estado.

Dixon no estaba.

—¿Dónde está? —Exigí saber. Movié delicadamente la cabeza en gesto negativo.

—No está —respondió trémulo—, el señor Russo ha desaparecido.

La respuesta fue desastrosa para mí, intenté pedirle que repitiera lo que acababa de decir, mas no hubo forma de que las palabras salieran de mi boca. Mi cuerpo se osciló hacia un lado, él me sujetó firme, pero no eran sus manos las que buscaba, necesitaba las de Dixon.

—¿Y qué haces aquí? —Siseé mortecina— ¡Búsquenlo! —Alcé la voz, lo que jamás creí hacer.

Cuando quise gritar de nuevo, la voz no me salió, las lagrimas se acumularon en mis ojos y el miedo se volvió más fuerte que nunca, gélido y atroz, destruyéndome por dentro. Si a Dixon le sucedía

algo, sería mi culpa, no podían tratarse de sus enemigos; no, se trataba de Charles, podía apostar mi vida a ello.

Deprisa, la gente de Dixon se dispersó, solo tuve a Taylor y dos hombres más cuidando de mí. Me escoltaron hacia la salida, mas no quería irme, no podía irme sin Dixon, aunque era obvio que él ya no se encontraba aquí, se lo habían llevado lejos de mí y no sabía lo que planeaban hacerle. Tan solo

de pensar en él siendo herido, todo mi ser entraba en pánico, la desesperación se volvía incontrolable, los temblores de mi cuerpo lo demostraban.

—No podemos irnos sin él —sollocé.

Miraba en todas las direcciones, lo buscaba en cada rostro, aun con los ojos empañados por las lágrimas, tuve la esperanza de encontrarlo en algún sitio.

Quizá se trataba de una broma, quizá preparaba algo especial para mí. Sí, debía ser eso, Dixon no se dejaría vencer tan fácil, él no se iría, no me dejaría sola.

—Él ya no está aquí —dijo Taylor. El que lo mencionara en voz alta, logró romperme un poco más.

—Por favor —lloré fuera del club, mis manos aferradas a su chaqueta—, por favor tienes que encontrarlo.

—Voy a hacerlo —aseguró.

—Taylor...

Las palabras murieron en mi boca, todo me dio vueltas. Intenté sostenerme de él, no pude, sentía que caía, las luces se volvieron sombras, entre ellas encontré su sonrisa y la calma que necesitaba a través de su mirada luminosa.

*Dixon...*

Lo mencioné una vez más antes de ir detrás de él.

<

Despertar y ver el lado de la cama de Dixon vacío, me dolió.

Había llorado demasiado, él llevaba ocho horas desaparecido, no encontraban ni un rastro de él, revisaron las cámaras y estas fueron desactivadas minutos antes de la desaparición de Dixon. Todo estuvo

planeado, todo en contra de mi Diablo. Quien sea que haya hecho esto, era alguien cercano, alguien que lo conocía, que estaba enterado de cómo se manejaba la seguridad y cuáles eran los puntos ciegos.

Y que Dios me perdone, pero el nombre de la persona que se repetía en mi cabeza, era la única a la que sentía, podía señalar.

—Mi niño es fuerte, no lo detendrán tan fácilmente —repitió su madre. Lo estuvo diciendo a cada momento y juro que quería creerlo.

Tanto ella como su esposo se encontraban aquí, aunque con ninguno hablaba, ellos no merecían el amor que Dixon les daba, porque se los brindaba con sus actos, al desvivirse por protegerlos, mientras que ambos lo hicieron sufrir desde pequeño.

Mi pobre bebé.

Sollocé devastada por no tenerlo a mi lado.

—Bebe esto, princesa —negué ante la taza que papá me ofrecía—, Holly, no has comido ni bebido nada.

—No quiero nada, solo a Dixon conmigo —musité.

—Él volverá —aseguró.

—Haré arder el mundo hasta hacerlo cenizas si él no aparece —

sentencié decidida.

Me incorporé y caminé en dirección al despacho de Dixon donde Taylor en compañía de otras personas revisaban las cámaras de seguridad una y otra vez, no sabía lo que buscaban, había mucha gente entrando y saliendo que sería un arduo trabajo encontrar una pista. Más de su gente se hallaba en las calles, buscaban en cada rincón de la ciudad, su ciudad.

Al verme entrar, todos callaron. Mi aspecto daba asco, pero es lo que menos me importaba.

—¿Hay noticias? —Pregunté.

—No, señorita —contestó Taylor. Sacudí la cabeza.

—Dixon tiene todo el dinero del mundo y ustedes no son capaces de encontrarlo en su propia ciudad —espeté de malas.

Estaba enfurecida, frustrada, con una impotencia gigantesca que no me importaba si sonaba grosera.

—Hemos revisado minuciosamente.

—Permíteme dudarlo —mascullé por lo bajo sin hacerme escuchar.

Tomé asiento delante de una pantalla, le di *play* al video de seguridad y analicé cada minuto. Quizás yo podría encontrar algo que ellos no veían. Por supuesto, conocían la cara de Charles, pero bien pudo entrar camuflajeado, contratar a amigos, alguien que pudiera acercarse a nosotros sin problema, alguien como...

—Frida —mencioné en voz alta su nombre en cuanto la vi en la pantalla.

—¿La conoce? —Cuestionó Taylor.

Mi índice señaló la cara de esa maldita en cuanto ingresó al club, iba justo a unos metros detrás de nosotros, pasaba desapercibida, mas no para mí.

—Ella se llevó a Dixon o al menos fue cómplice de quien lo hizo —

afirmé. Mi cuerpo temblaba otra vez y sentí la bilis en mi garganta, las náuseas estaban volviéndose insoportables.

—Ubíquena —ordenó Taylor.

—Encuentren a mi novio —siseé—, tienen que hacerlo.

Abandoné el despacho y subí rápidamente a mi habitación, ahí fui directo al armario, detrás de un par de cajas encontré el estuche de armas que Dixon guardaba. Estas no eran ilegales, él las tenía para su protección, así que

decidida cogí una, papá me enseñó a usarlas luego de lo ocurrido y no dudé en aprender a la perfección su uso.

Llené el cargador y puse el seguro, la guardé en mi espalda y determinada a encontrarlo abandoné la casa sin que nadie hiciera preguntas, quizá porque no repararon en mi ausencia hasta que estuve fuera del edificio.

—¡Holly! —La voz de mi padre detuvo mi andar— ¿A dónde crees que vas? No puedes salir así, es peligroso.

—Más peligrosa soy yo, han tocado a Dixon —mascullé irascible.

—Lo entiendo, cariño, pero eres una joven que no conoce nada de la gente que tiene a tu novio.

—Ya no soy la niña tímida a la que hirieron, papá, soy la mujer que el Diablo necesita.

—Hija...

—Llámame cualquier novedad —pedí—, no te preocupes por mí, siempre volveré a ti.

<

Besé su frente y no tuvo más remedio que dejarme ir. Solté su mano y subí al auto. Encendí el motor que rugió suavemente y me puse en marcha en busca de Dixon.

### ***Dixon***

Me dolía la puta cabeza.

Al menos se tratara de una resaca, bien, no tendría problema en disfrutar del dolor. Pero no, se trataba de algo más, lo peor de todo no era el punzante jodido dolorcito en mis sienes, sino lo que sentía a través del cuerpo. Por amor a todo lo sagrado que me negaba a abrir los ojos, no quería mover un solo musculo. Sabía cómo y en que situación me encontraba y las nauseas

estaban haciéndose presentes con cada segundo que iba tomando más consciencia de las cosas.

—Veo que no puedes despertarlo —murmuró una voz que conocía bastante bien. Joder, le volaría la puta cabeza.

—La droga fue fuerte —se excusó Frida.

—O definitivamente no sabes chuparla bien.

Alcé los parpados y acoplé a mis ojos a la semioscuridad. Mi cuerpo se hallaba sentado, mi espalda apoyada a la pared y las muñecas esposadas a vaya saber qué mierda. Mis piernas no estaban sujetas, reparé en que descansaba sobre una cama, no llevaba la camisa encima, pero sí mis pantalones; sin embargo, estos se hallaban desabotonados, al bajar la vista, la boca de Frida entorno a mi miembro fue lo primero que noté. Me asqueé.

¿Quién demonios se creía esta perra para ponerme sus asquerosas zarpas encima? Tendría que tallarme con cloro la piel, puta toxica.

—Uhm... ya despertaste —festejó. Su mano me masturbaba, mas no lograba ponerme duro.

—Lo primero que haré contigo, será cortarte la lengua y las manos, justo en ese orden. —Rio.

—¿Piensas que saldrás de aquí? —Se burló Charles a su espalda.

Lo miré, iba solo, vestido de civil— El Diablo están en mis manos,

¿quién lo diría? Resultaste ser un enemigo tan débil.

—Aun con las manos atadas sigo siendo mejor que tú, mierda asquerosa.

Frida sonrió y desistió de su tarea conmigo. Acomodó mis pantalones y trepó en mi regazo. Estiré la cara hacia atrás, alejándome de su asquerosa boca.

—Vas a ser mío, te guste o no.



—Yo no follo perras traumadas, deberías medicarte, puta loca. —Su rostro contraído por el enojo me hizo reír.

Me abofeteó, saboreé el dolor muy lento. Mi sonrisa no se borró de los labios.

—Cabrón.

—Arrastrada —contrataqué.

—Sal de aquí, Frida —ordenó Harris.

La zorra no dudó en obedecer, salió lanzando mil maldiciones en mi dirección que me dediqué a ignorar. Fue turno de Harris de joder.

Arrastró una silla y se sentó delante de mí. La habitación en la que me tenían parecía ser la extensión de un sitio sucio y maloliente.

—Sabes lo que sucederá, ¿no?

—Sí, Harris, se lo que sucederá —coincidí. Las ideas para su cacería seguían aumentando.

—Voy a matarte, pero antes de eso, traeré a *Fairy* —encendió un cigarrillo —, te dejaré ver como la violó, no solo yo, también una fila de hombres que traeré para que se diviertan con su coño.

Todo dentro de mí se contrajo, mas no lo demostré. Él no iba a tocarla, primero le arrancaba la piel con las uñas.

—¿Y qué esperas? Tu palabrería me importa un culo —dije tranquilo

—. Las cosas se hacen, no se dicen.

Se puso de pie, sacó una navaja. Estaba familiarizado con ellas, no me asustaban, tampoco el sentir las en cualquier superficie de mi cuerpo. Cuando sales del Presidio, son contadas las cosas que pueden hacerte temblar.

—Soberbio y confiado, grandes defectos —murmuró burlesco.

—Más grandes que las bolas que tienes, esas que te faltaron para ir a hacer el trabajo sucio, tuviste que recurrir a una mujer. Patético.

La ira le atravesó la mirada. La puñalada que recibí fue en la pierna, justo en el mismo lugar donde le disparé. El filo apenas me hizo algo.

—Terminarás como Matt —aseguró.

—Húndela más —sugerí—, haz algo bien en tu vida, pendejo.

Sacó el filo y lo puso en mi garganta. Ni siquiera parpadeé, lo miré exánime, sumamente tranquilo, lo cual estaba sacándolo de sus casillas.

—¿Qué esperas, Charles? —Inquirí burlesco— ¿Que supliqué?

¿Que ruegue para que no me lastimes? —Me mofé— Lo siento, policía de cuarta, pero yo sí tengo los tamaños para soportar.

—Me pregunto si soportarás ver cómo uso a tu puta.

—Te lo cortaré antes de que puedas ponerle un dedo encima —advertí. Mis palabras se volverían una certeza.

—Le pondré más que eso y tú no podrás hacer nada. Ni tú ni nadie va a detenerme, Dixon, yo voy más allá de tu entendimiento, mi mente es enferma, no hay bien ni mal...

—Solo eres un chiste, Harris —interrumpí—, un degenerado con aires de superioridad, creyente de que es único en su especie, cuando en realidad solo eres uno más del montón de basura que me gusta quemar.

La furia no se dejó esperar, mucho menos su reacción, la cual terminó apuñalándome en el costado, por encima de mis costillas.

La hoja filosa cortó dentro y derramó mi sangre sobre la piel. La desplazó una, dos y tres veces en tres puntos diferentes. No me inmuté, no temí. La muerte no llegaría por su mano.

—Veamos cuánto demoras en desangrarte —canturreó.

—Alguien como tú no le pondrá fin a alguien como yo —decreté firme— el Diablo no muere, el Diablo destruye e incendia, el Diablo soy yo, eso jamás lo olvides.

Titubeó un segundo antes de abandonar la habitación. Solté el aire que contenía y bajé la vista a mi costado. Los tres puntos eran de preocuparse, claramente no era algo que dejaría entrever. Si no atendía las heridas me desangraría antes de poder cortarle la garganta a Harris.

—No moriré hoy, no este día. Aun tengo algo por lo cual vivir —susurré a la nada—, y ese algo eres tú, Bridger. No van a separarme de ti, eres mía, nena.

## Capítulo 50

### *Holly*

Atravesé la puerta del edificio donde Charles se quedaba, él no contaba con protección y yo dudaba que tuviera alguna conmigo además del arma que cargaba en mi espalda.

Sorprendentemente no tuve miedo de enfrentar a Charles, quizá se debía a la situación, a que estaba consciente de que Dixon corría peligro, cuando se trataba de él no podía acobardarme. Mi bebé me necesitaba y no lo dejaría solo, él jamás lo habría hecho.

Sin prisas y con el valor por cada parte de mi ser, me postré delante de la puerta de Charles. Un golpe, dos, tres y escuché sus pasos aproximarse hacia mí. Momentos después la puerta se abrió y el protagonista de mis pesadillas estuvo frente a frente conmigo. Su perversa sonrisa no logró estremecerme, solo causó un infinito odio en mí, así como el deseo de descargar todas las balas del arma en su cabeza.

—Fairy —saludó entusiasta, con ese brillo de perversidad en su mirada que siempre se mantuvo ahí, pero noté muy tarde—, pasa, estaba esperándote.

Se hizo a un lado y me permitió entrar. Su espacio era neutro, austero, en el ambiente se respiraba la loción que usaba, la misma que me causaba náuseas.

—¿Dónde está? —Demandé saber. Se recargó en la puerta, cruzado de brazos, también llevaba un arma encima.

—Bien cuidado por Frida, quién sabe, Fairy, quizá termine chupándola mejor que tú —se mofó.

Avancé lento hacia él, no demostré una pizca de miedo. Estuvimos cara a cara, escasos centímetros nos separaban. Noté que, pese a

su odio, yo aún provocaba algo en él. Quizá se podría tratar de la obsesión que tenía o su deseo de verme muerta.

—¿Es lo mejor que puedo ofrecer, Charles? —Inquirí— ¿Chupar un pene?

Pasó saliva y tensó la mandíbula.

—Eso siempre me jodió de ti —sujetó mi cuello—, podría haber mil putas más como tú, mejores en la cama, mejores con la boca, pero ninguna tenía tu inteligencia, tu atractivo seductor, esos ojos inocentes y perversos —me empujó contra la pared—, ninguna es como tú.

—Y por eso me odias.

—Mucho —coincidió.

—Dime dónde está —repetí.

—Es lo único que te importa, lo único por lo que estás aquí, lo único por lo que no diviso el miedo en tus ojos.

—Él es mi vida —siseé—, lo quiero de vuelta o juro que te mataré.

—Sonrió.

—Una frígida como tú no sería capaz de matar una mosca.

—Por mi Diablo soy capaz de hacer cualquier cosa, hasta manchar mis manos con sangre de un bastardo como lo eres tú.

Rio y una mueca de desprecio le surcó los labios. Se apartó y de nuevo pude respirar tranquila.

—Quiero a Brett y James a cambio de tu novio —dijo serio.

—Hecho. —Sus ojos relucieron peligrosos.

—No juegues conmigo, una llamada y él muere.

<

—Dixon no va a morir y si lo hace, no será por tu mano.

—Qué segura estás, qué diferente eres, Fairy —estiró el brazo y agarró un mechón de mi pelo—, cuanto has cambiado.

—Sigo siendo yo, pero consciente de la mierda que eres. —Aparté su caricia de un manotazo.

—En unas horas —susurró tranquilo—, te diré dónde. No me hago responsable del estado en el que se encuentre tu novio. —Reí.

—No será peor que el de tus cómplices —aseguré.

Abrí la puerta, apenas le di la espalda y advertí el sonido del arma siendo desenfundada. No me moví.

—¿Por qué estás tan confiada de que no te mataré? —Inquirió burlesco.

Lo miré por encima de mi hombro.

—Porque te gusta jugar, te gusta ser el cazador, pero no te has dado cuenta que ahora eres la presa.

Nunca había estado en los almacenes de Dixon, se hallaba repleto de personas movilizándose de un lado a otro, podía hacerme una idea de lo que hacían, mas no deseé profundizar en los detalles.

Taylor y Anel venían conmigo. A Dexter no se le informó nada sobre lo sucedido con su hermano, él acababa de marcharse y no quería preocuparlo, no debía hacerlo, Dixon volvería y estaría bien, de eso no me quedaba duda.

—¿Está segura que quiere verlos? —Preguntó Taylor.

—Nosotros podemos hacernos cargo, Holly —apoyó Anel. La joven mujer resultó ser muy agradable y de mayor ayuda que todos los hombres a disposición de Dixon—. Dudo que Diablo esté feliz con la idea de que veas lo que les han hecho.

—Ya nada puede sorprenderme o perturbarme —susurré convencida de mi decisión mientras nos deteníamos frente a la puerta—, ábrela, Taylor.

Asintió sin insistir más. Abrió la puerta y el olor nauseabundo que provenía del interior fue lo primero que percibí. Arrugué la nariz y las náuseas ascendieron por mi garganta, aparté el rostro y doblé el cuerpo a la vez que mi boca se abrió para derramar el vomito encima del suelo.

Las arcadas me lastimaron, agradecí llevar el cabello trenzado.

Continué por varios segundos vaciando lo poco que ingerí de alimentos y cuando finalicé, ambos me miraban preocupados.

—¿Se siente mal? Puedo llevarla al médico —dijo Taylor. Negué.

Anel me ofreció un pañuelo, lo tomé.

—Qué pálida te ves, ¿no estarás embarazada? —Inquirió Anel.

Juro que palidecí aún más mientras un mareo me atacaba con fuerza. Me sostuve de la pared.

¿Embarazada? No. Yo no podía estar embarazada, tomé las pastillas, Dixon se cuidaba siempre, no había forma, no.

Mi periodo... ¡Diablos, Holly!

No era posible que no recordara mi periodo. Luego de mi estadía en el hospital, todo se me complicó. Los medicamentos, anticonceptivos... Dios mío.

—¿De verdad está bien?

—Sí —mentí, incorporándome. Respiré hondo e ingresé a la habitación.

Los dos hombres se encontraban con las cabezas cubiertas. Taylor los descubrió y ahogué un jadeo al verlos cara a cara. Estaban irreconocibles, los rostros hinchados, los labios destrozados, parecía que la carne se desprendía de a poco. Del cuerpo no podía ni siquiera describir lo que veían mis ojos, era... espeluznante y grotesco. No comprendía cómo es que seguían vivos.

—¿Cómo siguen vivos? —Musité. James fue quien se enfocó en mí

—Yo no quería hacerlo, no quería, ¡vete! ¡Deja de atormentarme! —

Vociferó trémulo.

Comenzó a llorar, daba la impresión que derramaba sangre, ya que el agua cristalina se llevaba la sangre seca que le cubría las mejillas. Sentí lástima, tuve deseos de curarlo y liberarlo, entré en un dilema, un sinfín de contradicciones y ahí entendí que jamás podría hacerle un mal a alguien por más daño que este me hiciera, al menos no si se encontraba en desventaja. No tenía la sangre tan fría para herir.

—¡Lárgate, Matt! ¡Lárgate!

Taylor, Anel y yo nos miramos, al parecer James ya no se catalogaba como una persona cuerda, el daño recibido le hizo perder la cordura, si es que alguna vez la tuvo de verdad.

—Suéltelos —ordené en voz baja—, es lo que Charles recibirá.

—¿Te ha dado el punto de encuentro? —Averiguó Anel.

Eché un vistazo a mi móvil. La dirección estaba escrita en un texto hacía apenas unos minutos atrás; en mí se manifestaba una urgencia tremenda por ir y encontrarme con Dixon, tenía el presentimiento de que él no se hallaba bien.

—Sí. Iré sola, ustedes se mantendrán en los alrededores —  
murmuré ausente—, él no quiere a nadie cerca.

—¿Y harás lo que ese bastardo ordene? —Increpó Anel. La miré.

—Haré lo que sea por Dixon.

Aquella simple respuesta bastó para que ellos no insistieran más.

En silencio se liberó a los dos rehenes que me servirían para traer a mi Diablo de vuelta. Los llevaron a una camioneta, los trataban como si fueran dos bolsas de basura sin importancia alguna.

Yo me monté al Aston de Dixon, un auto increíble, comprendí por qué mi novio lo amaba tanto.

Pisé el acelerador y me dirigí a los límites de la ciudad, el territorio que Taylor mencionó, pertenecía a la policía. Charles no era ningún estúpido y nosotros tampoco. Podía hacerme una idea de sus planes y no permitiría que se llevaran a cabo.

Me tomó alrededor de una hora arribar al sitio acordado. La camioneta estacionó detrás de mí, era Anel quien la conducía. Bajó de ella y no demoramos en estar rodeadas de policías, no se trataban de demasiados, pero sí los suficientes como para llenarnos el cuerpo de balas sin que nadie pudiera testificar a nuestro favor.

Bajé del auto, el arma que yacía en mi espalda era legal, así que contra eso no podían hacer nada; me encaminé hacia la camioneta oscura de la cual



momentos después descendió Charles. Detrás de él lo hizo Frida, no veía a Dixon por ninguna parte.

—¿Dónde está? —Espeté ansiosa.

—Primero dame a Brett y James —masculló.

—Están ahí dentro —señalé sobre mi hombro, él miraba a Anel—, bájalos tú mismo.

Sonrió y se aproximó a nosotros sin que Frida se le separara un minuto. Verla a ella era como ver a Matt y mentiría si decía que recordarlo a través de su hermana no dolía.

—Holly, cuánto tiempo —murmuró Frida.

Mis dedos cosquilleaban por coger el cañón y dispararle, el impulso era muy distinto al que tuve con Brett y James, tan distinto que me hace creer que estaba loca. Mis pensamientos eran muy contradictorios, se basaban en las circunstancias y jodía mucho.

—Tu novio es de lo mejor que he probado —sonreía—, podría follarlo del diario sin cansarme.

No respondí, evité cualquier roce con ella mientras los veía acercarse; no le daría ese maldito gusto ni en un millón de años.

—Creo recordar que te dije que vinieras sola —comentó Charles, la vista fija aún en Anel.

—No te preocupes, basura, no te haré nada. Eso se lo dejo al Diablo

—siseó entre dientes la aludida.

Le arrojó las llaves de la camioneta y casi lo golpea en la cara.

—Ahí tienes a tus complementos —dije. Esbozó media sonrisa.

—¿Sabes que puedo acusarte de secuestro? —Reí.

—No, Charles, tú no quieres verme presa, quieres verme muerta y no usarás la cárcel como un medio para asesinarme.

—Me conoces —aceptó emocionado—, las cosas terminarán donde debieron hacerlo hace años atrás y eso nadie lo va a cambiar, Fairy, por más que intentes evitarlo.

—No pienso evitarlo, Charles, allí será.

De pronto vi la puerta del auto abrirse, atisbé la cabellera de Dixon apenas asomó un poco la cabeza; mi pulso se aceleró y jamás pude imaginar que esto sería tan fácil, que saldríamos bien librados sin que hubiese tanto drama alrededor de nosotros. Pero aquí estaba, totalmente equivocada.

Dejé a Charles de lado y mis pies se movieron en dirección a Dixon.

Anel me cuidaba las espaldas, los policías a nuestro alrededor prepararon las armas y por un segundo creí que nos dispararían.

—¡Dixon! —Lo llamé antes de llegar a él.

Cuando alzó el rostro hacia mí, descubrí la palidez de su semblante; apenas logró incorporarse, no llevaba camisa encima y había sangre seca en su costado, lo peor de todo es que esta no paraba de precipitarse por la herida que evidentemente tenía.

—Dixon.

Mi brazo le rodeó la cintura y lo ayudé a sostenerse. Levantó la mirada hacia mi cara y enseguida la preocupación le surcó los rasgos.

—¿Qué haces aquí? No debiste venir —reprochó.

—No iba a dejarte solo.

—Es una trampa —siseó.

—Lo sé.

Eché un vistazo alrededor, los policías nos apuntaban con sus armas, Charles y Frida se encontraban lejos del fuego cruzado, Anel permanecía en el mismo lugar. Éramos solo nosotros quienes acabaríamos llenos de pólvora.

—Holly, estoy demasiado débil como para protegerte —susurró con pesar.

—No serás tú quien me proteja esta vez, déjame cuidar de ti.

Le sonreí y besé su mejilla, soporté su peso y caminamos un par de metros antes de que una voz nos ordenara no movernos. Los policías comenzaron a rodearnos, no temí.

—Quería jugar, Fairy —alzó la voz Charles—, pero sé cuando no ganaré, esta vez no estoy dispuesto a perder. Jamás dejarás de ser una ingenua.

Anel se posicionó cerca de nosotros, me ayudó a sostener a Dixon.

Charles sonreía feliz por creer que había ganado.

—¡Maténlos! —Ordenó Charles, su voz repleta de orgullo y felicidad, creyéndose victorioso.

—Joder, nena. —Observé a Dixon y deposité un beso en sus labios.

Me aparté, pero él se encargó de profundizar, en cuanto nos besamos, los disparos no se hicieron esperar. El sonido fue ensordecedor, me apreté a Dixon mientras la lluvia de balas se llevaba a cabo a nuestro alrededor, esta se dilató por algunos minutos hasta que al final decreció y el olor de la pólvora quedó danzando en el ambiente.

—¡Señor Russo!

Abrí los ojos y atisé la figura de Taylor. Llevaba un arma corta en las manos, toda la gente de Dixon se encontraba ocupando los lugares que los policías tenían hacía apenas unos momentos atrás.

—Hasta qué haces algo bien, Taylor —masculló Dixon.

Negué y esta vez fue Taylor quien sostuvo a Dixon, gracias a que este último no pensaba permitir que yo siguiera cargando su peso.

Nuestros pasos cesaron frente a Charles y Frida, ambos de rodillas con los cañones de las armas apuntándoles en la cabeza. Los miramos desde arriba.

—Nunca me subestimes —siseé en tono filoso.

Cogí el arma de mi espalda y apunté directamente a Frida. Ella sonrió.

—Adelante, mátame, después de todo, ya me lo he follado también

—se mofó.

Mi dedo osciló en el gatillo, quería hacerlo, quería matarlo por haber puesto sus manos en Dixon, por haber lastimado tanto a Matt y hacerlo miserable durante tanto tiempo. Ella merecía morir, pero también pagar todo el daño que había hecho.

—No. Irás a la cárcel, Frida, yo no soy una asesina.

—Tú no, pero yo sí. Dije que te mataría y yo siempre cumplo lo que prometo.

Entonces, Dixon me arrebató el arma y sin miramientos le voló los sesos a Frida, la mató al instante.

Su cuerpo inerte adornó el suelo arenoso de aquel sitio abandonado. La sangre se deslizó espesa, formó un camino oscuro y asqueroso que me revolvió el estómago.

—Tú —miró a Charles—, no tendrás tanta suerte como para recibir un tiro en la cabeza, con ella tuve piedad, contigo sólo habrá sadismo. Llévenselo de aquí.

Charles no replicó, lo arrastraron fuera de nuestra vista. Cómo pudieron subieron a Dixon a su Aston, tomé el lugar del conductor.

En cuanto estuvimos solos reparé en sus heridas, estas fueron hechas en el lado contrario donde le dispararon hace poco.

—Te llevaré a un hospital, bebé —musité preocupada.

—Estoy bien —restó importancia, atrapó mi mano, temblaba—, viniste por mí.

—Iría al mismo infierno por ti. Jamás vas a dejarme, Dixon Russo.

—Qué hermosa sentencia, cariño —besó mi dorso—, serás mi esposa.

—¿Me amenazas? —Ambos reímos, él feliz y yo con lágrimas en los ojos. Tenía miedo, mas no lo manifestaba.

—Te advierto —susurró.

—Te prometo que diré que sí.

—Te prometo que no te vas a arrepentir.

—Nunca, Diablo.

## **Capítulo 51**

### ***Holly***

Llevaba horas dormido, al fin descansaba tranquilo y bien protegido.

Hacía dos días que salió del hospital, sus heridas fueron atendidas, no eran tan graves como pensamos, el problema fue el tiempo que estuvieron sin atenderlo y la sangre que perdió. Gracias al cielo se recuperó de inmediato y solo pasó un día en el hospital donde ya era conocido por ser un gruñón que no seguía las reglas ni las recomendaciones.

Lidiar con Dixon herido y hospitalizado, era como lidiar con un niño pequeño; refunfuñaba por todo, nada quería, se negaba a tomar los medicamentos y a ser tocado por otras manos que no fueran las mías. Se

comportó como un consentido mimado que sonreía canalla al salirse con la suya.

Lo amaba demasiado.

—¿A qué le temes? —Preguntó Linda. Me hacía compañía mientras papá llegaba, había salido con Dante y Theo a comprar la cena.

—A su reacción —susurré, la vista fija en las escaleras, atenta a su aparición, a la vez que jugaba con los resultados en mis manos.

—Dixon te ama, Holly, y si ese papel dice que estás embarazada, él también amará a ese bebé.

Quisiera poder decirle que sí, que tenía razón en cada una de sus palabras, pero dudaba mucho que Dixon se pusiera feliz si el resultado era positivo. Él se cuidaba demasiado, me cuidaba demasiado, desde el inicio dejó en claro que no quería hijos y yo respetaba su decisión, así como él respetaba muchas de las mías.

No comprendía cómo es que el método pudo fallar. Estaba aterrada.

Todo se acomodaba y de pronto, tenía otra preocupación encima.

—¿Y si no lo quiere? —Pregunté en voz alta mi mayor miedo.

—A falta de amor paterno, amor de tía madrina y abuelo le sobraría.

Sonreí por sus ocurrencias, deseé que todo fuera tan fácil y creer que se solucionaría cada problema en el que me metía sin tener que

sufrir lo más mínimo. Pero bien sabía que si Dixon rechazaba a nuestro bebé, yo no podría quedarme con él.

—Ábrelo —incitó Linda.

Asentí y tomé un respiro hondo, sin embargo, antes de abrirlo, mi papá y Dante atravesaron la puerta. Theo corrió por la casa y se escabulló hacia la

planta alta. Fingí una sonrisa y guardé el sobre en el bolsillo de mi suéter. Le lancé una mirada a Linda y negué.

Resopló.

—El restaurante de ese hombre hace comida deliciosa —mencionó papá.

—Te dije que no tenías que ir, ellos pueden traerla —murmuré.

—Tonterías, necesitaba caminar. —Me miró—. ¿Ya se ha levantado?

—Iré a ver.

Le sonreí a Dante y deprisa me dirigí a la planta alta. Entré a la habitación y encontré a Theo recostado encima del pecho de Dixon.

La imagen fue tan tierna que saqué el móvil del bolsillo de mi suéter y les tomé una fotografía, justo antes de que mi novio despertara.

—¿Ahora soy tu jodida cama? Debes estar cómodo, holgazán.

—¡Dixon!

—¿Qué? Esta bola de pelos piensa que estoy a su disposición.

Cogí a Theo y lo bajé de su pecho. Mi bebé corrió otra vez y entonces Dixon me tomó de la cintura y me recostó a su lado sobre la cama.

—Qué rico hueles —hundió la nariz en mi cabello—, quítate la ropa, nena, quiero follarte.

—Dixon, acabas de despertar, tienes tres heridas aún suturadas en el cuerpo, además de que mi papá y nuestros amigos nos están esperando para cenar.

Chasqueó la lengua y me soltó. Me incorporé, poniéndome de rodillas a su lado para poder mirarlo.

—¿Nuestros amigos? Dirás los tuyos, a la golfa y el vendedor de cuarta, no los considero ni conocidos.

—Dios santo, ¿podrías comportarte? Por favor.

Rodó los ojos y se sentó con cuidado, descansó la espalda en el respaldo.

—No quiero. He pasado cerca de una puta semana sin follarte, sin contar con lo furioso que me tiene no poder ir a cortar cabezas.

Sacudí la cabeza y me acomodé a su lado, descansé mi cabeza en su pecho. Él me abrazó y entrelazó nuestros dedos.

—Solo quiero estar contigo, Bridger, no quiero compartirme con nadie, absolutamente nadie. Ni siquiera con esa bola de pelos.

Tragué en seco, dándome cuenta de que era probable que hubiera una personita creciendo en mi vientre con la cual él tendría que compartirme toda la vida.

—Soy tuya, Dixon, siempre habrá tiempo para nosotros.

—No es suficiente —me tumbó sobre la cama y se cernió encima de mí—, quiero tenerte día y noche, cada hora y minuto. Te amo, Holly, estoy loco por ti.

Besó mi boca y se las arregló para situarse entre mis piernas, alzó la tela de mi falda y bajó los pantalones de su pijama.

—Dios... ¿qué crees que haces? —Gimoteé, atrapada bajo su musculatura.

—Follarte.

—¡Estás herido!

—Y caliente, nena. Quiero mi dosis de ti.

—No, Dixon, tenemos visitas allá abajo. —Movié la tela de mis bragas a un lado y jadeé al contacto de sus dedos con mi clitoris.

—Entonces no grites.



Estimuló con la punta de su pene, lo desplazó lento y suave, haciéndome estremecer de placer en segundos.

—Oh, joder, había extrañado tu coño caliente, cariño. ¿Estás mojada para mí, nena?

—Lo estás sintiendo —susurré, dándome por vencida.

Tenía la vista fija en la puerta, esta se encontraba abierta y cualquiera podría venir y encontrarnos así.

—Olvídate de ellos, solo somos tú y yo, Bridger.

Importándole poco su dolor, se puso un preservativo y me penetró lento, unió nuestras bocas y balanceó las caderas de adelante a atrás, una y otra vez, estocadas largas, pausadas y profundas.

Mentiría al decir que no me sentía excitada, que su lengua al rozar con la mía no aumentaba mi libido. Estaba caliente y deseosa, habían sido días sin tenerlo y con tan poco me hallaba a punto de verme.

—No voy a durar mucho, joder. Cada vez estás más estrecha y mojada. —Empujó fuerte—. ¿Me extrañaste? ¿Uhm? ¿Extrañaste sentirme duro?

—Sí —gemí. Estaba a nada de correrme.

—Me importa una mierda el mundo cuando estoy dentro de ti. Eres mi reina —arañé su espalda y brazos—, eres todo para mí.

—Oh, Dixon...

Apreté las piernas en torno a su cintura, gemí su nombre una y otra vez, extasiada y plena. El orgasmo me estrujó en sus brazos, me dejé ir y en segundos Dixon me siguió, corriéndose dentro del preservativo, incluso así pude sentirlo palpar dentro. Una de las mejores sensaciones. Lo amaba tanto.

—Te amo, Diablo.

—No más de lo que yo te amo a ti.

Le regalé una caricia en la cara, él sonreía totalmente satisfecho.

—¿Estás feliz?

—Sí, necesito consumirte para no quemar el mundo.

Negué y se apartó. Se quitó el preservativo y se dirigió al baño, estaba como si nada, parecía que el dolor no le afectaba y saber que mis pensamientos no se equivocaban, dolía. Dixon sufrió mucho, física y emocionalmente.

—¿Y esto? —Me senté en la cama y vi que traía el sobre de los resultados en la mano— ¿Es tuyo? —Temblé.

—No.

Me incorporé deprisa y quise arrebatárselo, sin embargo, él alzó el brazo, alejándolo de mí. Seguro se cayó de mi bolsillo cuando saqué el móvil.

—Dame eso, Dixon —exigi.

—Palideciste —señaló—, ¿qué hay aquí que no quieres que yo vea?

<

—Es de Linda, ¿de acuerdo? Así que dámelo.

—¿Por qué la golfa iría a análisis clínicos? ¿Está moribunda? Esa sería una noticia excelente.

—Deja de ser cruel con mis amigos —reñí.

—Mis crueles instintos jamás se irán —dijo, encogiéndose de hombros, luego puso el sobre en mi mano—. ¿Por qué tanto miedo de que los haya tomado? —Inquirió.

—No es miedo, solo que no son tuyos.

Los metí de nuevo a mi suéter. Acomodé mi falda y peinado. Tendría que darme una ducha en cuanto acabara de cenar.

—Tengo la ligera impresión de que me estás mintiendo —masculló.

Su inquisidora mirada no paraba de escudriñarme.

—Estás divagando. Vamos a cenar, andando, Diablo. —Tomó una larga exhalación.

—Lo que mi mujer ordene.

### ***Dixon***

Holly estaba muy extraña, distante y callada. No era la misma y no entendía por qué.

Había hecho de todo para hacerla sonreír y sí, sonreía, gemía cuando la follaba, era ella cuando me miraba y estaba a mi lado, sin embargo, existía algo en sus ojos que empañaban la felicidad que desbordaba.

Le di su tiempo, no presioné y esperé. Pero una semana era demasiado tiempo para mí. La duda me carcomía, quería saber qué le sucedía. Llegué a pensar que quizá se encontraba enferma, cuando quise leer los análisis clínicos, su reacción me dio mucho que pensar, mas decidí no forzarla y esperar a que ella decidiera decirme de qué se trataba. Pero conforme los días transcurrían, ella no decía nada y comenzaba a volverme loco.

—Deberías estar en paz —comentó Dexter desde el otro lado de la pantalla —, ya tienes a esos hijos de puta, el General no dará dolores de cabeza estando solo.

—Me preocupa Holly, me está ocultando algo —comenté ausente.

Tener video llamadas con mi hermano me resultaba patético, pero hoy no.

—¿Quieres que hable con ella? —Apreté el ceño.

—No —determiné deprisa—. Lo haré esta noche. —Tallé mi cara con ambas manos—. ¿Cómo van las cosas con la mexicana?

—Normal. Mañana viajamos a Nueva York, Medina quiere que la saque del país, visitaremos a su amiga.

—¿Qué amiga?

—Dasha Kozlova.

—¿La hija de Kozlov?

—Esa misma —murmuró.

—Bien, no me preocupa que vayas, el bastardo ruso es de los hombres más leales que conozco, estarán bien.

—Al fin le veré la cara. Sé que te ayudó.

—No es ayuda, es un favor, el mismo que va a cobrarme.

Negué y enderecé la espalda. Necesitaba salir de aquí y hablar con Holly.

—Me largo. Llámame cualquier novedad.

—Lo haré, hermano —susurró—. Cuídate, saludos a Holly.

Cerré la pantalla de golpe.

—Saludos y una mierda.

Me puse de pie y salí del despacho. El olor de la comida acarició mis fosas nasales; caminé en dirección a la cocina, encontrándome con mi chica. Ella cocinaba mientras escuchaba un poco de música, una un tanto provocativa y sexi. Joder. No podía pensar en no follarla día y noche. Ella me tenía mal, totalmente hechizado en cuerpo, alma y todas esas estupideces románticas.

—Hola, cariño —saludó al verme.

Llevaba el cabello trenzado. Como me gustaba cuando lo llevaba así, podía enredar la trenza en mi puño y darle duro desde atrás.

Mierda. Control, Russo, control.

—Quiero hablar contigo —dije serio. Ella apagó el fuego y se volvió a verme confundida.

—¿Suced algo?

—Eso quisiera saber, Bridger. Llevas una semana sin poder mirarme a los ojos —agachó la cabeza—, ¿qué me estás ocultando?

—Nada.

—Jamás has sido una mentirosa, no comiences ahora, carajo.

—No te miento —suspiró y la vi trastabillar un poco—, quizá solo te oculto información.

—¿Me ocultas información? Al menos ya lo aceptas.

Di un paso hacia ella, la acorralé contra la encimera. No me sostenía la mirada.

—Dime qué pasa, Holly, ¿no confías en mí?

—No es cuestión de confianza, Dixon —musitó, su voz bajó—.

Estoy aterrada por tu reacción.

—¿Mi reacción a qué? Joder, Bridger, habla claro, cada vez me confundes más —espeté desesperado.

Se apartó de mí y la vi abrir un cajón de la cocina, de ahí sacó un sobre, el mismo que dijo, le pertenecía a Linda.

—Llevo días vomitando y sintiéndome mal...

—Estás enferma —fue lo primero que pensé—, ¿por qué no me lo habías dicho? Debemos llevarte al médico ya mismo.

—Dixon, para —pidió. Los ojos se le empañaron de lágrimas—. No es una enfermedad.

Al decir esto, capté enseguida de lo que hablaba. Retrocedí y miré ese sobre como si contuviera una clase de maldición. En mi mente me negaba a pensar en esa posibilidad, ni siquiera era capaz de decirlo con todas sus letras. Esto no podía estar sucediéndonos.

Rasgó el sobre y sacó la hoja con los resultados. Al parecer ella tampoco los había leído y cuando comenzó a llorar, quise creer que era de felicidad porque estos eran negativos.

Extendió la hoja hacia mí y no quise tomarla.

—Dixon, por favor lee.

—Quita esa mierda de mi cara —escupí tosco. Mi voz teñida de miedo e ira.

—Dixon...

—¡No! —Alcé la voz. Ahí comprendí su miedo.

—¡Estoy embarazada!

Todo dentro de mí estalló. Vi nuestro futuro desmoronarse en un segundo. Todos mis planes echados a la basura por un intruso que yo no deseaba.

—Vamos a ser papás, Dixon. Y sé que estás molesto, yo tampoco lo esperaba...

—Nos cuidamos —siseé—. Tienes que hacerte otros análisis, esa mierda debe ser negativa, ¡yo no puedo ser papá! No quiero serlo —

terminé de decir en voz mortecina.

Ella sollozó más fuerte. Se cubría la boca con la mano, asustada con mi reacción. No obstante, me era imposible mantenerme cuerdo y controlar mis instintos, no podía.

¿Qué carajos iba a hacer yo con un bebé? ¿Qué le enseñaría? ¿A sobrevivir, a mirar todo el tiempo por encima de su hombro esperando a ser atacado por mis enemigos, a asesinar?

Traer un hijo a mi mundo era una completa estupidez, una absoluta irresponsabilidad. Joder. Debí operarme antes de follar como un puto sátiro. Eso habría solucionado mi preocupación con este problema.

—No hables así, por favor —musitó trémula—. Tranquilízate, es un bebé nuestro, Dixon, un bebé que ya está creciendo dentro de mí y al que no pienso renunciar.

—¿Y nosotros, Holly? ¿Dónde quedamos nosotros? Él llegará a quitarme todo. Para ti solo será él y yo de nuevo seré el segundo.

—También es tu hijo —gimoteó dolida. Sacudí mi cabeza.

—No. No quiero esto, Holly, esto no.

Y sin decirle más, me marché de ahí.

## **Capítulo 52**

### ***Holly***

Transcurrió un día sin tener noticias de Dixon.

No llegó a casa, mucho menos respondió el teléfono. Me cansé de llamarle y enviarle textos. No quería que volviera, porque sabía que necesitaba este tiempo a solas, lo único que quería era saber que

se encontraba bien y a salvo. Me preocupaba que estuviera hundiéndose en el alcohol, como solía hacerlo cuando había problemas.

Me dolía su huida, mas lo comprendía. Sin embargo, yo también me encontraba aterrada, un bebé no lo esperaba, no ahora al menos.

Mentiría si decía que la idea me emocionaba y que no tenía las mismas preocupaciones que Dixon. Y no solo se trataba de la mafia donde este bebé nacería, ni de quien sería hijo, sino que, nosotros como pareja, aún no contábamos con las bases emocionales para traer a un pequeño al mundo.

Pese a todo, la idea de abortar jamás cruzó por mi cabeza. No podría con el remordimiento de haber arrancado de mis entrañas a un pedacito de mí, a un pequeño o pequeña, quien llevaba la sangre del hombre que yo amaba.

—Debería dormir, él está bien —sugirió Taylor. Estuvo a mi lado a cada hora, no me dejaba sola.

—No puedo, quiero que vuelva, Taylor.

—Volverá, él la ama.

Agaché la mirada. Quizá me amaba, pero no lo suficiente como para tener un bebé. Sus miedos estaban justificados en gran parte, no obstante, nuestro pequeño ya estaba aquí, solo quedaba seguir adelante de la forma que fuera, yo lo haría, con o sin Dixon.

A continuación, escuchamos pasos provenientes de la entrada; me incorporé en cuanto la figura de Dixon estuvo en mi campo de visión. Su aspecto no era mejor que el mío: ropa arrugada y ojeras marcadas. Bebió, podía oler el alcohol a la distancia.

—¿Cómo estás? —Averigüé. Tensó la mandíbula.

—No lo sé, Bridger, aún no asimilo que lleves un... intruso ahí dentro

—señaló mi vientre. En otro momento habría reído.

—Es un bebé, nuestro bebé.

—No lo quiero —se sinceró. Tragué el nudo que se formó en mi garganta.



—Lleva tu sangre, la mía, es nuestro hijo. Sé que estás asustado, pero eres un hombre maravilloso y serás un buen padre.

—¡No quiero ser papá!

Se alteró por completo, di un respingo, más por sus palabras que por el grito y la ira con la que las mencionó. Su voz teñida por el miedo me asustó.

—Lamento escuchar eso, porque lo serás, lo quieras o no, sin embargo, no te obligaré a cargar con una responsabilidad que no quieres.

Dio un par de zancadas antes de tenerlo a centímetros de mí. Sus rasgos desfigurados por el rencor.

—¿Eres consciente de quién será su padre? —Increpó tosco—

Traerás a un ser puro y frágil a este mundo de muerte, será vulnerable y un objetivo para quienes no se tientan el corazón para asesinar inocentes como él.

—¡Lo sé! —Perdí los estribos— Yo tampoco lo hubiera querido así, pero ¿qué podemos hacer, Dixon? ¿Matarlo? —Pronuncié con dificultad.

El dolor crispó sus rasgos. Retrocedió y por un instante mantuvo la calma. Entretanto, yo reprimía las lágrimas, me negaba a derramarlas.

—¿Quieres eso, Dixon? —Insistí ante su rotundo silencio.

—No lo sé —susurró.

El dolor doblegó mi corazón. Su respuesta no era lo que esperaba, él contemplaba la opción de abortar a nuestro bebé.

—Ya has tomado tu decisión.

—Holly... te amo, carajo, no quiero perderte por esto.

—No me amas lo suficiente para hacer a un lado tus miedos, y de acuerdo, no te forzaré, jamás te obligaría a hacer algo que no te nace.

—No te pongas en esa maldita posición. Te amo...

—Pero no a nuestro hijo.

—Todavía no es un ser humano —contraatacó. Mi labio inferior se sacudió deprisa y las lágrimas estaban a punto de derramarse.

—Creo que me equivoqué contigo, Dixon.

—No, no lo hiciste, Bridger, siempre has sabido que soy un hijo de puta.

Asentí de acuerdo con él y pasé por su lado, encaminándome hacia la salida.

—Bridger...

—No me sigas, Dixon —espeté, detuve cualquier intension que tuviera de venir detrás de mí—, ya has tomado una decisión.

No insistió. Abrí la puerta, Taylor se hallaba a un costado de ella, escuchó todo, lucia igual de decepcionado que yo. Si bien, esperaba esta reacción, no creí que dolería tanto el rechazo de Dixon a su hijo.

Entré al elevador con el móvil en mi mano. Esperé dos tonos antes de que Linda atendiera.

<

—Hola, Holly.

—¿Puedo quedarme en tu departamento? —Pregunté. Lloraba, esta vez sí lloraba.

—Si me lo pides es porque todo salió mal con el idiota Russo —  
murmuró.

—Más que mal.

—Oh, cariño, ¿quieres que vaya por ti?

—No, por favor, yo necesito desaparecer...

—¿A dónde irás, Holly? —Indagó, preocupada.

—No te lo diré, no quiero que él lo sepa. —Suspiró profundo.

—Te encontrará, lo hará de cualquier forma. No puedes esconderte del Diablo.

—Lo haré, Linda. Tomó una decisión, la respeté, Dixon tendrá que respetar la mía.

### ***Dixon***

Todo quedó destrozado a mi alrededor.

Rompí todo, lo que veían mis ojos era un reflejo de cómo me encontraba por dentro; mis nudillos sangraban y la ira me consumía, así como el dolor y la sensación de estar me equivocando. Por supuesto, esto último no podía ser de otra forma, estaba cometiendo un error, pero el miedo me frenaba.

El nombre de Darla no paraba de repetirse en mi cabeza. El sufrimiento de Dexter, el infierno que viví en el Presidio. Los hijos de los mafiosos que conocí y ahora están bajo tierra. Atentados, ejecuciones, peligros. Joder.

No quería que mi hijo sufriera.

Mi hijo...

—Jamás me he entrometido en sus decisiones —dijo Taylor.

—Y por eso sigues vivo —siseé.

—Esta vez lo haré porque sé que ama a la señorita Bridger y se está equivocando con la decisión que ha tomado —prosiguió, importándole poco lo que dije.

Alcé el rostro para mirarlo. Yo permanecía de rodillas en el suelo, con la fotografía de Holly en mis manos, el cristal se hallaba roto justo en el medio de nosotros, vaya jodido.

—No he tomado ninguna decisión —escupí.

—Me parece que sí. Rechazó de forma tácita a ese bebé y por si no lo ha notado, ese pequeño está en el cuerpo de la mujer que ama.

—No rechacé nada —mentí. Por supuesto que lo había hecho, pero era demasiado orgulloso para aceptarlo—. No estoy preparado para ser padre.

—¿Y quien lo está, señor? —Replicó— Usted sabe perfectamente lo que no se debe hacer con un hijo, lo vivió en carne propia con sus padres. ¿Acaso duda de su capacidad para criar a ese pequeño?

Chasqueé la lengua y me incorporé del suelo. No sabía dónde estaba Holly y de verdad me preocupaba.

*Hace unos minutos no era así, pedazo de imbecil.*

—Tengo que ir por ella —susurré.

—¿Y qué va a decirle?

¿Que la amo? Eso ya lo sabía. ¿Que amo a ese bebé? Por supuesto que lo amo, de ahí el miedo tan atroz que sentía ante su llegada. No soportaría la idea de imaginar a mi hijo herido de cualquier modo, mucho menos siendo pequeño e inocente, ignorante a quien era su padre y el mundo tan ruin donde lo concibió. Solo esperaba que él no me culpara, ni me echara en cara su estilo de vida, así como yo lo hacía con mis padres.

—Que la amo —contesté luego de unos segundos—, y que amo a nuestro...  
—Pasé saliva—, nuestro hijo.

Lo dejé ahí. Fui a la planta alta y agarré a Theo, además de otras cosas que necesitaba; bajé los escalones en dirección a la salida y deprisa marqué el número de Holly mientras me metía al elevador.

Mandó directamente a buzón y contuve el deseo de estrellar el puto aparato en el suelo.

—¿Dónde estás? —Pregunté en voz alta, golpeando el móvil contra mis labios.

Ella no iría con su padre, sabía que yo la encontraría ahí, ¿con el vendedor de cuarta? Mucho menos, no lo pondría en peligro, ¿el ñoño? No, no eran tan unidos. ¿La golfa de Linda? Quizá.

Marqué su número. No me respondió, así que insistí otra vez y otra vez, ella atendió en cuanto me monté en mi Aston.

—¿El que no te conteste no te dice nada? Deja de llamarme, pedazo de porquería.

—Cierra la puta boca, sabes por qué te llamo, dime dónde mierda está Holly.

—¿Qué? Acaso se te salió de la bolsa —rio. Maldita arpía, lo disfrutaba—, no sé dónde está.

—Mientes —acusé sin dudas.

—Piensa lo que quieras.

—¡Dime dónde está! —Exigí. Theo maulló. Lo miré solo un momento y continué conduciendo.

—No te diré una mierda, estúpido egoísta. Te lo dije, te dije que un día iba a verte arrastrándote por una mujer y vaya que me es satisfactorio. Echaste a perder lo único bueno que tenías en tu vida.

Apreté el móvil con dureza, a punto de romperlo con mis manos.

—Cállate. Me conoces lo suficiente para saber que la encontraré con o sin tu ayuda, pero te prometo que si no me dices dónde mierda está, te destruiré y jamás volverás a estar cerca de Holly.

—No me vengas con amenazas. Eso no lo decides tú.

—¿Quieres retarme? ¿Estás segura que quieres jugar con el Diablo? —  
Pronuncié en voz baja y amenazante.

Guardó silencio y cortó la llamada.

—Estúpida golfa. Debí matarte cuando pude.

Presioné el volante con suma fuerza. La mandíbula tensa y las ganas de quemar la ciudad a tope.

—¡Maldita sea! ¡Malditos sean mis miedos!

Frené de golpe cuando un mensaje llegó a mi bandeja. Lo leí deprisa y me sentí aliviado. Se trataba de Linda y una dirección. Al fin había hecho algo bien esa zorra.

Retomé el camino incorporándome al tráfico, aceleré y me pasé un par de semáforos en rojo. Llegué en minutos al sitio donde Holly estaba, no me hallaba lejos y eso fue una calma para mi impaciencia y desesperación.

Estacioné, tomé al estúpido gato y entré rápido al edificio, ni siquiera usé el elevador, me tomé mi tiempo para preparar lo que iba a hacer y decirle a Holly.

Cuando me detuve frente a la puerta, recuperé el aliento y traté de estar lo mejor presentable posible. Golpeé la puerta suave, no escuché nada, volví a golpear y esta vez sí oí los pasos del otro lado.

La puerta se abrió muy despacio y el rostro demacrado de Holly me recibió. Verla tan triste me rompió el corazón.

—¿Qué haces aquí?

—¿Pensabas que escaparías de mí? Eso jamás, nena, mucho menos ahora que llevas a mi hijo en tu vientre.

La sorpresa le acarició los rasgos dulces y desconfiados.

Intentó cerrar la puerta, pero la detuve y le entregué a Theo.

—Estuve dándole muchas vueltas a cómo debía ser y en qué momento, pero nada me parecía adecuado.

—¿De qué hablas, Dixon? —Inquirió confundida, aún con Theo en las manos.

La bola de pelos maulló y ella bajó la mirada a él. Notó el listón que llevaba en el cuello. Lo deshizo despacio y encontró el aro de oro que iba oculto a través de él.

—¿Qué es esto? —Musitó trémula.

—Perdóname, Holly —le arrebaté el anillo de los dedos—, te amo y amo a nuestro bebé, lo amaré y protegeré con mi vida, a ambos. No dudes ni por un segundo de que lo quiero, aunque haya parecido lo contrario, el miedo hablaba por mí, no podría vivir conmigo mismo si algo le sucede por mi culpa.

Derramó las lágrimas que siempre se negaba a dejar salir. Puse una rodilla en el suelo, la miré desde abajo.

—Permíteme ser tu esposo, Holly Bridger, cástate conmigo.

## **Capítulo 53**

### ***Holly***

Permanecía arrodillado delante de mí y dentro de mi mente solo podía gritar: ¡Sí!

Sin embargo, mi boca quedó sellada, empujaba mi lengua a través de mis dientes, mas estos se negaban a ceder. A pesar de nuestra discusión y la decisión que ambos tomamos, no existía una necesidad de querer castigarlo por el error en el que estuvo, mucho menos cuando reaccionó de inmediato y pese a su miedo, se encontraba aquí, conmigo, dispuesto a seguir adelante con nuestro bebé, sin dar su brazo a torcer.

¿Debería castigarlo? No, por supuesto que no. Esto no se trataba de un juego o dar lecciones, se trataba de madurez y comprensión.

Si él pudo derribar sus miedos y venir hasta aquí para solucionar las cosas, ¿por qué habría de torturarlo más? Dixon no se lo merecía.

Por Dios que lo comprendía, el dolor habló también por mí y alentó a tomar decisiones radicales y apresuradas, cuando lo único que necesitábamos era un poco de tiempo para procesar la noticia y pensar con la mente clara lo que haríamos, pero siempre juntos.

—Respóndeme por favor —suplicó. Esbocé media sonrisa con las lágrimas aún en mi cara—. ¿Me aceptas como tu esposo?

—Sí, señor Russo. Acepto que sea mi esposo.

Se incorporó, los rasgos crispados por la sorpresa. Es como si esperara que fuera a decir que no. Se hallaba anonadado.

—Has dicho que sí —susurró estupefacto.

Lo agarré de la nuca y aplasté mi boca con la suya. Theo bajó de mis brazos y al fin Dixon logró abrazarme por completo, tomó las riendas del beso que inicié y empujó sus labios con mayor vehemencia, saboreó mi lengua y succionó mi labio inferior. Entre intervalos de besos comenzó a sonreír, cogió mis mejillas y dio un beso tras otro.

—Mi prometida —otro beso—, dilo —sonreí—, di que eres mi prometida.

—Soy tu prometida —dije, complaciéndolo.

Agarró mi mano y deslizó el anillo en mi dedo. Este encajó a la perfección, el diamante brilló, deslumbrante, elegante, delicado y único. Era precioso y no podía creer que estuviera adornando mi dedo como una promesa física de nuestra próxima unión.

—Te amo, carajo, te amo como un puto demente.



Reí y me estrechó entre sus brazos. No me soltó ni un instante, sus dedos se ceñían a mi cuerpo y presionaban con vigor. Me sostenía como si tuviera miedo de perderme en cualquier segundo.

—Soy un idiota, cariño, pero te amo.

—Eres mi todo, Dixon, eso jamás va a cambiar.

Me miró enternecido, besó mi frente y de pronto, se colocó de cuclillas. Alzó mi blusa y palpó con los dedos el sitio donde nuestro bebé crecía.

—Y este pequeño intruso...

—O intrusa —corregí. Alzó el rostro hacia mí.

—¿Una niña? —Encogí los hombros— ¿Quieren matarme acaso?

¿Comprendes la magnitud de mis celos?

—Lo hago muy bien, señor Russo.

Negó y depositó un beso en mi vientre. Suspiré.

—Molly... la llamaría Molly.

—¿Qué? Dixon, no, eso suena como mi nombre.

—Es porque será parecida a ti. Es lo que más anhele —se incorporó y me sostuvo de la cara—, decidida, noble, fuerte y poderosa.

—Te faltó hermosa —musité. Rio.

—La más bella de este jodido planeta.

Plantó un beso en mi mejilla y dio una caricia en mi vientre.

—Tenemos una boda que planear y mucho sexo que tener antes de que este intruso llegue.

—¡Dixon! El sexo no se acaba con la llegada de un bebé.

—Pero sí disminuye —contraatacó malhumorado. Sacudí la cabeza y lo tomé de la mano.

<

—¿Estamos bien? —Averigüé. Suspiró hondo.

—Con todo y mis putos miedos de mierda, sí, cariño, estamos bien.

Asentí tranquila y cogí a Theo para marcharme del departamento.

Ya no necesitaría ir a ningún lugar, Dixon era lo único que necesitaba.

—¿Linda te dijo que estaba aquí? —Pregunté curiosa. Cerré la puerta detrás de mí.

—Sí —aflojó su corbata—, yo no confiaría en ella y consideraría eso de que siga siendo tu amiga, no sabe guardar secretos.

—Buscarías cualquier excusa para alejarme de ella —acusé.

—Y de todo el mundo. Eres mía —sentenció. Luego bajó la vista a mi vientre y volvió a suspirar—, bueno, nuestra.

—Seguiré siendo tuya, seguiré amándote.

—¿Toda la vida? —Inquirió en voz baja.

—Toda la vida.

### ***Dixon***

Mantenía mi oreja pegada a su vientre, parecía un pendejo esperando escuchar o sentir algo ahí dentro.

El bebé era muy pequeño, diminuto, ni siquiera pude encontrarle forma en la pantalla cuando la ginecóloga lo señalaba. Su corazón

aún no sé oía y tenía poco más de cinco semanas. Pero a pesar de no dejarse oír, ni ver, existía, ese pequeño existía.

—Vas a enseñarme a compartir, te compartiré lo que más amo en esta vida —susurré pensativo—, tu mamá es grandiosa y cuando la conozcas, entenderás por qué no quiero ceder un solo minuto de su tiempo con nadie.

Erguí el cuerpo y le bajé las bragas. Su sexo quedó bajo mi escrutinio y enseguida tuve una erección.

—Ahora, intruso o intrusa, te amo, pero ve a dormir, mami aún es completamente mía.

Al despojarla de las bragas, escondí la cara entre sus piernas. El olor de su sexo me ponía duro. Separé sus pliegues y probé con la punta de mi lengua lo delicado de su clítoris. Holly se removió un poco y proseguí.

Ella amaba que la despertara de este modo, justo abría más las piernas y me permitía el acceso completo a su coño dulce y húmedo.

Me deleité con su carne blanda y escurridiza. Mi lengua se deslizaba de norte a sur, jugaba en la entrada de su vagina y volvía a su punto débil. Leves círculos sobre su clitoris, presión, succión y al final la penetración de mis dedos dentro de su estrechez.

Alzó la pelvis y puse una almohada bajo su cadera.

—Dixon, aún no despierto y ya estás...

—Jodiendo, sí, es un don, nena.

Me saqué el bóxer de encima. Sus muslos descansaron sobre los míos. Abrí la bata que usaba y toqué solo un instante la dureza de sus pezones. Gimió y alzó las caderas en busca de mi pene erecto que ansiaba hundirse en ella.

—Te has tomado muy en serio lo de aprovechar el sexo.

Jadeó y yo me sentí en el paraíso al arremeter contra ella, entré lento, experimentando una delicia al estar por completo siendo uno con ella.

—Mi prometida debe estar en cama —salí y volví a penetrarla. Gemí con deleite—, y yo estaré con ella.

—Tu trabajo...

—Eso y el mundo se van a la mierda. Tú estás primero.

Me incliné encima de su figura. Con ambas manos acuné sus senos y los devoré alternadamente; flexioné firme las rodillas y embestí duro, mi pene se movía fácil a través de la humedad que ella desprendía. Se mojaba tanto que sus fluidos terminaban en la cama.

La observé un instante, tenía la cabeza echada hacia atrás, perdida en las sensaciones que le daba; entonces estiré el brazo y vacié lubricante en mis dedos sin que ella siquiera se percatara de ello.

Cuidadoso toqué la entrada de su culo. Estaba mojada por la excitación, al sentir mi tacto se tensó, mas no me detuvo y ese fue un incentivo más para continuar.

—Sé lo qué haces.

—Sí, yo también sé lo que hago.

La acaricié por encima, seguí estimulándola con mi boca y los dedos, para a continuación, penetrarla despacio con uno. Gimoteó y se quedó quieta.

—Dixon... esto no es divertido.

—No estamos jugando, cariño.

—Es vergonzoso.

—Se llama sexo anal y no hay nada de que avergonzarse, solo vas a disfrutar.

Retiré mi mano y abandoné su interior. Me miró.

—Date la vuelta —ordené excitado. Me dolían los putos testículos.

—Dixon...

—Obedece.

Pasó saliva y despacio se volvió. Flexionó las rodillas y estiró el resto del cuerpo hacia al frente. Me situé detrás y la penetré por la vagina otra vez, entretanto, cogí el plug que había comprado para ella y lo acerqué a sus labios. Era de un tamaño más pequeño, apenas comenzábamos, me tomaría mi tiempo para prepararla.

—Chúpalo.

—¿Qué? ¿Tu pene? —Le di una nalgada.

—El juguete.

—Sí, por eso. —Me miraba por encima de su hombro. Chica traviesa—. *Auch* —se quejó por la nalgada que le propiné de nueva cuenta.

Abrió los labios y mojó la joya anal. La cubriría de lubricante, pero me excitaba verla chupar. Sus labios se contraían y hacía esa cara de satisfacción que elevaba mi libido.

Cuando lo retiré, lo llené de lubricante, abrí sus nalgas y despacio lo introduje mientras continuaba penetrandola desde atrás. Suave y despacio.

—Me haces sentir llena.

—Ya lo estás, cariño. De todas las formas posibles. Estoy dentro de ti, en tu vagina, culo, corazón y vientre. Soy una extensión de ti y tú

eres una extensión de mí. Somos uno solo, Holly.

—Oh Dios, tú y tus... frases sucias románticas.

Terminé de meter el *plug* en su lugar. La joya oscura se veía perfecta entre sus nalgas. Regalé una caricia y luego un azote, otro más y otro más. Se le puso la piel roja y mis dedos quedaron marcados en ella.

—Sin rudeza —murmuré. Me controlaba bastante.

Balanceé las caderas lento y conforme los segundos transcurrían, lo hice más rápido. Mis manos se movían a través de su silueta, la tocaba por todas partes, en cada embestida empujaba más el plug dentro. Gemía y al palpar su coño, noté lo mojada que se encontraba. Toda mi palma se humedeció. Tocarla y sentir como resbalaba era como un afrodisíaco.

—Estoy muy... mojada.

—Lo siento, lo noto y no lo resisto.

Me recosté a su lado, ella me miró confundida.

—Ven aquí. Esta vez terminaremos así.

—Dixon, yo nunca —se puso roja—, esa posición, no, yo no...

Tiré de su cuerpo hacia el mío. Estaba muy avergonzada y tenía que perder esa timidez.

—No tengas pena, no conmigo. Haré muchas cosas con tu cuerpo, voy a venerarlo entero, no habrá espacio que no conozca, porque es mi templo y lo amo.

La besé en los labios un instante antes de incitarla a subir sobre mí.

Descansó su coño encima de mi cara y la suya a centímetros de mi pene.

—Dixon...

—Solo disfruta, Holly.

Calló de improviso al primer contacto de mi boca con su coño caliente. Moría por saborear sus fluidos, chupé y hundí toda mi cara en sus pliegues. Entretanto, ella me masturbaba con la boca, juro que intenté resistir, pero estaba muy excitado.

Me contuve para hacerla llegar, sus piernas temblaron, contrajo el cuerpo, su vagina palpité y derramó su orgasmo en mi lengua. La llenó, tragué cada parte de sus fluidos, escurrían deliciosos, a la vez que mi semen se vaciaba en su garganta. Casi habíamos llegado al mismo tiempo. Mis dedos ceñidos a su espalda, mis labios traviesos seguían recorriendo cada vestigio de su orgasmo, recogí lo que pude y quise. Ella era mía y tomaría todo, absolutamente todo lo que era.

—Eso fue rápido.

—Así de caliente me pones.

Se incorporó, mas no bajó de mi cuerpo, sino que acomodó su pelvis en mi cuello.

—Sentí muy rico, tu boca es... bendita.

Sonreí de lado. Puse las manos en sus nalgas y la atraje a mí.

—Levanta las caderas, pon tu coño en mi cara.

—¡Dixon! —Se sonrojó otra vez.

—Tan avergonzada, pero tan obediente.

Se mordió el labio inferior y alzó las caderas. Prácticamente tenía su coño en toda mi cara. Bendita imagen que me regalaba. Se balanceó sobre mi boca mientras la masturbaba con la lengua.

<

Fui consciente de que no saldríamos de la cama. Al menos no hoy.

Aún había pendientes que culminar. Brett, James y Harris seguían en la cabaña. No estaban siendo torturados, se mantenían encerrados y bajo vigilancia, la tortura comenzaría cuatro días antes de sus muertes. Se los prometí y lo cumpliría.

Aún le daba vueltas a cómo debía hacerlo: antes o después de mi matrimonio. Sería un excelente regalo de bodas darle a Holly las cabezas de quienes más daño le hicieron, aunque un tanto macabro.

No, mi chica era delicada, dudaba que le provocara satisfacción ese tipo de regalos. O quién sabe, quizá podría estarme equivocando y de verdad sería feliz viéndolos muertos. Ella aún no se hallaba en paz porque seguían vivos, tal vez al momento de cerciorarse de que murieron, cerraría ese capítulo y todo volvería a ser tranquilidad dentro de su mente.

—Tus padres, el mío, Dante y Linda, han confirmado su asistencia.

—Miré a mi prometida. El anillo relucía en su dedo y me sentí más orgulloso que nunca.

—Recuérdame por qué el vendedor de cuarta y la golfa estarán presentes — comenté como si nada.

—Porque son mis amigos y no les pongas apodos, Dixon.

—Ella me dice idiota.

—Porque lo eres —masculló.

—¿Ahora estás en mi contra? —Encogió los hombros— Ya vendrá la mía.

Tomó asiento en mi regazo, los brazos alrededor de mi cuello.

—¿Puedes tratar de portarte bien?

Recorrí la cara interna de sus muslos con la punta de mis dedos.

Tenía la piel suave.

—Si me das algo a cambio...

—Dixon...

—Está bien —accedí—. ¿Qué noticia quieres dar primero? —



Averigüé.

—¿Ambas? —Suspiró— Papá pedirá boda, no querrá que su nieto nazca fuera del matrimonio.

—En eso estamos de acuerdo. —Besé su mejilla—. ¿Estás feliz?

—Sí. ¿Y tú?

—Solo un poco asustado —posé la mano en su vientre—, pero decidido. No voy a fallarles, Holly. Seré un buen esposo y un buen padre.

—Puedo jurar que sí.

—Tienes mucha fe en mí —susurré. Regaló una caricia en mi mejilla.

—Porque veo en ti ese potencial. Eres un ángel, *Diablo*, siempre lo has sido.

Sonreí y negué. Ella decía cosas que por dentro me hacían sonrojar.

Me avergonzaba escuchar sus cumplidos y a ella mis frases sucias.

Entonces llamó mi atención el timbre de mi móvil. Lo cogí y vi un número que desconocía. Respire hondo, por lo regular, siempre se trataban de malas noticias y solían dármelos cuando me encontraba de mejor humor y entre los brazos de mi chica.

—Diga.

—¿Dixon? ¿Dixon Russo? —Apreté el ceño.

—¿Alexa? —Un sollozo del otro lado y supe que algo iba mal. Era ella, conocía su acento.

—Soy yo...

—¿Dónde está Dexter?

Holly se puso de pie y yo la imité mientras un presagio nada bueno se situaba en la boca de mi estómago.

—No lo sé —lloró fuerte—, desapareció, Dexter no está, me ha dejado sola.

—¿De qué mierda hablas? —Temblaba, estaba temblando. El miedo se hacía presente. Era mi hermano de quien hablábamos.

—Tienes que venir, mis padres desaparecieron y Dexter lo hizo con ellos.

Me paralicé.

—Voy para allá.

## **Capítulo 54**

### ***Holly***

Dixon llevaba varios días fuera de casa. No había noticias de Dexter, ni del matrimonio Robledo. Al parecer, a su única hija la mantenían secuestrada en su propia casa sin que hubiese oportunidad de poder ingresar por ella, no sin ponerla en peligro de muerte.

Me daba tanto pesar imaginar a la joven en manos de narcotraficantes; Dixon era uno de ellos, mas no secuestraba, por supuesto, no buscaba excusarlo, realmente jamás podría hacerlo, pero él ante mis ojos, no era malo.

Mi pobre bebé se oía desesperado cada vez que me llamaba, lo cual hacía en intervalos de una hora; por un lado tenía a su hermano desaparecido y por otro a su prometida embarazada, la cual ya no corría ningún peligro, pero hablábamos de Dixon. Era tan sobreprotector, que resultaba imposible pedirle calma.

Taylor quedó a mi cuidado, había más gente a nuestro alrededor, mas no cerca. Vigilaban el edificio y a quienes ingresaban. Yo no asomaba las narices al exterior, nada que no fuera mi ida al súper y ya; lo menos que quería era darle más preocupaciones a Dixon, así que me encargaba de salir solo lo necesario para no volverme loca y no ponerlo paranoico.

Mi padre venía a visitarme cada mañana y tarde, su compañía me ayudaba a no sentirme sola; también trabajaba desde aquí, evitaba que se acumulara el trabajo de Dixon. Necesitábamos más manos, pero era tan terco, no quería a nadie más en nuestro piso, solo seríamos nosotros dos, así lo sentenció y no hubo manera de poder hacerlo cambiar de opinión.

—¿Saldrá? —Indagó Taylor. Cogí mi bolso y acaricié una vez más a Theo.

—Sí, mis paseos al súper —suspiré—, mis favoritos.

Él sonrió, entendió mi sarcasmo. En silencio me acompañó hasta el ascensor y de ahí partí sola. Miré los números avanzar y cuando al fin las puertas se abrieron, me llevé una sorpresa al ver el rostro de Linda detrás de ellas.

—¡Holly! Apenas subía a buscarte.

Salí del ascensor y la abracé fuerte. A veces no asimilaba que ambas termináramos siendo mejores amigas. Era tan leal y divertida, buena consejera y buena compañía.

—¿Qué te trae por aquí? Creí que estabas de viaje con Dante.

Sus ojos se iluminaron cuando mencioné a mi amigo y su ahora novio. Vaya cosas del destino.

—Sí, pero tuve que volver por cuestiones de trabajo, solo estaré unas horas y me devuelvo con mi vendedor de bienes raíces —dijo entre suspiros.

—Te hace feliz —afirmé mientras caminábamos en dirección al súper.

—Él me adora, Holly, no es un multimillonario con un gran pene —

me sonrojé un poco—, pero me hace sentir valorada, ¿sabes? Me da cumplidos, no de mi apariencia... sino de mi inteligencia, mi capacidad, mi persona.

—Me siento muy feliz por ti y por él, ambos son grandes personas

—la tomé de la mano—, merecen estar juntos.

—Él... quiere ser padre —confesó y estaba ruborizada—, y quiere que yo sea la madre.

Las dos reímos por la manera en que lo dijo. Entramos al súper y comencé a echar las cosas que ocupaba en una canastilla. El trayecto se hizo menos tardío con ella.

—¿Tan rápido? —Pregunté sin mala intención. Me guiñó un ojo.

—Digamos que quiero hacerte competencia, quien sabe, quizá mi bebé termina casándose con el tuyo. —Volví a reír.

—Espero que mi bebé sea el niño, Dixon es un celoso extremo.

Aunque tengo el presentimiento que será lo mismo sea niño o niña.

—He conocido peores, créeme, pero tienes razón, el idiota es muy celoso contigo. ¿Cómo lo aguantas?

—Lo amo —simplifiqué.

Negó débilmente y pasamos a pagar a la caja. Las pláticas con mi papá eran amenas, pero definitivamente me hacía falta una charla de chicas, incluso más con Linda, ella que sabía casi todo de mí.

—¿Y qué tal va ese bebé? ¿Todo bien?

—El bebé está bien, el problema es Dexter, aún no aparece y Dixon está desesperado.

—Pobre chico, siempre me cayó bien, era muy dulce, todo lo contrario a su hermano.

—Lo sé, Dixon lo menos que desea es verlo mal, de la manera que sea. Así que bueno, imaginarás cómo se encuentra.

Asintió pensativa y a la vez preocupada. Aunque jamás lo fuera admitir en voz alta, ella aún quería a Dixon, no de manera romántica, pero sí de una forma especial. Pasaron cosas juntos, cosas que no me hacían sentir celos. Tuvieron su tiempo y sus momentos, acabó, este era el mío, no había nada de que preocuparme o encelarme.

—Ya verás que va a encontrarlo, nadie puede esconderse del Diablo

—repitió lo que me dijo hacía un tiempo.

Sonreí, traté de confiar en sus palabras, en mis esperanzas, en la determinación de Dixon. Vaya a saber uno lo que sucedería si algo le pasaba a Dexter. Seguro incendiaría el mundo. Él amaba a su hermano.

—¿Qué tal la estás pasando con el embarazo? —Cambió el tema.

Salimos del súper, ella me ayudó con las pocas bolsas que cargaba, el sol comenzaba a esconderse y las luces de los edificios nos acompañaban.

—El bebé crece bien, lo único malo son las náuseas, trato de sobrevivir con ellas.

Rio, pero su sonrisa y la mía se esfumaron de golpe al momento que tres camionetas blancas se detuvieron a nuestro costado en la acera. El corazón me comenzó a latir deprisa y la adrenalina se convirtió en un cosquilleo en mi estómago. Linda me tomó de la mano en cuanto gente vestida de policía y armada, bajaba de una de las camionetas.

Las personas a nuestro alrededor siguieron su camino, nosotras intentamos hacer lo mismo, pero esa gente se interpuso, evitaron que continuáramos avanzando.

—Buenas tardes, señoritas —saludó un hombre al que no podía verle la cara, pero si sus ojos, los mismos que se posaron en mí—, hágame el favor de subir a la camioneta.

—Ella no irá a ningún lado, ¿con qué derecho hacen esto? —

Increpó Linda.

—Somos la autoridad.

—¿Y? No pueden interceptar a las personas en la calle y exigirles que vayan con ustedes, corruptos de mierda.

—Se le ha pedido por las buenas.

Yo estaba callada, analizaba mis opciones y lastimosamente no eran muchas. Si corría, me alcanzarían, si la gente de Dixon intervenía, lo cual dudaba debido a la distancia en la que nos encontrábamos, pasarían a joderlo a él y darles más motivos para querer inculparlo. Sin contar con que quedaría atrapada en una lluvia de balas, aunque quizás era mejor morir aquí y no dónde ellos planeaban llevarme.

—¿De qué se trata esto? —Inquirí trémula.

—Órdenes del General —respondió neutro.

Me cogió del brazo y las bolsas cayeron al suelo. Linda intentó intervenir en vano.

—¡Suéltela! —Ordenó severa— ¡Ayuda! —Empezó a gritar, trataba de llamar la atención.

Cuando quise imitarla, lo que salió de mi boca fue un grito de horror.

Otro de los policías había apuñalado a Linda.

Lo hizo rápido, tomándola de la espalda y clavándole la hoja en su abdomen. Apagó su voz en un segundo.

—¡No! ¡Linda!

Quise ir hacia ella, pero me sujetaron de la cintura y en rastras me llevaron hasta la camioneta. El policía que apuñaló a Linda, movió su cuerpo hacia un costado de la acera, dejándola ahí, como si fuera cualquier cosa y no mi mejor amiga.

—¡Linda! ¡Ayúdenme! Linda...

Escuché varios disparos. Las personas de las otras camionetas bajaron, vi a la gente de Dixon movilizarse; se acercaban a nosotros e intentaban llegar a mí. Me removí mientras las balas se dispersaban a diestra y siniestra, el sujeto que me tenía agarrada también comenzó a disparar, pero lo golpeaba para dificultarle la

tarea, sus manos parecían zarpas poderosas que no me soltaban.

No obstante, de un momento a otro caí al suelo, como pude me incorporé tratando de escapar de los policías y el enfrentamiento.

Todo a mi alrededor se movía en cámara lenta. No había un sitio para refugiarse, era una mezcla de cuerpos oscuros de batalla contra personal trajeado. Me arrastré hacia la calle, corrí, pero de nuevo me vi encarcelada por un par de brazos fuertes.

—¡Llévensela! —Escuché que alguien gritó.

Mi voz se rompió tratando de pedir ayuda. De manera brusca estuve dentro de aquella camioneta y lo último que vi de mi amiga, fue la sangre que la cubría mientras sus ojos se apagaban.

—¡Déjenme!

Perdí el control y pataleé y golpeé con mis manos a quienes intentaban tocarme. Sin embargo, una navaja en mi vientre y un arma en mi cabeza, detuvo cualquier movimiento. Mi pecho agitado, mis ojos llenos de lágrimas, el corazón me dolía.

—Todo hubiera sido mejor si cooperaba —dijo esa voz.

—¿Por qué? ¡¿Qué quieren?! —Alcé la voz.

—Al Diablo —contestó.

Negué débilmente. Las náuseas venían y los mareos se intensificaban. Decirles que estaba embarazada sería un arma de doble filo. Podía conmoverlos o solo incitarlos más a herirme.

—¿Y para eso van a usarme a mí? Malditos cobardes, vayan por él si tanto lo quieren —espeté irascible.

—No lo queremos preso, a las lacras como tu novio, se les mata, y a toda su descendencia —me miró burlesco—, sí, sabemos que estás embarazada.

Palidecí. Ellos estuvieron rondando y ni siquiera reparé en su presencia.

—¿No te dijeron que acercarte a un mafioso te puede traer la muerte?

Callé. Estaba en graves problemas, Dixon se hallaba lejos, con el problema de su hermano encima y ahora también el mío.

Dios mío.

No hablé más y asustada me percaté de que nos dirigíamos al aeropuerto. Mi miedo se intensificó al detenernos frente a un jet privado. Sabía que no veníamos aquí precisamente a hablar. Ellos planeaban sacarme de la ciudad hacia quién sabe dónde.

—No —musité.

La puerta se abrió y trataron de bajarme, me resistí como pude, pero fue inútil. Entre gritos, y golpes me subieron al jet; quedé paralizada al hallarme dentro. No había manera de huir. Estaba atrapada.

—Buenas noches, Holly —saludó.

Se encontraba con un vaso repleto de alcohol en la mano. Su cara inescrutable, una máscara fría e indiferente.

—¿Por qué? —Pregunté en voz mortecina.

—Aunque te dé mis motivos, jamás los entenderás, no lo harás porque amas a mi hijo.

Cubrí mi vientre con ambas manos. El General se situó al lado de esa persona que hoy estaba haciéndole el mayor daño a alguien que llevaba su sangre.



—Así como él la ama a usted, ¡su madre!

—Dejemos el dramatismo, Holly, toma asiento, despegaremos en un momento.

—No, no iré a ningún lado, ¿qué demonios está mal con usted? ¡Es su hijo!

—Lo sé, Holly, esto lo hago por él, aunque pareciera que no.

Enseguida me obligaron a tomar asiento delante de ella; no comprendía el porqué de su actuar, bien podría haberme hecho venir sin necesidad de hacer todo este alboroto. Estaba segura que tenía un motivo para haber hecho esto así y por Dios que quería equivocarme hacía el rumbo que tomaban mis pensamientos.

El General, por otro lado, no mencionaba palabra, se sentó en la fila de al lado, la puerta se cerró y no pasó mucho para que el jet comenzara a despegar sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—¿Qué va a hacer conmigo? —Me atreví a preguntar. Era mejor saberlo desde ahora.

—Vas a desaparecer, Holly, lo harás con ese bastardo que llevas en el vientre.

Temblé por dentro y mis manos se aferraron con mayor fuerza a mi vientre.

—Me desharé de ti y tu hijo, así como lo hice con Darla. Pero te prometo que tú sufrirás menos.

## **Capítulo 55**

### ***Dixon***

En el instante en que abordé el jet, llamé a Holly. Estuve estresado hasta la mierda, preocupado por el imbécil de Dexter y tratando de encontrarlo con vida; mi terapia para sacarme el estrés de encima, se redujo a asesinar, fue satisfactorio masacrar a tanta gente, no lo puedo negar y tampoco me

podían culpar por disfrutarlo, seguramente ellos estarían igual de felices que yo si estuvieran en mi lugar.

—Hola, bebé, ¿cómo va todo? —Atendió la llamada tan dulce como siempre. Suspiré, dentro de mí sentí una calma gigantesca.

Escuchar la voz de Holly me daba mil años de vida.

—Hola, nena. Dexter está vivo y bien —susurré cansado. Llevaba días sin dormir.

—Me alegra oír eso, ¿y tú cómo estás? Te extraño.

Tallé mi cara con la mano. Necesitaba dormir junto a mi chica, solo eso pedía: el calor de su espalda contra mi pecho. *Joder*. Casi podía oler el perfume de fresas de su cabello.

—De la mierda, carajo, quiero verte —mascullé frustrado—. ¿Mi bebé se encuentra bien? —La oí suspirar. Se ponía feliz cuando mencionábamos a nuestro hijo.

—Bien, creciendo. Vuelve pronto, Diablo, tu hijo y yo te esperamos.

—Ya voy en camino, cariño. ¿Puedo pedirte un favor?

—¿Qué favor necesita, señor Russo?

—Que me esperes desnuda.

—Ya lo estoy.

Su respuesta me hizo sonreír, solo ella ponía sonrisas en mi cara.

—Adelantándote a mis deseos.

—Lo conozco demasiado —recordó.

Recliné la espalda en el asiento y mi vista se perdió en la inmensidad del cielo. Cada vez faltaba menos para volver a ver a mi chica.

—Te amo.

—Y yo te amo a ti, Dixon.

Terminé la llamada sin que la sonrisa se esfumara. Mientras las horas transcurrían para acercarme a Holly, mi mente se dedicaba a imaginar cientos de escenarios futuros. Pensaba en la llegada de nuestro bebé, en mi boda con el amor de mi vida, en la casa que compraría para mi familia. Tendría un hogar que protegería a como diera lugar, sería mío y nadie más podría decir lo mismo.

Tiempo después el jet aterrizó sin problema. Bajé, acomodé mi saco y la corbata antes de subirme al auto; no pasó un minuto desde que puse los pies en tierra cuando mi móvil comenzó a timbrar con mensajes y al final, una llamada de padre. Confundido, atendí.

—¿Qué? —Espeté.

—¿Dónde estás? Tenemos una situación aquí, Dixon.

—¿De qué estás hablando? —Increpé.

—Tu madre desapareció y Holly lo hizo con ella.

Una sensación helada me abrazó entero. El pánico se desató violento en mi interior mientras me esforzaba por asimilar la mierda que acababa de salir de su boca.

—Acabo de hablar con Holly, no...

—Sucedió hace un momento.

—¿Dónde están? ¿Dónde mierda está? —La cabeza me dolía. Tallé mi frente con los dedos, esto debía ser una puta broma.

—Se las han llevado, el General las capturó —simplificó. La angustia se convirtió en rabia.

—¿Y por qué no has hecho nada!? —Exclamé, perdiendo la compostura. El auto aceleraba a través de las calles.

—¡Porque es tu maldita responsabilidad arreglar esto! —Ladró iracundo—  
¡Porque el único culpable eres tú! Eres cruel, eres dañino, una plaga que acaba con todo.

Callé y no discutí más ante su letanía, mi padre tenía razón. El General se estaba vengando de mí, todas mis acciones repercutían en las personas que me importaban y amaba. Cada paso que daba traía destrucción, yo era la misma destrucción que acababa con todo.

—¡Acelera este puto auto! —Ordené trémulo.

Holly, mi hijo... joder.

Marqué el número de Taylor, pero el bastardo no atendió ninguna llamada. Más valía que fuera porque tenía un tiro en la cabeza, porque si no era así, yo mismo se lo daría.

—¡Carajo!

Golpeé el asiento con mis puños, desesperado y con la angustia asfixiándome. Ninguno de los imbéciles que cuidaban a Holly atendían el teléfono. Sin embargo, entró una llamada de un número desconocido cuando terminé de desocupar mi línea. Atendí deprisa.

—¿Dixon?

—¿Quién habla? —Averigüé, la voz me temblaba demasiado.

—Soy Dante —dijo—, Linda me pidió que te llamara. —Por su forma de hablar, deduje que estaba llorando.

—¿Sabes algo de Holly? —Fue lo primero que vino a mi mente.

—Se la llevaron, unos policías las interceptaron, Linda iba con ella.

—Cierta paz me embargó, al menos había un testigo.

—Necesito hablar con Linda.

—No es posible —sollozó—, la hirieron, Dixon, está muy grave, perdió mucha sangre y... —su voz se rompió aún más—, ella está embarazada y el bebé en riesgo.

Tiré de mi cabello con los dedos. La noticia me caló. Linda era una golfa irritante y a veces deseaba matarla, pero eso lo haría yo, solo yo, no ninguna otra persona. Carajo. ¿A quien engaño? Jamás le hubiera hecho daño, no lo haría porque le tenía cariño y Holly la amaba, sin contar de cuánto Linda la amaba a ella.

—Enviaré a alguien contigo —avisé. Bajé del auto, dirigiéndome al ascensor del edificio—. En el hospital le darán lo que necesiten, manténme al tanto de su salud.

Finalicé la llamada ya dentro del ascensor, los problemas no dejaban de llegar, no salía de uno para meterme en otro y francamente buscaba tranquilidad, nunca la deseé tanto como ahora.

Al entrar a mi *pent-house*, la simple nada me recibió. El perfume de Holly aún se hallaba en el ambiente, danzaba en la oscuridad, se mantenía como un recordatorio de que ella faltaba. La soledad que se respiraba era inmensa, tan inmensa que dolía.

Por ningún lado había rastro de Taylor. Mi gente ya se movilizaba por la ciudad, pero a lo que supe, a Holly la habían sacado en un jet privado perteneciente a mi familia. Seguramente mi madre iba con ella.

<

Recorrí la cocina y encontré la cena en el horno, la mesa puesta, todo preparado para lo que iba a ser una noche perfecta; con una calma imperturbable, tomé asiento y saqué mi móvil. Por dentro recé para que Holly llevara puesta la cadena que le obsequié y no la que Linda le dio. Ingresé a la aplicación de rastreo, esperé unos segundos y luego, una pérfida sonrisa se dibujó en mis labios.

Desde otra perspectiva, podían observar al Diablo, exhibía en una sonrisa la maldad que lo caracterizaba, mientras la crueldad de sus instintos se preparaba para desatar la ira de su infierno.

El Diablo no conocía la piedad.

Mis enemigos lo comprobarían.

—Te encontré, nena, te lo dije siempre —susurré, miraba su ubicación—. Nunca te dejaré ir. Nadie puede ocultarte del Diablo, él encuentra y destruye, esperen un poco, Holly, iré por ustedes.

### ***Holly***

La cabeza me daba vueltas. Todo se movía rápido a mi alrededor, escuchaba voces, no entendía lo que decían. Olía a sangre, a viejo, olía a naturaleza y con temor me percaté de que me sentía como cuando estuve en aquella cabaña siendo diezmada y abusada por tres enfermos.

El pánico me sobrevino al poder enfocar la vista. Un grito brotó de mi garganta y retrocedí arrastrándome por el suelo, mis pies se hallaban atados, mis brazos también. La madera crujió ante mi peso, el polvo se alzó. Tenía frente a mí una recreación de mis pesadillas. El aire me faltó de pronto, estaba teniendo un ataque de pánico, movía las muñecas para liberarme, viraba la cabeza en

todas las direcciones sin hallar a nadie cerca. Las lagrimas escurrían silenciosas, tenía miedo, lo sentía más fuerte que nunca.

—Dios, no —musité trémula—, no puedo estar aquí otra vez.

Este sitio era como mi *Kryptonita*. Me volvía débil, inestable, me hacía una niña de nuevo.

Al escuchar pasos, detuve todos mis movimientos. Pensé en la alternativa de hacerme la dormida, pero no resistiría fingir demasiado. Me mantuve a la expectativa, temerosa de quien estuviera acercándose. Paso tras paso, el sonido se volvió tétrico, un eco espeluznante que resonó por las paredes

solas y llenas de moho. Aquel ruido erizó mi piel, podía experimentar el miedo que se palpa a través de las películas de terror, pero aquí, era real, causaba escalofríos.

Entonces, al fin el sonido de los pasos decreció. La figura femenina se postró delante de mí. El rostro de esa mujer que tantas veces me sonrió amable y cariñosa, hoy detonaba frialdad e indiferencia.

Arrastró una silla y tomó asiento en ella como la mujer de clase que era.

—Soy una princesa —dijo seria—, mi padre era el rey de una mafia, un italiano que gobernó por muchos años.

No supe que decir. Parecía que me contaría su historia de vida, una que no quería escuchar, pero viendo las circunstancias, no tenía otra alternativa.

—Él me casó con alguien que no amaba, y causa de su decisión viví un infierno: golpes, infidelidades, encierro.

—E incluso así, no se tienta el corazón para hacerme lo mismo —  
susurré. Sonrió de lado.

—No todas las personas con traumas, evitan que otros padezcan lo que ellas sufrieron, por el contrario, se esfuerzan por hacer

miserables a los demás. Si yo no la tuve fácil, tú tampoco la tendrás.

—Su pensamiento es estúpido.

—Quizá lo es.

Cruzó las piernas y sus largos dedos descansaron sobre sus rodillas. Llevaba las uñas rojas, hasta ese momento reparé en que toda su vestimenta era roja, desde los zapatos, hasta la diadema que adornaba su cabello.

—Nunca quise tener a Dixon, era producto de una violación, porque su padre siempre abusó de mí; sin embargo, el señor Russo hizo que tuviera a

ese bebé, bajo amenazas, claro está —no sentí pena por ella—, me esforcé por hacer infelices a todos a mi alrededor.

—Incluido Dixon, su propio hijo —susurré horrorizada.

—Él es muy fuerte de carácter, nunca se dio por vencido.

En eso sí podíamos estar de acuerdo.

—Entonces llegó Dexter —sonrió un poco—, él era hijo de mi amante, el mismo que mi esposo asesinó cuando se enteró de la verdad, aunque claro, no supo que Dexter no llevaba su sangre. Lo habría matado.

—Usted quería a su amante.

—Y por eso amo a Dexter y busqué protegerlo de todo.

—Y si tanto lo amaba, ¿por qué mató a quien lo hacía feliz? Le arruinó la vida, lo lastimó y casi se hunde en la miseria —reclamé confundida ante su actitud.

—Porque ella lo engañó —dijo sin titubear—, lo engañó con mi esposo.



Me sentí mareada, con náuseas y no precisamente por el embarazo.

Ella soltaba este tipo de noticias que me hacían perder la cabeza.

Sonaba increíble su historia, como la de una mujer trastornada y obsesionada con ver infeliz a todo el que la rodeaba.

—Yo los vi.

—Usted está loca —afirmé.

No creía ni una palabra de lo que acababa de decir. Tuve la impresión de que buscaba justificar sus malas acciones inculcando a otros de ellas, indirectamente, pero lo hacía.

—Un poco.

—¿Y qué excusa va a usar para justificar mi muerte? —Increpé—

¿Dirá que también me metí con su esposo?

—No, Holly, me caías muy bien antes de que decidieras decirle que sí a Dixon.

—Lo único que usted desea es no ver felices a sus hijos —aseguré.

—No deseo ver feliz a Dixon, no cuando es el fruto de mil abusos, de lo que yo odio con todas mis fuerzas.

—¡Eso no es justificación! —Bramé— Si tanto odia a su marido, desquítese con él, Dixon no pidió nacer, no pidió ser hijo de una perra —escupí—, aunque no podría ofenderlas, porque las perras cuidan de sus cachorros y usted lo único que ha hecho es dañarlos.

—No, no daño a Dixon, solo destruyo lo que ama.

—¿Y eso no es dañarlos? —Calló— Déjelo ser feliz, le doy mi palabra que de mi boca no saldrá nada.

—No, por supuesto que no.

Se incorporó, creí que me mataría, mas no fue eso lo que ocurrió.

Más pasos y más voces se aproximaban a nosotras, la luz mortecina acarició los cuatro rostros que me observaban desde la semioscuridad.

—No —pronuncié en un hilo de voz.

Brett, James y Charles estaban aquí.

Lo peor de todo es que no me sorprendía encontrarme cara a cara con ellos, pero sí con la cuarta persona que los acompañaba.

—Taylor —susurré.

La madre de Dixon se postró a su lado y lo tomó de la mano.

—Él va a ayudarme a salir ilesa de aquí, si vine fue porque necesitaba que las cosas salieran bien. Antes de que llegue Dixon, ellos ya te habrán asesinado —explicó ella. Negué despacio, miraba alternadamente a ese par de traicioneros—. Tu muerte ayudará a Dixon a ser quien necesitamos que sea.

Negué débilmente.

—Dixon confiaba en ustedes —mi corazón se hacía pedazos, yo también lo hacía—, lo pagarán.

—Tal vez, tal vez en algún momento lo hagamos —dijo Taylor—, pero no lo verás.

—Sabías que estoy embarazada y no te importó —murmuré. La expresión en ellos no cambió, no se inmutaron en lo más mínimo.

—Lo siento por eso, Holly.

Ambos se marcharon, dejándome a solas con mis verdugos, quienes tenían las caras deformadas. Se veían mal, muy golpeados, Dixon los había

torturado.

—Así que estás embarazada —murmuró Brett, apenas lograba entenderle, tenía los labios desechos—. Tu novio me apartó de mi familia, matarte a ti y a su hijo, pondrá las cosas en balance.

No había manera de retroceder, de nuevo eran ellos contra mí. No dudarían en matarme, estaba incapacitada para defenderme, era una presa fácil. Mi última esperanza se trataba de Dixon, rezaba en silencio a quien fuera para que él nos encontrara antes de que hubiera consecuencias desastrosas.

—¿Lo entiendes, *Fairy*? ¿Notas cómo todas las cosas se acomodan? —Se mofó Charles.

Él se puso de cuclillas delante de mí y con saña descargó su puño en mi cara, justo en mi mentón, rompió mi labio y me hizo escupir sangre.

—El destino nos trajo aquí otra vez, no solo tenías que morir tú, nosotros también. Todos lo haremos este día, Holly.

James se retiró y cuando volvió, traía un galón de gasolina que comenzó a esparcir por todas partes.

—Para cuando tu Diablo llegue, esto arderá en llamas. Después de todo, él está familiarizado con el caos del infierno, no se sorprenderá. —Golpeó mi estómago, me sacó el aire y pedí en silencio por mi bebé.

No hablé, no supliqué, no gastaría saliva, ellos estaban mal de la cabeza y resultaba una pérdida de tiempo querer hacerlos cambiar de opinión.

—Levántate, zorra.

Me levantó del suelo con brusquedad, los dedos enroscados en mi cabello con saña.

—Ya ni siquiera se nos antoja follarte —siseó en mi oído—, solo queremos lastimarte.

Brett se acercó y dio dos puñetazos a mi cara. Las lagrimas bordeaban mis ojos, dolía.

—¿Desangrada o quemada? —Inquirió James. Mostró una navaja que enseguida descansó bajo mi mentón.

—Pienso que un poco de ambas —incitó Charles.

Contuve la respiración cuando desplazó a la hoja por mi cuello, senos y abdomen.

—Tenemos tiempo, tu Diablo aún no sabe donde estás. Cuando llegue lo sabremos y entonces tu vida acabará —masculló Charles.

Entonces James apuñaló mi pierna. Grité. No podía moverme, ni patearlos debido a la cinta que mantenía unidas mis piernas. El dolor se dispersó por todo mi cuerpo, fue peor cuando sus asquerosos dedos se hundieron en la herida.

—Romperé todos tus huesos —siseó James.

—Háganlo, al final, todos arderemos en el infierno.

## **Capítulo 56**

### ***Dixon***

Arribé al bosque más rápido de lo planeado. El Jeep se movía a toda prisa entre los arboles, mi gente rodeó el perímetro y se hizo una limpieza inmediata, no quedó un solo aliado del General en pie. A mi lado, el papá de Holly sostenía una escopeta que, en mi defensa,

puedo decir que yo no le di. El señor no mentía cuando dijo que tenía un arma para volarme la cabeza si llegaba a dañar a su hija, lo cual no sucedería jamás.

Prefería morir antes de hacerle daño a Bridger.

Regresando a su padre, él insistió en venir, lo hizo una sola vez. Eso bastó para que se montara al jet conmigo y ahora me hiciera compañía. Sabíamos que en la cabaña se hallaban esos tres bastardos que no me arrepentía de no haber matado, porque no merecían una muerte rápida y fácil, sin embargo, me pesaba inmensamente que Holly estuviera en sus asquerosas y pútridas manos.

—Ya casi llegamos —avisé.

Apagué las luces y me guie por la luz mortecina que desprendía la luna. El motor no pasaba desapercibido, pero era mejor reducir las posibilidades de que ellos notaran nuestra presencia.

—¿Dónde están sus hombres?

—A cinco minutos. No demorarán en llegar.

Preparó el arma y el odio en su cara era de temer.

—Ya una vez no pude defender a mi niña —siseó—, no sucederá otra vez.

Las llantas derraparon en cuanto detuve el Jeep. Cogí mi arma y otras más que se situaron a través de mi cuerpo. Acomodé mi corbata y mi saco, con una calma imperturbable avancé en silencio hacia la cabaña que se alzaba entre la semioscuridad, tenebrosa y siniestra.

Mi mente se hallaba calmada, mi corazón podía ser un caos de angustia por hallar a mi mujer, pero si algo aprendí, es a mantener el control, la desesperación nos orilla a tomar malas decisiones, los

impulsos no sirven de mucho cuando la persona que amas está en riesgo, un error puede costarle la vida y no permitiría que eso sucediera con Holly.

Mente fría. Crueles instintos. Deseos asesinos.

Avancé despacio, un paso tras otro, no obstante, me detuve de improvisto. Mi mano en el pecho de mi suegro, deteniéndolo también sin pronunciar una palabra. Mi vista en la puerta de la cabaña mientras veía a dos figuras salir de ella.

Yo estaba enterado que una de las dos personas que divisaba a la distancia, era una traidora. Pero me tomó por sorpresa descubrir que mi madre también era su complice. Lo peor de todo, fue cuando ella lo besó y él le respondió como si nada.

Mis dientes se apretaron fuerte, mi mente aclamaba derramar su sangre.

—¿Esa es su madre? —Inquirió.

—Lo es —respondí—. Maldita sea. La mataré con mis propias manos.

—Es su madre —susurró sorprendido.

—Es una puta traidora, una jodida ramera.

Él no dijo más y yo no me disculpé o mucho menos me arrepentí de lo que salía de mi boca. La respeté toda mi vida, era la única a quien le demostraba un poco de cariño, me desviví por protegerla de cualquier peligro a pesar de que no lo merecía, ¿y qué hacía ella?

Se aliaba con mis enemigos para destruir a la mujer que yo amaba.

No tendría piedad con ella, quien me traicionaba pagaba las consecuencias. Sea quien sea.

Me acerqué a toda prisa a ellos cuando se disponían a subir a uno de los autos que ahí se hallaban estacionados. Mi arma descansó en la nuca de mi madre, la de mi suegro en la de Taylor, este último me miró sorprendido.

—Muchos errores, Taylor.

—Lo sabías —susurró serio.

—A mí nadie me ve la cara de pendejo.

—Dixon —musitó mi madre.

—Cierra la boca —espeté.

Desenfundé mi navaja y de un tajo le corté la garganta a Taylor.

Cayó de rodillas, mi madre no se inmutó ante la escena, por supuesto, era una víbora sin corazón que no sentía nada. Él la agarró de las piernas, la miraba con suplica, mi madre seguramente lo hacía con indiferencia; entonces terminé por atravesarla la cabeza con el filo y enseguida murió empapado de sangre y arrastrándose en el suelo como el gusano miserable que era.

—Perro —siseé.

Agarré a mi madre y la enfrenté. Fue otro golpe el no ver en sus ojos ni una pizca de arrepentimiento.

—¿Por qué? —Increpé y negué despacio— No, no me respondas, no me interesa saber tus putas excusas de mierda, maldita traicionera.

—Es lo mejor para todos. Lo entenderás si te explico.

—¿Explicarme? —Reí sin gracia— Te voy a matar —dije sin titubear

—, lo haré yo mismo.

—Soy tu madre.

—Eres una perra.

Mi brazo le apretó el cuello y presioné hasta que el aire no llegó a su cerebro y entonces se desvaneció. Dejé su cuerpo en el suelo, no sin antes atarle las manos y pies.

—Espero no te traguen los lobos —mascullé.

De pronto, escuché el grito de Holly. Era ella. Gritaba desde el interior de la cabaña, pedía ayuda con desesperación. Pensar en que algún día ella gritó del mismo modo sin que nadie la escuchara, me lastimaba. Pero hoy las cosas habían cambiado, yo estaba aquí.

Con su padre, corrimos hacia la cabaña. La puerta cedió sin problema, avancé cuidadoso por el sitio que yo conocía bastante bien, olía a gasolina y sangre. Cuando divisé a Holly, noté que entre esos tres bastardos estaban golpeándola. Sonreí en la oscuridad.

Me perdí en la ira, en el deseo asesino de acabar con ellos.

Grabé muy bien la escena, cada imagen. Pagarían caro el haberla tocado, Holly no estaba sola.

—Usted encargase de Holly —dije.

Su padre obedeció, pero antes de ir por ella disparó, lo hizo con los tres, los hirió en las piernas antes de que pudieran siquiera reaccionar y no es como si tuvieran algo con lo cual defenderse que no fueran sus asquerosas manos.

El padre de Holly no pronunciaba palabra alguna, se hallaba en shock, no por lo que había hecho, sino por el estado de su hija.

—Dixon... papá —susurró. No quise mirarla demasiado, mandaría todo a la mierda y me iría con ella.

—Sáquela de aquí —ordené.

Él tomó a su hija entre sus brazos y mientras Holly gritaba mi nombre, su padre la alejaba de mí.

Volví mi atención a los bastardos que yacían llorando en el suelo, tenían las rodillas destrozadas por las balas de la escopeta. Como me alegraba ver los huesos atravesándoles la ropa.

—Han adelantado su muerte, ¿de verdad creían que se saldrían con la suya?

—Espero que tu perra...

Detuve su palabrería cuando mi zapato le acabó de destrozar la boca. Alcé el pie incontables veces, con furia y deleite. Brett no pudo decir nada más, la sangre salpicó en todas las direcciones, lo mejor fue percatarme de que aun respiraba, así que lo tomé del cabello y moví la navaja con frenetismo a



través de la piel de su asquerosa cara. Una y otra vez. No hubo un espacio en su faz que no estuviera herida, los ojos se salieron de su cuenca, la carne colgaba hacia los lados, rojiza, oscura bajo la noche, el blanco de sus dientes resaltó por breves instantes antes de que se mancharan cuando la sangre escurrió.

Al final, quedó un cúmulo de carne y fluidos. Él había dejado de respirar.

Miré a los otros dos. El miedo se divisaba en sus orbes.

—Bueno —arreglé mi cabello, la sangre lo mantuvo en su sitio—, no mentía cuando dije que les arrancaría la piel con mis propias uñas.

—¡Hijo de puta! —Ladró James. Sonreí de lado y observé a Harris un segundo.

—Tú serás el último —lo señalé—, y el que más sufrirá.

Los dejé ahí un momento, no irían a ningún lado, estaban desarmados.

Abrí la puerta y le hice una seña a mis muchachos. Cinco de ellos se acercaron con dos más que no pertenecían a mi gente. Me siguieron hacia el interior, señalé a Harris con un movimiento de cabeza.

—Llévenlo al sótano otra vez, quiero que lo violen de todas las maneras posibles que existan —dije sin que me temblara la voz.

No me sentía mal en lo absoluto, jamás me arrepentía de mis acciones, no cuando se trataba de esto.

—Quiero que grite —agregué—, muy fuerte.

Harris no luchó cuando mi gente acató las ordenes dadas, sin problema se lo llevaron abajo. Fue momento de volver con James.

—¿Imaginas la impotencia que Holly sintió mientras abusabas de ella? —Inquirí en voz baja.

Agarré su brazo, lo estiré por encima de su cabeza y apuñalé su palma, sosteniendo así su mano para que no la moviera. Él gritó y me maldijo, lo hizo más cuando realicé el mismo procedimiento con la otra mano.

—Un mafioso siempre debe traer navajas de repuesto, no sabes cuando se te puede atravesar una bazofia para desollar.

—¡Bastardo!

Reí, le hice un corte comenzando desde la oreja, la hoja cortó la piel con facilidad, le rodeé la mejilla y mentón para finalizar en la otra oreja.

—No, todavía no.

Los alaridos de Harris nos acompañaron. No pude haber tenido una mejor melodía para arrancarle la piel, Harris gritaba y James le respondía. A continuación, metí los dedos por debajo de la piel cortada y de a poco la alcé, despegándola con algo de dificultad;

James se removía adolorido, la carne se palpaba resbaladiza, lo poco de mis uñas se asió con saña y di un tirón y otro más, la escena era macabra, pero para mí era pura satisfacción. Nunca fui un sádico, sin embargo, justo ahora podía catalogarme como uno.

Mientras desollaba a James, veía el rostro golpeado de Holly, la pureza en sus orbes, la alegría de una riña que rompieron, oía sus gritos, las suplicas de Matt, la cara de ese niño inocente que murió en este sitio por la mano de unos salvajes. Todo lo que ellos habían hecho fue la motivación para seguir torturándolo hasta que al final su cara quedó por encima de su cabeza.

—Toda una obra maestra.

Tiré de sus brazos y las navajas le cortaron en dos las manos.

James emitió un alarido, Harris también. El sentimiento de venganza se vanagloriaba por esto.

Para terminar, lo apuñalé en el pecho hasta que me cansé. Todo mi cuerpo quedó cubierto de sangre. Me incorporé y casi recuperaba la paz, solo

faltaba acabar con Harris y al final, arreglaría las cosas con esa mujer que me dio la vida.

Me dirigí al sótano, bajé despacio cada escalón. Los gritos de Harris se intensificaron. La escena que encontré fue vergonzosa y muy humillante para alguien como él. Terminó desnudo y violentado, torturado y rebajado a una miseria, igual que Matt. Él por fin podía experimentar en carne propia lo que sus amigos hicieron sentir a alguien que no tenía culpa alguna.

—Existen malas personas en este mundo, Harris —dije, adelantándome hacia el despojo humano que era—, luego están las personas como yo: crueles, sanguinarias y vengativas. Quienes hacemos pagar a bazofias como tú.

Le pedí a los hombres que se retiraran, Harris estaba desnudo, con sangre entre las piernas y la comisura de su boca rota. Me miraba con odio puro y deseos asesinos.

—¿Crees que nadie te hará pagar a ti? —Escupió entre dientes.

—Quien lo intente, acabará como tú, ¿acaso lo dudas? Soy el Diablo, arder en el infierno siempre será un placer.

Cogí un galón de gasolina y le rocié los pies. Mi imagen ante sus ojos era siniestra. Cubierto con la sangre de sus cómplices y una llama con la que jugaba entre mis dedos, que era la misma que comenzaría con la tortura de su inevitable muerte.

—Espero disfrutes de las llamas.

Arrojé el encendedor a sus pies y el fuego se alzó enseguida. Él no emitió ningún sonido, en todo momento me miró a los ojos mientras su cuerpo comenzaba a quemarse por partes. Al final, el dolor fue tanto que no lo soportó y gritó, alaridos de dolor agónicos y espeluznantes. Yo me mantuve inexpresivo, indiferente a su dolor y la forma en que su piel se achicharraba con el fuego. Su rostro se distorsionó, fue una máscara de sufrimiento y desesperación, se arrastró por el suelo, suplicó en algún momento y al terminar, su voz cedió por completo.

Satisfecho, abandoné el sótano, las llamas se extendían deprisa, al estar fuera de la casa, el calor alcanzó la primera planta. Encendí un cigarrillo y bajé los escalones en dirección a mi gente.

—Echen el cuerpo de ese traidor a las llamas —ordené hacia nadie en particular.

—Señor Russo, ¿qué hacemos con su madre? —La observé, se hallaba inconsciente dentro del auto.

—Llévenla al primer almacén, cúbranle la boca y la cara, que no sepan de quien se trata.

Asintieron y todos comenzaron a retirarse del lugar. Del padre de Holly y de ella no había rastro, seguramente la llevó al hospital.

Eché un vistazo a la cabaña, tomé asiento encima del capo y

<

observé como el fuego consumía toda la propiedad, llevándose los malos recuerdos con ella, convirtiéndolos en ceniza.

—Han pagado, Matt, puedes descansar en paz —susurré, antes de marcharme.

### ***Holly***

La cara me dolía mucho, también las costillas. La puñalada en la pierna no se sentía tanto, quizá por el medicamento que actuaba con mayor fuerza ahí, la verdad no me detenía a darle tantas vueltas.

Me hallaba sola en la habitación del hospital, desorientada y perdida en mis pensamientos, temerosa y expectante sobre lo ocurrido en la cabaña. No asimilaba que la madre de Dixon estuviera al frente de este caos, no quería ni pensar cuánto le afectaría esto a Dixon. Mi Diablo era muy sensible en cuestiones sentimentales, más al tratarse de su madre, la noticia iba a destruirlo. Lo conocía demasiado para saber que descargaría su ira sin medir las consecuencias. No se detendría a analizar que se trataba de su

madre, él era rencoroso, vengativo y orgulloso, no iba a perdonarla y después de todo, dudaba que esa mujer siquiera estuviera arrepentida por sus acciones.

Viré el rostro hacia la puerta cuando esta se abrió. Dixon ingresó a la habitación. Llevaba ropa limpia encima, pero podía oler la sangre en él a distancia. Se aproximó a mí, el semblante exánime. Tomó asiento a mi lado, pero antes me dio un beso en la frente y acto seguido, cogió mi mano.

—¿Cómo te sientes, nena? —Averiguó.

—Bien —mentí—, ¿nuestro bebé está bien?

—El pequeño *intruso* está a salvo —sonreí—, lamento llegar tarde.

—Negué.

—Llegaste a tiempo, es lo importante —le di un apretón a su mano

—, ¿cómo estás? Yo lamento...

—No la menciones —interrumpió, la ira detonó enseguida.

—Dixon, no puedes guardarte lo que sientes, te consumiré.

—No quiero hablar de eso. Solo quiero estar contigo y nuestro hijo, cuidarte... cuidarlos.

Solté su mano y me moví hacia un lado, palmé el lugar vacío junto a mí, la camilla era amplia, diferente a todas las demás en las que había estado. Me molestaba tener experiencia en este tipo de cosas, no debería de ser.

Dixon se acomodó a mi lado, su cabeza en mi pecho y la mano en mi vientre.

—Te amo, bebé.

—Lo sé, nena —estrujó mi cuerpo—, no sé que sería de mí sin ti.

—No contemplemos esa posibilidad.

Se quedó callado y escondió el rostro de mí. Lo abracé, mi hombre fuerte necesitaba sentirse amado, sentir que pertenecía a un lugar.

Estuvo solo tanto tiempo, que no podía asimilar cuanta falta le hacía un abrazo. Hoy más que nunca me encontraba dispuesta a darle todo lo que le habían quitado, hacerlo feliz y demostrarle que alguien como él, sí podía y merecía ser amado.

—Mi mamá no me quiere Holly, jamás me quiso —susurró con la voz rota—. Y yo la amo, pero nunca seré suficiente para ella.

Sentí mi corazón romperse. Experimenté odio y rabia hacia esa mujer, enojo por la forma en que trató a Dixon y todo el daño que desde pequeño le ocasionó. Definitivamente existían mujeres que no nacieron para ser madres, no lo merecían. Dixon era un hombre maravilloso, dispuesto a todo por su familia, jamás culpó a nadie por la vida que llevó y todo lo que vio, jamás se desquitó con nadie, si hacía lo que hacía es porque era el mundo donde creció y aunque no lo justificaba, lo entendía por completo.

En la mafia sobrevives o mueres. Eres el león o la presa. Dixon lo tuvo claro desde el inicio.

Pese a todo, nunca se dio por vencido y lo admiraba por eso. No me arrepentía de amarlo, de ser su mujer, de que él fuera mi hombre.

No me arrepentía del padre que mi hijo iba a tener, porque podía apostar mi vida a que Dixon sería mejor que cualquiera.

—Que no seas suficiente para ella no quiere decir que el problema seas tú. Eres valioso, fuerte y te amo —dije serena, pero con el llanto a punto de derramarse—. No hay nada que tú no hagas por quienes amas, lo haces sin esperar nada a cambio y eso, cariño, vale más que cualquier cosa.

Lo agarré del rostro, su mirada cristalina, su semblante triste. Él estaba rompiéndose y quizás todavía faltaba algo peor por venir; estaría para mí prometido en cualquier circunstancia o momento, sin importar cual fuera.

—Jamás serás suficiente para una persona que no sabe valorar todo el amor que das —decreté segura.

—A la mierda con ella —siseó. Trataba de aparentar indiferencia, mas no lo lograba.

—Y con todo lo que te daña. Piensa en lo que tienes, no en lo que has perdido.

—Tú...

—Sí, yo, voy a ser tu esposa, tendremos un bebé, un hogar y seremos felices. Mi corazón te amo, Dixon Russo.

—¿Para siempre?

—Para toda la vida, bebé.

## **Capítulo 57**

### ***Dixon***

Había cadenas en sus muñecas y tobillos, y una mirada rebotante de confianza en sus ojos. Creía que por ser mi madre no iba a atravesarle la cabeza con una bala. Ilusa. Me lastimó profundamente, no por la traición que cometió, sino por su falta de amor hacia mí, su hijo.

Me hallaba herido, sangraba por dentro debido a su rechazo, dolía y yo odiaba sentirme así, odiaba ser lastimado por quien amaba, nunca se lo iba a perdonar.

No era un hombre al que podías romper con facilidad, mucho menos llegaba a demostrar cuando alguien lo lograba, justo en estos momentos, ella no podía darse cuenta de lo mucho que yo sufría por dentro; mi cara siempre se mostraba como una máscara fría e inexpresiva. Aprendía a tragarme el dolor, a disimular con la ira y la burla. Tenía defensas en cada parte de mí para nunca darles la satisfacción de verme arrastrándome. Por la única persona que lo haría, sería por Holly, y solo si era yo el causante, a veces lograba ser muy orgulloso.

—Tuviste que traerlo —miró a padre que yacía a mi lado—, quítenme esto, saben que no me matarán.

Padre se adelantó hacia ella y le propinó una bofetada que le rompió el labio. Ella lo observó con indiferencia.

—He sido un bastardo, pero jamás atentaría contra mi sangre —

siseó enardecido. Y bien, en esto podía darle la razón.

—Por supuesto, no fuiste tú a quien usaron como un recipiente,

¡todo lo que me hiciste! —Se alteró— Debías pagarlo con quien más te doliera —ella y yo nos miramos—, Dixon.

Él volvió a abofetearla, esta vez sí vislumbré la ira en su mirar. Se removió contra la silla y tensó los brazos. Es como si estuviera viendo a otra persona, la mujer que tenía delante de mí, no era mi madre.

—Morirás aquí, por la mano de quien quisiste arruinar —dijo severo.

Escupió a sus pies, me lanzó una breve mirada y desapareció del lugar, nos dejó solos. Tomé asiento delante de mi madre y metí las balas a mi arma mientras ella observaba. Dexter ni siquiera sabía nada de esto, no se lo diría hasta que lo volviera a ver. Seguramente estaría de acuerdo conmigo, él entendería por qué lo hice.

—Solo me vengué de lo que él me hizo —intentó excusarse.

—Debiste decírmelo —no la miraba—, pude hacerme cargo, habría hecho cualquier cosa por ti, porque te amo, madre.

Alcé la cara y metí el cargador lleno de balas.

—¿Habrías matado a tu padre? —Tensé la mandíbula.

—Lo hubiera hecho. —Suspiré—. Pero decidiste dañar a la mujer que amo, fingiste todo este tiempo, regalaste sonrisas mientras apuñalabas por la espalda. Jamás lo esperé de ti.



—Es lo que aprendes a hacer cuando condenan tu vida, cuando te obligan a compartir tu espacio con un macho golpeador, violador, infiel y abusivo.

—¿Y por qué callar? Pude defenderte, ¡yo no tengo la culpa de sus errores!

—¡Eres su hijo y por eso te odio!

—¡También soy el tuyo!

Me incorporé, perdiendo la compostura. Esto estaba acabando conmigo. Quería terminarlo de una vez por todas e irme a casa con mi mujer, con la única persona con la que me sentía a salvo.

—Viví un infierno por tu culpa, me ofreciste a la mafia, sin importarte que fuera un niño. Supiste cuando follé con esas mujeres, cuando asesiné por primera vez, ¡cuando padre me dejó en el Presidio! —

Las venas de mi cuello se dilataban— Lloré, madre, lloré preguntándome por qué tú, quien debía protegerme, me habías dejado solo.

—Porque no te quise y jamás te querré —simplificó, fría como un tempano de hielo.

El enojo se desvaneció de inmediato y sus palabras se convirtieron en un puñal que atravesó ese órgano que latía errático dentro de mi cuerpo. Tuve una sensación de cosquilleo atravesándome entero, a la vez que mis rodillas flaqueaban. Ella no necesitaba golpearme, ella solo necesitaba abrir su boca para destrozarme.

—No me mereces, no mereces el amor que yo te tengo —susurré.

El cañón de mi arma descansó en su frente.

—Nunca me importó, ¿por qué debería de hacerlo ahora?

La bilis apretó mi garganta. Por mucho tiempo creí que mi crueldad la heredé de mi padre, pero hoy, al escuchar hablar a la mujer que me dio la vida, tuve la certeza de que, si en mi sangre corría tanta maldad, era por causa de ella.

—Jala del gatillo, Dixon, demuestra que eres mi hijo: un alacrán venenoso y peligroso. ¡Mátame, no podrás perdonarte por hacerlo, te arrepentirás cada maldito día de tu vida!

—Vete a la mierda —disparé el arma y la bala atravesó su cabeza

—, jamás me voy a arrepentir.

Su cabeza osciló antes de quedar echada hacia atrás con la sangre escurriendo por el suelo de aquella habitación sucia; el carmín fue todo lo que vi, la imagen de mi madre muerta no la olvidaría y dolía, por supuesto que sí, pero para mí, fue lo correcto. Me deshice de ella y eso se volvió un gran desahogo.

—Adiós, madre.

<

## ***Holly***

Dixon arribó hacia unas horas, me pidió que lo dejara solo y eso hice.

Llevaba en la habitación bastante tiempo, me preocupada, porque sabía lo que acababa de hacer y era consciente de cuanto le dolía.

Todas estas semanas se enfocó en mí y nuestro hijo, en ayudar a recuperarme. Él se comportaba normal, seguía siendo mi Dixon, pero en sus ojos se vislumbraba a simple vista lo perdido que se encontraba.

Lo peor es que no lo hablaba, se encerró en su dolor y por más que intentaba sacarlo de ahí, no estuvo dispuesto a ceder. Se torturaba por lo que sucedió y se culpaba, como si en verdad fuera su culpa lo que esa mujer había hecho.

La impotencia era mucha y me desesperaba en sobremanera.

Quería subir y hablarle, abrazarlo como lo hice en el hospital, esa se trató de la única ocasión en que Dixon se dejó ir, se permitió llorar un poco y

después, fingió que nada pasaba y que la traición de su madre no le afectaba. Todos sabíamos la verdad.

—¿Debería ir y hablarle? —Inquirí hacia mi padre.

—Debiste hacerlo desde que llegó, Holly —murmuró. Mordisqueé mi labio.

—Dijo que quería estar solo y cuando él lo dice, es porque lo necesita, papá.

—Te necesita a ti, princesa.

Se incorporó y agarró a Theo entre sus brazos. Se estaba quedando aquí mientras me recuperaba, papá no quería estar alejado de mí y Dixon lo permitió sin problema, porque, además, se marchaba tranquilo sabiendo que yo no me quedaba sola.

—Está bien —susurré.

Papá besó mi frente y se dirigió a su habitación. A continuación, me dirigí a la mía, al llegar, permanecí unos instantes frente a la puerta, entonces la abrí.

Dixon me miró en cuanto estuve dentro, parecía que desde que llegó había estado sentado en la misma posición sobre la cama.

—Dixon —musité.

—Maté a mi madre, Bridger —el llanto se desbordó silencioso por sus mejillas—, está muerta y una parte de mí, se fue con ella.

Verlo llorar me destrozó por completo. Corrí hacia él y lo estreché en mis brazos. Presioné su cabeza a mi pecho y lo escuché estallar en llanto, fuerte y con gran sentimiento. Lloraba como un niño pequeño, desconsolado, frágil, su cuerpo se sacudía con espasmos, sus dedos se aferraban a cualquier parte de mí.

Y yo por más que intenté hacerme la fuerte, no pude y terminé llorando con él.

—Ya está, cariño —besé su cabello—, pasará, pasará.

—Si yo soy un monstruo por asesinarla, entonces, ¿qué es ella, Holly?

—Alguien que no merece tus lagrimas —volví a besarlo—, voy a cuidarte, déjame cuidarte.

Lo solté y sin prisas fui a llenar la tina, volví con Dixon y le ayudé a desprenderse de su ropa. Los espasmos se detenían, pero el llanto

continuaba derramándose. Mi Diablo estaba acabado, sin que le hubieran puesto un dedo encima, lo destruyeron.

Cuando se encontró desnudo, lo metí a la tina, la llené de sales, el olor relajaba bastante. Cogí una esponja y di inicio a su ducha. Él no hablaba, lloraba en silencio con la mirada perdida. En momentos le pregunté cosas, a lo que solo asentía. No sabía que hacer para ayudarlo, mi mente trabajaba deprisa para hallar una solución, aunque la realidad, es que esto solo podía sanar con el tiempo.

La aceptación llegaría. Tarde o temprano.

—Hace muchos años, apenas logro recordar cuando sucedió, recuerdo ver a mamá en la cocina con un trozo grande de pastel de chocolate —su voz sonaba distante—, recuerdo muy bien que aspecto tenía y cuanto quise probarlo.

Mis movimientos cedieron y él calló durante unos segundos.

—Ella dijo que no había más pastel, que solo quedaba una rebanada, me miró apenada y te juro que le creí, creí que mi madre de verdad se sentía mal por solo tener un trozo. —Tensó el cuerpo

—. Dexter iba a mi lado, mi hermano se quedaba callado, no pidió tener el pastel, entonces ella me miró y dijo: solo ha quedado una rebanada, Dixon,

¿te molestaría dársela a tu hermano? Él es más pequeño, él la quiere más que tú.

Le di mi mano y él la estrechó con fuerza. Aquel relato estaba terminando conmigo.

—Tomé el pastel y se lo di a Dexter —esbozó una sonrisa—, él sonrió, Holly, se veía feliz, y a pesar de que yo quería probar el pastel con todas mis fuerzas, no le pedí un solo trozo.

—Oh, cariño —lo abracé—, Dixon...

—Mamá lo besó en la frente y sonrió hacia mí, pero hoy que analizo su rostro de hace años atrás, distingo la maldad en esa sonrisa. Ella

fingía quererme y me lastimaba y luego se justificaba.

—Y tú le creías —susurré.

—La amaba —excusó—. No creí que fuera tan cruel con su hijo —

negó despacio—, esa misma noche cuando fui a tirar la basura,

¿sabes qué descubrí?

Para ese momento, no contuve las lágrimas. Él me miró con todo el dolor que tenía acumulado en su pecho.

—El pastel entero. Ella solo guardó un trozo para Dexter y tiró lo demás —sonrió entre lágrimas—, lo tiró para no darme, Holly, sabiendo que yo lo desea; podía comer mil pasteles si lo quería, de cualquier sitio, los más finos y deliciosos del mundo, pero yo quería ese.

Se puso a llorar con más sentimiento.

—Lo quería porque lo había hecho ella, mi mamá, la mujer que yo amaba.

Me abrazó, se asía a mi cuerpo con desesperación mientras el llanto se acrecentaba. Se hallaba roto y le costaría salir de esto.

—Fue el primero y el último pastel que ella hizo, jamás pude probarlo. Yo amo el pastel de chocolate. —Sonreí.

—Lo sé, bebé.

—Y nunca tuve uno para mí solo, hasta que tú llegaste —musitó hipando.

Me miró, yo apenas podía divisar su cara gracias a la acuosidad de mis ojos.

—Yo jamás te pedí que lo hicieras, simplemente llegaste un día, con tus pasos torpes y tu ropa fea —le devolví la sonrisa—, me ofreciste

ese pastel de chocolate, y joder, nena —besó mis labios—, me hiciste sentir feliz, feliz como hacía años no lo estaba.

—No lo sabía.

—Por supuesto que no, pero ahora lo sabes. Sabes que le diste calor a este hombre miserable que toda su vida estuvo solo. —Besó mi frente—. No compartas mi pastel otra vez.

—Nunca, bebé —susurré.

—Solo con nuestro hijo. Voy a comprar una casa bonita para ustedes, con un horno enorme...

—Y te haré mil pasteles.

—Y seguiré siendo feliz mientras los pones frente a mí.

—Te amo, Dixon. Todo va a estar bien, cariño.

Asintió y limpió las lágrimas de mi cara, al mismo tiempo que yo lo hacía con él.

—Sé que sí —me tomó de las manos—, gracias por quedarte conmigo.

—Para toda la vida, será un placer.

## Capítulo 58

### *Dixon*

Holly cuidaba de mí, lo había hecho en el último mes.

Me sentía como una mierda y me veía como una. Bebí más de lo que debía, ella me cuidaba y cuando decía basta, me detenía.

Dejé el trabajo, ella lo sacó a flote.

¿Mi aspecto? Sino fuera por Holly, tendría una barba de vagabundo y el olor quizá también.

Sin ella estaría peor y estaba consciente de que, si me dejaba hundirme en mi miseria y depresión, era porque sabía que lo necesitaba, necesitaba llorarle a mi madre y su traición. No la sepulté, no había un sitio donde pudiera llevarle flores, aunque la verdad es que no se las llevaría; deshice su cuerpo y acabé con ella, no quedó rastro de mi madre, ni siquiera cenizas.

Quemé sus fotos. Quemé sus cosas. Quemé cada recuerdo suyo.

Esa mujer no merecía que nadie la recordara. La odiaba tanto como la amaba, me enfurecía tanto como me dolía.

Me arrebató la tranquilidad, me arrebató los momentos felices con el embarazo de Holly, con nuestra boda. Intentaba dejar esta mierda atrás, luchaba día a día para poder ser el hombre que Holly necesitaba, que todos necesitaban, pero el dolor me carcomía.

Se trataba de mi madre, la mujer que me dio la vida y que amé. No se hablaba de una conquista, sino de alguien a quien conocí desde que comencé a tener consciencia de la vida. Y me torturaba que ya no estuviera, me lastimaba cada noche cuando cerraba los ojos y me veía delante de ella asesinandola. Fui su verdugo, lo último que vieron sus ojos y en ellos no hallé el menor remordimiento. Ella se fue sin arrepentirse, sin amarme.

Jodía como el demonio. La herida se abría y no sanaba.

—Dixon —la luz me dio de lleno el rostro, efectué una mueca y me cubrí con las sabanas la cara—, levántate.

—No quiero, joder, Bridger, la puta cortina.

—No.

Tiró de las sabanas y las solté para que no ejerciera fuerza. En segundos quedé expuesto a la luz, mis ojos se achicaron, la cabeza me punzó. Había bebido demasiado la noche anterior y tenía una resaca del demonio.

—Al baño, andando, hay cosas que hacer.

—Para eso le pago a mi personal, Bridger, ¿recuerdas?

—Necesitamos al jefe.

—Está incapacitado.

Subió a la cama, las hebras de su cabello me hicieron cosquillas en la cara, olía a rosas y chocolate. Puedo jurar que horneó mi pastel.

—Bebé, sino te levantas de esa cama, traeré el baño hasta ella y no bromeo.

Besó mi mejilla y se incorporó. Abrí un solo ojo y la vi dirigirse al baño. Mierda. Sí la creía capaz de echarme el agua encima, así que por mi propio bien y el del colchón que me costó unos cuantos miles de dólares, me levanté. A regañadientes me dirigí al baño, ella ya preparaba la ducha, usaba una bata blanca de seda que le regalé hace poco.

—Buen chico.

En otro momento habría sonreído. Ella vino hacia mí, me sacó de encima el bóxer. Me encontraba triste, pero mi erección matutina estaba desconectada de mis sentimientos y solo se guiaba por lo natural, mi pene se mantenía erecto.

Holly me tocó la mejilla, ella estaba muy bonita. Cada mañana amanecía siendo más hermosa. Era un bastardo afortunado, nadie



me hubiera soportado tanto, a ella la hice pasar por mucho y aquí seguí sin dar su brazo a torcer.

Holly me amaba, de verdad me amaba.

—Ya basta, bebé —susurró—, un mes, te he dado un mes.

—Lo sé —musité cabizbajo—. Ningún enemigo pudo vencerme, Bridger, y mi propia madre me destruyó.

—No te destruyó, tú estás de pie y yo no voy a permitir que ella te haga caer.

—Amo que te esfuerces —susurré.

—Aún no has visto nada —dijo altanera. Sonreí y deposité un beso en su frente—. Vamos, debes ducharte, hay cosas que hacer —

repitió.

—¿Qué cosas? —Averigüé.

—Bueno, hoy es un día especial —comentó. Apreté el ceño.

—¿Quieres explicarme de qué va eso? ¿Día especial? ¿De qué?

—De ti —su índice tocó la punta de mi nariz—, proclamo el día quince de abril como el día de Dixon Russo.

—¿Tienes el poder para hacer eso? —Inquirí burlesco.

—Soy la mujer del Diablo, tengo poder para hacer lo que quiera.

Reí, lo que no había hecho desde hace semanas. Atrapé su cintura y bajé la mirada, observando su preciosa y determinada sonrisa.

Ella era un ángel, el ángel de mi vida.

—Creo que has estado mucho tiempo ocupando mi silla.

—Y se siente muy bien —aceptó divertida—. Ahora soy poderosa.

<

—Siempre lo has sido, Holly.

### *Holly*

Dixon a mi lado se mantenía callado y ausente, como venía siéndolo desde que asesinó a su madre. Se sumió en su dolor, se dejó consumir por él y no hubo poder humano que lo arrastrara fuera de las zarpas del remordimiento y la culpabilidad que no debería existir, al menos desde mi punto de vista, pero esta se manifestaba con solidez, alejándolo de todo, alejándolo de mí.

No luché por traerlo de vuelta, para él era necesario lidiar con esa culpa, sin embargo, llegué a mi límite, pese a que, no existía uno, yo lo marcaba como tal. Un mes fue suficiente. No podía permitir que siguiera hundiéndose en su miseria. Había muchos planes, muchos motivos por los cuales él debía seguir y sonreír, quedarse estancado por culpa de una mujer que no valía la pena mientras la vida pasaba y se perdía de momentos que no volverían, simplemente era algo que no iba a permitir.

Extrañaba a mi hombre poderoso y burlón, a ese que caía, pero volvía a levantarse en cuestión de segundos.

—¿Por qué venimos a mi club? —Indagó curioso.

El chofer detuvo la camioneta, abrió mi puerta, bajé primero y posteriormente lo hizo Dixon. Entrelacé nuestras manos, recibí de golpe el aire fresco que avisaba la llegada de la noche. El sol comenzaba a ponerse en el horizonte.

—Porque sí —simplifiqué. Enarcó una ceja y disimuló una sonrisa.

Esta noche no habría filas para entrar a Phoenix, a pesar de que se trataba de un sábado, me encargué de que hoy este sitio estuviera cerrado y disponible solo para su dueño. Así que a paso lento ingresamos al sitio que

permanecía con la música y las luces, pero sin nada de gente, nadie que no fueran los empleados, y no todos.

—¿Tú cerraste Phoenix en pleno sábado? —Gesticuló estupefacto.

Lo guie hasta la segunda planta, al área VIP donde nos vimos por primera vez sin mascarar de por medio— Necesito quitarte del poder.

—Mantén tu linda boca cerrada, Russo —mascullé.

En respuesta, me propinó un azote que me hizo mirarlo por encima de mi hombro.

—¿Qué? —Espetó.

Entorné los ojos y volví la mirada al frente, avancé los últimos escalones que faltaban y llegamos a la segunda planta. En el sitio donde debía estar el área VIP, ordené que retiraran los sillones y en su lugar colocaran una mesa cubierta por un mantel rojo. Las sillas de piel oscura reflejaban las luces que emitía el fuego que danzaba en el silencio de la semioscuridad.

—¿Qué es esto? —Preguntó.

—Una cena en tu lugar favorito, con tu comida favorita y tu postre favorito.

—Cuando mencionas postre favorito, solo puedo pensar en tu coño repleto de Nutella y mi lengua degustándolo de norte a sur.

Mordí mi labio inferior, sentí escalofríos por la forma tan lasciva en qué me miró. Lo deseaba con desespero.

—Estamos para complacer, señor Russo.

Me sujetó entre sus brazos, arrancándome un jadeo. Apretó mi espalda a un pilar, alzó mi pierna y la enroscó en su cadera, empujó la pelvis a mi sexo y todo mi ser se estremeció. Hacía mucho que no me tocaba y mi cuerpo reaccionaba ante el menor de los roces.

—Me haces olvidarme de todo cuando se trata de poseer tu cuerpo.

—Haberlo dicho antes —jadeé—. Necesito que olvides lo malo, que vuelvas a ser tú.

Le di una caricia en la mejilla, sus orbes oscuros evaluaron mi cara.

—El mártir ha llegado a su fin, nena.

Eliminó los centímetros que separaban nuestros labios, uniéndolos en un beso rebotante de amor. Enredé los brazos en su cuello y lo atraje más a mi boca, correspondía con premura y emoción, sintiéndolo cerca otra vez, como siempre había sido él.

—Te amo —musité.

—Lo tengo bien presente.

Besó mi frente y lo llevé hasta la mesa, le ordené que tomara asiento y con una seña le pedí a uno de sus empleados que se mantenía atento, que trajera la cena para los dos.

—Te cociné y espero te guste.

—Amo hasta tu gato, Holly —sonreí—, amaré todo lo que venga de ti.

Por momentos lo vi más tranquilo, menos depresivo, disfrutó de la cena conmigo y sonrió mientras daba bocado tras bocado. Me encantó haber acertado, pensaba llevarlo a otro sitio, distraerlo de la manera que fuera, estuve ideando en lo que le gustaba y al final, llegué a la conclusión que —sin sonar egocéntrica— lo que más le gustaba a Dixon, era su club y yo, y no precisamente en ese orden.

—Es la mejor cena que he probado —susurró—. Gracias, cariño, sé que no te lo he puesto fácil estas últimas semanas.

—Es normal, bebé —murmuré comprensiva—, no quería presionarte, pero tampoco iba a permitir que te quedaras más tiempo así. —Lo tomé de la mano por encima de la mesa—. Te necesito, nosotros te necesitamos —finalicé, refiriéndome a nuestro bebé.

—No voy a volver a dejarlos solos.

Me hizo una seña para que me levantara, lo obedecí y me incorporé de la silla. Enseguida tomé asiento en su regazo. Soltó con asiduidad mi cabello, lo esparció por mi espalda y hundió su nariz entre las hebras espesas que emanaban el olor a fresas de mi champú.

—Quiero mi postre, ¿cuándo comenzarás a desnudarte?

—Qué impaciente.

—Llevo más de un mes sin follarte, sé consciente que no me bastará con una sola vez para saciar el apetito que tengo de ti.

Lo besé en la mejilla y me incorporé de un movimiento. Me alejé de él mientras balanceaba el cuerpo al ritmo de la música suave y sensual, mis dedos desplazaron hacia abajo el cierre de mi vestido, el cual era recatado, nada de escotes, ni siquiera era corto.

Aproveché la semioscuridad en la que ambos estábamos sumergidos. No hubo ojos curiosos para lo que haríamos a continuación. Nos dejaron solos y con más confianza para poder desprenderme de la tela que cubría el conjunto rojo que usaba debajo. Un ligero ajustado a mis piernas, encaje y transparencias, sostén apretado a mis senos a punto de salirse de la copa.

Dixon tragó grueso. Relamió sus labios y aflojó el nudo de su corbata. Desplazó la mesa hacia un lado y palmeó su muslo

derecho en una clara invitación. Contoneé mi cuerpo tratando de lucir al menos un poco sexy, confiaba en mi belleza, pero hacia mucho que dejé de utilizarla para seducción.

Le rocé la cara, el pecho, me incliné y casi aprieto mis senos a su cara. No movió un musculo, se contenía y me permitía llevar el control. Ambos sabíamos que no sería por mucho.

—Sácalo —ordenó en voz baja e implacable.

No tenía que ser tan lista para saber a lo que se refería.

Decidida, me incliné delante de él, mis rodillas flexionadas, mis palmas sobaban sus muslos, de tanto en tanto rozaba el bulto sobresaliente en su entrepierna, provocando, tentando, hasta que cogió mi muñeca y puso mi mano encima de su erección. Lo acaricié despacio antes de quitar la correa del cinturón, acto seguido, desabotoné el pantalón y bajé el cierre.

Su pene saltó erecto, largo y grueso.

Lo sostuve entre mis dedos, agité la muñeca arriba y abajo, mi lengua probó el liquido que brillaba en su glande, arranqué un siseó varonil de su garganta.

—Pruébame, nena, no sabes cómo ansío enterrarme en tu garganta.

—Qué agresivo.

Chupé la punta e invité a mi lengua a jugar. Lamí desde el tronco hasta la punta otra vez, repitiendo el proceso un par de veces sin meterlo del todo a mi boca, solo lo tentaba y empujaba su necesidad de mí. En cada movimiento de mi cabeza, él alzaba las caderas en busca de invadir mi interior.

—Carajo, Bridger, deja de jugar.

—No seas impaciente.

—Llevo esperando mucho, no me jodas.

—Lo haré a continuación, cariño.

Las palabras murieron en su boca en cuanto su pene se abrió paso a través de mis labios, terminó en mi garganta, soporté las arcadas y respiré por la nariz. Succioné el glande y lo rodeé con mi lengua.

Dixon se descontroló con ese simple roce, exigió más de mí y se lo di, masturbándolo con ganas, mis dientes evitaban rozarlo, pero en ocasiones me provocaba ansias, era suave y sabía rico en mi paladar.

—Vas a hacer que me corra...

—Córrete en mi boca —provoqué.

—Perversa —susurró, enroscó su mano en mi nuca—, mía.

—Más tuya no puedo ser.

Me incorporé y planteé un beso en sus labios que él respondió.

Metió la lengua a mi boca haciéndome gemir, deprisa me aparté y retrocedí agitada.

—Estás calentándome como el infierno, nena —siseó, agarró su pene con la mano y comenzó a masturbarse—, y solo provocas que quiera follarte como una bestia.

Me desprendí del sostén, este cayó al suelo. Dixon agitó la mano con más celeridad, sus ojos fijos en mis senos.

—Quiero chupar tus pezones —gimió, no pude evitar sonrojarme—, quiero meter mis dedos en tu vagina y sentir como te humedeces.

Le di la espalda un instante, mis manos acunaron la redondez de mis senos. Toqué mis pezones, estaban duros y las puntiagudas puntas aclamaban la boca de Dixon.

Me mojaba mientras lo veía masturbarse. Las piernas extendidas, la corbata anudada en su mano libre, la otra apretaba su longitud erecta, la punta cada vez más hinchada, mi boca ansió probarlo otra vez.

Divisé los huesos de sus muñecas por debajo de la camisa, las venas se pronunciaban a través de la piel, estaba tenso, con la mandíbula apretada y un deseo feroz en su mirada penetrante y oscura.

—¿Estás mojada, nena? ¿Estás lista para recibirme dentro de ti?

—La humedad escurre por mis piernas, señor Russo. —La lujuria centelló en sus ojos.

—A la mierda.

Se incorporó de un salto. Arrancó el saco fuera de su cuerpo, mientras desabotonaba su camisa y arremangaba las mangas, avanzó a paso decidido hacia mí.

Él me veía como su presa y yo anhelé ser devorada por el dragón.

Mi pecho se ajustó al suyo, besó mi cuello y deslizó los labios hasta la unión de mis senos. Los apretó con las manos y chupó mis pezones alternadamente. Mi boca se abrió emitiendo un jadeo, me retorcí en sus brazos, todo el deseo de semanas se acumuló y estallaba con más fuerza. Cada caricia se intensificó, mi cuerpo exigía unirse al suyo cuanto antes.

—Putas bragas —masculó antes de arrancarlas de un tirón—.

Detesto que las uses.

Empujó mi espalda contra el cristal, eché un vistazo a la caída y procuré no pensar en la altura, después de todo, Dixon no me lo permitió, se puso de cuclillas, separó mis piernas y hundió la cara entre ellas.

—¡Oh, Dios!

Cerré los ojos un momento, mi pierna descansó en su hombro, lo que le dio más libertad para poder comerme con la boca, su lengua presionaba mi clítoris, estimulaba y bajaba hasta la entrada de mi vagina. Tomaba todo a su paso, pero mis fluidos no paraban de derramarse, estaba muy excitada.

—Qué mierda pensaba cuando decidí dejar de comerte el coño.

—¡Dixon! Tu boca... sucia...

—Y experta —me miró arrodillado, observé su lengua venir hacia mi clítoris desde mi vagina—, mira como tiembles, como te deshaces en mis brazos.

—Eres tú.

—Sí. Siempre seré yo. —Arañó mis muslos—. Baila para mí, nena, mueve tus caderas sobre mi boca.



Se quedó quieto, con su boca sobre mi clítoris. Balanceé mi pelvis de delante hacia atrás, apoyándome de su lengua para poder alcanzar mi orgasmo. Él me estimulaba, me permitía usarlo para masturbarme. Hundí los dedos en su cabello, lo miré y jadeé segundo tras segundo sin apartar la mirada, excitada y envuelta en la lujuria que solo él y yo podíamos crear.

En el preciso instante en que iba a correrme, se detuvo. Protesté, mas no por mucho. Me agarró bien de la cintura y me puso de espaldas a él, mis manos se asieron al borde del barandal, Dixon presionó mis piernas una con otra, acto seguido, se hundió en mí desde atrás.

Grité por lo brusco que fue, pero mi vagina lo estrechó con deseo, empujándolo a que permaneciera dentro.

Se hizo de mi cabello, lo enredó en su puño, la mano libre azotó mis nalgas. La música se escuchaba fuerte e incluso así, los golpes secos de sus palmas prevalecían por encima de ella. Formó un patrón de caricia, azote, embestida. Movía mi cuerpo hacia al frente, gruñía, gemía, se apretaba contra mí.

—No pares —supliqué.

—¿Por qué lo haría? —Gruñó.

Su lengua probó la piel de mi espalda, desde la parte baja, hasta mi nuca. Finalizó en mi oído, mordió el lóbulo y redujo la fuerza de sus embestidas.

—Siempre es un placer someterte, follarte —gimoteé—, azotarte...

hacerte venir.

—Dixon, no puedo más.

Abandonó mi interior, me dio la vuelta, maniobraba conmigo de una forma fácil y sorprendente. Esta vez me apoyó contra el pilar, no perdió tiempo, alzó mi pierna, sostuvo su pene erecto y lo situó en mi entrada. Mirándome a los ojos embistió de nuevo.

—Voy a correrme como un desquiciado dentro de tu coño apretado.

—Llega conmigo —pedí.

—Gime mi nombre —exigió—. Dilo.

—Dixon —mencioné sobre sus labios—, Dixon.

Balanceó sus caderas de una forma enloquecedora. Me abracé a él y en segundos culminó todo en un éxtasis que casi me hace desfallecer. Los espasmos de placer se dispersaron por todo mi cuerpo, mi piel se erizó y su semen se derramó en mi vagina, este goteó en el piso cuando abandonó mi interior. Presionó nuestras frentes, mi aliento y el suyo se mezclaron.

—Gracias —susurró jadeante—, me has hecho ver que no vale la pena mirar el pasado cuando tengo un hermoso futuro a tu lado.

Esbocé media sonrisa y negué débilmente.

—Solo te hacia falta un pequeño empujón.

—Tú en lencería, eso es lo que faltaba. —Reí.

—¿De qué sirve? La has roto.

—Tú me seduces, Holly, me pones duro sin tener que ataviarte en encaje.

Me dio un beso rápido en los labios. Subió sus pantalones y me tomó entre sus brazos. Lo único que se mantuvo en pie fue el liguero y mis tacones.

Dixon me llevó en dirección a la piscina que se construyó hace poco. El agua brillaba por las luces que adornaban la parte inferior.

—¿Sexo en el agua?

—Y en cualquier superficie, Bridger.

Me ayudó a desprenderme de la poca ropa que llevaba encima, a continuación, fue su turno, se quitó todo y juntos entramos a la piscina. El agua se sintió deliciosa en mi piel, calmó el calor que sofocaba mi cuerpo.

—Quiero casarme contigo —dijo de pronto—, ya.

Me sostuvo con los brazos, los míos volvieron a su cuello.

—¿Cuándo?

—Un mes —sentenció.

—Comenzaré con los preparativos.

—Comenzaremos. Quiero participar. —Sonreí—. Mañana iremos a nuestro nuevo hogar.

Eso me tomó desprevenida y mis rasgos se lo hicieron saber.

—¿De qué hablas?

—He comprado una casa, no es una mansión —suspiró y acomodó mi cabello para evitar mirarme a los ojos—, pero...

—La amaré. Será nuestra casa, nuestro hogar, ahí criaremos al bebé.

Instintivamente sonrió, su mano se apretó contra mi vientre aún plano.

—Mi pequeña Molly —susurró.

—Dixon, no se llamará Molly y no será una niña —refuté—, serán dos.

El pánico se desbordó en sus ojos y una carcajada brotó de mis labios al ver el miedo en sus rasgos. Mi pobre hombre no asimilaba que tendría un bebé, no podía imaginarlo lidiando con dos.

—Te divierte, ¿no es así?

—Un poquito —acepté aún entre risas. Negó y sostuvo mi cara con ambas manos.

—Te amo, nena. Vamos a ser muy felices.

—Más de lo que fuimos algún día.

## Capítulo 59

### *Dixon*

Holly hablaba animadamente con Linda, esta última se recuperó de sus heridas, ella y el bebé estaban bien, para alivio de mi chica y mi

consciencia. Aunque me pesara, debía admitir que era una buena amiga y quería mucho a Holly, ambas planeaban la despedida de soltera de mi prometida, la cual estaría supervisada por mí al cien por ciento, estaban locas si creían que permitiría a idiotas musculosos y semidesnudos bailando en tanga o peor aún, sin nada.

Los mataría.

Era capaz de amenazar a todos los malditos strippers de la ciudad para impedir que estuvieran presentes en la despedida. Ni en un millón de años pasaría, no con mi prometida.

—¿Y los strippers? —Miré a Linda, Holly se volvió hacia mí.

—Ni lo pienses, malditamente no —aseveré.

—Bebé...

—He dicho que no —espeté—, pueden ponerse a hornear pasteles o esas mierdas, qué sé yo.

—No seas aguafiestas, no es como si fuéramos a follar con ellos —  
intervino Linda.

—Oh, no, es que ni siquiera van a estar a un metro de distancia de mi mujer —decreté firme. No daría mi brazo a torcer, no con eso.

—Puede ser en tu club —sugirió Holly.

—No quiero tipos llenos de *bolas* en Phoenix, mucho menos para que te bailen. ¿Quieres un stripper? Aquí estoy yo —murmuré sin burla.

—Se trata de que no seas tú —masculló Linda.

—Métete en tus asuntos y deja de insistir o serás despedida como la dama de honor.

—Tú no puedes hacer eso —aseguró presumida.

—Holly pierde la cabeza cuando me tiene entre sus piernas —me encogí de hombros—, no te confíes.

—¡Dixon! —Se incorporó y se dirigió a mí, Linda seguía en reposo, si asistiría a nuestra boda, sería con muchos cuidados de por medio

— Eso estaba de más.

—Entonces deja de insistir —la acorralé contra la puerta—, el único tipo semidesnudo que vas a ver en lo que te resta de vida, lo tienes frente a ti.

—¿Quieres decir que tú no vas a tener a mujeres semidesnudas bailándote?

—¿Para que quiero ver a un montón de mujerzuelas? La única que me importa ver desnuda, eres tú.

—No seas grosero, es un trabajo.

—Como sea —le resté importancia—, quiero irme ya.

Asintió y se disculpó un momento mientras iba al baño. Tuve que esperar en un silencio incómodo con Linda, quien no me quitaba los ojos de encima. Debo mencionar que la veía mejor, más bonita y menos plástica, se notaba enamorada del vendedor de cuarta, aun no asimilaba que tanto ella como yo, fuéramos a ser padres. Vaya vueltas de la vida.

—Jamás viste a ninguna como la ves a ella —dijo de pronto—, de verdad la amas.

—No puedo creer que a estas alturas todavía lo dudes.

—Cuesta creer que un patán como tú, pueda ser bueno con alguien.

—Lo soy porque la amo, pero no te confundas, sigo siendo el mismo hijo de puta.

—Eso lo tengo claro. Lo único que te agradezco, es que me hayas acercado a Holly. —Suspiré.

—Una desgracia, pero nada que no se pueda reparar con el tiempo.

Entornó los ojos y no dijo más. Holly llegó y se despidió de ella, a continuación, abandonamos la casa de Dante, el sitio donde sería la nueva residencia de Linda. Debía estar muy enamorada para renunciar a sus lujos, ella siempre fue alguien materialista.

Sin duda, el amor transformaba a las personas, a veces para bien y otras no tanto.

—Iremos a la mansión Russo —avisé. Abrí la puerta del *Aston* para ella y enseguida subí del lado del chofer. Holly llevaba la vista al frente.

—No has hablado con tu padre desde lo que pasó —susurró.

—Tarde o temprano debo hacerlo —encendí el motor y me puse en marcha —, no lo quiero en la boda. —Me miró.

—Podría replicar —suspiró hondo—, pero si tú no lo quieres ahí, respeto tu decisión.

—Gracias.

No dije más. El tema familiar era el que menos me gustaba tocar, aunque mi familia nunca lo fue en realidad. Mi madre jamás me quiso y dudo mucho que siquiera mi padre lo haya hecho. El único que me importaba era Dexter, para mí se trataba de la única familia que yo poseía, aunque ocultarle lo de madre no había sido de mis mejores ideas, esperaba que eso no influenciara entre nosotros.

Ambos teníamos perspectivas muy diferentes de ella, lo que quizás ocasionaría intercambiamos de opiniones.

—¿Cuándo se lo dirás a Dexter? —Apreté el volante con las manos.

—Cuando deje de follarse a esa mexicana. Se mudó a una puta isla desierta, ese bastardo.

—Es feliz, bebé, cuando creyó que nunca más lo sería.

—Bueno, la vida a veces es justa.

Me detuve en un semáforo y la observé. Tomé su mano y deposité un beso en el dorso. El embarazo le iba de maravilla, mi chica se soltó el cabello, usaba diademas y la cascada castaña fluía a través de su espalda, también comenzó a usar ropa de su talla, vestidos y faldas, todo con colores vivos y bonitos.

Holly recuperaba la confianza en sí misma, la confianza de poder mostrar su belleza sin tener miedo de ella.

—Quiero comprarle ropa a Molly —dije, volviendo al tema de la ropa. Negó despacio.

—Aún no sabemos qué será.

—Es una niña y se llamará Molly, joder, es mi sexto sentido de padre el que me lo dice —manifesté. Ella soltó una carcajada.

—¿Sexto sentido de padre?

—¿Qué?

Arranqué y solté su mano para continuar conduciendo, la sonrisa no abandonaba sus labios, tampoco me quitó la mirada de encima. La observé de soslayo.

—Estás feliz por nuestro bebé —susurró.

—Por supuesto que lo estoy. He sido un cabrón toda mi vida, pero ese bebé es lo que mejor he hecho, mi más grande orgullo —

susurré serio—, no permitiré que nada les pase, haré todo lo que esté en mis manos para protegerlos, son el motivo por el cual quiero ser indestructible.

<

—Nosotros también cuidaremos de ti, ya no estarás solo.

—Nunca lo estuve —afirmé—, siempre te tuve a ti.

### *Holly*

Estar en la mansión Russo no me gustaba, pese a que, tenía buenos recuerdos, los malos prevalecían, no quería imaginar lo que era para Dixon, lo que fue vivir aquí con unos padres tan... malditos.

Podría haberle insistido para que perdonara a su padre, pero él ni siquiera se arrepentía de lo que le hizo, ¿cómo perdonar a quien no tiene remordimientos? Prefería mantener a Dixon alejado de ese hombre, mi bebé era el Diablo, sin embargo, por más fuerte que aparentara ser por fuera, por dentro era tan frágil como el cristal, y yo no podía y no quería verlo sufrir más, jamás querría repetir el momento en que estalló en llanto, mucho menos oír como su padre lo rebajaba cada vez que se le daba la gana.

—Dame un momento —susurró. Besó mi frente y desapareció por el pasillo hacia el despacho de su padre.

Permanecí en la sala, observando las fotografías familiares, reparé entonces en que solo había una foto de Dixon de pequeño, quizá rondaba los cinco años, era un bebé precioso con la luz aún reluciendo en sus orbes claros. Después de esa, todo era Dexter... y Dexter.

Campeonatos de natación, partidos de fútbol, fiestas de cumpleaños, toda una vida feliz. Mamá y papá orgullosos y de Dixon no había absolutamente nada. Ser consciente de la soledad y porquería en la creció, me apachurraba el corazón y me hacía



preguntarme cómo es que una madre era capaz de ser tan cruel con su propio hijo.

—Estás juzgándonos —dijo su voz a mi espalda.

—¿Por qué habría de hacerlo, señor? Usted es consciente de lo que ha hecho mal, yo no soy nadie para poder juzgarlo.

—La mafia necesitaba un heredero.

—Dixon era solo un niño —espeté.

—¿Qué futuro crees que le espera a tu hijo? —Inquirió malintencionado, postrándose a mi lado— Es hijo del rey de una mafia, ¿esperas que pueda librarse de eso?

—Lo que yo espere no debería de importarle —aseveré tajante.

Pensar en mi bebé como un mafioso, no me ponía feliz. Aún no nacía y yo sentía que debía protegerlo de todo el mundo.

—Ese bebé ya tiene un destino marcado, Holly, y no es el que tú crees. ¿Qué pensabas? —Se movió a mi alrededor— ¿Que formarías una familia feliz en un mundo de colores con armonía y paz? —Rio cerca de mi oído— La paz y el miedo no existen cuando llevas el apellido Russo.

—Usted no me dirá las consecuencias de ser esposa y madre de un Russo, las conozco a la perfección —lo enfrenté—, yo lo elegí y junto a Dixon protegeré a este bebé, sea un mafioso o no, porque a diferencia de usted y la maldita de su esposa que debe estar ardiendo en el infierno, jamás trataremos de enterrar sus sueños.

Tensó la mandíbula, me miraba con ira, con odio, como nunca me miró. No cabía duda que él y su esposa solo eran una mentira, un par de mentirosos manipuladores.

—Y espero de verdad que la muerte de Darla no esté sobre sus hombros.

La sorpresa cruzó sus rasgos por un efímero instante.

—No entiendo de qué hablas.

—Usted y Darla...

Esbozó media sonrisa y retrocedió unos centímetros. Ni siquiera fui capaz de terminar de decir la frase en voz alta.

—Ah, eso —acomodó el nudo de su corbata—, un hombre como yo obtiene siempre lo que quiere, aunque se le niegue.

—Me da asco —siseé.

—Lo mismo decía Darla —se mofó.

Negué sin poder creer lo que decía y la frialdad con la que aseguraba haber estado con la mujer de su hijo, y por la forma en que sonreía vilmente, pude deducir que ella no estuvo de acuerdo.

Pasé de largo de él, no quería seguir escuchando más. Para mi alivio, Dixon venía del despacho, emanaba una ira terriblemente oscura y poderosa, como jamás la había sentido, se encontró conmigo y observó a su padre quien seguía descansando frente a las fotografías.

—No quiero volver a verte a la cara —dijo irascible—, lárgate de mi ciudad, tienes una semana.

—¿Tanto te duele la realidad? —Inquirió burlesco.

—No, padre, mis crueles instintos no se van a detener, incluso al tratarse de ti. Maté a mi madre, no dudaré en enviarte con ella si sigues aquí.

—Por mí estás donde estás.

—Pero no es por ti que me mantengo en la cima. Así que toma tus putos millones y desaparecete de nuestras vidas antes de que yo lo

haga permanente.

Sin decirle más me tomó de la mano y me sacó de ahí cuanto antes y de verdad lo agradecí. Esperaba no volver a poner un pie en esta casa, el sitio ponía mal a Dixon, lo sentía muy tenso y enfadado, el enojo es lo que usaba para ocultar el dolor, siempre hacía lo mismo.

Subimos al auto y encendió el motor, salimos deprisa de la mansión.

Pisó el acelerador a fondo y luego, de un momento a otro, hizo rechinar las llantas cuando se frenó con violencia y cero cuidado en medio de la calle; entonces, sin verlo venir, emitió un grito rebosante de rabia mientras descargaba los puños contra el volante, lo hizo con furia y saña, las venas de sus manos se marcaban nítidamente, asestó un puño tras otro, hasta que al final se detuvo: agitado y descontrolado.

—Dixon...

—¿Por qué lo hizo?! —Bramó enardecido— ¿Qué clase de puto enfermo de mierda es?! ¡Era la mujer de su hijo!

—Escuchaste —aseguré.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Agaché la cabeza un momento.

—No sabía si era verdad, ni como estuvieron las cosas —expliqué en voz baja.

—Voy a matarlo, Holly, ¡voy a matarlo! —Tensó la mandíbula— Si Dexter se entera... ¿y por qué carajos ella jamás...?

—No lo sé, Dixon —pasé saliva, esto era muy difícil—, nunca sabremos por que calló.

—Júrame que no se lo dirás a Dexter —me miró suplicante—, lo destruiría. Y yo no puedo ver sufrir más a mi hermano.

—De mi boca jamás lo sabrá, no tendría caso lastimarlo así —

musité pensativa. No sabía si hacíamos bien en callar.

<

—Voy a repararlo, voy a silenciar a ese bastardo.

—Haz lo que tengas que hacer, yo... yo no sé cómo se debe actuar, yo...

—Lo siento, nena —cogió mi cara entre sus manos mientras las bocinas de los autos se hacían presentes, exigiéndole que se moviera—, esto no debería ser así.

—Está bien, bebé —sonreí sincera—, no importa cuán difícil se pongan las cosas, no te voy a dejar solo.

—Lo sé, solo quisiera poder darte más que malditos problemas.

—Entonces dejarías de ser mi Diablo.

Apenas consiguió sonreír, le regalé un beso en los labios y entrelacé nuestras manos mientras nos dirigíamos a casa.

Dixon descansaba, logré que pudiera dormir más de cinco horas diarias, después de lo ocurrido con su padre no se refugió en la bebida como solía hacer a menudo, esta vez se dedicó a adelantar trabajo, entre los clubes, hoteles y restaurantes. Su vida ilícita era punto y aparte, continuaba traficando, ordenaba desde las sombras para no exponerse e intervenía solo cuando era necesario y no existían riesgos de quedar al descubierto.

Me sorprendía que a estas alturas la policía no tuviera algo en contra de él. Dixon sabía muy bien cómo cuidarse las espaldas de la ley. Por algo seguía siendo el rey de esta ciudad, sabía controlarla a la perfección, nada se le escapaba. No debería sentirme orgullosa de su carrera criminal, pero lo estaba.

Volví mis pensamientos a la ropa que tenía sobre la mesa. Se trataba de una caja que llegó hacia apenas unas horas, en ella venía el vestido de novia que encargué. No quise ir de tienda en tienda a probármelo, así que sola escogí el modelo que yo quería. Y

no solo compré eso, sino también una cobijita en color purpura, las iniciales MR se leían en una esquina, bordadas con hilo oscuro predominaban imponiéndose con su color y la forma marcada y bien hecha.

—Molly Russo —susurré.

Dixon creía que tendríamos una bebé y por más loco que sonara, le creía. Si lo molestaba, era solo para hacerlo sonreír.

Escuché que la puerta se abrió despacio, viré el rostro en dirección en ella, percatándome que se trataba de Theo. El pequeño felino la había abierto con su pata, como solía hacer cuando quería irrumpir con su curiosidad. Enseguida se acercó y olisqueó la caja.

—¿Te gusta? —Lo cogí entre mis brazos, maulló bajo— ¿Crees que me llegue a ver como una princesa?

—Como una reina —dijo él. Sonreí y lo miré en el umbral de la puerta.

El cabello desaliñado le acariciaba las cejas, no llevaba camisa, usaba un bóxer ajustado a su bien formado cuerpo. Al contemplarlo me vi fantaseando con lo perfecto que él era. Su belleza deslumbraba, detonaba sensualidad, lograba atraparme y sonrojarme con apenas una mirada.

Su alta figura acaparó la luz, sumiendo todo en penumbras durante unos segundos al tiempo que empujaba la distancia que nos separaba.

—¿Por qué no me dijiste que lo habías comprado? —Indagó, sentándose en el suelo, junto a mí— ¿Y esto...?

Tomó la cobijita y pasó los dedos por encima de las letras.

—MR —pronunció, me observó ilusionado—, Molly Russo.

—No sé si será una niña, pero quise comprarla.

—Bueno —me acercó a su cuerpo, emanaba calor—, si no es una niña, quizá podamos seguir buscándola.

Parpadeé desconcertada, asimilando lo que acababa de decir.

Quise limpiar mis oídos porque temí estar escuchando mal.

—¿Quieres tener más hijos conmigo?

—Quiero tener un hogar, Holly.

Rodeó mi cintura con sus brazos y yo quedé atrapada entre sus piernas, con el calor de su pecho apretándose al mío.

—Podemos ser solo nosotros, pero en todo este tiempo mientras asimilaba la idea de que sería padre, imaginé cómo sería y no solo contemplé los peligros, sino también lo bueno que traería —acarició mi vientre muy despacio—, tú, nuestra casa, nuestros hijos, momentos juntos.

—Y mucho amor —susurré.

—Quiero amarlos y que me amen, ver en ellos una parte de ti y de mí, lo más puro que pudimos hacer los dos.

Trepé a su regazo, dejando a Theo de lado que salió maullando hacia el sofá. Dixon agarró mi cintura y sostuvo mi peso.

—Tendremos que trabajar mucho —froté mi pelvis con su pene que no demoró en ponerse duro—, para hacer bebés, señor Russo.

—Me pongo romántico y te pones caliente —se quejó.

Reí y oculté mi cara en su cuello, probé la piel expuesta y continué hasta su oído. Su olor se impregnaba en mi nariz y amaba percibirlo.

—Las hormonas me ponen deseosa de ti —mentí, no se trataba de eso, solo de él y su bendita cercanía.

—Uhm... tendremos que saciar a la embarazada caliente —me siguió el juego.

—Sí, por favor —rogué, frotándome más rápido contra su erección.

Agarró mi cabello y tiró de él, mi cara enfrentó la suya.

—Quítate la ropa, Bridger, voy a follarte.

## Capítulo 60

### *Dixon*

*Bebí de golpe el trago, ya ni siquiera percibía la molestia del tequila bajando por mi garganta. Llevaba tomando todo el día, dándome un descanso del trabajo y las muertes. Vaya que asesiné la noche anterior y lo peor es que no recordaba la cara de mis víctimas, mucho menos el número al que ascendieron. Me daba lo mismo, hacia lo necesario para mantener el orden en mi ciudad, controlaba el caos, yo mismo lo era, yo decidía cuando incendiar las calles.*

—¿Otro trago, señor Russo? —Inquirió una voz desconocida.

*Observé a la mesera del bar de mala muerte donde me encontraba embriagándome para evitar tener a Taylor atento a mí todo el tiempo, aunque no demoraría en dar conmigo.*

*Evalué el cuerpo de la mesera, usaba una falda corta y una blusa blanca ajustada con los primeros botones abiertos, regalándome*

*una excelente vista de su escote; su piel morena me gustó, lo relleno de sus caderas y piernas también, la chica no era delgada, pero eso no la hacía menos atractiva, menos para mí que me gustaba follar sin ser tan exigente, solo de vez en cuando. Mientras tuviera un coño bien dispuesto y una boca bastante avariciosa como para chupármelo, me bastaba.*

*Ante mis ojos, todas las mujeres tenían su encanto sin importar su anatomía.*

—Sí —respondí sin dejar de evaluarla, ella reparó en mi escrutinio y agachó la mirada, sumisa—, bonitas piernas, deberías abrírmelas.

—Yo... yo tengo pareja.

*—No te pregunté si tenías pareja, puedes follar conmigo y después llegar a casa con él... o ella —le guiñé un ojo—, otro tequila.*

*Dio la vuelta y se movió deprisa para traer mi trago, entretanto, eché un vistazo al lugar, había un cuarteto de borrachos en otra esquina y una pareja joven en la barra. Solo conté tres meseras y un bulto cubierto de ropa fea que quizá ni me abuela hubiera usado.*

*¿Qué mierda?*

*Aquella cosita pequeña y fea limpiaba el suelo cerca de los borrachos que no paraban de ensuciar, dándole más trabajo. Ella sostenía la escoba con sus delicadas manos, llevaba unas gafas anchas y unos zapatos espantosos.*

*¿Quién la vestía? ¿Su bisabuela?*

*—¡Limpia eso, deforme! —Ordenó uno de esos idiotas mientras derramaba el restante de su cerveza al suelo.*

*Menuda escoria.*

*La joven detuvo sus movimientos y lo miró con rabia, apretó los labios y se contuvo, fue inteligente, se daba cuenta que ellos eran*

*cuatro ebrios y ella solo una chica indefensa con un trabajo de mierda y un jefe que probablemente terminaría por echarla a ella y no a los borrachos.*

*—¿Por qué no lo limpias tú, cretino? —Inquirí, levantándome de mi silla. Cinco pares de ojos me observaron trastabillar con el vaso de tequila en la mano.*

*—Metete en tus asuntos, hombre —dijo otro de ellos.*

*La chica consciente de lo que sucedía, cogió un trapeador y se dispuso a limpiar para evitar la pelea. Antes de que siquiera tocara el líquido, le arrebaté el trapeador y se lo lancé encima al tipejo que la ofendió.*

*—Que lo limpies tú —repetí al tiempo que lanzaba mi vaso al suelo, ensuciándolo aún más—, no me hagas decirlo de nuevo o haré que lo*



*limpies con tu lengua.*

*—Está bien, señor —susurró ella. Su voz era dulce y suave, no la miré.*

*—No, no está bien...*

*—Lárgate —interrumpió, arrojó el trapeador al suelo y se incorporó, era un tipo alto, quizá rondaba los dos metros, porque sí, sobrepasaba mi metro noventa—, no te busques problemas.*

*—Señor... —Pronunció ella.*

*—Russo —dije, mirando a los hombres que al escuchar mi apellido cayeron en cuenta de frente a quien estaban—, Dixon Russo.*

*—Mierda, Harold, vámonos de aquí —sugirió su acompañante, todos se levantaron.*

*—¿Por qué quieren irse? —Desenfundé el arma que llevaba en la espalda y la sostuve en mi mano— Ya no suenan tan valientes,*

*¿no? —Agregué, rasqué mi sien con la punta del cañón a la vez que sonreía de lado.*

*—Señor, no queremos problemas —murmuró ese desconocido.*

*—Hace un momento parecía todo lo contrario, ¿no es así, Harold?*

*—Determiné su asquerosa cara.*

*—No sabíamos que se trataba de usted.*

*Alcé el brazo y le apunté a la cabeza, el tipo trastabilló y alzó las manos frente a su pecho a la vez que sus acompañantes retrocedían.*

*—Limpia —siseé—, ya.*

*No dudó en coger el trapeador y limpiar la cerveza que derramó, además de los cristales rotos. Todos lo observaban en silencio, pero la cosita fea*

*solo me miraba a mí.*

*—Ahora, discúlpate con la señorita por ser un puto cretino de mierda*

*—espeté.*

*Asintió y se volvió hacia a chica.*

*—Lo siento, perdóname por ser un cretino de mierda.*

*La joven no dijo nada, todos sabíamos que sus disculpas no eran sinceras, pero daba igual, me gustaba rebajar a las personas cuando estas intentaban hacer menos a los demás.*

*—Ahora lárguense antes de que los haga limpiar del piso los sesos de Harold.*

*No lo repetí dos veces, dejaron billetes encima de la mesa y salieron despavoridos. Guardé el arma y al fin enfoqué a la joven.*

*De cerca su vestimenta era más horrible, carajo, qué puto desastre.*

*Sin embargo, su cara era delicada, como la de una muñeca*

*detallada con la mayor asiduidad posible, cada facción perfecta; sus ojos chocolate no lucían asustadizos ante la escena que protagonicé, sino más bien rezumaban curiosidad.*

*—Gracias, señor Russo —dijo sincera. Mi nombre en sus labios sonó bien, lo pronunció delicado, con cariño.*

*—¿Cómo te llamas? —Pregunté. A mi lado era todavía más pequeña.*

*—Holly —se presentó, ofreciéndome su mano—, Holly Bridger.*

*Acepté su mano y la retiré deprisa. Miré mi palma, ella también miraba la suya.*

*—Estática —murmuré confuso por el choque electrizante que me causó el tocarla—, ¿qué hace una chiquilla como tú en un lugar como este? —Averigüé.*

*Tomé asiento y la invité a que hiciera lo mismo. Insegura, accedió, dudaba que su jefe fuera a reprenderla, no estando conmigo.*

*—Trabajar —simplificó.*

*—¿No pudiste encontrar otro lugar?*

*—¿Creé que de ser así estaría aquí? —Replicó. Por primera vez en un largo tiempo, me sentí estúpido.*

*—¿Sabes usar un ordenador? —Cuestioné. Apretó el ceño y asintió despacio— Bien.*

*Metí la mano a mi chaqueta y cogí mi cartera, saqué una de mis tarjetas y la coloqué en la mesa en conjunto con un par de billetes, acto seguido, me puse de pie.*

*—Te espero a las ocho de la mañana en esa dirección—señalé la tarjeta—, sé puntual.*

*—¿Qué? ¿Para qué?*

*—Necesito una secretaria —murmuré. Cogió la tarjeta y la miró.*

*—¿Me contratará, así sin más? —Inquirió trémula y por primera vez en esta noche, la vi nerviosa.*

*—Requiero personal y con esa vestimenta dudo que puedas ser una distracción para mí. Eres una cosita fea que no querré follar sobre mi escritorio jamás.*

*—Y usted es un idiota al que nunca le abriría las piernas.*

*Casi me rio, mejor dicho, si lo hice. Me carcajeé en su cara ante la seriedad de la suya; mira que decir tal estupidez.*

*Mierda, ¿acaso esta chica estaba loca?*

*—Sin modales, ¿eh?*

*—Supongo que eso no será problema para usted, dado que no los conoce — replicó, robándome otra sonrisa, una sincera y que pocas veces alguien lograba arrancarme.*

*Eliminé la distancia que nos separaba, incliné el rostro hacia el suyo, una mano en la mesa y la otra en el respaldo de la silla. Holly no se inmutó ante mi cercanía, no demostraba ni un poco de gusto por mi persona, parecía que era inmune a mis encantos, aunque ahora estuviera ebrio y desaliñado, no dejaba de ser atractivo.*

*—No llegue tarde —susurré cerca de sus labios cereza—, Bridger.*

*—Ahí estaré.*

*Pellizqué su mejilla y erguí la espalda, mirándola desde arriba.*

*—Bridger.*

*—Señor Russo.*

<

La acechaba desde las sombras.

Rememoré años atrás cuando recién la conocí y la comparaba con cómo lucía ahora, ella bailaba despreocupada y feliz mientras las luces de colores acariciaban su cara y yo la cuidaba. Había gente a su alrededor, invitados que no quería aquí y que me contuve para no echar, ni siquiera eran amigos de Holly, solo de la golfa de Linda, quien, pese a su estado, se las arregló para estar presente esta noche. Joder. Ni porque estaba convaleciente me pude deshacer de ella.

Di otro trago a mi bebida, estaba ingiriendo el alcohol que Holly tenía prohibido tomar.

Mi chica se veía preciosa, no solo por la ropa que usaba, sino por la felicidad que rebosaba por cada poro de su ser; todo en nuestras vidas se hallaba en orden, por supuesto, existían detalles de los cuales me encargaría pronto, detalles que enterraría junto con mi madre.

—¡Bebé! —Exclamó hacia mí.

*Carajo, Bridger. No lo dijiste, maldición.*

Se sentó en mis piernas, las suyas quedaron más al descubierto por el movimiento brusco, la tela del vestido se alzó y mostró hacia un par de imbéciles más de lo que debería.

—Mierda, Bridger —bajé la tela deprisa—, ¿¡qué coño están mirando!? —Increpé tosco. Los idiotas se esfumaron de mi vista y se perdieron entre los demás que, siendo precavidos, no miraban a mi mujer.

—Nadie me mira, bebé —susurró.

Enredó los brazos en mi cuello, el escote en sus senos me puso duro. Sabía lo que encontraría debajo de esa tela: un par de tetas que me fascinaba lamer y morder.

—Me estoy divirtiendo mucho —dijo contenta.

Se removía encima de mi erección al ritmo de la música y solo provocaría que la sacara de aquí para follarla en el baño o contra el pilar aquel donde la luz no daba.

—De eso se trata, nena —besé su mejilla—, quiero que sigas bailando, pero no encima de mi pene, solo me estás provocando.

—Ya lo sentí —lamió mi labio inferior—, estoy muy caliente, bebé.

—¿Podemos dejar el *bebé* solo para la intimidad, cariño? —Tiró de mi labio inferior y lo chupó, acariciándolo con su lengua.

Ceñí los dedos a su cintura mientras sentía claramente como si estuviera pasando la lengua por la punta hinchada de mi pene.

—No —desplazó los besos por mi cuello—, qué rico hueles.

—Ya para o la fiesta para ti terminará.

—¡Holly!

Ahí estaba su estúpida e irritante voz. Miré a Linda que caminaba hacia nosotros, llevaba zapatos bajos y procuraba no hacer muchos movimientos. Agradecía que el embarazo de Holly no fuera de alto riesgo y ella y mi hijo estuvieran bien.

—Dame a mi amiga —la tomó de la mano y me la sacó de encima

—, no te muevas de ahí.

—Créeme, no tengo ganas de estar cerca de ti —mascullé, ella me volteó la cara y se llevó a Holly—, *golfa*.

A la distancia las observé divertirse por un par de horas más, el bicho ese novio de Linda, me imitaba, la diferencia es que él no ingería alcohol y yo ya estaba muy ebrio. Necesitaba irme de aquí, me incorporé del sillón y a paso lento me dirigí a Holly, quien se hallaba detrás de una mesa, en la cual descansaba un pastel, un jodido pastel de pene.

—Veinticinco —masculló Linda, burlándose—, punto cuatro centímetros.

—Esto es demasiado vulgar, hasta para una *golfa* como tú —espeté.

Rio por lo bajo.

—Es una despedida de soltera, *aburrido* —recordó—, además, son tus medidas, así no tendrás que sentir celos del pastel, jodido celópata. —La miré.

—Perra.

—Enfermo.

—Golfa.

—Cretino.

—¡Oigan! —Holly se interpuso entre nosotros— Paren ya. —

Intervino en el momento preciso, no noté en que instante me acercaba a Linda y ella a mí y no con buenas intenciones—.

¿Alguna vez dejarán de pelear entre ustedes?

—Nunca —respondimos al unísono.

—Ella es mi mejor amiga —me observó seria—, y él mi prometido y el hombre que amo —volvió la mirada a Linda—, ¿podrían al menos no intentar matarse? Por favor.

Lancé un largo suspiro y controlé mis impulsos, rodeándole la cintura con el brazo.

—Está bien, nena —me di por vencido—, ¿podemos irnos ya?

—Aún no parte el pastel —espetó Linda. Me contuve para no mandarla al demonio.

—Creo que tuve suficiente —susurró hacia ella.

Se desprendió de mi agarre y fue con Linda, le dijo un par de cosas a las que no presté atención, realmente no me importaba. Después la abrazó y se despidieron como las mejores amigas que eran.

Maldita sea. Algún día encontraría la manera de romper esa amistad.

—Vámonos, bebé.

Entrelazó nuestros dedos y no me volví a mirar a nadie, solo tenía como objetivo sacar a mi chica de aquí; fuera del club el chofer nos esperaba, Holly subió primero y luego le seguí yo. El silencio del auto me resultó gratificante, aunque todo a mi alrededor comenzaba a darme vueltas.

—¿Estás muy ebrio?

—No. Estoy lo suficientemente lúcido como para follarte.

—Me alegra oír eso —susurró en mi oído—, ¿cuándo tendrás tu despedida de soltero? —Jugaba con el lóbulo de mi oreja.

—No le veo el sentido, me da igual una puta fiesta, solo quiero casarme contigo.

Se me quedó mirando sin decir nada, hubo ternura en su mirar y un destello de luz que los hizo ver más hermosos. Besó mi mejilla y apoyó la cabeza contra mi hombro mientras llegábamos al PentHouse, no nos tomó demasiado, el tráfico a esta hora era nulo, ya casi amanecía.

Cuando el auto se detuvo, dos de mis hombres se acercaron, abrieron mi puerta y ayudé a bajar a Holly. La seguridad para nosotros jamás se iría, prefería exagerar con ella que permitir cualquier tipo de atentado contra mi futura esposa.

—Papá ya se adueñó de Theo —comentó en cuanto estuvimos dentro del ascensor.

—Tu padre necesita compañía, tú ya no —murmuré. Se apretó a mi cuerpo, tallaba su mejilla contra mi brazo, como una gatita.

—Cuando llegué a esta ciudad, lo hice sola, Theo era lo único que yo tenía.

—Ahora me tienes a mí —besé el inicio de su cabello—, para toda la vida.

Sonrió y salimos del ascensor en dirección al interior del PentHouse. Todo estaba en silencio, las cortinas abiertas, el amanecer se asomaba en el horizonte, pero las estrellas continuaban gobernando el cielo; si algo amaba de este lugar, era la vista que me regalaba todos los días y todas las noches.

—Tenemos algo pendiente —dije.

La llevé hasta el sofá, sonriente, tomó asiento, el vestido rosa pálido que usaba, se alzó. Esta vez agradecí tener una vista de sus piernas desnudas, casi conseguí mirar el encaje de sus bragas que escondían la dulzura de su caliente coño.



—¿De qué se trata? —Inquirió.

Me quité el saco, lo arrojé al suelo y trepé a su regazo dominándola con mi anatomía. Se veía más pequeña en esta posición, atrapada por mí.

—¿No lo has averiguado? —Mordisqueé su labio inferior.

Movió las manos hacia mi pantalón, pero las retiré y negué.

—¿De nuevo es tu jueguito de Dixon ordena y Holly obedece? —

Murmuró en voz baja, casi jadeante.

—Sí. Ahora... —Me agaché, mis labios besaban sus muslos—, abre las piernas.

Despacio las separó mientras la tela terminaba ceñida a su cintura; agarré ambos lados de las bragas y las arranqué de un tirón. Ella gritó y las líneas rojizas se marcaron en los costados de su piel.

Acto seguido, alcé más la tela y jugué un momento con su ombligo, rodeándolo con mi lengua al tiempo que separaba sus pliegues con mis dedos. Tembló leve y separó más los muslos.

—Resbaladizo y caliente —susurré, tanteé la entrada de su vagina y metí dos dedos.

—¡Dixon!

—Silencio.

Los moví hacia arriba y encontré el punto al que quería llegar. Dio un respingo y maniobré con su sexo, estimulando su clítoris sin detener los movimientos de mis dedos dentro de ella.

—Bájate el vestido, quiero lamer tus tetas —ordené. Sus mejillas ardieron, aún se sonrojaba. *Tierna*.

Con dificultad se bajó el vestido, no llevaba sostén, pude ver a mis nenas sin problema, con esos pezones duros y esperando mi boca; sin perder tiempo me incliné hacia ellos y los probé, mi lengua los lamió y mis dientes los mordieron. Entre sus piernas percibía la contracción de sus paredes, Holly gimoteaba con la respiración acelerada, mojándose bastante.

—Dixon, para —pidió—, necesito ir al baño... Dixon.

—Déjalo ir —sugerí—, suéltalo, nena.

—¿Qué... qué dices?

Mordí su pezón y gritó, embestí más fuerte y mi pulgar estimuló con mayor vigor su brote hinchado y duro. Holly se retorció, contrajo los dedos de las manos, arqueó la espalda y entonces la humedad de su orgasmo chorreó en mi mano y acabó en el suelo, dispersándose como un pequeño charco que mojó todo a su paso.

—¡Oh, Dios!

—No me quites méritos —la miré—, vaya que te mojaste.

—¡Parece que me hice encima! —Exclamó aún con los espasmos del orgasmo atacándola.

—Se llama *Squirt*, nena.

Tiró de mi corbata, acercándose a sus labios.

—Haces maravillas con tus dedos, Russo —jadeó, envuelta en la lujuria que ambos provocábamos.

Le di un beso fugaz y me senté a su lado, abrí un cajón de la mesita que había a un costado del sofá y cogí el lubricante, lo puse en un lado.

—Ven aquí —quité la correa del cinturón y desabotoné mis pantalones, saqué mi pene y lo sostuve en mi mano, masturbándome despacio ante su mirada—, lo quiero en tu boca.

—¿Ah sí? —Inquirió coqueta.

—Quiero que me lo chupes, Bridger.

El sonrojo se pronunció más en sus mejillas, ella sabía que yo no tenía tacto para decir las cosas, mucho menos cuando se trataba del sexo, así que se incorporó, aún trémula. La cogí del cabello y la incliné hacia mi erección; flexionó las rodillas encima del sofá.

Cuando sus labios tocaron la punta de mi glándula, el calor se aglomeró en mi vientre bajo y al ver asomarse su sonrojada lengua a través de sus labios, provocó que mi falo se pusiera más erecto.

Abrí el lubricante y lo vertí en mis dedos antes de llevarlos a su vaginal culo. Llevaba semanas trabajando en ella para poder follarla y desvirgarla de una vez por todas.

Poco a poco perdió la vergüenza, sin detenerme me permitió prepararla. Mis dedos se movían lento a través de su culo y luego embestí con cuidado. Gimoteó y presionó los labios contra mi pene mientras chupaba la punta. Siseé bajo, penetré su culo y luego le di un azote en la nalga que la hizo mirarme.

—Tienes la mano pesada —masculló, daba lengüetazos en la punta hinchada.

—Y te gusta.

—Mucho.

Continué azotándola y estimulándola, con la mano libre sostuve su cabello para poder mirarla cuando trataba de meterse todo mi pene a la boca, apenas le cabía la mitad, pero me fascinaba cada vez que lo intentaba, su saliva resbalaba y humedecía todo de mí.

—Quiero que recibas mi semen en tu boca mientras tienes mi pene enterrado en tu garganta.

—Entonces lo tragaría —murmuró.

—Prefiero verlo derramándose por tus labios, hasta tus tetas.

Sostuvo mi erección con los dedos y chupó una y otra vez la punta.

El orgasmo se gestaba en mi vientre bajo, engrosando mi pene, quería venirme en su boca, quería que tragara toda mi excitación, sin embargo, habría un maldito caos que limpiar y todavía necesitaba entrar en ella. Así que la detuve, me incorporé y la tomé en mis brazos, llevándola a nuestra habitación.

—¿Qué planeas?

—Desvirgar tu culo —contesté franco.

—Cero tacto, ¿eh?

—Soy Dixon Russo —simplifiqué.

La dejé en la cama, pero antes le quité el vestido. Su desnudez entre mis sabanas fue una de las mejores imágenes eróticas.

Estaba sentada sobre sus piernas, con el cabello ondulado fluyendo a través de su espalda, mirándome sumisa y seductora con el amanecer resurgiendo detrás de ella. Parecía una Diosa.

Me saqué el restante de mi ropa y fui a por ella. La besé en los labios con pasión y deseo, la estrujé entre mis brazos, recostándola en el colchón.

—Quiero cada maldito amanecer a tu lado, quiero tu desnudez en mi cama, tu sonrisa en mis labios —besé su cuello—, tu piel fundida a mi carne mientras te hago mía.

—Yo también te amo, bebé, cada día y cada noche.

Me posicioné detrás de ella, le besaba la espalda, acariciaba la curva de su cintura con mis dedos, los arrastré hasta su entrepierna y estimulé su clítoris. El calor sofocó mi pecho, su aroma se deslizaba a través de mis fosas nasales; agarré firme mi pene y apreté la punta a su culo.

—Despacio —pidió trémula.

—Sé lo que hago, nena. Así no será tan incómodo.

Empujé su espalda un poco hacia al frente, embestí unos centímetros más, la estrechez de su culo me recibió. Tensé la mandíbula y contuve el aliento, excitado y deseoso por tomarla como un animal en celo. Mierda.

La sujeté con firmeza con mi brazo libre, el otro abarcaba su abdomen y mis dedos se perdían entre sus pliegues. Ella se humedecía bastante, gemía bajito y se derretía en mis brazos. Me

incitó a seguir, metí un poco más de mí en su interior, no hubo queja y esperé un momento antes de meter más de mi tamaño, hasta que en cierto punto se quejó.

—¿Duele? —Balanceé mis caderas, follándola despacio sin estar completamente en su interior, acostumbrándola a mí.

—No, solo es... raro.

Acaricié sus pezones, humedecí su cuello con mis labios, di otro empujón y casi estuve todo dentro de su culo.

—Dixon —sus uñas se clavaron en mi muslo—, es demasiado.

—Lo sé, estoy a punto de correrme, nena. Es más estrecho de lo que pensé —retiré mi pene y volví a penetrarla—, más caliente, joder, Bridger, me matas.

Tomé más de sus fluidos con mis dedos y acaricié su culo con ellos antes de empujar y meterme entero en ella. Saboreé la sensación cálida que me embargó, me apretaba fuerte y yo usaba mi casi nulo autocontrol para no arremeter como un desquiciado y obtener del todo la satisfacción enorme que era follarla así.

Permanecí quieto, besándola y tranquilizándome. Pero por todos los infiernos que ansiaba darle duro, marcar mis dedos en sus nalgas mientras la azotaba y la hacía gritar de placer.

—Ya no eres virgen de ningún lado.

—¿Estás orgulloso? —Gimió.

—Estoy excitado.

Sin abandonar su calor, la acomodé boca abajo en la cama, cerré sus piernas, las mías descansaron a sus costados, apoyé las palmas en sus nalgas y entonces comencé a follarla como necesitaba, prolongando el orgasmo, no quería acabar, quería seguir dentro de ella. La escuchaba gemir bastante, su piel se

erizaba, apretaba las sabanas en las manos y efectuaba unas muecas de placer que me hacían perder la cordura.

—Te ves tan bonita conmigo dentro de ti.

—Perverso.

Abrí sus nalgas y me hundí con más vehemencia, una, dos, tres veces y no sé cuantas más. Necesitaba tomarla de todas las formas posibles, mi ser lo exigía. Así que volví a cambiar de posición, esta vez la hice subir a mi regazo. Me miró desde arriba, su cabello me acariciaba la cara, tenía los pómulos enrojecidos y los labios hinchados.

—Eres el infierno, Dixon Russo.

—Y tú el paraíso, nena.

Situé mi pene en su culo, embestí de a poco, pulgada tras pulgada fundiéndose a ella y cuando estuvo dentro, enderecé su espalda, mis manos en sus tetas, las suyas cubrían las mías. Balanceaba las caderas despacio, trataba de encontrar un ritmo para estimularse y poder llegar. Me gustaba cuando me usaba y se movía tan delicioso.

—Tócame —suplicó jadeante—, tócame, bebé.

Arrastré mis dedos por su piel, toqué sus cicatrices, su vientre que albergaba una vida y al final me perdí entre sus pliegues. Presioné los dedos en su

clitoris sin moverlos, Holly inmovilizó mi muñeca y me pidió sin palabras dejar quieta mi mano. Se movió de delante hacia atrás, usando mis dedos para masturbarse. Mi pene se ceñía a su culo, las sensaciones convergieron y acabaron en un orgasmo como el que nunca había sentido.

Y mientras yo me vaciaba en su interior, ella gemía mi nombre viniéndose en mi mano. No fue tanta la humedad como con el *squirt*, pero de igual forma lo cristalino de sus fluidos me empaparon y me encantó que fuese así.

Enseguida cayó lánguida encima de mi pecho, nuestros latidos acelerados, los espasmos castigándonos de una manera deliciosa.

—Me gustó.

—¿Qué te gustó, nena?

—Que follaras mi culo —susurró muy bajito, apenada—, creí que dolería.

—No conmigo.

—Mi hombre es experto —dijo orgullosa. Me miró.

—Dilo de nuevo —pedí.

—Mi hombre Dixon Russo.

## Capítulo 61

### *Dixon*

Bebía sin control. Acabé la botella de whisky y continuaba con la segunda.

Esperaba arriba del jet, no faltaba mucho para que la persona que esperaba arribara aquí esperando huir de su destino, el mismo que yo tenía en mis manos.

Mi arma descansaba encima de la mesa frente a mí, el cargador lleno de balas, pero solo necesitaba una, o quizá ni siquiera la usaría y elegiría

hacerlo con mis propias manos. Necesitaba acabar cuanto antes con mis "pendientes", después de este quedaría uno más y entonces podría llevar a cabo mi boda con el amor de mi vida.

Pasados los minutos oí ruidos afuera, el característico sonido del motor de los autos y enseguida, los pasos fuertes andando por encima de la escalera, un par de movimientos y al final, estuvimos cara a cara; la sorpresa cruzó sus rasgos en cuanto me miró, la puerta detrás de él se cerró y con un movimiento de mi mano le ordené que tomara asiento. Sus ojos se posaron en el arma y luego otra vez en mí mientras actuaba cauto.

—¿Qué haces aquí? —Cuestionó, acomodaba su corbata sin apartar la mirada de mí.

—No necesitas ser un adivino para saberlo —mencioné bajo.

—¿Tú quieres matarme? —Inquirió incrédulo.

—No, no quiero, voy a hacerlo, *padre* —afirmé sin titubear.

Se sirvió un trago y reclinó la espalda en el asiento. Bebió despacio y desvió la mirada hacia la ventanilla. El jet se mantenía quieto, en contra de lo que padre planeaba, no se elevaría ni lo llevaría lejos de aquí, su estadía en mi ciudad y en la tierra, caducaba hoy.

—Violaste a mi madre —susurré, no se inmutó—, violaste a Darla —

—tensó la mandíbula y bebió el contenido del vaso de golpe—, por tu culpa crecí sin el amor de mi madre, aunque no la justifico, esa perra pudo haber tomado otras decisiones.

—Tu madre me hizo un favor al matar a Darla —suspiró con melancolía—, tú me hiciste uno matándola a ella.

El vaso de vidrio se rompió en mi mano, los trozos filosos se hundieron en mi palma, la sangre se derramó en el suelo y mi mandíbula no podía estar más tensa. Tuve la necesidad de incorporarme y sujetarlo del cuello hasta asfixiarlo. Merecía morir, tal vez no por mi mano, pero mis deudas las



coabraba yo y eso no cambiaría, pese a que, esto dejara más secuelas dentro de mí, no importaba, lidiaba con ellas sin permitir que mi mierda cayera encima de las personas que amaba.

—Te respetaba y a ella la amaba —cogí el arma—, ninguno de los dos me merecía.

—Lidia con eso, Dixon —me miró—, no perteneces a ningún lado.

Eres una decepción y acabarás como yo.

Me incorporé del asiento, corté el cartucho del arma y apunté a su sien. Él continuaba mirando por la ventanilla.

—No, padre, no será mi hijo quien ponga una bala en mi cabeza.

—No te confíes, encontrarás la manera de arruinarlo. Eres crueldad, Dixon, eres el Diablo, personas como tú no pueden, ni merecen ser felices.

—Mírame —ordené, evité prestarles demasiada atención a sus palabras—, ¡mírame, carajo!

Lento volvió el rostro hacia mí. Vi mi reflejo en sus ojos, la adrenalina se disparó y el latir de mi corazón penetraba mis oídos con vigor.

—Te veré en el infierno —dijo.

—Procura no encontrarme allá, porque ahí también me encargaré de ser tu verdugo.

Un movimiento de mi dedo, un simple desliz que activó el arma, la bala salió deprisa y atravesó su frente. Un disparo limpio y certero que se quedó adherido a mi memoria; su cabeza cayó hacia atrás, su cuerpo se relajó y la sangre manchó los asientos.

No experimenté el menor remordimiento, al menos no ahora.

Le lancé una última mirada y abandoné el jet. Afuera, Anel esperaba apoyada contra el capo de mi *Aston*, fumaba un cigarrillo mientras

admiraba el cielo nocturno; ella seguía a mi lado, trabajando para mí y me resultaba peculiar que fuera así. No era del tipo de mujeres que se instalaban en un sitio por mucho tiempo.

—Quemen el jet —indiqué hacia dos de mis hombres más cercanos

—, quémenlo todo.

—Como ordene, señor Russo.

Me adelanté hacia Anel. Me observó y sonrió, sin embargo, advertí un deje de tristeza en sus orbes, raro en ella... otra vez.

—¿Lo hiciste?

Guardé el arma en mi espalda, detrás de nosotros mi gente se encargaba de envolver en gasolina el jet que fue de mi padre. Le quité el cigarrillo a Anel y me acomodé a su lado, mi semblante exánime no permitió demostrar nada de lo que sentía dentro de mí.

—A los traidores los aplasto —siseé.

—Ese es mi chico —murmuró sonriente, mas la sonrisa no le llegó a los ojos. Suspiré.

—¿Tengo que preguntar que te pasa? —Mascullé.

—No, no tienes.

—Bien. Ser tu maldito psicólogo no es lo mío.

—Tengo mi psiquiatra —me guiñó un ojo—, tarde o temprano la consciencia nos alcanza, Diablo.

—Bueno, la mía ha comenzado a follarme todas las noches —

terminé el cigarrillo y encendí otro—, y no puedo decir que lo disfruto. —  
Rio y sin decir nada apoyó su cabeza en mi hombro.

—¿Crees que nosotros podemos ser felices, incluso al no merecerlo?

—Creo que podemos alcanzar la felicidad dándosela a personas que sí lo merecen —respondí pensativo. Ella formuló la pregunta que padre adhirió en mi cabeza.

Me miró y bajé la vista hacia ella, la tristeza se intensificó en sus ojos. Joder. No tenía tiempo para estas tonterías.

—Yo no merezco una mierda —desvié la mirada—, pero Holly se merece el mundo entero, voy a dárselo y eso me pone feliz.

—Encontraste la salvación, mientras que yo solo encontré una condena. — Se apartó y acomodó su cabello detrás de la espalda—.

Nos vemos en tu boda.

—¿Qué? Yo no te invité.

—Pero Holly sí, ¿no es un amor? —Entorné los ojos mientras la veía alejarse de mí.

<

Negué. No solo tendría a la golfa en mi boda, sino también a ella.

*Joder, Bridger.*

Ansioso por llegar con mi chica, me monté en mi Aston, encendí el motor y abandoné el aeropuerto mientras el jet explotaba y las llamas se alzaban casi tocando el cielo, llevándose con ellas a otro más de mis pecados. Vislumbré el color casi rojizo a través del retrovisor; mis manos apretaron el volante y la ira menguó, sin embargo, el dolor se ancló a mi pecho, este siempre estaría ahí como un recordatorio de lo que perdí, pero que, en realidad, jamás tuve.

***Holly***

*Al contemplarlo, tenía la impresión de que iba a tragarme viva.*

*El edificio era enorme, como todos los que había en la ciudad, pero precisamente la empresa Russo, parecía ser el más grande de todos, también el más imponente; nunca le presté atención como lo hacía ahora, aun no asimilaba que yo trabajaría aquí, bueno, si todo salía bien y ese hombre no me corría en cuanto descubriera que no tenía dotes para ser su secretaria.*

*Me encontraba muy nerviosa, mis manos temblaban y trataban de evitar que el recipiente que llevaba en ellas, acabara en el suelo. A paso lento entré a ese monstruo de concreto y la recepcionista fue muy amable al dirigirme al piso donde el señor Russo me esperaba, no obstante, el que fuera amable, no evitó la mueca de desagrado que surcó sus rasgos al ver mi vestimenta.*

*A pesar de ser consciente que trabajar en un sitio así requería de una mayor mejoría en mi imagen, no podía cambiar mis faldas largas y blusas y suéteres grandes; el fantasma de mi pasado*

*impedía que diera ese paso, mi belleza se hallaba protegida por mi horrible —pero cómoda—, vestimenta. Lo prefería así, elegía las miradas de burla, que, de lascivia, lidiaba mejor con ellas, los hombres solían ser más crueles que las mujeres, en mis estadísticas, por supuesto. Ellas solo cuchicheaban sobre mi ropa, pero ellos se atreverían a tocarme por debajo de la falda.*

*—La oficina del señor Russo es esa —señaló la mujer—, por ahí está la cocina —miré el pasillo angosto que carecía de puerta—, y por allá el baño.*

*—Gracias —susurré—, eres muy amable.*

*—De nada, cariño —sonrió—, este será tu escritorio, el señor Russo te espera en diez minutos, llegaste temprano.*

*—Tenía que hacerlo —murmuré tímida, aun no me aclimataba a este sitio.*

*—Bueno, si necesitas algo, mi extensión es la numero 073, ¿de acuerdo?*

*—Sí, gracias otra vez.*

*Me devolvió un asentimiento de cabeza y abandonó el piso. Estuve sola en aquel sitio envuelto en mármol y cristal. No había un solo sonido; observé la puerta de mi nuevo jefe y los nervios hicieron su flamante aparición... de nuevo. Tomé un largo respiro y me dirigí a la cocina que debo mencionar, tenía todo lo que se necesitaba en ella, hasta había una pequeña estufa.*

*Deprisa, preparé café y puse en un plato de porcelana el trozo de pastel de chocolate que horneé solo para él. Era una receta casera de mi madre y aprendí a hacerla para papá, no alardeaba, pero quedaba riquísimo y no había persona que dijera lo contrario, al menos hasta ahora, esperaba que el señor Russo no fuera el primero.*

*En cuanto terminé, me dirigí hacia su oficina. Armándome de valor, toqué dos veces a su puerta, al no escuchar nada, abrí y entré. Mis piernas se volvieron gelatina y la cuchara chocaba con la taza de café debido a mis temblores y todo empeoró cuando enfoqué a la figura masculina delante de mí.*

*Sus orbes claros evaluaban mis movimientos torpes, ataviado en un traje color borgoña, lucía más atractivo que la noche anterior, hasta parecía otro... más aliñado y pulcro, sin embargo, su mirada era la misma, detonaba crueldad. Su belleza debería de ser un pecado, ese hombre destilaba virilidad por cada poro de su cuerpo, olía delicioso, una fragancia cautivadora que me hizo respirar deprisa para obtener más de ella.*

*Dios. Quería pasar mi nariz por su cuello y empapar mis manos con su colonia.*

*—Buenos días, señor Russo.*

*—Buenos días, Bridger.*

*—Yo... yo —carraspeé, detuve mis pasos delante de él—, le traje café y...*

*—¿Pastel de chocolate? —Inquirió, con cierto matiz de melancolía en su voz.*

*—Sí, pensé que le gustaría, a menos de que sea alérgico al chocolate —susurré deprisa. Aceptó la taza y miró con recelo el trozo de pastel.*

*—¿Dónde lo compró? —Preguntó curioso.*

*—Yo lo hice —respondí. Alzó la mirada, sorprendido. Poseía un color de ojos hermoso.*

*—¿Usted horneó un pastel de chocolate solo para mí? —Su tono de voz se había suavizado, casi rozaba lo infantil.*

*—Sí, señor Russo, solo para usted.*

*Vi algo parecido al dolor crispas su rostro, enseguida desapareció y cortó un trozo de pastel, lo llevó a su boca y mi expresión era de impaciencia y nerviosismo. No sabía si le gustaría, si hice bien en traerlo, si lo arrojaría a mis pies por ser tan atrevida o si me daría una sonrisa por pensar en él.*

*—Sabe muy bien —dijo franco—, ¿qué más sabe hacer con esas manos, Bridger?*

*Un sonrojo se extendió por mis mejillas al entender el doble sentido de sus palabras, agaché la mirada y negué despacio.*

*—No baje la mirada —aseveró—, ante nadie, Bridger.*

*Lo observé, él seguía mirándome con intensidad y yo, sin duda, tomaría su consejo u orden.*

*—Tome asiento.*

*Obedecí sin rechistar. La cómoda silla fue un alivio para el temblor de mis piernas.*

*—¿Sabe quién soy? —Cuestionó.*

*—El dueño de esta ciudad.*

—¿Y sabe lo que hago? —Prosiguió, me hablaba como si fuera una niña pequeña.

—He escuchado cosas —me sinceré.

—¿Qué cosas? —Averiguó. Reclinó la espalda en su silla y continuó comiendo, parecía deleitarse con mi pastel.

—Que es un mafioso, un asesino a sangre fría... el...

—El Diablo —terminó de decir por mí—, así es como me conocen.

Cada palabra causó un estremecimiento en mi anatomía. Pasé saliva y oculté el pánico que atenazó dentro de mí. Si papá sabía que trabajaba para un mafioso, era capaz de venir desde Scottsdale por mí.

—Entonces todo es verdad.

—Sí, debe saberlo antes de trabajar para mí, usted no pertenece a mi mundo, pero mi buen juicio se ve frustrado por su necesidad —

habló despacio. Ya había acabado el pastel, de haber sabido que le gustaría tanto, hubiera traído más.

—¿Por qué quiere ayudarme? No me conoce, no tengo experiencia en lo que usted se desempeña.

—¿Creé que no es capaz de llevarme el ritmo? —Provocó.

—Yo no dije eso —aseveré. Sonrió de lado, viéndose más hermoso de lo que ya era. Bendito pecado que significaba este hombre.

—Entonces considérese contratada —dijo sin más—, la quiero aquí, dispuesta para mí.

Ambos nos quedamos en silencio durante algunos segundos, habíamos caído en cuenta de cómo sonó eso.

—Creo que debo decir gracias —musité.

*Se puso de pie, su altura me intimidaba, pero no se lo demostraba.*

*Tal y como hizo la noche anterior, me acorraló con su cuerpo, es como si estuviera buscando la manera de provocarme con la cercanía de sus labios, mas eso no sucedería.*

*Nunca caería en el encanto de Dixon Russo.*

*—¿Puede traerme de ese delicioso pastel todos los días? Le pagaré por cada rebanada. —Sonreí y negué despacio.*

*—No tiene que pagarme por hacerlo, señor Russo, yo estaré encantada de hornearlo solo para usted —murmuré franca. Sus ojos apagados, de pronto se iluminaron al escucharme.*

*—Creo que debo decir gracias —repitió mis palabras.*

*—Vaya, sí tiene modales —bromeé.*

*—El que no los use, no quiere decir que no los tenga, pero eso solo usted lo sabe —me guiñó un ojo—, siéntase afortunada.*

*Relamió sus labios, lo imité, ambos mirábamos la boca del otro y me pregunté por qué demonios lo hacíamos.*

*—Me pondré a trabajar —rompí el encanto. De todo lo que haría aquí, meterme en la cama de mi jefe no figuraba en la lista.*

*Se apartó y me permitió ponerme de pie. Alcé la vista hacia la suya, había diversión en su mirar.*

*—Bienvenida a mi vida, Bridger.*

## **Capítulo 62**

### ***Holly***

El reflejo me devolvió una imagen digna de un cuento de hadas.



Era el reflejo de una princesa, un hada a la que le devolvieron su brillo.

El vestido con el corpiño bordado en diamantes se ajustaba perfectamente a mi figura, la falda de organza de seda era acentuada por un detalle de encaje en el dobladillo, el corte hacía sobresalir la hermosura del diseño haciéndome sentir como una princesa de verdad. Un recatado moño sostenía el velo discreto y hecho también de seda que caía sobre mi rostro, mientras mi cabello en ondas fluía a través de mi espalda y hombros desnudos como una cascada sedosa y llena de vida.

Mi sueño se estaba haciendo realidad.

Le pedí a Dixon una boda en grande y de ensueño y fue lo que me dio. Muchas mujeres quizá prefieren una boda discreta, pero no yo, yo quería una iglesia preciosa, repleta de flores hermosas, un salón inmenso con muchos invitados, música y comida. Este era mi sueño, este el día de mi boda y debía ser el más perfecto de todos.

—Dios mío —el grito ahogado de mi padre me hizo girarme—, Dios mío.

—¿Qué sucede? —Pregunté angustiada al ver su semblante asombrado y sus ojos llenos de lágrimas.

—Tú, mi niña —respondió—, luces como una princesa, aun más que cualquier otro día —se acercó despacio—, tu madre estaría igual de orgullosa que yo.

—No me hagas llorar —pedí, abanicándome la cara para ahuyentar las lágrimas.

—No, nada de lagrimas —limpió las suyas de inmediato e irguió el cuerpo—, quería que usaras esto.

Bajé la mirada a sus manos, llevaba un brazalete de oro blanco, adornado por tres diamantes preciosos, tenía diseños de flores plasmados a través del oro.

—Era de tu madre —la puso en mi muñeca—, ahora es tuya.

Lo abracé con fuerza, mi mirada en el brazalete. Mi familia nunca fue de poseer joyas, no supe que existiera algo tan valioso y no hablaba sobre lo material, sino de lo sentimental. Había muy pocas cosas que pertenecieron a mamá, esta pieza la conservaría con todo mi amor. Al parecer hoy ella estaría más presente que nunca en mi vida, sin dejarme sola un momento, tal y como lo prometió.

—Holly, lamento interrumpir —se asomó Dante—, pero Dixon está a nada de venir hacia acá, el hombre está desesperado —agregó con una mueca de disculpa. Sonreí y negué.

*Dixon siendo Dixon.*

—Vamos, cariño, no hagamos esperar más a ese hombre.

—Dixon, papá. —Rodó los ojos.

—Ya sé como se llama. —Solo pude reír ante ese chiste discreto que ambos teníamos.

Papá me tendió el ramo de novia, un hermoso ramo de rosas *Juliet*, las favoritas de Dixon y las mías también, tenían un significado especial, pues estas desprendían un aroma que me hacía recordar la primera noche que estuvimos juntos.

Mi padre ofreció su brazo para mí, lo acepté. Él lucía muy guapo en su esmoquin negro, con pajarilla y todo. Hoy no tuve que anudar su corbata.

En silencio recorrimos el pasillo que conducía hacia el sitio donde se hallaba Dixon esperando por mí. Le pedí que nuestra boda se realizara en Nueva York, siempre soñé con casarme en la catedral de ST. Patrick y era otro de los muchos "caprichos" que Dixon me cumplió. No supe cómo se las arregló para obtener un lugar aquí el día que requeríamos y con tan poca anticipación, pero lo hizo.

Sonreí por dentro. Bien podría saber la respuesta a esa interrogante, mas decidí no profundizar en ello. Él encargó de

"limpiar" toda la manzana y de tapizar con seguridad. Nadie ajeno a los invitados podría acercarse, ni siquiera los paparazzi. El poder de Dixon era sorprendente.

Conforme avanzaba comenzaba a oír los murmullos de los invitados; hundi los dedos en el brazo de papá, nerviosa y con un nudo en la garganta. Él me lanzó una mirada tranquilizante y dio un apretón a mi mano, respiré hondo y cuando nos detuvimos frente a la inmensa entrada, sentía las piernas como gelatina, me reduje a una persona diminuta ante tanta belleza. Parecía irreal, mis ojos abarcaban cada superficie a la vista y no cabía de la impresión.

—Está sucediendo —musité trémula.

—Es tu día, mi niña, tu momento.

Miré a mi padre, el orgullo se desbordaba a través de sus ojos.

Luego de tanto, él también estaba llevando a cabo un sueño.

—Sostenme fuerte.

—Toda la vida, Holly.

La música tenue retumbó en las altas paredes de la catedral, oscilándose en la altura del techo que era sorprendente, prevaleció como un hermoso eco; delante de mí se extendió un pasillo de pisos lustrosos que desprendían un bruñido destello. Las flores adornaban parte del camino de lado a lado; la distancia entre el altar y yo

parecía no acabar, y ahí a la espera de mí se encontraba mi prometido, el novio más precioso que pudiera existir.

Envuelto en un elegante esmoquin, sonreía entusiasmado y ansioso, lo divisaba en sus facciones; solo lo veía a él, no presté atención al tumulto de invitados que nos acompañaban, mi vida entera yacía frente a mis ojos.

Dixon no esperó los escasos metros que faltaban para encontrarnos y se adelantó hacia nosotros, contuvo el aliento y luchó por ver a través del velo de novia que cubría mi cara.

—No puedo esperar más, cariño —se disculpó.

—Dejarías de ser tú si siguieras las reglas —susurré. Papá carraspeó y Dixon lo miró.

—Suegro —murmuró.

—Hoy pongo en tus manos a lo más valioso que poseo, Russo. He pasado años cuidándola y amándola —el nudo en mi garganta se intensificó—, ahora es momento de que tú lo hagas.

—Le doy mi palabra que así será.

Papá puso mi mano en la mano de Dixon, soltándome al fin. Sonrió y tomó su lugar en la primera fila. Mi prometido me guio hasta el altar, donde un sacerdote esperaba y antes de comenzar, alzó el velo de novia y suspiró profundo al verme.

—Mierda, Bridger —sonreí—, no eres una reina, eres una Diosa.

—No digas malas palabras —murmuré, cohibida.

—Y qué me importa —besó mis labios—, te amo.

—Y yo te amo a ti.

Sin decir más nos arrodillamos frente al altar y entonces el sacerdote comenzó a hablar. Palabras de amor, palabras que incluían a Dios, pese a que, podría ser hipócrita realizar esta boda en una iglesia cuando Dixon era quien era, no sentí más que felicidad mientras escuchaba las bonitas palabras que nos dedicaban. Mi mano enlazada con la de Dixon, miradas furtivas rebosantes de amor.

Y al contemplarlo tan feliz, mi corazón se regocijaba de alegría, jamás necesité a nadie para sentirme plena, pude haber hallado mi felicidad por mí

misma, en mi soledad con Theo, mis gafas y mi ropa fea, sin embargo, en Dixon encontré una sanación inmensa, su amor una cura para mi reticencia y el temor que existió por años y no querría que fuera de otra manera. Amaba cómo sucedieron las cosas, cada acontecimiento que me trajo a sus brazos.

A continuación, llegó el momento de colocar el lazo, Alexa y Dexter se encargaron de hacerlo, ambos nos dedicaron una sonrisa, posteriormente continuamos con las alianzas. Linda y Dante se acercaron a nosotros, le sonreí a mis amigos, Dixon no, únicamente cogió la alianza que correspondía y yo la mía. Le ofrecí mi mano y él se olvidó del mundo, solo me veía a mí, como llevaba haciendo desde que nos conocimos, aunque me tomó tiempo notarlo.

Bajo la mirada de los presentes y del sacerdote, Dixon me observó.

—Yo, Dixon Russo —mi piel se erizó—, te tomo a ti, Holly Ann Bridger, como mi esposa. Cariño, prometo seguir amándote cada día de mi vida, lo que sea que esta dure, ten la certeza de que cada latido de mi corazón es por ti: mi razón de ser.

Deslizó el anillo en mi dedo, yo no podía hablar.

—Estaré contigo en todo momento, bueno o malo, jamás soltaré tu mano, te amo, Holly, y este día reafirmo solo ante ti el juramento de amarte y cuidarte hasta el día de mi muerte.

Sollocé y lo cogí de las mejillas, plantando un beso en sus labios, cubriéndolos con la salinidad de mis lágrimas. El corazón quería estallarme en el pecho, no cabía de la felicidad que sus cortas, pero sinceras palabras me brindaron. No esperaba que se dejara expuesto ante tanta gente.

—No llores —pidió en un susurro. Negué despacio y agarré su mano, las mías temblaban demasiado.

—Yo, Holly Ann Bridger, te tomo a ti, Dixon Russo, como mi esposo, para amarte y adorarte cada día de mi vida, ser tu compañera y tu amiga en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad.

—Mordí mi mejilla interna para no llorar más—. Juro quedarme a tu lado al envejecer, tomar tu mano y apoyarnos cuando ya no podamos caminar —sonreí y él también lo hizo—, cumplir con mi promesa de amarte hasta que la muerte nos alcance, porque ni siquiera ella podrá separarme de ti: el amor de mi vida.

Le puse la alianza en el dedo, tomándolo como mi esposo.

—Lo amo, señor Russo.

Volví a besarlo y entrelazamos nuestros dedos mientras mirábamos al sacerdote.

—Si no hay ningún impedimento para la unión de este matrimonio, yo los declaro marido y mujer —observó a Dixon—, puede besar a la novia, otra vez.

Reí y mi ahora esposo, posó su boca en la mía, devorándome los labios mientras la iglesia estallaba en aplausos y la alegría que sentíamos era contagiada a los invitados.

—¡Mi esposa, carajo! —Me apretó a su cuerpo— Señora Russo.

Plantó un beso en mi mejilla y salimos de la catedral en compañía de todos, se formó una gran algarabía, recibí felicitaciones de las esposas de los socios de Dixon, de los varones solo una felicitación

a distancia, ya que mi querido esposo no permitía que ninguno de ellos se acercara más de lo estrictamente necesario. La joven novia de Dexter fue efusiva en su abrazo, lo devolví de inmediato, tan diferente a su madre, quien fue reservada al igual que su esposo.

—No sé si darte mis felicitaciones, Holly —dijo Dexter, se veía más radiante y feliz, evité pensar en lo malo y me enfoqué en lo bueno—, o mis condolencias.

—Qué bromista eres —murmuré sonriente.

De improviso, él me abrazó ante el descuido de Dixon, quien recibía los saludos del matrimonio Kozlov.

—Te quiero mucho, cuñada —devolví el abrazo—, gracias por todo lo que has hecho por nosotros.

—También te quiero —susurré.

—¡Quita las manos de mi esposa, pedazo de idiota!

Dixon tiró de mi cuerpo, alejándome de su hermano mientras lo miraba enojado.

—No la toques —lo señaló con su dedo índice—, o te devolveré a esa isla perdida sin boleto de regreso.

—También me da gusto verte, Dixon —bromeó.

Mi esposo estuvo a punto de mostrarle la lengua, por amor a todos los dioses que creí que lo haría, se comportaba como un niño pequeño al que le intentan quitar su bien máspreciado. Sus celos jamás serían pocos.

—Holly —miré a la pelirroja que hacia meses atrás conocí—, muchas felicidades, luces preciosa.

—Gracias, Erin —me besó en la mejilla y le devolví el beso—, gracias por asistir, a ambos —añadí, mirando a su esposo, un rubio

<

de potentes ojos azules, tan fríos como el hielo. Me intimidó un poco el enfrentarlo, todo lleno de tatuajes y con un gesto severo que daba la impresión de que no conocía la amabilidad.

—Así que tú eres el fuego que mantiene en llamas el infierno del Diablo —comentó con un matiz de burla no malintencionada.

—Un gusto, señor Kozlov, gracias por estar aquí —dije, sostuve firme del brazo a Dixon, quien solo guardaba silencio, lo que tenía que decirle a

Sasha, ya lo había hecho antes de que yo llegara.

—Sasha —corrigió serio—, puedes llamarme Sasha —miró a Dixon

—, ella cuidará bien de ti.

—Lo sé —coincidió mi esposo. Erin se acercó a mí y me abrazó como si fuéramos íntimas amigas.

—Te dije que tu destino ya estaba trazado —susurró cómplice.

Se apartó de mí y se retiró con su esposo, perdiéndose entre los invitados que seguían acaparando la entrada de la catedral.

—¿A qué se refería con eso? —Averiguó en cuanto se fueron.

—A que siempre nos hemos amado, Russo.

Me sostuvo de la mano y con una simple mirada me hizo saber que coincidía conmigo.

## ***Dixon***

Ella estaba feliz y radiante.

La veía bailar con mi suegro en medio de la pista, desde un espacio reservado la cuidaba, me aseguraba que ningún hombre que no fuera su padre, se acercara a bailar con ella. Siempre la veía desde las sombras, protegiéndola, siendo su maldito perro guardián.

Había reservado el mejor salón de esta ciudad, Holly en conjunto con Linda lo adornaron o bien, ordenaron para que se siguiera cada detalle requerido por mi ahora esposa. Quiso una boda de cuento de hadas y se la di, aunque Holly no estuviera casándose con un príncipe, sino con el Dragón. Ella parecía feliz de que fuera así, tomó la decisión de aceptarme en su vida y agradecía haber contado con la suerte de ser el elegido.

No sabía qué sería de mí sin Holly.



—Tu boda es única, hermano —se postró a mi lado—, felicidades.

—No esperes un gracias —mascullé. Puso la mano en mi hombro.

—No, no lo espero, no de ti —lo miré un instante—, tenemos que hablar, pero será después.

—Es mejor que no preguntes —aconsejé serio. Negó despacio.

—Ya no soy un niño, Dixon, agradezco que me cuides, pero soy capaz de lidiar con las realidades dolorosas.

—La última vez que lidiaste con las realidades dolorosas, caíste en las drogas y casi matas a mi esposa —repliqué molesto. Odiaba quedar evidenciado.

—He madurado, Dixon, puedes decirme las cosas. Ya no me protejas más, deja de cargar con todo tú solo, somos hermanos —

aparté la mirada—, créé en mí.

No respondí, no lo haría, no era un idiota sentimentalista.

Ejerció presión en mi hombro y se alejó, lo vi alcanzar a Alexa y besarla discretamente, no podía ser de otro modo teniendo a

Medina y Robledo delante de él.

*Mierda.*

Se me revolvía el estómago solo de pensar en que un día algún imbécil como mi hermano querría posar su asquerosa boca en la de mi pequeña Molly.

No. No. No. Los castraría y a ella la dejaría bajo llave.

—¡Bebé!

Holly vino a mis brazos, la sostuve mientras se balanceaba sujeta a mi cuello. El vestido que llevaba encima pesaba por los diamantes incrustados en él. El costo fue alto, pero ver su carita llena de felicidad, valía cada centavo, al final de cuentas, daría todo lo que tengo solo por verla feliz.

—Nena, ¿no habíamos hablado sobre eso? —Negó y alborotó los bucles en los que convirtió su cabello castaño. Se veía más radiante que nunca.

—Sí —besó mi mejilla—, baila conmigo, bebé.

No me negué y fui con ella a la pista de baile, detuvieron la canción que se oía en ese momento y las personas se dispersaron para darnos espacio, entonces nuestra canción sonó, esa que bailamos por primera vez, esa que decía lo que yo no pude en su momento.

—¿Estás feliz? —Pregunté.

—Es la boda con la que soñé, pero más importante que eso, me casé con el amor de mi vida —dijo sosteniéndome la mirada—, así que, sí, señor Russo, soy feliz.

—Siempre sabes que decir para tenerme a tus pies, más enamorado que nunca.

Se encogió de hombros y sonrió coqueta. La estreché en mis brazos y continué bailando la melodía con ella, bajo las luces, entre el humo, la gente y mi amor. Nada pudo arruinar mi momento con ella, nada opacó el día de mi boda, este día que aun trataba de asimilar, echaba un vistazo a mi alrededor y se me hacía irreal que fuese nuestro momento.

Holly reparó en mi mirar y me obligó a sostenerle la mirada.

—Yo tampoco lo asimilo —susurró. Tenía los brazos envueltos a mi cuello —, no asimilo que sea tu esposa.

—Mía y de nadie más, no podría ser de otro modo, nena —bajé los ojos a su escote: tentador y provocativo—, ¿me dejarás follarte mientras usas tu vestido de novia?

—Me sorprende que hayas mantenido a raya tus instintos —

murmuró risueña.

—Llevo todo el puto día imaginándote gemir envuelta en seda y diamantes —me incliné y probé la piel de su cuello con mi lengua—,

¿vas a gemir para mí? —Añadió.

—Toda la noche, bebé.

Alcancé sus labios y no demoró en seducirme con el sabor de su saliva, el vaivén caliente y blando de su boca. Mi pene reaccionó, se puso erecto de inmediato y la ganas de correr a todo mundo se acrecentaron.

—Te daré una noche de bodas inolvidable —afirmé entre intervalos de besos—, tú y yo nada más, cariño, voy a hacer que toques las estrellas.

—Ya me siento en el cielo cuando me besas —musitó enamorada.

—¿Cómo es que me haces amar la cursilería? Esas mierdas no eran para mí.

—El poder del amor —dijo burlesca—. Es hora de irnos —agregó—, estoy cansada.

—Por mí encantado de alejarme de todos.

Me guiñó un ojo y se dirigió a la mesa, cogió el ramo de rosas y llamó la atención de las invitadas, quienes se aglomeraron detrás de Holly mientras ella, riendo divertida, balanceaba el ramo en sus manos para lanzarlo; la observé jugar con los reflejos de las mujeres, las miraba sobre su hombro, gritaban emocionadas y de repente, arrojó el ramo.

Le lancé una mirada rápida a mi hermano, Alexa había atrapado el ramo y daba saltitos como niña pequeña a la vez que corría a los brazos de Dexter y lo besaba como si no hubiera gente presente.

*Asqueroso.*

—¡Tendremos pronto otra boda! —Celebró Holly.

—Pero ahora lo que me interesa es culminar la nuestra, cariño —  
anuncié, sujetándola de la cintura—. Vámonos de aquí.

Asintió emocionada. No me desgasté en dar las gracias a quien asistieron, ya lo había hecho y eso fue mucho viniendo de mí.

De la mano de Holly me adelanté a la salida, ni así me pude librar de Linda que corrió a despedir a Holly, diciéndole un sinfín de tonterías. Estaba aliviado de saber que pasarían meses antes de que volvieran a verse.

—Espero verlos pronto, hija —se acercó mi suegro—, disfruten su tiempo juntos —agregó, mirándome amable—, lo merecen.

Decidí dejar pasar ese pensamiento sucio sobre que parte de disfrutar mi tiempo con su hija, sería teniéndola bajo mi cuerpo con las piernas separadas y yo en medio de ellas.

Me despedí con un asentimiento y una sonrisa y tiré de Holly hacia el auto que se mantenía con la puerta abierta para nosotros.

Contemplé a mi esposa y apreté con fuerza su mano.

—¿Está lista para iniciar una vida a mi lado, señora Russo?

—Desde que te conocí.

## **Capítulo 63**

### ***Holly***

Las estrellas aun dominaban el cielo, pero bruñidos destellos se atisbaban en el agua oscura del Mar de Cortés. El sol se manifestaba lentamente a través del horizonte, regalándome una

vista sorprendente de la majestuosidad que representaba esta parte del planeta. Nunca había estado en México y me arrepentía no haberlo visitado

antes.

Pese a que, no había dormido casi nada, el sueño no formaba parte de mí justo ahora, continuaba ensimismada en la belleza que Dixon puso frente a mis ojos mientras él se adhería a mi cuerpo desde atrás. La brisa salada y fresca me rozaba la piel al tiempo que los dedos de mi esposo viajaban al cierre de mi vestido de novia.

—¿Vas a hacerme el amor al aire libre? —Pregunté.

—Bajo las estrellas —deslizó suave la tela pesada y costosa—, te quiero gimiendo encima de mí mientras el sol aparece.

—No estamos solos —recordé.

—Lo estamos —besó mi hombro desnudo—, eché a todos, no iba a permitir que nadie que no sea yo vea gemir a mi mujer.

Me volví hacia él, apoyé los brazos en sus hombros, rodeándole el cuello con las manos. Llevaba el cabello alborotado y el esmoquin encima. Se le veía más feliz y relajado, es como si nada pudiera arruinar este momento, mil sucesos podrían acontecer en el mundo y nosotros permaneceríamos mirándonos el uno al otro, incapaces de reparar en ninguna destrucción que no sea el caos que al estar juntos creábamos.

Le di un beso en los labios, un beso fugaz que intentó profundizar, negué y me puse de rodillas delante de él. El semblante le cambió de inmediato al notar mis intenciones, a la vez que mis manos se movían por encima de sus muslos, lo tocaba con suavidad, provocándolo.

—Mírame y abre esos bonitos labios rojos, Holly. —incitó.

Se abrió los pantalones, sacó su pene con la mano y lo sostuvo firme y largo, masturbándose en mi cara.

—Pruébame, nena, mételo a tu boca.

Entreabré los labios, su glánde presionó la ligera abertura y luego se desplazó dentro de mi boca. Él siseó de excitación y yo gemí de deleite;

sometí la suavidad de su carne a los ligeros movimientos de mi lengua ágil y deseosa de probarlo entero, recorrí el inicio de su falo erecto hasta la punta hinchada una y otra vez, jugando con su necesidad de sentirse dentro de mí. Chupaba por breves momentos haciéndole creer que lo metería todo y volví a deslizar la lengua hasta abajo.

—No puedes joderme con esto, Bridger —se quejó.

—Ya lo hago... y te gusta —lo miré desde abajo, mi lengua rodeándole el glande—, demasiado.

Jadeó y en protesta enredó mi cabello en su puño y embistió mi boca, haciéndome tragarlo casi por completo. La saliva resbaló por la comisura de mis labios, no me dio tiempo de nada cuando lo tuve de nueva cuenta invadiendo mi garganta: duro y desesperado.

Ambas manos me sostuvieron, las mías descansaron en sus muslos.

—Oh, mierda —menguó las estocadas mientras me miraba—, estoy a nada de llenarte la garganta con mi semen.

—¿Qué te detiene? —Gesticulé excitada.

—Mi deseo de ti.

—Vas a tomarme cuantas veces quieras —lamí despacio su punta aun más hinchada—, por el resto de tu vida.

—Es un hecho, cariño.

Me agarró del brazo y me incorporó del suelo, en segundos unió nuestras bocas, maniobró con lo pomposo del vestido hasta que llegó a mis bragas, no las rompió, lo que me sorprendió, solo las

retiró hacia un lado mientras estimulaba con los dedos mi sexo desnudo y húmedo a la espera de recibirlo.

—Quiero descubrir lo que llevas puesto bajo ese vestido —

mordisqueó mi mentón—, quiero que me lo muestres y lo luzcas para mí.

—¿Cómo, señor Russo? —Susurré. El trazo estimulante de sus dedos en mi clítoris me estaba matando.

—Ya te enseñaré.

Sonrió coqueto y presionó mi espalda contra el barandal, me sostuve de su cuello y enredé las piernas en su cadera. La posición resultó ser un tanto incomoda por el vestido, pero conseguí encontrar la postura perfecta mientras Dixon se situaba dentro de mi vagina. El sol resplandeció en el cielo cuando él embistió de una sola estocada.

—Quítame el vestido —jadeé.

—No —empujó la pelvis, moviéndola suavemente contra mí, incrementando mi excitación por los roces—, te dije que te follaría con ese vestido.

Succionó la piel de mi cuello y lamió hasta mi oreja.

—Pero no te preocupes, cuando acabe de llenarte de mí, te voy arrancar cada trozo de tela que cubre mi templo.

—¿Tu templo? —Gimoteé, absorta en las sensaciones que causaba en mi anatomía.

—Tu cuerpo, mi templo —sonreí—, ¿cuál es la diferencia? Ambos me tienen de rodillas.

—Qué dulce eres —lo cogí de las mejillas para besarlo—, te amo.

<

—Mereces un poco de amor en el sexo, cariño, al menos por hoy. —

Negué despacio y volví a besarlo suave.

—Amo a mi Diablo, el que me hace arder de deseo —mordí su labio inferior—, el que despierta la lujuria y me hace humedecer cuando me susurra palabras sucias.

Esta vez fue él quien me cogió de la cara, me miraba intensamente, sus ojos claros reflejaban el sol, había tanta hermosura en aquella mirada que por un instante me resultó irreal.

—Entonces lo tendrás —susurró, antes de arrancarme las bragas.

Me abracé a su cuerpo y grité su nombre en medio de aquel mar inmenso, consumida por el placer que recorrió mi ser mientras Dixon me hacía suya una y otra vez.

Dixon hacía una llamada, se retiró unos metros, e incluso así sus ojos no dejaban de estar puestos en mí, quien, con antojos de embarazada, me encontraba formada para comprar fruta con picante en un pequeño puesto situado en la playa. Era nuestro segundo día aquí, el primero ni siquiera abandonamos el yate, solo nos detuvimos para comer un poco y después continuamos descubriendo cual superficie de este era la más cómoda para hacer el amor.

—Si gustas puedes pasar —murmuró un hombre que se hallaba delante de mí. Usaba una camisa que le apretaba de todas partes, tenía muchos músculos, demasiados para mi gusto.

—Gracias —dije amable.

—Eres turista, ¿no? —Inició una plática. Eché un vistazo a Dixon, me daba la espalda.

—Si —respondí neutra. Pedí mi fruta y esperé a que la prepararan.

—¿De dónde vienes? —Prosiguió. Y yo solo quería que dejara de hablarme, no era buena socializando y tampoco quería a mi celópata esposo haciendo una escena.



—Las Vegas —murmuré. Cogí mi fruta y cuando iba a pagar, el hombre se me adelantó.

—Yo la invito —me guiñó un ojo, a la vez que sonreía coqueto y miraba mi escote—, disfrútala.

—No es necesario —mascullé incomoda.

—Vamos, bonita, que así me dices tu nombre —dijo. Extendió el brazo y me tocó la mejilla. Retrocedí sintiéndome aún más incómoda, no me gustaba esa confianza.

—Parece que quieres perder la mano —aseveró Dixon—, o quizás el brazo completo.

El hombre se volvió y se encontró con Dixon, quien estaba a nada de soltarle un golpe. Fui a su lado y me sentí a salvo.

—No sabía que era casada —titubeó.

—Sí, está casada —le mostró mi mano donde relucían mis anillos—, y muy embarazada.

Sacó un par de billetes y se los arrojó en la cara.

—Y no necesita que ningún imbécil le invite nada —siseó—. Y, por cierto, vuelves a mirarle el escote y te quedarás sin ojos.

Me tomó de la mano y se encaminó conmigo lejos de aquel sujeto, sin embargo, no avanzamos lo suficiente cuando una voz detrás de

nosotros nos hizo detenernos.

—Si no te gusta que la miren, deberías encerrarla —exclamó el tipo.

—Dixon, no —lo paré—, no caigas en provocaciones, estamos aquí para disfrutar —añadí en un susurro.

—O quizá nadie le miraría las tetas si dejara de vestirse como una zorra.

Dixon me lanzó una mirada furibunda, haciéndome entender que no podía pasar por alto esto. Negué despacio, pero fue demasiado tarde, soltó mi mano y se precipitó hacia el tipo que ahora no se hallaba solo, tenía a dos hombres más con él. Me paralicé en mi lugar sin saber qué demonios hacer mientras Dixon tiraba el primer golpe, mandando al suelo al tipo que me insultó, la furia lo cegaba y a mí el asombro de verlo pelear.

Eran tres sujetos contra él y ninguno había podido darle siquiera un golpe, Dixon los esquivaba con agilidad sorprendente, me dejó helada la manera en que los destrozó sin verse cansado; repartió golpes a diestra y siniestra ante la atenta mirada de las pocas personas a nuestro alrededor que al igual que yo, eran incapaces de dar un paso o realizar un movimiento. Y cuando sus escoltas trataron de interferir, Dixon los detuvo, encargándose él solo de los tipos que al final acabaron en el suelo, inteligentes para no volver a levantarse. Recordé entonces de todo lo que Dixon pasó en el Presidio, sin duda, lo formaron para este tipo de situaciones donde había desventaja.

Lento me encaminé hacia ellos, mi esposo sostuvo de la camiseta rota al idiota que me insultó, tenía la cara magullada y llena de sangre.

—Por cabrones como tú hay mujeres que deben esconderse en ropas holgadas —le propinó otro puñetazo—, pero ni siquiera eso te detendría, ¿no? Porque no le faltas el respeto por la ropa que ella usa, sino por la clase de porquería que eres, bastardo.

—Ya está, Dixon —susurré, tomándolo del brazo—, vámonos.

Obedeció, desprendió los dedos de la camisa y se incorporó. La gente cuchicheaba mientras nos alejábamos. Cogí las manos de Dixon y noté lo roto de sus nudillos, los había lastimado bastante y había sangre salpicada en su rostro; cuando nos encontramos apartados del gentío, me detuve y revisé bien sus dedos.

—Gracias, bebé —musité—, pero no debiste.

—Sí debía, nadie le falta el respeto a mi esposa, mucho menos cuando pasaste por tanta mierda —bajó la voz—, te escondías por tipos como él.

Jamás, escúchame bien, jamás voy a permitir que nadie te haga sentir mal por mostrar lo hermosa que eres.

Acunó mi rostro en sus manos y besó mi frente.

—Si tú quieres mostrar tu escote, lo harás, y yo disfrutaré de lo sexy que te ves —aligeró la tensión de hacia unos instantes—, y si algún imbécil te vuelve a faltar el respeto, lo golpearé en la cara.

—Gracias —repetí—, qué afortunada soy de tenerte —continué, enamorada—, sin duda, mi hija tendrá al mejor padre.

—Intentaré serlo —prometió.

Depositó un beso en mis labios y continuamos el camino hasta llegar cerca del yate. El sol ya se había escondido y las estrellas nuevamente gobernaban el cielo; me senté en la orilla de la playa, Dixon enjuagaba su cara y manos con el agua del mar, efectuaba muecas debido a lo salado de este, al finalizar regresó conmigo, se recostó en mis muslos con la mirada hacia el cielo. Se quitó la camisa porque la manchó de sangre, así que mis dedos descendieron por la dureza de su pecho desnudo, recorrí las pocas cicatrices que había en su piel y rocé la cima del tatuaje que se divisaba en su vientre bajo.

—¿Quieres que te folle sobre la arena? —Inquirió.

—No quiero arena metida en partes indeseadas —bromeé. Estiró el brazo y rozó mi mejilla a la vez que yo continuaba recorriendo la tinta de su tatuaje de lado a lado.

—Entonces te sugiero que dejes de acariciarme, solo me lo pones duro.

—Bebé, tú te pones duro hasta cuando suspiro. —Rio, tan tranquilo y hermoso, no parecía el hombre que hacia menos de una hora se molió a golpes con tres sujetos.

—Tienes que disfrutarme, después de los cincuenta ya no tendré tantas erecciones —se burló. Solté una carcajada y acuné su mejilla con mi mano,

inclinándome hacia su cara.

—Tendremos sexo una vez a la semana.

—Después una vez al mes.

—Nuestros cuerpos no seguirán intactos, el paso del tiempo será visible —susurré.

—Pero no nuestro amor, nena —rozó mi labio inferior—, te seguiré amando como el primer día, aunque tengas arrugas en tu cara y canas en tu cabello, serás la anciana más sexy.

Reí de nuevo, cerré los ojos y contuve las lágrimas, porque mientras él lo mencionaba, yo lo imaginaba, y me gustaba, lo anhelaba, quería pasar el resto de mi vida a su lado, envejeciendo y amándonos.

—Lo estás imaginando, ¿cierto?

Asentí y se incorporó un poco, se acomodó a mi lado sin soltar mi cara.

—Nunca pensé que anhelaría tanto envejecer al lado de una persona —musité. Lo miré y atisbé en sus ojos todo el amor que me pregonaba.

—Ni siquiera contemplaba llegar a viejo —confesó—, pero ahora te tengo a ti y a Molly —sonreí, él insistía con eso—, así que me esforzaré por continuar existiendo solo para seguir amándote.

—Qué poeta, señor Russo —suspiré de amor—, lo amo profundamente —besé sus labios—, hágame el amor.

—Uhm... las palabras bonitas funcionan para que me abras las piernas.

—Dixon, por favor —reñí.

Se puso de pie y me cargó, tomándome desprevenida. Grité entre risas y él se dirigió hacia al yate.

—Superficie sin arena, aunque yo hubiera podido ayudarte a quitarla

—mordió el lóbulo de mi oreja—, con la lengua.

—¡Dixon!

Rio más fuerte y puedo decir que no lo había visto reír así desde hacía tanto. Al tiempo que reíamos bajo el cielo estrellado, tuve la certeza de que seríamos felices, no solo hoy, sino cada día de nuestras vidas mientras estuviéramos juntos.

## Capítulo 64

### *Dixon*

Dexter no dejaba de mirarme. Sus estúpidos ojos sosos me evaluaban y exigían una explicación. El hijo de perra, porque sí, era un hijo de perra, estuvo en la ciudad apenas puse un pie en ella.

Jodido dolor de culo.

No quería hablarle sobre lo que pasó con nuestros padres, aún lo procesaba, mejor dicho, estaba esforzándome por olvidarlo porque me jodía la cabeza, a veces ni siquiera dormía a causa del fantasma de esa mujer, me torturaba y se burlaba, la odiaba con todas mis fuerzas. Me reprochaba por haberla asesinado tan fácil, debí hacerla sufrir, cobrarle uno a uno sus desplantes y el daño que ocasionó en mí, por haberme dado una infancia infeliz donde no dejaba de sentirme culpable porque ella no me quería.

—¿Por qué no vuelves a esa isla y sigues follándote a la hija de ese narco? Aunque parece que extrañas mis insultos. Imbécil masoquista.

—No estés a la defensiva despotricando contra mí —me señaló severo—, ¿qué sucedió con nuestros padres, Dixon? —Chasqueé la lengua.

—Los maté, ¿feliz? —Escupí con desdén— Los mandé juntitos al otro mundo.

Se quedó callado. No era algo que no esperaba, por supuesto, él ya lo deducía.

—¿Por qué? ¿Qué fue tan grave para que llegaras a esa decisión sin siquiera tomarme en cuenta?

—¿Y por qué lo haría? Tu opinión me iba a importar un reverendo culo.

Se pasó las manos por el cabello, lo llevaba más largo. Tiró un poco de él, exasperado. Me dio lo mismo, él sabía como era y aquí estaba, yo no lo tenía a la fuerza.

—Eran mis padres —siseó.

—Oh, créeme, no te los peleo, hubiera sido feliz sin ellos en mi vida, no sé por qué no se me ocurrió eso antes.

—¿Qué?

—Matarlos. Sus muertes me hicieron feliz, hasta se respira un aire diferente en la ciudad, ¿no lo notas?

Estrelló su puño en mi escritorio, no me intimidó en lo absoluto.

Incliné el cuerpo hacia al frente y determiné su mirada.

—Vuelves a golpear mi escritorio y te corto la mano —amenacé.

—Déjate de estupideces y habla de una vez que mi paciencia se está agotando.

—¿Y qué si lo hace? ¿Qué me harás? ¿Golpearme? —Reí seguro de mí mismo— Suerte con eso.

Cogió su móvil y lo llevó a su oído sin quitarme los ojos de encima, recargué la espalda en el respaldo y esperé lo que sea que estuviera haciendo.

—Holly, ¿puedes venir a la oficina de Dixon por favor?

Terminó la llamada y enseguida me incorporé de la silla. No había alcanzado al imbécil de Dexter, cuando Holly entró a mi oficina con

su barriga de seis meses de embarazo. Hice un paréntesis mientras la veía aproximarse a nosotros, mi esposa lucía radiante, preciosa, aunque esas palabras sosas eran tan insignificantes para describirla. Holly era única. El embarazo le sentaba perfecto y yo amaba su estomago redondo y sus pies hinchados, también sus antojos y esas hormonas que la hacían pedirme sexo cada dos horas.

Joder. Le daba duro todos los días.

Bueno, no tan duro, Molly no lo permitía del todo.

—Pareces un niño que mandó traer a su mami —espeté.

—El niño es otro —me señaló, poniéndose de pie—, Holly, hola.

—Hola, Dexter, ¿qué pasa? —Nos miró alternadamente.

—Tu esposo se comporta como un infante y me da excusas sobre la muerte de nuestros padres.

—Asesinato —corregí—, yo los maté, no se te olvide. Eran familia,

¿eh? No confíes en que no te mandaré con ellos.

Rodó los ojos y Holly me miró mal.

—Cariño —se acercó—, él merece saber la verdad —añadió en un susurro—, eran sus padres, Dixon.

—Lo sé, nena —acepté en voz baja, procuraba que el idiota de mi hermano no escuchara, reparando en ello, se apartó un poco de nosotros.

—No lo protejas más, Dixon, no lo necesita. Así que habla con él y date prisa, tengo hambre —finalizó. Sonríe de lado.

—¿Hambre de mi pene?

—¡Dixon! —Me dio un golpe fuerte en el pecho.

—¿Qué? Lo saboreas como golosina —bufoneé molestándola, ella sabía cómo era—, dime que no te gusta.

—Eres perverso —acusó—. Y no me cambies el tema —advirtió—, o le dices las cosas o comeré otras golosinas.

Se apartó y se dirigió a la puerta, saliendo deprisa y dejándome con los celos más fuertes que nunca. Quería pensar que esta vez sí hablaba de dulces.

—¿Y bien?

Dexter se acercó de nuevo, nos había dado espacio. Apreté la mandíbula y no tuve más opción que decírselo.

—Madre secuestró a Holly, se la entregó a Harris y casi la matan —susurré—, no me pidas detalles, solo eso te diré.

—¿Y padre?

—Era un peligro —simplifiqué—, una amenaza para mi hija, para mi esposa.

—Lo que dices no tiene sentido, madre amaba a Holly.

—Sí, tanto como me amaba a mí. Esa perra solo se quería a ella misma —escupí con asco—. Odiaba a padre, me odiaba a mí, se alió con Taylor para joderme.

—No comprendo.

—Yo tampoco llegué a comprenderlo, Dexter —coincidí serio—, y no busco hacerlo. Las cosas sucedieron así: ellos muertos y nosotros vivos. Ahora lárgate de mi oficina y de mi ciudad.

Aplastó los dedos contra el respaldo de la silla mientras me observaba fijo.

—¿Por qué no sientes rencor hacia mí? —Averiguó en voz baja.



—Porque eres mi hermano —esquivé su mirada—, lo que esa mujer haya hecho no cambia nada entre nosotros.

—No, no cambia nada. Y tú ganas, no te pediré más detalles, si llegaste a ese punto fue por una buena razón, tú la amabas.

Callé. Dolía pensar en que aún la seguía amando y ella jamás me quiso.

—De ahora en adelante solo nos tendremos a nosotros y a ellas.

Eliminó la distancia que nos separaba y me dio un apretón en el hombro. Me contuve para no romperle los dedos, cuando se ponía sentimental se le daba eso de abrazar. Estupideces. Yo solo abrazaba a mi mujer.

—Si me necesitas sabes donde encontrarme.

La puerta se abrió y Holly en compañía de Alexa irrumpieron en mi oficina, esta última no dejaba de sonreír, parecía que tenía un calambre en la cara.

—Oye cuñado, qué bonito lugar, ¿eh? —Observaba los detalles mientras avanzaba hacia nosotros— ¿Cuándo me darás pase VIP a tu club?

—Pueden ir cuando quieran, si el idiota de mi hermano no te quiere llevar, ese no es mi problema. —Rio.

—¿Vamos, grandote? —Lo cogió del brazo, Dexter me miró.

—Te veo luego —posó sus ojos en Holly—, hasta pronto, Holly, vendré para el nacimiento de mi sobrina.

—No fuiste invitado —espeté.

—Dixon... —Reprendió Holly.

—Por tu esposa sí, ¿no te lo dijo? Linda y yo seremos los padrinos.

<

Se retiró deprisa con su novia mexicana antes de que le lanzara lo primero que tenía a mi alcance. Bajé la mirada hacia Holly en cuanto los perdí de vista.

—¿Padrinos? —Inquirí.

—No es nada seguro, solo una idea espontánea. ¿No te gustaría?

—El idiota de mi hermano que casi te mata y la golfa que me follaba

—resoplé—, qué excelente combinación.

—Deja de ser tan quejumbroso y no traigas más el pasado.

—Linda no me agrada.

—Lo sé, bebé, pero ama a tu hija y a mí. Pero lo hablaremos después, será una decisión de dos. —Suspiré resignado.

—Vamos, te llevaré a comer y después a casa, hay un pendiente que debo resolver.

—¿Qué pendiente? —Preguntó curiosa, ella entendía de que tipo de pendientes hablaba.

—El General.

Meses. Le di meses para que disfrutara de su patética e insignificante vida como un mediocre General. El tiempo se le acabó y era momento de que pagara la deuda que tenía conmigo tal y como lo hicieron mis padres y Taylor. Todos los que participaron en el intento de asesinato de Holly, debían pagar. Y también lo hacía por el bebé de la golfa de Linda, casi muere por culpa de los lacayos

de ese cretino; ella no me agradaba, pero sé que lo que sucedió fue por proteger a Holly. Se lo debía.

Me dirigí al estrado donde un micrófono me esperaba, la prensa se hallaba postrada delante de mí, todos los periodistas situados en sillas elegantes,

expectantes a lo que yo tenía para decir. Era una de las pocas veces que los llamaba a una "rueda de prensa", por lo regular detestaba compartir mi espacio con estas sanguijuelas que solo buscaban donde hincar sus asquerosos colmillos.

—Buenas tardes —saludé educado. Por dentro reí, de educado no tenía ni un pelo—. Se preguntarán por qué los he mandado a llamar hoy.

—¿Es cierto que usted es un mafioso? —Interrumpió un joven de lentes. Lo miré con ganas de dejarlo más ciego.

—Si fuera un mafioso, no estaría soportando gente inepta y maleducada como usted —mascullé, sonando ofendido.

El sujeto calló y se me permitió seguir.

—Hace meses el General no solo irrumpió de forma ilegal en mi casa, sino que secuestró a mi esposa y usó su poder para salir inmune del intento de asesinato de una conocida empresaria, sin contar con que su acoso hacia mi familia ha traspasado límites.

—¿Y por qué no ha interpuesto una demanda?

—Lo he hecho —mentí, en parte—, pero el que yo sea un millonario exitoso, no me ayuda siempre, a diferencia de lo que ustedes creen.

La demanda no ha avanzado, se ha hecho caso omiso de ella —

continué con mi mentira—, y el acoso no se detiene. Mi esposa está embarazada y yo temo, realmente temo por su bienestar con ese hombre abusando de su poder para tratar herirme.

Callé y apreté mis labios para contener la sonrisa que pugnaba por mostrarse. De verdad estaba haciendo un puto circo de esto.

—¿Por qué el General se ha obsesionado con usted? —Al fin alguien hizo la pregunta que yo necesitaba para humillar aun más al General.

—Yo tuve un amorío con la esposa del General —carraspeé. Los cuchicheos no se hicieron esperar—. Cometí un error y ella también, un error que le costó la vida.

—¿A qué se refiere con eso? —Preguntó alguien más.

—No quiero hablar de más, solo les doy esta información para que ustedes hagan su trabajo y se conozca lo que sucede en esta ciudad, donde el crimen queda impune y se les permite a esos criminales vestidos de policías, seguir doblegando a la ciudadanía.

Bajé del estrado y mi escolta me acompañó hasta la salida mientras las personas se lanzaban contra mi queriendo saber más, preguntando y exigiendo, pero era todo lo que tendrían. Las pruebas las haría llegar, porque a diferencia del General, yo sí contaba con ellas.

De primer instante sopesé la idea de asesinarlo, luego me decidí por humillarlo públicamente y quitarle todo lo que le importaba, dejarlo en la ruina y al final, darle el tiro de gracia, literalmente.

El aparato dentro de mí sacó timbró, lo cogí apenas me monté en el auto. El chofer arrancó y llevé el móvil a mi oído.

—Dixon, ¿qué hiciste? —Cuestionó Holly.

—Todos deben pagar, nena, aunque unos más que otros. —Aflojé mi corbata y la escuché caminar de un lado a otro.

—Lo sé, pero te has expuesto ante las cámaras, eres tendencia en redes sociales, tu cara está en todas partes.

—¿Luzco bien?

—¡Dixon! Esto es serio. Hiciste acusaciones graves...

—Tengo con que sustentarlas. La demanda está interpuesta y las pruebas en camino. Cariño, ¿acaso has olvidado quien soy? —

Suspiró profundo.

—No, no lo olvido. Solo me preocupas.

—No lo hagas, voy a casa, quiero estar con mis chicas.

—Llega con bien.

Terminé la llamada y evité mirar las redes sociales. Un millonario reconocido y además guapo, haciendo esas acusaciones, fue una bomba total, una bomba que le explotó en las narices al General y ni siquiera se lo esperaba.

Apagué mi móvil que no dejaba de timbrar y minutos más tarde llegué a casa. Mi precioso hogar. Me tomé un momento para contemplar la belleza del lugar donde compartiría mi vida con Holly.

Hectáreas y hectáreas de jardín, un sitio adecuado para Molly, una propiedad imponente y hogareña, a la que Holly le dio su toque. El camino empedrado me condujo hasta la puerta, abrí con mi llave y el olor a chocolate inundó mis fosas nasales.

Sí. A eso olía la felicidad, a pastel de chocolate.

—Llegaste rápido, bebé.

Se lanzó a mis brazos y la estreché en los míos. De inmediato me arrodillé y toqué su barriga, alcé la blusa y encontré su piel estirada y con estrías. No me importaba, me gustaba ver esas marcas a través de su piel, eran únicas, dibujaban el crecimiento de una vida.

—Aquí está mi niña —repartí besos por toda la barriga, recibiendo golpecitos por parte de Molly—, sí, sabes que es papá, conoces su sexy voz.

—Vaya que sí —coincidió Holly—, había estado quieta.

—Me extrañaba, ¿verdad, Molly? —Volvió a patear y Holly se quejó, había sido fuerte— Le gusta que le diga Molly.

—Creo que ya me acostumbré a que la llames así.

—Así se llamará. Mi pequeña Molly, ya ansió conocerte —susurré.

Debo confesar que me volví loco la primera vez que ella se movió, fue una sensación indescriptible, ni que decir de los latidos de su corazón o cuando supimos su sexo. Era el hombre más feliz, el más afortunado. Tenía la familia que siempre soñé.

—¿Y mi bella esposa cómo está? —La miré y me incorporé.

—Aun preocupada, las noticias no dejan de hablar de ti, no falta mucho para que vengan a merodear.

—No llegarán, confía en mí.

—¿Era necesario que lo humillaras así? —Formuló despacio la pregunta.

—Él casi le cuesta la vida a Linda y a su bebé, a ti —dije—, no me arrepiento. El Diablo no olvida, nena.

—Bien, Diablo —me tomó de la mano—, dejemos el tema de la venganza. La cena está lista.

—¿Y mi postre?

—Se está horneando.

La cogí de la cintura desde atrás y cubrí sus senos con mis manos.

No llevaba sostén.

—¿Nutella o helado? —Se estremeció cuando mi aliento le acarició la nuca.

—¿Dónde lo pondrás?

—En tus tetas y en tu coño. —Tembló de anticipación.

—Nutella.

—Buena elección, nena, no quiero que me pongas hielo en el pene.

Negó despacio y se volvió a verme sobre su hombro con una sonrisa risueña en sus labios.

—Como te amo, Diablo.

## Capítulo 65

### *Dixon*

Se apoyaba en mi pecho mientras mordía otra rebanada de pizza, sobre sus muslos descansaban unos *cupcakes* de vainilla y betún de mantequilla, los compré para ella de camino a casa, estaba antojada de ellos y no solo eso, también de fruta, papas fritas, tiras de dulce y malteadas. En los últimos meses comía mucho, comida

sana, me encargaba de que fuera así; pero un día a la semana o al menos cada dos semanas, le permitía comer toda esa comida chatarra, aunque no se me hiciera correcto, no podía dejarla con el antojo, mucho menos cuando ella siempre cumplía los míos.

—Mickey defiende a su esposa como lo haces tú conmigo —dijo, refiriéndose al actor de la película que estábamos viendo.

—Yo no le habría pedido una libra de carne, le hubiera cortado la cabeza ahí mismo. Nadie te pone en riesgo, te tocan y los mato.

—Lo sé, bebé, pero algunos mafiosos como Mickey, prefieren verlos sufrir —besó mi mejilla—, me gustan mis días contigo —agregó, cambiando el tema.

—Nunca fui de ver televisión, pero hay películas interesantes —bajé mi mirada hacia ella—, podemos ver una porno, o mejor, hacer una.

—¡Dixon! —Sonrió— No, no haré una porno contigo, menos ahora que parezco una ballena.

—Eres una *cosita* preciosa —besé su frente—, y mía.

Efectuó un mohín, estos últimos meses se le daba por estar más sensible en todos los aspectos y sí, el sexual era mi favorito, comerme su sexo me fascinaba, se mojaba más y gritaba tan fuerte mi nombre, que el ego se me alzaba más allá del cielo.

Se puso de pie, la blusa que usaba se alzó y reveló su estomago de nueve meses, tan redondo y grande, parecía que en cualquier momento Molly llegaría.

—¿A dónde vas? —Pregunté.

—Por un poco de queso y agua.

—Vuelve a la cama, yo iré por él.

—No, quiero caminar un poco, siento que explotaré.

Sonreí y no dije nada. Si lo hacía, me golpearía, aunque no lo pensaba en un mal aspecto, Holly estaba bellísima así, su trasero creció más y sus tetas ni que decirlo, eran enormes, me encantaba lamerlas, pese a que, estuvieran con leche. La verdad me daba lo mismo.

Puse pause a la película y me levanté al baño, apenas puse un pie dentro cuando escuché algo romperse.

—¡Dixon!

Todos mis sentidos estuvieron alertas, corrí hacia mi mesita de noche, cogí mi arma y bajé deprisa los escalones hasta la cocina donde encontré a mi esposa de pie e inmóvil. Su cara de susto y dolor no me decían nada, eché un vistazo alrededor, pero ahí solo se hallaba ella. El corazón me latía frenético.

—¿Qué pasa? —Averigüé. El vaso estaba roto y el agua derramada a los pies de Holly.

—Molly —dijo—, he roto la fuente, Dixon. —Apreté el ceño, confundido—. ¡Molly ya va a nacer!



—Oh... —musité contrariado, mi cerebro no procesó de inmediato, quedé en shock durante unos segundos.

—Dixon...

—Mi hija ya va a nacer —susurré.

—¡El hospital! ¡Ahora!

Negué, despabilando mis ideas y la cogí de la cintura con cuidado.

—Subiré al auto, ve por la maleta y ¡ay, por Dios! —Se agarró el vientre por la parte de abajo.

—¿Qué? ¿Qué tienes? —Posé mi mano encima de la suya.

—Contracciones, por favor, date prisa.

Dejé el arma en la encimera, cogí a Holly entre mis brazos, aun en contra de sus órdenes. Con rapidez la llevé a la camioneta, uno de mis escoltas se acercó.

—Ve a la habitación de mi hija y trae la maleta, ¡ya! —Ordené.

—Enseguida, señor.

Otro más abrió la puerta para Holly, la subí y le puse el cinturón de seguridad. Llevaba un pijama puesto, así que no me preocupé por vestirla. Rodeé la camioneta y subí del lado del chofer, mi escolta puso la maleta de Molly en la parte trasera y arranqué el motor.

—Dixon, no traemos zapatos —jadeó, respiraba entrecortadamente

—, tampoco llevas camisa.

—A la mierda la ropa, mi hija ya va a nacer.

Fui de lo más responsable al conducir hacia la clínica privada donde Molly nacería, mi enfoque estuvo en la carretera, al menos no había ese maldito

tráfico de todos los días. Arribamos a nuestro destino en minutos. Bajé de la camioneta y de prisa cogí la maleta y luego ayudé a Holly a bajar, la tomé entre mis brazos y entré a emergencias con ella.

—Mi esposa está a punto de dar a luz —avisé hacia una enfermera que comenzó a parlotear hacia Holly, haciéndole un montón de preguntas sin tomar oxígeno.

Para mí todo pasaba en cámara lenta, estaba muy nervioso y asustado, por dentro temblaba. Nunca estuve en una situación así, había mucha emoción, pero un miedo inmenso, este incrementó cuando me quitaron de los brazos a Holly para llevarla a revisión.

—Señor Russo, debe esperar —ordenó una voz femenina.

Di un paso al frente y entonces unas manos apretaron mi pecho desnudo, bajé la vista a la enfermera, mirándola bajo mi ceño fruncido, ella reparó en la desnudez de mi torso y apartó las manos muy despacio, rozándome a propósito sin la menor vergüenza.

—Si gusta, puedo traerle algo de ropa —balbuceó.

—Señor, aquí tiene —mi escolta me tendió una bolsa—, es lo que necesita.

—No será necesario —dije hacia la enfermera, tomando la bolsa. Mi gente se adelantaba a mis necesidades, como debía ser.

Asintió ruborizada y se perdió por el pasillo.

—Necesito que toda la manzana esté custodiada, no quiero a esos putos reporteros aquí y tampoco ninguna sorpresa —indiqué hacia él mientras me ponía lo que me faltaba encima.

—Ya nos estamos haciendo cargo, señor.

Se retiró de inmediato y yo permanecí en urgencias, moviéndome de un lado a otro, a punto de estallar por no tener noticias. Había pasado una hora y nadie me decía nada; el papá de Holly venía para acá, fue al único que le

avisé, Dexter y la golfa podían irse a la mismísima mierda, no los necesitaba aquí, tampoco a mi suegro, pero Holly sí.

—Señor Russo —miré a la enfermera que me manoseó—, su esposa ya ha entrado a labor de parto.

—¿Están bien? Quiero entrar con ella.

—Sí, sígame por favor.

Avanzamos por un pasillo muy iluminado, luego por otro a la derecha, seguimos hasta el final, dobló a la izquierda en un pasillo más angosto y se detuvo en la última puerta, la abrió y me indicó que entrara con ella; la habitación estaba llena de batas y todas esas cosas que ellos usaban y que ni siquiera me importaba saber como se llamaban.

—Se colocará esto —puso en mis manos la ropa azul, no pasaba inadvertido para mí la forma en que me miraba y cómo buscaba rozarme la piel—, por favor. Si necesita ayuda, estaré detrás de la puerta.

—Sé cómo vestirme, no soy un puto crío.

—Podría darse el caso.

—No necesito que me manosee, eso ya lo hace mi esposa —  
mascullé.

No respondió y salió. Rápidamente me puse encima todo lo que me dio, al finalizar, volví al pasillo, me veía ridículo con ese gorro en mi cabeza y ansiaba arrancármelo, pero controlé mis impulsos y de nueva cuenta seguí a la enfermera con complejo de pulpo. Mujer atrevida.

Atravesamos unas puertas grandes, encima la palabra *quirófano* relucía espeluznante. Sentí escalofríos, no me gustaban los hospitales, me repugnaban tanto como la cárcel. Entonces, detuve mis cavilaciones al ver a Holly, estaba en un tipo de camilla, las piernas flexionadas mientras la ginecóloga la revisaba.

—Hola, nena —llegué a ella y la tomé de la mano, sudaba y el dolor crispaba sus rasgos—, no preguntaré cómo te sientes.

—Duele mucho —confesó en un susurro.

—Ha dilatado de inmediato —informó la ginecóloga—, Molly está ansiosa por nacer.

Sonreí y Holly apretó mi mano con suma fuerza, casi hizo tronar mis huesos a la vez que pujaba, haciéndome estremecer de miedo.

*Joder.* Si fuera ella estaría revolcándome en el piso.

—Muy bien, señora Russo, cuando sienta la contracción, debe pujar.

—Oh, Dios —echó la cabeza hacia atrás—, me está rompiendo por dentro.

—Apóyate en mí, cariño —susurré sin saber que más hacer—, vamos, ella ya casi está aquí.

Encajó la barbilla en su pecho y las venas de su cara se presionaban contra la piel mientras pujaba con todas sus fuerzas sin emitir un solo grito, solo leves gimoteos al finalizar. Limpié el sudor de su frente y besé su sien. Repitió el proceso en dos ocasiones más y la última vi como las venas cerca de sus ojos se reventaban por el esfuerzo que estaba haciendo.

Amaba ser padre, amaba que fuera a darme un hijo, pero odiaba verla sufrir tanto para traer vida; definitivamente Molly sería nuestra única hija, no podía ver a Holly pasar por esto de nuevo.

—Ya casi —repetí—, falta poco, Holly.

—No puedo, ¡Dios! —Negó débilmente— Estoy muy cansada.

—Estoy tocando su cabeza, señora Russo, solo una vez más —  
pidió la ginecóloga.

Holly me miró, casi desfallecía, tembló y los ojos se le llenaron de lágrimas. Apretó mi mano y el dolor ni siquiera lo sentí, la vi gritar, un grito desgarrador y largo, uno que jamás olvidaría, luego un sonido seco, agua cayendo y un sollozo que creció gradualmente.

—Ya está aquí —anunció.

Quité las lagrimas del rostro de Holly y besé sus labios resecaos.

—Lo hiciste, cariño, ella está bien.

Asintió con una sonrisa, sus ojos se empezaban a cerrar, entonces la ginecóloga puso a cosita pequeña y rosada sobre el pecho de

Holly. Cuando ellas se tocaron, la bebé detuvo su llanto y solo leves balbuceos salían de su diminuta boca.

Me paralicé al conocer a mi hija.

Vi a Molly y mi vida junto a ella pasó deprisa frente a mí. Como un jodido tráiler de lo que sería estar a su lado; por primera vez mis ojos se llenaron

de lágrimas, pero lágrimas de felicidad, las cuales muy pocas veces había derramado. Como un autómata extendí el brazo hacia mi bebé y despacio toqué su mejilla sonrojada.

—Carajo, Molly —susurré absorto en su belleza—, te amo.

Ella me había robado el corazón.

No importaba lo que sucediera de aquí en adelante, lo que yo fuera o lo que hiciera, mi hija siempre contaría conmigo y estaría a su lado para protegerla. Sería lo que ella necesitara.

—Es hermosa, Dixon, es hermosa —sollozó Holly—, gracias, bebé, gracias.

Negué y limpié las lágrimas de mi cara, besé a Holly otra vez y no podía dejar de sonreír. Hubo algo hermoso que se ancló a mi pecho al ver a mi hija, no pude encontrarle explicación y tampoco quería hacerlo.

*Amor. Amor puro.*

—Debo agradecerte a ti —musité—, ella es perfecta, como tú.

Me la entregó luego de haberla besado en la frente. Sostuve con mucho cuidado su pequeño cuerpo en mis brazos, era tan frágil y delicada, pero poderosa. Su cabeza carecía de cabello, sus ojos aun no podía verlos, daba igual que color poseyeran, mi hija era la más hermosa de este jodido planeta.

—Hola, pequeña consentida —deslicé mi nariz por su mejilla cálida

—, papá te dice hola. Bienvenida a mi vida, Molly Russo.

<

***Holly***

Cuando creí que moriría en aquella cabaña, mi mente se desconectaba cada vez que *ellos* me hacían daño, y me refugiaba en una vida alterna que me

encargué de construir, una vida donde el dragón me salvaba del príncipe impostor y teníamos un final feliz en algún castillo de cuentos de hadas. Y anhelé ese sueño, pude palparlo bajo la oscuridad de mis parpados, a través del daño infligido y el dolor.

Al escapar por mí misma y llegar a esta ciudad, la vi como un mundo que era capaz de devorarme entera. Y al conocer a Dixon, por un segundo visualicé en él a mi dragón. Esa noche en aquel bar mientras me defendía, todo dentro de mí gritaba: es él, es él a quien has estado esperando.

Me burlé e ignoré esa voz, convencida de que Dixon jamás sería el dragón que salvaba hadas, sino el que las devoraba hasta apagar su luz.

Me equivoqué.

Lo contemplaba arrullar a nuestra hija y no había imagen, ni vida alterna más perfecta que esta.

Dixon cantaba en italiano para Molly.

Su voz era lo más dulce de este mundo, nunca lo escuché cantar con tanto sentimiento y emoción, destilaba amor por cada poro de su ser. El Diablo se doblegaba ante su ángel y no existía nada más hermoso que contemplar esa escena.

Rememoraba todo lo que tuvimos que pasar para llegar hasta aquí y parecía que fueron años y bastantes obstáculos; en menos de lo que creí me casé y tuve una hija con el amor de mi vida.

¿Cómo saber que las cosas sucederían así? Jamás lo esperé y eso era lo más lindo de todo. La vida me sorprendió con este final y no podía estar más agradecida con ella. Dixon y yo sufrimos tanto y merecíamos este trozo de felicidad.

—Ya se ha quedado dormida —susurró.

La recostó con mucho cuidado y sonrió al mirarla. La cubrió con la manta que llevaba sus iniciales bordadas y al finalizar se dirigió a mí.

—¿Cómo te sientes? —Preguntó.

—Feliz.

Palpé un lugar a mi lado, él no dudo en recostarse conmigo. Pasó su brazo por debajo de mi cabeza y apoyé mi mejilla en su pecho.

Olía a él y a Molly. El olor de los bebés era lo más rico del mundo, podía pasar horas *olfateando* a Molly, aunque eso sonara raro.

—No puedo creer que tanta perfección sea mía.

—¿Comenzamos con la posesividad, señor Russo? —Comenté divertida.

—Es mía, tanto como tú. Es que mírala, Holly —volvió el rostro hacia ella—, solo de pensar que un idiota tratará de conquistarla, me provoca náuseas.

—Entonces no lo pienses —bromeé.

—No lo entiendes. Quemaré el mundo si le rompen el corazón, no soportaría que la hicieran llorar, todo ardería dentro de mí, la amo demasiado que no contemplo la posibilidad de verla sufrir —dijo

serio y determinado—. Haré todo lo que esté en mis manos para que mi hija jamás sufra.

—Todos queremos eso para nuestros hijos, Dixon —me acomodé en su pecho—, pero a veces el dolor es inevitable, viene incluido en este paquete que es la vida. Lo único que nos queda es estar para ella en todo momento.

—Mi hija no estará sola, Molly no podrá decir que careció de algo, porque yo le daré todo, todo lo que no me dieron a mí.

Alcé la cara hacia él y besé su mejilla.

—Y por eso eres el mejor papá del mundo.



—Lo sé —coincidió, arrogante—. Ya quiero llevarlas a casa — agregó—, ansío conocer más de esta vida de esposo y padre.

—¿Ah sí?

—Ya sabes, esposo complaciente y padre que muele a golpes a los pretendientes de su niña. —Reí.

—Bebé, lleva horas de nacida y tú crees que ya vendrán a quitártela.

—El tiempo pasa muy rápido, Holly —la miró otra vez y luego me miró a mí—, no quiero que avance, quiero que mi felicidad a tu lado perdure para siempre.

—Para siempre es mucho tiempo —susurré. Sonrió nostálgico.

—No cuando se trata de ti.

## **Capítulo Final**

### ***Dixon***

Había aprendido a saber lo que quería, era capaz de identificar su llanto. Aprendí cuan frágiles y tiernos eran. Pasé de oler a loción, a tener encima ese característico aroma de bebé que no solo se basaba en el perfume y talco que usaba, sino en su vomito cuando

la sostenía para sacarle el aire y a orina cuando se hacia encima mientras le cambiaba el pañal.

Y a pesar de estar cubierto de mierda, no había en mí ni un ápice de enojo o repugnancia. Solía reírme por la situación, divertido por la cara inexpresiva de Molly al verme manchado. Parecía que me marcaba para que donde estuviera, pudieran percatarse de que tenía una hermosa hija esperando en casa por mí.

Mis partes favoritas con Molly era por las noches, cuando Holly dormía y solo estábamos ella y yo, ambos mirándonos a los ojos mientras ella se alimentaba en silencio; no paraba de verme y yo sentía que lo hacia con

adoración, como si yo fuera su Dios, lo que mi niña más amaba. Y experimentar esa sensación me volvía invencible, tan poderoso por saber que era amado incondicionalmente. Sin importar lo que hiciera o fuera, Molly estaría ahí, se quedaría y continuaría amándome para siempre.

—¿Aún no duermes? —Preguntó la adormilada voz de mi esposa.

Me giré a verla por encima de mi hombro.

Tenía el camisón oscilándole hacia un lado, uno de sus senos estaba al descubierto, tenía el cabello hecho una maraña y ojeras bajo sus ojos. Aunque yo intentaba que descansara, no dormía lo suficiente, quería estar al pendiente de Molly en todo momento, como si temiera que fuera a desaparecer.

—Está alimentándose.

—Dámela, yo terminaré de alimentarla.

—Nena, apenas puedes mantener los ojos abiertos —me acerqué a ella—, descansa. Sabes que no permitiré que nada le suceda, puedes dormir tranquila.

Soltó un suspiro y se talló la cara con las manos. Supe que algo le ocurría por la expresión que se esforzaba por evitar mostrarme.

—Dime que pasa —pedí, sentándome a su lado—, tú no eres de las que se calla las cosas.

Acomodé a Molly entre mis brazos, sostenía su biberón. En el día solía tomar más del pecho de Holly. Ambos lo hacíamos, pero ese era otro tema.

—Me da miedo que esta vida te aburra, ser papá, esposo —suspiró de nuevo—, tuve una pesadilla y ese temor se quedó en mi cabeza.

—¿Aburrirme? Cariño, me divierte demasiado andar cubierto de vomito, mierda y orina de bebé —la tomé de la mano—, me divierte aprender contigo a como ser padre. Yo estoy enamorado de ti, Holly, y de la vida que me has permitido tener.

Comenzó a llorar y ella nunca lloraba, reparé entonces en que no había visto más allá. Estaba tan ensimismado con Molly, tan feliz por tenerla en casa, que no vi que las ojeras de Holly no eran solo por los desvelos.

—Has estado llorando cuando no estoy —dije.

—Perdón, yo no sé... no sé que me pasa, me siento aterrada de que esto no sea lo que quieres.

—Nunca he sido más feliz en mi vida, llego a casa y no me reciben cuadros caros ni *golfas* curvilíneas —sonrió y negó entre lágrimas—, me recibe la sonrisa de un ángel, la calidez de un hogar, el amor de una hija. Si me dieran a elegir, me quedaría con ustedes, todo lo que me importa eres tú y nuestra hija, todo lo demás se puede ir a la mierda.

Molly balbuceó y apartó su boquita del biberón. Lo retiré y se la pasé a Holly, la puso sobre su pecho y comenzó a sacarle el aire.

—Y yo lo sé, bebé, sé cuánto nos amas y no dudo de ello, pero no entiendo este sentimiento negativo que presiona mi pecho cada vez que no estás.

—¿Quieres hablar con alguien sobre lo que sientes? —Inquirí preocupado. Su salud me importaba en todos los aspectos— Mi psiquiatra puede atenderte.

—¿Estás yendo a terapia? —Asentí despacio.

—Hay mucha mierda en mi cabeza, nena, no suelo permitir que nada de eso te afecte, a ninguna de los dos, pero necesito hacer algo al respecto. Ayuda hablar lo que nos destroza por dentro, además, quiero ser mejor persona, tengo una hija y ella necesita un buen padre.

—Dixon —pidió mis brazos y no dudé en estrecharla en ellos—, eres la persona más maravillosa de esta tierra. Has madurado demasiado y estoy orgullosa de ti. Te amo muchísimo.

—¿Estás orgullosa de mí?

—Mucho, bebé.

Besé su frente y nos quedamos en silencio mientras Molly se quedaba dormida luego de haber sacado todo el aire; afuera estaba lloviendo y las gotas de agua azotaban el cristal de la ventana. Era un caos total en el exterior, la fuerza del viento y el ruido de los truenos, pero aquí dentro, en mi lugar seguro, todo era tranquilidad, había tanta paz dentro de mí que me sorprendía, pues nunca creí llegar a sentirme así.

Amaba y era amado.

Qué más motivación para querer ser mejor.

—Mañana habrá una comida, vendrán a conocer a Molly —avisé. Mi esposa alzó el rostro y me observó curiosa.

—¿Tú la organizaste?

—Sí. No es algo pequeño —efectué una mueca—, era una sorpresa, no solo se trata de Molly, sino también de la inauguración de un nuevo club.

—¿Un nuevo club? —Inquirió sorprendida— No me habías hablado de eso.

—Me llamarás cursi —rodé los ojos—, pero pasado mañana se cumple otro año desde que nos conocimos.

—¿Llevas las fechas? —Su voz teñida de incredulidad— Es... eso es muy tierno, bebé. Yo difícilmente recuerdo las fechas.

—Soy bueno en algo que tú no, ¿eh? —Sonrió un poco. Ya había dejado de llorar y sus ojitos volvían a llenarse de brillo— No podría olvidar uno de los momentos más especiales que he tenido, te vi y supe que serías la madre de mi hija.

—Eres un mentiroso. —Rio, dándome un ligero golpe en el pecho.

—Bueno, no lo vi en ese momento, pero fui consciente de lo mucho que valías y definitivamente debía tenerte.

Besó mis labios y volví a besarle la frente. Me gustaba darle besos ahí.

—Entonces tendremos fiesta —susurró.

—Mañana es día familiar y después será nuestra noche. Te agendé una cita en el *spa* y cerré *Prada* para ti, así podrás elegir el vestido que quieras con comodidad.

—¿Me estás consintiendo? —Rozó mi mejilla con su nariz.

—Toda la vida, nena. Eres mi reina y siempre estaré a tus pies.

### ***Holly***

El jardín quedó precioso, la lluvia de anoche le dio más vida a los árboles y el pasto. Dixon se encargó de colocar un tipo de carpa amplia que reflejaba el sol sobre su color blancuzco. También mandó colocar juegos para niños, de verdad ignoraba quien podría usarlos, era obvio que no serían para Molly.

—Mi niña, los invitados están por llegar —anunció papá. Traía a Molly en sus brazos, era el único abuelo y el más consentidor, peleando a cada momento por el amor de su nieta con Dixon. Los dos eran un caso.

—Sí, papá, gracias por cuidar a Molly. Necesitaba revisar que todo estuviera en orden.

—Tienes un montón de sirvientes —murmuró. Y estaba en lo cierto, el jardín se encontraba repleto de gente que realizaba todo el trabajo, sin embargo, quise cerciorarme yo misma.

—Sabes como soy —murmuré sonriente.

Puso a Molly en mis brazos y besó mi mejilla.

—Iré a ver que puedo hacer allá dentro, me llamas si me necesitas.

—Gracias, papá —le di un apretón en la mano—, por todo.

Sonrió, me devolvió el apretón y se alejó hacia el interior de la casa.

Bajé la mirada a mi hija, usaba un vestido en color lila con detalles en blanco, una diadema preciosa y unos zapatos diminutos que me causaban ternura. Dixon la vestía con lo mejor, el costo de sus prendas era más de lo que yo hubiera ganado al mes.

—Hola, mi niña —suspiré contra su cuello—, te amo.

Amaba infinitamente a mi hija, aun no asimilaba que ella fuera mía, tanta perfección resultaba irreal, y el amor que le tenía no se podía describir, me llenaba el pecho con una sensación hermosa que jamás experimenté. Y pesar de la depresión que me agobiaba desde que ella nació, no me permití caer, ni fallarle.

Fui una tonta por no hablarlo con Dixon y llorar a solas. Siempre lidié con mis problemas sin ayuda de nadie, pero ahora él estaba aquí, apoyándome, haciéndome saber que no tenía que luchar sola.

Él me sorprendía más cada día, nunca esperé que cambiara, nunca quise hacerlo cambiar porque me enamoré de todo el paquete completo, sin embargo, me puso feliz su iniciativa. Dixon era una gran persona y esperaba pudiera verlo algún día.

—¡Holly!

Me emocioné al ver a Linda del brazo de Dante y con su pequeño hijo. El bebé tenía menos de quince días de nacido, era una cosita preciosa que no me cansé de llenar de besos.

—Linda —la besé en la mejilla—, te ves radiante.

Había recuperado la figura de inmediato, lucía más bonita que de costumbre y Dante se veía igual. Ambos estaban enamorados, mas no planeaban casarse, les iba bien vivir así y eso era lo que importaba.

—Dante, qué gusto verte.

—Gracias por la invitación, Holly.

—¿Y dónde está Dixon? —Preguntó Linda. Ella evitaba pelear con él y con Dixon iba lo mismo, no podía hacer que se llevaran bien, pero aprendieron a convivir sin ofenderse.

—Ya viene en camino, quiso recoger personalmente a sus invitados.

—¿Ah sí? Bien por él.

—Tomen asiento, en un momento estoy con ustedes —dije, invitándolos a pasar.

—Gracias, querida, por cierto, qué hermosa estás —susurró Linda— sigues brillando, Holly, quizá más que antes.

—Es el reflejo de las llamas de su infierno —bromeé. Ella rio y se encaminó hacia las mesas.

Entonces reparé en la figura de mi esposo atravesando la puerta que daba al jardín, con él venían varias personas. Me sentí nerviosa de inmediato al reconocerlos.

Sin trastabillar me adelanté hacia ellos, entonces divisé a los cuatro niños que miraban todo con curiosidad, dos pequeños rubios que reconocí de inmediato, eran Chris y Nicolai Kozlov; también había dos niñas castañas idénticas, de hermosos ojos claros y sonrisas encantadora, las acompañaba una joven rubia que llevaba al pequeño Alek en sus brazos, tenía un parentesco con Sasha, sin duda, sus genes eran más fuertes.

—Hola, nena. —Besé a mi esposo y él me tomó de la cintura— Bueno, ya conocías al matrimonio Kozlov.

—Hola, un gusto verlos de nuevo —murmuré amable.

—Tienes una bonita casa, Holly —comentó Erin.

—Y una bonita familia —agregó Sasha.

—Gracias. Las niñas, ¿son tuyas? —Inquirí, viéndolas correr con los gemelos entre los juegos.

—Oh, no, son las hijas del mejor amigo de mi esposo, pero quisimos traerlas para que se distraigan —explicó Erin—, creo que no conocías a mi hija —señaló a una rubia alta, muy alta, ella parecía ausente, pero incluso así, me tendió su mano con una sonrisa amable que no le llegó a los ojos.

—Dasha Kozlova —se presentó—, mucho gusto, señora Russo.

—El gusto es mío, y dime Holly —pedí. Sonrió y se apartó de inmediato, yendo en dirección con sus hermanos.

Sasha le dijo algo en ruso que, por supuesto no entendí, Dasha lo miró sobre su hombro y le respondió en el mismo idioma. Sonaba tan raro, aunque Dixon solía hablarme en ruso e italiano cuando teníamos sexo, nunca me acostumbraría.

—¿Puedo cargar a la pequeña Molly? —Me sacó de mis pensamientos Erin.

—Claro —acepté, poniéndola en sus brazos.

—Le trajimos un regalo —Sasha le tendió a Dixon una caja cuadrada y pequeña en color azul—, ojalá les guste.

—Gracias, Kozlov —masculló mi esposo.

—Gracias —susurré hacia el ruso que solo asintió.

—Holly, tu hija es preciosa —murmuró Erin—, ¿no lo crees, cariño?

—Miró a Sasha y este esbozó una media sonrisa.

—Es una muñequita —dijo, observando a su esposa a los ojos.

—¿Me dejas sostenerla por más tiempo? Siempre quise otra niña, pero no se ha dado —comentó Erin.

—Seguiremos intentándolo —acotó Sasha, haciendo reír a su esposa.

Ambos se dirigieron hacia las mesas con Molly en brazos. Miré a Dixon.



—Me siento nervioso si ella no está con nosotros —confesó.

—Bebé, Erin ha tenido tres embarazos, te aseguro que cuidará bien de Molly, además, estamos aquí, exagerado.

Me rodeó la cintura y besó mis labios, esta vez con mayor pasión e intensidad.

—Uhm... me has extrañado —musité entre besos.

—Muchísimo. Pero me encanta la espera para poseerte. Mañana vas a sentir las llamas del infierno quemándote entera —hundió los dedos en mi cintura —, voy a follarte tan duro, que lo sentirás como la primera vez.

—Espero ansiosa, señor Russo.

En ese momento fuimos interrumpidos por la presencia de Dexter, él venía con su novia, me alegró muchísimo tenerlos en casa.

Alejandro y Maia Medina los acompañaban, además de Clarissa y Leonardo Jiménez con su pequeño hijo, Ian, un niño de cabello oscuro que enseguida se unió a los demás pequeños.

—Hola, bienvenidos —saludé a todos.

—No teníamos el placer, señora Russo —dijo Leonardo.

—Había escuchado de ustedes.

—Me alegra conocerla —tomó la palabra Clarissa. Se veía muy joven y tenía un ligero parecido con Maia.

—Oh, por favor, no me llamen señora, solo Holly —pedí a ambos—, gracias por venir, están en su casa.

—Gracias —respondieron al unísono.

Alexa se despidió emocionada, tirando de Dexter hacia el matrimonio Kozlov. Hacia poco conocieron a Molly, pero optaron por darnos espacio

para que disfrutáramos de nuestra hija sin visitas inoportunas, aunque la verdad es que no me molestaba tenerlos aquí.

Dixon me abrazó desde atrás mientras mi mirada abarcaba a las personas que nos acompañaban, la casa se llenó de voces, de risas de niños y pequeños pasos correteando de un lado a otro. Hacia un día precioso y no asimilé que llegué sola a esta ciudad, con los ánimos por los suelos y con un miedo acompañándome cada día... y hoy me encontraba con amigos, conocidos, un hogar, una hija y un esposo que me amaba con locura.

—Es más perfecto de lo que pensé. Creí que en la mafia solo había muerte y personas sin escrúpulos.

—Y lo somos, cariño —susurró Dixon—, pero también somos humanos, amamos, sufrimos, lo hacemos al igual que los demás.

Cada uno de nosotros puede ser lo peor, sin embargo, el amor siempre estará presente. Solo míralos.

Mi mirar recorrió a cada uno de los matrimonios que interactuaban sin ningún problema entre sí, incluidos Dante y Linda, que, aunque no fueran mafiosos, conocían de esto y se permitían compartir a nuestro lado.

—Y ahí están las nuevas generaciones —señaló a los niños y a nuestra hija—, no sé qué camino tomará Molly, fuera o dentro de la mafia, pero será feliz, eso te lo prometo.

—Encontraré a alguien que la ame como tú me amas, como yo te amo.

—Mi hija no esperará menos —aseguró—. Nos queda aprender mucho y educarla, permanecer con ella a cada momento.

—Juntos, sobre todas las cosas, Dixon.

Me volví hacia él, enredé los brazos en su cuello y lo miré a los ojos con todo el amor que sentía.

—Algunas princesas elegirán al príncipe, pero yo me quedo con el dragón —susurré—, así culmina mi cuento de hadas.

—No, aquí apenas comienza, señora Russo.

## **Epílogo**

### ***Dixon***

Mi suegro sostenía a Molly mientras esperábamos a Holly.

Esta noche se inauguraba mi club, el mismo que puse a su nombre, pero eso no se lo diría. Quería que hoy disfrutara conmigo, la jodida

cuarentena terminó y al fin podría follarla; por mí no había problema en poseerla así, sin embargo, a Holly si le importaba y no me quedó más que respetar su decisión. Ella me enseñó que no, es no.

—Si ella se siente mal, llora o lo que sea, llámeme de inmediato, de cualquier modo, tengo un pediatra a mi disposición y estará aquí en minutos.

—Molly estará bien, ustedes diviértanse, les hace falta.

—Gracias —mascullé entre dientes. Mi suegro sonrió, era una de las pocas veces que agradecía por algo, eso también lo aprendí de Holly: ser amable.

Mi atención la tuvo mi esposa cuando la escuché bajar los escalones.

¡Maldita sea, Holly!

Casi me da un puto paro al verla.

Debo mencionar que su cuerpo adquirió una figura diferente después del embarazo, me gustaba mucho, y aquel trozo de tela que se puso, pronunció aún más cada una de esas curvas que me volvían loco.

Lentamente me dirigí hacia ella, tomándola de la mano y ardiendo de celos por dentro.

—Me encanta verte las piernas y ese culo que anhele follar de nuevo —siseé—, pero en privado, Holly. Ese puto vestido es corto, muy corto —

agregué entre dientes.

—Lo sé, bebé, pero me gustó —dijo, dando la vuelta para mí, la tela plateada y suelta se osciló despacio, llevaba la espalda al descubierto y solo una fina cadena adherida a su cuello, esta sostenía todo.

—Y lo luces como la reina que eres, pero hoy no quiero matar a nadie.

—Soy tu esposa y me respetan, no seas tan gruñón.

Tallé el puente de mi nariz. Tendría que tener los ojos puestos sobre ella todo el tiempo. Me negaba a ordenarle como vestir, de verdad me esforzaba para no ponerle la ropa de anciana encima, el amor que le tenía me lo impedía. Holly era libre de hacer y ponerse lo que se le diera la gana, aunque eso destrozara mi estabilidad.

—Bien. Vámonos.

Entrelacé nuestros dedos y nos despedimos de Molly quien se veía muy cómoda en los brazos de su abuelo. A veces me preocupaba que lo fuera a querer más a él que a mí. Joder.

Salimos de nuestra casa y abrí la puerta de mi Aston para Holly. En cuanto se sentó, la tela se elevó, mi lado celoso estallaba en caos, pero mi lado pervertido ansiaba verla montada en mi regazo con mi pene embistiéndola sin piedad.

Cerré la puerta, rodeé el auto y subí. Encendí el motor y le lancé una mirada rápida a mi esposa.

—Eres preciosa, nena —dije sincero.

—Y tú encantador.

Me puse en marcha y enseguida nos incorporamos a la carretera, entretanto, Holly acariciaba mi nuca, haciéndome estremecer, sus uñas raspaban mi piel y me excitaba.

—Estás poniéndome duro, joder —me quejé.

—¿Quieres que te ayude con eso? —Provocó. Relamí mis labios, mirando los suyos— Puedo chupártela si quieres.

Apreté los dedos en el volante. Ella no podía hablarme sucio mientras yo conducía, provocaría un choque.

—Holly usando malas palabras —bufoneé.

—Solo las uso cuando estoy excitada —confesó.

—¿Lo estás ahora?

—Verte de negro me pone caliente, Russo.

Puso la mano encima de mi erección, sobó despacio y mordió el lóbulo de mi oreja, desconcentrándome.

—Carajo, Holly. Quiero seguir respirando para continuar follándote.

—Y lo harás.

Bajó la bragueta de mi pantalón y maniobró para sostener mi pene y sacarlo. Ser pequeña le ayudó a poder arrodillarse en el asiento e inclinarse hacia mi adolorida y excitada entrepierna.

—Los ojos en la carretera —ordenó.

Entonces su dulce boca chupó la punta de mi miembro y un jadeo escapó de mi garganta, seguido por un temblor que recorrió mi cuerpo. Me detuve en un semáforo y la observé chupármela con ansias, su pequeña mano se agitaba en torno a mi pene y su lengua lo recorría desde el tronco hasta la punta. Consiguió experiencia y por el amor a todos los demonios que estaba matándome de placer.

—Oh, nena, no sabes como disfruto verte ahí.

Extendí mi brazo y le di un azote en su culo donde solo usaba un hilo. Me contuve para no romper la tela, no quería dejarla sin ropa interior en el club, aunque eso ni siquiera se podría llamar ropa.

—Puedo sentir cuanto te gusta, Diablo.

Empujé su cabeza hacia abajo, el semáforo cambió a verde, mas yo no pude moverme. La bocina de un auto comenzó a sonar, la ignoré y mantuve mis ojos en Holly que se la metía a la boca como una diosa.

—¡Muévete, está en verde! —Exclamó un idiota a mi lado. Lo miré y bajé la ventanilla.

—¡Mi esposa me la está chupando, deja de joder, imbécil!

Holly alzó la cara y me miró con una sonrisa, ya nada le sorprendía.

—No, no hiciste eso.

—Ignóralo, vamos, sigue en lo tuyo, nena.

Volví a empujar su cabeza y cerré brevemente los ojos mientras disfrutaba de su boca. Estaba tan húmeda, sus labios eran muy suaves y se adherían perfecto a mí.

—Mierda, Holly. Voy a correrme en tu garganta.

—Nada te detiene, bebé.

Acaricié mis testículos por encima de la tela y de nuevo me estremecí, tensé toda mi anatomía y gemí sin control mientras la sujetaba del cabello y la hacia seguir mi ritmo. Embestí su boca deprisa, con rudeza, sin delicadeza. Duro, una y otra vez hasta que mi semen llenó su boca y lo tragó sin problema, sin derramar una sola gota. La satisfacción que me embargó fue inmensa. Ella se limpió la comisura de la boca, no sin antes lamer el contorno de sus labios, provocando que mi pene se mantuviera erecto.

—Eres una jodida tentación.

—Soy tu pecado, Russo.

No podía discutirle eso. Le di un beso en los labios y retomé el camino hacia el club, sintiéndome menos estresado y mucho más

contento. Quién no se sentía así después de que se la chupaban.

Minutos más tarde arribamos al club. Las puertas ya se hallaban atiborradas de gente intentando entrar; mis invitados ya se estaban dentro, esperando para divertirse conmigo: el rey de esta puta ciudad.

—Infierno —susurró Holly, leyendo el nombre que relucía encima de nosotros.

—Cliché, pero va conmigo. Es el reino que te ofrezco —acerqué mi boca a su oído—, lleno de perversidad, pecado, lujuria —recorrí sus brazos con la punta de mis dedos—, y mucho placer.

—Me tientas, Diablo —murmuró jadeante.

—Déjate llevar, cariño, esta noche es de nosotros.

La tomé de la mano e ingresamos al club sin ningún inconveniente, sin ninguna mirada indecente en mi esposa. Más les valía o les rompería los huesos.

—Esto es hermoso —dijo. Miraba hacia arriba donde las luces rojizas se dispersaban como una cascada de fuego.

—Y es tuyo.

—¿Mío? —Me miró de soslayo.

—Lo puse a tu nombre. Un regalo —expliqué. Besó mi mejilla.

—Más tarde te daré el tuyo, pero supongo que ya sabes en que consiste —agregó en mi oído. Erizó toda mi piel, esta mujer me mataría un día.

Juntos nos dirigimos hacia el área VIP, la cual se situaba en el segundo piso, en él no había espacio para más gente que no fueran mis invitados o yo, era totalmente exclusivo. Aquí nadie podía venir a menos de que yo lo autorizara; el sitio se hallaba por encima de la gente, como debía ser.

—Todos están aquí —murmuró cohibida. Todos a excepción de Linda y Dante.

Amables saludamos a los presentes, un puñado de mafiosos y sus esposas, aunque ellas ya formaban parte de este mundo y quizá hacían más que ellos mismos. Eran ellas quienes nos sostenían, el pilar que mantenía nuestros cimientos en pie.

No perdí tiempo en comenzar a celebrar este día, hubo champaña para todos, brindé con ellos, con Holly, viéndola sonreír y desinhibirse; ya no era la *cosita* fea y asustadiza que llegó a mi ciudad, ya no había ex novios psicópatas detrás de ella como fantasmas que no la dejaban vivir en paz, era libre y a la vez, mía.

—Te resulta imposible apartar los ojos de ella —murmuró Sasha a mi lado.

Sostuve mi vaso y di un sorbo. Holly bailaba con Alexa, parecían tener esa misma chispa, solo que la de Holly estuvo reprimida por mucho tiempo; mi niña comenzaba a disfrutar de todo lo que le arrebataron. No podía sentirme más complacido por haber sido parte de su nueva versión. Siempre fue fuerte, capaz, pero poco feliz. Desde que nos encontramos todo cambió para los dos.

—No comprendo cómo o por qué —dije, absorto en ella.

—No se trata de comprender, Russo, sino de sentir... y también disfrutar. —Sonreí de lado.

—Soy un hijo de puta afortunado.

—Todos lo somos —coincidió—. Jamás lo sueltes. —Lo miré confundido.

—¿Qué cosa?

—Lo que te hizo ser merecedor de ella.

Alzó el vaso, bebió y se retiró, dirigiéndose a su esposa. Ella lo miraba con la misma adoración con la que Holly me miraba a mí, y al reparar en cada uno de ellos, descubrí que en todos estaba ese amor.



*Almas gemelas.*

No se trataba solo de la luz y la oscuridad, en ellas solía haber más oscuridad que luz, por eso eran capaces de amarnos.

—¡Bebé! —Rodeó mi cuello y reí. Siempre hacia lo mismo— Estoy muy feliz. Me siento feliz.

—Bueno, ahora te haré más feliz —susurré sobre sus labios.

Tiré de su mano y la dirigí por varios pasillos y escaleras, al final arribamos a unas más angostas que nos llevaron a la azotea del club; el aire frío nos acarició, pero a ninguno de los dos pareció importarle la temperatura. Holly soltó mi mano y corrió a través de la lluvia de luz blanca hacia el borde de la azotea, desde aquí se admiraba toda la ciudad y el tintineo de las luces de los edificios, casas y negocios, parecía una laguna que reflejaba el cielo estrellado.

Hice este sitio solo para nosotros. Un barandal de cristal recorría todo el contorno de la azotea, había sillones dispuestos adecuadamente, una botella más, lamparás, y una vista perfecta.

Todo lo que necesitaba para pasar esta noche con mi esposa.

—Qué vista —gritó. Abrió los brazos y el viento atravesó su cuerpo, moviendo la tela del vestido.

Llegué a ella y la rodeé desde atrás, mis dedos en su abdomen se desplazaban juguetones hasta su entrepierna.

—Sabía que te gustaría. Construí este edificio para ti, en el lugar indicado para que pudieras admirar tu ciudad.

—¿Mi ciudad? —Inquirió, volviéndose por encima de su hombro.

—Eres mi esposa, legítima dueña de todo lo que me pertenece.

Se volvió a mirarme, sus palmas descansaron en mi pecho.

—Solo quiero el corazón del Diablo.

—Lo tienes en tus manos y a mí de rodillas ante ti, pero eso ya lo sabías.

Sonrió enamorada y quitó la cadena de su cuello, dejando caer el vestido al suelo. No usaba sostén y solo había un diminuto triangulo cubriendo su sexo. Incitado por su provocativa acción, arranqué de un tirón el único trozo de tela que le quedaba encima. Me produjo mucha satisfacción hacerlo.

—Como decía —me arrodillé delante de ella, quien sin pena, separó sus piernas y me ofreció su coño—, de rodillas ante ti.

Sin perder tiempo probé su sexo. Lamí y degusté como si fuera mi platillo favorito. Había extrañado tanto su sabor, su calor, sentirla humedecer en mi lengua.

—Oh, nena, cuanto te extrañé —gruñí, degustándola entera, chupaba sin restricciones y ella se balanceaba contra mi boca mientras su cabeza oscilaba en la nada y su cabello se movía con el viento.

—Y yo a ti, bebé, sigue probándome, amo tu lengua.

—Y yo que me pidas más. Pídeme más —mordisqueé sus pliegues, gritó y tiró de mi cabello—, pídeme que te coma el coño.

—Oh, Dixon...

—Hazlo —incité. La punta de mi lengua ejercía presión en su clítoris, mas no lo suficiente, solo la tentaba—, di lo que quieres —agregué, mirándola a la vez que mis dedos rozaban la entrada a su vagina.

—Quiero que me comas el coño, Dixon.

Sonreí triunfante y con el dolor en mi entrepierna volviéndose más fuerte.

—Eso es, amo tu boca sucia —chupé y gimió en respuesta— me encanta oírte cuando estás caliente.

Se mordió el labio y bajó la mirada hacia mí. La penetraba con mis dedos, los movía hacia el lugar adecuado, llevándola al éxtasis.

—Tócate las tetas, cariño, hazlo como lo haría yo —ordené.

Posó las manos encima de sus senos, los acarició y su centro se mojó más, lo cual fue un deleite para mi lengua.

—Probar tus fluidos es tan excitante —susurré, lamiendo de norte a sur, tomé todo de ella.

—Por eso te gusta hacerme humedecer.

—Sí —moví la lengua despacio en sincronía con mis labios, como si estuviera besándola en la boca—, me complace mucho, nena, ver tu coño mojado por tu excitación o por mi semen, es encantador cuando resbala justo aquí —toqué sus labios vaginales—, y escurre hasta tu vagina caliente y apretada.

—Quema —relamió sus labios—, tú me haces arder.

—Vamos, cariño, llena mi boca con tu orgasmo.

Cerró los ojos y tensó cada musculo de su cuerpo, cuando volvió a mirarme, el orgasmo la golpeó con violencia, haciéndola temblar.

Toda mi boca se cubrió con sus fluidos, ese liquido delicioso acabó en mi lengua y me encargué de beberlo todo, tomándome mi tiempo, disfrutándolo con cada segundo.

Luego, me incorporé y la besé en la boca con rudeza. Metí mi lengua y la obligué a saborearse a sí misma mientras me bajaba el pantalón y sacaba mi pene erecto al tiempo que ella rompía los botones de mi camisa para poder tocarme. La cargué brusco, le separé las piernas y la embestí de una sola estocada. Su coño ceñido se contrajo más y casi me hace gritar eufórico.

—Fueron muchas semanas —musité encima de su boca.

—Te necesitaba tanto, bebé.

Retiré mis caderas y volví a embestir, alcé su cuerpo con la fuerza de mis estocadas.

—Así, muy profundo y muy dentro de mí —gimió.

La vista que tenía detrás de ella era fascinante, pero lo era aún más verla deshacerse de placer en mis brazos mientras la ciudad entera ardía entre luces y sonidos.

—No hay otro lugar donde quiera estar —mis movimientos se volvieron frenéticos, como si no pudiera tener suficiente de ella y su coño—, en este punto, nena, es donde descubro que no quiero mirar atrás.

—Dixon —jadeó. Me apretó a ella, sus uñas en mi espalda, el dolor trajo placer.

—Quiero este momento para siempre: tú, bella y jadeante, mi pene dentro de ti, tu pasión descontrolando mis crueles instintos.

—No solo los crueles —gimoteó—, los más bajos, ¡oh, Dios!

La empujé rudo, tomándola de una forma violenta y desesperada; mi boca devoró sus senos y me importó poco si estaban repletos, no fue impedimento para lamerlos, saboreaba sus pezones duros, eso la excitaba más y a mí me ponía igual. El calor de su coño engrosaba mi pene y empujaba mis testículos repletos de semen hacia arriba, todo estaba listo para derramarse dentro de ella o en cualquier parte de su anatomía.

—Sigue gimiendo, nena, sigue diciéndome cuanto te gusta que folle tu coño. Sabes cuan dura me la pones.

—Y tú sigue hablando —tiró de mi cabello y me acercó a sus labios —dime esas cosas sucias que piensas mientras me haces tuya.

—Mejor te las hago —dije perverso.

Salí de su centro y le di la vuelta, flexionó levemente su cuerpo contra el borde, sus manos se asieron a él; yo por detrás, abrí sus piernas y jugué con

mi pene en la entrada de su culo, presioné por unos segundos y después mi falo resbaló hasta su vagina otra vez.

Me incliné hacia ella y mordí su espalda, chupé en la mayoría de los lugares donde tenía alcance, dejándole marcas rojizas.

—Admirar la ciudad de noche mientras te follo desde atrás —la agarré del cuello y la hice curvarse contra mi pecho—, ¿no es una vista preciosa?

—Sí, sí —contestó ansiosa.

La besé en la mejilla y la solté de nuevo, enderecé la espalda y sujeté su perfecto culo con las manos, separé sus nalgas y me perdí en lo delicioso que se veía mi pene perdiéndose entre su carne. Me tenía todo mojado.

—Muévete, cariño —balanceó sus caderas en círculo, excitándome más—, así, justo así, me encanta como lo haces.

Le di un azote en su culo, no se quejó y le di otro más, mi mano quedó marcada en sus nalgas. Se veían preciosas. Desplacé los dedos hasta su sexo y la toqué entre sus labios vaginales, su clitoris estaba muy duro y al estimularlo, ella se tensó entera.

—Ya lo siento, Holly —susurré.

—Estoy a punto...

—Lo sé —la penetré despacio—, córrete.

Di tres estocadas más y ella terminó gimiendo, su vagina palpitante me estrechó con fuerza, chupó mi pene y casi me hace correrme al mismo tiempo, pero lo detuve, necesitaba preguntárselo.

—¿Dónde quieres mi semen? —Recorrí su espalda con mis uñas.

Se estremeció— ¿En tu coño o en tu culo?

—Sorpréndeme —respondió. Relamí mis labios, mi pene se estiró más dentro de ella.

—Amo a la Holly traviesa —deposité un beso en su espalda—, ahora ponte de rodillas, voy a venirme en tus tetas.

Obedeció de inmediato, me miraba en todo momento mientras se arrodillaba. Extendí mi pene frente a su cara, masturbándome con la punta rozándole los labios, ella los abrió y su sonrosada lengua probó mi hinchado glande, lo chupó despacio y con ello desgarró mi cordura. La agarré del cabello y no fui suave al hacerla tragar todo mi tamaño. Lo metí varias veces hasta el fondo de su garganta, ella lo sostuvo sin problema.

—Lo tragas como una experta, ¿no?

—Sé como complacerlo, señor Russo.

Desplegué los labios en una sonrisa y aceleré los movimientos hasta que mi semen se derramó en sus tetas, ella quedó cubierta de mí y amé esa imagen. Me incliné hacia su boca y la besé de manera fugaz.

—Te amo —dije agitado.

No había más que decirle esta noche, Holly ya lo había sentido todo: el fuego de mi infierno, la crueldad y perversidad de mis instintos... y el amor que guardaba por ella en mi corazón.

—Te amo para siempre, Dixon Russo.

## **Capítulo EXTRA 01**

### **Dixon**

Mi pequeña MR comía en mis brazos. Sostenía su biberón mientras mis socios hablaban sobre ganancias.

Bajé la mirada y ella tenía los ojos puestos en mí, siempre me miraba como su Dios y yo amaba la sensación que provocaba. Sus bucles castaños se desparramaban en todas las direcciones, mejillas regordetas y sonrojadas, ojos grandes de color avellana y una sonrisa que podía desarmarme.

El calor de su cuerpo se transmitía al mío, el perfume adherido a todo mi ser, ella era delicada y pequeña, una personita que tenía en sus manos mi corazón. Molly me arrancaba sonrisas, incluso en los peores momentos, nunca podía negárselas, no a ella.

Amarla era lo mejor que sabía hacer, me convertí en un completo experto.

Le dio un cambio radical a mi vida en los casi dos años que llevaba en ella. Me mostró una perspectiva muy diferente y un amor tan puro que no me creí capaz de sentirlo alguna vez, no yo, no cuando era lo que era. Sin embargo, a Molly no le importaba que su padre asesinara y traficara, ella me amaba.

Y no podía decir que estaba bien lo que yo hacía, pero nadie elegía a sus padres, ni tampoco elegía a sus hijos, solo estás aquí para amarlos, de la manera que sea, los amas y ya.

Retiré el biberón cuando la leche se terminó, Molly se sentó en mi regazo y enseguida sus manitas buscaron lo que había encima de la mesa, cogió los contratos a firmar y comenzó a jugar con ellos, señalaba las letras que había estado aprendiendo y luego empuñaba las hojas mientras reía y mencionaba entre balbuceos cada una de ellas.

—Señor Russo, esos documentos son importantes —señaló Dan, mi asistente. Lo observé sin inmutarme.

—Mi hija quiere jugar con ellos, no se los voy a quitar, imprime más y ya —mascullé.

—Papi —pronunció con dulzura mi niña— chocolate.

—En un momento, amor —miré a mis socios, ninguno hacía mención de mis demostraciones de cariño hacia mi princesa— Mi hija quiere un chocolate.

¿hay más de qué hablar?

—Sería todo, señor Russo, solo quedaría pendiente la fecha para la inauguración del hotel y el condominio —comunicó uno de ellos.

Asentí y me puse de pie con Molly en brazos.

—Mi asistente les hará llegar la fecha —finalicé, abandonando la sala de reuniones.

Afuera Molly pidió bajar, así que la puse en el suelo y sujeté su mano mientras caminábamos hacia el ascensor. Ella daba saltitos entre las rayas del mármol y reía al hacerlo, sus sandalias purpura brillaban y sus diminutos dedos salían a la vista a través de la abertura, contrayéndose. Me gustaba tenerla en la oficina, tenía su propio espacio y disfrutaba de pasar su tiempo conmigo mientras Holly daba sus clases de literatura en la universidad; mi esposa no solo hacía eso, fundó una editorial pequeña, sin mi ayuda por supuesto, porque si la tuviera, no sería pequeña. Sin embargo, ella quería hacerlo por sí misma y lo respeté, anhelaba dar a conocer a esos escritores escondidos que contaban con el potencial para llegar a ser grandes.

Entré con Molly al ascensor, ella presionó los números, era lo bastante inteligente para aprenderlos, llevaba clases sobre un montón de cosas que Holly eligió, en ese aspecto solo me encargaba de pagar. Ambas de vez en cuando me hacían a un lado en la educación, Holly siempre estaba quejándose de que malcriaba mucho a Molly, pero era mi niña, ¿cómo evitarlo? Al menos en ese tema mi suegro me apoyaba, incluso llegaba a ser más consentidor que yo, mas no por mucho, solo un poco.

—Quiero chocolate —repitió.

—Iremos por él, amor, pero no le digas a mamá.

—Mentir es malo, papi.

—Solo ocultamos información —corregí, guiñándole un ojo. Sonrió y yo suspiré enamorado. Esta niña me tenía.



Minutos después las puertas del ascensor se abrieron, salimos juntos y me dirigí al estacionamiento con ella, al caminar por la empresa, Molly saludaba a los empleados, quienes le devolvían sonrisas. Mi niña llenaba de vida este lugar, al igual que su madre lo hizo hacia tiempo atrás.

La llevé hasta la camioneta, sin prisas la acomodé en su silla de seguridad, por mucho que me desagradaran las camionetas, debía usar una cuando ella venía conmigo. Mi Aston cada vez acumulaba más polvo en el garaje.

—Papi, quiero chocolate.

—Ya casi, nenita —besé su frente—, iremos por ese chocolate y después con tu pediatra. —Frunció el ceño y su carita fue idéntica a la mía cuando algo me molestaba.

—No me gusta ir, papi ¿y si me pica mi bracito otra vez?

—Entonces le cortaré la mano —susurré cómplice. Abrió muchos sus ojos y casi pude oír la voz de Holly en mi oído reprochándome por decirle esas cosas a nuestra hija.

Le dio otro beso y cerré la puerta, me monté en el lado del chofer, encendí el motor y en segundos abandoné el edificio. En todo momento llevaba puesta la atención en la carretera, Molly jugaba en su iPad, distrayéndose en el trayecto al pediatra. Todos los meses la llevábamos a revisión, no importaba si no estaba enferma, me gustaba procurar su salud; no solo se trataba de traer hijos al mundo, había demasiada responsabilidad con ellos, necesitaban un montón de cuidados, la etapa de bebé quizá se trataba de la más fácil.

Siendo franco, no quería tener más hijos, mucho menos cuando Holly sufría tanto para poder traerlos al mundo. Únicamente me quedaba con Molly, además, dudaba querer a otro de mis hijos de la misma forma en que quería a Molly y me asustaba no lograr contenerme para hacerles ver que amaba más a uno que a otro, no quería que mis hijos se sintieran como yo al no ser amado por mis padres con la misma intensidad.

Alejí esos pensamientos y estacioné la camioneta. No demoré en sacar a Molly de la parte trasera y juntos nos adentramos en el edificio. Pasé a recepción y di el nombre de mi hija, posteriormente nos dirigimos a la sala de espera, había dos niños ahí, sus padres estaban entretenidos en sus móviles mientras sus criaturas hacían destrozos a diestra y siniestra.

—Quiero ir con mami —musitó Molly, apretándose a mi cuerpo, miraba a los niños con recelo.

No era muy buena haciendo amigos y siendo sincero, no quería dejarla interactuar con nadie, temía que la rechazaran, que la hicieran sentir mal, y me hallaba bien consciente de que no era correcto sobreprotegerla tanto, mas no podía evitarlo. Ignoraba cuál sería mi reacción si alguien, quien fuera, llegara a lastimarla.

—¿Quieres jugar? —Preguntó un mocoso más grande que Molly, quizá rondaba los seis años.

Molly sacudió su cabeza en gesto negativo y se pegó más a mí.

—Anda, juguemos, niña —insistió.

—Ha dicho que no —mascullé—, largo.

—Solo un ratito pequeño, ¿sí?

El mocoso tuvo el atrevimiento de tomar a mi hija de la mano y tirar de ella, hostigándola y siendo bastante insoportable con su voz chillona y su sonrisa fea. Por reflejo, le cogí la muñeca y alejé su toque de mi hija.

—Si alguien te dice que no, tú te retiras y entiendes sin insistir — espeté molesto. Mi temperamento no era el mejor y este no mejoraba cuando se trataba de mi hija.

—Oiga, mi hijo solo estaba siendo amable —interfirió la madre.

Solté al mocoso y senté a Molly en mis piernas.

—Que vaya a ser amable a otro lado —siseé, conteniéndome para no soltar la sarta de palabras que tenía dispuestas para ellos.

La puerta se abrió, interrumpiendo el ambiente tenso, vi a una mujer salir con su bebé en brazos, la pediatra me miró amable en cuanto notó mi presencia.

—Señor Russo, pase por favor —indicó.

Me levanté con Molly aferrándose a mi cuello, besó mi mejilla y acercó su boca a mi oído.

—Gracias por cuidarme, papi —susurró. Mi corazón se hinchó de felicidad.

—Toda la vida, Molly.

Llegué a la universidad donde Holly daba clases, ella salía en unos minutos. Mi hija se mantenía sentada en su sillita luego de haberse comido un chocolate, estaba a punto de quedarse dormida.

Mientras esperaba a Holly, revisaba mi trabajo desde el iPad, lo legal y lo ilegal, a veces me cansaba llevar los dos lados, era agotador mantener mi figura pública de empresario intachable y el de mafioso asesino. En una de esas tendría que elegir uno de los dos lados y francamente no sabría cual sería el ganador, ambos me gustaban, me sentaba bien ser el hombre más poderoso de esta ciudad, el dueño de todo.

Tal vez le cedería mi lugar a Dexter. Él no pensaba tener hijos, vaya a saber por qué, no es como si me importara su patética vida con esa mexicana. Sin embargo, temía que al "salirme" del narcotráfico, mis enemigos me vieran como un blanco fácil y decidieran atacar. A estas alturas, lo más probable era que enterraría al hombre de negocios y solo quedaría el mafioso que se me enseñó a ser desde pequeño.

Apagué la pantalla y tallé el puente de mi nariz, estresado.

Necesitaba llegar a casa, dormir a mi hija y follar a mi esposa. Joder.

Lo ansiaba tanto como probar el pastel que esta noche haría para mí. En eso Molly y yo nos parecíamos mucho, ambos amábamos el chocolate, solo que a mí sí se me permitía comerlo a todas horas y si quería, degustarlo encima de cada superficie de mi esposa.

Fijé mi atención al frente y vi a Holly salir acompañada de un hombre alto, flacucho, de gafas y que la hacía reír. Apreté el ceño y eché un vistazo a Molly que al fin se quedó dormida. Decidido, bajé de la camioneta y me adelanté hacia mi esposa que no estaba a más de diez metros de mí. Ella notó mi presencia y solo negó despacio, sin consideración, me postré a su lado, interrumpiendo. El flacucho me miró, acomodó sus gafas y volvió la vista a mi esposa.

—Disculpe, profesor, él es mi esposo —me señaló—, Dixon Russo.

—Oh, señor Russo, un placer conocerlo —dijo amable, me tendió la mano y no me quedó más que aceptarla de malas—, tiene una esposa brillante, de verdad.

—Créame que lo sé —mascullé.

—Es muy afortunado, Holly tiene una voz y un toque espectacular para dar sus clases que...

—¿Holly? —Inquirí, mirando a mi esposa.

—Debemos irnos —interrumpió ella—, nos vemos el miércoles, Gerard.

La tomé de la mano y caminé deprisa hacia la camioneta, abrí su puerta, subió y posteriormente lo hice yo del otro lado. Cerré fuerte y traté de controlar mis celos, pero por más recomendaciones que me daba la psiquiatra, no podía, mejoraba en muchas cosas, sin embargo, mis celos siempre serían los mismos.

Holly de primer instante vio a nuestra hija y sonrió al notarla dormir como el ángel que era, acto seguido, se volvió a verme.

—Dixon...

—Si, ya sé lo que vas a decir —intervine.

—Bebé, es lindo cuando estás celoso —bromeó, la miré—, porque ahora veo tu molestia al estarlo.

—Sé que está mal.

—Y es un gran progreso.

Se estiró entre el asiento para besarme en los labios. Le facilité la tarea, acercándome a ella, cuando la besé, me sentí completo otra vez. Pasaba horas separado de ella, extrañándola a cada minuto, nos veíamos poco y eso me jodía bastante, aunque aprovechábamos cada instante.

—Quiero ir de vacaciones —comenté entre besos—, te quiero unos días solo para mí.

—Qué egoísta, señor Russo.

—Cariño, sabes que no debes hablarme así —mordisqueé su labio inferior—, conoces las consecuencias cuando me llamas señor.

—¿Me las muestras esta noche? —Tentó.

—¿Qué será esta vez? —Averigüé.

—Gafas, ropa ancha, nada debajo —acaricié mi pecho—, y mucho helado.

—Uhm... ¿va a gemir sobre mi escritorio, señorita Bridger?

—Muchas veces, señor Russo.

Escuchaba los pasos de Molly por toda la casa, mis manos sujetaban el abdomen de Holly mientras ella cubría de chocolate el panqué. Olía delicioso y no solo hablaba del pastel. Ella se esmeraba por hacerlo perfecto, definitivamente esta mujer me conquistó por medio del estómago.

—Les hiciste otro pastel a ellos, ¿verdad? —Indagué.

—Sí, bebé, sé que nadie que no sea Molly puede comer de tu pastel —me miró por encima de su hombro— consentido.

—Tú tienes la culpa, creaste a este monstruo. —Rio y negó delicadamente con la cabeza—. ¿Cuánto tiempo estarán? Aún no llegan y ya quiero que se larguen —agregué.

—No seas gruñón, tiene mucho que no ves a tu hermano.

—Es un idiota, además, vive en pecado, qué ejemplo le dará a mi hija —espeté.

Holly detuvo sus movimientos y me enfrentó, contenía su risa.

—¿Es en serio, Dixon?

—¿Qué? No está casado.

—Tú eres el pecado encarnado, Diablo —recordó. Sonreí de lado.

—Y tú mi pase al paraíso.

La cogí de la cadera y la senté en la encimera, rodeó mi cintura con las piernas y me atrajo más a su cuerpo. Cogió un poco de chocolate con el dedo y lo llevó a mis labios, chupé y ella siseó por lo bajo.

—Uhm... joder, cada vez que lo pruebo sabe mejor —me dio un poco más y acepté, degustándolo con satisfacción—, ¿y si les decimos que no vengan?

—Molly sigue despierta.

—Le daré un montón de chocolates y listo.

—Y yo te daré un montón de golpes si sigues dándole golosinas a mi hija en horas no adecuadas.

—No puedo decirle que no, ¿has visto los ojos que pone? —Me defendí.

—Caes ante una niña.

—Es el amor de mi vida —me excusé—, igual que tú.

—Te amo —susurró—, ahora mientras termino esto, ve a preparar a Molly por favor.

—De acuerdo, señora. —Se mordió el labio y luego sonrió.

La bajé de la encimera y fui en busca de mi hija. Oía la televisión a la distancia, los murmullos llenaban la casa, los pasos de Molly habían dejado de escucharse y descubrí el porqué al encontrarla sentada frente a la ventana con la vista en el cielo. Tenía a su gatito de peluche en los brazos y la manta que Holly le compró antes de nacer, no se despegaba de ella a la hora de dormir.

—Amor, debemos alistarte —dije. No me hizo caso, continuaba mirando el cielo estrellado.

Me senté a su lado y pasé mi brazo por sus hombros. Molly recargó su cabeza contra mi costado. Se notaba ausente.

—Papi —mencionó despacio.

—¿Sí, princesa?

—Cuando yo muera, ¿estaré en las estrellas?

Mi corazón casi se detiene al oírla y ese característico dolor me estrujó el pecho, mientras el aliento se atascaba en mi garganta. No tenía la menor idea de cómo llegó a formular aquella pregunta su mente, como ya lo había mencionado con anterioridad, Molly era muy inteligente para su edad. Ya no me sorprendía lo que pudiera decir, sin embargo, que hablara de la muerte sí me tomó desprevenido.

—No solo ahí, estarás en mi corazón, en cada rincón de este planeta —respondí luego de unos segundos—, pero no pienses en muerte, Molly, ¿de dónde ha venido eso?

Se encogió de hombros, el gesto que hacía cuando no quería dar una respuesta. Lo dejé pasar por el momento y luego la hice mirarme.

—Tu vida apenas comienza, Molly, crecerás, irás al colegio y harás amigos —dije con calma—, vivirás plena y feliz, quizás habrá momentos difíciles, pero pasarán y sabrás enfrentarlos. Serás una niña y una mujer exitosa y completamente feliz —repetí seguro—, te lo prometo.

—¿Y tú dónde estarás?

—Contigo —aseguré.

—¿Siempre?

—Toda la vida, hija, toda la vida a tu lado.

## **Capítulo EXTRA 02**

### ***Holly***

Mis manos se movían a través del panqué, untaba el chocolate ante la mirada atenta de Molly.

Mi hija quería aprender a hornear el pastel para su papá.

Ella lo amaba de la misma forma que Dixon la amaba a ella, o tal vez un poco más. Tenían una conexión de la que no me sentía celosa, solo muy afortunada y también muy orgullosa de como el Diablo se demostró a sí mismo que podía amar, ser amado y ser el mejor padre.

Molly se convirtió en la estrella más brillante en el universo de Dixon.

—¿Puedo probar? —Averiguó en voz baja y melodiosa. Me miró tierna y fue inevitable no sonreír. Entendía a la perfección lo que Dixon dijo la otra noche sobre su mirada, cuando me veía así, no podía decirle que no.

—Solo un poco.

Le di a probar y sus ojos se cerraron, a la vez que sonreía y unos hoyuelos adornaban sus mejillas. La satisfacción fue notoria. A ella también le fascinaba el pastel; seguramente mi madre habría sido feliz acompañándonos, compartiendo estos momentos con nosotras.



Aunque no lo mencionara a menudo, de verdad me hacía falta.

—Sabe muy rico, mami.

Una sonrisa sincera adornó mi rostro, cuando me llamaba mami, mi corazón se regocijaba de amor. Toqué la punta de su nariz con mi dedo. Rio alegre.

—¿Cuándo llegará papi? —Preguntó.

—A la misma hora, cielo, así que aún nos queda tiempo para su fiesta sorpresa —murmuré cómplice. Dio palmadas con las manos, emocionada por lo que haríamos.

Hoy era quince de noviembre, cumpleaños de Dixon, otro más que pasábamos juntos y el primero que me dejaría festejarle, aunque prácticamente él no sabía que le festejaríamos, de eso se trataba su fiesta sorpresa. Los años anteriores me hizo adoptar roles muy sexys en esa habitación del Phoenix donde me dediqué a complacerlo y hacerlo más feliz. Después pasamos un día en familia, dentro de nuestro hogar, con Molly, comida y la TV. No podía decir que no lo disfruté, pero quería darle este obsequio.

Dixon nunca tuvo una fiesta de cumpleaños.

—¿Dónde está mi niña consentida? —Oí la voz de mi padre, volviendo a la realidad.

—¡Abuelo! —Chilló Molly.

Bajé a mi hija de la encimera y enseguida corrió a los brazos de mi padre. Él la sostuvo y la llenó de besos, alborotándole los risos castaños. Mi hija lo rodeó del cuello y no lo soltó. Ellos se amaban demasiado y papá no paraba de consentirla tanto como Dixon.

Molly era una niña muy mimada, le deseaba suerte al hombre que buscara conquistarla, ella tendría las expectativas muy altas.

—Pero qué bien huele aquí —murmuró acercándose, plantó un beso en mi mejilla—, hola, princesa.

—Hola, abuelo consentidor.

—¿Cómo vas con la fiesta para ese hombre? —Rodé los ojos.

—La comida está horneándose y el pastel ya casi queda listo —lo señalé con mi barbilla—, solo faltan los invitados.

—Y que a tu esposo no le dé un infarto —bufoneó, le divertía esperar la reacción de Dixon—, ¿estás segura que no nos echará?

—Dixon no es así —se me quedó mirando serio—, bueno, yo no lo permitiría.

—Papi hace lo que mami dice —se mofó Molly, cubriéndose la boca con las manos, ocultando su risa.

—Lo sabemos, pero no lo digas en público, muñeca —recomendó papá, aguantándose la risa.

—¿Me ayudas con los globos? —Pregunté, terminando de poner el chocolate.

—Claro, cariño. Vamos, Molly, llenemos de globos tu mansión.

Mi hija asintió feliz y ambos me dejaron sola en la cocina, justo entonces mi móvil timbró con el tono que había puesto para Dixon.

Llámenme romántica y cursi, pero era esa canción que bailamos en nuestro primer baile. Él se puso sentimental cuando lo descubrió y yo por mi parte descubrí cuanto le gustaban los detalles, por más que se hiciera el tipo fuerte, por dentro era un amor.

—Hola, bebé —respondí contenta con su llamada.

—Hola, nena, ¿ya tienes mi regalo? —Sonreí. Vaya que era ansioso.

—Claro, te está esperando en casa —dije, trataba de no reír. Dixon esperaba una noche de sexo duro y lleno de fetiches y lo recibiría con algo muy distinto.

—Joder. ¿Puedes enviarme un adelanto al móvil? Tengo treinta minutos libres para masturbarme.

—¡Dixon! —Reí.

—¿Qué? Es mi cumpleaños.

—No hace diferencia, todos los días actúas igual.

—Pero hoy no puedes reprocharme, cariño —recordó.

—Eres insaciable, Diablo.

—¿Cómo tener suficiente de ti? Eres perfecta, nena.

Una sonrisa sincera asomó mis labios mientras me repetía lo afortunada que era.

—Lo amo, señor Russo —musité con ternura. Él calló un momento.

—La amo, señora Russo —dijo de vuelta.

—No llegues tarde esta noche —pedí.

—Estaré ahí antes —avisó—, envíame mis fotos. —Sonreí.

—Ya te las envió, pervertido.

Terminé la llamada y dejé el pastel listo, acto seguido, le envié las fotos a Dixon, ya las tenía listas; estar casada con un hombre como él, que era puro fuego, me orillaba a mantenerme preparada para *ese* tipo de peticiones.

Cuando me dirigí a la sala, escuché risas y murmullos. Enseguida ubiqué la voz de Dexter y también la de Alexa. Ambos venían cargados de obsequios que terminaron en las pequeñas manos de mi hija, sin embargo, había otro obsequio que tenía pinta para ser de Dixon.

—¡Holly! —Saludó enérgica Alexa, estrujándome con fuerza, siendo tan expresiva como siempre. Le devolví el abrazo y besé su mejilla.

—Hola, Alexa, qué bonita te ves —señalé. Se había cortado el cabello a la altura de sus mejillas. Le quedaba perfecto, afinaba sus rasgos.

—¡Mira, mami! —Vi a mi hija— Tío Dex me trajo juguetes, ¡muchos juguetes y comida!

Sonreí contagiada por la felicidad de Molly. Dexter la tenía cargada, luego la bajó y Alexa la tomó de la mano para después recoger todos los obsequios.

—Vamos, muñeca, abriremos esto y nos comeremos todo — murmuró cómplice, llevándosela a la habitación.

—Hola, Dexter —saludé acercándome. Besó mi mejilla y le pedí que me siguiera a la cocina, papá continuaba con los globos, parecía divertido con ello.

—Sabes que Dixon odia las fiestas, ¿no?

—Eso es porque nunca ha tenido una —acoté.

Tomó asiento en el taburete que se vio diminuto a su lado. Dexter era pura masa de musculatura, me dio la impresión de que estuvo haciendo ejercicio. Llevaba el cabello rapado y esto lo hacía ver más joven.

—¿Invitaste a más personas?

—No. Linda no es de su agrado, él no tiene amigos, solo socios, las únicas personas que le importan a Dixon, ya están aquí —expliqué — su familia.  
—Agachó la cabeza y disimuló una sonrisa.

—Gracias por amarlo tanto, en verdad sigo esperando que me llame diciendo que lo echaste. —Reí.

—Dixon es un poco bestia, pero es leal y amoroso.

—Y es buen padre —agregó.

—El mejor de todos.

—¿Perdón? ¿Cómo que el mejor? —Intervino papá, mostrándose ofendido  
— ¿Y yo dónde quedo?

Solté una carcajada, él me pasó el brazo por los hombros y rio conmigo, Dexter también lo hizo, pero divisé un poco de envidia en su mirada, no mala, quizá solo se trataba de la melancolía que le causaba no tener con él a sus padres.

—Eres el mejor para mí, papá. Te amo.

—Y yo a ti —depositó un beso en mi frente—, ¿está todo listo?

Observé a Dexter a través del pastel de chocolate.

—Sí, papá, está todo listo.

Asintió y le invitó a Dexter una cerveza. Se dirigieron juntos a la sala, estuve a punto de seguirlos cuando un texto me llegó. Lo abrí enseguida al notar que era de mi esposo.

Me puse roja al ver la foto de las bragas que me quitó anoche, estas estaban alrededor de su pene mientras su semen las cubría.

*Pervertido.*

*«Estuvo delicioso.*

*(Y sí, soy un perverso que le roba las bragas a su mujer para correrse en ellas.)*

*La amo, señora Russo».*



Acabé de vestir a Molly. Le puse un vestido lila con flores pequeñas, sus sandalias y la peiné como ella quiso. Se veía muy bonita y no paraba de verse en el espejo. Mi niña heredó el atractivo de sus padres.

—Mami —la observé desde el tocador—, yo no quiero que ustedes sean estrellas.

Apreté el ceño y me volví hacia ella, confundida por ese cambio, hacia un momento corría divertida y feliz y ahora se quedaba seria y pensativa; Dixon ya me había comentado sobre esa platica que tuvieron y hasta el día de hoy no quise abordarla.

—¿Quién te ha dicho eso, Molly?

Vino hacia mí y se sentó en mi regazo. Olía a uvas y a bebé. Aún era pequeña, aunque actuara como una niña mayor.

—El abuelo, dijo que cuando muriera, sería una estrella, pero si es una estrella, ya no lo voy a poder abrazar.

Me quedé en blanco por unos segundos sin saber que decirle. No sabía cómo tocar estos temas con ella a esta edad, realmente no debería estarlos tocando, sin embargo, la curiosidad la abordaba y su mente era como una esponja que absorbía toda la información que le llegara.

—Mi mamá murió cuando yo era muy pequeña, y la extrañaba muchísimo, todavía la extraño —musité en voz baja—, ella ocupa un lugar en mi memoria y cada vez que la echo de menos, cierro los ojos y voy a ese sitio donde ella está y la abrazo con todas mis fuerzas.

—¿Sin tocarla?

—Por medio de los recuerdos puedes tocar a las personas sin tenerlas cerca —expliqué sin saber si estaba bien lo que decía—. Si algún día nosotros no estamos contigo físicamente, siempre nos encontrarás aquí —toqué su sien—, y aquí —señalé su corazón—, nunca te dejaremos sola.

—¿De verdad, mami?

—Lo prometo —le dediqué una sonrisa—, ahora vayamos abajo, papá no demora en llegar.

Movió la cabeza en afirmación y me dio la mano. Juntas salimos de la habitación, abajo estaba todo listo, los globos se hallaban dispersos por toda la estancia, en la mesa del comedor se encontraba el pastel de chocolate y otro más de fresas, las palabras feliz cumpleaños colgaban en la pared sobre serpentinas de colores oscuros con algunos brillos. Dex, Alexa y papá, esperaban alrededor de la mesa, mi hija se unió a ellos.

—Dixon no demora —me froté las manos en la tela del vestido, los nervios se presentaban con fuerza—, apagaré las luces —avisé.

—Tranquila, Holly, mi hermano estará muy feliz de vernos aquí —comentó con sarcasmo. Reí para no preocuparme. Ahora no me parecía una buena idea, no sabía cómo iba a reaccionar Dixon.

Apagué las luces de la casa, también las de la entrada, en cuanto apagué la última, las luces del auto de Dixon relucieron contra el cristal. Sentí un vacío en el estómago y corrí a toda prisa hacia el comedor.

—Ya viene —cuchicheé.

Molly me dio la mano al verme tan nerviosa. Escuché el tintineo de las llaves y acto seguido, la puerta abriéndose.

—¿Nena? —Llamó su voz con un matiz de dulzura en ella.

—En el comedor, bebé.

Encendió la primera luz. Sus pasos se aproximaban y yo recé para que no fuera a salir con un comentario pervertido. Obviamente mis suplicas no fueron escuchadas.

—¿Adelantamos el postre y me esperas desnuda sobre el comedor de nuevo? —Maldije por lo bajo. Alexa rio.

—No pienso comer en esta mesa —masculló Dexter.

—Estoy de acuerdo —acotó mi padre.

—Si a esas van, deberían salir de la casa, que estoy segura que estos dos han profanado cada rincón de ella —finalizó Alexa.

—¿Holly?

Su voz se oyó más cerca, advertí su figura entrando al comedor, tomé un respiro largo, cuando iluminó la estancia, todos gritamos sorpresa, la suya fue digna de una fotografía. En otro momento me habría reído de su cara de espanto. Las llaves se le habían caído y tenía la mano metida en la espalda, podía jurar que sostenía su arma.

—¿Qué mierda? —Espetó atónito— Casi les meto un tiro.

—¡Feliz cumpleaños, papi! —Chilló Molly, corriendo a sus brazos e ignorando su comentario.

Dixon reaccionó y la cargó. Posteriormente Alexa lo felicitó, seguida de mi padre y al final, Dexter, quien lo abrazó, aun en contra de los deseos de Dixon. Observé sus facciones, estas se contrajeron ante lo que Dexter le dijo, ignoré de que se trató, pero mi esposo se vio vulnerable y confundido.

Fue mi turno. Besé su mejilla y rodeé su cintura.

—Felicidades, señor Russo. Bienvenido a su fiesta sorpresa.

—¿Tú planeaste esto? —Murmuró. Molly no lo soltaba.

—Sí. Espero no te haya incomodado, solo quería darte tu primera fiesta de cumpleaños.

No dijo nada, su mirada se tornó triste y mi corazón se hizo chiquito.

Entonces me abrazó firmemente mientras sus labios se presionaban a mi frente. Tenía el pulso acelerado y cuando alcé el rostro para mirarlo, él permanecía con los ojos cerrados, los apretaba con bastante fuerza. Al abrirlos, divisé un rastro de humedad en ellos, esta vez sentí mi corazón romperse.



—Lo siento, bebé, no quería traer malos recuerdos, ni hacerte sentir mal —susurré, pasando mis pulgares por la comisura de sus ojos, los demás nos daban espacio.

—Estoy feliz, nena —dijo sincero—, solo me tomó desprevenido.

Gracias. No esperaba esto, solo a ti, desnuda y cubierta de chocolate —agregó en voz baja en mi oído.

—Más tarde —prometí.

—Yo ayudé a mami con tu pastel, papi —tomó la palabra Molly.

—¿Ah sí? ¿Fuiste cómplice de esto? —Averiguó, haciéndole cosquillas.

—¡No, papi, cosquillas no!

Reí con ellos al ver a mi hija retorcerse ante el ataque de su papá.

Dixon sonreía, pero a mí no me engañaba, la fiesta le afectó por los recuerdos que abordaban a su mente. Tal parecía que, por más esfuerzo que pusiera, los malos momentos de su infancia no se iban a borrar.

Sin embargo, no me daría por vencida, lo amaba profundamente y no descansaría hasta fortalecer las raíces de su nueva vida, una donde era amado de manera incondicional.



Todos se habían marchado. Fue una noche amena y alegre, comimos pastel y abrimos los obsequios. Molly hizo un dibujo para su papá y él confesó que fue el mejor obsequio de todos. Era el primer dibujo de nuestra hija. Después de todo, mi esposo pudo disfrutar de su noche, más al tener a Dexter presente para poder molestarlo con sus comentarios tan amorosos. Entre él y Alexa no paraban de molestar a mi cuñado, quien solo negaba sin hacer ningún comentario.

En algún momento se pusieron a ver un partido de futbol mientras bebían cerveza, la imagen de los tres sentados frente al televisor fue emotiva.

Ahora miraba la ciudad, mi hija dormía en su habitación mientras mi esposo y yo nos disponíamos a culminar su cumpleaños.

—Te gusta ver las luces de tu ciudad —murmuró a mi espalda.

Me rodeó el abdomen y se presionó contra mí, entrelazando nuestras manos.

—Son bonitas —acepté—. ¿Te hice sentir mal? —Me atreví a preguntar al fin.

Descansó el mentón contra mi hombro. Su piel estaba caliente.

—No, ya te he dicho que tú no tienes la culpa de la mierda que hay en mi cabeza. —Se tomó unos segundos antes de proseguir—.

Sabes que no tuve una fiesta de cumpleaños, y no me victimizo, ni tampoco quiero que sientas lastima por mí, pero esto me conmovió y tú me sorprendiste.

—Sorprenderte era el punto, bebé.

Me volví a verlo, descansé las manos en sus mejillas, me perdí en la belleza de sus ojos.

—Quiero hacerte feliz, Dixon.

—A veces me das tanto amor, que no sé cómo manejarlo.

—Solo tienes que disfrutarlo.

Recorrí su mentón con mis labios, él se quedó quieto por unos instantes.

—¿Qué escondes bajo la ropa? —Preguntó.

—Averígualo.

Desató el nudo de la bata y la dejó caer a través de mis hombros, revelando así mi desnudez.

—Como me gusta —dijo complacido, cubrió mi sexo con la mano—, tu coño y tus tetas disponibles para mí.

Me tomó en sus brazos y entramos a la habitación. Cerró las puertas de la terraza y encendió la luz. Le gustaba mucho vernos tener sexo y aprendí a sentirme cómoda con eso. Al final también lo disfrutaba, las muecas que Dixon hacía cuando me follaba, eran únicas y excitantes.

Nos recostamos en la cama, se cernió sobre mi cuerpo y comenzó a besarme la boca a la vez que mis manos lo desvestían y mis talones empujaban sus nalgas, atrayéndolo a mí.

—¿Estás ansiosa?

—Mucho.

Se medio incorporó para deshacerse de los pantalones y luego se estiró para alcanzar una botella de *Chateau Margaux* que abrió previamente. Me miró desde arriba.

—Quiero beber vino caro sobre tu piel.

—Nada lo detiene, señor Russo —susurré. Le gustaba que lo llamara así durante el sexo.

Inclinó la botella, dejó caer el líquido en mis senos y este me mojó hasta el cuello y abdomen, acumulándose en mi ombligo. Dixon lamió mis tetas alternadamente, rodeando mis pezones y vaciando un poco más de vino en ellos, chupó y me obligó a apretar las piernas.

—Tiene un mejor sabor —succionó mi cuello y amasó mi seno con la mano libre—, ¿cómo sabrá en tu coño?

Mi boca se secó, mientras que mi centro se mojaba.

Descendió con botella en mano directo a mi abdomen, su lengua remarcó las estrías que el embarazo dejó y finalizó en lo hondo de mi ombligo, limpiando el líquido. Mordisqueó la piel y continuó hasta la unión de mis muslos. Me miró un instante antes de verter el vino por toda mi hendidura.

Arqueé la espalda, contrariada por la sensación fría y luego por la hábil lengua cálida que retiró el líquido. Se hundió entre mis pliegues y hubo una ligera succión justo en mi clitoris, este acto me arrancó un gemido largo. Dixon no se detuvo y echó un poco más. Lo tomaba con ímpetu y desespero, un lengüetazo tras otro, siempre degustándolo con satisfacción.

—Con tus fluidos se vuelve un completo manjar —su aliento fue más caliente—, separa más las piernas, nena, mi lengua quiere tomarlo todo.

Obedecí de inmediato porque sabía todo el placer que vendría a continuación. Dixon hundió los dedos en mi vagina, los elevó justamente hacia mi punto más sensible, su muñeca giró con habilidad y entretanto, su lengua buscaba elevar mi excitación y sumirme en la locura.

—Tú eres el mejor obsequio, porque siempre serás mía, siempre voy a usarte de esta forma, me pondrás tan duro y aliviarías el fuego que tú misma provocas.

—Sigue diciéndome lo que harás conmigo —supliqué.

Sonrió malicioso y retiró los dedos de mi centro, lo sentía palpar, pedía más de la atención placentera que mi hombre nos daba.

—Quién iba a decir que terminarías suplicando por mis palabras sucias —se mofó.

Dobló mis rodillas y dejó caer más líquido por ellas, este resbaló hasta mis pies y él siguió el hilo muy despacio, saboreándose con la lengua otra vez. Lamió mis dedos y provocó una sensación distinta, pero igualmente excitante. El latigazo de placer se dispersó desde la punta de mi dedo hasta mi centro deseoso. De manera inevitable mis manos cogieron la curva de mis senos y apreté despacio.

Dixon tomó de vuelta el camino hacia mis labios y depositó un beso fugaz en mis labios. Tenía húmeda la boca, sabía a vino y a mí.

Se apartó de golpe y se puso de pie, en una mano sostenía la botella y en la otra su pene erecto mientras la agitaba de arriba abajo, masturbándose.

—¿Quieres probar? —Incitó provocativo, señalando su pene.

Mordí mi labio inferior y me levanté de prisa de la cama.

—Ponte de rodillas, vas a chupármela.

Relamí mis labios y lo obedecí. Mi mano sustituyó la suya, lo acaricié un poco antes de abrir la boca y meterlo lo más que podía.

Le di una leve caricia con la lengua alrededor de su glánde hinchado y luego succioné. Entonces de un momento a otro percibí el sabor del vino, alcé la mirada y se notaba complacido. Apretó los dedos a mi nuca y embistió con rudeza hasta el fondo. Tomé una bocanada de aire y me deleité con los sabores que palpaba mi paladar.

—Quiero que lo limpies con tu lengua —ordenó severo. Me encantaba su lado dominante en el sexo—, pero primero, abre la boca.

Mis labios se separaron, Dixon puso la punta de su pene en mi lengua y posteriormente vertió el vino a través de él, derramándolo en mi boca.

Esta noche había descubierto otra forma de beber vino.

Inundó mi garganta y comenzó a masturbarse, también llenaba de sus fluidos mi paladar. Cuando se detuvo, penetró sin cuidado y lo hizo una y otra vez. Mis dedos se aferraron a los muslos firmes de mi esposo y lo dejé usarme como quería.

—Tan sumisa —jadeó—, así me gustas: dispuesta y entregada. Mía.

Cerró los ojos y cuando creí que acabaría, se retiró y sin decir nada volvimos a la cama, parecía desesperado por poseerme, y para qué mentir, yo también lo estaba.

Se recostó y antes de que trepara en su regazo, me detuvo.

—Dándome la espalda, cariño. Quiero una vista de tus nalgas porque hoy follaré tu culo.

Tragué en seco. Cada vez que hacía eso —lo cual no era a menudo — me ponía mal porque descubría cuánto me gustaba el sexo anal.

Sin rechistar, me senté sobre su regazo dándole la espalda. Él me acomodó a su gusto, posó las manos en mis caderas, empujó mi espalda un poco hacia al frente, a continuación, escuché que hizo un ruido y al final, sentí el frío en mi culo, el frío del lubricante.

Tanteó despacio, con cuidado, me quedé quieta mientras metía uno de sus dedos en mí.

—Dixon —jadeé, excitada e incómoda.

—Móntame, nena.

Alcé un poco las caderas y me dejé caer sobre su pene, se adentró en las paredes de mi vagina e inicié un ritmo pausado, solo movimientos sutiles, arriba y abajo. Entretanto, Dixon continuaba estimulando mi culo, echó más lubricante y puedo decir que la excitación me golpeaba con fiereza, desgarrando mi compostura, haciéndome perder la vergüenza.

—Ya casi, cariño —susurró con la voz ronca.

Frente a nosotros había un espejo, el mismo donde observaba mi reflejo y lo Diosa que me veía montando a mi hombre.

—¿Te gusta mirar?

—Mucho —acepté—. Somos perfectos.

—Tú lo eres.

Volvió a tomar el control, alzó mis caderas y sacó su pene de mi vagina, lo colocó en mi culo y presionó despacio, avisándome que iba a entrar. No me moví y empujó un poco más, adentrándose unos centímetros. Advertía su tamaño, se sentía apretado.

—La puta gloria —siseó. Movié la pelvis contra mí y se deslizó con más facilidad, ya no dolía tanto, solo era una sensación extraña.

—Te siento tanto —susurré absorta en lo que causaba en mí.

—Me vas a sentir más cuando te dé duro.

Curvé la espalda hacia al frente cuando estuvo completamente en mi interior. Contraí los dedos y de nuevo mis caderas se movieron en sincronía a las suyas. Deslizó una de sus manos entre mis muslos, la otra acunó la curva de mi seno, jugaba con mi pezón.

—Estás caliente y resbaladiza —señaló, ejercía presión en mi clítoris—, deliciosamente mojada.

Aplastó mis nalgas y las separó.

—Mastúrbate, quiero que observes lo hermosa que te ves cuando te corres. Un puto pecado.

Cerré los parpados, mis dedos separaron los labios vaginales y encontré mi clítoris hinchado. Me toqué como Dixon ordenó mientras él continuaba embistiendo. Luego de unos minutos, irguió el cuerpo, apretó el pecho contra mi espalda, descansé la cabeza en su hombro y él rodeó mis senos con los brazos a la vez que su boca mordía la piel de mi cuello.

—Te tengo y no voy a soltarte —susurró—, el placer que siento estando dentro de ti me vuelve loco.

—No quiero terminar —musité—. Amo tu cuerpo, tu piel, la forma en que me follas.

Hundió los dedos en mi carne y en un movimiento estuve con el pecho contra el colchón, las rodillas flexionadas y Dixon embistiéndome duro desde atrás. Tomé las sábanas y una sonrisa asomó mis labios. Estaba disfrutándolo mucho.

—Preciosa y delicada —murmuró.

Grité cuando me dio un azote en la nalga derecha. El calor se aglomeró en mi piel y también en mi cara. Después de ese vino otro, esta vez jadeé y una ola de placer me recorrió entera.

—Te gusta que te azote, me aprietas cada vez que lo hago.

Tocó entre mis piernas y temblé ante ese simple roce.

—Y te empapas... mucho.

Salió de mi interior, me puso boca arriba, abrió mis muslos y su saliva cayó en mi centro antes de que su pene se hundiera en mi culo. Posó la yema de los dedos encima de mi hinchado brote y lo estimuló. Lo rodeé con mis piernas y lo presioné a mí.

—Voy llenar tu coño con mi semen —avisó excitado.

—Lléname de ti —supliqué.

Aceleró sus movimientos, calentó mi sangre y el corazón parecía que se me iba a salir. Entre jadeos le pedía más, quería sentirlo más dentro, más duro. Dixon hacia estragos y me encantaba.

Segundos antes de alcanzar mi orgasmo, Dixon salió de mi cuerpo y echó su semen en mi sexo, todo el liquido me cubrió a la vez que sus dedos terminaron de masturbarme, haciéndome llegar a la cúspide del éxtasis. Gemí alto y claro, dije su nombre y estuve completamente satisfecha mientras su semen escurría hacia mi vagina, mezclándose con los fluidos de mi orgasmo.

—Te amo tanto —dije jadeante. Aplastó mi figura con la suya.

—Sé que solo me amas por el buen sexo que te doy.

—Y por el tamaño de tu pene —bromeé.

—Bruja —reí, era la segunda vez que me llamaba así—, te amo.

Gracias por este día.

—Mereces que te pasen cosas buenas, bebé.

—Ahora lo sé, Holly.



## Capítulo EXTRA 03

### *Dixon*

La observaba absorto en su belleza.

Tenía a dos mujeres a su alrededor, ellas la maquillaban y se encargaban de dejarla más hermosa. Mi esposa me miraba de vez en cuando, sonreía y volvía a desviar la vista. Se encontraba bastante nerviosa, lo divisaba en sus rasgos. Entretanto, Molly permanecía sentada a mi lado, en sus manos descansaba un peluche de gato y un libro de cuentos que llevaba a todas partes, apenas comenzaba a leer y aprender las letras, pese a su edad tan temprana, se esforzaba mucho por conocer el mundo de mamá, como ella solía decirle al trabajo de Holly.

Hoy Holly tenía una entrevista en televisión, debido a que su editorial ganó mucha popularidad y yo no tuve que ver en eso. Ella misma se abrió paso, trabajaba duro en la universidad e invertía en sus escritores que, a pesar de ser pequeños y poco conocidos, lograban sobresalir debido a la calidad de sus escritos. Holly tenía buen ojo para eso, les daba la oportunidad por igual y cambiaba vidas, vidas de personas que creían no poder vivir de lo que amaban.

Mi esposa era un ángel.

—Saldremos al aire en diez minutos —anunció un hombre, asomándose por la puerta. Dirigió sus ojos a Holly y luego a mí, apreté el ceño y enseguida desapareció.

Las mujeres que maquillaban a Holly se retiraron, dejándonos solos.

Me incorporé y Holly hizo lo mismo. Llevaba un pantalón de vestir negro, blusa color perla y un saco que le iba de maravillaba. Su cabello largo y sedoso estaba bien arreglado, y su rostro, su precioso rostro lucía más iluminado que nunca.

—¿Cómo luzco? —Preguntó nerviosa. Tallaba las palmas de sus manos en los costados de sus piernas.

—¡Bonita, mami! —Chilló Molly. Sonreímos al mismo tiempo.

—¿Tengo que decirlo, nena? —Le rocé la mejilla— Estás y eres hermosa.

—Estoy muy nerviosa —confesó.

—No lo había notado —bufoneé—, lo harás bien.

—Me da pánico equivocarme, es a nivel nacional —cuchicheó ansiosa.

Mis manos acunaron sus mejillas y en silencio le pedí calma.

—No importa si te equivocas, cariño —susurré—, nosotros vamos a estar aquí, orgullosos de ti. Lo que piensen lo demás es pura mierda.

—Dixon.

—Solo sé tú misma, como siempre lo haces —aconsejé.

Asintió, agobiada. Le di un abrazo fuerte y cuando la solté, Molly exigía el suyo. Mi esposa la cargó y mi hija la besó en la mejilla.

Ambas se parecían mucho y me alegró no haberme equivocado.

Definitivamente Molly sería mi única hija, no pensaba en la posibilidad de tener un niño y saliera idéntico a mí. Eso sería un completo caos.

—¿Podemos ir a comer hamburguesas? —Preguntó Molly. Era fanática de esa comida, aunque procuraba no permitirle comer mucho de eso.

—Lo que tú quieras, Molly —dije, tomándola en mis brazos.

—Señora Russo, la necesitamos —irrumpió el mismo hombre.

Tomé de la mano a Holly y los tres salimos del camerino en dirección al set. El sujeto nos guiaba y se detuvo antes de que llegáramos. Todo estaba acomodado para recibir a mi esposa, las luces, las cámaras y el entrevistador: Jack Thomas. Un idiota que reconocí, era bastante popular en

mi ciudad. Me caía muy mal, pero el que haya invitado a Holly le serviría mucho a ella, a su editorial y a sus escritores.

—Deséame suerte —pidió en voz baja.

—No la necesitas, nena —besé sus labios de manera fugaz—, ve y haz lo tuyo.

Sonrió ampliamente y soltó mi mano.

—Señor Russo —miré al hombre—, acompáñeme, le diré donde puede sentarse —agregó tartamudeando en cuanto lo miré. Me tomó desprevenido el sonrojo en sus mejillas.

¿Qué carajos?

Manteniendo su distancia nos dirigió a un lugar desde el que pude apreciar a mi esposa y al imbécil que la entrevistaba. No perdí detalle de ella, poco a poco los nervios se fueron desvaneciendo en cuanto inició la conversación, procuraba no mirar mucho a las cámaras, como si no estuvieran ahí. Sonreía amable y reía ante las estupideces que salían de la boca del idiota que ni siquiera era carismático.

—Mami se ve muy linda —comentó Molly—, y está en la televisión, papi.

—Sí, *MR* —la acomodé en mi regazo—, mamá es la más hermosa y talentosa mujer de esta tierra.

Asintió de acuerdo, sin borrar la sonrisa de sus labios, orgullosa de su madre tal y como yo lo estaba. Sin embargo, el buen humor no me duró mucho, no cuando ese cretino tomaba de la mano a Holly y le sonreía a modo de broma, pero no, no me pasaba desapercibida la forma en que ocasionalmente la rozaba y le miraba el escote.

Al parecer, alguien quería quedarse sin manos y sin ojos.

—Pasaremos a las preguntas un tanto personales —lo escuché decir luego de varios minutos hablando sobre la editorial— el público quiere conocer un poco más de la exitosa y bella mujer que lidera esta editorial —añadió.

*Contrólate, Dixon, están en televisión, no queremos sus sesos ensuciando las cámaras.*

—Claro —aceptó Holly, noté su incomodidad de inmediato y si ese cabrón seguía con sus tonterías, terminaría esta puta entrevista. Mi paciencia tenía un límite.

—Escuchamos que hace unos años atrás eras la secretaria del empresario Dixon Russo, hoy eres su esposa —ella asintió despacio, sin mostrar su desagrado por la forma en que buscó hacerla inferior— también sabemos que es el hombre más poderoso de esta ciudad.

Menudo payaso.

—¿De alguna manera él ha influido en tu éxito? Cuenta con las influencias necesarias para hacer prospero cualquier negocio, no dudamos que el señor Russo quiera poner el mundo a los pies de su esposa —dijo con malicia, adjudicándome el éxito de Holly.

Hijo de puta. Te voy a romper el cuello.

Holly sonrió e irguió la espalda, su semblante tranquilo, pero en sus ojos había enojo, sin embargo, lo controló.

—Por supuesto —aceptó—, mi esposo ha influido y en gran parte.

Me incorporé del sofá con Molly en brazos. Mi esposa dirigió sus ojos a mí.

—Él es mi inspiración, quien me incita a seguir mis sueños sin importar los riesgos y los fracasos que pueda tener. Dixon jamás suelta mi mano —susurró sin apartar su vista de mi persona—, él influye en mí de la mejor manera, le debo estar aquí. Fue un impulso para enfrentar mis miedos, un apoyo cuando más lo necesité, él es mi protector y mi lugar seguro.

Se detuvo un momento, tragué grueso, sintiéndome expuesto y cohibido. Ella se expresaba así de mí delante de todas las personas de esta ciudad, de todo el puto país. Tuve ganas de abrazarla.

A veces no asimilaba que yo pudiera influir de buena manera en la vida de alguien, luego veía a mi esposa y a mi hija, y me daba cuenta que sin importar toda la miseria que llevaba encima, podía ser bueno para ellas.

Era amado... y mucho.

—Así que sí —volvió la vista a Jack, que quedó como un payaso—, Dixon influye en mi éxito, y mucho, ¿no creé?

Ahí estaba mi mujer, siendo ella misma, siempre.

Él acomodó el nudo de su corbata y forzó una sonrisa.

No le quedó más que continuar con las preguntas normales, adulando a mi esposa después de haber hecho el ridículo con sus preguntas nefastas. Él no conocía a Holly, creyó que podría acorralarla, pero mi esposa era demasiado inteligente para caer con patanes, bueno, con excepción de mí.

Después de varios minutos más, la entrevista acabó. Holly se puso de pie y el tipo la tomó de la mano mientras seguía adulándola. Fue todo lo que soporté. Me encaminé de inmediato hacia ellos, importándome poco que estuviera prohibido. Ya quería ver a alguien tratando de detenerme.

—Te sugiero que le quites las manos de encima a mi esposa —dije apenas al llegar—, no tolero que la toquen y cuando lo hacen, de verdad me pongo de mal humor —agregué, comportándome un poco, lo único que quería era despotricar contra él, pero no lo haría delante de mi niña.

—Oh, señor Russo, solo estaba siendo amable —masculló despectivo.

Efectué una sonrisa carente de gracia.

—El ser amable te dejará sin manos —pronuncié muy bajo. Pasó saliva.

—Dixon —intervino Holly—, es hora de irnos.

El idiota se alejó deprisa, aprovechando la intervención de Holly.

—Dame un momento —murmuré, dándole a Molly.

—Dixon, por favor, sé que es un cretino...

—No —la detuve—, vi lo que estaba haciendo y no lo dejaré así.

La besé en la frente antes de ir detrás de él. Lo vi entrar a su camerino, antes de que cerrara la puerta, la empujé con mi mano, entré y cerré.

—¿Qué creé que hace? No puede estar aquí.

Enseguida lo cogí de las solapas de su saco y lo empujé contra la puerta. Él se mostró alarmado y totalmente sorprendido.

—¿Por qué te sorprendes? Estoy seguro que sabías que, si te metías con mi mujer, iba a venir por ti.

—Solo le hice un favor, ¿de qué demonios habla? —Lo empujé con más fuerza, sacándole el aire.

—¿De qué hablo? —Empuñé las manos en su maldita ropa cara— Tu manera de tomarla de la mano, de verle el escote y de querer humillarla frente a las cámaras, haciendo menos su esfuerzo.

—Por supuesto que no, yo...

—Cállate, imbécil —espeté—, en tu maldita vida vuelvas a ponerle las manos encima o te juro que no va a quedar nada de ellas.

—¿Me amenaza? Sé quién usted, pero también sabe quien soy yo.

—Si sabes quien soy, también sabrás que no me costará nada desaparecerte si hablas mal de mi esposa. Así que cuida lo que salga de tu puta boca o te prometo que será lo último que digas.

Lo solté empujándolo lejos de la puerta. Se acomodó el saco y me miró furioso. No esperé a escuchar lo que tuviera que decir, estaba advertido y debería agradecer que lo puse sobre aviso, aunque quién sabe, si me ponía de malas, seguro iría a arrancarle la lengua.

Volví con mi esposa, que ya se encontraba en su camerino, al verme, se cruzó de brazos y esperó lo que tuviera para decirle.

—¿Qué le hiciste? —Averiguó.

—Nada que hubiera querido —encogí los hombros—, solo le di un par de lecciones de modales.

—¿Tú dando lecciones de modales? —Inquirió con burla.

—Ya sabes que los conozco, aunque no los practique.

Le rodeé la cintura, Molly esperaba sentada en el sofá, leía su libro, ignorante de lo que su madre y yo hablábamos.

—Estuviste grandiosa —susurré. Lanzó un largo suspiro—. Y lo que dijiste sobre mí.

—Es la verdad, bebé —musitó sincera—, eres mi todo, Dixon Russo.

—¿Cuándo será el día que asimile que tú me amas?

—Puedo ayudarle con eso, señor Russo —tiró de mi corbata y me atrajo a su boca—, cada día de nuestras vidas le repetiré que lo amo.

—Nena, sabes lo que causas cuando me llamas señor —mordí su labio inferior—, ¿me dejas jugar contigo? Me porté bien.

—No tan bien —recordó.

—Detalles —mi lengua probó su labio inferior de lado a lado—, quiero tener a estas —amasé sus nalgas—, apretadas a mi pelvis mientras te follo.

—Atrevido —comentó divertida.

—¿Lo quieres o no? —Inquirí, restregándole mi erección en el vientre bajo.

—Tómame, Russo, soy toda tuya.



Por la noche, acompañaba a Molly en su habitación mientras Holly metía los platos sucios al lavavajillas. Nos dividíamos las tareas en casa y hoy me tocó acostar a nuestra hija. Había terminado de leerle un cuento, la amaba mucho, pero ahora solo quería que se durmiera. Tenía una noche prometedora con su madre. Hacía un día que no la follaba y eso para mí era demasiado tiempo. No me culpen, me resultaba imposible mantener mis manos apartadas de ella.

—Papi —murmuró soñolienta, mis manos acomodaban el edredón sobre su cuerpo.

—Dime, cariño.

—¿Yo seré igual de bonita que mamá?

Terminé de cobijarla y tomé asiento a su lado encima del colchón.

Mis dedos se desplazaron por su frente.

—Ya eres bonita, *MR.* —No paraba de acariciarle su carita.

—Quiero ser como ella —añadió.

—Cuando crezcas, tendrás tu propia esencia, aunque por supuesto, habrá una parte de mamá y una parte mía, pero la tuya, es la que te hará única e inigualable.

—¿Y si soy mala? —Negué despacio.

—Sin importar lo que tú seas, los errores o aciertos que cometas, mamá y yo te amaremos siempre, Molly —aseguré—, estaremos para ti en cualquier circunstancia. Si caes, te ayudaremos a levantarte, cada vez que nos necesites, estaremos ahí. Buena o mala, no dejarás de ser mi hija y yo no dejaré de amarte como lo hago.

—¿Lo prometes? —Besé su frente.



—Lo prometo. Ahora duerme, mañana tienes colegio.

Asintió y apretó con más fuerza el peluche. Me puse de pie y dejé encendida su lámpara, abrí la puerta y antes de salir, ella me llamó.

—Papi.

—¿Sí?

—Te amo —susurró—, te amo por siempre. —Sonreí.

—También te amo, te amo por siempre, *MR*.

Salí y cerré la puerta sin borrar la sonrisa de mi cara. Mis mujeres tenían ese efecto en mí, ambas me hacían sonreír demasiado.

Entré a nuestra habitación y escuché el agua de la regadera.

Mientras caminaba hacia el baño me deshice de los zapatos, el saco y la camisa, dentro encontré a Holly desnuda bajo el chorro de agua.

Me miró y sonrió traviesa. Mi cuerpo reaccionó de inmediato al verla y sin perder tiempo me quité los pantalones.

—Alguien está feliz por la acción que tendrá esta noche —señaló mi pene.

—No solo él está feliz, nena. Mi lengua ya siente el sabor de tu coño en ella.

Negó despacio y me metí a la ducha. No pensaba follarla aquí, solo calentarla lo suficiente para que sucumbiera a mis perversidades, como siempre.

Me postré detrás de ella, enseguida mis manos cogieron sus senos, estaban resbaladizos por el gel, la espuma se dispersaba por todo su cuerpo y no me contuve para tocarla entera. Travieso, metí los dedos entre sus pliegues, Holly descansó la cabeza en mi hombro y me dejó seguir tocándola.

La estimulé un poco antes de bajar a su vagina, me entretuve un poco bombeando dentro de ella, el agua recorría su figura y me sentí celoso. Anhelaba poder tocarla por todas partes, sentirla estremecerse de placer sin interrupciones, cada centímetro de su ser.

Brusco, empujé su pecho contra la pared húmeda. Jadeó y se quedó quieta, mi pene se situó entre sus nalgas. Presioné.

—Qué obediente eres cuando tengo mis dedos dentro de ti.

—Me nublas la razón —murmuró excitada.

—Ahora no querré estar un segundo sin tocar entre tus pliegues — empujé dentro de ella—, qué caliente te sientes. Me encanta.

Pasé un buen rato jugando con su placer, le daba el suficiente para tenerla ansiosa, sin acercarla al orgasmo, aun no quería que llegara.

—Quiero tu boca —dije en su oído.

—¿Dónde, señor Russo?

—En mi pene —mordí su lóbulo—, ponte de rodillas, cariño, y chúpalo hasta hacerme venir.

Se volvió y obediente se puso de rodillas, me miró un segundo, sostenía mi erección en su mano. Dio ligeros lengüetazos a través de la punta hinchada mientras me masturbaba. Luego, separó los labios y metió la mitad a su boca. Siseé de placer y descansé la palma contra la pared, mi mano libre apretó su nuca y empujé su cabeza hacia al frente.

—Trágalo todo, Holly —incité—, lo quiero dentro de tu garganta.

Se esforzó por meter de a poco mi tamaño.

—No puedo describir lo bien que se siente follarte la boca.

—Sé que lo disfrutas —lamió desde el tronco hasta la punta, tenía los labios muy rojos—, disfrutas verme de rodillas.

Presioné sus mejillas con los dedos, alzándole la cara hacia mí.

Amaba que se dejara dominar por mí en el sexo.

—Así es, cariño, ahora sigue chupando.

Sonrió y me sostuvo con su boca otra vez. Joder. Me tenía atrapado, era maravillosa manipulándome con la lengua y sus labios. Agitaba la mano en torno a mi tamaño, al tiempo que rozaba mis testículos, causándome escalofríos. Estaba muy excitado, la presión que ejercía, su toque, el calor y la humedad de su boca, su rostro perverso, el vaivén de sus tetas y mi mano cernida a su cabeza, dominándola.

Holly de rodillas era de las imágenes que conservaba en mi memoria cuando me masturbaba.

—¿Dónde lo quieres? —Averigüé jadeante.

—Sorpréndeme, Russo —tentó.

La tomé de los hombros levantándola del suelo. Presioné su pecho contra la pared de nuevo, entonces situé mi miembro entre sus nalgas, me masturbé sin dejar de mirarle el culo perfecto y redondo.

Agarré una de sus nalgas con fuerza, hundiendo los dedos en ella, luego derramé mi semen en su espalda baja y parte de sus nalgas, deslizando la punta de mi pene hasta su culo, apreté y terminé de vaciarme ahí.

—Tendrás que lavarme otra vez —susurró, mirándome por encima de su hombro.

—Qué sacrificio —dije sonriente.

Manipulé su cuerpo y la ayudé a lavarse, posteriormente ella hizo lo mismo conmigo. El deseo se avivaba en sus orbes y yo no dejaba de estar duro por ella. Mi erección en lugar de bajar parecía que seguiría creciendo.

Al finalizar, salimos de la ducha, ambos desnudos y totalmente secos, aunque no podía decir lo mismo de su cabello.

—¿Qué haremos ahora? —Preguntó.

—Follar —simplifiqué—. Ponte en cuatro sobre la cama.

—¿Qué planeas? —Enarqué una ceja— No, mejor no lo digas.

Puse las luces de la habitación tenues. Holly subió a la cama y se puso en cuatro, tan linda, siempre acatando mis órdenes.

Trepé a la cama con ella, me posicioné detrás de su cuerpo. Recorrí su espalda tersa con la punta de mis dedos, al final acabé en sus nalgas, besé una, después la otra y al final, mi cara se perdió entre sus muslos.

—¡Dixon! —Jadeo sorprendida. No esperaba recibir mi boca en su coño de esta manera.

La sostuve firme de sus nalgas y continué abarcando con mi boca sus pliegues, chupé como quise, mi lengua se aventuraba a través de su clítoris mientras Holly permanecía en cuatro, jadeando y empapándose. Se sentía maravilloso hurgar entre sus piernas y palpar al cien su calor y sus fluidos resbalando por mi barbilla.

—No puedo creer que estés... —Calló y metí dos de mis dedos en su vagina —, oh, Dios mío.

Sabía que no solo le excitaban los movimientos de mi lengua, sino también la posición en la que estábamos: ella en cuatro y yo detrás con mi cara en su coño.

Ajusté el brazo a su espalda baja, manteniéndola en su lugar mientras yo no tenía suficiente de ella. Temblaba entera y se tensaba en momentos; descansó el pecho sobre el colchón, alzó sus caderas y me dejó abarcar más de su sexo mojado. Entretanto, mis dedos pasaron de su vagina, a su culo, cuando la toqué ahí, jadeó bajito y no fue capaz de articular una palabra.

—¿Qué pasa, nena? ¿Te has quedado muda?

—Idiota —gimoteó—. Es demasiado.

—Lo sé.

Mi boca besó sus labios vaginales, estaban muy cálidos y resbalosos, la dureza de su brote hinchado sobresalía entre ellos.

Presioné un poco con la punta de la lengua mientras follaba su culo con mis dedos. La sentí contraerse y enseguida arrastré mi boca hasta su vagina y la hundí lo más que pude, saboreando en mi paladar su orgasmo. Me mojó toda la cara, pero eso más que

incomodarme, me endureció el pene, mis testículos cargados de semen que quería derramar dentro de ella.

—Dixon, oh, Dixon —gimió largo y bajo, viniéndose una y otra vez en mi rostro.

—Qué delicia es degustar tu coño —susurré—. Mi lengua en tu vagina y mis dedos en tu culo, ¿se siente bien?

—Más que bien.

Erguí la espalda y le di la vuelta. Su bonito rostro estaba sonrojado.

Le quité el cabello de la frente y sin miramientos la besé. Holly me respondió, abrió la boca y me recibió, gimiendo de nuevo al palpar su sabor a través de mí.

—¿Sabes que más me gusta? —Articulé sobre sus labios.

—¿Qué?

—Mamar tus tetas.

—¡Dixon! —Chilló sonrojándose un poco.

Separé sus piernas y mi falo se extendió dentro de sus paredes aún contraídas por los vestigios del orgasmo.

—¿Recuerdas cuando estaban llenas de leche? —Empujé las caderas y de una estocada me tuvo dentro— Me encantaba probarlas.

—Eres un pervertido con fetiches raros.

—Y aún tengo algunos guardados por ahí —balanceé la pelvis contra ella —, tu hombre no dejará de innovar en el sexo.

Bajé hasta sus tetas y no demoré en prenderme de sus pezones.

Los chupé con ansias, rozándolos con mis dientes, pero sin morder, a Holly no le gustaba, así que los rodeaba con la lengua y luego los mamaba con ansias mientras le daba duro, dejando ir todo mi miembro en su vagina caliente que me sostenía.

Holly se removía debajo de mí, alzaba la pelvis y se acoplaba a mis estocadas erráticas. Primero lo hacía lento y duro, después rápido y duro. Siempre duro. Me encantaba el sonido que emitían nuestros cuerpos cuando chocaban uno con otro y lo rojas que quedaban sus nalgas y sus muslos.

—No puedo tener suficiente —musitó agitada—, no puedo tener suficiente de ti.

La miré y sonreí malicioso.

—Sé donde presionar para volverte una adicta de mí y de mi pene hambriento de tu coño.

—Por Dios, Dixon. Tu boca.

—La amas —afirmé.

Me incorporé, separé bien sus muslos y admiré de la belleza de su sexo fundiéndose con mi miembro. Su carne y la mía se veían perfectas juntas. Agarré mi falo con la mano y lo desplazé por sus pliegues, la provoqué un poco antes de presionar la punta a su culo.

—Dixon, hazlo despacio.

—Soy cuidadoso, nena. Cuido tu cuerpo.

Me deslicé despacio, centímetro a centímetro.

—No te tenses, si duele lo retiro.

—Me tenso porque me gusta cuando entra en mí —confesó. La miré.

—Perversa.

Me cerní sobre su anatomía sin dejar caer mi peso. Me gustaba mirarla debajo de mí: desnuda, jadeante, con mi dureza empalándola de a poco.

No aparté mis ojos de ella en ningún momento, avancé lo suficiente hasta que estuve dentro. Ambos jadeamos aliviados. Retiré las caderas y volví a embestir. La sensación era abrazante, me volvía loco y me hacía querer más, acelerar y tomarla como un animal.

—¿Cómo es que me excitas tanto? —Exclamó entre gemidos.

—Te conozco demasiado.

Acomodé sus piernas alrededor de mis caderas y no paré de penetrarla con estocadas largas y lentas. Después, agarré sus muñecas, presioné y coloqué sus brazos por encima de su cabeza.

Las sostuve ahí, entretanto, mi mano libre se cernió a su cuello.

—¿Qué pretendes, Russo? —Indagó, me observaba con la mirada rebosante de lujuria. Le gustaba que la tomara del cuello.

—Follarte tan duro hasta que supliques por más.

—Te pediría parar. —Reí y erguí la espalda solo lo necesario.

—No conmigo, nena.

Ejercí presión en ella antes de iniciar con mis embestidas violentas.

Su culo estaba más que caliente y muy ceñido, siempre se sentía más apretado, pero sin dudas, yo prefería su coño. Sin embargo, follarla así elevaba mi libido. Mientras la penetraba, su boca se mantenía entreabierta, se mordía el labio de vez en cuando y a través de los sonidos de su garganta me pedía más.

Y yo no quería acabar, necesitaba quedarme dentro de ella para siempre. Se sentía delicioso cuando entraba la punta y al final cuando acababa de acogerme entero.

Follarla era mi pasatiempo favorito.

Desprendí su cuerpo de mi agarre, me incorporé por completo y descansé la palma contra su sexo, cubriéndolo entero.

—¿De quién es esto, cariño?

—Tuyo.

—Tu coño está hambriento, ¿no? —Cerró los ojos, toqué su clítoris con el pulgar.

—Sí. Hambriento de ti, solo de ti.

Sonreí complacido, bajé la mirada a su sexo y mi saliva se deslizó hasta él. Holly tembló y contrajo los dedos, arrastrando las sabanas dentro de ellos.

—Qué sucio eres.

Reí y seguí en lo mío, estimulándola sin detenerme, metiendo todo mi tamaño en su culo, haciéndola gritar cuando esto pasaba. Y como me encantaba.

—Dixon, estoy por llegar —me miró y pidió mis labios—, llega conmigo.

Uní mi boca a la suya, la besé con pasión, moviéndome dentro de ella, tocándola, ayudándola a llegar al éxtasis, el cual no demoró mucho en alcanzarnos a los dos. Mi nombre fue pronunciado por sus labios, me bebí su aliento, se corrió en mi mano, mojándome la palma entera, al tiempo que



mi semen escurría dentro de su culo, mis testículos se alzaron derramando todo sin dejar nada fuera.

Jadeante, la miré.

—Necesitamos otra ducha —murmuró.

—Lo que necesito es que me montes, cariño. Aún no tengo suficiente de ti.

Salí de su cuerpo y la ayudé a levantarse de la cama, sosteniéndola de la cintura, todavía temblaba.

—¿Me complaces?

—Noche tras noche, Diablo.

## **Capítulo EXTRA 04**

### ***Dixon***

Noche buena.

Era la primera vez que celebraría este día en compañía de alguien que no fuera una curvilínea botella de alcohol o una golfa cualquiera.

No recordaba una ocasión que haya pasado navidad en familia, quizás hubo alguna, pero era demasiado pequeño para poder recordarla. Después de eso vinieron los desplantes de mi madre, las enseñanzas de mi padre, el Presidio y la nueva versión de mí a la que no le interesaba celebrar esas estúpidas fiestas decembrinas en un hogar donde no había paz, mucho menos amor para mí.

El año pasado fue algo similar, en la víspera de Navidad la pasé follando con una rubia en plena avenida y a consecuencia de mi desafío, terminé en la cárcel; Holly fue a sacarme de ahí. Sonreí al recordar esa noche, ella se quedó conmigo hasta el amanecer en el pent-house, y fue desde ahí que supe lo que mi niña significaba para mí.

Al final, luego de un montón de obstáculos y estupideces más, un año después me encontraba en mi hogar, con mi esposa embarazada preparando la cena para noche buena.

Su padre vendría, también Dexter y Alexa, además de Theo. Solo seríamos nosotros y me bastaba. Eran las personas más cercanas a mí y las únicas que necesitaba conmigo.

Debo mencionar que en nuestra casa se respiraba la Navidad, Holly y yo pusimos un arbolito, lo decoramos con esferas purpuras que llevaban el nombre de todos los que nos reuniríamos esta noche, por supuesto, el nombre de Theo tampoco podía faltar. Esa bola de pelos perezosa seguía robando oxígeno. Aunque no mentía, también lo quería.

Ahora estábamos en la cocina, cortaba algunas zanahorias con bastante asiduidad. Bien pudimos pedir toda la comida al restaurante, pero claro, dónde se ha visto que mi esposa elija esa opción. Ella amaba cocinar y yo amaba comer todo lo que hacía con esas manos y también aquello que resbalaba de entre sus piernas.

Negué despacio. Era un cretino caliente y lujurioso.

—Bebé, los pedazos son muy grandes —murmuró Holly. Miré la zanahoria bajo mi ceño fruncido.

—Nena, soy bueno con los cuchillos cuando apuñalo gente, no cuando corto verduras para una ensalada.

—Pues imagina que es un dedo y córtalo bien en trocitos —dijo con la cara cubierta levemente de harina.

—Sádica —mascullé. Sonrió.

—Solo así entiendes.

Me dio la espalda y se agachó para revisar el pavo en el horno.

Incliné la cabeza hacia un lado, viendo lo perfecto de su culo, le había crecido un poco por haber subido de peso gracias al embarazo. Y joder,

como me encantaban sus nuevas curvas, me ponía tanto verla sobre mí, con esas tetas rellenas que disfrutaba chupar. Su leche me gustaba, apenas la producía y no me quejaba cuando salía de sus senos, aunque Holly me reñía por eso.

Bah. Yo era un perverso y no me avergonzaba.

—¿A qué hora llegarán? —Pregunté. Se incorporó, su barriga creció mucho en las últimas semanas.

—Cerca de las ocho —miró su reloj—, ya casi acabamos.

—¿Tenemos tiempo de follar? —Averigüé sugestivo, mi sonrisa no fue devuelta.

—Tu esposa embarazada está cansada —resopló, quitándose un poco de harina de la nariz.

—Solo tienes que abrirme las piernas, yo haré lo demás.

—Eres imposible, Dixon Russo.

Me encogí de hombros y ella me devolvió una leve sonrisa.

A continuación, finalizamos con todo lo que debíamos hacer entre aquellas paredes que se impregnaron de olores de especias. Pude cortar las zanahorias y me sentí orgulloso de eso. Nos dirigimos a la planta alta para ducharnos, aunque yo tenía otros planes en mente.

—Espero te gusten tus obsequios —mencionó al estar dentro de nuestra habitación.

—No necesitabas darme nada —recordé.

—Tú tampoco e incluso así insististe —replicó. La ayudé a deshacerse de la ropa, el embarazo de verdad la agotaba, por eso no quería que cocinara, pero era tan terca como yo.

—Es mi primera navidad contigo, debía haber obsequios.

Suspiró y deshice la coleta que llevaba, el cabello le cayó por la espalda y el olor me cautivó, como todo en ella. La tenía desnuda delante de mí y amaba verla así con su barriga redonda. La toqué, sintiendo el cuerpo de mi bebé dentro del de su madre.

—Los tengo a ustedes —puso su mano sobre la mía—, no quiero nada más. Te amo mucho, bebé, lo sabes, ¿no?

—Aún lo estoy asimilando, cariño —dije divertido. Me acarició la mejilla y pidió mis labios.

Incliné mi cara hacia su boca, depositó un beso fugaz y me sonrió enamorada.

—Vamos a ducharnos y por la noche me harás el amor.

—¿El amor a lo Russo? —Rodó los ojos. Ella sabía lo que significaba.

—A lo Russo será.



Más tarde los únicos invitados habían llegado, mi preocupación sobre Theo queriendo derribar el árbol, se esfumó cuando lo vi echarse en el sillón. Ese gato holgazán era demasiado perezoso como para querer tirar el árbol. Menudo flojo. Por otro lado, cenamos en tranquilidad, Alexa con sus ocurrencias hacía reír a toda la mesa y no podía quejarme de ello, la chica de verdad ponía esa chispa en la vida de mi hermano y él la miraba como un idiota, bueno, aún más de lo normal.

Holly y mi suegro se veían muy contentos, era la primera navidad que pasaban juntos en años y pese a no querer llenarme de sentimientos negativos esta noche, me dolía pensar en Holly sola, en esta ciudad, en un día en el que debería estar con las personas que amaba. Quería hacerla feliz, más feliz de lo que ella pudo haber soñado, tanto que ni siquiera pudiera recordar los momentos tristes.

La vida me había llevado a ella por una razón y no solo fue para hacerme menos miserable, bien sabía que de la manera que fuera, yo me encargaría de darle todo lo que le arrebataron.

—¿Y si abrimos los obsequios? Ya es media noche —Sugirió mi suegro. Llevaba unas copas encima, nunca lo había visto tan ebrio, le pegó duro al whisky.

—Adelante —accedí sin problema. Me hallaba nervioso sobre los obsequios, por eso no me gustaba darlos, nunca sabía si serían al cien por ciento del agrado de la persona.

—La cena estuvo deliciosa —murmuró Alexa mientras nos poníamos de pie.

—Dixon me ayudó —dijo orgullosa mi esposa. Mi hermano rio.

—No sabía que tenías dotes culinarios, hermanito —bufoneó.

—Cierra la boca, cretino —espeté, adelantándome hacia la sala.

—Dixon, sé amable —riñó mi esposa, dándome un golpecito en el brazo—, hoy no se dicen malas palabras.

—¿Solo en la cama? —Susurré en su oído. Se sonrojó un poco y sacudió la cabeza mientras sonreía, consciente de que su esposo nunca cambiaría.

Sin demorar más nos reunimos en la sala, mi hermano cogió el primer obsequio, dándoselo a Holly, después fue el turno de Alexa, ambos nos llenaron de regalos que abrimos sin prisas. En las cajas coloridas encontré un reloj, un perfume, ropa y al final una cadena. La miré con recelo mientras pensaba en todas las maneras en las que podría matar a Dexter con ella.

—¿Una puta cadena de perro? —Siseé entre dientes. Dexter reía, nosotros no teníamos perros.

—Es resistente, hermanito, así Holly no batallará al tirar de ella —se mofó. Alexa vino hacia mí y cogió la cadena en sus manos.

—Qué linda, amor —lo miraba sonriente—, ¿dónde la compraste?

Así también puedo ir por la tuya.

Solté una carcajada, Dexter rio de nuevo, negando despacio. Él no podía ganarle una a la joven de pelo azabache. Su respuesta casi me hace abrazarla, casi.

—Es broma, hermano —tomó una caja grande y me la dio, Holly seguía sonriendo a mi lado—, es para complementar este obsequio.

Abrí la caja y sin que fuera una sorpresa, encontré un cachorro pequeño, estaba dormido. Su color era chocolate, peludo, de orejas grandes y muy bonito. Sin poder evitarlo pensé en aquel único cachorro que tuve y que padre mató frente a mí. Sonreí triste. Esa herida aún dolía.

—¿No te gusta, cuñado? ¿Es por el gato? —Preguntó Alexa.

Quise reír. Theo ni siquiera parecía estar vivo.

—No, por supuesto que me gusta, es lindo —dije con franqueza. El alivio surcó sus rasgos.

Holly lo sacó de la caja y lo llenó de besos, sonreía contenta. Ella amaba a los animales. Posteriormente nosotros les entregamos sus regalos, Alexa chilló emocionada por el *pura sangre* que le obsequié y que ya se encontraba en su hacienda, en México, mientras que Dexter aceptaba gustoso el Lamborghini que le di. No podía pensar en otra cosa para obsequiarle y él pareció satisfecho con eso, aunque Alexa aún más, ella tenía uno amarillo, el negro se añadiría a su colección.

A mi suegro le obsequiamos un crucero por varias semanas, además de ir a los partidos de su equipo favorito por todo el país.

Casi le daba un paro cuando vio los boletos, nos agradeció un sinfín de veces para después darnos un par de cajas envueltas en color rojo. La de Holly tenía una colección de diademas que la hicieron muy feliz, ella las

amaba. Cuando abrí la mía, me quedé un momento observando lo que había dentro.

Se trataba de un reloj de bolsillo, se veía muy antiguo y en realidad lo era. El cristal estaba un poco estrellado, pero no molestaba a la hora de revisarlo. Era de oro, bastante bonito. Lo tomé en mis manos, contrariado.

—Ese reloj ha estado en mi familia por muchas décadas, perteneció a mi abuelo, después a mi padre —dijo, acercándose—, pasó a mis manos y ahora está en las tuyas.

—No puedo aceptarlo —susurré cohibido—, pertenece a su familia.

—¿Y tú que eres, hombre? —Murmuró sonriente— Ganaste una esposa y también un padre —un nudo se formó en mi garganta— porque yo te quiero como si fueras mi hijo —miró a Dexter—, a ambos.

—Es mi momento, no lo arruine metiendo al idiota de mi hermano — pedí. Ellos rieron, yo también lo hice para quitarme el nudo que me asfixiaba—. No sé qué decir —me sinceré segundos después. No dejaba de mirar el reloj y pensar en la importancia que tenía.

—No digas nada, hombre, feliz Navidad.

—Feliz Navidad —susurré.

—Aún falta el mío, bebé —intervino mi esposa, consciente de que esto era un poco difícil para mí.

Enseguida me entregó mi obsequio que no demoré en descubrir de lo que se trataba.

Era un libro color lila y solo unas letras oscuras relucían en la portada.

— *Para siempre es mucho tiempo* —mencioné despacio lo que se leía en ella. Holly abrazó mi cintura.

—No el suficiente cuando se trata de ti —terminó de decir—. Este libro esta hecho de todo el amor que siento por ti, bebé, en cada página

encontrarás algo que te hará sonreír, lo prometo.

—¿Tú lo escribiste?

—Sí, escribí un libro solo para ti.

La besé en los labios, agradeciéndole una y otra vez. Era el mejor obsequio que me habían dado, aunque sin duda, todos los que recibí esta noche eran perfectos, pero lo era aún más el haber estado rodeado de personas que de verdad me querían, eso para mí lo significó todo.

—Te amo —susurré.

—No más de lo que yo te amo.

Puse los obsequios en la mesa y cogí el suyo. Se lo entregué, los demás nos habían dado privacidad, no entendí por qué, pero lo agradecí. Entonces Holly deshizo el listón y abrió con cuidado su regalo. Primero encontró un sobre y sacó lo que había dentro. Su rostro reflejó sorpresa.

—¿Un edificio? ¿Me compraste un edificio?

—No es cualquier edificio —rectifiqué—, es el lugar donde abrirás tu editorial.

—Pero para eso falta mucho —susurró anonadada.

—No tanto, cariño, sé que pronto estarás decorando ese sitio, llenándolo de vida y de luz —besé su frente—, y yo estaré ahí, sintiéndome más orgulloso de ti.

Suspiró y volvió a abrazarme.

—Gracias, bebé —musitó feliz. Bajé la vista a su obsequio faltante.

—Queda uno, nena —señalé sus manos. Asintió y desenvolvió el siguiente.

Lo primero que notó de aquella pintura, fue su rostro de adulta y al final, el rostro de su madre: Jessica.



Ahogó un jadeo y esta vez los ojos se le llenaron de lágrimas.

Durante unos segundos no dijo nada, lloraba en silencio mientras veía la pintura que ordené hacer. Me costó mucho encontrar a alguien que pudiera lograr un trabajo excepcional, quería que el resultado fuera increíble y al parecer lo había logrado.

—No llores más —pedí, limpiándole la cara.

—Es mi mamá —sollozó—, mi mamá.

—Lo es, cariño —la estreché en mis brazos—, no tenías fotografías con ella y sé cuanto hubieras deseado tenerla contigo, así que esto es lo mejor que pude hacer.

—Es perfecto, Dixon —lloró más—, es hermoso. Gracias, gracias.

Respiré hondo y la cogí de su carita. Besé su boca y le sonreí con ternura.

—Feliz Navidad, Holly.

—Feliz Navidad, Dixon.



**28 de diciembre**

***Holly***

No podía con la intensidad de Dixon.

Años y jamás podría acostumbrarme a la bestia en la que se convertía cuando me follaba.

Él parecía ser otro. No tenía límites y una imaginación extensa.

Cada noche podía salirme con una cosa nueva, por supuesto, nada que implicara compartírnos o dejarnos expuestos ante los demás, aunque esa regla la rompía cuando me metía mano en el club.

Hoy era mi cumpleaños y él decidió despertarme como mejor me gustaba: dándome placer.

Su boca avariciosa se precipitaba una y otra vez contra mi sexo desnudo. Llevaba una delicada barba que raspaba entre mis piernas y me gustaba. Entretanto, sus dedos embestían mi vagina y una joya anal permanecía en mi culo. No podía quejarme, disfrutaba mucho de sus perversiones, pese a que, algunas me hicieran sonrojar.

Admitía que en los últimos meses no me sentía cómoda con mi barriga, los complejos se presentaron, pero Dixon se encargó de destruirlos.

—Estás muy callada.

—Solo estoy disfrutándote —sentía que tocaba las estrellas cuando pasaba la lengua por mi clitoris—, lo haces tan bien.

—Quiero que gimas, sabes cuanto me gusta —metió otro dedo en mi vagina, jadeé—, me endurece como no te imaginas.

—Puedo hacerme una idea —susurré, arqueé la espalda contra su boca.

De pronto, se detuvo, retirándose. Trepó sobre mí sin dejar caer su peso, tenía los labios húmedos, rozó los míos suavemente sin besarme. No me desgradó en lo absoluto.

—Móntame la cara, nena —relamió sus labios—, voy a masturbarte con la boca.

—Dixon —pasé saliva—, mi barriga...

—Sí, ya la vi, es hermosa. Ahora, pon tu coño en mi cara.

Se acomodó perfectamente en la cama sin estar dispuesto a recibir un no como respuesta. Acto seguido, me incorporé y sin pensar en lo que hacía, me senté sobre su cara con mis muslos a cada costado de ella, apretándola. Me cogió de las nalgas y me atrajo más a él, podía sentir su nariz. Joder.

—Maldición, Dixon —siseé trémula.

Estaba moviendo su lengua de una maravillosa manera al tiempo que metía y sacaba la joya anal. Contraje los dedos de los pies y los de mis manos alcanzaron su cabellera, él disminuía los movimientos de su boca, me orillaba a que fuera yo quien siguiera y lo había logrado. Quería más.

—Qué linda vista, cariño —aplastó mis senos con ambas manos y un poco de leche se derramó—, en un momento voy a limpiar eso con la lengua.

—No seas pervertido —reñí, balanceaba las caderas sobre su boca, masturbándome con sus labios, lengua y barbilla.

—Sabías con quien te casabas cuando dijiste que sí.

Negué. Y continué en lo mío, satisfaciéndome ayudada por él. Tener el control me excitaba tanto, Dixon me poseía y yo me volvía otra.

Tenía una habilidad exquisita para hacerme tocar el cielo. Grité su nombre muy fuerte cuando el orgasmo me alcanzó, mis fluidos le llenaron la cara, pero mientras me corría, solo podía pensar en la infinita satisfacción que sentía. Mencioné su nombre una y otra vez, lo gemí, lo grité y al final, él me miró sonriente.

—Tengo tus fluidos en mi cara y joder, es una delicia —mordió su labio inferior—, eres preciosa.

Sonreí y me tumbó con cuidado sobre la cama, se cernió sobre mí de nuevo.

—Me encanta cuando pones tu coño en mi cara.

—Deja de decirlo —espeté. Rio y lamió mis labios de derecha a izquierda.

—Tanto y sigues sin acostumbrarte —se mofó.

Bajó la mirada a mis senos rellenos, el brillo de lujuria atravesó sus orbes. Pude saber lo que pensaba y también descubrí lo que haría.

—No —advertí.

—¿No? —Rio— Te dije que iba a chupar tus tetas y lo haré.

—¡Tienen leche!

—Mejor, ¿debería traer el chocolate? —Inquirió sugestivo.

Presioné mis labios, conteniéndome para no reírme de las tonterías que decía. Definitivamente como Dixon no había dos.

—No te atrevas. —Sonrió de lado, separó mis piernas y me penetró con delicadeza. Gemí.

—No puedes negarme mi desayuno —repuso. Y sin más, lo hizo.

Amasó mis senos y se prendió de mis pezones como un poseso.

Gemí de nuevo por lo sensibles que estaban y el que Dixon estuviera haciendo lo que estaba haciendo, me excitó y mucho.

Maldición. No debería de ser así, pero no podía controlar a mis hormonas. Él chupaba con ansias, lamía la leche derramada y volvía a prender sus labios a mis pezones endurecidos.

Por otro lado, su pene se abría paso entre mis paredes y la joya hacia lo suyo cada vez que él ejercía un movimiento. Mis dedos arañaban su espalda y entre jadeos le pedía más.

—Todo lo que viene de ti sabe exquisito —lamía del valle de mis senos la leche derramada—, probar esto es otro nivel.

—De perversidad, sí, por supuesto —gimoteé—, cada día te superas.

—Y aún nos quedan años —empujó las caderas y llegó a un punto único—, años.

Amasó mis senos, presionándolos con cuidado para que más leche saliera. Mamaba con ansias y gruñía de excitación. Por un momento dejé de pensar en lo pervertido que podía ser esto y me dediqué a disfrutar de las sensaciones que causaba en todo mi ser. La habitación se llenó con el sonido de mis gemidos y los gruñidos de satisfacción de Dixon. Lo veía

juguetear con mis pezones, poniéndoselos en la punta de la lengua, tomando todo de mí, causándome escalofríos en toda mi anatomía.

Y luego, como si eso no fuera suficiente, separó un poco más mis piernas, sacó la joya y su pene ocupó su lugar. Lo que sentí fue más poderoso.

—Se siente bien, ¿verdad? —Me besó el cuello— Tu culo me aprieta delicioso.

—Dixon —lo abracé—, estoy a punto...

—¿Sí? —Sonrió y su boca aplastó mis senos otra vez mientras sus dedos se perdían entre mis pliegues resbaladizos.

Me estimuló un poco, solo un poco antes de correrme con su nombre saliendo de mis labios. Entretanto, él abandonó mi interior cuando los espasmos se fueron, dejándome sensible y satisfecha.

Mi pecho agitado fue el único vestigio que quedó además de mis fluidos.

—Date la vuelta —ordenó con la voz ronca.

—¿Qué harás?

—Hoy quiero correrme en tu espalda.

Decidí complacerlo y lentamente me puse en cuatro. Dixon apretó mis nalgas con una mano, con la otra se masturbaba, escuchaba ese leve sonido que hacía cuando agitaba los dedos en torno a su pene, y segundos después su semen cayó en mi espalda desnuda.

Lo sentí caliente y espeso mientras él hundía los dedos en mi carne, mencionando mi nombre.

—Joder, cariño, este ha sido de los más intensos.

—Porque eres un loco pervertido.

Me ayudó a incorporarme y sonrió.

—Y me amas —agregó. Con ternura acarició mi mejilla—, feliz cumpleaños, nena.



Más tarde acabábamos de desayunar, Dixon no me dejó hacer nada, pidió un rico desayuno, ya que, si él cocinaba, seguro me mandaba al hospital.

Ignoraba que planes tenía para hoy, yo me habría dado por bien servida con el sexo de hacia un rato. No paraba de pensarlo e imaginarlo a él chupándome las tetas. Dios. Seguía sonrojándome cada vez que lo imaginaba probando mi leche. Se atrevió, ese hombre se atrevió a hacerlo y lo peor es que le había gustado y estaba segura que lo repetiríamos esta noche. La verdad era que no me molestaba, solo me daba un poco de pena, pero claro, Dixon no conocía esa palabra.

—No estaremos en casa todo el día —dijo. Mordió una tostada cubierta de queso y fresas.

—¿Qué planeas? —Averigüé. Mi plato estaba lleno de panqueques y fruta.

—Sorpresa, cariño —simplificó—, ahora acaba tu desayuno, hay algo que quiero que veas.

—¿De qué se trata?

—Ya lo sabrás.

En silencio terminamos de desayunar. Dixon recogió la mesa y todo lo que quedó del desayuno que debo decir, fue mucho. Se excedió, como si yo comiera demasiado.

A continuación, me tomó de la mano y caminamos rumbo al jardín.

Pasamos unas baldosas que llevaban a una parte de la casa que aún no exploraba mucho, tampoco es como si Dixon me lo permitiera, según él, era peligroso que anduviera caminando por aquí con mi barriga, me puso un montón de excusas como el esposo sobreprotector que era.

—¿A dónde vamos? —Pregunté confundida. Más allá pude visualizar una construcción pequeña— ¿Qué es eso?

—No preguntes.

Caminamos a paso lento hacia lo que descubrí, era una capilla. Se hallaba muy bien decorada, el blanco relucía bastante. Dixon se detuvo en la puerta, dentro no se veía nada debido a los cristales.

—Esto no tiene que ver con tu cumpleaños, solo es algo que quise hacer —explicó nervioso—, y que no sé cómo vas a tomar.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso piensas mostrarme cual será mi lugar de descanso? —Inquirí burlesca. Achicó los ojos y me miró mal.

—Eso no es gracioso, no lo digas, ¿de acuerdo? —Me cogió de las mejillas — Nada, nunca, va a pasarte.

No refuté. Preferí dejarlo así, no quería hacer de mi cumpleaños algo deprimente, así que solo asentí y entonces él abrió la puerta.

Dentro olía a un aroma que se me hizo vagamente familiar, inhalé y llené mis pulmones una y otra vez, tratando de encontrar el origen de ese olor, pero cuando vi la fotografía que descansaba en medio de la capilla, supe de quien era y porque lo reconocía.

—Es el aroma de mamá —musité en voz baja.

—Tu padre me dio una noción de cómo era que ella olía —susurró prudente —, dijo que olía como a...

—Jazmines —finalicé por él.

Me acerqué a paso lento hacia la fotografía de mamá. Sonreí con ternura al tomarla en mis manos. Ella se veía radiante y hermosa, sus ojos mantenían esa luz que la caracterizaba. Había sido una excelente madre y la echaba de menos. Me hubiera gustado tenerla conmigo en estos momentos, compartiendo la felicidad de mi embarazo, seguro estaría igual de feliz que papá. Ella también habría amado a Dixon.

—Sus restos están aquí —habló Dixon, trayéndome de regreso.

Lo miré y reparé en la lapida que se situaba en la pared. En la placa se leía el nombre de mi madre. Abracé su foto y toqué con la punta de mis dedos su nombre.

—Estará más cerca de ti —continuó—, aquí puedes venir a hablar con ella, a rezar, a pedirle —observé su rostro, seguía nervioso—, quería que estuviera contigo.

—Gracias, Dixon —fui sincera—, no sabes lo que esto significa para mí. Aunque no estoy en el lugar que crecí, estoy en mi casa, en mi hogar, porque estás tú, mi padre, todo lo que amo —agregué cohibida—, gracias.

—No me agradezcas, nena.

Puse la fotografía en su lugar luego de besarla. Miré todo a mi alrededor y estuve fascinada con lo bonita que la capilla quedó, sin duda, pasaría tiempo aquí. Ahora entendía por qué no me dejaba venir hacia acá, tenía todo preparado.

Abandonamos la capilla momentos después y la puerta volvió a cerrarse. Entonces abracé a mi esposo, apretándome contra su pecho. Él me respondió de la misma manera.

—Te amo, Dixon —dije enamorada.

—Lo sé —alcé la cara—, me doy cuenta de ello cada vez que me miras.

Le di una caricia en el contorno de su rostro.

—¿Y sabes qué veo en tus ojos? —Inquirí en un susurro.

—¿Qué? —Articuló curioso.

—Que hice la elección correcta —respondí—, no me arrepiento de haber dicho que sí.



Besó mis labios y respondí, segura de que mi vida a su lado sería más de lo que soñé.

## **Capítulo extra/5**

### ***Dixon***

La devoraba con la mirada.

Hablaba por teléfono con el flacucho con quien trabajaba, la verdad me importaba un carajo lo que estuviera diciéndole, mi atención la tenían sus labios y su lengua. Holly hacía algo normal: comía una rosquilla de coco con chocolate. Sin embargo, para mí no había nada normal cuando se trataba de ella.

Asentía con la cabeza y mordía la rosquilla, embarrándose los labios del glaseado, el mismo que limpiaba con la lengua mientras mi erección crecía y mis instintos me incitaban a quitarle el teléfono y follarla en mi auto. Imaginaba como sería poner el glaseado en sus pezones desnudos para chuparlos con mi boca hasta que sus bragas se mojaran tanto, que humedecieran la piel de mi asiento.

Acomodé la notable erección en mi entrepierna, los malditos pantalones me apretaban. Holly notó mi gesto, bajó la mirada y volvió a verme a los ojos, negó despacio, lanzándome una advertencia silenciosa que de nada le valdría, cuando me proponía meterme entre sus piernas, no descansaba hasta que lo hacía. No tuvimos sexo en la mañana y eso me dejó ansioso, ella siempre solía darme mi dosis diaria, ahora la necesitaba.

Salimos tarde de casa porque Molly nos desveló viendo una y otra vez una película animada de enanos amarillos y un tipo con cuerpo de triángulo. Se reía a carcajadas y bueno, no tuve corazón para apagar el televisor. A consecuencia, despertamos después de la hora y apenas pudimos llevarla al colegio antes de venir a mi empresa donde teníamos una reunión en aproximadamente diez minutos. Había un par de socios que querían formar parte de la editorial de Holly y no, yo no tuve nada que ver en eso, ellos vieron el potencial, el esfuerzo y el trabajo tan limpio y correcto que mi

esposa hacia, quedaron cautivados, también al darse cuenta de que los libros son un buen negocio. Hasta ahora me di cuenta de ello.

—Sí, hasta luego —terminó al fin la dichosa llamada. Me observó— Vamos, es tarde.

—Lo sé y no me importa, es a ellos a quien les interesa.

Retrocedió en el asiento y me señaló con su índice.

—Ni se te ocurra, Dixon Russo.

—¿Qué? ¿Follarte? Oh, nena, sabes que tratándose de eso no hay discusión.

—¡Vamos tarde! —Recordó. La cogí de la nuca y la atraje a mi boca

— Y tú no eres rápido.

—Tengo muchas ganas de tu coño —susurré sobre sus labios. Pasó saliva, olía a coco y chocolate y el sabor aún prevalecía, tentándome más.

—Tendrás que esperar, esto es importante.

—Mis necesidades básicas lo son más.

Ocultó una sonrisa y depositó un beso fugaz en mi boca.

—Por favor, ¿podrías esperar? Solo un poco.

Respiré hondo y me aparté despacio de ella, acomodé nuevamente el bulto endurecido y pasé los dedos por mi cabello sin mirarla.

—Bien, pero tendrás que soportarme y ya sabes cómo me pongo cuando estoy ansioso.

Bajé del auto y enseguida abrí su puerta, me dedicó una mirada que buscó ser de reprimenda, pero solo me hizo reír. La tomé de la mano y entramos al edificio, dirigiéndonos rápidamente hacia el ascensor privado que solo

usábamos ella y yo, en el trayecto saludó a mis empleados, dedicándoles sonrisas y los buenos días. De mí solo obtenían una maldita advertencia.

Ingresamos a la caja metálica, pulsé el botón y las puertas se cerraron. Apenas tuvimos privacidad, aplasté su espalda contra la pared, le subí la falda y enredé su pierna en mi cadera, empujando contra su sexo. Bajé la cara hacia la suya, mi lengua recorrió la suavidad de su labio inferior. Estar a solas con ella en una habitación a puerta cerrada, significaba una inminente sesión de toques obscenos y besos húmedos, así como folladas contra cualquier superficie.

—No puedes esperar, ¿cierto? —Jadeó, caliente. No necesitábamos hacer mucho para crear una tensión sexual entre nosotros.

—No, quiero que tengas esto —puse su mano sobre mi pene erecto —enterrado en tu coño.

—Otra vez —musitó, anhelante.

—Las veces que se me dé la puta gana.

La besé brusco, violento, arremetiendo con la lengua dentro de su boca. Desplacé los dedos hasta la unión de sus muslos y palpé con ellos la tela de sus bragas, un simple triángulo pequeño y un hilo a través de su cadera. Siseé y arremetí más duro.

—Cuando estemos allá arriba, te quiero sobre mi escritorio, con las piernas abiertas y tu sexo desnudo expuesto para mí. —Mordisqueó mi mentón y luego mi labio.

—¿Qué más, señor Russo? —Provocó. Gruñí y metí dos de mis dedos en su vagina. Gimió alto y se tensó ante el roce poco delicado.

—Te vas a tocar mientras me masturbo —froté su clitoris y se mojó más—, y al final te voy a follar... por todas partes.

Retiré los dedos de su intimidad y los acerqué a su boca.

—Límpialos —ordené en voz baja y ronca. Estaba a punto de explotar, pero esperaría, valdría la pena.

Mirándome a los ojos los aceptó, chupó con los labios y los lamió despacio con la lengua. Y no se trató de su gesto, sino de la mirada ardiente que me dedicaba: inocencia y perversión. Me ponía a sus pies tan solo con mirarme de ese modo.

—¿Así, señor Russo? —Inquirió seductora. Le gustaba jugar bastante.

—Así me chuparás el pene, nena.

—Hasta que te vengas en mis tetas.

Me aparté de ella deprisa antes de que la embistiera contra la pared del ascensor, acomodé su ropa e intenté pensar en cosas desagradables para bajarme la dureza y quitarme de la cabeza lo que acababa de decir; ella lucía de lo más tranquila, claro, no tenía que ocultar una puta erección bajo una tela ajustada ante un montón de ancianos que quizás ya ni recordaban lo que era eso.

Entramos a la sala de reuniones, Holly fue la única en saludar, como era costumbre. Tomó asiento a mi lado a la cabeza de la mesa, cuatro viejos tiburones del mundo empresarial nos observaban mientras uno de ellos gesticulaba sobre lo que ofrecían para la editorial de Holly. Mi esposa no necesitaba inversionistas ni socios, así que ellos debían darle algo en lo que ella verdaderamente se interesara para permitirles ser participe en su imperio.

Los oía intercambiar opiniones, en esto no me entrometía a menos que fuera necesario. Entretanto, mi mano se posó en el muslo desnudo de Holly. No demostró el menor cambio en su cara; deslicé los dedos de arriba abajo, formando círculos en su rodilla antes de ascender entre sus muslos. Pasó saliva y sonrió ante algo estúpido que dijo algún viejo. Mi mirada estaba al frente, inescrutable, pero por dentro el calor amenazaba con consumirme hasta dejar solo cenizas.

Holly cerró las piernas al sentir el roce de mis dedos con su sexo.

Presioné su muslo en una advertencia, me miró de soslayo, de nuevo advirtiéndome. Le dediqué una sonrisa desafiante antes de mover la tela de sus bragas a un lado y encontrar la humedad de su coño. Experimenté una gran satisfacción mientras frotaba toda su hendidura y ponía en sus mejillas un sonrojo cautivador. Se le erizó la piel y relamió sus labios, mordiendo el inferior fugazmente enviando un latigazo de placer justo sobre la punta de mi pene.

Froté su clitoris despacio, noté como la respiración se le aceleraba poco a poco y se le dificultaba hablar. Era un maldito por estar haciendo esto, pero no me importaba, ansiaba su cuerpo como una bestia hambrienta.

Entonces, apartó mi mano y se incorporó, mantuvo la compostura.

Mojé mis labios y permanecí en el mismo lugar mientras ella se despedía de los vegetes. Cuando estuvimos solos, me miró enojada.

—¿Acaso buscabas que tuviera un orgasmo delante de ellos? — Reclamó. Pasé por mis labios los dedos que antes estuvieron en su coño, saboreándola con cinismo.

—No habrían tenido tiempo de contárselo a alguien, seguro les da un infarto de la emoción. —Entrecerró los ojos.

—Me pregunto si hubieras hecho lo mismo con los jóvenes empresarios que nos visitaron la semana pasada.

—Cuidado —advertí, levantándome de mi asiento—, si no los he echado al río no es por falta de ganas y tiempo.

Me devolvió una mirada retadora, salió de la sala y la seguí hasta mi oficina. Tenía reuniones pendientes y un montón de puto papeleo que hacer, pero todo se iba a la mierda cuando la tenía metida en la cabeza. Necesitaba probarla para no asesinar a medio mundo y funcionar bien.

Entré a mi oficina después de ella, cerré la puerta con pestillo y rodeé el escritorio sentándome en mi trono. Holly permanecía de pie delante de mí.

—Quiero mi dosis diaria.

Recliné la espalda en la silla y crucé las manos frente mi cara.

—Desnúdate y muéstrame —ordené con el deseo bordeando mi tono de voz.

Obediente, soltó uno a uno los botones de su blusa aperlada, la cadena con el dije de corona que le regalé relucía sobre su piel tersa, dándole una caricia delicada mientras se movía desprendiéndose de la falda de tubo. Quedó a la vista la diminuta tanga blanca que usaba en conjunto con el sujetador. Se aproximó lento, no retrocedí cuando se trepó al escritorio, retiró las cosas hacia un lado con cuidado y ocupó un lugar sobre mi escritorio.

—¿Quieres que te las arranque? —Inquirí.

—¿Ahora vas a pedirme permiso, Russo?

Me incliné hacia al frente, posó los pies cubiertos por unos tacones altos sobre los reposabrazos, mi cara se hundió entre sus muslos, besé la cara interna de estos antes de ascender hasta su sexo. La humedad se divisiva a través de la tela, dejaba una ligera mancha que me encargué de probar. Lamí sobre ella y succioné duro, mordisqueé la carne blanda y Holly gimió mi nombre. Acto seguido, metí los dedos entre los hilos y tiré de ellos, arrancando la prenda fuera de su cuerpo. La miré desde abajo.

—Tócate —susurré excitado.

Retrocedí lo necesario, la sujeté de los muslos manteniéndolos bien separados, entonces dirigió los dedos hacia su centro, con uno de ellos separó sus labios vaginales y enseguida estimuló su clítoris hinchado. Casi veía su sexo palpitar de deseo.

—¿Se siente bien? —Averigüé.

—No tan bien como cuando lo haces tú.

Mi mano sacó la correa del cinturón antes de desabotonar mis pantalones y hacerme de mi erección. Estaba más que duro, con un hambre voraz, agité los dedos masturbándome al mismo tiempo que ella se acariciaba. Apoyé la espalda en la silla, estiré las piernas por debajo del escritorio y la observé fijo. Su coño brillaba por lo empapado que estaba, el liquido cristalino resbalaba por toda la hendidura y acababa entre sus nalgas. Me relamí los labios como un jodido sediento.

—Necesito esta imagen todos los putos días que venga a trabajar.

—Ella miraba mi pene erecto y lo hinchada que se hallaba la punta cada vez que mis dedos ejercían presión en el tronco.

—Puedo grabarte un video. —Sonreí y mis testículos subieron, tensos.

—No podré follarme un video.

Bajó del escritorio y se acomodó en mi regazo, su pequeña mano apartó la mía y agarró mi miembro. Siseé y empujé las caderas hacia arriba en busca de su calor.

—No quiero tus dedos en mi coño, tampoco quiero los míos —poco a poco se empaló, haciéndome perder la cordura—, quiero *esto* enterrado dentro de mí —finalizó, repitiendo lo que le dije en el ascensor mientras se metía todo mi tamaño en la vagina.

La agarré del culo y ella se deshizo del sujetador. Ese par de tetas me golpearon la cara en una invitación que no rechacé. Mi lengua salió al encuentro de sus pezones erectos al tiempo que Holly me montaba como la experta en la que se convirtió.

—Mira todo lo que has aprendido —chupé su pezón y lo mordí despacio, luego succioné la piel de su pecho, dejándole una marca rojiza—. Lo bien que me follas, lo rico que te mueves sobre mí.

Busqué sus labios que me recibieron con intensidad. Arremetí con la lengua dentro de su boca. Se apretó más a mi pecho y enredó los brazos en mi

cuello, tirando levemente del cabello de mi nuca, cada vez que hacia eso me lo ponía más duro.

—Tengo un buen maestro —jadeó, chocando su aliento con el mío — que me disciplina y muestra.

—Y te toca.

—Y mete sus dedos dentro de mí hasta hacerme venir.

—Pero *esto* es tu favorito —afirmé, penetrándola con más violencia.

Sonrió y volvió a morderse el labio.

—Agresivo. —Lamió de lado a lado mi boca—. Quiero probarte, Dixon.

—No tienes que pedir permiso, nena.

Me lanzó una mirada coqueta, se incorporó y enseguida se puso de rodillas entre mis piernas. Cogió mi erección y movió los dedos de arriba abajo, luego, su calor envolvió mi dureza, se la metió casi toda a la boca y succionó al llegar a la punta. Contraí los dedos contra el reposabrazos.

—Chúpala toda, quiero que la tragues.

Como pudo, inclinó la cabeza y metió de a poco mi erección en su boquita delicada. Avancé dentro de ella y empujé hasta el fondo de su garganta; hundió las uñas en mi piel y su cara se puso roja antes de soltarme mientras la saliva resbalaba por su barbilla y adornaba mi miembro.

La agarré del cuello y la levanté con rudeza, besándola antes de empotrarla contra el escritorio tirando lo que había encima. La puse de espaldas hacia mí, junté bien sus piernas y situé mi pene entre sus nalgas.

—Ahora vas a chuparla, pero con *esto* —siseé, metiendo los dedos en su vagina, enseguida los reemplacé con mi longitud.

Volvimos a gemir y mi mano se cerró en su cuello, ejercí presión y tomé impulso para darle duro, llegaba profundo y la escuchaba quejarse y a la



vez, disfrutar de lo que estaba haciéndole. Hacia tiempo que no me la follaba en la oficina y había olvidado lo mucho que me gustaba verla sometida sobre mi escritorio, pidiéndome más.

—¿Así te gusta? —Jadeé.

—Más duro, por favor.

—Lo que mi reina pida.

Cerní mi figura sobre la suya, mis labios en su oreja, mi pene hundiéndose hasta el fondo. Apreté más mi agarre en su cuello, una mueca divertida apareció en su cara al ser más brusco mi toque.

—Te amo —susurré a punto de llegar—, me llevas al límite de todo.

—Es lo que disfrutas —contrajo los dedos y emitió un gemido suave y duradero—, la agitación del caos que te hace sentir vivo.

Embestí un par de veces más, la sentí llegar al mismo tiempo que yo, completamente coordinados, pronunciando el nombre del otro entre gemidos placenteros que me erizaron la piel y me dejaron con una sonrisa en la cara que no se quitaría de ahí en todo el día.

—Tú eres mi maldito caos. Mi lugar seguro —dije sincero.

Deposité un beso en su espalda y ella sonrió satisfecha.

—Y siempre estaré aquí.



Recogí a Molly del colegio, mi niña apenas cruzaba el preescolar.

Debo confesar que dejarla asistir fue una decisión difícil, por mí, la hubiera mantenido en casa, con profesores a su disposición a cualquier hora del día, allí estaría a salvo de todo. De los peligros de la gente, de los peligros que gracias a mí la acechaban, de la maldad de los niños, incluso a esta temprana edad. Tenía miedo de que la hirieran, de que nadie quisiera jugar

con ella y la hicieran a un lado. Cada pensamiento que tenía sobre mi hija lejos de mí, en medio de un montón de críos a los que no conocía, me aterraba y frustraba.

Mi objetivo desde que supe que venía al mundo, fue mantenerla en una burbuja de cristal de la cual yo sería el custodio. Me daba lo mismo que estuviera sobreprotegiéndola, no quería que nada le pasara. Yo necesitaba con urgencia que fuera feliz, siempre feliz.

Hablé de esto en terapia y solo recibí reprimendas disfrazadas de "consejos". Mi psicóloga me incitaba a dejarla salir al mundo, a no cargarle sobre los hombros mis traumas, Molly era distinta, yo era distinto, mi hija tenía buenos padres.

Sin embargo, no me entraba en la cabeza, si tropezaba, yo estaba ahí para evitar que cayera, si quería algo, yo se lo daba, evitaba que derramara llanto, ponía sonrisas en sus labios y el mundo a sus pies, tal y como lo hice con su madre. Ellas eran mi todo.

—Papi, ¿por qué mami no vino? —Preguntó. Abría un chocolate que le compré porque se portó bien, no era el mismo de siempre, pero ella estuvo fascinada cuando se lo di.

—Mami está trabajando, cielo. —Efectuó un puchero—. ¿Qué pasa?

—La miré por el retrovisor— ¿No te pone feliz que papá venga por ti?

Abrió mucho los ojos, asustada. Casi rio. Mi princesa ya contaba con cinco años, crecía sana, feliz, pareciéndose a su madre cada vez más. Con una estatura pequeña, sonrisas cálidas, ojos claros y una inteligencia tremenda.

—Sí, papi, pero los quería ver a los dos.

—En un momento iremos por ella, nena. —Sonrió.

—Así le dices a mamá —murmuró, cubriéndose la boca con una mano.

—A ti también. —Le guiñé un ojo y rio.

Me detuve en un semáforo, la vi morder el chocolate y volví la vista a mi móvil, avisándole a Holly que pasaría a recogerla dentro de poco. Aún seguía pensando en lo que hicimos esta mañana en mi oficina y por todos los infiernos que quería repetirlo en el escritorio de nuestra casa. Esperaba que Molly estuviera lo suficientemente cansada para dejarme poseer a su madre.

Me puse en marcha cuando el semáforo cambió, Molly seguía entretenida comiendo, pero conforme los minutos pasaban, hacia muecas cada vez que comía otro pedazo.

—¿Sabe mal el chocolate? —Pregunté curioso.

—Sí, papi, sabe mal, mi lengua —la sacó de la boca, tosiendo—, está rara.

Me orillé importándome poco si no era un lugar para hacerlo y bajé deprisa de la camioneta, abrí la puerta de Molly y le quité el chocolate revisando la fecha de caducidad que, en realidad, se encontraba bien.

—Esto es correcto, Molly —murmuré confundido.

—Papi, sabe mal —repitió, tosiendo mas fuerte.

La miré y sus mejillas se pusieron rojas y su boca levemente hinchada. El pánico me inundó en cuanto reparé lo que estaba sucediendo.

—¿Qué tienes? —La tomé de las mejillas, revisándola.

—No puedo respirar —musitó agitada.

El mundo se detuvo a mi alrededor, la veía aferrarse a mí y todos mis miedos se hacían presentes. Y lo peor de todo es que no entendía lo que pasaba, no comprendía por qué ella estaba mal.

Deprisa me subí y retomé el camino, pisando el acelerador a fondo en dirección a la clínica que se hallaba a cinco minutos de aquí.

Escasos minutos que se volvían eternos.

—Papi...

—Tranquila, *MR*, ya casi llegamos.

Mis manos sudaban, el pecho me dolía por los latidos tan fuertes y rápidos de mi corazón, mientras un vacío gélido se abría paso en mi estómago. Juro que la sangre había abandonado mi rostro, sentía el alma a los pies y la desesperación estrujándome el cuello al tiempo que veía a mi hija tratando de respirar.

*Impotencia.*

La impotencia que me atravesaba no la podía explicar. El miedo era abismal, una nube oscura que me nubló la vista y me hizo apretar los nudillos contra el volante, tratando de mantener la cordura.

En cuanto vi la clínica, frené de golpe, bajé y cogí a Molly entre mis brazos. Su cara estaba más roja, hinchada, apenas balbuceaba, me decía que le dolía el pecho y la garganta y yo estaba desesperado por quitarle cada mal, nervioso y temblando como un puto cobarde.

Apenas logré caminar, mejor dicho, corrí, lo hice sin saber cómo.

Grité por ayuda, con una voz que no era la mía, con un temor tan grande que estaba aplastándome hasta hacerme pequeño.

—¿Qué tiene? —Preguntó una enfermera.

—Qué mierda voy a saber, por eso la traigo, joder —espeté poniéndola sobre una camilla—, se puso mal de la nada.

—¿Comió algo? ¿Es alérgica a algún alimento? —Averiguó la enfermera mientras avanzaba deprisa por el pasillo con Molly y la revisaba.

—No... mierda, no lo sé —balbuceé—, nunca se había puesto así.

—Nos encargaremos, por favor espere aquí, señor Russo —dijo, reconociéndome.

—No, no la voy a dejar sola.

—Por favor, ella estará bien —prometió franca.

Mi mano se aferró con fuerza a la de mi hija antes de soltarla y ver como se la llevaban. Me quedé de pie, mirando el lugar por donde se había ido. Tuve la impresión de que esta escena era sacada de una de mis peores pesadillas. Me dejé caer en el suelo, apoyándome en la pared a la vez que sostenía mi cabeza con ambas manos, tirando de mi cabello y temblando como un niño pequeño.

*Ella va a estar bien.*

*Ella va a estar bien.*

—Mierda.

El móvil casi resbala de mis dedos cuando timbró. Escuché la voz de Holly preguntar dónde estábamos, con dificultad le dije lo que pasó, obtuve silencio de su parte antes de que la llamada se cortara; no tenía cabeza para pensar en cómo iba a venir aquí, tampoco en la seguridad de los alrededores, mi gente siempre estaba conmigo, a la distancia, pero lo estaba, sin embargo, esperaban ordenes que seguir, solo que ahora me hallaba incapacitado para darlas.

Molly era mi punto débil, incluso más que su madre. Cuando ella corría peligro, mi mundo se desestabilizaba y me quebraba, justo como me encontraba en estos momentos.

Quería llorar porque tenía mucho miedo.

Ella no podía respirar, ella me pedía auxilio y yo no pude hacer nada.

—Dixon —escuché la voz de Holly. No la miré. Ignoraba el tiempo que llevaba hecho mierda en el suelo de la clínica—. Bebé, nuestra hija está bien.

Levantó mi cara con sus manos, tenía los ojos llorosos, yo me había esforzado por retener las lágrimas.

—No sé qué pasó, Holly, ella estaba bien y de un momento a otro, no podía respirar.

—¿Llevaba algún juguete? ¿Comió algo?

—Solo un puto chocolate con nuez y almendras. —Lanzó un suspiro.

—Quizás es alérgica a la nuez o a las almendras. Nunca antes las comió.

Se sentó a mi lado, tomándome de la mano.

—Está bien, cariño —me calmó—, ella está bien.

—Maldición, Holly, sigo tan asustado. Mi hija casi muere asfixiada y yo no pude ayudarla.

—Tranquilo, bebé, lo importante es que llegaste a tiempo y pronto la llevaremos a casa. —Besó mi frente y cerré los ojos, apoyándome en su hombro.

Nos mantuvimos en la misma posición, sin duda, Holly era más fuerte que yo, sin ella probablemente estaría volviéndome más loco.

Minutos más tarde una médica se presentó ante nosotros y nos avisó que Molly ya se encontraba bien, que, en efecto, era alérgica a las nueces y a las almendras y eso provocó que la garganta se le cerrara. La atendieron y ahora se hallaba dormida, nos la llevaríamos mañana por la mañana, querían mantenerla en observación este día y no pude estar más de acuerdo con ella.

En silencio nos acompañó hasta la habitación que mi hija ocupaba, al entrar, la vi sobre la camilla con los ojos cerrados, vulnerable y pálida, el mundo se me vino encima. Avancé deprisa hacia ella mientras Holly terminaba de hablar con la médica. Toqué su frente cálida y la tomé de la mano. El miedo seguía haciéndome su rehén.

—Carajo, lo siento, *MR*.

Acaricié su cabello y no paré de observar el levantamiento que hacia su pecho al respirar.

—Despertará dentro de poco —dijo, acercándose. Besó la mejilla de Molly, la preocupación se esfumó de sus orbes—. Mandé a pedir su manta y su gato de peluche.

—Está bien —murmuré ausente, mi atención seguía en mi hija.

—¿Tienes hambre?

—No.

—Dixon —reprendió—, no comiste nada y apenas tocaste el desayuno.

—Comí pastel y vodka. —Frotó su frente con los dedos.

—Bien, iré por comida, ¿de acuerdo? Y me importa poco si tienes hambre o no. Regreso en unos momentos.

Volvió a besar a Molly y luego me cogió de las mejillas, robándome un beso fugaz.

—No te culpes, son cosas que suceden, ahora lo sabemos —me dedicó una ligera sonrisa—, te amo.

—Te amo más, nena.

Enseguida partió, dejándome a solas con nuestra hija. No quería despegarme de su lado, necesitaba estar aquí cuando despertara; apoyé la frente contra su pequeña mano, cerré los ojos y escuché los latidos de su corazón a través del aparato, eran tranquilos, ella estaba placida y quieta. Sin embargo, pasados los minutos, advertí los movimientos de sus dedos, apenas roces leves. Alcé la cara y sonreí franco cuando abrió los ojos, cegándose levemente por la luz blanca.

—Hola, cielo —susurré aliviado, se veía mejor—. ¿Cómo te sientes?

—Bien, ¿dónde estamos, papi? —Articuló con dificultad.

—En el hospital, cariño, algo te cayó mal, pero ya estás a salvo. —

Asintió despacio.

—Tenías miedo, papi —musitó y se le quebró la voz—, perdóname por asustarte.

—No, Molly, no pidas perdón, no es tu culpa que papá sea un idiota que no sabe a lo que eres alérgica. —Sorbió la nariz y limpié las lágrimas que derramó.

—¿Qué es idiota? —Averiguó. Disimulé una sonrisa.

—No repitas eso, nena —besé el dorso de su mano—, ¿necesitas algo? Mamá vendrá pronto, fue por tu manta y tu gato.

—¿No iremos a casa?

—No, debemos cerciorarnos de que estás bien, pasaremos la noche aquí. — Me miró asustada, la idea no le gustaba para nada.

—Me dan miedo los hospitales, papi, hay fantasmas. —Ejerció más presión con sus dedos. Negué.

—Los fantasmas no se acercarán, yo no dejaré que te asusten, ¿de acuerdo?

—Sí, papi —aceptó no muy convencida—, confío en ti.

Momentos después me pidió que la llevara al baño y con cuidado lo hice, la esperé y la devolví a la cama, ella no quería estar aquí, las almohadas no le gustaban y la manta era gruesa y pesada, no paraba de quejarse y no pude reprochar, Molly había heredado mi desagrado por los hospitales. Se quejó hasta del más mínimo detalle, haciéndome reír.

—Papi, ¿te puedes recostar conmigo?

Asentí y me acomodé a su lado, me deshice de los zapatos y la estreché en mis brazos sin la menor dificultad; al ser pequeña no había problema de que



estuviéramos en la misma camilla y la verdad, no podía decirle que no a casi nada.

—Papi —sonreí, era difícil que se mantuviera quieta y en silencio— ¿me cantas en italiano?

—¿Por qué en italiano? —Indagué curioso. Siempre me pedía que le cantara en ese idioma, ni siquiera el ruso le gustaba tanto como ese.

—Es que se escucha bonito.

—De acuerdo.

Me miró en todo momento, mi mano acunó su mejilla y mis labios se movieron entonando una melodía, la primera que vino a mi cabeza, pero que, sin duda, ella recordaría para toda la vida.

*Quisiera comerte a besos*

*pero me da miedo despertarte,*

*así que te miro de lejos*

*con este corazón enamorado.*

*¿Cuánto tengo que soñar*

*con decirte cuánto te amo*

*con este corazón en la mano?*

*Pero tú sueñas aquí en el mar.*

*Nana marinera*

*Eres guapa como el mar*

*A veces calmo, sin olas*

*A veces toda una tormenta.*

*Pero tú sueñas otras cosas*

*Y quién sabe si te acuerdas que,*

*detrás de la luna y en medio de las estrellas yo te espero con los brazos abiertos.*

Se mostró contenta y me abrazó fuerte. El alivio me recorrió nuevamente y estuve feliz de que estuviera conmigo y a salvo.

Entonces, alzó el rostro y me mostró todo el amor que sentía por mí a través de sus ojos claros.

—¿Siempre me vas a cuidar?

—Hasta mi último aliento, Molly.